DAVID ÁLVAREZ JIMÉNEZ

PANEM ET CIRCENSES

UNA HISTORIA DE ROMA A TRAVÉS DEL CIRCO



David Álvarez Jiménez

PANEM ET CIRCENSES

UNA HISTORIA DE ROMA A TRAVÉS DEL CIRCO

Prólogo de David Hernández de la Fuente

Alianza editorial



Edición en formato digital: 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es
ISBN ebook: 978-84-9181-297-5

Índice

A Amanda Violeta,
que maneja las riendas de su enjoyado carro

PRÓLOGO

Lo que hace el hombre moderno cuando no está en su puesto de trabajo define en gran medida a nuestras sociedades del post-capitalismo actual. El ocio o tiempo libre en las sociedades occidentales remite casi invariablemente a una oferta que se proporciona de forma masiva y global y que, las más de las veces, tiene que ver con el seguimiento obsesivo de espectáculos deportivos: en buena parte del mundo el fútbol, pero también otros deportes de equipo o individuales, de motor o campeonatos mundiales de diversa índole, que acaparan la atención pública y se convierten no ya sólo en una manera de pasar el tiempo libre sino casi en una forma de vida, como fuente de actualidad incesante e inagotable tema de conversación. Sus protagonistas no son sólo los héroes del día, sino que se convierten en verdaderos modelos sociales y representantes de la colectividad de una suerte que a veces cuesta asimilar y que requeriría un extenso estudio de psicología social. De la importancia de entender cómo una sociedad pasa el tiempo libre para comprenderla mejor da fe el surgimiento incluso de unos llamados «estudios del ocio» *(leisure-studies),* que surgen como una rama concreta de la sociología y que se ocupan del análisis de las experiencias recreativas, tanto individuales como colectivas, en nuestro mundo contemporáneo.

Pero, como en tantos otros fenómenos de la actualidad, qué duda cabe de que, para entenderlos, lo primero y

esencial es localizar sus raíces en la historia de Occidente, en el mundo clásico. En este caso, también, huelga decir que el concepto de tiempo libre remite de forma ineludible también a la antigüedad grecorromana. Hay que pensar que tanto la idea de ocio, en general, como el deporte, en último término, tienen sus raíces en el mundo griego antiguo, y presentan un rico trasfondo histórico, literario, artístico y filosófico. Si ya el vocablo castellano «ocio» remite al latín *otium,* del que procede, el concepto en griego antiguo se expresaba con una polisémica palabra, *scholé,* también de muy hondo calado filosófico. Pero es muy diferente el ocio actual, un concepto amplio y en ocasiones superficial, de ese ocio clásico, más ligado, en principio, a lo que se supone que debía hacer el hombre de bien, el ciudadano de pro, cuando no se cuidaba de los negocios o de la vida pública. Y es que en Grecia *scholé* significaba, a la vez, tiempo libre e instrucción, y su evolución, a través del latín, como es sabido, ha resultado nada menos que en nuestra palabra «escuela». Otra gran diferencia con lo actual es el concepto negativo del trabajo como «no-ocio» *(ascholía, negotium),* que lo convertía en una actividad nada deseable y un tanto despreciable, en lo físico y lo material, con cierta mala prensa para el ciudadano acomodado de bien. Pues el ocio ideal del *ciues romanus,* el *vir bonus* (como el *polites* griego, *kaloskagathós*) había que dedicarlo al cuidado del espíritu y de la cultura y no a espectáculos serviles que envilecieran el alma.

Otra cosa era el atletismo antiguo, que tenía profundas implicaciones religiosas, al celebrarse en el marco de los grandes festivales panhelénicos dominados por las cúpulas dirigentes de todo el mundo griego, y que estaba también regido por un código ético elevado y elitista, hondamente relacionado con la aristocracia de las ciudades griegas y derivado, en último término, de la vieja ética homérica.

Ciertamente, sus diversas pruebas, en las que participaban atletas de renombre, cantados por poetas como Píndaro, suponían todo un espectáculo y, entre ellas, pocas en tal grado como las carreras de carros, que estaban reservadas para los grandes potentados que las financiaban: no cabe dudar de que estas carreras en el hipódromo, de carros de caballos o mulas, eran el centro de los juegos por su espectacular desarrollo y por la fastuosidad de sus preparativos. También tenía otra consideración muy diferente, por sus matices religiosos, políticos y educativos, el teatro en Atenas, que no puede equipararse conceptualmente con nuestras actuales artes escénicas. Nuestro ocio moderno de masas, como se ve, encuentra difícil comparación con el ocio de la Grecia antigua o con la experiencia del deporte en el atletismo antiguo, pero entonces, ¿cómo derivó en ocio en el concepto actual? La historia de Roma es, sin duda, la clave. Y esta pregunta es la que, en el fondo, late para el lector moderno tras las páginas que siguen en el libro que aquí se presenta.

En Roma comenzaron a notarse peculiaridades propias, a grandes rasgos, en la configuración popular del ocio ya no como una cierta elevación ética y estética frente a la servidumbre del mundo cotidiano, sino ante todo como un lapso de descanso y placer, de dispersión del espíritu. A diferencia del mundo griego, en el unitario estado romano, en el que primaban la expansión militar y económica, se dio una organización socioeconómica más compleja, de sostenida y creciente urbanización, diferenciación de sectores sociales y con grandes masas de ciudadanos desocupados. Si la negación del *otium* era principalmente el trabajo, como en el caso griego, hay que recordar la complejidad social del mundo laboral romano, desde los negocios de los mercaderes, pero también la gestión de las

haciendas de los ricos ciudadanos que gobernaban el estado romano, la llamada *nobilitas* patricio-plebeya, que será el sustento de las cúpulas dirigentes desde la época republicana. En la estratificada sociedad romana pronto surgió el debate en torno a la cuestión sobre qué tipo de actividades convenían a cada clase social para su tiempo libre. El ocio del ciudadano romano de la clase dominante había de ser empleado, cuando estuviese lejos del servicio público y de los ojos de sus conciudadanos, en una soledad fecunda y dedicada a la producción de obras del espíritu. Este *otium cum dignitate* romano, cuyo teórico más preclaro fue Cicerón, se refería a la manera digna en que el ciudadano debía pasar su tiempo libre, en la lectura, la escritura o en paseos y conversaciones filosóficas con sus pares, recogiendo el ideal griego de la *scholé* para la clase cultivada y superior de Roma. Pero, por otro lado, también Roma atestiguará la eclosión de una especie de ocio popular —reflejando de nuevo la dicotomía básica entre la clase elevada y el *populus*— en forma de espectáculos masivos con arreglo a intereses políticos, para tener controlada a la población con festivales, juegos, carreras y otros espectáculos.

Sin duda el espectáculo favorito de las masas eran las carreras del Circo Máximo, heredadas del mundo griego, junto con los juegos gladiatorios, una bárbara derivación de los agones luctatorios del atletismo griego. Pero el favor del pueblo se expresaba ante todo en las carreras de carros, que ciertamente recogían de forma indirecta la tradición del olimpismo griego. Y a su inusitado auge en un milenio de historia romana, de la Vieja y la Nueva Roma, se dedica el apasionante libro que tiene el lector entre manos. Su autor, David Álvarez Jiménez, es uno de los investigadores actuales sobre el mundo antiguo más prometedores que ha dado la

universidad española y, pese a su juventud, cuenta ya en su haber un nada desdeñable número de publicaciones que ayudan a comprender mejor la antigüedad —y en concreto la antigua Roma—, destacando siempre los puntos de contacto con el hombre de hoy. De ahí lo interesante de su propuesta en este libro, que permite comprender mejor la actualidad estudiando la historia del Imperio romano a través de las carreras del circo. Como propone este libro, se puede mirar a la antigua Roma en el espejo de esta historia cultural, que es también una historia de las mentalidades, del apasionante fenómeno del circo. Pues no sólo se centra en la vida y los sucesos que se aglutinaban en torno al circo y a los grandes héroes de las carreras, sino también en cómo transcurrieron entre las bambalinas de la arena del hipódromo los derroteros de la historia política e ideológica del mundo romano. Se trata de un ensayo en la más amplia acepción de la palabra, pues supone un intento hermenéutico de amplio alcance de explicar este fenómeno histórico y de ofrecer una tesis singular sobre un aspecto definitorio del mundo romano, recibido y a la vez transmitido como herencia indeleble: y todo ello en una prosa clara, amena y accesible, pero no por ella exenta del rigor que muestra su aparato erudito de citas bibliográficas y fuentes clásicas.

Las carreras de carros en Roma, como muestran las páginas siguientes, se convirtieron en un útil instrumento de dominación social: los ciudadanos más pobres podían acceder a este espectáculo, ofrecido y financiado por su líder sociopolítico de turno, e incluso acercarse al poder. El emperador, desde su tribuna, se unía de esta manera a su pueblo. El público se organizaba en facciones —cuatro colores, azules y verdes sobre todo pero también rojos y blancos— que apoyaban denodadamente a uno u otro auriga, llegando a protagonizar enfrentamientos violentos. Cabe

señalar de nuevo la importancia de la figura del auriga de los carros, toda una estrella y un objeto de deseo para la sociedad y las diversas clases: en Roma, frente a Grecia, era él el premiado, y no tanto el dueño de los caballos, aquel que financiaba la montura.

Al presentar este libro me resulta imposible no pensar en la que seguramente sea la gran recreación moderna del circo romano, la clásica película *Ben-Hur* (1959), de William Wyler. Pocas otras versiones modernas han sabido captar la fascinante atracción de este espectáculo de masas, entre política, ostentación y entretenimiento, como su famosa escena de la carrera de cuadrigas, que contiene la más vibrante recreación de la historia del cine, a nuestro parecer sin ser superado por su *remake* de 2016, dirigido por Timur Bekmambetov e inspirado a su vez en la secuencia paralela de la primera versión de la película, de Fred Niblo (1925). Históricamente, pese a las licencias habituales, el film presenta una recreación bastante fiel del circo y sus elementos clave, que permiten al espectador hacerse una idea de la magnificencia del Circo Máximo y de la potencia política que la comunión entre emperador y pueblo permitía en aquel espectáculo. *Ben-Hur* está basada, por cierto, en la novela homónima de Lewis Wallace, publicada en 1880, que fue un éxito muy notable de público y tuvo una enorme fama en su tiempo, gracias a una atractiva narración que mezcla los aspectos más populares del mundo romano con el elogio del nacimiento del cristianismo.

Bizancio heredará la pasión por las carreras de carros de caballos en el famoso Hipódromo de Constantinopla, algunas de cuyas estatuas se pueden ver aún hoy en la Basílica de San Marcos de Venecia. Otro de los aciertos de este libro es no ceñirse a la Roma clásica, sino pasar a su continuación en la Nueva Roma, que casi superó a la antigua

en cuanto a pasión por las carreras. Las facciones del circo constantinopolitano, más rebeldes acaso que las romanas, llegaron a protagonizar sonadas revueltas contra emperadores como Justiniano —con la famosa revuelta de Nika (532), que es tratada en detalle en lo que sigue—, mostrando cómo el control social se podía acabar convirtiendo en descontrol. Eran mucho más que meras facciones deportivas y tenían gran influencia social, mezclándose en ocasiones incluso en discusiones teológicas o políticas, apoyando a una u otra herejía (los azules en Constantinopla eran ortodoxos y los verdes tendían al henofisismo), a uno u otro aspirante a la púrpura imperial. La arena y las gradas eran el lugar más oportuno para tomar la temperatura política y social al pueblo constantinopolitano y desde su *kathisma* o trono presidencial, ya que el palacio daba directamente al Hipódromo, el emperador podía sondear los ánimos de sus súbditos de la manera más certera posible. En definitiva, este vibrante recorrido por la historia de Roma culmina, tras los años del Dominado, en la brillante peripecia histórica del Imperio de Oriente, hasta que, en el siglo VII, decae la estrella del circo en un imperio que ya cambia —con el final de la antigüedad tardía y el comienzo del medioevo propiamente dicho— sus características básicas. Serán, en fin, los romanos —tanto los clásicos como los bizantinos, que nunca se autodenominaron otra cosa que *rhomaioi*— quienes transformarán para siempre este viejo deporte de las carreras de carros, heredado de la antigua Grecia, proporcionándole unas dimensiones, modernísimas para nosotros, de espectáculo de masas.

La vieja Roma y la nueva Roma compartieron durante un milenio la pasión por las carreras del circo, al que convirtieron en el lugar más emblemático de comunión

entre el pueblo y sus gobernantes, el corazón de las tensiones y pulsiones políticas, ideológicas y sociales a lo largo de la antigüedad romana. Por esto, la propuesta que tiene delante el lector, más que una historia del circo, que sería ya de por sí apasionante, es una vibrante historia de la mentalidad romana a través de las carreras del Hipódromo. El circo romano y todo lo que lo rodea sigue fascinándonos hoy día, ya sea como espectáculo irrepetible o como mecanismo de control sociopolítico *(panem et circenses),* en ambos casos como precursor de lo que hoy hay, con el ocio de masas en deportes-espectáculo como el fútbol. Frente a la *scholé* griega o al *otium cum dignitate* de Cicerón o Séneca, formativos del espíritu, el circo romano ha quedado para nosotros como un fascinante pero ambivalente monumento histórico que supone un claro precursor del entretenimiento como arma de propaganda, embrutecimiento colectivo y dominación social. Precisamente por ello la historia que aquí se presenta nos toca muy de cerca, en este Occidente nuestro absorto en su egoísmo y vacuidad globalizados.

David Hernández de la Fuente

INTRODUCCIÓN

Imaginemos una sociedad en la que la mayor parte de la población, independientemente de sus posibles, está de tal manera enganchada a un entretenimiento que éste constituye el más relevante y frecuente tema de conversación, tanto en las calles como en los bares, en el trabajo como en la escuela o en las cenas formales, y sus aficionados no disfrutan tanto del espectáculo en sí como de la fidelidad a unos colores que sienten como propios y que rivalizan con otros por la victoria. Hasta tal punto que llega a convertirse en una especie de religión, y mientras algunos no pueden dormir por la tensión y expectación que los sobrecoge la víspera del espectáculo, otros acampan delante de la cancha para así obtener las mejores localidades y ver en plenitud a sus ídolos, cuyo estado de salud y rendimiento deportivo les parecen más importantes para sus vidas que el correcto devenir del Estado y, en consecuencia, estiman que una lesión sería más gravosa que el peor de los casos de corrupción, siendo sus protagonistas modelos para la sociedad, en especial para los niños. Por el contrario, aquellos que aborrecen este entretenimiento lo consideran pueril, brutal y absurdo, una mala influencia que únicamente sirve para distraer a la gente de los problemas de su tiempo. Imaginemos una sociedad en la que miles de personas se unen bajo sus colores para vitorear a sus ídolos, para dedicarles cánticos y canciones que los definen como grupo mientras abuchean y se enfrentan a sus rivales, dispuestos a

romper con amigos y parientes por este choque de fidelidades. Y aún hay más: aunque la mayor parte de los aficionados sean fieles a sus escuadras y se conozcan al dedillo las estadísticas de sus ídolos, también existen quienes, radicalizados hasta el límite, no se contentan con la lealtad incorrupta hacia sus colores, sino que tienen que imponerse a sus rivales de la manera que sea, sin rehuir el más crudo uso de la violencia, incluso contra los cuerpos de seguridad, llegando a provocar muertes en el transcurso de tales demostraciones de fuerza. Por otra parte, de forma curiosa, estos aficionados, en especial los más exaltados, no dudan en llevar al escenario de sus sueños reivindicaciones sociales con la esperanza de que con su denuncia sean atendidas. Estas imágenes intemporales, que bien podrían ser asumidas sin ambages en las actuales Madrid, Mánchester, Nápoles, Buenos Aires, Río de Janeiro o Moscú, representan la realidad vivida en las mayores ciudades del Imperio romano, tanto en la mismísima Roma como en Constantinopla, Cartago, Alejandría o Antioquía, amén de otras muchas urbes menores. Sin embargo, a diferencia de los tiempos actuales, en los que el fútbol es, sin duda, el gran espectáculo de masas desde hace algo menos de siglo y medio, en el pasado tal papel de privilegio lo desempeñó el circo, puesto que las carreras de carros desataron una verdadera locura durante los más de mil años en los que se mantuvo su vigor. Por eso resultó delicioso comprobar cómo ambos espectáculos supremos confluían el 9 de julio de 2006 en el mismísimo Circo Máximo de Roma, donde aficionados romanos contemplaban, a través de las pantallas instaladas en el antiguo valle de Murcia, la final del Mundial de fútbol que se disputaba en Berlín entre la Italia de Cannavaro y la Francia de Zidane.

Este volumen tiene como meta presentar precisamente el

más grande de los espectáculos romanos, aquel que, aunque compitiera durante bastantes siglos con otros entretenimientos como las luchas de gladiadores o las *venationes* (cazas de animales), ocupaba el lugar más importante dentro del corazón romano, como lo demuestran su extraordinaria vigencia y preponderancia sociopolítica en el largo período aquí abordado. No era un mero deporte, si entendemos por deporte una práctica recreativa más o menos accesible para el conjunto de la población, sino un espectáculo de consumo, diseñado para el disfrute de las masas y que era ejecutado por profesionales. Ésta es la razón por la que nos resulta tan fascinante a pesar del tiempo transcurrido. Incluso con las enormes diferencias que nos separan de ese pasado, la influencia directa de la Roma antigua que se percibe en tantísimos órdenes de nuestra vida y mentalidad hace que no dejemos de vernos como sus herederos. En el caso de los espectáculos públicos, esa relación es inevitable, pues ambas épocas se caracterizan por el predominio de formas de entretenimiento de masas —aunque, todo sea dicho, esta cercanía conceptual puede distorsionar la realidad a través del espejo deformante de la historia—. Para muchos, el circo suponía un modo de vida, como se observa en su filiación a alguno de los cuatro colores o facciones que competían entre sí, los azules y los verdes principalmente, aunque también había seguidores rojos y blancos.

Por otro lado, hay que hacer una aclaración previa. En nuestro tiempo es muy habitual confundir el mundo del circo con el de otro gran espectáculo (asimismo público, pues las diversas administraciones y los magistrados se preocuparon por su organización y financiación): las luchas de gladiadores, que en las fuentes se denominan *munera* —*munus* significa «deber» y alude a la obligación de

celebrarse en los funerales, ya que así surgió esta tradición —, mientras que para referirse a las carreras se utilizaba el término de *ludi* —*ludus* en singular, que significa «juego»—. No en vano, hoy no es infrecuente ver cómo en la literatura, en la prensa y en el resto de medios de comunicación se confunde el circo con el anfiteatro, siendo el primero el propio espectáculo de las carreras de carros y también el espacio destinado a ello —en las zonas grecófonas se le denominaba hipódromo—, y el segundo el lugar donde se celebraban las luchas de gladiadores. Este error se debe sobre todo al uso indiscriminado del clásico aforismo *panem et circenses* («pan y circo») del satirista Juvenal, sobre el que se hablará ampliamente. No se puede soslayar la importancia brutal que los juegos circenses tuvieron en el mundo romano, aunque en el presente resulte en líneas generales más atractiva y conocida la figura del gladiador, tal y como se observa en la cultura popular. Valgan los míticos ejemplos cinematográficos del Máximo Décimo Meridio de *Gladiator* (2000), de Ridley Scott, o del Espartaco interpretado por el gran Kirk Douglas en la película homónima dirigida por Stanley Kubrick (1960), frente al escaso protagonismo del circo romano en el cine, salvo las cuatro adaptaciones de *Ben-Hur* (a partir de la novela de 1880 de Lew Wallace) en 1907, 1925, 1959 y 2016, en especial la magnífica película protagonizada por Charlton Heston y dirigida por William Wyler (1959), que sin duda también supone un hito de la cultura fílmica pese a las diversas inexactitudes históricas que arroja. La secuencia de la carrera de carros permanecerá para siempre en la retina de todos, puesto que refleja de forma intensa y adrenalínica la emoción que los antiguos sentían en espacios míticos como el Circo Máximo de Roma o el Hipódromo de Constantinopla. Asimismo, es recomendable la larga escena

circense de la película muda de 1925, que, igual de emocionante, se muestra un poco más fiel a la realidad histórica.

Así pues, nuestro fin es introducir al lector en la fascinante historia de un espectáculo que condicionó, para bien y para mal, muchos episodios de la historia antigua, algunos incluso de enorme relevancia, y que define toda una sociedad y una época, pese a los cambios que se advierten en los largos siglos abarcados en el libro. Este acercamiento se realiza, fundamentalmente, a partir de una revisión concienzuda de las fuentes primarias, sobre todo las literarias, es decir, las históricas, jurídicas, religiosas, de ficción, laudatorias, etc., pero sin obviar en la medida de lo posible las epigráficas, papirológicas, arqueológicas o iconográficas, amén de la bibliografía secundaria especializada contemporánea. Se da voz a los testimonios escritos que resultan básicos para comprender el mundo romano, pero que no suelen valorarse de primera mano, sino a través del tamiz de intermediarios, como lo son los historiadores o los divulgadores históricos. Se pretende que el lector, aunque obviamente la labor del que suscribe este texto sea actuar como mediador respecto a este pasado, disfrute de un contacto directo con testimonios luminosos y vitales, perfectamente referenciados, para que, si lo desea, pueda verificar y ampliar los horizontes de su curiosidad histórica merced a las buenas oportunidades que la tradición editorial española ofrece. En efecto, en España tenemos la suerte de contar con una gran tradición traductora de los clásicos antiguos, como lo demuestra, por ejemplo, la serie «Clásicos de Grecia y Roma» de Alianza Editorial. Con las referencias que aparecen en la última sección del libro, animamos al lector a que la siempre positiva inmersión en los restos arqueológicos del pasado se vea complementada

con la esencia vital de quienes navegaron las procelosas aguas del tiempo romano. Sin embargo, resulta necesario partir de una premisa clara: los textos también tienen sus limitaciones y no son inocentes; han de interpretarse y conocerse las motivaciones e intereses que llevaron a su plasmación y que, en muy buena medida, alteran tanto el discurso como los hechos presentados, sin por ello negar su veracidad, sea o no plausible. De hecho, en el ámbito de los espectáculos hay que tener mucho cuidado de las críticas acendradas, a veces bastante hipócritas, en especial por parte de ciertos intelectuales, cuyo tono fue seguido por la inmensa mayoría de las fuentes cristianas, que atacaron el espectáculo pese al enorme predicamento social que tenía en su tiempo. La asociación de determinado personaje con los espectáculos, fuera real o no, se manipulase o no, podía implicar críticas descarnadas en el ámbito de la historia política imperial que delimitasen su buena o mala fama. No obstante, ni siquiera desde este plano se puede establecer un criterio uniforme, puesto que tal asociación podía adquirir unos tintes positivos o negativos según los intereses del autor de turno, aunque la totalidad de los emperadores conocía el valor intrínseco del circo y casi todos, con alguna honrosa excepción, lo utilizaron para sus fines. Sin embargo, aun a riesgo de que algunos datos resulten sospechosos o complicados de asimilar, se ofrecen al lector sin rehuir los intereses subyacentes de las fuentes.

Se ha partido de una perspectiva cercana a la del puzle histórico, pues por desgracia escasean las fuentes focalizadas exclusivamente en el ámbito de los espectáculos. No hemos tenido acceso a ninguna, salvo a algunas concretas que, indefectiblemente, tenían como fin desprestigiarlos por razones morales o religiosas, si bien sabemos que existía una amplia obra escrita que no ha llegado hasta nosotros. Por

ejemplo, gracias a la biografía que se le dedicó en la *Historia Augusta* al emperador Claudio II, tenemos noticia de que un historiador llamado Galo Antípater, del que no disponemos de ningún documento, escribió un libro sobre el mundo de los gladiadores que le valió el reproche de «deshonra de los historiadores» (*SHA Claud.* 5.5). Éste es un caso concreto relativo a un espectáculo determinado, pero tenemos constancia de que hubo más materiales escritos relativos al circo, aparte de muchos más testimonios hoy perdidos. No obstante, pese a estas carencias, se puede intentar reconstruir la historia del circo romano con las fuentes disponibles, haciendo uso a modo de puzle de todos los testimonios existentes, algunas de cuyas mejores fuentes, no de forma casual, son precisamente aquellos textos que se muestran más críticos.

Con respecto a la organización del libro, se divide en dos grandes partes. La primera, titulada «Un paseo por la historia del mayor espectáculo del mundo», tiene como objetivo llevar a cabo un recorrido histórico diacrónico del circo desde sus más remotos antecedentes hasta el año 602 (cierra el volumen la muerte del emperador bizantino Mauricio), prestando una atención preferente al mundo imperial. En consecuencia, el criterio expositivo es cronológico y, además, se vehicula en torno a los sucesivos reinados. Sin embargo, no se pretende tan sólo narrar los hechos circenses, sino relacionarlos con los acontecimientos contemporáneos, por lo que no se descuida una introducción o un contexto de la historia romana desde un plano tanto político como militar, social o religioso. La única excepción es un pequeño apartado cuyo fin es presentar esquemáticamente la difusión provincial de este espectáculo, que surgió en la misma Ciudad Eterna para luego expandirse por todo el Imperio. También ha de constatarse que, una vez

que el Imperio de Occidente finaliza su existencia con la caída de Rómulo Augústulo, la trayectoria narrativa se bifurca en dos vías: por un lado, la pervivencia del circo en los reinos bárbaros sucesores y, por otro, su recorrido en el mundo bizantino temprano.

La segunda parte de la monografía, «El mundo del circo romano», tiene como objeto mostrar algunas de sus claves mediante el análisis somero de los fundamentos del espectáculo. Partiendo de la enorme pasión que despertaba, sigue con la presentación de los actores esenciales en su desarrollo y se cierra con la descripción de un día tipo en los juegos circenses tal y como debían de desarrollarse en las urbes más importantes, sobre todo en Roma. Después hay dos anexos: el primero es un listado de los emperadores romanos; el segundo, el texto de la inscripción honorífica que se le dedicó en vida a Diocles, probablemente el mayor auriga de la historia de la Antigüedad, que constituye un revelador testimonio sobre el mundo de las carreras. Finalmente se incluye la bibliografía de fuentes primarias y secundarias empleadas.

Quisiera acabar esta introducción con unos agradecimientos. En primer lugar, desearía acordarme de aquellas personas con las que he debatido de forma habitual y constante, hasta el aburrimiento, sobre el circo romano, como lo son Javier Acherkouk y Emilio Gamo Pazos, que han mostrado una paciencia digna de encomio durante muchos meses. Debo citar también a Saúl Martín González y a Sergio Remedios Sánchez, con quienes comparto trifulcas y discusiones amistosas sobre el circo de nuestro tiempo, mientras que resultaría un error imperdonable no acordarme de David Hernández de la Fuente por el anzuelo que me tendió para que este libro fuera una realidad. También quisiera agradecer la estupenda amabilidad de los

bibliotecarios de la Biblioteca de Filología Clásica de la Universidad Complutense de Madrid: María Jesús, Chema y Alicia, quienes, desde la quietud de ese fantástico rincón del saber antiguo, han sido testigos de cómo elaboré buena parte de este libro mientras saqueaba incansablemente las fuentes y libros de sus estantes. Asimismo, agradezco la gentileza a Javier Setó y al resto del personal de Alianza Editorial por su estupenda dedicación. Y, por supuesto, quisiera rendir homenaje a mis padres, Ángel y Aurora, y a mi hermano Ángel, que maneja un carro muy especial de cuatro ruedas que, sin caballo alguno de por medio, se adscribe a una facción muy particular y exclusiva. *And last but not least,* reitero mi agradecimiento más personal y decidido a Amanda. Va por ti.

PARTE I

UN PASEO POR LA HISTORIA DEL MAYOR ESPECTÁCULO DEL MUNDO

Con esta primera parte se pretende ofrecer desde una perspectiva diacrónica una panorámica de la historia del más importante de los espectáculos romanos, desde sus orígenes hasta el año 602[1]. Aunque el arco temporal podría haberse extendido hasta bien avanzado el Medievo, ello habría desvirtuado el tono del libro, puesto que los últimos siglos del circo romano representan una andadura que diverge profundamente, en consonancia con tantísimos aspectos, de la vida de la sociedad grecorromana del mundo clásico e, incluso, de ese momento de tan vital transformación y cambio como lo fue la Antigüedad Tardía. Por estas razones, se ha optado como límite cronológico por el asesinato del emperador bizantino Mauricio en el 602 a manos del usurpador Focas, a semejanza de lo planteado por el gran historiador A. H. M. Jones en su legendaria obra *The Later Roman Empire, 284-602* (1964). Asimismo, a la hora de explicar el origen del mayor espectáculo del mundo antiguo, no basta con remontarse al comienzo del entretenimiento en el seno de la sociedad romana, sino que debemos retroceder aún más, a la génesis del carro como elemento fundamental, sobre todo en la guerra de los estados de la Edad de Bronce. No en vano, el carro del circo romano no dejaba de ser una adaptación del empleado en los campos de batalla de esta era lejana. Sin embargo, conforme a los imponderables

históricos, no hubo un préstamo directo entre Roma y el Próximo Oriente, sino que se tomó de sus tradicionales intermediarios, los griegos, que hicieron uso de esta herramienta en el ámbito de sus originales competiciones deportivas. Este proceso histórico también lo abordaremos, aunque el foco se situará en el mundo romano, en especial a partir de la época imperial. Con respecto a las coordenadas espaciales, nuestro afán es atender al territorio que se encontró bajo la égida del Imperio romano, ya que los juegos circenses no se extendieron más allá de sus fronteras, aunque sí intensivamente por todas las provincias. En relación con los límites cronológicos apuntados, no sólo se tratarán, por mucho que centren nuestra atención, los territorios bajo el dominio imperial romano y después bizantino, sino también aquellas regiones occidentales donde el circo pervivió aun cuando la estructura política de esas sociedades ya estuviera en manos de los bárbaros recién llegados. Tal y como se ha indicado en la introducción, el acercamiento al pasado se basa principalmente en el manejo y la exposición de fuentes antiguas, sin rehuir el uso de fuentes secundarias siempre que sea necesario.

La génesis de las cuadrigas. El mundo de los carros de combate

Al igual que con los gladiadores, las naumaquias y las *venationes,* en el caso del circo resulta obvia su vinculación con el mundo militar, tanto más cuanto que el principal actor del espectáculo, el caballo, fue un elemento consustancial de la guerra desde su domesticación. Pero no sólo el animal en sí, sino también el carro constituyó desde un primer momento un elemento fundamental del conflicto

bélico de la Edad de Bronce.

Hay muy diversas teorías sobre el inicio de la domesticación del caballo, pero, aunque los recientes análisis genéticos de las poblaciones actuales realizados por diversos investigadores apuntan a un origen multipolar, la corriente dominante señala las estepas euroasiáticas como el lugar donde empezó su domesticación, en el cuarto milenio a.C. (por parte de poblaciones nómadas o seminómadas posteriormente conocidas como «escitas»), a partir del cual se produjo la ulterior difusión de su uso en el mundo antiguo. En primer lugar, por las culturas del Próximo Oriente y Egipto y, a continuación, por los pueblos europeos. Pese a constatarse desde el Paleolítico el consumo de carne de caballo y el aprovechamiento de otras partes de su cuerpo, como la piel y los tendones, no fue hasta el inicio de la era de los metales cuando se comenzó a usar más creativamente. Su domesticación representa un punto y aparte crucial en la historia del hombre, sobre todo su empleo como animal de transporte. Aunque el caballo no esté particularmente dotado para la carga y otras tareas pesadas, como sí lo están los burros, las mulas y los bueyes, su velocidad y maniobrabilidad proverbiales le convirtieron en un activo fundamental para las comunicaciones y, en especial, para los conflictos armados. Curiosamente, su uso individual tardó en producirse, pues habría que esperar al primer milenio a.C. para la plena intervención de la caballería en la guerra. Por el contrario, desde un inicio el caballo fue empleado sobre todo como instrumento de tracción de carros, ya fueran de transporte o de combate, al igual que los otros animales referenciados.

A mediados del segundo milenio, el carro adquirió su configuración definitiva como instrumento bélico después de mil años de progresivos avances técnicos. Aunque ya se

observan evidencias del uso de carros con fines militares en las culturas sumeria y acadia del tercer milenio, parece que para su manejo se confiaba en otros animales, como asnos, mulas y onagros, mientras que su diseño tosco y pesado, caracterizado por sus ruedas macizas, también limitaba su empleo pese al valor intrínseco que tal novedad suponía para la guerra de comienzos de la Edad de Bronce, en el tercer milenio. Para que se convirtiera en el arma más importante de su tiempo, hubo que esperar a que se estilizara y redujera su peso, amén de otras innovaciones técnicas como la más versátil rueda con radios, y por último, pero en absoluto menos relevante, a que se enjaezaran los caballos. De esta manera, han aparecido carros asociados a jamelgos ya en la importantísima cultura escítica de Sintashta, hacia el año 2000 a.C. (D. W. Anthony, 2007), que anteceden en un par de centenares de años a las evidencias similares procedentes de las más avanzadas culturas del Próximo Oriente. En Sintashta, un territorio localizado en la estepa rusa, inmediatamente al este de los Urales, se han encontrado restos tanto de carros como de caballos en unas tumbas principescas también caracterizadas por inusitados vestigios de armamento que, en conjunción con hábitats reciamente fortificados y con el auge de la industria del metal, reflejan la notable militarización de una sociedad al parecer recientemente sedentarizada.

Desde esta zona de espacios abiertos, el uso del carro se expandió en todas direcciones, con un impacto crucial en el arte de la guerra durante los tiempos convulsos de la Edad de Bronce, fundamentalmente, en lo que concierne a nuestro interés, en las culturas del Próximo Oriente y de Europa. De hecho, durante cerca de dos mil años, desde comienzos del tercer milenio hasta mediados del primer milenio a.C., se erigió en la herramienta suprema de los ejércitos de los

Estados de ese período, tal y como se observa tanto en la iconografía como en los propios textos. Una herramienta poderosa en el combate a la par que majestuosa, pues constituía también un símbolo de prestigio.

Lo atestigua la primera e inmortal obra maestra de la literatura universal que nos ha legado el tiempo. El poema de Gilgamesh, gloria de las letras acadias, da buena cuenta de la consideración que merecía el carro a través de las siguientes palabras de la diosa Ishtar:

> ¡Ven, Gilgamesh, sé tú [mi] amante! Concédeme tu fruto. Serás mi marido y yo seré tu mujer. Enjaezaré para ti un carro de lapislázuli y oro, cuyas ruedas sean áureas y cuyas astas sean de bronce. Tendrás demonios de la tempestad que uncir a fuer de mulas poderosas. En la fragancia de los cedros entrarás en nuestra casa. Cuando en nuestra casa entres, ¡el umbral [y] el tablado besarán tus pies! ¡Se humillarán ante ti reyes, señores y príncipes! El producto de colinas y de llanos te ofrecerán por tributo. Tus cabras engendrarán crías triples, tus ovejas gemelos, tu asno en la carga sobrepujará a tu mula. Los corceles de tu carro serán famosos por su carrera, ¡[tu buey] bajo el yugo no tendrá rival! (*Gilgamesh* 6.3)

En este estupendo pasaje, Ishtar se ofrece sexualmente a Gilgamesh, rey de Uruk, y, como tributo al héroe, le hace entrega de un fabuloso carro construido de la manera más suntuosa imaginable, con el objeto de que le sirva para alzarse sobre los hombres merced a su simbolismo fastuoso y a su poderío en la guerra. Sin embargo, Gilgamesh rechaza el ofrecimiento de la diosa y la venganza divina sacude a la humanidad en la forma del Toro del Cielo, que, prestado por Anu, el dios supremo y padre de Ishtar, debe traer consigo el hambre y la sequía a la humanidad, pero finalmente muere a manos del héroe y de su fiel Enkidu. Un ejemplo más tardío de la relación entre el carro y la majestad lo encontramos en el Antiguo Testamento judeocristiano. Entre la enorme cantidad de referencias al carro que se encuentran en los diversos libros que componen esta obra, las hay que lo asocian a Jehová con connotaciones similares (Ps. 68.17, por ejemplo). Obviamente estas evidencias son testimonios literarios y no históricos, pero reflejan de forma harto evidente el elevado concepto que se tenía en la Edad de

Bronce del potencial de esta herramienta a todos los niveles. No en vano, era un arma que representó en su momento el mayor avance tecnológico aplicado a la experiencia bélica terrestre. Requería no sólo habilidad en su construcción, sino también una tripulación apta para su manejo y sumamente especializada, que, tras un considerable entrenamiento, fuera capaz de extraer el enorme rendimiento que aportaba en la guerra de este período.

De acuerdo con el enorme caudal de información procedente de la mayor potencia del mundo antiguo de la Edad de Bronce, es decir, Egipto, vale bien la pena detenernos en el modo en que se empleaban los carros de combate a través de diversas experiencias. El uso del caballo y del carro no llegó a Egipto hasta una de sus eras precisamente más difíciles. La invasión de los hicsos, una fuerza pluriétnica asiática con un importante componente cananeo, supuso el final de la dinastía XIV y originó el segundo período intermedio. Durante más de un siglo, el genuino poder egipcio se vio constreñido entre los recién llegados asiáticos y los nubios, que habían aprovechado la debilidad de los faraones para avanzar hacia el norte. Los hicsos llevaban consigo diversas novedades militares que facilitaron la conquista del tradicional Estado egipcio, como las armaduras de bronce, el arco compuesto, unos escudos más ligeros, los caballos y, finalmente, los carros de combate (Veldmeijer, 2013). Todas estas novedades fueron adoptadas oportunamente por la dinastía XVIII y utilizadas precisamente para acabar con el dominio hicso y dar carta de nacimiento a la fase histórica conocida como el Imperio Nuevo.

A partir de ese momento, los subsiguientes faraones de esta dinastía y de las posteriores trocaron su habitual política aislacionista por una de intervención bélica en el

exterior con el fin de evitar justamente que se repitieran episodios similares. De esta manera, se creó un ejército estable en donde jugaron un papel fundamental los carros, empleados en sus batallas contra sus enemigos africanos, los nubios y los libios, y, sobre todo, contra los poderes asiáticos rivales. Así, Tutmosis III (1479-1425 a.C.)[2], el más grande de los faraones del Imperio Nuevo, extendió los dominios de Egipto hasta límites desconocidos durante intensos años de campaña, cuyo punto culminante fue la batalla de Megido —el preciso lugar donde tendrá lugar el Armagedón bíblico de acuerdo con el libro del Apocalipsis— en el 1457 a.C., contra una gran coalición cananea encabezada por la ciudad de Kadesh, que constituye la primera gran guerra bien descrita de la historia de la humanidad. Según las fuentes, los carros jugaron un papel importante en la victoria final y en el subsiguiente control egipcio de Canaán. Otro tanto ocurrió en la mítica batalla de Kadesh acontecida casi dos siglos después (1274 a.C.), pues fue la mayor contienda de carros de la historia de la humanidad. Este choque, verdadero émulo de la gran batalla de Kursk de la Segunda Guerra Mundial, enfrentó ni más ni menos que a más de cinco mil carruajes de combate y a unos 57.000 soldados de infantería, repartidos entre el contingente egipcio encabezado por el propio faraón Ramsés II (1279-1213 a.C.) y el hitita del monarca Muwatalli. Como se observa en los estupendos relatos de la batalla y en las evidencias iconográficas y arqueológicas, se enfrentaron dos tradiciones distintas en el uso de estas armas bélicas. Los egipcios, como muestran los carros encontrados en la tumba del faraón Tutankamón, eran ligeros y tenían como objetivo fundamental el ataque a media distancia. Compuestos de un armazón de madera, unos laterales y un frontal de mimbre y un suelo de tiras de cuero entrelazadas, alojaban a un auriga y a un guerrero

que, cubierto con armadura, portaba un arco, una lanza y diversas armas de mano, si bien el carro egipcio hacía las veces de plataforma desde la que disparar contra el enemigo. Los acompañaban guerreros a pie que corrían detrás y los apoyaban contra el enemigo o los auxiliaban en caso de necesidad. Por su parte, los carros hititas eran más pesados y grandes, puesto que su tripulación era de tres miembros: un auriga, un guerrero con armadura que portaba una lanza y armas de mano y, finalmente, un escudero también armado que se encargaba de proteger a sus dos compañeros de cualquier ataque. A diferencia del carro egipcio, destinado al combate a media distancia, los hititas eran más lentos y preferían el cuerpo a cuerpo para sembrar el pánico entre las filas enemigas. Conforme al estupendo relato de la batalla, conocido sobre todo a través de fuentes egipcias, aunque afortunadamente no son las únicas, se observa de forma elocuente el protagonismo de esta herramienta bélica, así como las tácticas y estrategias asociadas, puesto que en esta contienda prácticamente no tuvieron protagonismo alguno las respectivas infanterías, sino que los carros coparon el desarrollo de la lucha. De esta manera, tras el fulgurante ataque sorpresivo hitita, que dañó al inferior contingente egipcio, el propio Ramsés II encabezó el contraataque a bordo de su carro en sucesivas oleadas hasta que llegaron refuerzos egipcios, lo que llevó a un *impasse*. Pese a los victoriosos y laudatorios testimonios de las fuentes egipcias, todo hace pensar que el balance de la batalla fue incierto, equilibrado o, al menos, no concluyente de acuerdo tanto con el tratado de paz subsiguiente —el primero del que se tiene constancia en la historia de la humanidad— como con los acontecimientos inmediatamente posteriores. De hecho, se produjo un progresivo desgaste del dominio político-militar egipcio en esa zona del levante mediterráneo, lo que

contradice el triunfalismo de las fuentes escritas del país del Nilo.

Ambas batallas de Kadesh reflejan claramente los usos habituales de los carros ligeros de la Edad de Bronce en el Próximo Oriente. Se utilizaban o bien como plataforma desde la que hostigar al enemigo a cierta distancia, o bien como arma directa contra los contingentes de infantería con el objeto de quebrarlos. Los carros de combate continuaron presentes en los ejércitos del mundo antiguo durante largo tiempo, hasta que comenzaron a declinar a comienzos del primer milenio anterior a nuestra era, cuando, como se indicó anteriormente, por fin fue empleada de forma masiva la caballería en los conflictos bélicos. No obstante, durante varios siglos más siguieron cumpliendo un rol muy importante y no dejaron de actualizarse. Así, se constata cómo aparece el carruaje pesado en contraposición al anterior modelo ligero, que, según el griego Jenofonte, soldado y autor de la magnífica *Anábasis,* no le hacía «el más mínimo daño a los enemigos» (*Cyr.* 6.1.28). También a juicio de este autor, tal novedad fue ideada por el fundador del mayor imperio conocido hasta ese momento, el rey de reyes, Ciro el Grande de Persia (559-530 a.C.). Con las siguientes palabras describe cómo éste desechó el carro de combate que había estado presente en los campos de batalla desde la Edad de Bronce:

> Desterró este tipo de carruaje y, en su lugar, equipó los carros de guerra con fuertes ruedas para que no se rompieran fácilmente y con ejes grandes, pues todo lo que consiste en una superficie plana es más difícil que vuelque. E hizo la caja para el auriga como una torre de madera resistente cuya altura llegaba hasta los codos para que los caballos pudieran ser conducidos por encima de la caja. Y acorazó a los aurigas cubriéndoles todo el cuerpo, excepto los ojos. También aplicó hoces de hierro de dos codos de largo aproximadamente a los ejes y a ambos lados de las ruedas, y otras debajo del eje de cara a la tierra, para lanzarse contra los enemigos con los carros (*Cyr.* 6.1.28).

Entre estas novedades, como el importante acorazamiento que denota el texto, destaca sobremanera el empleo de enormes filos de un metro de longitud adosados a

las ruedas con el objetivo de sembrar el terror entre las fuerzas de infantería, muy especialmente en terreno llano. Aunque se ha discutido el origen de tal innovación, así como el del resto de las novedades advertidas por el que fuera alumno de Sócrates, señalándose como responsables últimos tanto a los anteriores asirios como a Artajerjes, un descendiente de Ciro en el trono persa (Nefiodkin, 2004; Rop, 2013), lo cierto es que resulta extremadamente complicado ofrecer respuestas contundentes de acuerdo con las evidencias, salvo que estas adaptaciones se produjeron en la primera mitad del primer milenio a.C.

Si bien los carros siguieron utilizándose, progresivamente perdieron importancia ante las nuevas técnicas militares que se fueron desarrollando y, muy especialmente, como se ha indicado, ante el enorme desarrollo de la caballería. El caballo en solitario, mucho más rápido y maniobrable, permitía una versatilidad militar que convertía en reliquias a los carros. Asimismo, se crearon técnicas defensivas muy efectivas que finalmente provocaron su desaparición. Según Vegecio, tratadista militar romano del siglo IV, los últimos enemigos de Roma que emplearon los carros de combate fueron Antíoco III (222-187 a.C.), el agresivo soberano del imperio helenístico de Seleucia, cuyas ambiciones territoriales occidentales fueron cortadas de raíz por el creciente poderío romano a comienzos del siglo II a.C., y el gran Mitrídates VI Eupátor del Ponto (123-60 a.C.) ya en el siglo I a.C. Pese a que su mera visión despertaba temor, los carros eran totalmente inutilizables en un terreno que no fuera llano, y asimismo mediante el uso de tachuelas de metal (Vegecio 3.23.1-4). Lo cierto es que estos vehículos apenas aparecen con posterioridad, salvo en algún que otro caso esporádico como la conquista romana de Britania. Los

habitantes de este territorio seguían empleándolos para gran asombro romano, tal y como dejara por escrito Julio César en el relato de su intentona fallida, y de hecho una de las imágenes paradigmáticas de la conquista de la isla por parte romana es la de la reina guerrera Boadicea montada en su carro, que en la actualidad vigila el Parlamento británico desde la magnífica estatua erigida en su honor a orillas del río Támesis a comienzos del siglo XX. Así pues, los carros de combate que tan fundamentales habían sido en milenios anteriores desaparecieron de los campos de batalla y, en consecuencia, quedaron reservados únicamente para actos solemnes como los «triunfos» —procesiones de enorme significado político-religioso para toda la comunidad, que seguían un recorrido predeterminado por la trama urbana romana y finalizaban en el templo de Júpiter Óptimo Máximo, emplazado en el Capitolio— y para el entretenimiento de la población grecorromana en los espectáculos desarrollados en los hipódromos y en los circos.

Los antecedentes griegos del circo romano

Al igual que con tantos aspectos de la cultura romana, los antecedentes del circo romano también se pueden rastrear en el mundo griego. Asimismo, tal y como ocurre con otras muchas realidades del mundo antiguo, los propios helenos quisieron apropiarse de la invención del carro a través de su mitología. De esta manera, conforme al mito griego, su origen se remonta a la figura del legendario rey ateniense Erictonio. Éste era un descendiente involuntario del dios Hefesto, puesto que fue engendrado después de que tal divinidad pretendiese seducir a Atenea. Frente a la negativa

de la diosa, que quería mantener su virginidad intacta, el dios herrero intentó violarla. Falló en su empeño, pero su semen cayó en la rodilla de ella y luego en la tierra, que fue fecundada. Como consecuencia, Erictonio nació del suelo. Atenea se apiadó de él y lo envió a la corte del primer y mítico rey ateniense, Cécrope, para que fuera criado allí. A causa de la deformidad de sus piernas, que eran semejantes a serpientes, Erictonio ideó este vehículo conforme al ejemplo del carro solar con el objeto de disimularlas mientras se moviera —en Juan Lido *De mens.* 1.12 consta otra versión del origen del circo que lo vincula con la figura de la legendaria hechicera Circe—. Y supuestamente no sólo lo inventó, sino que fue el ganador de la primera competición de carros celebrada en el ámbito de las también primeras Panateneas atenienses. Según este relato, en homenaje a sus actos el mismo Zeus llevó a Erictonio a los cielos y le transformó en la constelación del Auriga, que aún sigue siendo conocida por este nombre en el presente. Obviamente, el mito no representa veracidad alguna, puesto que procura ofrecer explicaciones coherentes con la mentalidad de la sociedad que lo engendra sobre aquello que desconoce, en general conforme a los intereses particulares de la población o de una parte, pero no por ello deja de ser digno de atención. Así sucede en el caso de Erictonio y el carro, que no obstante aporta una clave fundamental para el propósito de este libro: el mito asocia directamente su génesis con la competición, pese a que las evidencias tanto literarias como arqueológicas e iconográficas apuntan de manera indiscutible a un origen bélico en la Edad de Bronce griega. De este modo, se ha encontrado iconografía del carro de combate en la Cnosos minoica y, más destacadamente, en Micenas, donde fue empleado durante la segunda mitad del segundo milenio y que, además, se ha de relacionar con algunos restos

impresionantes como el de la fascinante panoplia de Dendra, una coraza pesada compuesta por enormes placas de bronce entrelazadas por una cota y por correas de cuero, que cubría de las rodillas al cuello al guerrero que acompañaba al auriga en el carro.

Homero refiere en repetidas ocasiones el empleo de los carros de guerra en la *Ilíada,* en cuyos versos no aparece guerrero alguno montando a caballo. Es precisamente en esta obra donde se encuentra la primera alusión a una carrera de carros: un certamen organizado por Aquiles con el objeto de homenajear a Patroclo tras su muerte e incineración. En memoria de su gran amigo, el héroe heleno establece unos torneos de atletismo, pugilato y lanzamiento de jabalina, y una carrera de carros en la que participan los más notables aqueos. En lo que concierne a la competición que nos interesa, al igual que en el resto de pruebas, Aquiles instituye premios para los participantes e indica que el primero «se llevaría una mujer experta en irreprochables labores y un trípode con asas de veintidós medidas» (*Il.* 23.263-265). La emocionante descripción de la carrera por parte de Homero (*Il.* 23.262-650), que finaliza con el triunfo de Eumelo, seguido de Antíloco y Menelao, muestra la participación de divinidades como Apolo y Atenea y, principalmente, la habilidad de los aurigas, en un recorrido establecido y reglado a través de un espacio adecuado y con hitos, como las metas situadas en los confines del trayecto, que marcaban el cambio de sentido de los carros. Tales circunstancias dan a entender que estas carreras ya estaban vigentes durante la guerra de Troya, en plena Edad de Bronce helénica, puesto que en absoluto se presentan como una invención de Aquiles. En efecto, reflejan una tradición anterior, tal y como demuestra el testimonio del relato de Néstor, padre de Antíloco y soberano de Pilos, que alude a

su participación cuando era joven en otra carrera similar de índole funeraria celebrada en Buprasio. No resulta extraño, puesto que a todas luces estas competiciones son propias del relato heroico homérico y responden perfectamente a las tradicionales diversiones aristocráticas de las élites del mundo antiguo —como por ejemplo la caza, asociada desde el origen de las primeras civilizaciones, Egipto y las ciudades-Estado de Mesopotamia a la realeza y a las clases superiores, pero que acabó por incorporarse al mundo del espectáculo romano en la forma de *venationes*—, aunque, por lo demás, debe tomarse con cautela la fuente homérica debido al desfase cronológico entre el tiempo del relato y el del escrito. Sin embargo, ciertamente, no hay nada que nos impida contemplar la existencia de pruebas y torneos similares desde muy antiguo, y no sólo en el propio mundo helénico, sino también en aquellas culturas más antiguas del Próximo Oriente que emplearon el carro con anterioridad. Asimismo, y en directo correlato con lo reflejado más arriba sobre el origen de los gladiadores, aquí también se observa una vinculación con el mundo funerario en su origen, ya que las competiciones festejaban la memoria del fallecido y fortalecían su recuerdo entre los allegados.

No es casual que la primera sociedad en la que se celebran tales carreras —o más bien aquella cultura en la que por primera vez tenemos constancia de esas competiciones— sea la griega. En contraste con las culturas contemporáneas e inmediatamente anteriores y posteriores, el deporte era un elemento consustancial de la sociedad helénica, lo que la diferenciaba del resto de pueblos vecinos. Este singular *ethos* griego, en el acertado juicio de Donald G. Kyle (2015, pp. 5-7), aunque no conviene en absoluto considerar que el deporte y el espectáculo sean invenciones helenas, se encontraba presente en la totalidad de la *koiné* griega, tal y

como se observa en la proliferación de gimnasios, competiciones y festivales con un componente deportivo (como las citadas Panateneas), y, fundamentalmente, en los grandes juegos, como los Píticos, Ístmicos, Nemeos y Olímpicos. Si bien no debemos caer en apriorismos ni en imágenes estereotipadas sobre el mundo griego, el deporte jugó un rol importante en la formación de su población, o al menos en la de aquellos que tenían el privilegio de acceder a una educación, puesto que, como el sofista Filóstrato indica en su obra *Gimnástico,* el deporte era considerado un ámbito de aprendizaje similar a otros saberes y estuvo ligado desde su origen al mundo militar. Sin embargo, su ejercicio no sólo se ha de contemplar desde una perspectiva deportiva contemporánea, sino también desde el plano del espectáculo, como revelan las grandes competiciones citadas unas líneas más arriba, pese a que tradicionalmente esta percepción se asocie más al mundo romano que al griego. De esta manera, las carreras de caballos aparecieron bien pronto en los mayores certámenes del mundo griego, como por ejemplo en los Juegos Olímpicos, donde competían gentes diversas motivadas tanto por el honor que conferiría a sus lugares de procedencia como por la fama que les proporcionaría la victoria a título personal, como advirtió el gran Luciano de Samósata (*Anac.* 10).

Centrándonos en los Juegos Olímpicos, los más importantes juegos panhelénicos de la Antigüedad, vigentes desde el 776 a.C. hasta su eliminación por iniciativa del emperador hispano Teodosio I en el año 393, se observa desde muy temprano la celebración de carreras de carros. Sobre su protagonismo resulta reveladora la estupenda obra geográfica de Pausanias, pues este incansable viajero y compilador describió pormenorizadamente las diversas pruebas que componían los juegos y a los primeros

campeones (Paus. 5.8-9). Así, la primera carrera de caballos se celebró en la 25.ª olimpiada, en el 680 a.C., y finalizó con la victoria del tebano Pagondas. Además, las pruebas de caballería no se reducían a una única competición de carros uncidos por cuatro brutos, puesto que en el 648 a.C. se introdujo la equitación propiamente dicha y otras muchas competiciones relacionadas, algunas de las cuales disfrutaron de una enorme continuidad en el tiempo, mientras que otras apenas estuvieron presentes. De este modo, se pueden mencionar concursos como el de las cuadrigas tiradas por potros o por mulas, las carreras de carros de dos caballos o las competiciones de trote de caballos. Pese a que durante las semanas de tregua sagrada se llevaban a cabo otras muchas actividades deportivas, tales como el atletismo y las numerosas competiciones de naturaleza diversa ligadas a esta disciplina, u otras de evidente raigambre militar como el pugilismo, el lanzamiento de jabalina, la lucha o el pancracio —una suerte de lucha cuerpo a cuerpo en la que valía prácticamente cualquier golpe, ya fuera dado por manos o pies, y en la que se empleaban llaves similares a la del judo actual—, la carrera de carros era la disciplina reina de los juegos.

Tal y como se ha indicado previamente con respecto a su uso en la Edad de Bronce en el Próximo Oriente, así como en la Grecia mítica de Homero, el carro estaba asociado a las élites por el enorme dispendio que implicaba, tanto su construcción y mantenimiento como el entrenamiento de aurigas y caballos. Esta realidad también se observa en los Juegos Olímpicos si echamos un vistazo a algunos de los famosísimos nombres que aparecen en los listados de ganadores de las competiciones de carros. Si bien en numerosas ocasiones vencían con aurigas interpuestos, ya que en la Antigüedad griega se reconocía como ganador al

dueño del carro y de los caballos, y no al auriga, encontramos a políticos y estadistas atenienses de la talla de Milcíades el Viejo, su hijo Cimón de Atenas o el famoso Alcibíades, uno de los indiscutibles protagonistas de la guerra del Peloponeso; además de tiranos como el renombrado Hierón I de Siracusa, personalidades como Arato de Sición —el líder de la Liga Aquea del siglo III a.C.— y soberanos como los macedonios Arquelao I y Filipo II (el padre de Alejandro Magno), los egipcios Ptolomeo I Sóter, Ptolomeo II, Ptolomeo V y Ptolomeo VI Eupátor o el monarca del Imperio seléucida Alejandro Balas. El valor político, social y hasta sagrado de una victoria en los juegos bien valía la pena para los prohombres del helenismo. Se apreciaba tanto que incluso llevaba al agradecimiento expreso a los caballos: un autor romano de la época imperial comenta que en la ciudad siciliana de Agrigento se daba sepultura en tiempos muy antiguos a los brutos victoriosos, en lo que «era el último premio concedido a sus buenos servicios» (Solino 45.11). De hecho, se sabe que el citado Milcíades o el espartano Evágoras erigieron tumbas a los fieles brutos con los que habían ganado en los Juegos Olímpicos y conmemoraron su muerte con juegos fúnebres. Como se verá, tales homenajes tuvieron continuidad en época romana.



Fig. 1. Tetradracma de Hierón I de Siracusa que representa su triunfo en las

carreras, datado entre el 478 y el 475 a.C. El poeta Píndaro cantó sus éxitos en las carreras a través de los siguientes versos: «A vosotros [siracusanos] vengo de la espléndida Tebas trayendo esta canción, mensaje de la cuadriga con que tiembla la tierra; triunfante en ella Hierón, el de carros famosos» (*Pit.* 2.4-5). Imagen procedente de www.cngcoins.com.

Un caso particular, y aquí hacemos un salto al futuro, lo representa el emperador romano Nerón, de quien hablaremos más extensamente en próximas páginas, por su afición desmedida al circo. Tan grande era que incluso intervino como auriga en algunas carreras, siendo la más famosa la que ganó en Olimpia. Aunque no fue el único célebre romano en participar en los Juegos Olímpicos —también lo hicieron Tiberio, el que fuera sucesor de Augusto, o Germánico, el hijo político de este último y padre de Calígula—, Nerón dejó su sello particular en la competición, si hacemos caso a pies juntillas de las fuentes. Si bien la inmensa mayoría de los textos antiguos bosquejan un retrato hostil de este emperador, presentándolo como poco más que un inmoral hedonista, más preocupado por su placer que por el ejercicio adecuado del poder, últimamente esta visión ha sido reevaluada. Uno de esos textos antiguos que no contribuyen precisamente a congraciarse con su figura es el del biógrafo Suetonio, que nos informa cómo participó Nerón en los Juegos del año 67 a pesar de que aún no tocaban; de hecho, el tradicional período olímpico de cuatro años —las verdaderas Olimpiadas— fue cambiado en su honor para que pudiera competir durante el viaje que emprendió a Grecia ese año. En esos Juegos Olímpicos *ad hoc* compitió con un carro de ni más ni menos que diez caballos, mientras que sus rivales lo hicieron en las tradicionales cuadrigas impulsadas por cuatro brutos. Pese a esta aparente ventaja, tuvo la mala suerte de caer y, aunque sus servidores le colocaron de nuevo en el mismo carro, se vio obligado a abandonar a consecuencia de las heridas. No obstante, le fue otorgada la victoria —al igual que en otras

pruebas olímpicas en las que resultó «vencedor», aunque en muchas ni siquiera había competido—, y en señal de agradecimiento concedió a los jueces de los juegos la ciudadanía romana y una buena cantidad de dinero. De vuelta en Roma no tuvo reparos en celebrar un triunfo en conmemoración de sus victorias en los Juegos Olímpicos y en otros grandes certámenes, los Píticos y los Nemeos, en los que había actuado de manera similar (Suetonio *Ner.* 24; Dion Casio 62.14.1).

Las carreras de carros formaban parte tanto de estos grandes festivales, caracterizados por su importante valor panhelénico y religioso, como en otros de inferior renombre y en multitud de pruebas locales. Ciertamente era el más grande espectáculo del mundo helénico, de ahí que no resulte extraño que la pasión por las carreras se transmitiera a Roma. Pero los romanos no se limitaron a copiar la competición helénica, sino que la moldearon a su gusto y amplificaron su alcance a un nivel desconocido, convirtiéndola en el mayor espectáculo del mundo antiguo.

El circo en la Roma monárquica y republicana

A menudo se observa en una pequeña parte de la historiografía actual y, muy especialmente, en la cultura popular contemporánea una dicotomía radical entre la cultura griega y la romana. Mientras que los griegos, a grandes rasgos, son contemplados como unos filósofos diletantes guiados por la razón, que deambulaban por el ágora vestidos con togas de blanco nuclear discutiendo sobre la indivisibilidad del átomo, como unos seres apolíneos preocupados por la *paideia* y por el cultivo del cuerpo a la par que del espíritu, a los romanos se los tiene por unos

groseros nuevos ricos, embebidos por el poder que les daba el haberse erigido en la nueva potencia hegemónica mediterránea y sin miramiento alguno por las nobles artes liberales. Su brutalidad quedaba refrendada por la querencia mostrada hacia los entretenimientos violentos y crueles, ejemplificados en los banquetes leoninos de cristianos al gusto y las luchas a muerte en la arena; se trataba de una sociedad de forofos enfervorecidos por las carreras que preferían la esclavitud de sus pasiones al ejercicio de sus derechos como ciudadanos, que eran pisoteados sistemáticamente por unos políticos que los atiborraban a espectáculos. Aunque contienen un fondo de veracidad, ambas estampas de griegos y romanos responden obviamente a una caricaturización extrema y gratuita, puesto que las idiosincrasias de ambas culturas son diversas. Sin embargo, tal realidad no implica que no hubiera semejanzas ni paralelos, algo que se observa en muchos ámbitos, entre ellos, y esto es lo que nos interesa, el del espectáculo. El circo romano no se puede entender en absoluto sin la influencia griega; de hecho, tal y como avanzamos anteriormente, el mayor fanatismo hacia el circo se encontraba en época imperial en territorio grecoparlante —aunque no, todo hay que decirlo, en la misma Grecia—. Por otra parte, todo espectáculo que se precie requiere de una competición, un público y una recompensa, ya sea tangible o inmaterial. Desde esta perspectiva, en lo que atañe al circo ambas culturas eran parecidas, como en tantas otras esferas, lo que nos hace hablar en términos actuales del mundo grecorromano, si bien la originalidad de los romanos es más que notable, puesto que no se limitaban a duplicar lo transmitido.

La afición por las carreras de carros procede en última instancia, tal y como se ha indicado, de Grecia, aunque todo

parece indicar que a través del tamiz etrusco, dado que los tirrenos adquirieron tal costumbre de las colonias griegas establecidas en Italia. Las referencias son escasas y contradictorias. Mientras que un buen conjunto de fuentes, como Tácito o Dionisio de Halicarnaso, mencionan una influencia griega directa, otras evidencias advierten que la creación del Circo Máximo de Roma se debió al rey de origen etrusco Tarquinio Prisco, siendo también de responsabilidad tirrena ciertos rasgos propios del circo romano, como la vestimenta de los aurigas. El gusto por las carreras ya aparece, según Tito Livio, en tiempos del mismo Rómulo, y en la tradición posterior se apuntó directamente al fundador de la urbe como instigador de las primeras carreras e incluso del uso del recinto, como indica el cronista del siglo VI Juan Malalas (*Chronog.* 7.4). Sin embargo, parece que Malalas se equivoca, pues aunque Rómulo fuera el primero en utilizar el valle de Murcia como espacio para la celebración de carreras, la responsabilidad última de su acondicionamiento y la erección del mismo circo en su forma más primitiva debe atribuirse a Prisco. Obviamente, de la historia romana remota no se puede atestiguar nada con rotundidad, ya que las fuentes son muy posteriores e incluso textos como la citada historia de Roma de Tito Livio mantenían dudas sobre la veracidad de unos orígenes más míticos que historiográficos. De hecho, la historiografía romana, a diferencia de la helénica, fue muy tardía y, aunque se conservasen documentos como los anales máximos, hubo que esperar a comienzos del siglo II a.C. para que un romano acometiera la tarea de realizar una obra historiográfica: Fabio Píctor, que aun así la escribió en griego. No obstante, aunque resulte difícil creer en el amamantamiento de los gemelos Rómulo y Remo por una loba, en el rol de Eneas y el rey Latino, en el jugado por

otros personajes como Evandro o Numitor en el enrevesado origen de Roma, o, ya en una época posterior, creer en el relato sobre la etapa monárquica de la urbe y su final, e incluso en los posteriores hechos de personajes republicanos clave como Camilo o Cincinato, etc., tampoco es cuestión de arrojar al rincón del mito y de la leyenda un legado excepcionalmente interesante, tanto por su génesis y desarrollo creativo como por los mismos hechos que señala. En lo referente al circo romano, indudablemente la percepción romana apuntaba a una enorme antigüedad, tanto como para que las carreras de carros aparecieran en uno de los episodios fundamentales de la creación de Roma como lo es el rapto de las Sabinas. Así pues, bien vale la pena ser resaltado el relato del historiador Tito Livio, del siglo I a.C., sobre la creación del Circo Máximo por el soberano Tarquinio Prisco (*c.* 616 a.C.-*c.* 579 a.C.):

> La primera guerra la hizo [Tarquinio] contra los latinos, y en ella tomó por asalto la ciudad de Apíolas; de allí trajo un botín de mayor consideración que el eco que había tenido la guerra, y dio unos juegos más ricos y más completos que los de los reyes precedentes. Entonces, por vez primera, se escogió un emplazamiento para el circo que actualmente lleva el nombre de Máximo. Se repartieron entre senadores y caballeros espacios para que se construyesen tribunas particulares, que recibieron el nombre de foros; presenciaron el espectáculo desde palcos, que levantaban doce pies del suelo, sostenidos sobre horquillas. Consistieron los juegos en carreras de caballos y combates de púgiles, traídos sobre todo de Etruria. Estos juegos solemnes se celebraron en adelante todos los años, llamándoseles unas veces Juegos Romanos y otras Grandes Juegos (Tito Livio 1.35.7-9).

Este texto resulta sumamente esclarecedor por diversas razones, si bien es cierto que para todas las cuestiones apuntadas existen diferentes versiones de otros autores latinos: primero, por demostrar la continuidad de las carreras en el tiempo, puesto que se trasluce que ya tenían recorrido en la primitiva Roma; segundo, por ligar tales competiciones a una victoria militar; tercero, porque nos informa sobre el origen de uno de los más importantes festivales de Roma, los *ludi Romani* o *Maximi,* y, cuarto, porque nos proporciona el origen del Circo Máximo de Roma. Todo parece indicar que en un primer momento, y a

semejanza de lo que ocurría en la mayor parte de las competiciones de carros griegas, no había un área definida para las carreras, sino que se utilizaba un campo de labor adecentado y adaptado para acogerlas. Tarquinio, si creemos la leyenda, decidió crear un espacio cuya única finalidad, dejando aparte los inevitables fines religiosos, era la de albergar espectáculos —no sólo carreras de circo— que, desde un primer momento, pese a cierto anacronismo, estaban destinados a todas las capas de la sociedad, puesto que parece claro que una parte de las gradas se reservaba para los más pudientes de entre los romanos. Aunque la imagen tradicional del circo vincula su disfrute con las capas más desfavorecidas de la sociedad romana, ésta no era toda la verdad, y mucho menos en época republicana. Tal y como se ha indicado ya, el origen de las carreras de carros es puramente aristocrático; además, se trataba de una actividad que requería una enorme inversión económica, tanto en lo concerniente a la fabricación del propio carro como al entrenamiento de caballos y aurigas. Pese a la mala fama que adquirió en determinados círculos intelectuales, sobre todo en la época imperial, nunca dejó de ser el mayor espectáculo romano, al que acudían gentes de toda condición, incluidos los más altos cargos de la administración de todas las épocas, quienes, como veremos, jugaban un papel crucial en la organización e inauguración de las diferentes competiciones. Más adelante se describirá con mayor detalle el circo romano como espacio físico de competición, pero salta a la vista el paralelismo con el deporte de masas actual por excelencia, el fútbol. Así, a pesar de que era el espectáculo de todos los romanos, las diferencias económicas y sociales de la población quedaban reflejadas también en el espacio que ocupaban en las carreras: las gradas para el vulgo y los palcos para las élites,

a los que en tiempos posteriores se añadiría un nuevo espacio de distinción, el *pulvinar* o *kathisma* (en latín y griego respectivamente), es decir, el palco imperial. Aunque quizás haya precedentes no registrados, Tito Livio menciona que la primera ocasión en la que se decidió otorgar un palco privado en el circo, su destinatario fue el dictador Manio Valerio Máximo junto con sus descendientes, merced a la victoria militar que en el 494 a.C. infligió a los sabinos y que mereció la celebración de un triunfo (Tito Livio 2.31.3).

De acuerdo con el estupendo análisis de Elizabeth Rawson (1981) de las carreras en la época republicana, en los primeros siglos de Roma se mantuvo una tradición competitiva cercana a la tradicional griega: los prohombres de la ciudad disputaban entre sí, o a través de sus siervos, con el objeto de ganar premios más simbólicos que otra cosa; por ejemplo, coronas, al principio de palma y luego de oro o plata, que según Plinio el Viejo, el mítico naturalista romano víctima de la erupción del Vesubio, podían adornar los funerales de los vencedores al tratarse de dignidades que despertaban admiración (*HN* 21.5). Una competición de este tipo fueron los funerales que en Cartago Nova, en el 209 a.C., Escipión el Africano dedicó a su padre y a su tío, Publio y Cneo Cornelio Escipión, caídos en Hispania en el transcurso de la segunda guerra púnica a consecuencia de la traición de unos íberos en el desempeño de su misión de expulsar a los púnicos que allí permanecían. Aunque Tito Livio se centra en los combates gladiatorios que ofreció Escipión, los cuales se practicaban en Roma en un contexto fúnebre desde hacía unas pocas décadas, y simplemente indica que fueron seguidos de otros espectáculos funerarios que no relata, más de dos siglos después el poeta Silio Itálico, en su versión del conflicto con Aníbal, describe no sólo el *munus* gladiatorio sino también otras pruebas como el

lanzamiento de jabalina, la competición atlética y la carrera de carros. Obviamente es un relato ficticio, si bien con visos de verosimilitud, en el que destaca sobremanera la narración del torneo de cuadrigas, al que, de hecho, dedica la mayor parte del pasaje y que, sin duda, es uno de los mejores de este tipo en toda la historia de la literatura latina. Aunque la influencia de los funerales de Patroclo sea más que evidente y se observe un profundo sincronismo, pues el poeta dirige su atención al espectáculo más admirado de su tiempo, el texto parece traslucir que la competición de carros, ejercitada al más puro estilo aristocrático y dotada con unos premios acordes a la naturaleza del evento, era de gran importancia en aquel período de la historia romana republicana (Silio Itálico *Pun.* 16.300-574; Tito Livio 28.21).

Esta práctica, según la cual las oligarquías protagonizaban las carreras y sufragaban graciosamente sus gastos, fue desapareciendo en el transcurso de la República. A partir de un momento indeterminado, fue el Estado el que se involucró más activamente en la financiación de los espectáculos conforme su importancia crecía y se convertía progresivamente en un espectáculo de amplia base social. A pesar de que la financiación privada nunca cesó, los fondos públicos fueron especialmente utilizados en los grandes festivales, como los importantísimos *ludi Romani,* cuyo origen Tito Livio, como hemos visto, situó bajo el reinado de Tarquinio Prisco, aun cuando no tengamos constancia positiva de su celebración anual antes del 366 a.C., un dato que podría avalar que antes de esta fecha se celebrasen de manera irregular. En estos juegos dedicados a Júpiter, y cuya celebración se reducía en un principio a un único día, aunque fue ampliándose con el paso de los siglos hasta llegar a su forma definitiva en el siglo I a.C., cuando comenzaban el 4 de septiembre y finalizaban el 19 de ese

mismo mes, cumplían un rol fundamental las carreras de caballos. Según el estupendo relato del escritor tardorrepublicano Dionisio de Halicarnaso, quien al igual que Cicerón disentía de Tito Livio y situaba su origen en la conmemoración de la batalla del lago Regilo contra los latinos, el Estado romano financió hasta la Segunda Guerra Púnica los sacrificios y las competiciones con quinientas minas de plata —otras fuentes elevan esta cifra a cinco mil—. Una cantidad que presumiblemente aumentó de manera drástica con posterioridad, si bien sus elementos primordiales se mantuvieron inalterables de acuerdo con la proverbial superstición romana. Según la descripción de Dionisio del desarrollo de los *ludi,* comenzaban con la *pompa circensis,* una procesión común al inicio de todos los grandes festivales romanos, siendo la de más renombre la de los propios *ludi Romani.* El recorrido iba desde el Capitolio hasta el Circo Máximo, y en la procesión participaban las mayores autoridades, que marchaban detrás de sus hijos y delante de los carros de los contendientes de las carreras de carros, a continuación avanzaban el resto de participantes de las demás competiciones, que precedían a los músicos y danzarines, algunos de los cuales iban armados y otros disfrazados de sátiros y silenos; cerraban la columna los portadores de los incensarios, que perfumaban el camino y las imágenes de los dioses. La procesión finalizaba con el sacrificio de unos bueyes en honor de Júpiter por parte de las autoridades, y después se iniciaban los juegos con las carreras de caballos, tanto de cuadrigas, con cuatro animales, como las más infrecuentes de trigas, con tres, y bigas, con dos (*Ant. Rom.* 7.72).

Pero el Estado romano no sólo comenzó a sufragar los espectáculos, convirtiéndolos por tanto en entretenimientos públicos, sino que a partir de un momento indeterminado en

época republicana decidió subcontratar la organización de las carreras a particulares. De acuerdo con la citada Elizabeth Rawson, podría considerarse éste como el origen de los cuatro colores o facciones, es decir, las escuadras que competían entre sí —primero la roja y la blanca, a las que posteriormente se sumaron la verde y la azul, sobre las que nos detendremos más adelante—, que en época tardorrepublicana ya estaban plenamente establecidas y a partir de las cuales se articuló la afición circense. Para entonces el aroma indistinguiblemente aristocrático ya se había desvanecido y el *populo* romano empezaba a reconocer como vencedores no a los dueños de las cuadrigas, sino a los aurigas y a los caballos que manejaban, a los que antes apenas se les prestaba reconocimiento, salvo que pertenecieran a la oligarquía romana. Muy al contrario, y como reacción a esta democratización del espectáculo, por así decirlo, las élites de la época tardorrepublicana e imperial, pese a continuar disfrutando de los juegos, se apartaron por completo de su desarrollo último. De hecho, se vedaron a sí mismas la participación activa a medida que las carreras se convertían en una competición, estimando que tal protagonismo iba contra su dignidad aristocrática. De ahí el escándalo provocado por el ya mencionado Nerón y por otros tantos personajes relevantes de la historia romana a los que les gustaba ejercer de cocheros. Sin embargo, a pesar de que los rasgos básicos ya estuvieran fijados en los últimos tiempos de la República, no fue hasta el Alto Imperio cuando las facciones o colores adquirieron la preponderancia e identificación que marcarían la historia de este espectáculo durante los siguientes siglos. Como ya se ha advertido previamente, tal dinámica social tiene su reflejo directo en la organización del evento. No en vano, los juegos circenses empezaron a concebirse como un espacio de

representación social. A pesar del anacronismo constatado de Tito Livio, conocemos perfectamente (gracias, por ejemplo, a Valerio Máximo) el momento en el que se observa la primera división de los espacios del circo destinados a los espectadores, llevada a cabo bajo los auspicios de las autoridades. Fue precisamente en el 194 a.C. cuando un Escipión requirió a los ediles de la ciudad que los senadores fueran separados del pueblo en las gradas (Val. Máx. 2.4.3).

Las carreras en época republicana se realizaban a través de distintas vías. La primera y más tradicional estaba ligada a la celebración de diversos festivales religiosos distribuidos a lo largo de todo el año, aunque, como se ha dicho, en realidad toda competición tenía un trasfondo votivo independientemente del porqué de su cumplimiento. De hecho, a fines de la República se contabilizan en el calendario sagrado ni más ni menos que cincuenta y ocho festivales anuales *(feriae publicae),* la mayoría celebrados en un único día, aunque algunos, en especial los *ludi* o juegos, abarcaban un arco cronológico mayor, de hasta dos semanas. No todos estos feriados eran conmemorados con carreras de carros, pero sí una parte significativa. De este modo, se observa el disfrute de carreras en fiestas de un solo día, como las dos jornadas de las *Consualia* del 21 de agosto y el 15 de diciembre, dedicadas a Conso, el dios protector del grano cuyo altar se encontraba en el propio Circo Máximo. También había competición de aurigas en las *Equirria,* que al igual que las *Consualia* eran una antigua fiesta republicana bajo la advocación del dios Marte y se celebraba en dos días, el 27 de febrero y el 14 de marzo, disputándose las carreras en el Campo Marcio. Otra fecha interesante son los idus de octubre, es decir, el día 15 de ese mes, que conmemoraba, también en el Campo Marcio —concretamente en el espacio conocido como *Trigarium,* donde entrenaban los aurigas de

las distintas facciones—, la muy peculiar festividad del *Equus October* (Caballo de Octubre), que delimitaba el final de la temporada tanto para la guerra como para las actividades agrícolas y que merece la pena desarrollar un poco. De acuerdo con Plutarco y con el gramático Festo, tras una carrera de dos caballos o *biga,* el mejor equino del carro vencedor, es decir, el bruto situado a la derecha —a diferencia del estimado como mejor equino de la cuadriga, que siempre era el de la izquierda—, se sacrificaba conforme a la tradicional vinculación entre este animal y el dios de la guerra. Tras ser traspasado el corazón del caballo con una lanza, se le cortaban la cabeza y la cola. Mientras la cola era llevada al edificio de la *Regia* —el antiguo palacio real romano y vivienda en época republicana del *Pontifex Maximus,* el más importante sacerdote romano— y su sangre se derramaba en un altar dedicado a Marte, el llamado *simulacrum Martis,* los habitantes del barrio popular de la Subura y aquellos que residían en la vía Sacra se disputaban violentamente la cabeza. Dependiendo del resultado de esta contienda festiva, la cabeza era depositada en la misma *Regia,* si vencían los últimos, o en la Torre Mamilia, si lo hacían los suburanos (Festo *Brev.* 190; Plutarco *Quaest. Rom.* 97).

A estas festividades y competiciones tradicionales es necesario añadir unos nuevos juegos tardorrepublicanos adscritos nominalmente a personalidades particulares como Sila y Julio César en homenaje a su poderío político: los *ludi Victoriae Sullae* y los *ludi Victoriae Caesaris,* celebrados respectivamente del 26 de octubre al 1 de noviembre y del 20 al 30 de julio. Tales conmemoraciones, que fueron implantadas por la voluntad de ambos dictadores y, por tanto, desvelan el alto concepto que tenían de sí mismos ambos personajes, fundamentales para el período,

representaban una innovación que no deja de ser un síntoma más del progresivo deterioro de la República y de su posterior transformación en el Imperio, en conjunción con otros tantos factores que, por mor de la falta de espacio, no serán analizados aquí, pero se encuentran presentes en excelentes trabajos historiográficos contemporáneos. Sin embargo, se puede presentar sintéticamente como una muestra de caudillismo implícito que avanzaba en la patrimonialización de la *Res Publica.* Obviamente, los festivales en honor de Sila y César reflejan un punto álgido en el período, aunque tal dinámica se observa con claridad en otro tipo de espectáculos.

Conforme Roma se expandía, y en especial a partir de la segunda guerra púnica, el hito que precisamente la habilitaba como gran poder regional, los prohombres de Roma, es decir, los magistrados —los cónsules y los diversos tipos de pretores— dotados con el *imperium* (la capacidad de mando militar otorgada por la asamblea centuriada), se encargaron de su expansión territorial y también, de acuerdo con su utilidad política, de los espectáculos. A pesar de que no hay dudas sobre el carácter belicoso romano, y de hecho se puede hablar de una sociedad profundamente militarizada durante los tres siglos anteriores a nuestra era —mucho más que en la época imperial—, en los que el templo de Jano apenas cerró sus puertas en contadas ocasiones, tampoco las hay sobre los intereses personales subyacentes de aquellos que protagonizaron la expansión romana. Tales magistrados combatían por el acrecentamiento del poderío romano, es cierto, pero buena parte de los que emprendían campañas militares *senatus populusque Romani* esperaban sacar provecho de las conquistas en beneficio propio, tanto desde el punto de vista económico como político (Harris, 1985, pp. 10-41). Tal y

como dijera Polibio, «nadie en su sano juicio guerrea contra los vecinos por el solo hecho de luchar, ni navega por el mar sólo por el gusto de cruzarlo, ni aprende artes o técnicas sólo por el conocimiento en sí. Todos obran siempre por el placer que sigue a las obras, o a la belleza, o a la conveniencia» (*Hist.* 3.4.10-11). Como bien lo ejemplifica Salustio en *La conjura de Catilina,* los romanos de antaño suspiraban por el «deseo de la gloria» bélica (*cupido gloriae; BC* 7.3-6), mientras que, en un tono similar, el gran rétor Cicerón afirmó que el magistrado «debe alimentarse con la gloria y la república se mantiene segura en tanto todos honran al jefe» (*De Rep.* 7.9). Aunque son numerosísimos los casos de corrupción constatados durante el período, tanto en las campañas militares como en el período subsiguiente de control de los nuevos territorios sometidos, casi todos acababan con el organismo que controlaba a los magistrados —el senado— haciendo la vista gorda, puesto que la inmensa mayoría de los transgresores pertenecían al mismo estrato sociopolítico. Pues bien, ya fuera por vías legales o dudosas, muchos de los militares que se alzaban victoriosos en las batallas contra el enemigo exterior esperaban el reconocimiento del pueblo y del senado romano mediante la celebración de un triunfo. Si no era así, al menos aspiraban a la *ovatio,* otro honor que, al igual que el triunfo, también era concedido por el senado, pero que se caracterizaba por un menor rango y repercusión. El general victorioso, galardonado o no con tales distinciones, procuraba ejercer su *liberalitas* para con el pueblo de las más diversas maneras posibles: por ejemplo, distribuyendo parte del botín obtenido en las campañas bélicas, financiando edificaciones públicas u organizando espectáculos como luchas de gladiadores o carreras de carros, que a fin de cuentas tenían plena conexión con el mundo militar y en esencia servían como

homenaje votivo a las divinidades que habían propiciado la victoria.

Estas liberalidades, aunque ocasionalmente y en parte fueran financiadas por los propios magistrados encargados de los juegos, como los cónsules, los cuestores, los ediles y los pretores, por lo general contaban con el apoyo del Estado, al igual que sucediera con los festivales referenciados. De hecho, conforme se sucedían las conquistas romanas, los dispendios llegaron a ser tan elevados que el senado decidió limitar los gastos. El siguiente texto de Tito Livio bien vale un análisis, aunque sea breve:

> El cónsul Quinto Fulvio declaró que, antes de realizar ningún acto oficial, quería liberarse y liberar al Estado de obligaciones religiosas cumpliendo las promesas votivas; que el día de su último combate contra los celtíberos había prometido con voto la celebración de unos juegos en honor de Júpiter Óptimo Máximo y la construcción de un templo a la Fortuna Ecuestre; y que con ese objeto había reunido dinero aportado por los hispanos. Se aprobó la celebración de los juegos y el nombramiento de duoviros para adjudicar la construcción del templo. En cuanto al presupuesto, se estableció como tope para gastar en los juegos la suma que se había asignado a Fulvio Nobilior para la celebración de los juegos tras la guerra de Etolia; además, para estos juegos, no recabaría, impondría o aceptaría contribución alguna ni haría nada que contraviniese el senadoconsulto referente a los juegos que había sido promulgado durante el consulado de Lucio Emilio y Gneo Bebio. El senado había tomado aquella decisión por lo excesivo de los gastos que se habían hecho con motivo de los juegos del edil Tiberio Sempronio, que había representado una pesada carga no sólo para Italia y los aliados de derecho latino, sino incluso para las provincias de fuera de Italia (Tito Livio 40.44.8-12).

Quinto Fulvio Flaco fue un político y militar romano que en vida gozó de enorme éxito. Primero fue edil curul y luego pretor, emprendiendo bajo esta última magistratura, tal y como refleja Livio, dos años de campañas victoriosas en Hispania contra los celtíberos (182-180 a.C.) que le valieron el primero de sus triunfos. Sin embargo, tales fueron las dificultades que afrontó que decidió organizar unos juegos amén de construir un templo, el aún no localizado de Fortuna Ecuestre, para el que no se le ocurrió otra cosa que engalanarlo con las tejas que había saqueado de otro templo, el de Juno Lacinia. Fulvio Flaco seguía una tradición fijada por otros militares romanos anteriores que consistía en brindar sus éxitos tanto a las divinidades como al pueblo a

través de unas ofrendas cuyo objeto último era incrementar aún más su fama, dignidad y proyección política. De hecho, Fulvio Flaco consiguió de inmediato el consulado y marchó a combatir contra los ligures, en el noroeste de la actual Italia; obtuvo un segundo triunfo militar y posteriormente también ejerció la censura y fue agraciado con el inmenso honor de ser admitido en el colegio de pontífices, el más importante de los sacerdocios romanos. Sin embargo, acabó suicidándose a consecuencia de la impresión fatal que le ocasionó el destino de sus dos hijos, muertos ambos en el Ilírico (uno cayó en combate y el otro contrajo una enfermedad mortal). Obviamente, el buen servicio prestado en los sucesivos cargos que ocupó constituye la clave para el avance político de Fulvio Flaco, pero no por ello se ha de soslayar esta actividad pública y su empeño por mostrarse solícito con el pueblo, pese a los límites monetarios impuestos por el senado tras el dispendio protagonizado por Fulvio Nobilior. Militar experimentado que también actuó en Hispania y que alcanzó particular renombre por su conquista de la Liga Etolia griega, Nobilior patrocinó tras esta última victoria unos juegos tan fastuosos que pasaron a la historia aunque fueran superados en fechas posteriores. Entre otras razones, su celebridad se debe a la introducción en Roma de la primera *venatio* o caza deportiva, amén de los juegos atléticos griegos. Ahora bien, mientras que el primer espectáculo caló en el imaginario romano, el atletismo no gozó nunca de un favor masivo (Tito Livio 39.22.2).

Como ya se ha dicho antes, los costes se descontrolaron y hubo que limitarlos, lo que iba en detrimento de los oferentes. De hecho, sabemos que sufragar los espectáculos podía suponer la ruina de una fortuna, de ahí que hubiera personas que procuraban no inmiscuirse en política para no ver mermado su patrimonio. Vamos a ofrecer aquí algunos

ejemplos de la época altoimperial que, pese al anacronismo, pueden ayudar a comprender esta realidad. Así, el poeta Horacio, de la época augustea, cuenta en una de sus sátiras su desafortunado encuentro con Menesipo, un antiguo especulador inmobiliario arruinado que se había metido a filósofo estoico. Este errante barbudo y metomentodo le reprocha su estilo de vida inmoral y lo considera preso de los vicios de su tiempo, entre los cuales destaca la avaricia y la ambición, y lo hace narrándole la historia de su propia vida: tras arruinarse fue salvado por el también filósofo Estertinio cuando ya estaba presto a saltar al encuentro de su muerte desde uno de los puentes del Tíber. Entre los muchos argumentos que utilizó para ayudarle a convertirse en un hirsuto estoico, Estertinio le hizo ver que los deseos de gloria política podían destrozar los legados familiares, y para reforzar tal tesis le contó la historia del rico propietario Servio Opidio, que prohibió a sus hijos inmiscuirse en la vida pública de la siguiente manera:

> Para que no os seduzca el deseo de gloria, os ligaré a ambos con un solemne juramento: si cualquiera de los dos llegara a ser edil o pretor, pierda el derecho a testar y sea maldito (*Sat.* 2.3.179-181).

Un testimonio que le sirvió al mismo Estertinio para proclamar que la dotación de juegos y banquetes públicos, aparte de ser la vía con la que conseguir vanos aplausos y una estatua, únicamente llevaba a la ruina. No en vano, por muchos esfuerzos económicos que acometiera, Menesipo jamás podría igualarse con lo obtenido por Agripa, el más importante general de Augusto:

> ¿Vas a derrochar tus bienes, repartiendo garbanzos, habas y altramuces, para pasear a tus anchas en el circo y alzarte en bronce sobre un pedestal, después de haber perdido, insensato, los campos y caudales paternos? ¿Y todo esto para recoger los mismos aplausos que Agripa, tú, una astuta zorra imitando al poderoso león? (*Sat.* 2.3.182-186).

Esta tónica se mantendría hasta una época posterior. Marcial, el poeta hispano de los tiempos de Domiciano y Trajano, nos ofrece unos testimonios estupendos a través de varios de sus epigramas. En el primero, un tal Gauro le pide

a un amigo suyo pretor que le preste cien mil sestercios para poder ascender a caballero, pero el pretor termina por negarle la ayuda arguyendo que debe invertir no esa cantidad, sino mucho más, en «Escorpo y Talo», es decir, en dos de los más afamados aurigas de finales del siglo I, pero en un poema posterior aparece otra cifra que, sin duda, debe considerarse la que el pretor tuvo que desembolsar finalmente y que ascendía a cuatrocientos mil sestercios sólo «para que la nariz de Escorpo brille» (*epig.* 5.25). Sin embargo, el más divertido testimonio está relacionado con el anterior de Horacio. Mientras que el poeta augusteo señalaba que los gastos de la carrera política podían desembocar en un desheredamiento, Marcial menciona el divorcio como otra posible consecuencia, puesto que Proculeya, la esposa de un desconocido pretor, no podía aguantar que su marido derrochase su patrimonio en espectáculos y acabó solicitándole el divorcio y la separación de bienes:

> En el mes inaugural de Jano, Proculeya, a tu viejo marido abandonas y le exiges que haga separación de bienes. ¿Qué, pregunto, qué ha pasado? ¿Cuál es la razón de este inesperado arrebato? ¿No me contestas nada? Yo te lo diré: era pretor. Su toga de púrpura para los Juegos Megalenses le habría costado cien mil sestercios aun ofreciendo espectáculos muy baratos, y el festival popular se habría llevado veinte mil. Esto no es un divorcio, Proculeya: es un negocio (*epig.* 10.41).

Dejando de lado la moralina que desprenden estos testimonios, y volviendo de nuevo a la época republicana, lo cierto es que la dotación económica para espectáculos, ya se produjera antes de obtener un cargo o como parte de sus funciones, era un elemento crucial, y, de hecho, la evasión de éste, por así decirlo, tenía sus consecuencias en la carrera política (Cicerón *De Off.* 2.17.58). De este modo, la organización de espectáculos para el pueblo, ya fueran sufragados con dinero público o mediante la inversión de particulares, era de gran relevancia para el avance político, para la difusión del prestigio personal y para la adquisición de fama, al igual que otras formas de evergetismo, como la

construcción de espacios públicos o el reparto de bienes o alimentos, que seguirían llevándose a cabo en época imperial, incluso, como veremos, con mayor insistencia y derroche. Lo cierto es que los juegos, los *ludi,* estaban bien presentes en la sociedad romana y se asumía sin ambages su omnipresencia en los más diversos escenarios. Por una parte, en los festivales y festividades religiosas anteriormente referenciadas, o *ludi sollemnes* —así como otras muchas ceremonias de índole religiosa o cívica no listadas—, en donde los diversos magistrados ofrecían con dinero público al conjunto de la población romana diversos entretenimientos. Otro tanto ocurría con los *ludi extraordinarii,* que conmemoraban victorias militares como las de Fulvio Flaco y Nobilior descritas unas líneas atrás, también llamados *ludi votivi* cuando había de por medio un voto sagrado —los mismísimos *ludi Romani* eran denominados a veces *Magni* cuando, antes de ser fijados anualmente, se celebraban irregularmente con fines votivos —. Asimismo era común la celebración de juegos en otras ocasiones especiales: la dedicación de un templo a una determinada deidad, la inauguración de nuevos espacios, la conmemoración de funerales *(ludi funebres)* y, por último, las simples ceremonias de autobombo privativo, sin mayor objeto que hacer gala de la prodigalidad de quien podía permitirse el enorme gasto que implicaba su realización, bajo la excusa de un cumpleaños, unos esponsales, etc., práctica que continuó en época imperial. La cuestión era epatar y reflejar el cuidado por el ocio del pueblo mediante estas magnanimidades, que luego podían ser recompensadas con la progresión política y el apoyo popular a través de las pseudodemocráticas asambleas romanas o, simplemente, a la espera de que el peso de la fama hiciera mella en el senado republicano. Cicerón lo explica muy bien a pesar de que el

gran rétor romano fuera un tanto inconsistente o, mejor dicho, contradictorio con respecto a esta cuestión, como en tantos otros temas, tal y como se aprecia en la ingente obra que dejó escrita y que en buena medida aún se conserva. De este modo, mientras que en un texto reprobaba su empleo en la política romana (*De Off.* 2.55-57), en otros no mostraba empacho alguno en justificar su puesto e incluso en admitir que había patrocinado juegos en su favor, con una alta consideración de lo realizado, a pesar de haber promovido durante el ejercicio de su consulado la *Lex Tulia de ambitu,* ley que, reforzando la *Lex Calpurnia* del año 67 a.C., perseguía el fraude electoral y, entre otras cuestiones, castigaba el uso fraudulento de los espectáculos como reclamo electoral. Curiosamente, Cicerón acabaría defendiendo en los juzgados, por mor de su carrera política, a un transgresor de este rescripto y, además, enemigo suyo como lo era Vatinio. Sin embargo, como se ha dicho, el gran retórico se mostró muy contradictorio en relación con la teoría y la práctica de este aspecto concreto.

El discurso «En defensa de Lucio Murena» resulta un testimonio ejemplar de la duplicidad ciceroniana. Esta interesantísima disertación, que se sitúa en el 63 a.C., precisamente cuando Cicerón ejercía el consulado, la máxima magistratura romana, tenía como objeto defender ante el senado a uno de los dos cónsules designados para el siguiente año, Lucio Licinio Murena, después de que fuera denunciado como indigno para el cargo. Una acusación que se enmarca dentro del crucial episodio conocido desde la Antigüedad como la Conjura de Catilina. Conforme al relato contemporáneo, Catilina sin duda era un hombre de su tiempo y, de hecho, es uno de esos personajes que ejemplifican la degradación de la República en su última etapa, presentada por la historiografía, la literatura y, en

definitiva, la propaganda de las épocas augustea e imperial como corrompida hasta el tuétano, ineficaz y violenta. Catilina era un político *popular* que se convirtió en el auténtico terror de los sectores más tradicionales del senado romano por sus aspiraciones de que el pueblo romano adquiriese un mayor poder en la vida política, además de preconizar la condonación de las deudas y la redistribución de las tierras de los territorios conquistados entre los que menos tenían. Pues bien, Murena fue acusado de corrupción electoral por los candidatos a los que había derrotado en las elecciones al consulado, Servio Sulpicio y Catón el Joven, después de que ambos fueran inducidos a ello por Catilina. Cicerón acudió en su defensa precisamente en oposición a los tejemanejes de quien estimaba como un peligro mayúsculo para el orden republicano. De hecho, tras defender exitosamente a Murena, enunció ante el senado una de las más célebres frases de la Antigüedad romana: «¿Hasta cuándo abusarás de nuestra paciencia, Catilina?», que desembocó en la posterior insurrección armada de este personaje y en su caída final. En lo que concierne a nuestro interés, Cicerón hizo frente enfáticamente a la acusación de que Murena se había valido de manera fraudulenta de la organización de unos juegos, resaltando precisamente su valor político, aunque en otros momentos, como se ha indicado más arriba, no hubiera dudado en denunciar unas prácticas como las llevadas a cabo por su defendido. Así, personalizando su defensa en el ataque a Servio Sulpicio, uno de los demandantes, Cicerón indicó lo siguiente:

> No desprecies tan olímpicamente el buen gusto de los juegos de Murena y la magnificencia de sus espectáculos, los cuales a él le fueron muy provechosos. Pues ¿para qué voy a decir que el pueblo y el vulgo ignorante gustan mucho de los juegos? No es de admirar; aunque basta eso a nuestro propósito, pues los comicios son cosa del pueblo y de la multitud. Por ello, si la esplendidez de los juegos causa deleite al pueblo, no tiene nada de extraño que ese hecho haya favorecido —ante el propio pueblo— a Murena (Cicerón *Mur.* 38).

Sin embargo, Cicerón era Cicerón y podía decir una cosa

y la contraria siempre y cuando fuera conveniente para sus discursos o convicciones. De este modo, más adelante ofrece un requiebro curioso, puesto que a través de la retórica elitista y lírica típicamente ciceroniana reconoce el disfrute del espectáculo por parte de las clases elevadas, tras lo cual señala: «¿Por qué te vas a extrañar cuando se trata de la muchedumbre indocta?» (*Mur.* 39); alaba entonces a su amigo Lucio Otón por haber redactado la ley Roscia del teatro, que separaba la dignidad de las élites de la masa mediante la distribución del espacio para unos y otros, y finalmente admite sin ambages que él mismo se ha aprovechado de la organización de unos juegos para sacar unos buenos réditos en la escena pública (*Mur.* 40). En concreto, organizó los *ludi Cereales,* los *ludi Florales* y los mismísimos *ludi Romani,* unos festivales en los que jugaban un papel fundamental las carreras de aurigas —véase Cicerón *Verr.* 2.5.14.36-37, en donde pasa lista a los espectáculos encomendados y las ventajas que implicaba su pretura—. A través de estas palabras de Cicerón, quedan claras tanto la intencionalidad de las élites romanas como la percepción que tenían de la plebe y los resultados que se esperaban de tales muestras de liberalidad. No es de extrañar, en consecuencia, que volvamos una y otra vez al célebre aforismo de Juvenal que ya presentamos en la introducción, si bien, como veremos, la realidad era más compleja de lo que parece.

Lo cierto es que disponemos de muchos más testimonios similares de esta misma época, pero, con el objeto de no desviarnos en exceso, solamente voy a ofrecer algunos ejemplos referidos a las figuras más importantes del período tardorrepublicano, precisamente ligadas al primer triunvirato por el rol que desempeñaron en el devenir de Roma y en la transformación de la República en Imperio.

Desde luego, fue este trío —y no el odiado Catilina, como da a entender la contundente prosa vertida contra él por Cicerón o Salustio, de acuerdo con los cuales se trataba del mayor peligro para el sistema político romano— el que consumó la detonación definitiva del tradicional orden constitucional republicano al acelerar las dinámicas perceptibles en el desarrollo histórico de las décadas anteriores de esta era de la historia romana. El primer triunvirato estuvo conformado por tres colosos como Marco Licinio Craso, Pompeyo Magno y Julio César. Resulta curioso que Craso, probablemente el ciudadano más rico de la historia romana, con una fortuna valorada por Plutarco en más de siete mil talentos de plata —una cifra astronómica que rivaliza con el también mareante pago que la República de Cartago tuvo que pagar a Roma como indemnización por la segunda guerra púnica—, pese a pasar a la historia como símbolo de la codicia y la mezquindad, no se caracterizara por utilizar los espectáculos en su beneficio o, por lo menos, no más allá de los usos habituales que conllevaba el ejercicio de los cargos que acumuló, como los de cónsul o censor, los cuales implicaban la organización de *ludi*. Esto no quiere decir que no emplease su enorme riqueza, obtenida a través de la especulación urbanística y la compra a buen precio de las propiedades de romanos defenestrados por una u otra razón, para conseguir sus fines políticos. Al contrario, tal y como nos informa la entretenidísima *Vida de Craso* de Plutarco, el oligarca romano utilizó constantemente su riqueza en su propio beneficio. Por una parte, a nivel popular llegó a invitar a diez mil de sus conciudadanos a comer y pagó el abastecimiento de grano de la ciudad durante tres meses, si bien es a una escala más individual donde Craso sacaba mayor provecho de su fortuna para lograr sus fines, puesto que no le negaba a nadie un

préstamo sin interés a cambio de algún favor futuro. En consecuencia, avalado por su desmedido peculio, no necesitaba agradar a la plebe romana en su conjunto, aunque tampoco era algo que despreciase. Prefería el tráfico de influencias de una forma más cercana, y así lo hizo hasta el final de sus días, pues murió humillantemente en Carras (Siria) víctima de su ambición inconsciente contra el temible enemigo parto —o arsácida, el nombre de la dinastía gobernante entre los partos en honor de su fundador, Arsaces—. Sus dos compañeros de triunvirato, en absoluto tan ricos como Craso —de hecho, Julio César le pidió dinero en alguna que otra ocasión— y que eran dos caudillos militares de enorme carisma, capacidad bélica y habilidad política, sí hicieron uso de los juegos para influir directamente en la plebe romana.

Aunque oscurecido en el recuerdo histórico popular en detrimento de César, Pompeyo fue sin lugar a dudas uno de los más grandes personajes de la historia de Roma. No descendía de una familia de rango abolengo, pese a que su padre, Pompeyo Estrabón, procedente de la región del Piceno, también se había caracterizado por su habilidad tanto militar como política, como quedó reflejado tanto en sus importantes victorias en el campo de batalla como en el ejercicio del consulado, si bien las fuentes antiguas destacan su avaricia y su crueldad. Tan mala fama adquirió Pompeyo Estrabón que, a su muerte, su cadáver fue profanado y arrastrado por las calles por sus propios soldados. Al igual que su padre, el triunviro Pompeyo combatió al lado del dictador Sila contra el caudillo popular Mario, y se distinguió con honores en las primeras campañas que realizó en Sicilia y en Numidia, donde mató a su rey Yarbas. El resultado de esta expedición trajo consigo un enfrentamiento con el dictador Sila, pues Pompeyo se opuso

a desbandar a sus fieles tropas, tan fervientes que le otorgaron el apelativo con el que sería conocido en adelante: Magno, «el Grande». Asimismo, exigió a Sila un triunfo y, pese a la renuencia inicial del dictador, lo consiguió. De modo que pasó a la historia romana por celebrar un triunfo cuando aún era imberbe, de acuerdo con Plutarco, y sin pertenecer siquiera al senado. Pero no sólo eso, sino que quiso conmemorarlo montado en un carro conducido ni más ni menos que por elefantes; una costumbre que sería imitada con frecuencia en siglos posteriores. Pompeyo recurrió ampliamente a la celebración de juegos para evocar diversos acontecimientos y, en primer lugar, sus hazañas bélicas. Así, sabemos que celebró con unos juegos su triunfo del año 72 a.C. en Hispania sobre el rebelde Sertorio, un personaje extraordinariamente singular que, fiel seguidor del citado Mario, no dejó de defender su bandera pese a que su patrón hubiera muerto quince años atrás en la Hispania Citerior, cerca de *Osca* (Huesca), la ciudad que había tomado como capital de su dominio en la provincia. Posteriormente, tras participar en la lucha contra la rebelión de Espartaco, que hasta entonces había dirigido Craso, y combatir en el año 67 a.C. contra los piratas cilicios en todo el Mediterráneo con un *imperium* extraordinario, Pompeyo realizó una serie de campañas en Asia que le valieron honores y renombre sin igual. Sometió a uno de los enemigos más pertinaces que había conocido Roma, Mitrídates VI del Ponto, y se apropió de su reino y de todas aquellas regiones que dominaba, como Bitinia, Lidia, Siria, etc. En esta misma campaña se hizo con diversos pequeños estados en el Cáucaso, situó bajo la influencia romana el reino de Armenia y acordó la paz con los arsácidas —paz que posteriormente infringió el citado Craso en el gran error de su vida—. Como consecuencia de tales éxitos y del poderío militar que se le

había concedido, el cual representaba el culmen del poder en una única persona en época republicana, sin dictadura de por medio, los tribunos de la plebe le concedieron con el apoyo de Julio César el enorme e inaudito reconocimiento de portar durante los juegos «una corona de oro y el atuendo de triunfo, y en el teatro, toga pretexta y corona de laurel» (Veleyo Patérculo 2.40.4). Sólo se atrevió a hacer uso de tales prerrogativas en una única ocasión, probablemente en aras de una bien buscada apariencia de humildad, pese a que el pueblo era perfectamente consciente de tal reconocimiento. No obstante, estas liberalidades palidecen frente al regalo que hizo a Roma más tarde: el primer teatro estable de la ciudad, el *Theatrum Pompeii,* para escándalo de los más tradicionales entre los romanos, quienes consideraban que tal hecho suponía un nuevo paso en la helenización de las costumbres. Su inauguración fue acompañada por unos juegos sufragados también por Pompeyo Magno. Aunque no incluyeron carreras de caballos, sí tuvieron el Circo Máximo como protagonista, puesto que fue el escenario de unas *venationes* inauditas que incluyeron la caza de elefantes y la muerte de quinientos leones (Plutarco *Pomp.* 52; Cicerón *Fam.* 7.1).

César no le fue a la zaga a ninguno de sus compañeros de triunvirato en cuanto al uso de los juegos. Muy al contrario, los superó. Aunque celebró y costeó juegos circenses en el desempeño de sus magistraturas como hacían el resto de cargos romanos, en especial durante el tiempo en que fue edil curul de Roma, sus mayores y más importantes muestras de liberalidad popular las llevó a cabo después de vencer en la guerra civil a Pompeyo y convertirse en el único gran poder de Roma al ejercer la magistratura de la dictadura durante los cuatro últimos años de su vida, hasta que su ambición y los anticuados ideales republicanos

conspiraron contra él y fue asesinado en los idus de marzo del 44 a.C. Aunque de los textos antiguos se desprende que César mostraba una mayor simpatía por los espectáculos gladiatorios, también realizó importantes dispendios en el circo y, de manera recíproca, fue homenajeado en éste. Según Suetonio (*Div. Iul.* 39), César ofreció al pueblo distracciones de todo tipo, desde combates de gladiadores hasta representaciones escénicas, competiciones atléticas, naumaquias y carreras circenses. Después de propiciar unas nuevas reformas en el Circo Máximo para ampliar su anchura y capacidad, incluso resucitó una práctica antigua al patrocinar en este recinto unos Juegos de Troya *(ludus, lusus* o *ludicrum Troiae).*

Vale la pena hacer un excurso sobre esta práctica que, aparentemente de origen etrusco, se implantó en época republicana en Roma como una suerte de conjunto de maniobras ecuestres militares, retomadas y recreadas a su gusto por Julio César y posteriormente por Augusto, tal y como se observa en la explicación de su etimología que aparece en la majestuosa *Eneida* de Virgilio (*Aen.* 5.455-603). Sin embargo, los rasgos militares o paramilitares de su origen se transformaron y, de este modo, a partir de estos dos grandes personajes, tales juegos fueron protagonizados por los jóvenes de la aristocracia romana de mayor abolengo en carreras de cuadrigas y de bigas (carros de dos caballos), e incluso en espectáculos hípicos acrobáticos que medían su habilidad. Aunque los divertimentos públicos se consideraban proverbialmente como contrarios a la tradicional dignidad de las élites romanas, no ocurría así en este caso concreto, puesto que, en definitiva, no se apartaban del *ethos* aristocrático al no ser actividades competitivas ni profesionalizadas como las desarrolladas en las carreras circenses populares. Esta realidad aparecía predefinida tanto

en el mismo nombre como en la apelación constante al pasado troyano, que, es preciso decirlo, subyacía también tras el origen mítico de Roma en la tradición de la ciudad. Conocemos los nombres de algunos de los participantes, como por ejemplo los emperadores posteriores Tiberio o Nerón. Así pues, aunque este entretenimiento se celebrase en pocas ocasiones, indudablemente tuvo una notable repercusión social en su época si nos atenemos a los participantes y, asimismo, a su significado. En cierto modo representaba una reivindicación de los tiempos pasados del circo, cuando los aristócratas eran los protagonistas del espectáculo, a diferencia del vil presente competitivo popular, pero también, en el fondo, suponía un acercamiento. De hecho, en diversos momentos de la historia romana hubo una reivindicación de estos orígenes puros del entretenimiento ecuestre, como se observa de forma muy obvia en Nerón, pero también en pleno siglo v, en época de Valentiniano III, merced a un poema que escribió Sidonio Apolinar. Aunque la evidencia es en extremo fragmentaria, no deberíamos descartar que a lo largo de toda la historia imperial se mantuviera esta corriente que abogaba por recuperar la pureza del circo; algo que, salvando las enormísimas distancias, pues volvemos de nuevo al paralelo futbolístico, recuerda al concepto actual de «odio eterno al fútbol moderno» (*against modern football* en inglés), que no es sino una reivindicación romántica de otros tiempos percibidos como mejores.

Retomando el relato histórico, César también impuso que se desmontara la espina central del circo con el objeto de favorecer los combates de gladiadores y las *venationes*. Tan grandes y estrafalarios fueron estos juegos financiados por César que acudieron en tropel personas de muy lejanos lugares para contemplarlos, llegando a morir aplastados

diversos espectadores, incluidos dos senadores. Los inmensos honores que recibió César por parte del pueblo y el senado romano en el ejercicio de su poder también se reflejaron en el ámbito de los espectáculos. Entre los honores con los que fue agraciado se deben mencionar la concesión perpetua para él y sus descendientes del título de *imperator,* su nombramiento como dictador vitalicio romano, su aclamación como *pater patriae,* el derecho de uso de la corona de laurel y la vestimenta triunfal en todo momento y lugar, a diferencia de las limitaciones que disfrutara en el ejercicio de este honor Pompeyo Magno, como hemos visto previamente. En posteriores décadas, todos estos reconocimientos fueron en su mayoría concedidos (incluso ampliados) a su sucesor Augusto y, de hecho, se convirtieron en signos propios de los siguientes emperadores. Volviendo a los espectáculos, y en concreto a una circunstancia a la que ya hemos aludido, César fue agraciado con los ya citados juegos de los *ludi Victoriae Caesaris,* celebrados desde el año 45 a.C. y que, al igual que los concedidos a Sila, se mantuvieron en época imperial. Pero hubo más. En consonancia con los honores divinos que se le otorgaron en vida, se decretó que su imagen acompañase a los dioses que eran transportados en la *pompa circensis,* la procesión que inauguraba los diversos *ludi* o juegos celebrados en la ciudad, de la que ya hemos ofrecido un bosquejo de acuerdo con la descripción de Dionisio de Halicarnaso. Se le paseó primero en la forma de una estatua de marfil que posteriormente fue subida a un carro, el símbolo del triunfo romano y de la majestad —tal imagen incluso se le apareció al posterior Vespasiano en sueños como una señal precognitiva de su futuro dominio imperial —. En la pompa, la imagen de César acompañaba a la tríada capitolina misma (Júpiter, Juno y Minerva) hasta el lugar de

mayor honor dentro del circo, el *pulvinar,* que también le fue concedido como asiento exclusivo para que disfrutara de los juegos junto con sus allegados, y que luego acogería a la propia familia imperial, así como a las mismas vírgenes vestales (Suetonio *Div. Iul.* 76; Dion Casio 43.44.2).

Sin duda, César hizo un uso muy amplio de los espectáculos y marcó el camino para los emperadores ulteriores. Tan extenso fue tal empleo que Cicerón —quien apoyó a Pompeyo en la lucha que éste mantuvo con César, a pesar de lo cual el dictador acabó perdonándolo— se lo censuró en conjunción con otras muestras de populismo que advirtió en el dictador. Denunció que César, «con juegos, con monumentos, con repartos de dinero, con banquetes públicos, había cautivado a la multitud ignorante *(multitudinem imperitam)*» (*Phil.* 2.116). Lo curioso es comprobar otra crítica bien distinta que deja claro el conocimiento que tenía César de la potencialidad política del espectáculo, pero también el desinterés que éste le suscitaba. No en vano, se le criticó la desatención que mostraba en los espectáculos, ya que aprovechaba para ponerse a leer o a escribir durante su desarrollo (Suetonio *Div. Aug.* 45.1). Con todo, César dejó su sello en los juegos circenses incluso después de muerto, puesto que el senado, a petición de su lugarteniente Marco Antonio, añadió un día suplementario a los *ludi Romani* en su honor.

Augusto, maestro de espectáculos

Pese a la habilidad con que Julio César obtuvo réditos políticos de los espectáculos más populares, podría calificarse como un aprendiz al lado de Octaviano, su hijo adoptivo —César, aun teniendo descendencia, le eligió de acuerdo a la ley romana como su legítimo heredero—, que ejercería el poder durante tantas décadas. Octaviano, luego conocido como Augusto, es sencillamente el romano más importante de la historia. A la muerte de César, con apenas dieciocho años, Octaviano no quiso vivir a la sombra de su tío, aunque se valió por completo de su posición, ni vivir de los réditos económicos y políticos que le aseguraban una vida cómoda. Muy al contrario, su ambición y su inteligencia le impulsaron a superar la obra de Julio César en todos los órdenes, al modelar a su gusto la política romana durante las casi seis décadas que dominó Roma en una demostración de habilidad, manipulación y oportunismo sin igual. En lo concerniente a nuestro interés, resulta elocuente contrastar de partida los dos siguientes textos:

> El erario público tenía entonces tanta falta de liquidez que no podían celebrarse las fiestas que en aquel tiempo debían tener lugar, excepto algunas, de breve duración, a causa de su carácter sagrado (Dion Casio 46.31.4).
>
> Los gastos que afrontó en espectáculos escénicos y juegos de gladiadores, en atletas, en cacerías, en la naumaquia [...] son incalculables (Augusto *RG* resumen 2).

El primer fragmento está tomado de la ingente obra histórica de Dion Casio, senador romano de origen bitinio de fines del siglo II y comienzos del III, y se circunscribe al año 43 a.C., mientras que el segundo se corresponde con un añadido situado al final del testamento histórico que redactó Augusto, la *Res Gestae,* y cuyo texto en su totalidad se halla en una de las inscripciones más importantes que nos ha legado la Antigüedad, localizada en la actual Ankara

(Ancyra), Turquía, aunque se difundió por todos los confines del Imperio romano. Ya fuera tal *addendum* incorporado al texto a instancias de Tiberio, como dicen los investigadores contemporáneos y parece más probable, o sea obra de un magistrado local de la misma localidad donde fue encontrado, el caso es que refleja fielmente lo que ocurrió bajo el dominio incontestable de Augusto. Nacido como Octaviano en el año 63 a.C., marchó a Roma tras el asesinato de César en el 44 a.C. para reclamar su puesto en la urbe eterna como heredero designado del dictador. Octaviano fue acumulando todos los poderes, tanto el político como el militar y el social, y forzó a Marco Antonio, el lugarteniente de su difunto padre adoptivo, a conformar el segundo triunvirato con el inane Lépido. Sin embargo, poco duró este reparto, y acabó por deshacerse de ambos. Augusto subvirtió progresivamente los fundamentos de la república romana al seguir —y luego superar con creces— los pasos dados por su padre político en un proceso que, muy acertadamente, el grandísimo historiador *sir* Ronald Syme (1989) definió como «revolución romana» en una de las más memorables obras de la historiografía contemporánea. A través de la rendición de todas las instituciones, a través de la asunción de todos los poderes en su persona, a través del habilísimo uso de la retórica y la propaganda, ejemplificada en el supremo concepto de *pax romana,* transformó la antigua república de oligarcas en una autocracia encabezada por sí mismo. Por mucho que se autocalificase de *princeps,* es decir, simplemente el primero entre iguales, y de ahí que su fase de gobierno se conozca como Principado, su figura inigualable representaba el inicio y el fundamento de la más importante y fascinante entidad política de la Antigüedad: el Imperio romano. Y lo hizo con unas prácticas y unos discursos profundamente ambivalentes, puesto que aunque por una

parte reclamaba una vuelta a los orígenes y el respeto a las costumbres de los antepasados *(mores maiorum),* por otra parte, lo que hizo fue alterar en su beneficio la tradición republicana en todas sus formas, con el pretexto de salvarla de los males que la habían convertido en una parodia en el último siglo a.C. Así pues, hizo uso de todos los resortes del poder que le fueron otorgando tanto el senado como el pueblo a lo largo del tiempo, desde que se convirtiera en protagonista político al asumir como propio el legado de César y ampliarlo progresivamente. Su dominio fue aceptado con fervor por la inmensa mayoría de los romanos, que lo veían como un hombre providencial porque con él finalizaron las guerras civiles que habían asolado durante décadas a Roma. Por otra parte, Augusto condujo al imperialismo romano, la base del orgullo cívico de su sociedad, hasta sus máximos. Pero no sólo aceptó y adaptó las concesiones que alegremente le fueron concedidas, sino que también introdujo nuevas prácticas y actualizó de forma conveniente viejos usos bien establecidos, lo que dio pie a que concentrase en su persona un poder omnímodo mediante el virtuoso y creativo dominio de los conceptos de *autorictas* y *potestas,* claves para entender la naturaleza de su poder. En este sentido, la política religiosa que emprendió es una muestra palmaria de las innovaciones augusteas, como lo fue asimismo, en otro ámbito, el uso de los entretenimientos y espectáculos para ganarse a la población. Su prodigalidad puede calificarse como exponencialmente muy superior a la que ejercieron todos los grandes hombres anteriores a su época. Sin embargo, a partir de las fuentes no se puede asegurar si Augusto era realmente un gran aficionado a los espectáculos y, en particular, al circo. Aunque más bien parece que no lo era en demasía, lo cierto es que sabía cómo explotarlos perfectamente de cara a sus

fines, pues conocía a la perfección su funcionalidad y relevancia político-social.

En torno a esta cuestión, resulta conveniente detenerse en la obra cumbre de la teoría de la *Realpolitik* del mundo romano: el debate entre Mecenas y Agripa compuesto por el ya citado Dion Casio. Este diálogo, que desafortunadamente no se ha conservado en su totalidad, constituye, pese a su carácter ficticio, un estupendo análisis teórico sobre las actuaciones y límites del poder en época imperial. Si bien *a priori* este debate se fecha en el año 29 a.C., su contenido se debe leer en el contexto en el que fue redactado, bajo la dinastía de los emperadores Severos, lo que no es óbice para que haga indudable referencia a las ideas y prácticas establecidas por el genio augusteo y continuadas por sus sucesores (Espinosa Ruiz, 1987). De hecho, tanto Mecenas como Agripa fueron dos de los más importantes servidores y consejeros de Augusto. Agripa, el gran militar augusteo tanto en la guerra civil contra Marco Antonio como contra diversos enemigos externos tales como los cántabros, los últimos hispanos rebeldes a Roma, fue también un incansable constructor. No en vano, diseñó parte de la enorme red de acueductos y calzadas que se extendieron por todo el Imperio y, asimismo, dejó su huella indeleble en la propia urbe romana, como lo demuestra el maravilloso Panteón que aún se conserva en Roma —si bien no es el mismo que construyó Agripa, pues éste fue destruido en un incendio en época de Adriano, que lo reconstruyó respetando tanto su forma como la inscripción que indicaba su autoría original—. Con respecto a Mecenas, su nombre lo dice todo: es el epónimo, en nuestros tiempos y lengua, del protector de las artes y las letras. De hecho, así actuó con algunos de los más grandes poetas de época augustea, como Virgilio, Horacio, Propercio y muchos más, quienes, por lo

demás y de forma correspondiente, actuaron como correa de transmisión del pensamiento de la nueva era romana y de su ideología. Pero no sólo ejerció Mecenas como patrón cultural, puesto que también fue consejero de Augusto y desempeñó diversos puestos en la Administración y el ejército.

De acuerdo con Dion Casio, Augusto, una vez que hubo conseguido su poder omnímodo, pidió consejo a Agripa y a Mecenas, hombres de su confianza, sobre los pasos que debía dar. Mientras que Agripa abogaba por la restauración de la república —según el texto, puesto que parece que en realidad era profundamente autocrático—, Mecenas apostaba por instaurar la monarquía. Obviamente, la posición de este último en el relato representa la escogida por Augusto. Mecenas era partidario de otorgar a todos los estratos de la sociedad bajo su control unos roles bien definidos. En lo concerniente a la plebe, recomendó que hubiera un ejército estable y que los más dotados físicamente se enrolaran con el fin de evitar que cayesen en la tentación de dedicarse a la piratería y el bandidaje, lo que representaría un peligro para sus compatriotas. La gran masa de la población debía dedicarse únicamente a actividades productivas (Dion Casio 52.27.1-5). De hecho, desaconsejaba por completo, tanto para Roma como para el resto de ciudades y pueblos sometidos, la existencia de asambleas ciudadanas, puesto que a su juicio eran incapaces de adoptar decisiones correctas y simplemente ocasionaban disturbios; en esta línea, si se inhabilitaba a sus miembros para el ejercicio de asunto público alguno, tampoco debían poder elegir a los magistrados que los gobernaban (Dion Casio 52.30.2). En lo concerniente a los juegos, Mecenas aconsejó a Augusto que engalanara Roma «con toda magnificencia» y la dotara con «toda suerte de festivales», ya que, como sede del poder

imperial, debía superar a todos los pueblos e inspirar respeto entre los aliados y temor entre los enemigos. Sin embargo, solicitaba moderación al resto de ciudades del Imperio en torno a estas cuestiones, teniendo en cuenta que los gastos exagerados podían desembocar en costosas rivalidades, muy especialmente en el caso de las carreras de cuadrigas, unas competiciones que según Mecenas sólo debían celebrarse en la capital romana. Achacaba a las carreras el enloquecimiento de los ciudadanos, el origen de «disturbios cívicos» y la ruina económica tanto de las urbes como de sus habitantes (Dion Casio 52.30.1 y 3-8). Aunque esta consideración sobre el circo refleja ampliamente el sentir de la época y la percepción del propio historiador bitinio, demuestra asimismo la expansión de los *ludi* romanos por todos los rincones del dominio imperial, hasta el punto de que su celebración representaba un problema para las arcas públicas. Sin embargo, si bien las evidencias sobre disturbios relacionados con el circo pertenecen en su inmensa mayoría a una época posterior a Augusto, no hay dudas de que por aquel entonces también eran fuente de inquietud.

A pesar del anacronismo de este debate, no falta a la verdad. De este modo, Augusto se esforzó en embellecer Roma, tanto que, como indica Suetonio, transformó una ciudad de ladrillo en otra de mármol. Una febril actividad que se dejó sentir en el mismo Circo Máximo, puesto que Augusto aprovechó la oportunidad del incendio del 31 a.C. para reconstruirlo con más lujo. Las gradas inferiores, destinadas a las clases superiores, fueron edificadas en piedra, mientras que las superiores, para la plebe, se construyeron en madera. Por otro lado, patrocinó la prolongación de estas mismas gradas por todo el recorrido del óvalo —con la excepción del espacio situado encima de las *carceres*, los cajones de los carros—, lo que supuso el

aumento de su capacidad (Dionisio de Halicarnaso *Ant. Rom.* 3.68.1-4). Con respecto al gasto en entretenimientos públicos, «en frecuencia, variedad y esplendor de los espectáculos, [Augusto] superó a todos» (Suetonio *Div. Aug.* 43.1). Así lo recalcó también en primera persona el propio Augusto al describir en la ya citada *Res Gestae,* de manera sumaria, algunas de las inmensas prodigalidades que dispensó en espectáculos, a lo que habría que añadir los frecuentísimos donativos de dinero y trigo que otorgó tanto a la plebe romana como a ciudades de provincias (*RG* 22-23). Patrocinó numerosísimos divertimentos en su nombre, en el de los diversos miembros de su familia y, también, en el de los magistrados imperiales. Recuperó viejos certámenes como los Juegos Seculares, en los que también había carreras de carros y que conmemoraban la que se estimaba que era la edad máxima a la que llegaba el ser humano, por lo que se celebraban cada 110 años. Asimismo, creó nuevos festivales como los *ludi Martiales,* los juegos dedicados a Marte Vengador *(Mars Ultor),* que se desarrollaban el 12 de mayo y que conmemoraban la erección del templo construido en honor de esta divinidad en el 2 a.C. por la victoria en Filipos sobre los asesinos de César (Bruto y Casio). A pesar de que tardó décadas en edificarse, el templo acabó por servir como espacio de reunión para el senado en aquellas convocatorias en las que había que adoptar importantes decisiones bélicas. Además, albergó las «águilas», es decir, los estandartes romanos que Craso había perdido humillantemente décadas atrás contra los partos en la mencionada batalla de Carras (Simpson, 1977).

Augusto sólo consiguió la restitución de los estandartes al cabo de largo tiempo, después de congraciarse con el monarca arsácida Fraates IV. En un primer momento, su política contra el rey de reyes arsácida se mostró fallida.

Patrocinó como usurpador al trono de Partia a un tal Tirídates, quien llegó a autocalificarse como «filorromano» en sus monedas. Este arriesgado movimiento ponía en peligro tanto a Tirídates como al propio régimen de Augusto. En el curso de la tentativa de usurpación, finalmente aplastada, llegó a verse amenazado el harén del legítimo rey Fraates, que, ante la posibilidad de que cayera en manos del enemigo y éste lo utilizara para chantajearle, decidió matar a todos sus miembros. Una vez finiquitado este Tirídates, Augusto decidió emprender una política distinta, de índole pacífica y diplomática, totalmente novedosa. Envió al triunfante Fraates numerosos regalos, entre los cuales brillaba con luz propia una esclava de origen romano llamada Musa. La muchacha fue incorporada al harén, pero con el paso del tiempo su relación con el soberano arsácida se hizo tan íntima que no sólo abandonó el serrallo, sino que también tomó el lugar de la esposa principal de Fraates, se convirtió en reina y dio a luz a Fraataces. Esta Musa sin lugar a dudas debía ser un personaje excepcional, y todo hace pensar que actuó durante un tiempo como agente romana en la capital parta, Ctesifonte, siendo consecuencia de tal duplicidad la devolución de los estandartes, que se efectuó tras la negociación que llevó en persona Tiberio, el futuro sucesor de Augusto, quien también consiguió la repatriación de los prisioneros romanos que habían sufrido cautiverio durante décadas. Posteriormente, la reina Musa se afianzó en el trono y se ocupó de que su marido enviase a sus otros cuatro hijos legítimos a Roma; una decisión inaudita en una relación entre iguales como la romano-parta, que supuso la designación como heredero al trono de Fraataces. Los hermanastros de éste, por lo demás, aparecen en las fuentes acompañando al mismo Augusto en los juegos circenses, y

salvo uno de ellos, que intentó infructuosamente hacerse con el gobierno parto décadas después, el resto vivió y murió en Roma, y sus descendientes se convirtieron en miembros de la nobleza capitalina. Por su parte, Musa mató poco después a su marido, desposó a su propio hijo y se autodivinizó al equipararse con la diosa Thea Urania. Durante varios años reinaron codo con codo en el Imperio persa, e incluso se enfrentaron a Roma por la absolutamente crucial desde un plano geopolítico Armenia, hasta que un golpe de Estado protagonizado por la nobleza arsácida los apartó del poder y, presumiblemente, fueron asesinados.

En sí misma, esta recuperación de las insignias tenía un valor enorme, tanto propagandístico como sentimental, ya que su pérdida suponía tanto una humillación como un funesto augurio, tal y como se observa después tras el desastre del año 9 de Varo en la batalla de Teutoburgo (Germania), en donde perecieron a manos de los germanos comandados por Arminio unos veinte mil soldados entre legionarios y auxiliares, y en consecuencia desaparecieron de la historia tres legiones, la XVII, la XVIII y la XIX, pues su nombre no volvió a reutilizarse como sí ocurriría con otros contingentes similares que también fueron destruidos. A la vista del orgullo que representó la recuperación de las enseñas de Carras, como aparece reflejado en la *Res Gestae* del mismo Augusto, en la numismática romana, en la coraza de la impresionante estatua de Augusto Prima Porta y, en definitiva, en su importantísimo protagonismo en un templo tan destacado como el de Mars Ultor y en la creación de unos juegos circenses, no extraña el estado casi depresivo en el que cayó Augusto tras el desastre de Germania. *«Quintili Vare, legiones redde!»,* es decir, «¡Quintilio Varo, devuelve las legiones!», repetía sin cesar (Suetonio *Div. Aug.* 23.2).

Ciertamente, tal y como indica Dion Casio, los

espectáculos ofrecidos en esta primera edición de los *ludi Martiales* fueron singulares. Augusto permitió que sus hijos adoptivos Cayo y Lucio los organizasen y que, en contra de lo estipulado, los senadores suministrasen los caballos que iban a utilizarse en el circo y tuviesen el gran honor de custodiar el nuevo templo, de cuya importancia no hay duda en época augustea. Entre los espectáculos habidos, y dejando aparte las carreras de carros, Cayo y Lucio participaron en el Juego de Troya y organizaron una enorme caza o *venatio* de doscientos sesenta leones en el circo. Asimismo, como parte del programa de festividades, se celebró un combate de gladiadores en la Septa, el edificio donde se reunían las asambleas ciudadanas romanas, y, en el Circo Marcio, una naumaquia que representaba el conflicto entre el Imperio persa y Atenas; además, en el Circo Flaminio, tras ser inundado, se introdujeron treinta y seis cocodrilos que fueron abatidos (Dion Casio 55.19.5-8).

Augusto creó o recreó muchos más entretenimientos públicos de muy diferente naturaleza, patrocinándolos por las más diversas causas, como por ejemplo su victoria sobre Cleopatra y Marco Antonio, la conquista de Egipto o la consagración del templo dedicado en el 29 a.C. a su padre adoptivo, Julio César. Durante su reinado hubo espectáculos de todo tipo, tanto puramente circenses como gladiatorios. Pese a la prohibición explícita aparecida nueve años antes en un rescripto dictado por el mismo Augusto, participaban miembros de la más rancia aristocracia romana como actores principales. De este modo, algunos se desempeñaban como aurigas, en bigas o en cuadrigas, y otros como jinetes en carreras a caballo, e incluso se menciona a un senador llamado Quinto Vitelio que tomó parte en un espectáculo como gladiador (Dion Casio 51.22.4).



Fig. 2. Moneda de Augusto que conmemora la colocación en el templo de Mars Ultor de los estandartes perdidos por Craso en Partia. *RIC* I, 105a. Imagen procedente de www.cngcoins.com.

En definitiva, Augusto se preocupó sobremanera por los entretenimientos y, de hecho, como indica Suetonio, procuró ofrecerlos por doquier. Incluso descentralizó su celebración y los patrocinó en los diversos barrios en los que había dividido la capital romana. Son impresionantes los números que se manejan en las fuentes sobre la cantidad de juegos circenses, obras teatrales, naumaquias, *venationes* y otras distracciones de toda condición, como la exhibición de rinocerontes o enormes serpientes. En esta línea, y no es un dato banal, despojó a los ediles de Roma de la facultad para organizar los juegos públicos que habían disfrutado durante la República y se la otorgó a los pretores, quienes junto con los cónsules, los cuestores y determinados sacerdotes se convirtieron en los patrocinadores de los más importantes festivales y juegos. De manera que proseguía el derribo o transformación de las instituciones republicanas, pues mientras que los ediles eran elegidos por las asambleas ciudadanas, los pretores eran escogidos por el senado. En consonancia con este dato anterior, privó a los ediles de casi todos sus poderes salvo, por ejemplo, ciertas facultades en el ámbito de los burdeles y las termas. Aún más: garantizó a los pretores fondos públicos para los espectáculos, aunque también se les concedió el derecho de que aportaran dinero

de su bolsillo. Aunque en un primer momento se promulgaron límites a la inversión en espectáculos, finalmente se incrementó la cantidad que podían dar estos magistrados, de modo que llegaron a multiplicar por tres la dotación estatal (Dion Casio 54.2.3 y 54.17.4). La competencia entre aquellos que querían acrecentar su fama y nombre a través de los espectáculos quedaba así controlada y delimitada. Se fomentó por tanto una dependencia entre las ambiciones de aquellos que querían proseguir una carrera política y la cúspide del Estado. Ciertamente, constituyó uno de los golpes que Augusto infligió a los comicios ciudadanos. Las disputas por el poder en el ámbito electoral, de las cuales tenemos buena información (como hemos visto por ejemplo en Cicerón), poco a poco fueron desapareciendo. La concepción del dominio imperial, con el control de todos los resortes del poder, también afectaba estas distracciones. Aunque siguieran existiendo muestras de munificencia privadas, aunque los diversos magistrados siguieran patrocinando entretenimientos públicos, tales muestras habían perdido su sentido republicano. De hecho, aunque siguieran existiendo nominalmente escalones del viejo *cursus honorum* republicano como la edilidad o el tribunado de la plebe, ambas instituciones no eran más que fósiles que acabarían por desaparecer definitivamente en el siglo III sin que nadie las echara de menos.

Augusto no sólo se preocupó de organizar y ofrecer espectáculos por doquier con el objeto de acrecentar aún más si cabe su prestigio y fama, sino que también procuró reorganizar físicamente los espacios destinados a los diversos espectáculos para mostrar la dignidad correspondiente a los diferentes estratos de la sociedad, asignando lugares específicos a los senadores, las legaciones

diplomáticas, los soldados, los plebeyos casados, los jóvenes que portaban la toga pretexta y las mujeres, que hasta aquel momento habían estado mezclados con la población romana en general. (En el caso de las mujeres hay que distinguir entre los *munera* gladiatorios —que en Roma, en época de Augusto, se celebraban en el foro, en el Circo Máximo o en el anfiteatro de Estatilio Tauro— y el circo, pues sólo en este último recinto se podían mezclar con los hombres.) Mientras que a los senadores les correspondía la primera fila, reservó lugares especiales para el resto de colectivos con el fin de que no se confundieran con la masa romana. También ordenó que todo aquel que no llevara la toga tradicional romana debía ocupar el graderío más elevado, al igual que las mujeres. Mediante esta redistribución de las gradas, no hay duda de que Augusto pretendía, por una parte, rendir homenaje a la estratificación social romana y, por otra, involucrar activamente a las élites en el disfrute de los espectáculos públicos. Evitaba de esta manera que el entretenimiento se convirtiera en algo propio de la plebe. La división de los espacios no era en absoluto baladí en una sociedad tan estratificada como la romana. De hecho, veremos iniciativas similares llevadas a cabo por otros emperadores y también en las provincias.

Con todo, el principal aporte de Augusto en este ámbito fue la monumentalización del *pulvinar* del Circo Máximo. Prosiguiendo con lo dispuesto por Julio César, conectó este palco con su propia residencia, que se situaba en el cercano Palatino (*RG* 19.1). Esta conexión entre palacio imperial y circo sería imitada en numerosas ciudades, sobre todo en aquellas donde residían los emperadores, por lo que, fundamentalmente, se observa en época bajoimperial. De hecho, como veremos más adelante, tal vínculo será clave para entender la evolución del circo en el ceremonial

tardorromano y bizantino y, por imitación, también en algunos de los reinos bárbaros de Occidente.

Pero no sólo Augusto se preocupó de ofrecer espectáculos, sino que también se celebraron muchos en su honor conforme a sus circunstancias personales o a sus victorias, o simplemente como meras muestras de adulación, que serían reproducidas bajo los emperadores posteriores. Así, no fueron infrecuentes los juegos con un fin salvífico, que auspiciaban o celebraban el retorno de Augusto sano y salvo tras sus viajes, como por ejemplo las *Augustalia* o *ludi Augustales,* que el 12 de octubre conmemoraban su vuelta de Asia en el 19 a.C., tras haber establecido la *pax romana* en Oriente, y que se acompañaron de la erección de un altar a la Fortuna Redux (*RG* 11), una divinidad que a partir de ese momento estaría presente en el panteón romano. Estos importantes juegos tuvieron continuidad tras su muerte y se incorporaron al calendario festivo romano. Asimismo, se celebraba con espectáculos su cumpleaños el día 23 de septiembre, y no sólo mientras el soberano permaneció entre los mortales, sino también en los siglos venideros, al igual que sucedió con el aniversario de sus sucesores vivos y el de los emperadores divinizados, como lo fue el propio Augusto tras su fallecimiento.

Existen otros casos muy particulares. El primero procede de la pluma de Augusto en sus *Res Gestae:* el senado decretó que cada cuatro años se le dedicaran unos juegos que, organizados por los cónsules y los sacerdotes, tendrían como meta velar por la salud de su persona. De hecho, ya se habían celebrado dos en el momento en el que redactó su testamento histórico (*RG* 9.1). Asimismo, resultan notables dos experiencias procedentes del ámbito de las provincias. Por una parte, gracias a Dion Casio y a Veleyo Patérculo, sabemos que desde el año 2 a.C. se celebraron en su honor

unos *ludi* en Nápoles: los *Sebasta* —palabra que traducía literalmente al griego el nombre de Augusto, pues no olvidemos que esta zona de Italia era conocida como la Magna Grecia—, que, teniendo como modelo los *agones* panhelénicos, tanto en lo que respecta a su programa como a su periodicidad, ofrecían carreras de carros al modo griego y otras competiciones, incluidas algunas de carácter poético y musical, siendo este festival donde por primera vez Nerón se atrevió a tocar la cítara en público (Veleyo Patérculo 2.123; Dion Casio 55.10.9). También es significativo el homenaje que el rey judío Herodes —sí, el mismo Herodes que aparece maledicentemente en el Nuevo Testamento cristiano— le rindió a Augusto al darle el nombre de Cesarea Sebasta a una ciudad de Palestina que había reconstruido, y que posteriormente sería conocida como Cesarea Marítima. (Por las mismas razones, una ciudad de Hispania creada apenas unos años antes como colonia a orillas del río Iberus recibió el nombre de Caesaraugusta, la actual Zaragoza.) Según el escritor judío Flavio Josefo, las obras duraron diez años y la localidad fue inaugurada durante el período de la 192.ª Olimpiada, es decir, entre el 12 y 9 a.C. La magnífica ciudad destacaba por tener el puerto artificial de mayor tamaño construido hasta aquel momento, que mereció igualmente el nombre de Sebasta. Allí se emplazaron un enorme templo dedicado a Augusto y dos grandes estatuas que representaban tanto la ciudad de Roma como al *princeps,* así como un teatro y un circo. Este último, aunque Josefo lo denominase anfiteatro por la múltiple funcionalidad de su recinto, fue redescubierto arqueológicamente en los años ochenta y se caracterizaba por su tamaño modesto, pues su capacidad era de unos diez mil espectadores. Según Josefo, su inauguración fue adornada con «festejos y actos suntuosísimos», entre los que sobresalieron competiciones

atléticas y musicales, espectáculos de gladiadores, *venationes* y juegos circenses (*AJ* 15.341; 16.136-141).

Los juegos circenses en el Alto Imperio romano

El legado de Augusto en las diversiones públicas fue continuado por sus sucesores sin excepción. No en vano, tal y como hemos visto, el *princeps* no sólo siguió la tradición republicana, sino que incluso la amplió. Los testimonios dejan claro que la provisión de espectáculos se estimaba como un deber del gobernante y de los magistrados para con su pueblo. Sus sucesores no le fueron a la zaga en este ámbito; de hecho, llegaron a superarle. Como evidencia de primer orden se pueden mencionar las exequias del propio Augusto, que se vieron acompañadas, como marcaba la tradición, de entretenimientos en honor del finado. Resulta notable la *laudatio funebris* que Tiberio le dedicó y leyó ante el pueblo romano justo antes de que el fallecido fuera sometido a la *apotheosis* o divinización. Enunció sus palabras desde la tribuna de los oradores —que se encontraba enfrente del templo dedicado a Julio César en el Foro Romano, delante del sarcófago del difunto *princeps*—, después de que se hubiera completado la procesión en su honor:

> ¿Cómo no habría de recordarse al resto del pueblo romano? A ellos los proveyó de obras públicas, dineros, juegos, fiestas, seguridad, abundancia de los bienes necesarios y protección, pero no sólo contra los enemigos o los delincuentes, sino también contra los golpes del destino, tanto de día como de noche (Dion Casio 56.41.4).

Así pues, el emperador Tiberio resume aquí, en unos escasos conceptos, lo que él mismo entendía que debía ser la labor del emperador para con la plebe, lo que se esperaba que le proporcionara: por una parte, seguridad, tanto frente a los enemigos que amenazaban la existencia del Imperio como frente a quienes inquietaban la paz interior, es decir,

bandidos y piratas; por otra, la garantía del sustento. Ambas son necesidades básicas, pero Tiberio apunta también a otros servicios que la púrpura debía sancionar en un buen gobierno: la construcción de edificios públicos útiles y suntuosos, el reparto de dinero, el patrocinio de festividades comunales y, finalmente, los entretenimientos en sus más diversas formas. Ésta era la retórica oficial, pero sin lugar a dudas se correspondía con lo que podría definirse como teoría política fundada por Augusto.

El patrocinio de distracciones públicas destinadas al disfrute de la población romana se estimaba como una de las prerrogativas de los magistrados, algunos colegios sacerdotales y, muy en especial, el emperador. En consonancia con la evolución de las estructuras del nuevo régimen político, se establecía una particular interrelación entre la masa popular y el emperador como proveedor de espectáculos conforme progresaba el vaciamiento de las instituciones republicanas, ya perceptible en el siglo I a.C. e irremediable con el paso al Principado, puesto que, aunque la participación de la ciudadanía romana en la vida política era muy limitada, cada vez fue menguando más. Si bien durante los primeros siglos del Imperio romano siguieron celebrándose asambleas, éstas carecían de poder alguno de decisión y acabaron por desaparecer. De este modo, se pasó de una estructura oligárquica con pulsiones pseudodemocráticas a una autocracia sin apenas contrapesos. Aunque resulte una simplificación, a partir de Augusto el peso del Estado recayó en la figura del emperador, y en consecuencia las relaciones entre pueblo y poder dejaron de ser poliédricas para transmutarse en bilaterales por lo que respecta a la distribución de los roles, pero en absoluto por lo que respecta al ejercicio del poder. Por tanto, el pueblo conservó escasos cauces de

representación; uno de los pocos ámbitos en donde podía establecer algún tipo de relación con el nuevo poder, casi omnímodo, o con las diversas magistraturas era precisamente el de los grandes espectáculos. Existen múltiples testimonios, y, aunque se volverá más adelante sobre este tema, de momento analizaremos brevemente algunas situaciones. Si bien es un ejemplo vinculado al mundo de los *munera* gladiatorios, ya mencionado anteriormente, resulta especialmente significativo que Augusto ofreciera un combate gladiatorio en la Septa del Campo Marcio, la sede de ese poder popular castrado, pues allí era donde se celebraban las asambleas. A pesar de que el propio Augusto monumentalizó el espacio al pasar de una estructura de madera a otra de piedra, le arrebató el escaso valor político que representaba. El patrocinio de una actividad de ese cariz en tal ámbito suponía una ironía simbólica de la que ni Augusto ni muchos de sus coetáneos debieron de escapar, pues, aunque los combates de gladiadores eran un entretenimiento en extremo popular, no dejaban de ser infames. Curiosamente, aunque Calígula devolvería ciertas atribuciones a las asambleas populares, seguiría organizando luchas de gladiadores en la Septa.

Por otra parte, el circo, el teatro y los diversos espacios habilitados para el resto de espectáculos se convirtieron —cada vez más, conforme pasaban los siglos— en el lugar de reunión del emperador con sus súbditos, donde podían compartir sus gustos en relación con tal o cual entretenimiento. En cierto modo, esos espacios representaban un microcosmos del mundo romano, puesto que todas las clases y órdenes sociales estaban representados. Sin embargo, no se mezclaban, toda vez que se había afianzado la tendencia republicana a la separación; así, diversos emperadores, empezando por Augusto,

ordenaron repetidamente que se separaran la plebe y los senadores, los caballeros, los magistrados, los embajadores, los soldados, y, en las luchas de gladiadores, hasta los hombres solteros y las mujeres. Pese a esta política, que tenía el objetivo evidente de diferenciar las gradas según la estratificación propia de la sociedad romana, todos eran partícipes mediante una complicidad común. Algo que refrendaban mediante el aplauso y el fervor hacia el gobernante o sus delegados, o, en caso contrario, mediante la crítica, la petición o, como veremos, el tumulto. En particular, la actitud sediciosa se concentraba en las diversiones públicas en las que había una afición ruidosa y en extremo organizada, como ocurría en el circo y en el teatro allí donde las facciones de los verdes y los azules —únicamente de estos colores, pues nunca hubo grupos similares entre los rojos y los blancos— se encontraban presentes. Sobre estos comportamientos veremos abundantes ejemplos a lo largo de este volumen.

De hecho, al conjunto de la población le disgustaba que los hombres fuertes de su sociedad no acudieran a los espectáculos que patrocinaban o se distrajeran, como Julio César, que aprovechaba la celebración de los juegos para dedicarse a asuntos de Estado; Augusto, que se ausentaba a menudo, o su sucesor Tiberio, que ni siquiera acudió a los espectáculos que había organizado tras la muerte del *princeps* —en este último caso, no era ninguna novedad: antes de convertirse en emperador, Tiberio montó unos juegos en honor de la memoria de su padre, Tiberio Nerón, a los que tampoco asistió (Suetonio *Tib.* 7)—. En torno a esta cuestión, resulta significativo lo que nos cuenta Suetonio sobre Claudio. Este emperador, culto pero de limitada capacidad mental y escasas habilidades sociales, tímido a la par que cruel, entendió perfectamente el papel que debía

jugar y se ganaba el favor del pueblo a través de simples gestos en el circo, como por ejemplo saludando a coro con el público a los organizadores, pues «cuando [los magistrados] ofrecían espectáculos, levantándose él mismo con el resto de la turba, los saludaba de palabra y con sus gestos» (Suetonio *Claud.* 12.1). Muchos emperadores iban mucho más allá, tal y como veremos, y empatizaban abiertamente con uno u otro color del circo, sobre todo con el verde o el azul, los mayoritarios entre el pueblo. Ciertos soberanos incluso actuaban como verdaderos hinchas de la *factio* a la que apoyaban, y otros, los menos, llegaron a ejercer como aurigas para escándalo de sus contemporáneos. Aquí resulta necesario volver a Augusto y a Tiberio. Mientras que el primero consideraba «que estaría bien visto el compartir los placeres del vulgo» (Tácito *Ann.* 1.54), el segundo mostraba un mayor cinismo en el ámbito de los espectáculos, de acuerdo con este estupendo fragmento de Dion Casio:

> En las fiestas, y en cualquier otra ocasión en la que se le proporcionase a la plebe algún entretenimiento semejante, al atardecer se iba a la casa de alguno de los libertos imperiales que viviera cerca del lugar donde el público debía congregarse, y allí pasaba la noche para que a todos les fuera posible encontrarlo con presteza y sin ninguna dificultad. También solía ver, desde casa de alguno de sus libertos, las carreras de caballos. Con mucha frecuencia hacía acto de presencia en los espectáculos públicos, no sólo con la intención de honrar a quienes los habían organizado, sino también para asegurarse del orden entre la plebe y dar la apariencia de que compartía el espectáculo con ellos. Pero nunca se tomó en serio ninguno de aquellos espectáculos ni tuvo fama de ser un seguidor incondicional (Dion Casio 57.11.4).

A Tiberio, ya sea como emperador o como persona, sin duda se le ha de ver como alguien ciertamente complejo, con muchas luces y sombras. Conforme al retrato que nos han legado las fuentes, era un personaje a caballo entre el cinismo y la indiferencia, paciente urdidor y en extremo paranoide, muy inteligente pero indudablemente cruel, que se apartó del mundo en dos ocasiones (la última para no volver), por lo que bien podría considerársele un émulo romano —si bien en dura competición con Sertorio— del Kurtz de *El corazón de las tinieblas*. Su figura y sus hechos

reflejan a la perfección los presupuestos básicos subyacentes en el acercamiento del emperador a los espectáculos. Independientemente del disfrute íntimo que pudieran suscitarles, los monarcas romanos conocían muy bien las potencialidades del uso y abuso de los espectáculos, así como las claves útiles de su empleo en la interrelación con los gobernados. De este modo, Tiberio se esforzaba lo mínimo en esta materia, de acuerdo con la plena noción de lo que representaba para su posición confraternizar con sus súbditos, y así evitaba cualquier inconveniente que pudiera derivarse de sus actos, como magníficamente describe Dion Casio. En este sentido, bien vale la pena rememorar a una persona muy relevante durante el reinado de Tiberio, y en especial su trágico destino. Me refiero a Lucio Elio Sejano.

Sejano fue muy importante en su tiempo. Aunque ya había servido bajo las órdenes de Augusto, fue con su sucesor con quien adquirió la mayor de las relevancias. Tras la muerte del *princeps,* Tiberio lo nombró, colegiadamente con su padre, prefecto del pretorio en el año 14. Se trataba de un cargo que en aquel momento —pues luego sus funciones se ampliaron— definía al jefe del contingente militar establecido en Roma, es decir, de las fuerzas que actuaban como escolta del emperador. Después de la marcha de su padre al año siguiente a consecuencia de su nombramiento como gobernador de Egipto, quedó como prefecto único y conservó el puesto hasta su muerte. Desde el primer momento promovió una serie de reformas que ampliaron tanto el potencial de los pretorianos como su propio poder, muy especialmente tras el abandono del emperador de la ciudad de Roma y su traslado a la isla de Capri. De hecho, ante la ausencia del emperador, Sejano ejercía como una especie de soberano suplente y, de acuerdo con tales responsabilidades, fue reforzando su autoridad.

Como reflejo de este poderío, las fuentes indican cómo le fueron concedidas graciosamente dignidades y honores tanto por el senado como por el pueblo y el mismo emperador. Es más, Sejano públicamente se consideraba descendiente del antiguo rey romano Servio Tulio y, cosa inaudita, llegaron a realizarse sacrificios para honrar en conjunto a Sejano y a Tiberio. En esta línea, incluso se celebró oficialmente su natalicio, y buena parte de la élite romana, incluido Tiberio, le erigió estatuas por doquier. Sin embargo, la gloria sobrevenida y los rumores sobre el deseo del prefecto de apropiarse de la púrpura acabaron provocando su muerte. De manera fría y en extremo maquiavélica acometió tal tarea Tiberio, tal y como se observa en toda su gloria en el fabuloso relato de Dion Casio (58.4-12; también Tácito *Ann.* 5.6-9). Tras nombrarle cónsul, Tiberio minó progresivamente tanto su poder como su fama, hasta que Sejano fue abandonado por todos los que le habían rendido pleitesía. Finalmente, el senado decretó su encarcelamiento en una reunión manejada desde la distancia por Tiberio a través del prefecto de los vigiles Macrón —los vigiles eran los encargados de extinguir los incendios y mantener la seguridad dentro de la urbe—. Como indicase dramáticamente Dion, en aquel momento se pudo «comprender la miseria de la condición humana», puesto que aquellos de la curia que hasta hacía escasas horas le agasajaban tanto en público como en privado, ahora le cubrían con cadenas y le golpeaban de camino al patíbulo. La actitud popular fue similar, si bien más peligrosa. En una escena propia de la caída de Saddam Hussein, la plebe derribó y desfiguró las estatuas de Sejano mientras las humillaban con insultos. El senado, alarmado ante la reacción popular y la incomparecencia de los pretorianos, aún fieles a su antiguo líder, decidió ejecutarle. Los restos

mortales del antiguo prefecto fueron arrojados a la calle, a las escaleras Gemonias —situadas entre el Palatino y el Foro Romano y convertidas desde entonces en el lugar de ejecución tradicional—, y la masa los ultrajó durante tres días. El mismo destino sufrieron sus hijos, pues al igual que el padre fueron estrangulados, y, de forma absolutamente espantosa, como no parecía conveniente ejecutar a una virgen, la hija fue violada por el verdugo antes de ser asesinada. Poco después la esposa de Sejano se suicidó. La masa no refrenó su ira y ajustició a todo aquel que considerase cercano al antiguo prefecto, mientras los pretorianos se unían al caos y se dedicaban al saqueo y al incendio. El senado, en extremo alarmado por su propia seguridad, recurrió a ciertas medidas, algunas inéditas, para apaciguar la situación: por una parte, se prohibió el luto a Sejano y se le sometió a la *damnatio memoriae,* es decir, la eliminación de su recuerdo, al tiempo que promulgaron la erección de una estatua a la Libertad en el foro, y, por otro lado, los padres conscriptos celebraron conjuntamente con los colegios sacerdotales la caída del antiguo prefecto. Asimismo, y esto es lo más relevante para nuestro texto, el senado decidió conmemorar anualmente la fecha de su muerte con espectáculos públicos, carreras en el circo y *venationes.* También pretendió honrar a los hombres de confianza de Tiberio que habían participado en este acontecimiento, a Macrón y a Grecinio Lacón: el primero pasó a ocupar el puesto de Sejano y el segundo sustituyó a Macrón como prefecto de los vigiles, mediante la concesión del honor de sentarse en los espacios reservados para los senadores en los espectáculos públicos. Por supuesto, estos últimos también quisieron congraciarse con el emperador, de modo que le ofrecieron el título de Padre de la Patria y decidieron celebrar su natalicio con diez carreras de caballos

—hasta entonces Tiberio sólo había aceptado para tal ocasión el honor de una única carrera de una biga, algo que explica claramente la consideración que mostraba hacia los juegos circenses— y un banquete en el senado (Dion Casio 58.12.4-8). La situación acabó por calmarse, y ciertamente no puede dejarse de lado como algo folclórico o anecdótico el empleo de los espectáculos por parte del senado en la resolución del conflicto. En efecto, tenían un valor tanto político y social como simbólico, con el que no sólo se esperaba apaciguar a la plebe desbocada, sino también agradar al emperador y celebrar su gestión de la crisis en la propia figura del purpurado y en la de sus subordinados. Sin embargo, aunque el pueblo sin duda estuvo encantado con la defenestración de Sejano y con los gestos subsiguientes, ni Tiberio ni sus hombres, éstos con muy buen criterio, aceptaron tales honores, y, de hecho, prosiguieron con las persecuciones de los fieles de Sejano, que afectaron a un buen número de senadores.

Los siguientes emperadores dieron continuidad a lo ya establecido, tanto en lo que se refiere a los espectáculos asociados a la tradición anterior como al hábito de dispensar prodigalidades a través de muy diversas vías, ya fuera en la forma de ocio o de servicios públicos, como se observa en las construcciones de edificios destinados al disfrute común, los regalos, las subvenciones, la concesión de alimentos, comidas o dinero, y también, en directo correlato, y de nuevo esto es lo que más nos interesa aquí, en la celebración de competiciones circenses, amén de cualquier otro entretenimiento dirigido al conjunto del pueblo. Por supuesto, hubo diferencias y ciertos emperadores destacan por encima de otros en cuanto al énfasis en los espectáculos o en su grado de participación, pero todos los soberanos romanos, absolutamente todos, ofrecieron diversiones

públicas y, como se ha indicado, eso es lo que se esperaba que hicieran. Sin embargo, no todos los emperadores merecieron el mismo juicio histórico en el ejercicio de esta prerrogativa; de hecho, la celebración de espectáculos se asimilaba en los textos antiguos a una especie de semáforo que calificaba la calidad y valía de los diversos emperadores. Esta consideración estaba condicionada, obviamente, por las actuaciones desarrolladas durante el reinado, pero también por el carácter y el comportamiento mostrado por el gobernante, así como, y éste es un dato crucial, por la relación que mantuviera con el senado. Así lo ejemplifican perfectamente obras como las biografías de Suetonio, la enigmática *Historia Augusta* o la obra histórica de Dion Casio, cuyos autores o eran miembros de esta institución o ejercían de voceros de una ideología senatorial que casaba muy mal con aquellos emperadores estimados como autócratas, que, conforme a un deseo más o menos consciente de borrar uno de los escasos restos de la estructura política de época republicana (que aún subsistía, si bien había sufrido una evolución), querían limitar su poder o ignorarlo.

De este modo, el ámbito frívolo de los espectáculos se convirtió en un elemento recurrente en la crítica de los diversos soberanos. Sin embargo, no todos recibían el mismo juicio. Así, destaca el enorme caudal de información referente a emperadores con una imagen claramente negativa, como Calígula y otros tantos del mismo jaez, que comprende noticias que, en su inmensa mayoría, buscaban inducir el escándalo, transmitiendo una predisposición malsana y excesiva hacia los divertimentos con el objeto evidente de deformar su memoria. Independientemente de que fueran reales o no el gusto de los emperadores por las diversiones públicas y su afán por organizarlas, tal relato

contrasta vivamente con el que las mismas fuentes dedican a otros emperadores como Marco Aurelio o Trajano, unánimemente alabados y cuyos esfuerzos en el mismo ámbito de los espectáculos se presentan con la inequívoca pretensión de ensalzarlos, aunque se asemejen e incluso amplíen lo hecho por los soberanos de mala fama. Respecto a estos últimos, era frecuente poner énfasis en sus excentricidades y deformar a propósito, a veces con groseras manipulaciones, algunas de sus actuaciones, mediante significados y lecturas arbitrarias de hechos que no se salían de lo común o que se podían justificar tranquilamente según los usos romanos. De este modo, situándonos en el caso de un extraordinario emperador como Trajano, de cuya relación con el espectáculo se hablará ampliamente en páginas sucesivas, o no recibió tales juicios negativos o las críticas que sufrió, que apenas conocemos de forma indirecta, en absoluto fueron transmitidas de la misma manera que con un Cómodo o un Domiciano. De hecho, el gran Trajano posiblemente sea uno de los soberanos romanos que más incidió en el desarrollo de los espectáculos y que más fondos proveyó para su celebración. Sin embargo, no fue objeto de desaprobación alguna ni se ha transmitido a la posterioridad una imagen negativa de su figura en torno a esta cuestión, si bien han trascendido algunas murmuraciones. Otro aspecto, directamente vinculado con lo anterior, es que, pese a la censura general que se reproduce en las fuentes contra los considerados «malos emperadores», parece que éstos contaban casi inequívocamente con un ferviente apoyo popular, en una relación entre senado y pueblo que puede estimarse, con sus excepciones, claro está, como la de dos vasos comunicantes. Aunque las fuentes dejan caer de forma bastante explícita que el apoyo popular venía condicionado por los regalos, las

donaciones y la dotación de juegos y diversiones, no se puede negar que, como si de una suerte de antipolítica romana se tratara, la plebe sentía absoluta simpatía por los caudillos fuertes, verdaderos hombres providenciales que arremetían contra la tradicional clase política, a la que veían como corrupta y opuesta en su elitismo aristocrático a los intereses de la mayoría popular. No importaba que el modo de actuar de estos tiranos no dejara de ser contrario, obviamente, a la participación y al poder de decisión del pueblo en la vida del Imperio.

Por mucho que el juicio histórico sobre Tiberio no sea positivo en cuanto a su particular forma de actuar y gobernar, le sucedió un soberano que entra inequívocamente en esa categoría de «malos emperadores» anunciada arriba. De hecho, la relación de Calígula con los espectáculos resulta manifiesta a lo largo de los poco más de cuatro años en que estuvo en el poder (37-41). Para empezar, Dion Casio señala cómo contravino las políticas austeras de su antecesor y «empezó a gastar en actores, caballos, gladiadores y en otras cosas semejantes sin ningún freno y vació, en poquísimo tiempo, el dinero atesorado, que era mucho» (59.2.5). Tiberio había conseguido un balance fiscal favorable para el Imperio a través de unas políticas que le hicieron merecedor de la consideración de avaro. No resulta anómalo que esta visión desfavorable de Tiberio se viera reforzada por su negativa a sufragar con dinero propio espectáculos públicos que consideraba innecesarios (Suetonio *Tib.* 34 y 47). Lo cierto es que en el ámbito de los entretenimientos Calígula fue muy diferente y no tardó en enmendar la política de su antecesor, puesto que nada más llegar al poder dedicó unos juegos anuales a la memoria de su madre, Agripina la Mayor, que era hija del general augustano Agripa y de cuya muerte, en última instancia,

parece que fue responsable el mismo Tiberio, ya que, tras una pantomima de juicio, la condenaron al exilio en la isla de Pandataria, en donde murió de hambre. Calígula no sólo le dedicó unos juegos en el circo, sino que decidió pasear su figura como parte de la pompa circense pese a la *damnatio memoriae* decretada por Tiberio (Suetonio *Cal.* 15.1). Ésta es la primera referencia a los entretenimientos bajo el gobierno de Calígula y, desde luego, no fue la última, pues son innumerables las noticias o anécdotas sobre su figura y sus hechos, que reflejan a la perfección la visión estrafalaria que se tenía de él. Aunque las fuentes admiten el buen gobierno de Calígula en la primera parte de su reinado, el balance general suele ser espantoso, influido por un retrato personal tremendamente negativo: cruel, arbitrario, caprichoso, indecente y protagonista de innumerables escándalos. A pesar de los numerosos intentos por revalorizar su biografía, lo cierto es que las descripciones procedentes de las fuentes prosenatoriales hacen que resulte un tanto complicado voltear una imagen tan desfavorable, plenamente asentada en el imaginario popular de nuestros tiempos contemporáneos. Con todo, Calígula gozó durante su reinado de un inmenso apoyo popular, que en paralelo se contraponía con la nefasta relación que mantuvo con el vetusto senado a partir de un momento determinado —de hecho, esta ruptura es lo que determina que las fuentes senatoriales hablen de dos períodos bien distintos en su vida como emperador—. En un reciente análisis favorable de su figura, se alude a que sus hechos se explican en buena medida por su sentido del humor, irónico y cruel, en correspondencia con un carácter profundamente egocéntrico y embebido de poder, carente de toda responsabilidad moral (Barrett, 1989, pp. 213-241). En lo que respecta a los espectáculos, Calígula fue todo un entusiasta, muy

especialmente del circo, de cuya facción verde era todo un fanático. De acuerdo con Suetonio, su predisposición era tal que llegó a organizar unos juegos circenses ante la simple petición a grito pelado de unos romanos situados en un balcón cercano al suyo (Suetonio *Cal.* 15.1). Asimismo, se distinguió por ampliar la oferta circense y procuró que hubiera carreras en el circo casi ininterrumpidamente, desde el amanecer hasta el anochecer; las únicas pausas se debían a la celebración de *venationes* y Juegos de Troya. En directa relación con los juegos circenses protagonizados por jóvenes aristocráticos, patrocinó carreras en donde sólo participaban miembros del orden senatorial y, para distinguirlas de las carreras habituales, tiñó la arena de verde y rojo (Suetonio *Cal.* 18.3). La elección de estos colores nada tiene que ver con las facciones epónimas, sino con los protagonistas de esas jornadas: tales eran precisamente los colores del suelo de la Curia Julia, es decir, la sede del senado.

El relato de la consagración del templo de Augusto y de la celebración de los natalicios de éste y del propio Calígula al inicio de su reinado ciertamente son interesantes y refuerzan la información previa, puesto que marcaron el devenir y fueron imitados por sus sucesores. Con respecto a ambos natalicios, Calígula ofreció veinte carreras para conmemorar el suyo y cuarenta para el de Augusto, una cantidad desmedida cuando con antelación los juegos circenses no superaban las diez carreras diarias, lo que no fue óbice para que repitiera constantemente cifras similares. Las carreras celebradas con motivo de la inauguración del templo, que fue organizada conjuntamente con los sacerdotes augustales, se completaron con *venationes* en las que fueron abatidos cuatrocientos osos. Y, con el objeto de resaltar la gloria del momento, ordenó suspender los juicios y los duelos por fallecimiento, supuestamente para que

ningún miembro de la alta sociedad romana se librase de acudir, puesto que, como atestiguan diversas fuentes, detestaba que la gente se ausentara de los espectáculos (Dion Casio 59.7.1-6). Lo cierto es que esta última información, al igual que muchas de las ofrecidas sobre Calígula, hay que tomarla con cautela, porque constituye claramente una de las manipulaciones groseras que hemos señalado, pues sabemos muy bien que, desde tiempos republicanos, estaban prohibidos los juicios durante el desarrollo de las festividades.

La gran afición de Calígula por las carreras circenses se ve reflejada en numerosísimos episodios en los que, además, queda patente su pasión por la facción de los verdes, cuyos aficionados violentos, que ya estaban presentes en este momento de la historia, pudieron actuar con libertad amparados en dicha simpatía del purpurado y, de este modo, provocaron enormes tumultos por todo el territorio imperial —un episodio que será analizado con mayor profundidad más adelante—. Por otra parte, las malas lenguas acusaron a Calígula de haber ordenado matar a aurigas y caballos de las facciones rivales y le recriminaron que pasara un tiempo desproporcionado con los verdes, pues llegó a cenar y a pasar noches enteras en las caballerizas de tal facción. ¡Y qué decir de sus sentimientos hacia el caballo *Incitato!* Tal era la pasión que sentía por su equino favorito que, la víspera de las carreras en las que éste participaba, ordenaba desplegar el ejército en el Campo Marcio para garantizar su descanso. Volviendo al inagotable símil futbolístico, disponemos de numerosos ejemplos recientes de comportamientos similares en cuanto a su naturaleza pero totalmente contrarios en cuanto a su objetivo, puesto que no son extraños los intentos de desestabilizar a un equipo rival en su lugar de concentración ante un choque decisivo. Calígula llegó a

otorgar a *Incitato* una cuadra de mármol y un pesebre de marfil, incluso una casa propia, y decretó que fuera cubierto con mantas de púrpura y piedras preciosas. Unas acusaciones que, como se verá en la segunda parte de la monografía, carecían de fundamento, dado que se pueden explicar racionalmente conforme a las convenciones del espectáculo circense. De hecho, según Dion Casio, al lugar de entrenamiento de los aurigas se le seguía llamando en su tiempo «gayano», derivado de Gayo *(Gaius),* el nombre real de Calígula. Pero éste no sólo hizo uso de tal espacio, sino que también edificó un circo propio que ha pasado a la posteridad como Circo de Gayo y Nerón. Situado entre el Tíber y el monte Vaticano, justo donde Constantino erigió la primera basílica vaticana, ambos emperadores entrenaban allí como aurigas y ofrecían espectáculos privados. Y, para rematar este excurso, sí, *Incitato* es el caballo al que, según Suetonio, Calígula quiso convertir en cónsul. Sin embargo, no sería el único emperador tan afín a un caballo, pues posteriormente el hispano Adriano le construyó un panteón a *Borístenes,* su caballo predilecto cuando salía de caza.

Con respecto a la personalidad caprichosa de Calígula, disponemos de un estupendo testimonio, relacionado asimismo con los entretenimientos. En cierto momento decidió abandonar la comodidad de la Ciudad Eterna y se encaminó a la frontera romana para realizar diversas campañas a orillas del Rin y acometer, en vano, la conquista de Britania. Desde allí envió una dura epístola, si bien debería interpretarse como una típica bufonada suya, al senado y al pueblo romano reprochándoles que, mientras él combatía en el frente, en Roma se disfrutara de banquetes, juegos circenses y representaciones teatrales. Paradójicamente, las mismas fuentes indican que Calígula había marchado a la guerra acompañado por prostitutas,

gladiadores y aurigas, y que en su trayecto organizó diversos entretenimientos, siendo los más renombrados los que patrocinó en *Lugdunum* (Lyon). Sin embargo, quizás la mayor locura de Calígula fue la construcción de un puente de barcos entre Puteoli y Bauli, de algo menos de cuatro kilómetros de extensión, donde realizaba carreras con amigos y con la guardia pretoriana, e hizo uso de carros tirados por los mejores caballos del momento para simular batallas de la Antigüedad. De hecho, se dice que el día que celebró las primeras carreras de este tipo iba ataviado con una coraza que pudo haber pertenecido al mismísimo Alejandro Magno. Ciertamente, no extraña que un pueblo embebido por los espectáculos le adorase, y más cuando se enfrentaba constantemente a las clases elevadas (Suetonio *Cal.* 15.1, 18.3, 20, 45.3, 55.2-3; Dion Casio 59.14.5-7, 59.17, 59.21.3, 59.22.1; Flavio Josefo *AJ* 18.249; Juan Malalas *Chronog.* 10.20).

Con apenas veintinueve años murió asesinado a manos de la guardia pretoriana encabezada por Casio Querea, un personaje al que, por lo visto, Calígula despreciaba constantemente. El relato de su muerte que emana de las fuentes prosenatoriales continúa congruentemente con el acoso y derribo de la imagen de este emperador, como también lo hace, a su manera particular, el testimonio de un texto tan singular como las *Antigüedades judías* del historiador judío Flavio Josefo. Éste asume la postura de esas fuentes y la complementa con ciertos apuntes propios de la tradición judía y datos muy relevantes para conocer el magnicidio. De hecho, como dice el filósofo hebreo Filón, Calígula odiaba a los judíos, algo que demostraría la revuelta que estalló después de que pretendiera imponer el culto imperial en las sinagogas, un episodio también relacionado con el circo sobre el que hablaremos más abajo. Al parecer,

fue asesinado por una conjura de la guardia pretoriana y diversos senadores de importancia, en un día concreto en el que se celebraba un festival teatral en el Palatino, en donde había un recinto escénico de carácter temporal. Según el interesante testimonio de Josefo, aunque no esté corroborado por otras fuentes, esta conjura se tramó después de que Calígula propiciase una matanza popular en el Circo Máximo a consecuencia de la reclamación a gritos de una bajada de impuestos por parte de un grupo de asistentes a unos juegos circenses. Como respuesta, el emperador ordenó apresar y matar a quienes exigían tal medida. El griterío finalizó al comprender el público qué le tenía reservado el destino si no cejaba en sus demandas, y porque, en el fondo, «el pueblo, aunque veía lo que pasaba, lo consentía» (*AJ* 19.24-25).

Volviendo precisamente al momento del magnicidio de Calígula, según Josefo, la multitud se amontonó en el recinto escénico, disputándose los asientos porque no se habían distribuido de acuerdo con los diferentes órdenes sociales. Como resultado, «las mujeres [se apiñaban] junto con los hombres y las personas libres se mezclaban con los esclavos», algo de lo que, a juicio de este historiador hebreo, Calígula disfrutaba, pues le agradaba ver a sus súbditos peleándose (*AJ* 19.84-86). Hacia las tres de la tarde, Calígula decidió retirarse a palacio y allí fue asesinado. Cuando la noticia llegó al teatro, la reacción de los perplejos espectadores varió dependiendo de su estatus. Mientras que los patricios estaban contentos aunque procurasen disimular, las gentes más humildes quedaron desoladas. Entre el entristecido vulgo, Josefo cita a las mujeres y muchachos de baja condición, a los que Calígula proporcionaba espectáculos y comida (unas liberalidades que el historiador atribuye a la «locura» del emperador), a

ciertos soldados pagados por el regente y que gustaban de compartir su tiranía contra los más notables, y, finalmente, a los esclavos, quienes delataban a sus dueños a cambio de la libertad y parte de su riqueza (*AJ* 19.127-137). Se observa aquí el apoyo de las clases más populares a Calígula, pero presentado de forma torticera, cuando el emperador no dejaba de actuar de la misma manera que quienes le antecedieron y le sucederían —no olvidemos que el *panem et circenses* de Juvenal se sitúa bajo época de Trajano—. En cuanto a la asignación de los asientos del teatro, merece un comentario. Como se ha indicado anteriormente, la distribución del espacio en los recintos de espectáculos era de gran importancia porque servía para reflejar el estatus de los diversos órdenes sociales, situándose en las primeras filas los senadores y caballeros. Pues bien, lo que hacía Calígula —y seguro que lo repitió en el circo, según una información de Suetonio en la que se profundizará más adelante— era difuminar estas barreras en un ámbito determinado, el de los espectáculos, con el objeto de ganarse a las masas populares, aunque no por ello haya que ver en él a un peligroso subversivo popular, en oposición a las clases superiores, en particular la senatorial, con las que mantenía una relación tirante. No sería la última vez que un emperador destacara por adoptar posiciones similares.

A Calígula le sucedió su tío Claudio (41-54). De acuerdo con el relato de Suetonio, Claudio era físicamente débil, al parecer no muy dotado desde el plano mental y carecía de habilidades sociales pese a su activo afán erudito. Fue autor de una enorme obra escrita que incluía textos fundamentales para entenderlo a él y para comprender su reinado, así como muy diversos aspectos de la historia antigua, pero desafortunadamente no ha llegado hasta nosotros. Por ejemplo, redactó una autobiografía, aunque su énfasis

principal recayó en la historiografía. Publicó una historia de la era de Augusto, otra de Cartago y una de Etruria (de hecho, se decía de él que fue la última persona en hablar etrusco). Asimismo, se ocupó de otros temas como el perennemente mal considerado juego de los dados, entretenimiento del que era un gran aficionado. Sin embargo, se le consideró el hazmerreír de la familia, tal y como se observa en las diversas humillaciones que le infligieron tanto Tiberio como su sobrino Calígula, por no mencionar el escaso valor que le daba Augusto, quien no quería que estuviera presente en el *pulvinar* del circo, pues estimaba que sería objeto de las chanzas de la plebe, algo que de hecho ocurrió en algunas ocasiones cuando a Claudio le tocó presidir los juegos en sustitución de Calígula (Suetonio *Claud.* 5.3 y 7).

Nada hacía presagiar que obtuviera la púrpura, pero así fue por la sencilla razón de que se hallaba en el lugar adecuado en el momento oportuno. Tuvo la suerte de que, al asesinar a Calígula, los magnicidas le encontrasen en el palacio imperial oculto tras un cortinaje, y aunque Claudio creyera en aquel instante que compartiría el destino de Gayo, fue nombrado soberano por los asesinos. Desde un balance objetivo, se le puede considerar un buen administrador, a pesar de que se le tuviera por un siervo de los libertos que había elegido para las tareas de gobierno; además, reformó el senado y amplió el Imperio con la conquista de Britania. Sin embargo, su gestión también presenta puntos negros, como las ejecuciones que ordenó, las cuales superaron en número a las del odiado emperador posterior, Domiciano, mientras que su vida personal se vio sacudida por sus polémicos cuatro matrimonios. En especial el tercero, el que contrajo con Mesalina, a quien las fuentes tachan de ninfómana —el retrato de Suetonio es brutal,

puesto que llega a indicar que acudía disfrazada a los prostíbulos para ejercer libremente como meretriz— y que se atrevió a casarse con un amante en una ceremonia pública aprovechando que el emperador se encontraba ausente (matrimonio que acabó con la ejecución de los dos contrayentes). El último casamiento de Claudio fue con Agripina la Menor, su mismísima sobrina y una de las pocas parientes de Augusto que aún quedaban con vida, la cual trajo consigo de una relación anterior a su hijo Nerón. Éste acabaría convirtiéndose en el sucesor de Claudio después de las exitosas maniobras de Agripina para que el hijo natural de Claudio, Británico, fuera postergado de la línea sucesoria en beneficio de su propio retoño.

A diferencia de Calígula, el nuevo soberano fue alabado precisamente por la contención del gasto en espectáculos, aunque fuera un gran aficionado. De hecho, al comienzo de su reinado decidió honrar a sus padres con juegos circenses a la par que divinizaba a su abuela Livia, la mujer de Augusto. En cambio, con motivo de su cumpleaños no realizó actividades extraordinarias porque coincidía con los *ludi Martiales* (Suetonio *Claud.* 11.2; Dion Casio 60.5-1-4). Asimismo, decidió limitar una costumbre que, con total seguridad, contaba con multitud de seguidores. De acuerdo con la acendrada religiosidad romana, toda ceremonia debía seguir escrupulosamente unas determinadas fórmulas tradicionales; en caso contrario, había de repetirse. Es decir, tras la celebración de un festival dotado de ciertos espectáculos, alguien podía argumentar que no se había cumplido con la divinidad correspondiente de la forma correcta, y entonces se volvía a la casilla de salida para jolgorio de aquellos que disfrutaban de tales distracciones y, obviamente, de quienes las proveían. A veces bastaba un sueño oportuno, como por ejemplo el de un tal Tito Latinio,

quien argumentó que el mismo Júpiter se le había aparecido para ordenarle la repetición de unos juegos recién finalizados porque se habían visto contaminados merced al desfile de un esclavo camino de la crucifixión, con la cruz a cuestas, por pleno circo la víspera de la celebración de la pompa circense que marcaba el comienzo del festival (Januario Nepociano *epit.* 1.7.4). Según Dion Casio, «con frecuencia esto ocurría tres, cuatro, cinco y hasta diez veces, ya fuese por algún accidente casual o, como en la mayoría de los casos, por iniciativa de aquellos a los que beneficiaba la repetición» (60.6.4). Sin duda, emperadores como Augusto y Calígula favorecieron esta práctica (y en menor medida Tiberio, dada su fama de cicatero). Pues bien, Claudio prohibió que, en el caso de los juegos circenses, se repitieran todas las jornadas de competición y decretó que, en caso de volver a celebrarse, los espectáculos se limitaran a un solo día; en alguna ocasión, incluso determinó que no se volviera a celebrar jornada alguna.

En el ámbito de los espectáculos públicos, Claudio se mostró como un verdadero entusiasta de los *munera gladiatoria* y no tanto por el circo, en donde puso freno a las violencias de la facción de los verdes que había permitido su antecesor (Juan Malalas *Chronog.* 10.22). Sin embargo, aunque no ofreciera tantos espectáculos extraordinarios como Calígula o como su sucesor, tampoco los rehuyó. Así, por ejemplo, sabemos que organizó juegos circenses, si bien trufados de otros entretenimientos, para celebrar la conquista de Britania (Dion Casio 60.23.5), así como, saltándose la normativa augustea, unos nuevos Juegos Seculares para conmemorar el 800.º aniversario de la urbe romana. Y no sólo los patrocinó en el gran Circo Máximo de Roma, sino también en el del Vaticano. Además, reformó el gran circo romano sustituyendo las antiguas *carceres* (el

espacio desde el que salían los carros) de madera y toba por otras de mármol, colocando unas metas doradas y unos conos en los límites de la espina (la barrera situada en el centro de la arena), y creando nuevos asientos específicos para los senadores, una medida ciertamente en congruencia con el aumento de la dignidad que planeó para el senado. Por otro lado, en el recinto del circo le gustaba que cada cinco carreras ecuestres se intercalaran otros espectáculos, como el aristocrático juego de Troya y otros de una índole más sangrienta, como la caza de panteras por parte de la caballería pretoriana o lo que podría calificarse como un «rodeo tesalio», en el que jinetes de esta región griega saltaban por encima de morlacos y los reducían sujetándolos por los cuernos (Suetonio *Claud.* 21.3-4). Por último, reseñar que bajo Claudio tuvo lugar un curioso prodigio en el circo: en una carrera, un desgraciado auriga salió despedido del carro y, aun así, la cuadriga no sólo continuó corriendo sino que ganó y se paró justo «en el lugar destinado a recibir la palma, como si [los caballos] demandasen el premio por la victoria» (Solino 45.14).

Tras el aparente asesinato de Claudio, puesto que la inmensa mayoría de las fuentes antiguas sostienen que fue envenenado por su esposa Agripina, Nerón (54-68) tomó la púrpura. Un emperador particular del que ha pervivido una imagen absolutamente negativa conforme a inequívocos testimonios prosenatoriales, que ofrecen un retrato caracterizado por su histrionismo, vanidad, decadente personalidad, caprichosa crueldad y tendencias autocráticas, amén del espantoso recuerdo presente en los textos cristianos de su decidido protagonismo en las primeras persecuciones. Sin embargo, gozó rotundamente de las simpatías del pueblo, incluso ya antes de alcanzar el trono. De hecho, en lo que nos concierne, Nerón explotó el mundo

de los espectáculos con muchísimo mayor énfasis que su antecesor. Aunque tenía numerosísimas aficiones, como la poesía, el rasgueo de la cítara y el canto, si bien algunas fuentes muestran que lo hacía torpemente, la más notable de sus pasiones desde la más tierna infancia fueron las carreras de carros. El magistral uso que hizo de los entretenimientos públicos se observa ya antes de regir el Imperio: con motivo de una enfermedad padecida por Claudio, hizo voto de que si se recuperaba organizaría unos juegos circenses en su honor, lo que obviamente acabó ocurriendo y le granjeó apoyos populares, amén de marcar su futuro gobierno (Dion Casio 61.33.9). Anteriormente ya avanzamos una muestra de su entusiasmo con su inaudita aparición en los Juegos Olímpicos helénicos y la consecución de numerosos trofeos, incluso en disciplinas en las que no participó o en las que había hecho el ridículo con su carro tirado por diez caballos. Fanático de los verdes —se confunde Juan Malalas al considerarle proazul (*Chronog.* 10.39)—, no dudó en ayudarlos, como denuncia el poeta hispano Marcial (*epig.* 11.33).

Promovió nuevos espectáculos, aunque únicamente uno tuvo recorrido histórico: las *Juvenalia* o *ludi Juvenales,* si bien debió mutar su naturaleza original. Nerón lo diseñó como un festival escénico para celebrar su primer afeitado a los veintiún años, y participó lo más granado de la sociedad romana. En una muestra de su peculiar personalidad, depositó esos primeros restos capilares en una cajita de oro y perlas en el mismísimo templo de Júpiter Óptimo Máximo. En estos juegos escénicos hubo lugar para todo tipo de fascinantes extravagancias, como por ejemplo un elefante que fue subido a la parte más elevada del teatro y luego bajó andando sobre unas cuerdas gobernado por su guía. Como se ha señalado, participó la crema y nata de la sociedad

romana, tanto gentes del rango ecuestre como del senatorial, que protagonizaron diversos espectáculos. De este modo, representantes de las más rancias familias romanas, como los Furios, los Horacios, los Porcios, los Fabios o los Valerios, actuaron como músicos, mimos, aurigas, *venatores* y gladiadores, algunos de forma voluntaria y otros no. Y, según un malévolo comentario de Tácito, Nerón ordenó con posterioridad la ejecución del senador, filósofo y orador Trásea Peto porque, entre otros motivos, no le gustó la desgana con la que actuó en las *Juvenalia* (Dion Casio 62.17.3-5; Tácito *Ann.* 16.21 y Suetonio *Ner.* 12). Pese a la retórica, en absoluto era la primera vez que miembros de las clases sociales superiores intervenían en espectáculos públicos pero, a diferencia de lo acontecido en tiempos de Augusto, en los que, como hemos visto, intervinieron en los juegos destinados a conmemorar la inauguración del templo en honor del Divino Julio César, a Nerón se le censuraba por ser Nerón. Posteriormente las *Juvenalia* se trasladaron al 1 de enero, por lo que abrían el año, aunque se sustituyó el espectáculo teatral por carreras de carros y *venationes*. Nerón creó muchos más espectáculos que no tuvieron continuidad, como las *Neronias* o *quinquennalia* y los juegos circenses exclusivos que dedicó a las dos familias de las que descendía, la Domicia y la Claudia, tal y como era honrada desde tiempo atrás la familia Julia. Asimismo, debieron de ser realmente notables los juegos escénicos y circenses que organizó en honor de su madre Agripina.

Retomando la senda establecida por Calígula, Nerón decidió aumentar el número de carreras diarias, pero tal medida acabó por volverse en su contra porque, conforme al importante beneficio económico subyacente, a partir de entonces las facciones decidieron negarse a participar en aquellas competiciones que no duraran todo un día —no

obstante, según los calendarios conservados, en Roma había jornadas en las que únicamente se corrían doce carreras—. Según Dion Casio, en una ocasión, ante la negativa de los colores, el pretor Aulo Fabricio planteó sustituir los caballos por perros —una extraña novedad que caló y cuya práctica incluso se observa en época de san Agustín (*Conf.* 10.35)—, lo que tuvo eco en la decisión de Nerón de promover carreras de camellos. Ante esta propuesta, los colores rojo y blanco sí aceptaron volver a participar en las carreras, si bien los azules y los verdes no retornaron al redil hasta que el mismo Nerón les garantizó que pagaría de su propio peculio los premios de las carreras. Según Suetonio, a este emperador le gustaba tanto acudir a las competiciones que al principio se infiltraba entre la masa plebeya disfrazado, de forma similar a como hacía en la noche romana, puesto que acostumbraba a vagabundear por las tabernas de la ciudad y llegó a provocar diversos altercados que pudieron costarle caro. Sin embargo, pese a su política activa de promoción del espectáculo, que continuaba y ampliaba lo realizado por la totalidad de los emperadores anteriores, sufrió actitudes sediciosas en el circo por parte de elementos fanáticos. A través de una relación causal discutible, Dion Casio vincula el comportamiento licencioso del pueblo rebelde, que no hacía caso de la autoridad de los cónsules ni de los pretores, con la actitud del propio Nerón tanto en la corte como en la ciudad. Así, le reprocha su afición a frecuentar como un ciudadano cualquiera las tabernas y las calles de la ciudad en busca de gresca, algo que según él acabaron por imitar los aficionados del teatro y al circo adentrándose tras el espectáculo en los barrios de la Ciudad Eterna. En esta línea, el historiador de Bitinia señala que los intentos de Nerón por reconciliarse con los fanáticos, incluso haciendo uso personalmente de la palabra, es de suponer que en el mismo

Circo Máximo, no sólo no lograron su objetivo, sino que excitó aún más la soberbia popular. De hecho, le acusa de hacerlo a propósito, porque en el fondo le encantaba el rumbo que estaba tomando el curso de los acontecimientos, e incluso espiaba desde una litera los actos de violencia y caos que protagonizaban los rebeldes. Es más, Dion Casio interpreta la decisión del emperador de prohibir la asistencia de los soldados a los espectáculos como un aldabonazo para fomentar mayores revueltas. Sin embargo, lo que pretendía con esta medida era justo lo contrario, es decir, que ninguno de los hombres de armas que residía en Roma, fuera pretoriano o no, se incorporase a sedición alguna, y de hecho en absoluto dejó de haber guardia armada en aquellos espectáculos en donde se requiriera (Dion Casio 61.8.2-3). Por lo demás, Nerón promovió una nueva reforma en el Circo Máximo y recolocó a los caballeros en gradas específicas que ya nunca abandonarían (Suetonio *Ner.* 11.1). Asimismo, se atribuye a Nerón la autoría de uno de los actos más simbólicos de toda competición circense: el lanzamiento del pañuelo o *mappa* que señalaba el comienzo de la carrera por parte del organizador de la competición. Según Casiodoro, en un relato muy neroniano, falso pero útil a la hora de comprobar la posterior fama romana del personaje, el origen de tal práctica es el siguiente: el emperador se encontraba una noche cenando tranquilamente cuando la plebe, ansiosa por la continuidad del espectáculo, le rogó insistentemente que se diera prisa en terminar para, de este modo, proseguir con las carreras; ante esta petición, Nerón ordenó que la servilleta que estaba utilizando en aquel momento fuera arrojada por la ventana como muestra de su disposición a que el espectáculo continuara (*Var.* 3.51.9; otra versión del origen de la *mappa* en Juan Lido *De mens.* 1.12).

Sin embargo, Nerón no se contentaba con ser un ávido

proveedor y espectador de juegos circenses, sino que, como ocurría con varias de sus otras aspiraciones artísticas, quería ser protagonista y ejercer como auriga, para escándalo de sus contemporáneos. Un deseo que, de acuerdo con Tácito (*Ann.* 14.1-4), Nerón justificaba por el uso que habían hecho de los carros los reyes y caudillos de antaño en unas hazañas que, cantadas por los poetas y dedicadas a las divinidades, constituían el origen de las competiciones de carros, de los festivales helénicos y de las carreras en Roma; un deseo que, además, tenía un precedente en su participación en los Juegos Olímpicos —y que también se trasluce en las *Juvenalia* anteriormente analizadas—. En Nerón se observa, por tanto, la sombra homérica. Quería imitar románticamente las carreras de los grandes hombres de la Antigüedad grecorromana, y no quería llevarlo a cabo solo. Pretendía que la nobleza romana le acompañara, y así lo hicieron algunos, lo que suscitó la indignación de gentes como el historiador Tácito. Sin embargo, se trataba de unos usos habituales en el pasado pero que ya habían quedado plenamente obsoletos, pues la antigua competición de caballeros había degenerado en espectáculo. En cualquier caso, el emperador no sólo entrenó y, según Suetonio, compitió en el ya citado Circo de Gayo y Nerón, «entre sus siervos y la plebe más vil», es decir, en un recinto privado, sino que también se atrevió a montar su carro públicamente en el Circo Máximo, y, para mayor escándalo aún, fue un liberto y no un magistrado quien dio la salida. Indudablemente, esta participación en las carreras debe identificarse con la celebración de las victorias que obtuvo en su viaje a Grecia. Lo hizo a la manera de los vencedores de los festivales sagrados helénicos, en las ciudades de Nápoles y Anzio, e incluso en su misma propiedad de Albano antes de llegar a Roma. La costumbre determinaba

que debía atravesar en una cuadriga una grieta abierta en los muros. En Roma realizó una ceremonia similar a la triunfal, pero no derribó la muralla serviana, sino que mandó que un arco del Circo Máximo fuera derruido para facilitar el paso de su carro, que, por lo demás, se correspondía con el que había utilizado en tantas ocasiones Augusto (Suetonio *Ner.* 25.1-3). Según Dion Casio, acumuló 1808 coronas victoriosas ante el obelisco faraónico de la dinastía XIX que había colocado Augusto en la espina del circo y, posteriormente, corrió con su cuadriga. Como culmen del desatino, cerró esta celebración con un concierto de lira en el teatro tras la petición de un lidio llamado Larcio (Dion Casio 62.21.1-2).

Como corolario de esta afición, podemos citar dos evidencias, una que podría ser cierta y otra que aparenta ser más bien espuria. Por una parte, se le responsabilizó del asesinato de su esposa Popea. Según Suetonio, la mató de una patada, estando embarazada y enferma, después de que la emperatriz le echara en cara que llegase tarde al hogar tras haber estado practicando como auriga, mientras que Tácito, en un relato similar, alude a un ataque de ira sufrido por Nerón a la vuelta de unos juegos circenses (Suetonio *Ner.* 35.6, Tácito *Ann.* 16.6; Dion Casio 62.28.1). Por otro lado, uno de los sucesos que más tinta ha hecho correr a la hora de valorar la figura histórica de Nerón, y que sin embargo mereció poco más que una nota al pie en los testimonios de su época, fue el haber protagonizado la primera persecución de los cristianos, después de responsabilizarlos del pavoroso incendio que sufrió la ciudad de Roma bajo su mandato y que se inició en las mismas tabernas del Circo Máximo (Tácito *Ann.* 15.38). Como indica Tácito, fueron tomados como chivos expiatorios en primer lugar aquellos que abiertamente declaraban su fe y, tras la tortura a la que se sometió a estas primeras víctimas, su ira

se extendió a todos los delatados en los interrogatorios. Además, como apunta el mismo historiador, «a su suplicio se unió el escarnio». Nerón concentró las ejecuciones y castigos en el ya referido Circo de Gayo y Nerón, y, conforme a la tradicional noción romana de la justicia ejemplarizante, abrió el recinto al conjunto de la población para que todos disfrutaran del macabro espectáculo, que consistió en crucifixiones, *damnatio ad bestias* y quema en la hoguera. Según Tácito, el mismísimo emperador Nerón recibía a la entrada del hipódromo a sus conciudadanos montado en su carro y vestido como auriga profesional, puesto que iba a ofrecerles carreras *in situ* en las que intervendría como plato fuerte (*Ann.* 15.45). Por esta razón, ese espacio se convirtió en un lugar extremadamente sagrado para el cristianismo; de hecho, según fuentes cristianas, allí recibió martirio en la cruz san Pedro (Lactancio *De mort. pers.* 2.5-6).

Apartándonos un momento de la capital imperial, en el ámbito provincial tuvo lugar un acontecimiento interesante relacionado con el circo. Bajo Nerón se produjo una gran revuelta judía en Jerusalén y el emperador mandó a sus generales Vespasiano y Tito, hijo del anterior, que la sofocaran. La rebelión no terminó hasta el año 70, con la destrucción del templo de Jerusalén y la diáspora judía, cuando ya ocupaba la púrpura la dinastía Flavia, iniciada por el propio Vespasiano (69-79) y proseguida por sus hijos Tito (79-81) y Domiciano (81-96). En esta crisis jugó un papel fundamental el historiador judío Flavio Josefo, cuya obra literaria ya hemos citado. Miembro de la alta nobleza judía helenizada, ejerció como embajador ante Nerón previamente a la revuelta y, cuando ésta comenzó, se convirtió en el principal responsable civil y militar de la rebelde Galilea. Pues bien, en un momento determinado el propio Josefo

explica cómo en la ciudad de Tariquea sufrió un motín porque la población estaba convencida de que quería traicionar la causa judía. Ocurrió en el hipódromo. Tal y como cuenta en su autobiografía, los pobladores de Tariquea convocaron a los soldados de Josefo para parlamentar y éstos le dejaron solo mientras dormía. Al parecer, la masa que se había congregado fue convencida por un tal Jesús, hijo de Safías, de la culpabilidad de Josefo y este Jesús marchó hacia su residencia con el objetivo de asesinarle. Advertido el historiador, salió corriendo de la casa después de desoír a su guardaespaldas, que le había recomendado emprender un suicidio honorable. Marchó al hipódromo y allí se puso a sollozar con la idea de convencer a los habitantes de Tariquea de su inocencia. Lo logró. Sin embargo, lo cierto es que sus compatriotas judíos no se equivocaban, como lo demuestran los acontecimientos ulteriores. En el posterior asedio romano de la ciudad de Yodfat o Jotapata, el lugar donde se había refugiado un nutrido grupo de rebeldes encabezado por Josefo, el historiador sugirió a sus compañeros que la mejor forma de salir con honor de aquella situación límite era mediante la inmolación o suicidio colectivo (*Vit.* 132-144). Todos lo hicieron salvo él, que se rindió y, posteriormente, se convirtió en hombre de confianza de los generales enemigos Vespasiano y Tito. Disfrutó de tanta confianza que ambos incluso le proporcionaron una esposa, y acabó por huir a Roma con apenas treinta y tres años para no regresar. Allí disfrutó del favor de la dinastía Flavia y se consagró a su obra literaria. Lo interesante de esta historia es el rol jugado por el hipódromo como espacio de reunión popular —si bien no hay que confundir lo que sin duda era un hipódromo helenístico, como debía ser éste, con un circo romano como el construido décadas antes en la cercana Cesarea Marítima

—, más allá del desarrollo de los juegos circenses. Sin duda, en Tariquea el hipódromo era el lugar más grande donde se podía celebrar una asamblea popular, y lo mismo ocurrió más adelante, como veremos, en otras ciudades con ocasión de otras sediciones urbanas de muy diverso tipo.

Volviendo a Nerón, es evidente que, pese a que la evidencia en su mayor parte sea muy posterior, existe una vinculación particular del emperador con el dios Sol, cuyo culto estaba íntimamente relacionado con el circo. Aunque estrictamente la deidad Sol Invicto no fuera introducida hasta el siglo III, en Roma se rendía culto al astro solar desde tiempos muy primitivos, en concreto desde Rómulo, bajo la forma de *Sol Indiges,* que, aun siendo muy antigua, utilizaba atributos bien extendidos, como el carro solar del dios griego Helio, con el que fue asimilado. En Roma, tal cuadriga se encontraba situada en la parte superior del desaparecido Arco de Augusto, por lo que no debería extrañarnos en absoluto su vinculación con el circo. De hecho, en Roma había dos templos dedicados a la divinidad solar: uno en el monte Quirinal y otro en el mismo Circo Máximo. Pues bien, esta relación entre los juegos circenses y la divinidad solar explica muy bien la especial afinidad que Nerón mantenía con la deidad, e incluso su identificación. Resulta obvio en la colosal estatua que mandó erigir en el vestíbulo de la *Domus Aurea,* el fantástico palacio construido tras el incendio de Roma. Pero disponemos de más evidencias sobre esta devoción en el ámbito del circo. Por ejemplo, las ofrendas que Nerón dedicó al Sol, entre otras divinidades, en agradecimiento por el fracaso de la conjura contra él que había tramado Gayo Pisón para asesinarlo en el mismo Circo Máximo durante la celebración del festival de los *ludi Cereales.* De hecho, el emperador decidió que este festival viera incrementado el número de competiciones circenses

como parte de este agradecimiento. Esta identificación entre Nerón y el Sol también se aprecia claramente en varias inscripciones en las que aparece como Apolo y se le denomina Nuevo Dios Solar. Pertenecientes a una época más tardía, contamos asimismo con varios medallones tardorromanos de tipo contorneado que muestran a Nerón montado en la cuadriga solar. Así pues, la filiación de este emperador con la divinidad solar, al igual que la relación que se puede establecer con su afición al circo, no obedece en absoluto a la casualidad (Suetonio *Ner.* 11, 22, 35.3, 46.1; Tácito *Ann.* 15.53 y 74; Dion Casio 61.6.1-3, 61.8.2-3, 61.15.1, 62.21.1-2).

Lo cierto es que la imagen de Nerón que ha llegado hasta nosotros sólo puede calificarse como negativa, pese a la evidente popularidad de la que gozó en su tiempo entre las capas menos pudientes de la sociedad. Una imagen desfavorable que en la Antigüedad resulta perceptible tanto en el ámbito pagano como en el cristiano. Mientras que los adeptos de la religión cristiana no le perdonaban, obviamente, el haber sido responsable de la primera persecución que sufrieron, entre los paganos su recuerdo se vio lastrado, aparte de por su política personalista, por sus costumbres licenciosas y el escándalo que lo envolvía. Aquí conviene citar un ejemplo muy particular. A fines del siglo II y comienzos del III, adquirió cierta importancia en el círculo de Julia Domna, la mujer del emperador Septimio Severo, un autor llamado Filóstrato, máximo representante e impulsor de ese movimiento cultural griego conocido como la Segunda Sofística. Julia Domna le solicitó que escribiera una memoria de un personaje tan enigmático como Apolonio de Tiana, que, a medio camino entre un santón, un filósofo y un taumaturgo, recorrió el Imperio en el siglo I de nuestra era

dejando un sello tan particular que incluso se le llegó a rendir culto. En una sección de la biografía, Filóstrato nos presenta sus aventuras y peripecias en la capital romana bajo el gobierno de Nerón, en un momento en que el soberano había decidido seguir una tradición romana tan inveterada como la recurrente expulsión de filósofos. Cuando se dirigía a Roma, Apolonio de Tiana se encontró con un compañero filósofo de nombre Filolao que le advirtió del peligro que corrían él y el séquito de peludos intelectuales que le acompañaban. Apolonio le preguntó por el emperador y Filolao le reveló escandalizado: «Conduce carros en público, canta en los teatros de Roma, vive con gladiadores, incluso él mismo es un gladiador y mata». Con respecto a la acusación de que fuese gladiador, parece mezclarse con la imagen que se tenía de otro emperador detestado como Cómodo, pero el resto de atribuciones son las tradicionales que se observan en las fuentes sobre Nerón. La respuesta de Apolonio fue inevitablemente apoloniana, pues contestó a Filolao con la siguiente pregunta: «¿Se te ocurre un espectáculo más interesante para hombres educados que ver a un emperador comportándose indecorosamente?» (*Vit. Apol.* 4.36).

Finalmente, tras catorce años de reinado y poco más de treinta años de edad, Nerón encontró su final. Una vez que fue sofocado el alzamiento de Víndex, gobernador de la Galia Lugdunense, el regidor de la provincia hispana de la Tarraconense, Galba, leal a Víndex, tomó las armas contra Nerón. Según el dramático relato de Suetonio, pese a declarar a Galba enemigo público, Nerón se vio abandonado por todos y ni siquiera pudo embarcar con rumbo a las provincias orientales, que consideraba leales. La víspera de su magnicidio, se levantó de madrugada en palacio y, tras comprobar que había desertado también la guardia

pretoriana, recorrió patéticamente las calles de Roma en busca de un refugio, pero los que hasta ese día le habían adulado le ignoraron. Desesperado, volvió a palacio para descubrir que habían saqueado sus propias estancias e incluso le habían arrebatado un veneno que reservaba para poner fin a sus días. No encontró a nadie que se prestara a darle muerte. Finalmente, recibió la ayuda de Faón y otros libertos suyos, y se refugió en una finca de aquél, donde se suicidó. Mientras preparaba su propia pira funeraria, pronunció la frase inmortal: «¡Qué gran artista muere conmigo!», y así, antes de ser prendido por los soldados de Galba, acabó con su vida aquel verdadero artista de los espectáculos, poniendo fin a la dinastía Julio-Claudia (Suetonio *Ner.* 46-50).

El período que transcurre de junio del 68 a julio del 69 se denomina en el ámbito de la historiografía el Año de los Cuatro Emperadores, puesto que conoció el dominio de Nerón hasta su muerte y luego, tras sucesivas sublevaciones militares, el de Galba, Otón y Vitelio. Este ciclo de inestabilidad imperial lo cerró la ascensión al trono de Vespasiano, el ya citado fundador de la importante dinastía Flavia. A diferencia de lo que ocurre con los reinados de la dinastía Julio-Claudia, obviamente contamos con poca información relativa a la relación de tales breves emperadores con los espectáculos, más allá del mantenimiento de las competiciones tradicionales que formaban parte del calendario festivo romano. Sin embargo, sí disponemos de algunas noticias caracterizadas, como no podía ser de otro modo, por sus tintes negativos, pues no olvidemos que estos emperadores eran al fin y al cabo unos perdedores. Así, de Galba, a quien Tácito define como «viejo incapaz» y cuyo breve reinado destacó por su austeridad, nada puede decirse salvo que el pueblo romano se burló de

él durante un espectáculo de teatro en el que le identificaron con un personaje llamado Onésimo, prototipo del padre mezquino, tacaño, paleto y tradicional. Asimismo, en el transcurso de sus escasos meses de gobierno, la plebe mostró nostalgia por su adorado Nerón y reclamó repetidamente en el circo que se ejecutara a Tigelino, el antiguo prefecto del último soberano Julio-Claudio, a quien responsabilizaban de su muerte. Sin embargo, Galba se negó en todo momento a darles satisfacción. A través de un edicto, afirmó que Tigelino se encontraba ya muy enfermo, por lo que su muerte era inminente, y les advirtió, siendo éste un detalle muy interesante, que no exasperasen al poder ni lo forzasen a mostrarse tiránico (Plutarco *Galba* 17.5; Tácito *Hist.* 1.72). Tras el dantesco magnicidio del viejo Galba en el foro, le sucedió Otón, el instigador de su asesinato. Las fuentes le consideran un émulo de Nerón que apenas dejó huella, pues acabó por suicidarse ante las noticias del avance de Vitelio, el general responsable del ejército de la Germania Inferior. Con respecto a este último, los testimonios también dibujan un pésimo retrato, en el que conviene detenernos de acuerdo con los propósitos de este libro. Se estimaba que había hecho fortuna a la sombra de su padre y que tenía un gusto excesivo por todo tipo de placeres, en especial la comida: según Dion Casio, en los escasos meses en los que gobernó Roma tras suceder a Otón, gastó en banquetes, dotados de las viandas más exclusivas y exóticas, ni más ni menos que novecientos millones de sestercios. Este historiador menciona asimismo su afición a las tabernas, al juego y a la compañía de histriones y aurigas, a cuyas actividades dedicó enormes sumas de dinero, endeudándose con multitud de prestamistas. Suetonio y Tácito corroboran este retrato y señalan cómo en el camino a Roma desde las regiones renanas, ya en suelo italiano, con una tropa de «setenta mil

hombres degradados por la indisciplina», se vio acompañado por caballeros y senadores, en su mayoría motivados por el más puro servilismo, y, escandalosamente, por un barullo de payasos, actores, eunucos y aurigas. La afición por el circo le venía de muy lejos, puesto que Vitelio fue uno de los aduladores que rodeaban a Calígula cuando éste ejercía de auriga; de hecho, compartía el gusto por la conducción de carros y tuvo la mala fortuna de sufrir una caída que lo dejó lisiado hasta el final de sus días. Tras su entrada en Roma, Vitelio no desperdició su posición y procuró agasajar a la plebe con espectáculos y con nuevas instalaciones para las facciones, a pesar de que las arcas imperiales estaban exhaustas, algo que compensó obligando a los libertos más ricos a realizar aportaciones de dinero. Lo cierto es que fue relativamente popular e intentó por todos los medios congraciarse con el pueblo a través del impulso y patrocinio de juegos escénicos y circenses. Vitelio era un fanático de la facción de los azules y, según Suetonio, llegó a ordenar la ejecución de unos plebeyos adeptos del color verde por criticar su facción favorita, si bien esta información podría ser una calumnia y la condena estar en realidad relacionada con alguna sedición. Extrapolando los gustos del general en jefe a la tropa, Tácito no dudó en sostener que las diversiones ablandaron en demasía a los soldados de este emperador, lo que supuso finalmente su caída (Suetonio *Vit.* 4, 14.3 y 17.2; Tácito *Hist.* 2.87, 2.91, 2.94-95 y 3.2; Dion Casio 64.2-5).

El año 69, nefasto para la historia romana, se resolvió con la subida al poder de Vespasiano (69-79) tras una guerra civil descrita magistralmente por Tácito en sus *Historias.* El nuevo emperador era un militar de amplísima experiencia que había desempeñado un relevante papel en la invasión de Britania en tiempos de Claudio. Ocupaba el puesto de

general de las fuerzas destinadas a la represión de Judea cuando decidió levantarse para tomar la púrpura ante la grave situación en la que sus breves antecesores habían sumido al Imperio. Fue nombrado por las fuerzas de Oriente nuevo emperador y marchó a Occidente dejando a su primogénito Tito al mando de sus tropas en Judea. Junto con sus dos hijos (los mencionados Tito y Domiciano), conformó la importante dinastía Flavia, que en el ámbito de los espectáculos pasó a la historia por la construcción de uno de los mayores símbolos del poderío romano, el Anfiteatro Flavio —que poco después sería conocido como Coliseo al encontrarse en las inmediaciones de la colosal estatua emplazada allí por Nerón como parte del recinto de la suntuosa *Domus Aurea*—. De ahí que las fuentes antiguas relativas a la dinastía Flavia se centren en los espectáculos vinculados a este espacio (las luchas de gladiadores, las *venationes* y las naumaquias), y no tanto a los del circo. Con todo, siguieron celebrándose como de costumbre los juegos circenses del calendario sagrado romano y, obviamente, también aquellos relacionados con los natalicios de los emperadores vivos y de los anteriores que hubieran sido divinizados. Por lo que respecta a Vespasiano, antes de emprender su sólida carrera militar fue cortesano de Calígula y, curiosamente, actuó según Suetonio del mismo modo que Vitelio, adulando al emperador mientras ejercía de pretor en Roma: solicitó al senado que se celebraran unos juegos en su honor por sus supuestos éxitos en el frente de Germania. Por su parte, su hijo Tito (79-81) fue el encargado de inaugurar el Coliseo y, entre los apabullantes espectáculos que organizó para su apertura, incluyó unos fastuosos juegos circenses (Suetonio *Vesp.* 2.3; Dion Casio 65.26.1-5). Tito dejó también su impronta en el Circo Máximo al erigir en un extremo del recinto un arco

monumental que, de forma similar al que emplazó en el Foro Romano y que aún sigue en pie, tenía como objeto conmemorar su victoria contra los judíos.

Sin embargo, el miembro de esta dinastía del que tenemos más datos relativos a espectáculos es Domiciano (81-96). Tal y como se ha indicado previamente, en las fuentes antiguas es casi una constante la sobreexposición de información referente a los entretenimientos públicos celebrados durante la regencia de aquellos emperadores mal considerados, en muchas ocasiones con la única intención de difamarlos. Al igual que su hermano y su padre, Domiciano destacó por la atención prestada al anfiteatro, aunque no descuidó otros espectáculos como los juegos circenses. Según Suetonio, «ofreció con asiduidad espectáculos magníficos y suntuosos, no sólo en el anfiteatro, sino también en el circo». Una muestra son los juegos que ofreció en unas Saturnales, descritos por Estacio en sus *Silvas* (1.6). No obstante, decidió escandalosamente suprimir las carreras dedicadas al natalicio de su hermano Tito. Siguiendo la estela augustea, a diferencia de lo hecho por Claudio décadas antes, celebró unos nuevos Juegos Seculares que conmemoraban la fundación de Roma. En las competiciones se superaron las cien carreras diarias, para lo cual no dudó en limitar su recorrido en el circo de siete a cinco vueltas. Quiso dejar también su sello en la organización de los juegos circenses aumentando el número de los colores. De este modo, a las tradicionales facciones roja, blanca, verde y azul se añadieron la dorada y la púrpura, que, aunque recibieron una importante dotación de medios por parte de Domiciano, no tuvieron continuidad tras el asesinato del emperador. Una prueba de este favor podría ser el fichaje de Epafrodito, un cochero que había ganado 178 carreras con los rojos y que, una vez libre, compitió para la nueva facción púrpura,

con la que venció en ocho pruebas antes de fallecer mientras corría en el mismo circo (*CIL* VI, 10062). Quién sabe si fue precisamente el emperador quien forzó la libertad de este auriga para que fichara por el púrpura. Además, Domiciano se caracterizó por su prodigalidad con el pueblo: en el circo les hacía pequeños regalos contenidos en unas bolas, y en cierta ocasión, en el propio recinto de competición, incluso les concedió un banquete que se prolongó hasta la noche y fue regado con abundante vino gratuito. Según Dion Casio, esta política tuvo como consecuencia la desgracia de muchos poderosos, puesto que, al no disponer de suficientes fondos para afrontar las prodigalidades de que hacía gala en los divertimentos públicos, mandó asesinar a miembros de las clases más acaudaladas para así requisar sus bienes (Suetonio *Dom.* 4.1-3 y 7.1; Dion Casio 67.2.6 y 67.5.4). En relación con los espectáculos circenses, lo más sonado que nos cuentan las fuentes es el supuesto idilio que mantuvo con Paris, pantomimo y bailarín de la facción de los verdes, el color favorito de Domiciano. Como se detallará más adelante, las cuatro facciones del circo contaban entre sus filas con pantomimos, artistas del mundo flotante que en las pausas entre una carrera y otra, a través de su expresión corporal, representaban escenas e historias que levantaban auténticas pasiones en las gradas. Por lo visto, el escándalo fue tan mayúsculo que el monarca tomó una decisión contundente: mandar al exilio —concretamente a la primera catarata de Egipto, el sitio más recóndito que se le debió de ocurrir— a Juvenal por sus críticas (Juvenal *Sat.* 7.86-87). En cuanto al destino de Paris, contamos con dos tradiciones que parecen imposibles de conjugar. Juan Malalas, un autor tardío de la época bizantina, indica que se trasladó a la ciudad siria de Antioquía, en donde se construyó una mansión que seguía aún en pie en el siglo VI (*Chronog.* 10.49).

Sin embargo, las fuentes contemporáneas o ligeramente posteriores le adjudican un final más terrible: el emperador mandó asesinarle después de que el pantomimo fuera sorprendido manteniendo relaciones con la emperatriz Domicia (Marcial *epig.* 11.13; Suetonio *Dom.* 3.1; Dion Casio 67.3.1). Esta divergencia en las fuentes resulta extraña porque Juan Malalas, pese a que no era un gran cronista y a menudo confundía los hechos, no solía equivocarse en lo concerniente a su ciudad natal, Antioquía.

Sin duda alguna, la mejor fuente para conocer el reinado de Domiciano y, en particular, los espectáculos de su tiempo es el poeta Marcial de *Bílbilis* (Calatayud, Zaragoza). Aunque también desarrolló su labor poética bajo los emperadores Nerva y Trajano, la parte más destacada de su obra está datada bajo Domiciano. De hecho, le dedicó varios poemarios y le alabó frecuentemente en sus epigramas con la esperanza de gozar de su favor, pues al parecer el emperador era amante de las letras. Por descontado, no es una fuente imparcial, como casi ninguna que escribiera sobre hechos estrictamente contemporáneos, ya que los excesos con la pluma podían pagarse con la ruina, pero en cualquier caso nos ofrece un importante testimonio sobre los entretenimientos públicos y, en concreto, sobre el circo. Además, en los libros séptimo y octavo de epigramas escribe sobre la campaña que llevó a cabo Domiciano contra los invasores sármatas que habían penetrado por el Danubio en torno al año 93. De este modo, un poema del libro séptimo, que Marcial compuso en ausencia del emperador, nos informa de que éste se encuentra combatiendo en el Danubio y muestra el deseo del pueblo romano de que tenga éxito y regrese pronto. Así, «la misma multitud del Circo Máximo no sabe si corre el Paserino o el Tigris» (*epig.* 7.7.7-10); es decir, que el público, en sus desvelos por la suerte del

emperador, no prestaba atención al desarrollo de las carreras y ni siquiera sabía si participaban los dos corceles más famosos de su tiempo. Estas palabras, que deben enmarcarse en el carácter laudatorio de la obra, se relacionan con los estupendos poemas del libro octavo, en los que se presenta esplendorosamente la vuelta victoriosa de Domiciano. El emperador, como no podía ser de otro modo, quiso brindar a la población romana los éxitos de su campaña militar con un estentóreo desfile que recorrió Roma y que, como era costumbre, estuvo acompañado de unos juegos circenses. Asimismo, con posterioridad ordenó la construcción de un templo en honor de Fortuna Redux en el Campo Marcio. Con respecto a lo acontecido en el Circo Máximo, Marcial indica lo siguiente:

> Mientras un prolongado alborozo te reverencia en el bendito circo, nadie ha advertido que ya se han celebrado cuatro carreras de caballos. A ningún caudillo —ni siquiera a ti, César— amó Roma de esta manera: tampoco a ti puede ya amarte más, aunque ella misma quisiera (*epig.* 8.11.5-8).

Este testimonio resulta en extremo elocuente, pues detalla la reacción de la plebe, que no cesó en sus aclamaciones y vítores. Hasta el punto de que, por imposible que parezca, las gentes no repararon en que ya habían comenzado las carreras, obnubilados como estaban por la presencia del añorado Domiciano en el *pulvinar* al cabo de tanto tiempo. La parcialidad de Marcial es manifiesta, pero no hay duda de que la asistencia del emperador a los espectáculos influía en el comportamiento del público, más si cabe tras una ausencia debidamente justificada como era el caso. Estos juegos, ofrecidos por el emperador, fueron acompañados por los que Lucio Arruncio Estela organizó en honor del monarca, de los que también nos habla el mismo Marcial, pues aquél era patrón suyo. Estela realizó numerosos regalos y donativos al pueblo, incluidos vales para burdeles, comidas y *venationes,* que culminaron con un gran espectáculo circense:

¿Para qué hablar de los carros y de los treinta premios de sus victorias, que no siempre suelen dar uno y otro cónsul? Pero todo esto, César, es superado por el inmenso honor de que tu triunfo te tiene a ti de espectador (*epig.* 8.79.13-16).

Indudablemente, Estela buscaba medrar en la política. Marcial, en un poemilla posterior, reclamó a Apolo que Domiciano le concediese el consulado a su patrón (*epig.* 9.42), pero fue en vano. De hecho, para recibirlo tendría que esperar hasta comienzos del siglo II, cuando Trajano ocupaba el poder (*CIL* VI, 1492).

Bajo el gobierno de Domiciano se produjo una curiosa anécdota sobre Apolonio de Tiana en la ciudad de Antioquía, que nos ha sido legada por el referido Juan Malalas. Apolonio viajaba de un sitio a otro ofreciendo sus servicios salvíficos y cuando llegó a Antioquía los notables de la ciudad le rogaron que, al igual que había hecho en otras ciudades sirias, les fabricara varios talismanes: uno contra el viento del norte y los escorpiones y, más adelante, otro contra los mosquitos. Para este último, Apolonio pidió a los antioquenos que acudieran al hipódromo de la ciudad el 7 de junio, día en que se celebraban unos juegos circenses en honor de Graste, y que llevaran bastones rematados por una pieza de plomo con los rasgos del dios Ares/Marte, así como escudos de cuero rojo. Además, durante la pompa previa a los espectáculos, debían exclamar: «¡Fuera mosquitos de la ciudad!» y, al término de las carreras, marcharse a sus hogares y colocar allí los talismanes. Según este imposible relato de Juan Malalas (*Chronog.* 10.51), no volvió a haber más mosquitos en la ciudad.

El cierre de la dinastía Flavia fue ominoso a consecuencia del reinado de Domiciano. A este emperador se le consideró un nuevo Nerón por su nulo respeto al orden constitucional, su acendrada crueldad —mayor aún que la del último Julio-Claudio, puesto que disfrutaba asistiendo a las ejecuciones que ordenaba— y su avaricia, aunque también se destaque de

pasada su carácter intelectual y protector de las artes. Este severo juicio parece reflejar el disgusto de los senadores con un emperador autocrático que pretendió desvincular el gobierno del Imperio de las élites senatoriales tradicionales, tal y como se percibe en la positiva reevaluación de su reinado por parte de la historiografía reciente (Jones, 1992). Por ejemplo, sabemos que Domiciano prohibió la prostitución infantil en Roma (Marcial *epig.* 9.5 y 9.7), algo que no concuerda con el terrible retrato presentado por las fuentes. Es probable que si hubiera gobernado en el siglo IV, una época de plena autocracia imperial, habría sido considerado un excelente soberano. Sin embargo, acabó siendo asesinado víctima de una conjura palaciega.

A Domiciano le siguieron los denominados «cinco emperadores buenos»: Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio, quienes merecieron mejor prensa porque se ajustaban más a la tradición prorrepublicana defendida desde las oligarquías senatoriales, sobre todo Trajano, considerado de forma casi unánime el mejor emperador de la historia romana y cuyo reinado constituyó el culmen del Imperio. Un autor tardío llegó a afirmar que «difícilmente se encontraría un hombre más preclaro que éste, tanto en la paz como en la guerra» (Aur. Víctor 13.2).

El anciano Nerva (96-98), el primero de la dinastía antonina, quien había prosperado, y de qué manera, bajo los Flavios y pertenecía al círculo más íntimo de Domiciano, participó activamente en la conjura orquestada por los cortesanos del emperador y se convirtió en el primer máximo mandatario nombrado por el senado. Anciano y sin descendientes, reinó algo menos de dos años y se caracterizó por sus intentos de remediar los elementos despóticos de su antecesor. Ante la difícil situación de las cuentas imperiales,

se inclinó por la austeridad. Fundió las estatuas de oro y plata de Domiciano, vendió multitud de objetos realizados en estos mismos metales preciosos, tanto de su propiedad como procedentes de palacio, amén de diversos muebles de las diferentes residencias imperiales, y abolió numerosos sacrificios y juegos circenses (Dion Casio 68.2.2-4 y 68.1.1). Pese a que sus dos años en el poder merecieron el calificativo de favorables, fue bajo su sucesor Trajano (98-117) cuando se vivió la considerada edad dorada del Imperio. Este hispano proveniente de Itálica fue asociado por Nerva al trono después de que los pretorianos hicieran un amago de rebelión tras exigir que el poder lo ocupara alguien con experiencia militar. De hecho, el coemperador se caracterizaba por su brillantez en este ámbito, un rasgo que mantendría una vez elevado al trono. Merced a su conquista de la Dacia, que incorporó como provincia, el Imperio adquirió bajo su mandato su mayor extensión. Trajano se convirtió en el primer emperador capaz de alcanzar y devastar la capital del imperio de los partos, Ctesifonte, e incluso llegó a planear una enorme campaña de piratería contra las costas de la India. Criticado por su afición al vino y por unas costumbres sexuales alejadas de la moralidad tradicional, brilló como incansable constructor de edificios públicos y mostró un extraordinario celo en el ámbito de los entretenimientos públicos, sobre todo en lo que respecta a los espectáculos que ofreció en el anfiteatro. Organizó ni más ni menos que 123 jornadas de luchas, con diez mil gladiadores y miles de bestias, para celebrar su victoria contra los dacios, una conmemoración que se vio acompañada por competiciones circenses. Sin embargo, su mayor contribución al circo fue la impresionante reforma que realizó del Circo Máximo; lo embelleció de tal manera que, según Plinio el Joven en el panegírico que le dedicó, «la

inmensa fachada del Circo» rivalizaba con «la belleza de los templos», pues se trataba de «un monumento digno del vencedor de todas las razas y no menos admirable que los espectáculos que se contemplan desde sus gradas». Lo cierto es que en estas palabras de Plinio se aprecia una buena dosis de hipocresía, ya que en realidad sentía un profundo desagrado ante los juegos circenses, como se verá al analizar su obra en la segunda parte de esta monografía. Asimismo, falta a la verdad al presentar a Trajano como el primer emperador que asistió a los espectáculos en el *pulvinar* sin rehuir la cercanía con sus conciudadanos, porque antes ya lo había hecho Nerón. Sí es cierto que Trajano terminó la monumentalización del Circo Máximo, iniciada en la Tardorrepública, recubrió su inmensa estructura con mármol, una tarea para la que debió de emplear miles de toneladas de esa piedra metamórfica, y aumentó en cinco mil asientos unas gradas que ya contaban con una capacidad de un cuarto de millón de localidades (Plinio el Joven *Pan.* 51.3-5; Dion Casio 68.7.2).



Fig. 3. Sestercio de Trajano con el Circo Máximo en el reverso (*RIC* II, 571). Imagen procedente de www.cngcoins.com.

Esta impresionante actualización se vio refrendada propagandísticamente por el mismo Trajano, como lo demuestra la numismática (véase la fig. 3). Su empeño fue extraordinariamente bien recibido por la población, de ahí la estatua que le erigieron, en el Circo Máximo, las treinta y

cinco tribus romanas en que se dividían los habitantes de la ciudad, monumento cuya existencia atestigua el pedestal conservado (*CIL* VI, 955 = *ILS,* 286). En cuanto a los juegos circenses celebrados en su honor, destacan las treinta carreras que los órdenes senatorial y ecuestre en conjunto le ofrecieron por su consulado del año 112, así como las otras treinta que le brindó el mismo senado por sus conquistas en territorio arsácida, las cuales le granjearon al Imperio dos nuevas provincias, Armenia y Mesopotamia. Unas victorias que le valieron el título de PARTHICVS, el cual se sumó al de DACICVS que había obtenido anteriormente (*F. Ost.* 116). Trajano celebró en el mismo año 112, según los *Fasti Ostienses,* las *quindecennalia,* es decir, el décimo quinto aniversario de su reinado, y entre otros espectáculos se llevaron a cabo treinta carreras en el circo con motivo de la inauguración del foro que lleva su nombre y de la basílica Ulpia (*F. Ost.* 112). Estos notables espectáculos palidecen, no obstante, cuando se los compara a los onerosos entretenimientos que se desarrollaron en la arena del anfiteatro, todo lo cual no fue objeto, sin embargo, del reproche de las fuentes, al menos de forma abierta. Sin embargo, hay evidencias de cierta crítica convenientemente acallada. De este modo, aunque no es segura la datación de buena parte de la obra de Juvenal, parece que la mítica décima sátira la escribió durante el reinado de Trajano. Ahí es donde se encuentra el inmortal aforismo de *panem et circenses,* «pan y circo», que quizás alude a los mareantes gastos que este soberano invirtió en diversiones, fundamentalmente en los celebrados en el anfiteatro (*Sat.* 10.81). Esta crítica velada la menciona Marco Cornelio Frontón, el preceptor de los futuros emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero, en un fragmento —lo reproducimos parcialmente más abajo— en el que no duda en defender a

Trajano de las críticas, calificándolas de «antorchas» para «calumnias» que no entendían los razonamientos políticos del emperador para sufragar tales espectáculos (*ep.* 197.17). Esta posición del gramático resulta clave para entender los entretenimientos públicos.

Trajano adoptó a su familiar Adriano (117-138), lo que suscitó gran polémica. Nacido asimismo en Itálica (concretamente en Santiponce, Sevilla), Adriano fue un gran emperador que destacó por su vigor militar e intelectual, si bien los antiguos no le retrataron con la misma benevolencia que a su antecesor e incluso subrayaron su crueldad en los últimos momentos de su vida. Sus conocimientos eran notables, tanto en ciencias como en letras, y le apasionaba la poesía. Llegó a escribir pequeños poemas eróticos, alguno dirigido sin duda a su amante Antínoo, al que incluso divinizó y con cuyo nombre bautizó la ciudad de Antinoópolis, en Egipto. En los textos se le retrata de manera dispar, pues se mencionan tanto aspectos positivos como negativos, y de hecho el senado no quiso divinizarle, aunque finalmente fue obligado por su heredero designado, Antonino Pío. Viajero incansable, recorrió prácticamente todos los confines del Imperio con el fin de inspeccionar las defensas y mejorar el ejército —no en vano, fue el creador del concepto de la defensa estática fronteriza romana—, pero también para alejarse de las intrigas de la corte y el senado, y de las presiones de la plebe (Blázquez Martínez, 2008). No rehuyó los espectáculos, en especial los gladiatorios —sobre todo las *venationes,* pues era un gran aficionado a la caza—, y se prodigó fuera de Roma, allá por donde viajara, aunque también los ofreció en la capital del Imperio, como lo demuestran los Juegos Párticos que dedicó a Trajano durante varios años, si bien rechazó los juegos circenses que quiso brindarle el senado, con la excepción de aquellos que

celebraban su natalicio (Dion Casio 69.1.2; *SHA Hadr.* 8.2). Asimismo, una vez que hubo decidido adoptar y asociar al trono al malogrado Elio Vero, conmemoró tal ocasión con un congiario o donativo al pueblo y al ejército, amén de unos juegos circenses en los que, según Elio Esparciano, el supuesto autor de la «Vida de Lucio Vero» en la *Historia Augusta,* «no se omitió nada que pudiera aumentar la alegría del pueblo» (*SHA Ael.* 3.3 y *Hadr.* 23.12). Sin embargo, este primer heredero fallecería poco después.

Poco antes de morir, Adriano adoptó y asoció al trono a Antonino Pío (138-161), al que a su vez obligó a que adoptara al hijo de Elio Vero, Lucio Vero, y también a Marco Aurelio. Este emperador, de amplísima experiencia en la Administración antes de ser entronizado, gozó de enorme simpatía por parte del senado y en los textos aparece definido como una buena persona en todos los órdenes. Llevó a cabo una política moderada y no ejecutó a un solo senador, ni siquiera a un parricida. A su carácter piadoso se debe el sobrenombre de Pío que la propia curia romana le concedió. Desde el punto de vista militar, afrontó con éxito diversas amenazas externas e internas. Hoy día sigue en pie uno de los mayores hitos militares de su reinado, el Muro Antonino, que separaba la provincia de Britania de los bárbaros caledonios —los habitantes de la actual Escocia— y estaba emplazado en una posición más adelantada que la barrera que había colocado su antecesor y padre adoptivo.

Destacó por la austeridad de sus políticas. Así, recortó numerosos gastos del Imperio, eliminó o redujo salarios que no contribuían a su vigor (como en el caso del poeta Mesomedis, según la *Historia Augusta*) y, como tantos otros emperadores, limitó el dispendio en espectáculos, concretamente en los *munera gladiatoria.* Sin embargo, resulta muy notable su actividad constructiva en la ciudad

de Roma y, en lo que concierne al interés de este libro, la reconstrucción del anfiteatro flavio tras sufrir un incendio y del Circo Máximo después de que se produjera un terrible accidente. De acuerdo con la *Cronografía del año 354,* durante los *ludi Apollinares* una columna que soportaba varias gradas de espectadores colapsó y murieron 1.112 personas (*Chron. s.a.* 354; *SHA Ant. Pius* 8.2 y 9.1). No sería la última catástrofe de esta índole, como se verá. Por otro lado, en el tercer año del reinado de Antonino falleció su esposa Faustina. El senado la divinizó y en su honor ordenó la construcción de un templo, la institución de un colegio sacerdotal y el levantamiento de estatuas de oro y plata, además de concederle unos juegos circenses —sin embargo, al igual que Adriano, Antonino siempre renunció a los honores que quiso ofrecerle el senado, con la excepción de los juegos circenses que conmemoraban su cumpleaños—. El propio Antonino completó estos honores al decretar que se colocara una estatua de Faustina en el Circo Máximo. Y a la muerte del emperador, el senado le otorgó exactamente los mismos honores que a su esposa (*SHA Ant. Pius* 11.7 y 13.4); de hecho, ambos compartieron templo en el Foro Romano, el cual se conserva afortunadamente gracias a la circunstancia de que se convirtiera en una iglesia cristiana.

La figura de Lucio Vero (161-169) ha quedado oscurecida para la historia por haber ocupado la púrpura conjuntamente con uno de los emperadores de mayor renombre, el filósofo Marco Aurelio (161-180), quien disfrutó de mayor *autorictas* y ascendiente que su colega Vero. De hecho, en la biografía escrita por Julio Capitolino en la *Historia Augusta,* Lucio Vero se caracteriza por su inanidad como persona y como soberano. No estaba especialmente dotado para el gobierno ni para las armas o las letras —aunque recibiera una formación similar a la de Marco

Aurelio; de hecho, compartieron como tutor al gramático Marco Cornelio Frontón—, sino que únicamente le interesaban las diversiones y los placeres, en contraste con la dedicación y la responsabilidad que se esperaban del emperador. Aunque es probable que tales rasgos respondan a la verdad, resulta evidente que el principal objetivo del retrato que aparece en las fuentes era engrandecer y honrar a su colega en la púrpura mediante una comparación que, sin duda alguna, cae en una tendenciosidad equiparable a la de las descripciones de los malos emperadores, por lo que en el fondo no deja de ser una caricatura malintencionada.

Así, la biografía de Julio Capitolino refleja unas costumbres en extremo similares a las de Nerón en lo referente a sus vicios —si bien difiere del último de los Julio-Claudios en cuanto al ejercicio de la crueldad—. Por ejemplo, también le gustaba vagabundear disfrazado por las tabernas y los prostíbulos para meterse en líos. Asimismo adoraba los banquetes y el moralmente nefando juego de los dados. Se dice que se gastó en un banquete que ofreció a doce amigos ni más ni menos que seis millones de sestercios y que jugaron a los dados hasta el amanecer. Por otro lado, cuando marchó a Siria para afrontar la guerra contra Partia —los problemas militares fueron una constante del reinado de ambos emperadores—, al parecer no llegó nunca al frente, sino que se quedó en la siempre gozosa Antioquía de Siria para disfrutar de su vida alegre mientras sus generales resolvían el conflicto con los partos. Un testimonio compartido, sin entrar en detalles, por el epítome de Dion Casio (71.2.3) y que se contrapone parcialmente con el, por así decirlo, panegírico que le escribió Frontón en el texto conocido como *Principia Historiae,* en donde, como veremos, este gramático defiende enfáticamente, frente a las críticas contemporáneas que debió de recibir, el tiempo que empleó

Lucio Vero en los entretenimientos públicos de Antioquía mientras permaneció en la ciudad siria (*ep.* 196). De acuerdo con el relato subsiguiente de la *Historia Augusta,* fue fiel a estas coordenadas de comportamiento hasta su prematura muerte, que, según algunos rumores no muy fiables, fue provocada por Marco Aurelio a través de un veneno.

Por lo visto, Lucio Vero fue un gran aficionado a todo tipo de entretenimientos, tanto escénicos como gladiatorios, pero fundamentalmente estaba interesado en los juegos circenses. Aun residiendo lejos de Roma, se desvivía por las carreras del Circo Máximo y escribía a sus contactos pidiendo que le comunicaran los resultados del día. Además, se mostró un devoto de la facción de los verdes, a la que procuró beneficiar en todo momento. En cierta ocasión en la que asistía a unos juegos circenses acompañado por Marco Aurelio, su colega imperial y suegro, pues había desposado a su hija Lucila, los seguidores del color azul arremetieron duramente contra él por su parcialidad (Juan Malalas *Chronog.* 11.31). Por otro lado, y esto ya no recuerda a la vida de Nerón sino a la de Calígula, parece que sentía predilección por un caballo de los verdes llamado *Volucris (Alado),* hasta el punto de que llevaba consigo una estatuilla de oro con su imagen y en su honor bautizó con su nombre un enorme cáliz de cristal. Por si fuera poco, ordenó que fuera aposentado en el palacio de Tiberio bajo unos capotes de color púrpura y que lo alimentaran con pasas y frutos secos. Una vez que hubo muerto el equino, Vero estableció que fuera enterrado en el Vaticano, junto al circo. La fama de *Volucris* originó la costumbre de ofrecer como premio a los aurigas victoriosos figuras de caballos de oro —los aficionados de la facción verde llegaron a exigir a las autoridades del circo que les concedieran por su imbatible fuerza y habilidad la desproporcionada recompensa de un

modio (aproximadamente ocho kilos) de áureos— (*SHA Verus* 4.8, 6.1-6, 11.9). Estas informaciones sobre *Volucris,* al igual que las aparecidas sobre el caballo de Calígula, ponen claramente de manifiesto la mala intención del biógrafo de la *Historia Augusta,* que pretendía escandalizar mostrando unos usos y costumbres que al fin y al cabo entraban dentro de la normalidad del período.

Marco Aurelio aparece como modelo de gobernantes, gran reformador y culmen del período de los cinco emperadores buenos. Incluso se le atribuyeron auténticos milagros en el transcurso de sus campañas contra suevos y marcomanos: según su biógrafo, las súplicas de Marco Aurelio a las divinidades tuvieron como efecto que cayera un rayo sobre una máquina de guerra enemiga, que quedó inutilizable; además, fue el preludio de una tormenta que alivió la sed de sus soldados (*SHA Marc.* 24.4). Un retrato apoteósico, más propio de la hagiografía cristiana que de la historiografía, lo que levanta numerosas dudas, tanto más cuanto que en la misma obra se contrapone esta figura casi celestial con la de su juerguista pero inofensivo colega imperial Lucio Vero y también con la de Faustina, la mujer del propio Marco Aurelio. Aunque éste la venerase, Faustina aparece plasmada de manera infamante en todos los sentidos, directamente vinculada con el retrato de un emperador más cargado de odio de cuantos se conservan en la Antigüedad: el ofrecido en la misma obra por Elio Lampridio sobre Cómodo, hijo de Marco Aurelio. En cualquier caso, aunque son indudables la valía de Marco Aurelio y el balance positivo de su reinado, la realidad histórica siempre es más compleja.

Con respecto a los juegos y espectáculos, Marco Aurelio se caracterizó por respetarlos escrupulosamente y por emplearlos en su beneficio como el resto de emperadores, ya

que conocía bien su valor y sus funciones en el orden de su tiempo, si bien está claro que no los apreciaba desde un plano teórico. Una percepción que afortunadamente conocemos merced a sus propios textos, pues en las *Meditaciones,* una obra con profundas raíces estoicas, hace alguna que otra referencia a los diversos entretenimientos. De este modo, reflexiona sobre la vanidad de los espectáculos, pero no los denigra como otros autores de pensamiento análogo pertenecientes a la época imperial. Apreciaba la conveniencia de presenciarlos «benévolamente y sin rebeldía», y, pese a la pompa intelectual, los disfrutaba y no desatendía su rol en tales celebraciones. Eso sí, lo hacía sin fanatismo y, al igual que Julio César, en ocasiones empleaba el tiempo que pasaba en el circo para leer y atender diversas cuestiones perentorias relacionadas con el gobierno (*SHA Marc.* 15.1). De hecho, al comienzo del volumen agradece a su preceptor el no haberle convertido en un seguidor pertinaz de los azules o de los verdes, o de un tipo de gladiador determinado (*Med.* 7.3 y 1.5). Curiosamente, este preceptor, el famoso orador Marco Cornelio Frontón, aunque no cayó en el fanatismo sí que se mostró como un gran aficionado a los juegos circenses, algo que se observa en su propia correspondencia. Por ejemplo, sabemos que acudía al circo incluso estando enfermo (*ep.* 152) y que, a través de una conversación que habría firmado cualquier aficionado al circo de su período, mantenida por carta con un discípulo suyo —que por desgracia conocemos sólo fragmentariamente—, abordó un tema tan trivial como la venta de un auriga de los azules, un dato que confirmaría que era seguidor de esta facción (*ep.* 168).

Retomando la figura de Marco Aurelio, las fuentes mencionan su gusto por numerosos entretenimientos, como la caza, los *munera* de gladiadores —si bien algún que otro

testimonio disiente sobre su afición a este espectáculo concreto—, los juegos de pelota o la caza, pero siempre por detrás de la filosofía. Cabe subrayar aquí que la adopción de Marco Aurelio y Lucio Vero fue celebrada públicamente en el circo por el propio Antonino Pío con unos juegos y unos donativos al ejército y al pueblo. Una celebración que Marco Aurelio repetiría años después al asociar a su hijo Cómodo al trono imperial (*SHA Marc.* 6.1-4 y 27.5). De hecho, no dudó en hacer uso del circo en numerosas ocasiones, más allá de lo pautado por la costumbre romana. Así, conmemoró la victoria de Lucio Vero sobre los arsácidas con un triunfo conjunto de éste y sus hijos que culminó con unos juegos circenses adonde todos ellos acudieron vestidos con las enseñas triunfales (*SHA Marc.* 12.7-11). Resulta sintomático comprobar cómo las fuentes destacan que, tras la imprevista muerte temprana de su hijo Vero César, Marco Aurelio decidiera no interrumpir los *ludi* capitolinos como marcaba la costumbre y únicamente le guardase cinco días de luto. Sin embargo, le erigió varias estatuas y le concedió el honor de que una imagen suya en oro formase parte de la pompa circense y que su nombre apareciese inscrito en los himnos de los sacerdotes salios (*SHA Marc.* 21.3-5). Con todo, la mejor muestra de su respeto por los espectáculos y del conocimiento que tenía sobre su importancia social aparece reflejado en el relato de su marcha a las guerras contra cuados y marcomanos. No en vano, según explicita la *Historia Augusta,* «dio órdenes enérgicas de que durante su ausencia los empresarios de espectáculos más acaudalados proporcionaran juegos al pueblo romano», e incluso, para horror de las élites imperiales más esnobs, de que actuasen los pantomimos e histriones, a los que repetidamente sus antecesores habían expulsado de la ciudad (*SHA Marc.* 23.4 y 23.6). De este modo, pese a dirigirse al peligroso frente

balcánico, se preocupó de que la masa popular no dejara de disfrutar de aquellos entretenimientos públicos en tiempos de tribulación. Este gesto puede relacionarse con el texto cuasi panegírico que Frontón escribió sobre su condiscípulo Lucio Vero —de quien acabamos de detallar su desmedida afición por los espectáculos—, aprovechando para defenderle de las críticas que recibió por este mismo asunto. Lo hizo tomando como ejemplo a Trajano, probablemente el emperador que hasta entonces más énfasis había puesto en las diversiones del pueblo. Vale la pena reproducir el fragmento completo:

> Del más alto sentido del conocimiento político parece derivarse el que el príncipe no se desentendiese ni siquiera de los histriones y demás actores de teatro, circo o anfiteatro, pues sabía que el pueblo romano se siente dominado fundamentalmente por dos cosas, la distribución de trigo y los espectáculos; que el mando no se somete menos a prueba en asuntos de diversión que en cuestiones serias; que el rechazo de los asuntos serios conlleva una gran pérdida, pero el de las diversiones, el mayor de los descontentos. Las distribuciones de grano se ansían menos fuertemente que los espectáculos: con dádivas de trigo se aplaca a una muchedumbre, uno por uno y llamados por su nombre; en cambio, con los espectáculos se reconcilia al pueblo entero *** *** no *** o más que conciliarse con los juegos y las celebraciones de espectáculos *** Para este fin ofrecidas por nuestros antepasados procesiones, carros, carros sagrados, despojos, elefantes, toros salvajes *** el pueblo romano haría uso de los espectáculos *** hacen resonar o suponen mal augurio en muchas lenguas. Estas cosas han sido mencionadas por mí con el fin de refutar a los detractores (Frontón *ep.* 197.17).

Aunque este texto presenta ciertas lagunas, su sentido resulta meridiano con respecto a las justificaciones, sentido político y social, y responsabilidades del buen gobernante. No hay duda de que tales enseñanzas fueron impartidas también por Frontón a Marco Aurelio, ya que éste hizo buen uso de tales prédicas. De hecho, el propio Frontón le dio a Marco Aurelio en una epístola el oportuno consejo de que en los momentos de mayor estrés no renegara de los placeres en su justa medida. Lo cierto es que estas palabras nos retrotraen directamente, sin fisura o desvío alguno, al aforismo ya mencionado del «pan y circo» de Juvenal, al advertir cuáles son las dos grandes inquietudes de la población: los espectáculos y el sustento. En este sentido, resulta extremadamente elocuente la relación que establece Frontón entre el «más alto sentido del conocimiento

político» y el rol conciliador de los espectáculos en el trato con el pueblo. En cuanto al otro elemento del aforismo juvenaliano, Marco Aurelio se preocupó en gran medida de abastecer convenientemente de alimentos a Roma e Italia, atendiendo a la provisión cotidiana y actuando decididamente en tiempos de crisis (*SHA Marc.* 11.1-3).

La asimilación del espectáculo como factor de control social aparece de forma preclara en una medida que Marco Aurelio tomó a consecuencia de la usurpación del general Avidio Casio en Siria. Éste, general en jefe de las fuerzas encomendadas a Lucio Vero para combatir a los partos, llevó a cabo la parte más importante de la guerra, una de cuyas hazañas fue saquear como Trajano la capital arsácida de Ctesifonte. Asimismo, se encargó de sofocar la revuelta de los pobladores del delta del Nilo o *boukoloi,* unas gentes que actuaban más como bandas de bandidos y piratas que como enemigos según la terminología jurídica imperial. Sin embargo, poco después se atrevió a usurpar el poder, aunque la intentona apenas duró tres meses. No disponía de la fuerza necesaria para destronar a Marco Aurelio, por mucho que contase con destacados apoyos como el de los provinciales de la importante (y recurrente en este libro) ciudad siria de Antioquía. Una urbe importantísima que al abuelo político del emperador, Adriano, le inspiraba un odio cerval y que durante toda la época imperial daría muestras de independencia, protagonizando varios amotinamientos en torno al hipódromo, edificado en la isla donde posteriormente Galieno construyó el palacio imperial de la ciudad. Aunque Marco Aurelio era un emperador dulce y moderado, no dudó en castigar duramente a la ciudad a través de un rescripto: abolió sus asambleas públicas y sus espectáculos, así como otros honores. Si bien posteriormente se arrepintió y derogó tales disposiciones, resulta muy

significativo que focalizase su actividad represora tanto en el organismo político local como en los espectáculos públicos (*SHA Marc.* 25.8 y *Avid. Cass.* 9.1).

Marco Aurelio murió en la antigua *Vindobona* (Viena) en el transcurso de las guerras marcománicas y fue sucedido por su hijo Cómodo (180-193), al que había nombrado césar en el año 166 y coemperador en el 177. Como ya se ha dicho, no ha habido emperador más vilipendiado en la historia romana que Cómodo. Ni siquiera el más dañino de los usurpadores mereció un texto tan vitriólico como la biografía de Elio Lampridio aparecida en la *Historia Augusta,* que lo califica como peor que la suma de todos los malos emperadores hasta ese momento, de Calígula a Nerón pasando por Domiciano y Tiberio. Lampridio afirma que «desde su infancia fue impúdico, malvado, cruel, libidinoso, impuro de palabra y pervertido, y ya desde entonces un artista en todas aquellas artes que no eran dignas de un emperador» (*SHA Comm.* 1.7-8). Este retrato resume los cientos de acusaciones que le fueron dirigidas y que en algunos casos sólo pueden ser consideradas fantásticas y delirantes, si bien debemos admitir que Cómodo fue un emperador egocéntrico, autocrático, inconstante y maniático, como se observa en fuentes verdaderamente contemporáneas como los textos del senador Dion Casio o, aunque fuera entonces un niño, de Herodiano. Para el hostil y prosenatorial Dion Casio, Cómodo se reveló como un emperador ingenuo y cobarde al no proseguir las guerras emprendidas por su padre mientras ordenaba numerosas muertes en el Imperio (Dion Casio 73.1.1-3 y 73.4.1). Citemos algunas de las acusaciones de que fue objeto: de niño quiso arrojar al fuego al responsable de su baño por no calentar el agua a su gusto; creó tabernas de baja estofa en el palacio imperial donde esclavizaba a mujeres de dudosa moralidad;

practicaba la homosexualidad tanto activa como pasivamente; celebró un triunfo con un amante pantomimo, con el que se besaba en público; amó a un hombre llamado Asno, cuyo pene era del mismo tamaño que el de este animal; organizó orgías en palacio con trescientas concubinas y trescientos libertinos; violó a sus hermanas; forzaba a sus concubinas a mantener relaciones lésbicas para darle placer; pretendió sustituir el nombre de Roma por el suyo propio; obligó a los sacerdotes de Isis a golpearse el pecho con piñas hasta su fallecimiento; condenó a un hombre a ser atormentado hasta la muerte por un —así aparece escrito— estornino; hizo matar a diversas personas por llevar puestas ropas extranjeras; asesinó a discapacitados; en los banquetes mezclaba excrementos humanos con la comida, u ordenaba servir verdura cocida con el fin de prolongar tales ágapes; ordenó matar al pueblo romano e incendiar la misma urbe, etc. Las acusaciones son infinitas: algunas reales, otras inventadas y muchísimas simplemente manipuladas con el objeto de escandalizar. La biografía de la *Historia Augusta* se cierra con el relato de su asesinato y con las terribles aclamaciones que pronunciaron en su contra los senadores en la curia para reclamar la *damnatio memoriae,* que finalmente consiguieron, y la profanación de sus restos mortales. Sabemos que en el mismo senado, y organizado por Lucila, hermana de Cómodo, se gestó un intento de magnicidio frustrado después de que el marido de la propia Lucila, el afamado general Tiberio Claudio Pompeyano —uno de los modelos tomados por Ridley Scott para crear el personaje de Máximo Décimo Meridio en su película *Gladiator* (2000)—, que iba a ser el encargado de asesinar al emperador, se lo confesara todo (Dion Casio 73.4.3-6). Los instigadores fueron ejecutados.

Volviendo al tema de esta monografía y al texto de Lampridio recién referido, Cómodo destacó por dedicarse a actividades relacionadas con los espectáculos que sus coetáneos de las clases superiores consideraban indignas de un emperador; fundamentalmente, por su empeño en participar como gladiador en la arena. Tan grandes eran las diferencias con su padre Marco Aurelio, tanto en este aspecto como en muchos otros, que la *Historia Augusta* quiso explicarlas a través de la figura de su madre, Faustina. Con tal de distanciar a padre e hijo, presentó un retrato vergonzosamente insidioso de la madre, en lo que parece a todas luces una invención. Este texto recoge dos rumores, a cual más felón. El primero dice que Faustina se enamoró de un gladiador antes de concebir a Cómodo y acabó revelándoselo a su marido Marco Aurelio, quien, tras consultar a unos astrólogos, decidió matar al gladiador y someter a Faustina a un ritual con la sangre del asesinado, tras lo cual la fecundó inmediatamente de Cómodo. El segundo rumor apunta directamente al adulterio y señala como amantes de Faustina a gladiadores y marineros (otra ocupación socialmente mal estimada en el mundo romano). Además, Lampridio escribió que, poco antes de alumbrar a Cómodo y a su gemelo Vero —cuya desgraciada muerte ya hemos mencionado—, Faustina soñó que paría a dos serpientes, siendo una más fiera que la otra (*SHA Marc.* 19.1.7; *Comm.* 1.4-5). Independientemente de los rumores, asechanzas, bulos y chismes relativos a Cómodo, no cabe duda de que fue un emperador peculiar por muy diversos motivos, con una personalidad rayana en lo paranoide, que se caracterizó por unas políticas que suponían una ruptura radical con el pasado de los cinco buenos emperadores previos, tanto en sus iniciativas como en la manera de concebir el gobierno del Imperio, decididamente más

personalista y opuesta al ordenamiento privativo del Principado augusteo. Para empezar, su propia figura ya es anómala, aunque después marcara tendencia, porque se trata del primer emperador que nació purpurado, que no desarrolló una vida privada, ni que fuera por escasos años, más allá del palacio imperial. Sus excentricidades fueron muchísimas. Por ejemplo, no sólo combatió como gladiador, tanto durante el reinado de su padre como cuando gobernaba en solitario, sino que llegó a identificarse en vida con el dios Hércules, como se observa en su iconografía —hasta sustituyó la cabeza del coloso de Nerón por la suya y le colocó los atributos de Hércules—; quiso cambiar los nombres de los meses con los doce que componían el suyo completo y modificó el topónimo de la importantísima ciudad de Cartago; pretendió hacer lo mismo con Roma y bautizó a una efímera flota de la armada romana con la denominación de «comodiana». Unas decisiones (las relativas a la imposición de nuevos nombres) que, aun así, y sobre todo en el último caso, no eran infrecuentes.

De acuerdo con diversas fuentes, poco después de morir Marco Aurelio, Cómodo regresó a Roma del frente danubiano para revertir la política exterior belicosa e inflexible de su padre. De este modo, alcanzó unos acuerdos de paz con los cuados y marcomanos que incluían el pago de subsidios. A partir de entonces rara vez volvió a abandonar la capital romana o su periferia, entregándose a una vida plácida en la que el ocio y las diversiones ocupaban todo su tiempo. En un primer momento dejó el gobierno en manos de Tigidio Perenio, el prefecto del pretorio. Por su parte, el senado fue abiertamente marginado, en vivo contraste con el reinado de su padre, y no sólo por lo que respecta a la práctica cotidiana, sino también al mundo de lo simbólico, pues al parecer Cómodo decidió cambiar el tradicional lema

romano de SPQR *(Senatus Populusque Romanus)* por PSQR *(Populus Senatusque Romanus),* una inversión con la que pretendía tanto ensalzar al pueblo como, fundamentalmente, minimizar a la élite senatorial, y que encuentra escasísimos paralelos en el mundo romano, entre ellos dos textos epigráficos hispanos de época republicana, el Bronce de Lascuta y el Bronce de Alcántara. En absoluto es de extrañar, por tanto, que las fuentes prosenatoriales mostraran rencor hacia un emperador como éste.

Lo cierto es que Cómodo cumplió sobradamente con la política de sus antecesores, como bien explicita Frontón. Su preocupación por mantener los abastecimientos alimentarios —pese a algunas crisis— y la dotación de espectáculos resultó encomiable. Por eso, en contraste con la animadversión mostrada por las élites, fue un emperador muy querido, pese a unas fuentes que ofrecen en ocasiones testimonios contradictorios, tanto por parte del pueblo como del ejército. Aunque tales textos pongan especial empeño en asociar a Cómodo con los *munera* gladiatorios y las *venationes,* nunca dejó de lado el mundo circense. De hecho, según el historiador y senador Dion Casio, testigo directo del reinado, Cómodo únicamente se preocupaba por el disfrute en el circo (Dion Casio 73.9.1-4 y 10.1; Herodiano 1.8.1-2; *SHA Comm.* 5.2-4). Incluso incrementó el número de festivales con entretenimientos circenses, «más para satisfacer sus caprichos que por motivos religiosos y [también] para enriquecer a los reyes de las banderías», es decir, a los jefes de las cuatro facciones (*SHA Comm.* 16.9). Una acusación en absoluto baladí es la que le presentaba como irrespetuoso con los ritos del pueblo romano. En este sentido, los textos no mencionan demasiadas muestras de espectáculos circenses ofrecidos por Cómodo, sino tan sólo algún que otro ejemplo. Destacan las treinta carreras que

repentinamente ordenó celebrar con el único objeto de obtener fondos para aliviar las exhaustas arcas del Estado, pese a la onerosa política recaudatoria que había promulgado. Según parece, estas treinta carreras se celebraron en apenas dos horas, por lo que queda claro que constaban de cinco vueltas en vez de siete y no incluían ninguno de los entretenimientos que se intercalaban en los días habituales de competición. Lo recaudado fue empleado nuevamente en la organización de más espectáculos de fieras y gladiadores (Dion Casio 73.16.1). El interesante testimonio del senador bitinio sugiere que, al menos en determinadas ocasiones, si bien resulta difícil demostrarlo, había que pagar por asistir al circo.

Pero no sólo patrocinó espectáculos en el circo, sino que también quiso ser protagonista. Además de proseguir con la costumbre de registrar en acta la asistencia del emperador a los espectáculos públicos, pretendió participar activamente como auriga de forma similar a Nerón, pero al final no se atrevió a dar el paso, aunque disfrutara compitiendo en privado, en sus propiedades, ataviado con los colores de los verdes, facción de la que era un fanático (Dion Casio 73.17.1; Herodiano 1.13.8; *SHA Comm.* 2.9, 8.7. y 11.11). Desde luego, resulta curioso que en las fuentes se señalen la vergüenza o la cobardía como los motivos de que Cómodo no se decidiera a conducir un carro públicamente, cuando no tenía empacho alguno en comparecer como gladiador o *venator,* siendo la primera una profesión infame desde el plano legal. Más bien habría que pensar que no lo hizo porque no le movía la misma pulsión que le incitaba a participar en los espectáculos propios del anfiteatro, o quizás por acatar una ley de su padre, cuya memoria respetó intachablemente, que prohibía pasear a caballo o en carruajes dentro de las ciudades (*SHA Marc.* 23.7), y no fomentar así una costumbre

que ya había erradicado con buenas razones su antecesor. Sin embargo, no hay duda de que se interesó por los juegos circenses. De este modo, la biografía de su sucesor Helvio Pértinax nos informa de cómo tenía a su disposición carros especiales, que se podrían calificar como experimentales y que en algunos casos medían las distancias recorridas, como si fueran modernos cuentakilómetros, e indicaban la hora. Estos novedosos carros acabaron siendo subastados para afrontar la difícil coyuntura económica con la que se encontró el nuevo soberano (*SHA Pert.* 8.6-7; Dion Casio 74.5.4-5).

A pesar de que el mayor número de sus excentricidades, de todo tipo, las reservó Cómodo para el anfiteatro, también encontramos algunas perlas ubicadas en el Circo Máximo. Por ejemplo, le encantaba provocar vistiéndose con ropajes considerados inapropiados. Así, una vez se presentó en el Circo Máximo ataviado con una dalmática y de esta guisa dio la señal de salida a los aurigas (*SHA Comm.* 8.8). En aquel momento, en la tradicional Roma, esta extensa túnica de mangas largas y anchas se consideraba de una estrafalaria y exótica ordinariez. Curiosamente, esta percepción cambió con el tiempo, pues en época bizantina se convirtió en la vestimenta habitual de la nobleza. Incluso la adoptó la jerarquía eclesiástica desde los tiempos del papa Silvestre —precisamente, el que bautizó a Constantino I— en el siglo IV, y, de hecho, sigue siendo utilizada en nuestros días en el ceremonial católico.

Para finalizar con Cómodo y su relación con los juegos circenses, bien vale la pena rememorar un tumulto ciudadano que se produjo en el año 190 en el Circo Máximo mientras el emperador se encontraba fuera de la capital y que tuvo importantes consecuencias en la vida del Imperio.

Según Dion Casio, cuando se aproximaba el clímax de una carrera de carros, es decir, el giro que precedía a la última vuelta de las siete en las que consistía la competición, invadió la arena una multitud de niños encabezados por una mujer alta y de aspecto sombrío, a la que posteriormente algunos identificaron con la encarnación de una divinidad. Ante la incredulidad de los asistentes, estos chiquillos profirieron a coro toda una letanía de palabras amargas que, tras ser escuchadas por el público, dieron lugar a una explosión de insultos de todo tipo. Esta particular muchedumbre se quejaba del hambre que padecía, agravada por el brote epidémico que sufría la ciudad. Responsabilizaban de todo ello a un único hombre, el liberto Cleandro, que había ascendido a la prefectura del pretorio después de haber instigado la ejecución del anteriormente citado Tigidio Perenio. Este Cleandro, tenido por corrupto a causa de su rápido enriquecimiento, a todas luces ilícito, fue acusado de acumular alimentos para distribuirlos a su libre albedrío entre la soldadesca y el pueblo con el fin de incrementar su poder y, según Herodiano, hacerse en última instancia con el trono. Unos rumores reforzados por las denuncias de otro importante funcionario, Papirio Dionisio, el prefecto de la anona —el encargado del transporte y reparto del alimento en Roma—, a quien se ha querido ver no sólo como actor de esta revuelta sino como su inductor. Lo cierto es que, después de esta auténtica *performance,* la masa popular abandonó de inmediato el Circo Máximo y se encaminó, en una iracunda manifestación, hacia el suburbio donde pasaba los días el emperador Cómodo. Las gentes proferían graves insultos contra Cleandro y expresaban decididamente su deseo de que se le diera muerte, y entretanto lanzaban alabanzas a un Cómodo que, disfrutando de la tranquilidad de sus placeres, desconocía

por completo lo ocurrido. Cuando los manifestantes llegaron a las proximidades de la finca del emperador, fueron atacados por un grupo de soldados enviados por Cleandro que, según Herodiano, pertenecían a los *equites singulares* —las fuerzas de caballería de los pretorianos—. Muchos murieron en la confrontación, mientras que otros perecieron aplastados en la estampida. Los supervivientes huyeron, pero a su regreso a Roma se volvieron las tornas y la plebe contraatacó con el apoyo de las cohortes urbanas, que no soportaban a los pretorianos. Se entabló una intensa batalla campal y Cómodo por fin tuvo noticia de lo ocurrido merced a su amante, Marcia, o a su hermana Fadila. Se puso de lado del pueblo y decidió ejecutar de inmediato tanto a Cleandro como a sus hijos y a sus allegados. Al ya fallecido prefecto le cortó la cabeza, la clavó en una pica y, según Herodiano, «la envió al pueblo como agradable y deseado espectáculo». Los restos de todos los asesinados fueron finalmente ultrajados y arrojados a las cloacas. La última escena de la crisis correspondió al regreso de Cómodo entre las aclamaciones de un pueblo que le adoraba y que le escoltó hasta el palacio imperial (Dion Casio 73.16.1-3; Herodiano 12.1-9 y 13.1-7).

Esta historia pone de manifiesto que este emperador, como la mayoría de los emperadores mal considerados en las fuentes del Alto Imperio, era adorado por el pueblo. Algo que no sólo se explica por su prodigalidad en la entrega de alimentos y en la provisión de espectáculos, aunque éstos fueran factores fundamentales. En cualquier caso, el senado acabó decretando la *damnatio memoriae* de Cómodo. Sin embargo, tras los exiguos reinados ulteriores de Helvidio Pértinax y de Didio Juliano, un emperador tan serio y enérgico como Septimio Severo rehabilitó su figura, lo que le congració con el pueblo. De hecho, también le divinizó y creó un colegio sacerdotal, el Herculeano Comodiano, de

acuerdo con los deseos del difunto soberano (*SHA Comm.* 17.11).

Los trece años de reinado de Cómodo acabaron con su asesinato en la enésima conjura que sufrió y que finiquitó la dinastía antonina. Después de anunciar que abriría el año 193 en calidad de nuevo cónsul actuando como gladiador, fue asesinado el último día del año anterior por el luchador Narciso —otro personaje histórico que sirvió de modelo para el cinematográfico Máximo Décimo Meridio de *Gladiator*—, que le estranguló en una trama en la que participaron el prefecto Leto, su amante Marcia y diversos senadores. Para desconsuelo popular, ocuparon sucesivamente el trono dos emperadores, Helvio Pértinax y Didio Juliano, que apenas duraron en el cargo unos meses del año 193. El primero, a quien Dion Casio define como honesto y excelente, y que fue uno de los senadores que participaron en la conspiración palatina que liquidó a Cómodo, alcanzó el poder después de una larga carrera militar y administrativa ejercida bajo los reinados de Marco Aurelio y Cómodo. (En concreto, bajo el segundo desempeñó cargos muy relevantes, como la prefectura de la anona de la ciudad de Roma y el proconsulado de África.) A los tres meses fue asesinado por los pretorianos, cuyas prerrogativas concedidas anteriormente por Cómodo había ratificado, aunque se hubiera propuesto reducir a la mitad los gastos generales del Estado.

Sobre el circo y Pértinax no hay mucho que decir, salvo algún detalle interesante acontecido antes de su reinado. Dion Casio nos informa de un prodigio (la típica señal o serendipia que presagiaba cierto acontecimiento), anunciador de su entronización, ocurrido en una carrera celebrada en el Circo Máximo: poco después de que tuviera lugar la revuelta del hambre que acabamos de relatar,

resultó vencedor un carro cuyo caballo principal o *funalis* se llamaba también *Pértinax* y que pertenecía a la facción de los verdes, la favorita de Cómodo. Mientras los verdes cantaban al unísono «¡Es *Pértinax!»,* sus rivales, posiblemente los azules, gritaban «¡Ojalá fuera así!». Este prodigio tuvo continuidad un tiempo después, precisamente en la última carrera del año 192, en la que Cómodo, para congraciarse con el público, recuperó a este caballo, un verdadero *fan favourite,* del retiro dorado que disfrutaba lejos de la competición. *Pértinax* corrió engalanado con las pezuñas doradas y cubierto con una piel teñida del mismo color. Al verlo, los verdes gritaron enfervorecidos «¡Es *Pértinax!»,* el que debía de ser su grito de guerra habitual tras cada una de sus victorias. Poco después era asesinado Cómodo (Dion Casio 74.4.1-4). Obviamente, no se puede extraer ninguna lectura más allá de la casual conexión onomástica, por lo que no tendría sentido pretender que los azules, por ser Cómodo un verde, estaban predispuestos a la conjura en la que participó Pértinax. Al contrario, el pueblo en su conjunto adoraba a Cómodo, como ya ha quedado claro. Incluso después de su asesinato, se produjo una nueva escena circense que muestra la veneración que el vulgo le profesaba, lo cual contrasta vivamente con la agresiva y rencorosa reacción del senado, que llegó a tildarle de tirano, gladiador, auriga o zurdo. Así, mientras que las élites reclamaban que sus restos fueran profanados y arrastrados con un gancho, el pueblo reunido en el circo dedicó burlonamente a los patricios toda una retahíla de cánticos, entre los que destaca «¡Hurra! ¡Hurra! Estáis salvados, habéis ganado» y que Dion Casio, uno de esos senadores biliosos, calificó de ridículos, producto de una audaz insolencia (74.2.2-4).

La púrpura le duró poco al traidor Pértinax: infamemente

asesinado por los soldados pretorianos en palacio, su cabeza fue paseada en una pica por las calles de la ciudad. Septimio Severo, al igual que hizo con Cómodo, rehabilitó su memoria, le divinizó y le dedicó un colegio sacerdotal y unos juegos circenses para celebrar tanto su llegada al poder como su natalicio (*SHA Pert.* 15.1-5).

El retrato de Didio Juliano, el breve sucesor de Pértinax, ofrecido por las fuentes resulta aún más negativo que el de éste, por mucho que hubiera disfrutado de una notable trayectoria militar y administrativa, incluyendo cargos similares a los de Pértinax en relación con el abastecimiento alimentario, así como la lucha contra los piratas del mar del Norte que asolaban las costas del Atlántico romano en tiempos de Marco Aurelio. Esta pésima valoración se debe a la forma en que consiguió el trono, que sin duda es uno de los episodios más lamentables de la historia romana. Le ganó el trono a Sulpiciano, el prefecto de la ciudad, en una subasta organizada por los pretorianos, quienes se avinieron a dotarle de la dignidad imperial después de que Didio Juliano se comprometiera a pagarles veinticinco mil sestercios por cabeza y firmara una tablilla en donde prometía rehabilitar la memoria de Cómodo (de hecho, los pretorianos llegaron a llamarle Cómodo al inicio de su reinado), lo que ha de estimarse como un intento de los propios pretorianos por congraciarse con una población que estaba harta de su sangriento protagonismo. La situación debió de ser esperpéntica y apenas contó con el apoyo de nadie. En la calle, la plebe dedicaba burlas constantes tanto al nuevo emperador como a los pretorianos. Incluso arrojaban piedras a Didio Juliano cuando aparecía en público y le difamaban en unas asambleas populares que casi estaban moribundas y que quizás resucitaron precisamente por el rechazo generalizado que suscitaba Didio. Como prueba de esta

oposición y de la escasísima autoridad de la que hizo gala este emperador, contamos con un fantástico testimonio relacionado, además, con el circo, lo que no hace sino corroborar el rol cada vez más relevante que adquirió como espacio de intervención política popular. De este modo, al comienzo del reinado de Didio, la plebe se armó contraviniendo el monopolio estatal de la violencia —un dato muy importante, pues se trataba de una de las señas del ordenamiento jurídico romano— y se congregó en el Circo Máximo, donde permaneció un día y medio, sin comida ni bebida, profiriendo todo tipo de burlas e insultos dirigidos al emperador. Asimismo, y éste tampoco es un dato menor, apelaron a la intervención del ejército, en particular del general Pescenio Nigro, el hombre fuerte de Siria, para que socorriera a Roma en ese momento de dificultad (*SHA Did. Iul.* 4.7-8; Dion Casio 74.13.4-5; Herodiano 2.7.3-4). Didio reaccionó restableciendo numerosas disposiciones de Cómodo que Pértinax había suprimido e incluso ordenó la ejecución de varios de los asesinos del primero, como Marcia y Leto —en cuanto a Narciso, más adelante Septimio Severo mandó echarle a las bestias—. Sin embargo, sus días como emperador estaban contados: abandonado por todos, salvo por su prefecto Genial y su yerno Repentino, que le prestaron un apoyo exiguo después de la sublevación del ya citado Pescenio Nigro en Siria, de Clodio Albino en Britania y de Septimio Severo, el gobernador de Panonia Superior, cuyas tropas le nombraron emperador en la importante ciudad de *Carnuntum*, en la actual Austria. Septimio Severo se alió con Clodio Albino, a quien elevó a césar, y ambos marcharon a Italia. Poco menos de nueve semanas después de haber comprado el trono, Didio Juliano era asesinado en palacio.

Septimio Severo (193-211), con quien se inaugura otra de

las dinastías importantes de Roma, la dinastía Severa, se hizo con el poder tras librarse sucesivamente de Didio Juliano, de Clodio Albino, que se le había unido pero al que acabó por traicionar, y del peligroso Pescenio Nigro. Hombre de costumbres moderadas, más cercanas a las de sus tropas que a las de la nobleza o el generalato, Septimio Severo se convirtió en el primer emperador de origen africano en ser investido con la púrpura. Era duro, irascible y cruel, implacable con todo aquel que se le oponía, y fue tachado de avaro, aunque su afán crematístico respondía a las perentorias necesidades económicas del Imperio al comienzo de su reinado. Al morir dejó un enorme caudal de fondos que, sin embargo, le sobrevivió poco tiempo. Como ya se ha dicho, no dudó en recuperar la memoria de Cómodo y de Pértinax. Así, incorporó el nombre de este último e incluso ordenó que una imagen suya de oro formase parte de la pompa circense y que en su honor se colocaran asientos dorados en los anfiteatros (Dion Casio 75.4.1). Poco después de ocupar el trono se produjo una de las escenas más memorables de la historia romana: al entrar en Roma, ordenó a los guardias pretorianos que se presentasen ante él desarmados, y éstos así lo hicieron. Rodeados por las tropas de Severo, fueron licenciados con deshonor y obligados a abandonar Roma con lo puesto. El emperador sustituyó a estos elementos sediciosos con reclutas danubianos escogidos de sus tropas.

Las fuentes insisten en la prodigalidad que mostró hacia los soldados, a quienes aumentó la paga y concedió derechos desconocidos como el matrimonio legal, y también hacia el pueblo, pues les brindó abundantes donativos y espectáculos extraordinarios de todo tipo. Destacan los que organizó tras ser proclamado en Roma y, posteriormente, para celebrar las derrotas de Pescenio Nigro y de Clodio Albino, y también la

victoriosa campaña contra los partos, cuya capital Ctesifonte saqueó como había hecho Trajano. Y es que sabía muy bien en qué debía gastar el grueso del presupuesto imperial: en el ejército y en las diversiones públicas (Herodiano 3.8.8-9).

Con respecto a los conflictos civiles, vale la pena hacer un par de acotaciones. En lo que concierne a Nigro, Septimio no dudó en destruir la ciudad de Bizancio, que había prestado apoyo a este general en el conflicto. Echó abajo sus magníficas murallas, que eran el mayor orgullo de esta urbe crucial para el dominio del Bósforo y que más tarde se convertiría en la capital del Imperio Oriental con el nombre de Constantinopla; asimismo, la privó de su independencia política, aunque finalmente acabó por perdonarla y ordenó su reconstrucción e incluso la erección de un hipódromo que quedó inconcluso. La ciudad siria de Laodicea sufrió el mismo destino pero por la causa contraria, puesto que se posicionó del lado de un Septimio que, en recompensa por esta fidelidad, le otorgó generosamente su favor. Así, aparte de numerosos donativos para su reconstrucción, patrocinó la edificación de numerosos espacios públicos, incluida una arena para albergar *venationes* y un circo (Juan Malalas *Chronog.* 12.21, Juan Lido *De mens.* 1.12). Sin embargo, tales entretenimientos palidecieron ante la celebración en el año 204 de una nueva edición de los Juegos Seculares, doscientos veinte años después de los de Augusto. Tanta importancia se les dio que, según Herodiano, «los heraldos fueron de un rincón a otro de Roma e Italia convocando a todos a que acudieran a contemplar aquellos juegos que nunca habían visto y que nunca más verían» (Herodiano 2.14.5 y 3.8.9-10). Sobresalieron asimismo los abundantes espectáculos de todo tipo que organizó para conmemorar el décimo aniversario de su reinado y la boda de Antonino, su primogénito, más conocido como Caracalla. Como parte de estos fastos,

concedió a los habitantes de Roma un magnánimo donativo que ascendió a la cifra de doscientos millones de sestercios.

El Circo Máximo volvió a ser utilizado por la plebe como un espacio reivindicativo en el que dar rienda suelta a sus inquietudes. Ante el incierto devenir de la campaña emprendida por Severo contra el césar Clodio Albino, que casi se vio forzado por el propio Severo a levantarse contra él, el pueblo mostró abiertamente su desasosiego en la última carrera de carros previa a celebración de las Saturnalia, una festividad que, *grosso modo,* puede compararse con las navidades actuales y que, por tanto, suponía la última del año. Dion Casio, que asistió a esos juegos porque el cónsul que los organizaba era amigo suyo, nos ha legado su testimonio. Durante las primeras carreras, el público permaneció sorprendentemente callado, sin entonar ninguno de sus cánticos habituales y sin aplaudir siquiera, como marcaba la costumbre. Justo antes del comienzo de una carrera, el silencio se rompió de repente con el estruendoso aplauso al unísono de todos los presentes, que se pusieron a suplicar por la buena fortuna del bienestar público. En primer lugar vociferaron «reina» e «inmortal» en referencia a la ciudad de Roma y después exclamaron, entre varios cánticos: «¿Hasta cuándo vamos a sufrir tales cosas?» y «¿Hasta cuándo vamos a estar en guerra?», antes de finalizar con un «Ya está bien». Luego, como si no hubiera sucedido nada, volvieron a centrar su atención en las carreras. Para Dion Casio fue un presagio de inspiración divina, pues no se explicaba cómo la inmensa masa del circo pudo ponerse de acuerdo para actuar al unísono. Aquí resulta complicado determinar si en sus palabras hay o no sarcasmo, puesto que en absoluto era la primera vez que se producía una demostración como ésta. Su asombro debió de causarlo la acción coordinada de las

dos principales facciones, los verdes y los azules, cuyos enfervorecidos seguidores estaban perpetuamente enfrentados. Meses después de este suceso, Albino fue derrotado en una terrible batalla en *Lugdunum* (Lyon) y ejecutado (Dion Casio 76.4.2-6).

Otra manifestación pública que se produjo bajo Severo y que menciona Dion Casio tuvo como víctima a Plauciano, el prefecto del pretorio, que era primo del emperador y miembro de la antiquísima familia aristocrática de los Fulvios, y que llegó a acumular un enorme poder durante el reinado de Severo (incluso casó a su hija con Caracalla). El caso es que los aficionados del circo se burlaron de su tez pálida y de su actitud temblorosa, al tiempo que denunciaron que disfrutaba de mayor poder que el mismo emperador y que sus hijos Caracalla y Geta. Con esta anécdota Dion anticipa en su obra la caída del pretorio, que fue asesinado tras una maniobra de Caracalla, que odiaba a Plauciano tanto como a la hija de éste, su esposa Plaucila (Dion Casio 77.2.3).

Los últimos años del reinado de Severo se caracterizaron por la agria rivalidad entre sus hijos, los ya adultos Caracalla y Geta, a los que, según Herodiano, les habían corrompido tanto las lujosas costumbres romanas como su afán por los espectáculos, muy especialmente las competiciones de carros. Según Dion Casio, la muerte de Plauciano los liberó de toda inhibición y comenzaron a actuar a su entero capricho. La enemistad entre ambos era manifiesta: se contradecían en todo y competían perennemente entre sí. Esta disputa se vio reflejada en el ámbito de los entretenimientos públicos, que incluso la acrecentaron, pues tales espectáculos de masas, como ocurre en el presente, dan pie a enfrentamientos maximalistas e irracionales. De este modo, teniendo en cuenta que en el circo Caracalla era,

según las fuentes, un apasionado seguidor de la facción de los azules, la lógica indica que Geta lo era de los verdes, su principal rival —el poco fiable Juan Malalas sostiene lo contrario (*Chronog.* 12.24)—, puesto que las otras dos facciones, la roja y la blanca, eran menos multitudinarias y no contaban con seguidores tan ruidosos ni tan organizados. Pese a sus diferencias, según Dion Casio, ambos hermanos se dedicaron a ultrajar a mujeres, a agredir sexualmente a adolescentes, a malversar los fondos imperiales y a rodearse de aurigas y gladiadores que, amén de otros compañeros de dudosa honorabilidad, excitaban la perpetua competición fraternal con enconada fiereza (Dion Casio 77.7.1; Herodiano 3.10, 3.13.1 y 3.14.1). Fue una carrera de bigas de ponis la que terminó con cualquier posibilidad de tender puentes. A los dos hermanos, al igual que a su padre, les gustaba contender como aurigas y disputaron una carrera tan encarnizada y salvaje que en cierto momento Caracalla salió despedido de su carro, con el resultado de la rotura de una pierna y de todo vínculo fraternal (Dion Casio 77.77.2). Severo era plenamente consciente de la peligrosa enemistad de sus dos hijos, así que, con la voluntad de separarlos, aprovechó un conflicto contra los caledonios que vivían más allá del Muro de Adriano para llevarse consigo al frente a Caracalla, mientras que el más cerebral Geta —sobre el que algunas fuentes han ofrecido una imagen en extremo bondadosa por oposición a su odiado hermano— se quedaba en Roma cumpliendo con labores administrativas. Al cabo de dos años de campaña, Severo murió en Britania y el Imperio quedó en manos de sus dos descendientes, que pretendían dividírselo. Sin embargo, Caracalla (211-217) acabó por matar a su hermano y gobernó seis años en solitario. De acuerdo con el relato histórico, se comportó durante este tiempo de manera cruel y traicionera. De inmediato decidió someter a su

hermano a la *damnatio memoriae* y realizó brutales purgas a escala imperial, muy especialmente entre todos aquellos que integraban el círculo más íntimo de Geta, incluyendo a artistas, atletas, aurigas y gladiadores. Dion Casio señala que entre los asesinados se encontraba Euprepes, un famosísimo auriga ya retirado hacía mucho, que se distinguió por haber corrido largo tiempo para la facción de los verdes, con la que logró en su época la por entonces asombrosa cifra de 782 victorias. En total, según Dion Casio, en el transcurso de estas purgas Caracalla mató a veinte mil personas (Dion Casio 78.1.2 y 78.4; Herodiano 4.6.2).

Sin embargo, pese a esta imagen descorazonadora, parece que la realidad fue más compleja. Mientras estuvo en el Danubio tras librarse de Geta, Caracalla se ganó el aprecio de los soldados afrontando como ellos las penalidades y rigores de la vida castrense, como hacía su padre. Además de comportarse como un verdadero hermano de armas de sus conmilitones, les concedió enormes donativos y les aumentó la paga siguiendo el sabio consejo que le dio su padre en el lecho de muerte. Pero no sólo se ganó el respeto de la tropa romana, sino que los germanos de más allá del *limes* le tenían en gran estima. En consecuencia, se incorporaron a su ejército muchos bárbaros, entre los que seleccionó a los miembros de su guardia de corps. Esta intensa relación con la tropa romana y con los habitantes del *Barbaricum* danubiano se plasmó asimismo en ciertas frivolidades. Su apodo de Caracalla se debía al uso de una capa larga con capucha de origen galo, común en las tropas del *limes*. Por otro lado, siendo al parecer calvo, solía ponerse una peluca rubia peinada al estilo bárbaro.

Proclamó un famoso edicto que llevaba su nombre y que extendía la ciudadanía romana a casi todos los ciudadanos del Imperio —un hecho por el que muchos de los

historiadores actuales especializados en el mundo romano poscaracalliano, como el que suscribe estas líneas, tienen en gran estima a este emperador—. Esta medida sin duda recibió el favor de la plebe, pero estaba relacionada en última instancia con las necesidades fiscales de su régimen después de la dilapidación de la herencia paterna, de los numerosos donativos que concedió, de sus notabilísimas construcciones (como las extraordinarias Termas de Caracalla, en Roma) y de su política activa en el ámbito de los espectáculos. Sin embargo, si hacemos caso a las fuentes, la plebe tampoco escapó a su crueldad, como lo demuestra el siguiente episodio ocurrido en el circo. Herodiano afirma que acudió a unas carreras y que los asistentes abuchearon a un auriga por el que Caracalla sentía predilección. El emperador, asumiendo que esta bronca representaba una crítica interpuesta contra su figura, ordenó a los pretorianos que detuvieran y ejecutasen a los responsables de los pitos. Ante la imposibilidad de la misión, prosigue Herodiano, los soldados arrestaron indiscriminadamente a cuantos espectadores encontraban a su paso, para después matarlos o robarles lo que llevaran encima (Herodiano 4.6.4-5; Dion Casio 79.8.2).

En el ámbito de los espectáculos, Caracalla siguió la estela de su padre y de otros emperadores como Calígula, Nerón, Vitelio o Cómodo, pues disfrutaba enormemente de la conducción de carros, vestido en su caso con el atuendo de los azules, si bien jamás se atrevió, como sí hizo Nerón, a exponerse en público, sino que participaba en privado, sobre todo cuando se encontraba acantonado con su ejército. Dion Casio denuncia que entre los enormes dispendios de este emperador, al que conoció bien, se cuenta la construcción de anfiteatros y circos temporales en invierno, dondequiera que estuviese presente, los cuales eran demolidos apenas

abandonaba el lugar (Dion Casio 78.1.2). Hay noticias de esta práctica en el *limes* renano-danubiano y en Mesopotamia. Con respecto a la frontera con el *Barbaricum* europeo, de un complicado pasaje de su contemporáneo Dion Casio se infiere que Caracalla utilizó un carro de combate en el campo de batalla, un hecho totalmente inaudito en la historia romana. Para escándalo de ese historiador, el emperador envió al senado una carta de recomendación en favor de un tal Pandión, probablemente un esclavo manumitido, por conducir con destreza su carro personal durante la guerra contra los alamanes, poniéndolo a salvo. Pandión se convirtió así en «su camarada y conmilitón», y a Caracalla no le avergonzaba en absoluto mostrarle más gratitud que a sus soldados (78.13.6). Este fragmento, anómalo en la obra de un historiador como Dion Casio, únicamente se explica por la frase que lo cierra, en la que se sostiene que Caracalla desdeñaba aún más a los senadores que a los soldados, con las implicaciones que tenía tal aseveración. No en vano, en otro pasaje del mismo autor se señala que Caracalla rara vez acudía a la curia porque prefería asistir a los espectáculos. La referencia a Pandión es bastante malévola; con ella, Dion Casio ciertamente pretendía ofrecer una imagen de Caracalla que no se correspondía con la realidad.

Como hemos visto, de acuerdo con su forma de vida y con el aprecio incondicional que profesaba hacia el estamento militar, fue un soberano muy querido por la soldadesca. Ahora bien, aunque el oficio de auriga no fuese considerado infame, como sí ocurría con el de gladiador, para la élite sociopolítica era cuando menos escandaloso que un emperador lo practicara. En cuanto al supuesto uso de un carro de combate en plena batalla, constituía una extravagancia sin igual, que habría firmado el mismo Nerón

si éste hubiera sido un emperador con dotes militares. De hecho, se puede establecer una ulterior conexión entre ambos emperadores merced a una acción de Caracalla que, verdaderamente, podría estimarse como una *imitatio Neronis:* cuando el emperador de la dinastía Severa llegó a Grecia, no dudó en rendir honores al héroe Aquiles al más puro estilo homérico, en un auténtico homenaje a los funerales de Patroclo. Así, organizó sacrificios y unas carreras en las que compitió con sus propios soldados, a los que gratificó con dinero. Los festejos culminaron con la erección de una estatua en honor del gran héroe de la guerra de Troya (Dion Casio 78.16.7).

Como último hito de su reinado, Caracalla reprodujo uno de los éxitos de su padre atacando Partia. Ésta representaba la última parada de su errabundo régimen: al cabo de un año de haber matado a su hermano, abandonó Roma para no volver, embarcándose en una serie de viajes por las provincias, primero en suelo europeo, con motivo de las campañas en el Danubio, y luego, tras cruzar Grecia, en Alejandría, donde permaneció todo el invierno del año 215 antes de atacar al enemigo arsácida. En la capital egipcia permaneció alojado en el magnífico Serapeo y aprovechó para visitar la tumba de Alejandro Magno y presentarle sus respetos, pues lo había tomado como modelo personal y en todo momento pretendió imitarle. Pero no sólo permaneció en Alejandría por gusto, sino también por necesidad. Al parecer, la situación en la ciudad era problemática y se produjo un primer motín que el emperador intentó solucionar, aunque más bien no hizo sino echar gasolina al incendio. Hay que tener en cuenta el carácter díscolo de los habitantes de esta crucial metrópoli, que, en dura competencia con Antioquía, podría catalogarse como la más inquietantemente sediciosa de todo el Imperio, presta a todo

tipo de tumultos —que serán tratados en próximas páginas— a la más mínima oportunidad. Según la *Historia Augusta,* «es propio del pueblo egipcio, como de gentes dementes o enloquecidas, situar al Estado en los más graves riesgos a partir de cuestiones sin importancia» (*SHA Tyr. Trig*. 22). El caso es que la intervención de Caracalla acabó en desastre y en masacre. Las fuentes de las que disponemos, principalmente Herodiano y Dion Casio, además de algunos fragmentos de papiros, son difíciles de conciliar y no ofrecen una lectura verosímil de un episodio controvertido en el debate historiográfico. Sin embargo, la reciente interpretación de Chris Rodríguez (2012) sí parece convincente. Según este investigador francés, Caracalla fue advertido de un motín urbano encabezado por unos comerciantes que había provocado la destrucción de estatuas imperiales y diversos incendios que llegaron a afectar a los templos. Para sofocarlo, Caracalla procesó al prefecto de la ciudad y a varios representantes de la élite alejandrina y mandó ejecutarlos. Sin embargo, tal medida no resolvió la crisis, sino que se produjeron nuevas sediciones, acompañadas además por una serie de burlas contra el emperador proferidas principalmente por la juventud de la ciudad. En un primer momento, se limitó a lanzarles una reprimenda en un gimnasio, pero después intentó un acercamiento más conciliador que, inevitablemente, provocó que la situación se le fuera de las manos. A fines de abril del año 216, Caracalla, siguiendo el viejo aforismo de que el ejercicio de las armas endurece, convocó a la rebelde juventud alejandrina para formar una falange al estilo macedonio, algo que ya había realizado anteriormente como homenaje a su adorado Alejandro. Se interesaron buena parte de los jóvenes, que acudieron junto a sus familias al encuentro con el emperador en un espacio abierto, pero

Caracalla fue otra vez objeto de burlas. Encolerizado, ordenó al ejército cargar contra la muchedumbre y, como resultado, murió un enorme número de alejandrinos. Los cadáveres y algunos sediciosos todavía moribundos fueron arrojados a fosas comunes. Pero ahí no acabó la cosa. El ejército se enfrentó durante varios días a la población local, que actuaba como una guerrilla urbana. Murieron miles de personas y la ciudad acabó por ser saqueada. Tras esta operación de castigo, Caracalla marchó a Antioquía, una ciudad con una tradición rebelde similar a la alejandrina, donde se detuvo antes de afrontar al enemigo persa. Rodríguez ofrece un lúcido balance de esta peligrosísima revuelta urbana y de la actuación del emperador. No hizo Caracalla otra cosa que seguir a pies juntillas la legislación imperial vigente, que en buena medida había sido promulgada por los miembros de la dinastía Severa. Así, la pena para un *crimen maiestatis,* es decir, un ataque contra el emperador, podía contemplar la muerte. En torno a esta sedición lo que nos interesan son sus consecuencias: según Dion Casio, se ordenó la división en dos de la ciudad y que ambas partes fueran vigiladas, y, aún más importante, se abolieron tanto las asambleas como los espectáculos públicos (Dion Casio 78.23.1-4). Así pues, Caracalla adoptó la misma política que Marco Aurelio décadas atrás con Antioquía, la cual tendría además continuidad con posteriores emperadores. Se trata de unas medidas que dan fe de algo ya apuntado: el rol fundamental de los espectáculos como elemento coadyuvante para las demostraciones de todo tipo, ya fueran más o menos violentas. En este caso, un serio tumulto en el que indudablemente participaron los miembros más fanáticos de las facciones, ya que el apelativo de «jóvenes» empleado por Dion Casio para referirse a los sediciosos era el habitual

cuando se mencionaba a los entusiastas espectadores de ambos extremos del hipódromo.

En Antioquía, Caracalla terminó de preparar la campaña contra los partos con el ánimo de imitar el ejemplo de su héroe Alejandro y las gestas de su padre Septimio Severo. Se aprovechó de la guerra civil que había estallado entre los hermanos Artabano V y Vologases VI, los dos últimos soberanos arsácidas antes de que otra dinastía más pujante, los sasánidas, finalizara con la decadencia de este superpoder. Según Dion Casio, Caracalla ofreció a Artabano una alianza que sería sellada con el matrimonio entre el emperador romano y la hija del rey de reyes. Sin embargo, no era más que una treta y, tras la insensata anuencia de Artabano, Caracalla lo atacó y saqueó la ciudad de Arbela, donde mató a numerosos cortesanos y el propio Artabano apenas pudo salvar la vida. El emperador romano decidió entonces trasladarse a Siria antes de afrontar el inevitable conflicto subsiguiente, pues obviamente su afrenta no iba a quedar sin castigo. En efecto, el arsácida reunió un temible ejército para represaliar como se merecía a Roma. No obstante, Caracalla encontraría antes la muerte, o más bien cabría decir que la muerte encontró a Caracalla. El novelesco relato de su asesinato que encontramos en las fuentes resulta congruente con el retrato previo de su vida. Así, conforme a su personalidad paranoide, el emperador acostumbraba a consultar a caldeos, es decir, a astrólogos, para conocer su futuro y prevenir cualquier amenaza, al tiempo que se mostraba vigilante ante cualquier posible presagio. Por lo visto, Flavio Materniano, el prefecto del pretorio suplente, que se había quedado en Roma (Macrino, el titular, había acompañado a Caracalla al frente), tuvo noticia del vaticinio de un adivino africano: Macrino ocuparía el trono con su hijo Diadúmeno. Como de

costumbre, remitió a Caracalla una carta informándole de esta profecía. Sin embargo, el soberano romano nunca la recibiría. Según Dion Casio, en su deseo de no ser abrumado con menudencias, había decidido que su madre Julia Domna, que se quedó en Antioquía mientras él se encontraba en el campo sirio, actuase como filtro del gran caudal de datos que le llegaba a diario. En cambio, Macrino sí tuvo noticias de la profecía a través de una misiva que le remitió directamente Ulpio Juliano, el encargado del censo. Macrino quedó atemorizado con este vaticinio, pues sabía que representaba un presagio mortal, tanto más cuanto que un hechicero egipcio llamado Serapión se había atrevido a decirle poco antes a Caracalla que le quedaban pocos días de vida y había sido ejecutado por ello. En consecuencia, Macrino decidió golpear primero. Aunque la versión de Dion Casio diverge de la de Herodiano, cuyos detalles acabamos de ofrecer, y contiene numerosos errores, conviene reseñarla. Según cuenta, Materniano envió la carta y llegó directamente al emperador, pero éste no la leyó porque en ese instante se había enfundado su atuendo de auriga y se disponía a practicar con su carro, por lo que encargó la lectura de la correspondencia al propio Macrino, que de este modo tuvo conocimiento de la noticia. Tanto Dion Casio como Herodiano coinciden en que Macrino decidió actuar mediante un intermediario, un soldado llamado Marcial que detestaba a Caracalla, ya fuera porque, según Herodiano, el emperador había condenado a muerte a un hermano suyo o porque, como argumenta Dion Casio, no le había concedido el puesto de centurión. El caso es que finalmente el tal Marcial apuñaló a Caracalla cuando éste, presa de una indisposición durante una visita al templo de Sin, en las cercanías de Carras, se apartó para defecar a un lado del camino (Dion Casio 79.5-8; Herodiano 4.7.23, 4.11.9, 4.12.6-7;

SHA Marc. 7.1-2). Dion Casio ofrece, como acostumbra, todo un listado de presagios que vaticinaban su magnicidio y, al igual que con algún otro emperador anterior, uno relacionado con el Circo Máximo. Por lo visto, en la pompa circense previa a los *ludi Martiales,* los juegos instaurados por Augusto en honor de Mars Ultor, la estatua del dios se cayó al suelo y, posteriormente, los miembros de la facción de los verdes —enemiga de la azul, la que apoyaba Caracalla —, tras una derrota en el circo, se fijaron en un grajo que, situado en el obelisco de la espina, graznaba estentóreamente y entonces se pusieron a gritar: «¡Ave Marcial! Marcial, hacía mucho tiempo que no te veíamos». No es de extrañar que Dion tomara esta coincidencia como una alusión profética al magnicida (Dion Casio 79.8.1-2). Probablemente el relato de Dion Casio sobre el asesinato sea el más cercano a la verdad. En cuanto a Herodiano, su testimonio refuerza la imagen que se tenía de Caracalla como auriga y muestra que el prodigio, aunque no haya motivos para ponerlo en duda, fue al fin y al cabo una pura serendipia, que, por lo demás, nos sirve para comprender cómo actuaban las facciones en el circo. En definitiva, de esta manera vergonzosa murió un emperador que, una vez más, parece que fue muy apreciado por el pueblo y el ejército (Juan Malalas *Chronog.* 12.24).

Macrino (217-218) cumplió la supuesta profecía y obtuvo la púrpura con el apoyo del ejército y la aceptación de un senado que había sido marginado en la elección. Con él se rompía una tradición de más de doscientos años, al ser el primer emperador que no procedía de la clase senatorial, sino que era caballero. Asimismo, tras dos siglos en los que la guardia pretoriana había desempeñado un rol preponderante en los magnicidios, por primera vez su líder se convertía en emperador aunque no disfrutase de un

trasfondo militar, pues Macrino era abogado y, además, por aquel entonces las funciones del prefecto del pretorio lo asimilaban más a un primer ministro que al mero jefe de la guardia privada del emperador. Su origen no patricio explica por qué su recuerdo aparece masacrado en las fuentes prosenatoriales. Sin embargo, intentó congraciarse con el senado y, muy particularmente, con el ejército. Pese a la grave situación financiera en la que Caracalla había sumido al Imperio, Macrino les otorgó los donativos de rigor. Asimismo, rehusó proscribir al emperador asesinado e incluso le divinizó, aunque no respetó todas las regalías que había garantizado a los soldados. Su reinado apenas duró un año, y lo más reseñable es que gastó una fortuna en comprar la voluntad de Artabano V, para así resarcirle de las campañas de su antecesor, y devaluó la moneda para equilibrar las cuentas. En lo que concierne a los juegos circenses, no hay mucho que decir, salvo varios detalles. Por una parte, rechazó que el senado organizase unas carreras en el circo por su natalicio arguyendo que le bastaba con las carreras en honor de Septimio Severo (Dion Casio 79.17). Por otra parte, el pueblo jamás le apreció, como demostró en diversas ocasiones en los juegos circenses. Aunque había renunciado a las carreras en su honor, sí aceptó las destinadas a su hijo Diadúmeno, nombrado césar con apenas nueve años. En el circo, el público llegó a lamentar que el pueblo se encontrara abandonado, sin que lo gobernara un líder válido, y osadamente reclamó al dios Júpiter que él ocupara el trono, dado que sus gobernantes «les parecían inexistentes», entonando unos cánticos en los que aprovechó para burlarse de los órdenes senatorial y ecuestre (Dion Casio 77.20). A Macrino le tenían en peor estima que al joven Diadúmeno, así que en otros juegos se dedicaron a contraponer sendas figuras: alabaron al césar y criticaron

ásperamente al emperador por su crueldad y dureza, pues al parecer recurría a castigos salvajes contra sus propios hombres. Aunque cuesta creerlo, se dice que hizo uso del suplicio del mítico rey etrusco Mezencio, consistente en unir a vivos con cadáveres para que se pudrieran juntos (*SHA Macr.* 12.9). De nuevo, un presagio relacionado con el circo anunció el final del reinado. Hubo en Roma una oleada de incendios que afectaron a varias posesiones del emperador y al Coliseo, por lo que durante varios años los espectáculos sangrientos de este recinto se celebraron en el Circo Máximo, donde incluso se vieron alteradas unas carreras dedicadas al dios Vulcano (Dion Casio 79.25.1-5).

Su final se corresponde con la usurpación de Sexto Vario Avito Basiano, conocido despectivamente como Sardanápalo, el Falso Antonino, Tiberino y, sobre todo, Heliogábalo (218-222), porque éste era el nombre de la divinidad a la que adoraba, aunque su nombre oficial como emperador fuera el de Marco Aurelio Antonino Augusto. Bisnieto de Septimio Severo, disfrutaba del cargo vitalicio de sacerdote de esa divinidad solar en Emesa (la actual ciudad siria de Homs). Se alzó con la púrpura después de que su madre, sobrina de Septimio Severo, lanzase el bulo de que el adolescente de catorce años era hijo bastardo de Caracalla, tras ser ayudados ambos a introducirse furtivamente en el campamento de la Legión III Gálica en Raphana (en el norte de la actual Jordania). El parecido físico del joven con el fallecido Caracalla y el importante donativo que su madre dio a los soldados de la legión bastaron para que Heliogábalo fuera proclamado emperador. Curiosamente, poco después los mismos soldados que le habían apoyado decidieron nombrar nuevo emperador a su propio comandante, por lo que fueron castigados y la legión disuelta durante un tiempo. Cuando Macrino, que había permanecido todo su

reinado en Antioquía, se enteró de lo que estaba ocurriendo, quiso acabar en el campo de batalla con este alzamiento. Sin embargo, fue traicionado y poco después ejecutado, al igual que su hijo, al que había intentado enviar a la corte del arsácida Artabano V. De esta manera llegaba al poder uno de los más estrambóticos, excéntricos y escandalosos emperadores que jamás tuvo Roma. El retrato de las fuentes es unánimemente hostil y maledicente, tanto a cuenta de su exotismo religioso como también por las impúdicas costumbres que se le achacan: su amor por el lujo, su libido exaltada, su glotonería, su sentido del humor mezquino y su crueldad. Con respecto a la religión, quiso otorgar a Heliogábalo el lugar principal entre los dioses e incluso pretendió suplirlos a todos en beneficio de su culto. Así, mandó construir un enorme templo en pleno Palatino en Roma en el sitio que hasta entonces había ocupado el templo de Orco. Allí colocó la piedra negra procedente de un meteorito que personificaba a la divinidad y llenó el santuario con estatuas saqueadas de otros templos. Incluso se le llegó a acusar de practicar sacrificios humanos. Los fantásticos relatos sobre su figura transmitidos por las fuentes resultan muy difíciles de creer. De manera similar a lo que ocurre con Cómodo, la relación de pecados, barbaridades y locuras de Heliogábalo resulta inabarcable. Así, se le acusó de querer convertirse en mujer; de haber montado un harén en Roma; de yacer con vestales y con hombres —por lo visto, varios de sus servidores tenían encomendado buscar a varones bien dotados, y se dice que el emperador llegó a casarse con uno—; de andar desnudo; de usar la misma herramienta que empleaba para depilarse él mismo (el psilotro) para afeitar el pelo púbico de ciertas mujeres; de defecar en orinales de oro, etc. El magnífico cuadro de Lawrence Alma-Tadema *Las rosas de Heliogábalo*

(1888) está basado en ciertas fuentes que señalan que le gustaba comer en triclinios cubiertos de rosas y otras flores. Tantas que, y esto ya es absurdo, algunos invitados llegaban a morir aplastados por su peso. Lo cierto es que son numerosísimas las supuestas hazañas escandalosas de este emperador, como por ejemplo la de unir en matrimonio a la divinidad siria que él veneraba primero con Minerva, la Atenea romana, y posteriormente con Juno Caelestis, la diosa protectora de Cartago. Así, ordenó que la estatua de esta última divinidad fuera transportada a Roma y conmemoró el enlace con abundantes festivales y espectáculos circenses. En una ceremonia nocturna desfiló la piedra negra de Heliogábalo, posada en un carro decorado con oro y sin conductor, impulsado por seis caballos blancos, precedida por el mismo emperador, que avanzaba mirando hacia atrás mientras sostenía las riendas. A ambos lados de la procesión, la multitud portaba antorchas y arrojaba flores y guirnaldas al emperador, acompañada por el resto de los dioses y por el ejército. Al final se ofrecieron sacrificios y se regalaron todo tipo de objetos, animales y donativos al pueblo, con el resultado de un enorme tumulto en el que fallecieron bastantes personas aplastadas o muertas por los soldados que protegían al emperador (Herodiano 5.6.9).

De nuevo se puede establecer un paralelismo entre un emperador mal considerado y los espectáculos. Al igual que ocurrió con otros emperadores del mismo jaez, fue acusado de asociarse con gentes de dudosa calaña relacionadas con los espectáculos y de conducir carros de carreras tanto en privado como en público, si bien no se atrevió a correr en el circo como hiciera Nerón. Además, le gustaba montar vistiendo los colores de su facción favorita, los verdes, después de que le enseñara las mañas de este entretenimiento su amante Hierocles, un auriga esclavo

cario que adquirió gran poder y con el que se dice que llegó a contraer matrimonio. Este Hierocles había pertenecido a un auriga llamado Cordio —posiblemente el *dominus et agitator factionis* de los verdes, una figura de la que hablaremos en la segunda parte del volumen—, con quien, junto a Protógenes, otro auriga, el propio Heliogábalo había mantenido negocios en el ámbito de las carreras. Para escándalo de sus contemporáneos, ambos se convirtieron en consejeros suyos, y a Cordio incluso le nombró prefecto de la anona de Roma. Pero no sólo conducía Heliogábalo carros de caballos, sino también cuadrigas de elefantes —lo hizo en el Circo de Calígula y Nerón, y ante la falta de espacio suficiente para manejar tales carros, no dudó en ordenar la destrucción de algunos sepulcros—, de camellos, de ciervos, de perros y hasta de bellísimas mujeres desnudas, mientras él las guiaba asimismo en cueros. Le gustaban tanto los carros que no dudaba en desayunar y comer delante de aquellos que iban a competir en las carreras y que le eran presentados por parte de ancianos de todos los estatus sociales; entretanto, a los caballos se les proporcionaba como alimento las prestigiosas uvas de la ciudad siria de Apamea. Heliogábalo disponía de carros tan lujosos, cubiertos de piedras preciosas y oro, que despreciaba los de marfil, plata o bronce. Cuando conducía un carro, nos cuenta Dion Casio, simulaba que se encontraba en el Circo Máximo: reclamaba monedas de oro como hacían los aurigas profesionales y saludaba al organizador de los juegos y a los aficionados de su facción. A veces el público sufría su particular sentido del humor. Como indica Elio Lampridio en la *Historia Augusta,* en cierta ocasión, con la complicidad de unos sacerdotes marsos, soltó unas serpientes al amanecer entre la muchedumbre que había acampado en las cercanías del Circo Máximo para obtener buenas localidades; varias

personas resultaron heridas a consecuencia de los mordiscos de los ofidios o de la estampida que provocó la broma. Este episodio, como veremos, no hace sino calcar otro similar que Suetonio le adjudicó a Calígula. Ninguno de los dos tiene visos de realidad, sino que únicamente parecen responder al propósito de difamar a ambas figuras. Por otro lado, Heliogábalo fue muy popular por los esperpénticos sorteos que celebraba entre los asistentes a los espectáculos —y que retomarían otros emperadores—, cuyos premios podían ser diez osos, diez loros, diez lechugas o diez libras de oro. Según Herodiano, procuró ganarse al pueblo a través de fiestas y espectáculos constantes, incluidas las carreras de carros, que gustaba de ofrecer por la noche (Dion Casio 80.14.2 y 80.15.1-2; *SHA Heliog.* 6.3-4, 12.1, 22.1-4, 23.2, 28.1, 28.3, 29.1 y 29.2; Herodiano 5.6.6, 5.6.9 y 5.7.7). Con esta caterva de supuestas locuras, resulta extraño que Heliogábalo aguantara en el poder algo más de tres años, aunque lo cierto es que recibió un serio aviso para que cambiase radicalmente su comportamiento, tan alejado de los estándares romanos. Por lo visto, estaba preparando unos juegos circenses a la espera de recibir noticias del asesinato de su primo y heredero Alejandro Severo cuando se produjo la insurrección de los soldados encargados de matarlo. En efecto, desistieron de hacerlo y pidieron al emperador que se comprometiera a reformarse, a alejarse de las personas deshonestas que le rodeaban y a jurar protección al niño Alejandro Severo. Pese a las promesas de Heliogábalo, no se enmendó y la soldadesca terminó por hartarse de él y le mató en unas letrinas. Arrastraron su cuerpo por las calles de Roma y por el Circo Máximo, que tantas veces había frecuentado, e intentaron arrojar su cadáver a través de una cloaca, pero tuvieron que darse por vencidos, pues era tal su gordura que no entraba por el

agujero. Acabaron por lanzarlo al Tíber, de ahí que se ganara el sobrenombre de Tiberino. Pero no se fue solo, sino que compartieron este fatal destino su madre y su séquito, compuesto por gentes de mal vivir, incluidos los aurigas Cordio y Protógenes (*SHA Heliog.* 14.5, 15.1 y 17.3).

Alejandro Severo (222-235) se convirtió en el año 222 en el nuevo emperador y, como era previsible, una de las primeras decisiones que adoptó fue aplicar la *damnatio memoriae* a su antecesor y primo carnal Heliogábalo, quien paradójicamente fue el último en llevar en su nombre el antaño glorioso apelativo de Antonino. Gobernó durante trece años y lo hizo apoyándose en el senado, a diferencia de lo ocurrido en épocas anteriores, y, muy especialmente, en su madre Julia Mesa —en tan alto grado, según las fuentes, que ésta lo manejaba como a una marioneta—. Destacó por su talante aristocrático y por el rigor heredado de su antepasado Septimio Severo, pues aunque no ordenó la ejecución de ningún senador, se mostró extremadamente recto en su relación con el pueblo y con el ejército, de acuerdo con unos testimonios que, no obstante, ofrecen una imagen sospechosamente idílica. Sin embargo, teniendo en cuenta sus posicionamientos sobre el senado, la plebe y las fuerzas armadas, no es de extrañar que las fuentes lo retraten tan positivamente y que durante su reinado sean tan escasas las referencias textuales a los espectáculos. Apenas se puede decir al respecto que limitó el gasto y que fue muy parco con los premios concedidos a los vencedores, a los que de hecho no estimaba sino como meros esclavos que no merecían consideración especial alguna por parte del poder, ya se tratara de aurigas o de *venatores.* Asimismo, determinó que los cuestores que él nombraba debían ofrecer espectáculos a cambio de futuras recompensas como la pretura o el gobierno de una provincia, mientras que

aquellos que habían alcanzado el cargo a través del *cursus honorum* podían sufragar los juegos que organizasen con el dinero del fisco público, si bien debían procurar que fuesen más económicos. En paralelo, determinó que los impuestos infamantes obtenidos de la prostitución y otras actividades relacionadas no mancharan el tesoro público, sino que se emplearan directamente en la restauración de aquellos espacios donde se celebraban los espectáculos más importantes, es decir, el teatro, el circo, el anfiteatro y el estadio. Entre los juegos circenses que organizó Alejandro Severo, sólo destacan los que se celebraron a su vuelta a Roma tras sus campañas contra los partos, en las que, pese a los reveses iniciales, consiguió la victoria, como lo demuestra el buen número de cautivos que tomó y que incluso engrosaron el ejército en unidades auxiliares de cierta relevancia (*SHA Alex.* 24.3, 37.1, 43.4-4 y 57.1). Sin embargo, la imagen de Alejandro Severo que ofrece esta fuente es claramente falsa, pues se trata de una construcción cuasi hagiográfica a mayor gloria de un emperador con un talante positivo hacia el senado. Como veremos más adelante en el relato de su muerte, Herodiano proporciona una visión más real y precisa, que contradice abiertamente lo argumentado sobre una supuesta actitud estricta hacia los espectáculos.

Con el asesinato de Alejandro Severo y el advenimiento del gran emperador —por su tamaño corporal— Maximino el Tracio, comienza un período de varias décadas, denominado por los historiadores contemporáneos Anarquía Militar o Crisis del siglo III, que constituye un punto de inflexión obvio de cara a la etapa siguiente, el Bajo Imperio romano, y el preámbulo de la Antigüedad Tardía. El circo, que en el período altoimperial era profundamente romanocéntrico, se extendió con profusión por todo el Imperio. Vamos a ofrecer

ahora un balance sobre su expansión provincial, particularmente en Hispania.

La provincialización de la competición ecuestre romana

Sin lugar a dudas, Roma fue el mayor poder conocido en el mundo antiguo. Una vez que se hubo deshecho por completo del gran enemigo cartaginés, con el que se había disputado la hegemonía en una lucha a cara de perro que cayó finalmente del lado romano, emprendió en época republicana una inexorable expansión inasequible al desaliento que fue continuada en los primeros tiempos del Imperio. Roma superó así a los grandes imperios de las eras anteriores, ya fueran de raigambre griega, próximo-oriental, egipcia o persa, y no sólo en extensión, sino también en duración e incluso en lo que respecta a su herencia ulterior. Pese a la enorme distancia temporal, su legado sigue vigente, a todos los niveles, tanto en aquellos territorios sojuzgados en la Antigüedad como a escala mundial. El dominio romano, que no se ceñía únicamente al ámbito militar, ni al aprovechamiento económico de los territorios sometidos a las leyes de la metrópoli, sino también a otras esferas definitorias de su identidad, se basaba en el asentamiento de romanos en regiones antes bárbaras que se habían convertido en provincias y, muy especialmente, en la incorporación y adaptación de las gentes conquistadas a las dinámicas romanas, cuya superestructura presentaba grandes ventajas. Lo cierto es que a Roma le gustaba tener como interlocutores a las élites de las comunidades que dominaba, y si éstas le habían sido hostiles, sustituía a los elementos irreductibles por otros más afectos al nuevo estado de las cosas. En el caso de que un territorio se caracterizara por una jerarquización endeble —como ocurrió, por ejemplo, en buena parte del norte de la península Ibérica

—, se promocionaba a grupos para que ocuparan este espacio de interlocución. Como resultado del dominio romano y del afianzamiento de tales élites mediante las oportunidades que se le ofrecían, no extraña que la cultura, la religión y las costumbres romanas se extendieran, en un movimiento de arriba abajo, a lo largo de los diversos confines del territorio dominado a través de la adopción consciente o del sincretismo con tradiciones previas. Por supuesto, ocurrió otro tanto con los espectáculos romanos. Ya hemos señalado que la organización y financiación de los entretenimientos en Roma se consideraba desde época republicana un aspecto clave en la relación entre el pueblo y los diversos poderes, ya fueran los diversos magistrados que gobernaban el Estado o, a partir de Augusto, los propios emperadores, además de aquellos individuos particulares con ambiciones. No en vano, la prodigalidad servía para acrecentar una fama que era necesaria tanto para poder adquirir preponderancia social y política como para mantenerla, puesto que en una sociedad como la romana, en donde la articulación social se basaba en la relación entre patrono y cliente, resultaba fundamental no sólo disfrutar de cierto estatus, sino también reflejarlo abiertamente ante el conjunto de la sociedad a través de actuaciones concretas: regalos (en metálico o en especie), banquetes, la construcción de espacios públicos de todo tipo y para el disfrute de la mayoría y, lo que aquí más nos interesa, el patrocinio de divertimentos populares en teatros, anfiteatros, estadios o circos. Estas demostraciones públicas de prodigalidad estuvieron bien presentes en la vida tanto de la capital, cuyo principal evergeta era obviamente el emperador, como en las provincias, en donde más raramente actuaba la cabeza del imperio pero sí intervenían los magistrados allí destinados, en especial los gobernadores, y

aquellas personas pertenecientes a los estratos más elevados de la sociedad provincial, de quienes se esperaba que procediesen en consecuencia, ya fuera a través de la Administración, de su libre voluntad o de la petición, e incluso coacción, por parte de las comunidades. Por ejemplo, al cuestor bitinio Valerio Máximo se le urgió reiteradamente desde Verona que ofreciera *munera* de gladiadores, y así lo hizo después del fallecimiento de su esposa, que era natural de esa localidad (Plinio el Joven *ep.* 6.34). Sin embargo, a veces esta prodigalidad era mal entendida o daba lugar a rencores y a envidias, en ocasiones incluso a asesinatos, como parece que le ocurrió a un rico que concedió unos juegos gladiatorios y financió la compra de grano para la ciudad alpina de Aesugo, pero que, aunque se convirtió en patrón de la localidad, fue víctima de un desgraciado crimen (*CIL* V, 5049).

A la hora de presentar esta extensión de las aficiones y las prácticas vitales romanas a las provincias, bien vale la pena exponer un texto magnífico de Elio Aristides. Sofista de cultura griega del siglo II, nacido en la ciudad anatolia de Hadriani (que fue fundada, como su nombre indica, por el emperador Adriano), era un orador acomodado y muy viajado, pues además de la capital imperial conoció muchas de las provincias orientales. Aristides dejó escrito un «Discurso a Roma» de notabilísima factura en donde alaba el incontestable dominio romano en contraposición con la tradicional división en el mundo helénico y la nociva competencia entre sus polis:

> Las ciudades relucen con brillo y encanto, y toda la tierra está engalanada como un jardín. Los vapores que se levantan de los campos y las antorchas de señales, tanto las amigas como las enemigas, se han marchado más allá de la tierra y del mar, como si una brisa las hubiese arrojado fuera. En su lugar han llegado toda clase de espectáculos agradables y un número desconocido de juegos, de manera que, como un fuego sagrado y eterno, las celebraciones nunca terminan, sino que con el tiempo se van trasladando de sitio y siempre hay en alguna parte, pues todos son dignos de ello (Elio Aristides *Or.* 26.99).

Aunque Aristides no se comportara así en su vida privada, puesto que valiéndose de todo tipo de triquiñuelas siempre rechazó servir a la comunidad pese a su estatus privilegiado, en este discurso de admirable hechura incide de forma retórica en las virtudes y beneficios que Roma proporcionaba a los territorios sometidos, y en concreto en los diversos espectáculos que la *pax romana* había difundido. Por supuesto, si tenemos en cuenta que Aristides era griego y conocía perfectamente la larguísima tradición del mundo heleno en lo que respecta a los deportes y espectáculos, sólo podía referirse en este pasaje a las carreras de carros y a los gladiadores, que coexistieron con tradiciones similares previas ejemplificadas en el ámbito griego en la pervivencia de los Juegos Olímpicos. A pesar de no ser en origen competiciones romanas, lo cierto es que tanto las carreras como los *munera* gladiatorios fueron transformados y asimilados de tal modo que cabe cuestionarse su autoría, o al menos redefinirse su adscripción en su forma definitiva. La pasión de Roma por estos espectáculos fue trasplantada exitosamente más allá de la capital. Como muestra, otro texto escrito más de un siglo antes que, sin ser tan hermoso, resulta sumamente indicativo de lo que Aristides explicitaba de manera tan elocuente:

> En ningún caso de los que anteriormente habían llegado a la dignidad imperial fue tan grande la universal complacencia. No se trataba ya de la esperanza de alcanzar el uso y disfrute de bienes públicos y privados, sino de la certeza de poseer la plenitud de una próspera fortuna y de que a sus puertas aguardaba la felicidad. Y así, no otra cosa era dable sino ver a través de las ciudades altares, ceremonias religiosas, sacrificios rituales, hombres con blancas vestiduras y coronas de guirnaldas, radiantes, manifestando sus buenas disposiciones a través de la alegría de su mirada; festejos, asambleas, certámenes musicales, carreras de caballos, cánticos y bailes, celebraciones nocturnas al son de las flautas y cítaras, regocijos, desenfrenos, holganzas y todas las clases de placeres que proporciona cada uno de los sentidos (Filón de Alejandría *Leg.* 2.11-12).

Filón de Alejandría, filósofo judío profundamente helenizado que vivió en la Alejandría de finales del siglo I a.C. y de la primera mitad de la siguiente centuria, es un autor en extremo atractivo para nuestro interés porque era

un ferviente seguidor de las competiciones de carros, lo que se aprecia en la profusión de metáforas circenses presentes en sus escritos, sin parangón en la Antigüedad. Este fragmento concreto procede de su escrito «La embajada a Gayo», es decir, a Calígula, sobre el que volveremos más adelante, en donde alaba y señala con letras de oro la herencia recibida por este emperador al ascender al trono tras la muerte de Tiberio. En este pasaje presenta de forma elocuentísima, a través de diversas manifestaciones, entre las que incluye el disfrute de las carreras de caballos, la prosperidad que el Imperio había traído a quienes vivían en su seno. Una plenitud que, según el relato de Filón, se vio truncada a consecuencia de la «enfermedad» de Calígula —es decir, el radical cambio que las fuentes apreciaron en el proceder de este emperador—, la cual propició la propagación del hambre, la guerra, la devastación, el robo, el miedo y la muerte; un poderoso testimonio que, en cierto modo, se asemeja al grito lastimero de Lancelot en la película *Excálibur* (1981), de John Boorman: «¡El rey sin espada, la tierra sin rey!». Indudablemente, para Filón el espectáculo circense representaba uno de los grandes frutos de la expansión y dominio de Roma. En este sentido, cabe señalar que, pese al hostil retrato que pinta de Calígula, al que acusa de odiar al pueblo judío, no arremete contra él por su afición a los caballos como hicieron unánimemente las fuentes prosenatoriales. Este hecho es muy indicativo tanto del gusto de Filón por los aurigas como de la consideración que merecía el mundo circense entre buena parte de la población e, incluso, de la ausencia de censura en lo concerniente a las locuras que Calígula cometió en este ámbito —si es que son ciertas—.

Pese a estos textos, lo cierto es que sobre la realidad provincial altoimperial desafortunadamente no contamos

con tanta evidencia literaria como en el caso de la capital romana y sus espectáculos. Aun así, no andamos del todo a ciegas, pues disponemos de otros testimonios de raigambre diversa pero en extremo descriptivos sobre la extensión de los juegos circenses. Me refiero a la arqueología y a la epigrafía, unas disciplinas que se caracterizan por su vivacidad, ya que aportan de continuo datos inéditos como fruto de la investigación aplicada o del mero hallazgo casual. Ciertamente, no hay argumento más definitivo que la pervivencia de los restos arqueológicos de un circo para certificar que tal espectáculo se había expandido. En cuanto a las inscripciones, ofrecen información sobre los aurigas y el resto de participantes en los juegos circenses, así como sobre elementos consustanciales a las competiciones y a los recintos donde se desarrollaban, además de datos sobre los evergetas que las propiciaron. Desde época tardorrepublicana se observa la expansión del espectáculo circense, con los aurigas divididos en cuatro colores o facciones (verde, azul, roja y blanca) en imitación directa de lo que ocurría en la Ciudad Eterna según las reglas romanas. Sin embargo, es de suponer que sólo en las ciudades más relevantes del Imperio, como, por citar a algunas de las más singulares, Cartago, Antioquía, Alejandría o, con posterioridad, Constantinopla, se emulaba realmente la división en cuatro facciones altamente profesionalizadas de la capital imperial. No obstante, en muy diversas zonas de la geografía imperial han pervivido numerosos rastros de cuadrigas que corrían bajo los cuatro colores, por lo que, aunque no hubiera una organización equivalente por razones obvias de tamaño y potencia económica, los competidores y los aficionados se distribuían según esas facciones. Obviamente, la diferencia de escala entre la urbe imperial y las provincias, así como entre estas últimas, debía

ser más que notable, si bien los esfuerzos constatados por parte de los provinciales reflejan de forma harto evidente la pasión sentida en todo el Imperio por el espectáculo circense, sobre todo en época altoimperial. Unos esfuerzos provinciales que, por otra parte, necesitaban el beneplácito imperial, ya que la legislación impedía la construcción de espacios públicos dedicados al entretenimiento, ya fueran escénicos, gladiatorios o circenses, sin la autorización pertinente (*Dig.* 50.10.3). Hay circos por toda la geografía imperial, aunque sin lugar a dudas debió de haber muchos más recintos de los que hoy día conocemos, ya sea porque no se han conservado, porque no fueron edificados monumentalmente —pues muchos circos no eran estructuras construidas en piedra, sino recintos móviles de madera— o, simplemente, porque las competiciones no se celebraban en espacios erigidos *ad hoc*. De este modo, no era extraño que, al igual que ocurría en las carreras griegas, se aprovechasen las condiciones del terreno: con pequeñas obras de acondicionamiento, se podía hacer uso de una vaguada o de una hondonada para las competiciones, mientras que las laderas, respaldadas o no con gradas de madera, se destinaban al público.

En Italia, el gusto por las carreras se extendió a partir de la capital, en cuyas inmediaciones se encuentran los circos de *Bovillae*, *Lorium*, Anzio o el que utilizaba el colegio sacerdotal de los hermanos arvales para celebrar sus competiciones sagradas en la vía Campana. Ya más alejados de Roma, se pueden mencionar recintos tan importantes como los de Milán, Catania, Siracusa, Palermo y, muy especialmente, los de Campania y su capital, Nápoles —que en muchos casos no dejaban de ser los hipódromos griegos anteriores—, en donde la afición por el circo se mantuvo incólume durante muchísimo tiempo, como pone de

manifiesto un rescripto imperial del año 381 que refleja una práctica anterior según la cual no se permitía comprar caballos para los espectáculos salvo que se hubieran aprovisionado ocho mil modios de judías, unas ochenta toneladas, para los caballos empleados por las facciones del Circo Máximo de Roma (*CTh* 15.10.2). Más allá de Italia, encontramos ejemplos por doquier, de los que vamos a ofrecer a continuación una muestra paradigmática. Desde época muy temprana hubo circos en el este del Imperio, donde con el tiempo se desarrolló la pasión más desenfrenada y enfermiza jamás vivida por las carreras. Tenemos constancia de uno en Cesarea Marítima, en el actual Estado de Israel, fechado hacia los años 12-9 a.C.; en Corinto, también de época augustea y que fue utilizado para las competiciones de los arcaicos Juegos Ístmicos de los que hablamos anteriormente; en Alejandría, que al parecer aprovechó el hipódromo griego anterior, al igual que en otros muchos lugares de raigambre helénica, como sucedió en Antioquía, y también en otras ciudades como Laodicea, Beirut, Tiro, Antinoópolis, Cirene, Gerasa, Bizancio, etc., por citar algunos de los circos más relevantes. En Egipto hubo numerosos hipódromos construidos en el delta del Nilo, como el de Oxirrinco, y en el resto de África, uno de los territorios con más evidencias positivas, se puede destacar el importantísimo de Cartago, amén de otros emplazados en Susa, Cherchell, Thugga, Thysdrus (actualmente El Djem), Útica, *Leptis Magna* —cuyo circo data de mediados del siglo II pero fue reformado y ampliado por el emperador Septimio Severo, que había nacido allí— o Bugía *(Saldae)*. En el ámbito europeo, cabe mencionar los de Colchester *(Camulodunum)* o Londres en Britania, los de Arlés, Lyon o Trier en la Galia, los de Plovdiv o Sirmio en los Balcanes, etc. Lo cierto es que las evidencias son amplísimas, por lo que resultaría

abrumador referirnos a todos los lugares en los que se observa afición por los espectáculos circenses. Sin embargo, como se ha dicho, los recintos y los espectáculos asociados no eran iguales en todas partes, sino que dependían obviamente de la importancia económica, política y social de cada localidad. De este modo, y dejando de lado las metrópolis de Roma y, en época ulterior, Constantinopla, en las ciudades con un gran potencial (como Cartago o Alejandría, entre otros lugares con una particular relación con el poder) se celebraban con regularidad magníficos juegos circenses. Esta cuestión se observa más claramente en el mundo tardorromano, conforme a la reorganización política auspiciada por Diocleciano y proseguida por Constantino I, quienes definieron un Estado con nuevos rasgos, gobernado en general por varios soberanos para todo el Imperio, aunque hubiera una gradación entre ellos. En consecuencia, se fijaron nuevas residencias imperiales en Milán, Trier, Tesalónica, Arlés o Antioquía. En estas ciudades destaca la existencia de un conjunto arquitectónico especial en el que, siguiendo el modelo de Roma, el palacio del emperador estaba conectado con el circo, lo que hacía que todas estas urbes gozaran de una relación privilegiada con el espectáculo. El mejor ejemplo lo constituye Constantinopla, donde el Gran Palacio se unía con el hipódromo a través de la *kathisma.* Sin embargo, la pionera fue la ciudad siria de Antioquía —merced a la iniciativa de Galieno, emperador del siglo III—, lo que explica que sus aficionados al circo se contaran entre los más pasionales y ardientes. Lo subraya una fuente del siglo IV tan estupenda como la *Descripción del mundo entero:*

> Antioquía, abundante en toda clase de deleites, pero principalmente en los juegos circenses. Pero todo eso ¿por qué? Porque allí reside el emperador y todo resulta imprescindible para su persona (*Exp. tot. mundi* 32).

En la provincia de Hispania, salvo que se acepte la

discutible hipótesis de que los impresionantes restos de la cordobesa Cercadilla formaron parte de un palacio imperial construido por Maximiano Hercúleo, no disponemos de nada parecido, aunque sí hay evidencias de numerosos espacios circenses, situados en su inmensa mayoría en las zonas más romanizadas, es decir, la Bética, el litoral mediterráneo y el valle del Ebro, aparte de algunos recintos en el interior de la península. Según Nogales Basarrate (2008), hubo circos en Tarragona, Sagunto, Lisboa, Valencia, Carmona, Segóbriga, Calahorra, Toledo, Córdoba, Écija y Mérida, además de otros muchos lugares en los que hay indicios de su existencia. Una lista a la que se han sumado otras ciudades en las últimas décadas, como por ejemplo Granada —de acuerdo con un texto árabe medieval (Velázquez Basanta, 2007)—, y, en 2017, la ciudad jienense de Cástulo, gracias a la tecnología de teledetección LIDAR del Instituto Geográfico Nacional. No extraña que la mayoría de los recintos se encuentren en las zonas más aculturadas de la península, si bien no se puede descartar que hubiera más tanto en estas mismas áreas como en el interior, principalmente en las capitales de los conventos jurídicos, a pesar de la dificultad que entraña su identificación. Con todo, aunque las evidencias crezcan con el paso del tiempo, queda claro que en Hispania hubo una gran afición por el circo, como se infiere por el elevadísimo número de recintos conocidos y de inscripciones relacionadas que se han conservado, la buena fama que tenían los caballos hispanos de competición y el hecho de que esta provincia sea la cuna de algunos de los más importantes aurigas de la Antigüedad, como el famosísimo lusitano Diocles, sobre el que se ahondará más adelante. Obviamente, en cuanto al tamaño de los recintos, los hispanos no se podían comparar ni con los de Roma ni con los de otras grandes ciudades imperiales,

como el enorme Hipódromo de Constantinopla o los de Cartago, Alejandría o Antioquía, por citar algunos ejemplos, pero no hay duda de que albergaban a un buen número de entusiastas procedentes no sólo de las localidades donde estaban erigidos, sino también de las comarcas y de toda la provincia. Se estima que 23.000 espectadores abarrotaban el circo intramuros de Tarraco, de un tamaño reducido (apenas 325 metros de largo por 110-115 de ancho) en comparación, por ejemplo, con el de Mérida, al parecer edificado originalmente bajo Tiberio y que medía 433 metros de largo por 114 de ancho y cuya capacidad era de unas 30.000 plazas. Muchos de los espectáculos ofrecidos en Hispania, con sus excepciones, entraban en la feliz categoría de *«ludi* baratos» acuñada por Alberto Ceballos Hornero (2010), pues ni por asomo pueden compararse con los enormes dispendios de la capital, aunque sus fuentes de financiación fueran similares. Tales entretenimientos públicos eran soportados por los magistrados, los colegios sacerdotales y los ricos prohombres de las localidades con ocasión de acontecimientos particulares o festividades establecidas para agasajar al pueblo, que dividía sus pasiones entre los cuatro colores del circo. Al igual que en Roma, los espectáculos se tornaban en un espacio de profunda significación social, como queda patente en su mera organización y en otros detalles no menos importantes como la ya mencionada división de las gradas entre los diversos órdenes sociales, con espacios preferentes para las clases más elevadas y los organizadores. Las fuentes poco aportan sobre los espectáculos circenses celebrados en Hispania en época altoimperial, salvo alguna que otra excepción —la *Historia Augusta,* por ejemplo, apunta que Septimio Severo financió algunos espectáculos en Tarraco cuando fue gobernador de la provincia tarraconense (*SHA Sept. Sev.* 3.6)—, de modo que

es en la epigrafía donde debemos fijarnos. Seleccionaremos así algunas inscripciones procedentes de las estupendas compilaciones epigráficas sobre los espectáculos de Hispania al cuidado de Pablo Piernavieja (1977) y Alberto Ceballos Hornero (2004), cuyos acrónimos son CIDER y EHR respectivamente.

En primer lugar, resulta necesario tener en cuenta el ordenamiento jurídico de las ciudades, puesto que toda concentración urbana disponía de unas leyes que, pese a basarse en modelos globales, atendían a la realidad propia de cada localidad según su condición jurídica y sus características. Esta legislación era escrita en tablas de bronce, las llamadas *tabulae aeneae,* que se exponían en los foros de las ciudades junto con el resto de leyes y decretos que afectasen a los provinciales. Con respecto a la pervivencia de tales documentos, los testimonios de Hispania son los más numerosos y ricos de todo el mundo romano. Vamos a ejemplificar esta realidad mediante la Ley de *Urso* (Osuna, Sevilla; *CIDER,* 27; *EHR,* 1), porque es la única tabla conservada, conjuntamente con la Ley de *Irni,* en la que se hace alusión a los espectáculos —sobre cuya existencia a nivel municipal también contamos con la legislación imperial: *Dig*. 50.4.1(2)—. La antigua *Urso* era una ciudad de origen turdetano, ya presente en los primeros tiempos de la conquista de Hispania y que bajo Julio César se convirtió en colonia romana, si bien su legislación le fue dada por Marco Antonio y la copia que nos ha llegado procede de época flavia. En esta ley se hace referencia a diversos aspectos de los espectáculos de la ciudad, ya fueran gladiatorios, escénicos o circenses, y se establece que la primera cuestión que debían abordar los recién nombrados magistrados era fijar el calendario festivo sagrado del municipio, en el que precisamente se señalaban los

entretenimientos públicos que dependían de las autoridades municipales. Pero no sólo eso, sino que se especifica el modo en que los magistrados de la ciudad, los ediles, los duoviros y el prefecto debían ocuparse de la organización de los diversos espectáculos, incluidos los juegos circenses. Los magistrados podían usar toga pretexta, es decir, la vestimenta de las grandes ocasiones, blanca con una banda púrpura, cuando asistieran los espectáculos, y se les reservaba un lugar en el graderío asignado a los decuriones, que eran los miembros del senado local. Además del espacio destinado a la élite local, también se explicita la asignación de localidades a amplios colectivos, como los propios residentes de *Urso* —aunque divididos entre colonos y nativos—, que presenciaban los espectáculos desde una zona cercana, y aquellos viajeros que, sin conexión directa con esta localidad, aprovechaban su paso por esta urbe para disfrutar de esta diversión. Así pues, la celebración de espectáculos no sólo estaba enfocada a la propia ciudad, sino también a su entorno. Todo aquel que usurpara un lugar en las gradas o en otro espacio que no le correspondiese por su estatus debía pagar una enorme multa de 5.000 sestercios, un dato que refleja de forma harto evidente el rol que jugaban los entretenimientos como elemento jerarquizador de la comunidad. Con respecto a los propios espectáculos y su organización, aunque nada se dice de juegos circenses concretos —salvo la obligatoriedad de su celebración—, sí que aparecen datos relativos a otros entretenimientos, como los combates gladiatorios y las representaciones teatrales que habían de ofrecerse conforme a las festividades de la tríada capitolina (Júpiter, Juno y Minerva). De este modo, se estipula que los magistrados debían aportar fondos propios de, como poco, 2.000 sestercios diarios en el caso de los duoviros —encargados de cuatro días de espectáculos— y

1.000 sestercios en el de los ediles —que organizaban únicamente tres días—, que podían complementarse con una cifra similar tomada de la caja pública. Para aquellos magistrados que incumplieran con sus deberes a la hora de preparar los juegos —si eran circenses, suponían ponerse en contacto con las facciones que organizaban en última instancia el espectáculo, así como hacerse con caballos siempre que fuera necesario—, se estipuló por ley una multa de 10.000 sestercios. Esta ley constituye un ejemplo perfecto de lo que se esperaba de las autoridades municipales de una ciudad media, que en este caso ni siquiera era la cabeza de su convento jurídico —lo era *Astigi* (Écija)—, si bien encabezaba su comarca. De hecho, no hay evidencias de un circo propio estable, lo que significa que aún no se ha descubierto o que se empleó una estructura no permanente de madera, o simplemente se aprovechó una zona cercana con un relieve adecuado.

Por otro lado, como ya se ha indicado, los espectáculos circenses de las ciudades romanas no se limitaban a las ocasiones oficiales previstas de antemano, sino que también eran sufragados por particulares con motivo de determinadas circunstancias privativas *ad hoc.* Voy a ofrecer a continuación varios ejemplos hispanos representativos de los diversos *ludi circenses* que se celebraron en este período, en traducción de Ceballos Hornero (2004):

> [Estatua] de *Bonus Eventus* (Buena Suerte). Aponia Montana, sacerdotisa de las divinas Augustas de la *colonia Augusta Firma,* habiendo ofrecido juegos circenses por el honor del sacerdocio y otros por la dedicación [de la estatua], dio y dedicó a sus expensas [esta estatua] de 150 libras de plata (*CIDER,* 31; *EHR,* 39; *CIL* II, 1471).

Esta inscripción del siglo II, que fue encontrada precisamente en la capital del convento donde se halló la Ley de *Urso,* en *Astigi* (Écija), se hallaba en la base de la estatua que aparece referida en el epígrafe, dedicada a una divinidad, la Buena Suerte, de carácter agrario. Refleja de

forma clara y contundente la riqueza y el estatus de la dedicante, Aponia Montana —de quien, por otra parte, conocemos otro epígrafe: *HEp* 3, 344—, pues patrocinó ni más ni menos que dos espectáculos circenses. El primero, para conmemorar su pertenencia al colegio sacerdotal consagrado al culto de las emperatrices divinizadas; el segundo, en honor de esa estatua, que o valía 150 libras de plata o estaba hecha con 150 libras (cerca de 49 kilogramos) de este metal. En ambos casos, tal figura pudo costar la exorbitante cifra de 150.000 sestercios de la época. Indudablemente, pone de manifiesto la extraordinaria fortuna de Apolonia, al parecer derivada de la muy próspera industria oleica de la zona, y, desde luego, su interés por epatar a la comunidad. Los juegos circenses eran un complemento para las dos celebraciones y, aunque no se indique su valor, ciertamente resulta lógico suponer que el dinero empleado por Aponia en estos espectáculos, atendiendo al gasto que implicó erigir la estatua, fuera mucho mayor que el establecido por la Ley de *Urso,* en consonancia además con una ciudad como lo era la antigua *Astigi,* en donde había una enorme afición por el circo, como lo demuestra el reciente descubrimiento de un estupendo mosaico y de una tablilla de maldición dirigida contra las facciones roja y azul. Esta evergesía es importante para el ámbito en el que nos movemos, Hispania; de hecho, en una ciudad de ese nivel cuesta encontrar muestras de generosidad cívica de tal magnitud. Resulta comparable a la liberalidad de Aponia, o incluso superior, la mostrada por el galo Aulio Anio Camars al donar a la ciudad de Arlés la cifra de 200.000 sestercios para que se conmemorara su fallecimiento con unos juegos circenses que asombrasen al pueblo (*CIL* XII, 670). También encontramos cifras monstruosas en otras áreas del Imperio, como por ejemplo la

donación que según Juan Malalas hizo el magnate Sosibio a sus conciudadanos de Antioquía, la cual constaba de unas tierras que proporcionaban un rendimiento anual de quince talentos de oro —casi media tonelada de metal precioso, si creemos al cronista—. Este prohombre, que murió en Roma en tiempos de Augusto, determinó en su testamento que tal rendimiento se destinara a la celebración en su ciudad de unos espectáculos quinquenales que ocupasen los treinta días del mes de octubre y que incluyeran representaciones de teatro, competiciones atléticas, combates de gladiadores y juegos circenses. (Sobre estas donaciones y otras similares con el mismo fin, véase lo que indica el derecho romano: *Dig.* 33.2.17 y 50.12.10.) Por lo visto, al principio se respetó su voluntad, pero la enorme suma despertó la avaricia de los magistrados responsables, que, en un caso de corrupción tan prototípico de la historia romana y actual, acabaron apropiándosela (Juan Malalas *Chronog.* 10.20). El siguiente ejemplo representa un dispendio más modesto:

> Marco Valerio Marcelo, hijo de Marco, inscrito en la tribu Quirina, edil, duoviro del municipio aurgitano, habiendo aceptado el lugar designado por la comunidad, donó un reloj de sol, dando a sus expensas juegos circenses y escénicos (por decreto de los decuriones) (*CIDER,* 34; *EHR,* 19; *CIL* II, 1685).

Esta inscripción, encontrada en la localidad de *Tucci* (Martos), resulta curiosa porque refleja que el dedicante desempeñaba una magistratura en la vecina *Aurgi* (Jaén), de mayor tamaño, y al mismo tiempo era patrón de la mencionada *Tucci*. En comparación con el caso anterior, el evergetismo es aquí mucho más modesto, si bien era más útil para la comunidad el reloj de sol de Marco Valerio Marcelo que la estatua de Aponia. Esta liberalidad de Marcelo vino acompañada por unos espectáculos de carreras de carros y por un festival teatral, financiados también por él tras la aprobación del senado local. En el siguiente ejemplo únicamente se alude al espectáculo, sin que lo acompañe

ofrenda alguna:

> Para Porcia Maura. Lucio Pedanio Venusto a su excelente esposa y sus hijos Lucio Pedanio Claro y Lucio Pedanio Lupo a su madre piadosísima pusieron [este monumento] en el lugar recibido por el municipio y lo dedicaron tras ofrecer juegos circenses (*CIDER*, 40; *EHR*, 25; *CIL* II, 5490).

En cierto modo, este epígrafe nos recuerda al de Aponia Montana porque se encontraba en la base de una estatua también desaparecida, pero difiere en cuanto al sentido, pues honra a un miembro de la comunidad ya fallecido, a una tal Porcia Maura, que debía de formar parte de la aristocracia de la urbe de *Murgi* (El Ejido) y que al parecer se caracterizó por su generosidad en vida, teniendo en cuenta que el senado local le concedió un espacio público para el asiento de su escultura. Aunque la costumbre determinaba que las honras fúnebres fueran celebradas con un *munus* o espectáculo gladiatorio, en este caso se optó por unas carreras de caballos. Sin embargo, esta posibilidad no era infrecuente, tal y como se observa en la legislación (*Dig.* 30.122, 33.1.6 y 33.2.16) y en los textos antiguos. Lo cierto es que las competiciones circenses eran mucho más baratas que los combates de gladiadores, aunque tampoco se debe descartar que a la fallecida o a sus familiares simplemente les gustaran más. Para finalizar, resulta conveniente citar una inscripción de un cariz bien distinto:

> Para el emperador César Marco Aurelio Severo Pío Augusto Pártico Máximo Británico Máximo, hijo del divinizado Septimio Severo Pío Arábigo Adiabénico Pártico Máximo Británico Máximo, nieto del divinizado Marco Antonino Pío Germánico Sarmático, bisnieto del divinizado Antonino Pío, tataranieto del divinizado Trajano Pártico y del divinizado Nerva, pontífice máximo, en su 16.ª tribunicia potestad, Padre de la Patria, cónsul por tres veces, procónsul, cónsul designado, a causa de sus innumerables glorias, el esplendidísimo consejo municipal de Ulia aprobó que fuese hecha y dedicada una estatua habiendo ofrecido unos juegos circenses. Se ocupó de hacerlo Marco Manio Corneliano, encargado de la anona (*CIDER*, 42; *EHR*, 54; *CIL* II, 1532).

A diferencia de los otros epígrafes, en esta inscripción de *Ulia* (Montemayor, Córdoba) del año 212, el homenajeado no pertenecía a la inmediata comunidad, sino que era la cabeza del Imperio, el mismísimo emperador Caracalla. Esta estatua del purpurado, que, como las de las otras inscripciones referidas, tampoco nos ha llegado, pues tras la caída del

Imperio el mármol de las estatuas se convirtió en una jugosa presa (obtenían su valiosa cal destruyéndolas con fuego), fue erigida por orden de la comunidad cívica de la ciudad y presumiblemente costeada por Marco Manio Corneliano, que era el encargado del transporte alimentario. A priori ambos sujetos compartían el prestigio que emanaba de la erección de la escultura y de los juegos circenses que la consagraron, pero queda claro que el máximo reconocimiento ciudadano recayó en Manio Corneliano, quien con toda probabilidad pertenecía a la curia y desempeñaba un cargo muy relevante en este período de la historia de la Bética. Este honor otorgado por la comunidad de *Ulia* debió de corresponderse con un favor análogo concedido por el emperador para este municipio. Lo cierto es que, pese al odio cerval que despertaba en el ámbito senatorial, algo que aparece reflejado ampliamente en las fuentes, Caracalla fue un emperador querido tanto por el ejército como por el pueblo. Lo demuestran la estatua y los juegos circenses de esta localidad. No en vano, la inscripción señala todos sus triunfos militares y lo vincula no sólo con su padre sino también con los llamados emperadores buenos de la dinastía antonina, puesto que en la Antigüedad no se distinguía, o al menos así se pretendía, a diferencia de lo que sucede en la actualidad, entre esta dinastía y la severa, creada por Septimio Severo. Desde luego, los honores rendidos por comunidades de mayor o menor rango a los diversos emperadores, e incluso la celebración de sus natalicios durante su mandato o tras su divinización, estaban a la orden del día, con mayor motivo si tales poblaciones eran agraciadas por la voluntad imperial.

Estos ejemplos hispanos, pese a sus condicionantes históricos, sociales y económicos particulares, muestran perfectamente lo que ocurría en la mayoría de las provincias

romanas durante el Alto Imperio romano, o al menos en aquellas zonas más romanizadas de su geografía. Aquí podemos retrotraernos al texto de Elio Aristides reproducido al comienzo de esta sección, en donde el orador advierte los beneficios del poderío romano, también a través de la difusión de los entretenimientos. Sin embargo, la magnificencia de los juegos de la capital contrastaba de manera notoria con la modestia de los espectáculos de provincias, pues en Roma el gasto podía alcanzar los millones de sestercios en ciertos festivales o celebraciones particulares. Por otro lado, las diferencias no se limitaban al plano cualitativo sino también al cuantitativo. Aunque el calendario de días festivos fuera parecido, el número y la calidad de las celebraciones que contaban con espectáculos circenses dependían indudablemente de la riqueza de cada ciudad (no era lo mismo *Tucci* que Milán o Antioquía). Aun así, en ninguna parte del Imperio debían de realizarse tantos espectáculos como en la capital. De este modo, los juegos circenses se adaptaban a la realidad de los lugares donde se podían celebrar. Aquí se puede presentar una curiosa evidencia epigráfica de la ciudad de Auzia, en la Mauritania Cesariense, según la cual se decretaron unos juegos circenses semestrales con un escasísimo presupuesto de apenas 540 sestercios para cada una de las competiciones. Esta economía ha hecho pensar que los caballos no fueran ni comprados ni alquilados, y que las cuadrigas las guiaran los propios vecinos, sin que las autoridades contratasen a facciones profesionales (*CIL* VIII, 9052; Humphrey, 1986, p. 229). Sin embargo, pese a las diferencias, queda claro que los espectáculos también formaban parte de la vida en las provincias, y que no eran meros elementos de prestigio, pues en ese caso su recorrido social habría sido muy corto, sino que obedecían a una pasión genuina del conjunto de

provinciales, la cual debía de ser correspondida en un ejercicio pleno de retroalimentación. En ocasiones esta pasión daba lugar a polémicas y a enfrentamientos encarnizados que podían desembocar en brotes de violencia, hubiera o no fanáticos de los colores del circo que, alistados en las facciones verde y azul, imitasen a los grandes grupos que pululaban en los recintos de competición de las ciudades más prominentes, empezando por Roma. Lo cierto es que apenas disponemos de evidencias contemporáneas de disturbios, ni en Hispania ni en la inmensa mayoría del Imperio, salvo en el territorio oriental, fundamentalmente en ciudades muy populosas como Antioquía y Alejandría, sobre las que veremos de inmediato diversas muestras de la extensión al ámbito provincial de la violencia derivada de los juegos circenses.

Comenzando por Egipto, la violencia callejera de su capital, Alejandría, era proverbial, tal y como se observa recurrentemente en las fuentes casi desde su fundación por iniciativa de Alejandro Magno. Sus causas son muy diversas: religiosas, políticas, económicas y sociales, o una combinación de todas ellas. Muy pronto el carácter pendenciero alejandrino se aprovechó de las estupendas oportunidades que ofrecían las jornadas de competiciones circenses al reunir a un gran número de ciudadanos. A continuación vamos a ofrecer dos testimonios distintos sobre esta realidad: por una parte, la visión del filósofo Dion de Prusa (a quien también se le conoce como Dion Crisóstomo) a través del discurso que dedicó a la ciudad de Alejandría en tiempos de Trajano y, por otra, una referencia de la ya citada «Vida de Apolonio de Tiana» de Filóstrato.

La Oración XXXII de Dion de Prusa resulta un testimonio fantástico para el propósito de este libro, pues se trata de la mejor fuente antigua para discernir y apreciar la insana

afición de los alejandrinos por los espectáculos, sobre todo por el teatro y el circo, que Dion llega a calificar literalmente como «muestras de maldad» y como «errores». En este discurso se contrapone una ciudad dotada fantásticamente a todos los niveles, que cuenta con una población *a priori* culta y extrovertida, tendente a las bromas, a la superficialidad y a la frivolidad, pero que se exaspera y desespera por los espectáculos. Una manifestación que no dejaba de ser, como advierte con tino Dion, una prolongación del carácter sedicioso y tumultuario de los habitantes de esta metrópolis desde tiempos de los Ptolomeos. Con evidentes ecos juvenalianos, el texto señala que cierta persona innominada dijo en una ocasión que simplemente bastaba con proporcionar a la ciudad «pan y carreras de caballos», puesto que «no le importa nada más» (*Or.* 32.31), y que durante los espectáculos su población se convertía en algo irreconocible. Dion, que no censuraba las carreras de caballos como pura distracción, estimaba sin embargo que no era un espectáculo dignificador y se asombraba de la transformación de los alejandrinos, de su insolencia y delirio, hasta el punto de que «cuando entran en el teatro o en el estadio, como si tuvieran allí sus drogas enterradas, se olvidan de todo lo anterior y no sienten vergüenza de decir o de hacer lo que buenamente se les ocurre» (*Or.* 32.41). Esta pasión bestial, denuncia Dion, desembocaba enseguida en una violencia que, aunque motivada de inicio por las carreras, de inmediato dejaba el entretenimiento deportivo en un segundo plano y se extendía más allá del ámbito del circo:

> Y lo más penoso de todo es que, después de haberse interesado por el espectáculo, no prestan atención, y aunque quieren oír, no escuchan. Y es que están evidentemente fuera de sí y enajenados, y se portan no ya como hombres sino como niños y mujerzuelas. Y cuando termina ese horrible espectáculo, y la gente se dispersa, lo más virulento del desorden ya está extinguido; pero todavía, en los corrillos y en las callejas, continúa por toda la ciudad durante bastantes días. Lo mismo que, cuando se apaga un gran incendio, se puede ver durante mucho tiempo tanto el humo como algunas zonas que siguen ardiendo (*Or.* 32.42).

Más adelante, pone nombre a la droga que considera que mueve a la masa alejandrina: «la droga de la insensatez» (*Or.* 32.45), la cual ha llevado a la muerte a numerosas personas (*Or.* 32.47). De hecho, estima que la población alejandrina, al modo de las víctimas de los secuestros perpetrados por los bandidos, está cautiva de una «pasión indigna» (*Or.* 32.90), más grave si cabe por ser colectiva y no propia de una sola persona:

> Cuando el asunto se generaliza, entonces recibe el nombre de epidemia. Pues, en términos generales, pueden encontrarse todas las faltas en cualquier parte, y borrachos, libertinos, mujeriegos, los hay en todas las ciudades, pero sin llegar a términos intolerables ni excesivos; sin embargo, cuando el fenómeno se hace dominante y aparece generalizado, entonces se convierte en marca distintiva importante y de carácter público (*Or.* 32.91).

En lo que ya parece una burla genuina, Dion indica a los alejandrinos que ni siquiera saben gobernarse y que son afortunados de que les hayan asignado pedagogos para cuidarlos, en una referencia en absoluto velada a la Administración y al ejército de sus conquistadores romanos (*Or.* 32.51 y 69). En definitiva, este retrato de Dion de Prusa resulta en extremo interesante y, más que una foto fija en un determinado momento de la historia de Alejandría, se puede considerar el reflejo de una problemática consustancial a la urbe. Como muy bien apunta el filósofo griego, el carácter sedicioso de la ciudad era más que notable desde hacía mucho tiempo y así se mantendría inequívocamente con el paso de los años, pese a las diferencias y novedades que trajesen los siglos venideros, como se verá en las siguientes páginas. Se trataba de una población desbocada por los espectáculos, tan fanatizada que recurría frecuentemente al tumulto y a la violencia, no sólo en el hipódromo, sino también en las calles, y aunque Dion se centre en el aspecto puramente deportivo o competitivo, ese rasgo de la sociedad alejandrina se extendía a otros muchos.

Este testimonio constituye un estupendo preámbulo a lo que describe la magnífica «Vida de Apolonio de Tiana». Esta

biografía escrita por Filóstrato se caracteriza por estar salpicada de unos tintes fantásticos que la hacen precursora de la hagiografía cristiana posterior. Filóstrato nos cuenta que, en uno de sus múltiples viajes, llegó Apolonio a la ciudad de Alejandría y aprovechó la estancia para abroncar a sus habitantes por su carácter sedicioso y violento:

> Como Alejandría era muy aficionada a los caballos y frecuentadora del hipódromo para este espectáculo, y dado que llegaban incluso a matarse unos a otros, les dirigió una amonestación por ello, y, tras entrar en el templo, dijo:
>
> ¿Hasta cuándo seguiréis muriendo, no por vuestros hijos ni por los templos, sino para contaminar los recintos sacros, al llegar a ellos llenos de sangre coagulada, para dejaros matar dentro de las murallas? A Troya, según parece, la saqueó un solo caballo, el que urdieron los aqueos entonces, pero a vosotros se os uncen carros y caballos y por su culpa no es posible vivir pacíficamente. Morís, pues, no a manos de los Atridas ni de los Eácidas, sino unos a manos de los otros, cosa que los troyanos no habrían hecho ni en estado de embriaguez. Es más, en Olimpia, donde hay competiciones de lucha, de pugilato y de pancracio, no ha muerto nadie por culpa de los atletas, aunque quizás habría habido excusa si alguno se hubiera enardecido en exceso por alguno de su misma especie. Pero aquí es por causa de los caballos por lo que las espadas de uno contra otro andan desnudas, y los apedreamientos están a la orden del día. Caiga el fuego sobre una ciudad así, en donde reina el lamento y la jactancia «de matadores y muertos, y la tierra mana sangre». ¡Respetad la crátera común de Egipto, el Nilo! Pero ¿a qué mentarles el Nilo a hombres que miden más las crecidas de sangre que las del agua? (*Vit. Apol.* 5.26).

Dejando de lado sus elementos más fantasiosos, esta biografía de Apolonio resulta un testimonio espectacular, aun admitiendo que Filóstrato pudiera reflejar, según el complejo conjunto de fuentes que manejó, la realidad histórica del siglo en que compuso la obra, el III, en vez del I. Lo cierto es que, siguiendo el célebre aforismo del gran Benedetto Croce sobre el carácter plenamente contemporáneo de la historia, que asimismo se puede aplicar al mero discurso y a la transmisión de la realidad, parece que ambas opciones son compatibles. Es probable que Filóstrato estuviera condicionado a la hora de escribir este pasaje por la Alejandría de su tiempo, pero resulta más que lógico suponer que no fuese muy diferente de la realidad del siglo I descrita por el citado Dion de Prusa y por el propio Apolonio, pues se mantenía vigente el carácter sedicioso de los habitantes de esa ciudad. Este pasaje incluso se podría correlacionar con el episodio ya referido de la matanza de

los jóvenes de Alejandría protagonizada por Caracalla. Unos jóvenes que no deberían disociarse de los radicales presentes en los juegos circenses. Es decir, este acontecimiento pudo condicionar el relato de Filóstrato, pues sabemos que no tuvo tiempo de finalizar su obra en vida de la emperatriz, ya que ésta se suicidó en el año 217 después del asesinato de su hijo Caracalla, por lo que pudo tener en cuenta el motín que aplacó brutalmente el primogénito de Septimio Severo.

Aunque, como acabamos de apuntar, resulta inevitable que Filóstrato tuviera en mente su propia época, un suceso del año 38, en plena vida de Apolonio, muestra perfectamente la pasión insana por el circo que se respiraba en Alejandría. En concreto, se trata de un estallido de violencia contra la comunidad judía de la ciudad que, de acuerdo con la percepción de determinados autores, se podría calificar como el primer pogromo o persecución antisemita de la historia. Este tumulto sólo nos ha llegado descrito con cierto detalle a través del ya mencionado filósofo judío Filón de Alejandría en sus obras «Contra Flaco» y «La embajada a Gayo», puesto que Flavio Josefo, la otra fuente que cita este episodio, apenas lo hace de pasada. Al parecer, el motín comenzó cuando los judíos se negaron a reconocer la divinidad de Calígula y, de este modo, rechazaron erigirle estatuas, altares o templos. Esta oportunidad fue aprovechada por la hostil población helena de la ciudad para beneficiarse de la precaria situación del gobernador Flaco. Éste, que era un hombre de confianza del difunto Tiberio, temiendo que el ascenso de Calígula hiciera peligrar su vida, decidió acercarse a la comunidad griega, con la que había tenido problemas, para aumentar sus apoyos sociales. Y lo hizo en detrimento de la comunidad judía, la más grande fuera de Judea en aquel momento, a la que había favorecido en los cinco años anteriores y de la

que, pese al giro prohelénico que había emprendido, esperaba mantener su apoyo. Sin embargo, los griegos se aprovecharon de ambas circunstancias para cargar contra una comunidad hebrea que, en aquel momento, se mostraba mucho más próspera económicamente. Encabezados por tres griegos, a los que Filón califica como *stasiarcas* o «alborotadores públicos», fueron sublevados sin dificultad los que acudían al gimnasio de Alejandría. Como Dion de Prusa y otros tantos autores, Filón indica en otro pasaje que los egipcios estaban inclinados a la insubordinación y tenían el hábito de alentar grandes sediciones a partir de la más mínima excusa (*Flacc.* 4.20 y 4.16). El *casus belli* de la revuelta fue la suntuosa visita del monarca judío Agripa a la ciudad, cuya guardia personal exhibía ostentosamente armamento repujado en oro y plata. Montaron entonces un falso desfile encabezado por un pobre demente al que saludaban como señor; esta *performance* tenía como objeto difamar a la comunidad hebrea por completo. Lo que sugerían maliciosamente era que los judíos de la ciudad en realidad no eran fieles al emperador romano sino a un monarca extranjero. Una acusación extremadamente grave.

El débil Flaco se puso del lado de los griegos y decidió arrebatar a los hebreos sus derechos cívicos. Así, arrestó a su consejo de ancianos y los confinó en un pequeño espacio de la ciudad, que asimismo podría calificarse como el primer gueto de la historia, mientras sus hogares y negocios eran saqueados, y los judíos aprehendidos fuera de esta zona perimetrada, torturados y asesinados. Los sediciosos, presa de la ira, no se dieron por satisfechos y atacaron los templos judaicos, donde destruyeron sin miramientos los objetos que los hebreos habían dedicado a los emperadores. Destrozaron numerosas sinagogas y otras las profanaron colocando retratos de Calígula. En la más importante sinagoga de

Alejandría llevaron más allá esta blasfemia, «deseosos de congraciarse, además, con él mediante adulaciones novedosas y de asegurarse completa impunidad por sus atropellos contra nosotros» (*Leg.* 20.134), y emplazaron en su interior «una estatua en bronce que representaba a un hombre sobre un carro tirado por cuatro caballos». Obviamente, a los facciosos jamás se les habría ocurrido trasladar allí una estatua del emperador reinante, porque hubiera supuesto de inmediato su ejecución de acuerdo con la *Lex de Maiestate* romana. Por lo que habían hecho ya podrían haber sido castigados duramente según la legislación. En palabras del propio Filón, «lo razonable habría sido que los autores de semejante ofrenda dedicada a un emperador hubieran sentido temor de que la cosa llegara a oídos de quien se tomaba completamente en serio lo tocante a su personal glorificación» (*Leg.* 20.136). De ahí que los revoltosos buscaran una estatua que se asemejara al emperador y una cuadriga en la que emplazar la escultura. Cometieron así otra falta de respeto enorme, puesto que cogieron del gimnasio ni más ni menos que un carro consagrado a una Cleopatra que había sido reina de la dinastía Ptolomea y que era la bisabuela de Cleopatra VII, la célebre faraona que sedujo a Julio César y a Marco Antonio. Pese a lo particular de esta acción, resulta razonable interpretar que obedecía al deseo de los rebeldes alejandrinos de honrar a un emperador tan notoriamente aficionado al mundo circense, que no dudó en identificarse públicamente con la facción de los verdes —siendo el primero en hacerlo—, condujo como auriga sus propios carros, dedicó un puesto de honor a su caballo favorito *(Incitato)* y multiplicó exponencialmente el número de carreras celebradas en la capital. Es decir, esta audacia era consciente y plenamente coherente con la personalidad del

emperador. Aún más, pese a que Filón, la única fuente que tenemos sobre este tumulto, tan sólo indica que los demagogos que incitaron a la revuelta predicaron en el gimnasio —una institución que había perdido buena parte de su sentido tras la conquista augustea de Egipto, pues el *princeps* le había retirado su función de custodia de la ciudad —, todo hace pensar que también participaron las facciones del circo y que éstas fueron protagonistas de las revueltas, como pone de manifiesto esta burla de la estatua. En concreto, se debe responsabilizar a la facción verde si comparamos la realidad alejandrina con los datos que nos proporciona sobre este contexto otra fuente, cuya redacción, sin embargo, es cinco siglos posterior. Me refiero a la *Cronografía* del bizantino Juan Malalas, quien, por lo demás, se revela como un testimonio de escaso rigor, salvo en los datos que ofrece concernientes a la historia de su ciudad natal, Antioquía. Aprovechemos para hablar ahora de esta última.

Juan Malalas relata que los miembros más fanáticos de la facción de los verdes hicieron lo que quisieron con el beneplácito de su mayor fan, el propio Calígula, y provocaron tumultos tanto en Roma como en el resto de ciudades desde el inicio de su reinado hasta su muerte. Particulariza tal contexto mediante la descripción de un acontecimiento muy singular y gravísimo, ocurrido en Antioquía, que guarda especial semejanza con los sucesos alejandrinos y que, en particular, se produjo en el entorno del ámbito circense. Por lo visto, en el calor del espectáculo la tradicional rivalidad entre las facciones, habitualmente reflejada en la burla del otro y en la competición de cánticos, alcanzó su momento álgido en el instante en que los azules insultaron a los verdes llamándolos «fornicadores» en presencia del gobernador de la provincia. Los verdes

reaccionaron con violencia y se desató una enorme revuelta faccionaria en la que finalmente, de forma similar a lo acontecido en la Alejandría contemporánea, los griegos de la ciudad arremetieron contra los judíos de la capital siria y la emprendieron contra sus sinagogas. Sin embargo, los hebreos no se quedaron de brazos cruzados y Fineas, el más importante sacerdote de Tiberiades, reunió la improbable cifra de treinta mil judíos armados con los que atacó la ciudad y ocasionó una gran pérdida de vidas. Las autoridades romanas, que se habían visto desbordadas por los acontecimientos, ordenaron la ejecución de numerosos judíos, incluido Fineas, cuya cabeza acabó colgada de una pica a las afueras de Antioquía. Con respecto a la población de cultura sirio-griega, los máximos responsables de la ciudad fueron castigados duramente (Juan Malalas *Chronog.* 10.20). La novedad es que, tal y como se observa en otros textos de diferentes épocas —sobre los que volveremos más adelante—, los judíos se convirtieron en los grandes perdedores de esta lucha surgida en el ámbito circense. Curiosamente, parece que los hebreos solían alinearse con la facción de los azules (Van der Horst, 2006) y, por tanto, se consideraban enemigos incorregibles de los verdes, que fueron precisamente quienes los atacaron, tanto aquí como previamente en Alejandría, aprovechándose de la protección e impunidad que les brindaba Calígula. Sin embargo, pese a esa afinidad hacia la *factio veneta,* el común de los seguidores azules no se diferenciaba de los verdes con respecto a sus sospechas contra los hebreos.

Volviendo a Alejandría, a las motivaciones socioeconómicas mencionadas más arriba, pudo añadirse otra derivada de la rivalidad en el circo que, a fin de cuentas, no hacía más que reflejar un descontento social no tan soterrado en el caso de esta urbe. Es cierto que Filón no

menciona directamente tal opción, pero no duda en insistir con vehemencia en el tópico de la insubordinación alejandrina, que, bajo el dominio romano, conforme a lo explicitado por Dion de Prusa, acompañaba o tenía como origen la violencia vinculada al circo, la cual actuaba como una losa perenne de la vida ciudadana de Alejandría. Es probable que Filón no quisiera involucrar activamente a un entretenimiento al que se sentía tan ligado como lo demuestra su obra, pues entre sus innumerables referencias a los carros, los caballos o los aurigas, apenas reprocha tímidamente, de manera más retórica que sentida, la vanidad del auriga ganador (*Mut.* 15.93). Puede parecer un contrasentido, pero tal actitud se observa constantemente en el ámbito del deporte de masas por excelencia de la actualidad, el fútbol. De esta manera, los espectadores más ruidosos y violentos del circo debieron de tomar partido por una peligrosa sedición, lo que refuerza el testimonio de la vida de un Apolonio que, reiteramos, era contemporáneo a este acontecimiento —sobre él volveremos de inmediato—. Lo cierto es que tres años después, una vez que la embajada encabezada por Filón ante Calígula no hubo dado resultado alguno, los judíos lanzaron como respuesta un ataque similar contra los griegos de Alejandría, aprovechando la coyuntura imperial tras el asesinato de Calígula y la subida al poder de su tío Claudio, quien devolvió a los judíos sus derechos a través de un decreto en el que reclamaba tranquilidad a ambos bandos para restablecer la buena convivencia (Flavio Josefo *AJ* 19.276-284).

Tras este necesario excurso, volvamos de nuevo a las andanzas de Apolonio de Tiana. En el texto referido se presenta a los alejandrinos como grandes aficionados a los espectáculos circenses, tanto que eran motivo de disputas violentas y asesinatos. Apolonio decidió tomar cartas en el

asunto: en el mayor templo alejandrino, el Serapeo, denunció estas actitudes mediante fantásticas imágenes retóricas, como la horrenda aparición de sangre humana en los templos en vez de la de los animales prestos al sacrificio. Aún más elocuente es el empleo que hace de dos tópicos quintaesenciales de la cultura helénica: Homero y los Juegos Olímpicos. Por una parte, contrapone el legendario caballo de Troya con los caballos que, en la época contemporánea, impiden a los alejandrinos «vivir pacíficamente». Mientras que los griegos de antaño morían por motivos gloriosos, los habitantes de la capital egipcia conocían el beso de la muerte por culpa de una afición indigna como lo eran las carreras de carros. En esta línea, no duda en comparar desfavorablemente los juegos circenses con las actividades deportivas celebradas en Olimpia. Contrapone disciplinas intrínsecamente violentas como la lucha, el boxeo y el pancracio, que curiosamente no despertaban actitud violenta alguna entre los asistentes, con unas carreras en principio de índole pacífica pero que desembocaban en disputas, altercados e incluso tumultos, con el resultado de muertes provocadas por el empleo de espadas y piedras (un discurso que bien podría haber inspirado uno de los lemas más conocidos del deporte contemporáneo: «El rugby es un deporte de brutos jugado por caballeros, mientras que el fútbol es un deporte de caballeros disputado por brutos»). Tan dura era esta realidad alejandrina que Apolonio no dudó en recurrir a la imagen del Nilo otorgador de vida, denunciando que la plebe alejandrina prefería las inundaciones de sangre a las del agua salvífica (*Vit. Apol.* 5.26). Desafortunadamente, Filóstrato no informa sobre los efectos que tuvo esta perorata tan típica del sabio de Tiana. Debieron de ser nulos, pese a que en otro fragmento previo el mismo autor nos indica que acostumbraba a tener éxito en

sus intervenciones ante situaciones similares. Así, Apolonio vagó por áreas tranquilas de Panfilia y Cilicia, donde no necesitó intervenir como sí hacía cuando llegaba a ciudades trastornadas por tumultos, a menudo ocasionados por «espectáculos no serios», es decir, vinculados fundamentalmente a juegos circenses o teatrales. En tales casos, «con llegar, hacer acto de presencia y manifestar con la mano o con el rostro el reproche que iba a hacerles, acababa todo el desorden y guardaban silencio como en los misterios», puesto que quienes se revolvían por naderías «si ven a un hombre de verdad, se ruborizan, recuperan el control de sí mismos y se avienen a razones con la mayor facilidad». Otro asunto, señala Filóstrato, era enfrentarse a aquella población insurrecta por culpa del hambre, ya que en ese contexto ni los discursos ni la persuasión bastaban para anestesiarla. Sin embargo, tampoco se le resistía a Apolonio esa hercúlea tarea, como lo demostró en la urbe panfilia de Aspando, donde la población se alzó en armas mientras el gobernador se mostraba impotente ante las actividades especulativas en el ámbito de los alimentos que protagonizaban unos potentados locales (*Vit. Apol.* 1.15-16).

La evidencia textual, arqueológica y epigráfica, pese a sus limitaciones, demuestra que durante el Alto Imperio romano la afición por los juegos circenses se estableció firmemente en las provincias que componían el Estado romano. El mayor espectáculo de Roma no sólo despertaba ardores y pasiones en la urbe del orbe, sino que la fiebre se había extendido en todas direcciones. A imitación de Roma, los magistrados y los colegios sacerdotales se preocupaban por la organización de festivales locales, comarcales e incluso provinciales —como el Concilio de la Provincia de la Hispania Citerior celebrado en Tarraco, que reunía a representantes de todo el territorio— e interprovinciales —

como el Concilio de las Galias de *Lugdunum* (Lyon)—, que implicaban, en el contexto de sus funciones administrativas y de culto, fundamentalmente enfocadas al emperador, el desarrollo de diversos espectáculos conmemorativos. Asimismo, cumplían un importantísimo rol los personajes privados que deseaban beneficiar a sus comunidades a través de donaciones de todo tipo, que podían consistir en espectáculos *per se* o en competiciones que acompañasen a otros regalos de valor, como por ejemplo edificaciones. Sin embargo, este panorama cambió con el final del Alto Imperio, con la Crisis del siglo III y con el advenimiento de esa nueva fase de la historia romana conocida como el Bajo Imperio. Las consecuencias sociales de la extensión de la ciudadanía romana a casi toda la población imperial por parte de Caracalla, la brutal crisis que sufrió el Imperio a todos los niveles, incluido el militar, puesto que hubo cambios tanto dentro de las fronteras como fuera, hicieron profunda mella en ese tiempo. En Oriente, los decadentes partos dejaron su lugar a los enérgicos sasánidas, mientras que en los *limites* renano y danubiano aparecieron nuevos actores conforme se producía la progresiva e inexorable jerarquización de las sociedades bárbaras. Surgen así confederaciones de pueblos más potentes desde el plano militar, como los francos, los alamanes, los sajones o los godos. Tampoco se pueden dejar de lado las importantísimas transformaciones que los emperadores Diocleciano y Constantino I llevaron a cabo, las cuales, en conjunción con los otros factores referidos, trastocaron por completo la existencia de los dos primeros siglos del Imperio. De manera que se sucedió una redefinición de los protagonismos sociales y una notable disminución del evergetismo, si bien hay que tener en cuenta que este período viene acompañado por una profunda crisis en el ámbito epigráfico (MacMullen,

1982), que, en el fondo, es nuestra principal fuente de conocimiento de la vida de las élites y el devenir de las provincias. Por supuesto, estos nuevos tiempos afectaron asimismo a los espectáculos. Todo hace pensar que desde comienzos del siglo III, si no antes, se redujo tanto la cantidad como la calidad de los patrocinios privados relacionados con los entretenimientos —aunque no de la evergesía en sí misma, puesto que se reorientó a partir del siglo IV en favor de la labor de la Iglesia cristiana—, si bien parece que el Estado romano intentó compensarlo sufragando y organizando espectáculos con mayor ahínco en las urbes más importantes. De hecho, la pasión por el circo continuó incólume y hasta es posible que aumentara, como veremos a continuación. Curiosamente, aunque la epigrafía deje de ser una evidencia tan relevante en el Bajo Imperio y, en general, en la Antigüedad Tardía, disponemos de muchísimas más fuentes textuales de esta época que de la inmediatamente anterior, como consecuencia del predominio social y político de un elemento que, aunque presente en los dos primeros siglos de nuestra era, no disfrutaba todavía del protagonismo crucial que adquiriría a partir del Bajo Imperio. Obviamente, me refiero al cristianismo, cuyo avance vino acompañado por la multiplicación de textos que plasmaban su inexorable progreso, tanto de los propios Padres de la Iglesia como de otros muchísimos escritores cristianos que, paradójicamente, prestaron muchísima atención a aspectos a los que las fuentes de raigambre pagana preferían no dar demasiado pábulo por estimarlos indignos de ser conservados en la memoria escrita. Uno de estos aspectos eran los entretenimientos, abordados en general por los autores cristianos con ánimo polémico y denigratorio. Sin embargo, la profusión de escritos sobre esta realidad no debería llevarnos a concluir que en estos

siglos aumentó drásticamente la afición por el circo; lo que ocurre es que fue entonces cuando apareció de forma más nítida en los documentos. En cuanto a los rasgos de los juegos circenses descritos, no rompen en absoluto con los de la etapa anterior, tal y como se observa en el vocabulario y en los conceptos empleados. Aun así, tampoco deberíamos hacernos trampas al solitario, pues otra particularidad es que de la época republicana y altoimperial nos ha llegado apenas una selección de la obra escrita, en contraste con el gran volumen datado en época cristiana. En definitiva, el elevado número de testimonios sobre este período condiciona la mayor extensión y detalle del relato que se ofrece a continuación de los juegos circenses.

Los espectáculos circenses durante la Crisis del siglo III y el Bajo Imperio romano

Como ya se ha señalado, tras su poco satisfactoria campaña militar contra los partos, Alejandro Severo fue asesinado por su propia tropa en pleno *limes* renano, en *Mogontiacum* (Maguncia), durante una campaña contra unos germanos que habían osado adentrarse en el Imperio y a los que intentó comprar con subsidios. Esta política provocó la ira de unas tropas que ya desconfiaban de él por sus desaciertos en la campaña anterior y, muy especialmente, por su actitud. Herodiano escribe que los soldados «miraban con malos ojos su afición a las carreras de carros y al lujo, cuando su obligación era combatir y castigar a los germanos por su anterior atrevimiento» (6.7.10). Sobre la campaña persa, el mismo autor griego sostiene que Alejandro Severo imitó al anterior emperador Lucio Vero en Antioquía al disfrutar de los placeres que ofrecía esta urbe (entre los cuales figuraban prominentemente los espectáculos públicos, en especial los celebrados en su renombrado hipódromo) mientras los soldados afrontaban el peligro fronterizo. El retrato casi idílico que arroja la *Historia Augusta* sobre Alejandro y su desprecio hacia los espectáculos se derrumba por completo ante las palabras de un autor como Herodiano, que no sólo era contemporáneo a este emperador, sino que al parecer también procedía de Antioquía. Lo cierto es que el resentimiento de la tropa se fue acumulando con el tiempo y finalizó con el patético asesinato conjunto en el año 235 del soberano y de su madre Julia Mamea, conocida como *mater castrorum* («madre de los campamentos») por su vinculación con el mundo militar, lo que contrasta con las aptitudes de

su hijo. Abandonado por los suyos mientras se aproximaba el rebelde Maximino y era insultado por sus propios soldados, se acurrucó llorando entre los brazos de su madre y esperó a su ejecución en el interior de su tienda de campaña en el campamento de la Legión XXII Primigenia. Este magnicidio marca el inicio de la Crisis del siglo III. En el lapso de apenas cuatro décadas se sucedieron en el trono numerosos emperadores y usurpadores, que magnicidio tras magnicidio duraban muy poco en el poder. Este período de máxima inestabilidad, tanto en el gobierno como en las esferas económica, social y militar, no finalizó hasta la llegada al trono de Diocleciano en el año 284.

Le sucedió Maximino el Tracio (235-238), uno de los emperadores más singulares que hubo jamás. Procedente de una región semibárbara de Tracia, de joven ejerció como pastor antes de alistarse en el ejército, donde fue ascendiendo progresivamente hasta comandar legiones y provincias. Durante la campaña germana que finalizó con el magnicidio de Alejandro Severo, ocupó el cargo de prefecto de los reclutas. Fueron éstos quienes, de acuerdo con la tropa veterana, le eligieron como emperador al estimar, en abierta contraposición con el último representante de la dinastía severa, que era un camarada y un compañero de armas. Aunque en un principio rehusó la púrpura, las amenazas de muerte que recibió le impulsaron a aceptarla y posteriormente marchó hacia donde se encontraba Alejandro Severo. Según Herodiano, Maximino era «un bárbaro tanto por su carácter como por su cuna» (7.1.2), que se caracterizaba por su mano férrea, por su enconado enfrentamiento con el senado —no en vano, sobrevivió a un primer intento de asesinato patrocinado por senadores al poco de alcanzar el trono— y por su afán de ampliar las fronteras imperiales. Las fuentes destacan su valentía, su

fuerte carácter y, sobre todo, su descomunal tamaño y fuerza. Según la *Historia Augusta,* Maximino, que se convirtió en el primer emperador soldado, medía dos metros y cuarenta centímetros y llevaba un brazalete de su esposa como anillo. Calificado como «el hombre más fuerte de su tiempo», era capaz de enfrentarse a quince hombres a la vez y salir victorioso, derribar caballos de un solo golpe y arrastrar carretas cargadas. En lo que atañe al circo, en sus tres años de reinado no se puede referir nada extraordinario al respecto, ya que prefería el frente bélico a Roma y no pisó la capital. Sólo se puede subrayar una noticia relacionada con su caída: el senado entronizó por decreto como nuevos emperadores a Máximo, Balbino y Gordiano III —este último descendiente de Gordiano I y II, que habían fallecido tras haberse levantado fallidamente contra Maximino en África poco antes— y concedió a los tres diversos honores, entre los que destacaban juegos escénicos, gladiatorios y circenses (*SHA Max. Balb.* 8.4); poco después de celebrarse tales espectáculos, estalló la guerra civil y Maximino el Tracio moría asesinado mientras asediaba la ciudad rebelde italiana de Aquileya. El ejército lo lamentó profundamente, pero según Herodiano el júbilo estalló en Roma al conocerse la noticia. Las cabezas de Maximino y de su hijo no tardaron en ser paseadas en sendas picas por el Circo Máximo, adonde marchó la población enfervorecida, como si hubiera sido llamada a una asamblea cívica, para observar el espectáculo (Herodiano 8.6.8). Sin embargo, a cada uno de los tres emperadores elegidos por el senado les aguardaba el mismo destino que al bárbaro Maximino, como también a la inmensa mayoría de los soberanos que ejercieron el poder durante las siguientes cuatro décadas, amén de los numerosísimos usurpadores fallidos que ansiaron el trono en ese período. Teniendo en cuenta los datos tan dispersos

de los que disponemos, voy a centrarme tan sólo en aquellos emperadores de los que se puedan ofrecer hechos relacionados con el circo o con actividades circenses de carácter extraordinario. Cabe señalar que, pese al bochornoso escenario político, continuaron celebrándose los entretenimientos públicos del calendario anual asociados a los festivales sagrados, amén de aquellos que eran sufragados por los magistrados.

Gracias a la numismática y a algún que otro texto, como la *Crónica del año 354,* sabemos que tras el asesinato a manos de la guardia pretoriana en el mismo año 238 de Balbino y Máximo, el superviviente Gordiano III (238-244) patrocinó unos juegos de Minerva (*Chron. s.a.* 354) que, aunque parecen de índole griega, sin lugar a dudas también incluían concursos ecuestres, al igual que otras efímeras competiciones de tipología similar, como las Neronias o las Adrianeas instauradas por los emperadores epónimos, las Antoninias Píticas de Heliogábalo o el más estable festival de las Capitolias. Tras su muerte con apenas diecinueve años, le sucedió el prefecto del pretorio Filipo el Árabe (244-249), de quien desafortunadamente no conocemos demasiados datos, salvo que bajo él se celebraron los más grandes Juegos Seculares jamás habidos. No en vano, en abril del año 248 se conmemoraron los primeros mil años de la historia de Roma con unos juegos y espectáculos de factura imponente que, aunque casi sólo tengamos constancia de la calidad de los entretenimientos sangrientos ofrecidos en la arena del anfiteatro, también incluyeron competiciones circenses (*SHA Gord.* 33.1, Aur. Víctor 28.1-2, Eutropio 9.3). Unos Juegos Seculares que al parecer no volvieron a repetirse, tal y como afirma con tristeza el historiador Aurelio Víctor al rememorar los mil cien años de la fundación de la urbe en su tiempo. En esta misma línea,

más de un siglo después, el historiador griego pagano Zósimo ligó su desaparición a la decadencia del Imperio (Zós. 2.7.1-2).

El siguiente emperador del que vamos a hablar es Galieno (253-268), puesto que ninguna noticia referente a los emperadores que le precedieron resulta interesante para el propósito de este libro. Galieno comenzó a reinar en solitario en el año 260, pero ya había sido asociado al trono en el 253 por decisión de su padre Valeriano, quien, tras haber ejercido en reinados anteriores como el primero de los senadores —es decir, el miembro más relevante de esta institución—, se había hecho con el poder después de oponerse al usurpador Emiliano. Para su desgracia, Valeriano se convirtió en el protagonista de una de las mayores afrentas jamás vividas por la antigua Roma: junto con sus tropas y buena parte de su séquito, fue capturado traicioneramente por Sapur, el segundo monarca de la dinastía sasánida, que, tras haber expulsado a los por entonces decadentes partos del trono persa, hizo resurgir el poderío del tradicional gran enemigo de la Roma imperial. En el año 241 Sapur protagonizó un primer ataque durante el reinado del emperador Gordiano III, que pereció en el campo de batalla, y el conflicto se solventó mediante la concertación de una paz vergonzosa firmada por Filipo el Árabe en el año 244, que el emperador romano incumplió posteriormente. El segundo ataque de Sapur contra el Imperio se produjo en el 253, cuando el trono lo ocupaba el inerme Triboniano Galo, y, si hacemos caso a Juan Malalas, la causa fueron los espectáculos circenses de la importante ciudad de Antioquía. Por lo visto, un magistrado de esta urbe llamado Meriades fue cesado de su puesto después de haberse embolsado el dinero dispuesto para la compra de los caballos que se necesitaban para organizar las carreras del

circo. Meriades huyó hasta cruzar la frontera y llegó a la corte de Sapur, al que, por despecho, le prometió la entrega de la que había sido su ciudad (*Chronog.* 12.26). El rey de reyes persa no desaprovechó la oportunidad: invadió Siria y capturó su capital hasta que fue desalojado por Valeriano en el año 257. Enardecido por su victoria, el emperador romano decidió perseguir al enemigo en fuga, aunque por desgracia fue vencido en Edesa. Tras esta derrota, Valeriano accedió ingenuamente a entrevistarse en persona con Sapur, que no dejó escapar la ocasión para tomarle como prisionero. Según el autor eclesiástico Lactancio, que detestaba a Valeriano por las persecuciones anticristianas que llevó a cabo, este emperador pasó el resto de sus días en la corte persa, siendo constantemente objeto de burlas y afrentas. El rey persa llegó a emplearle como escalón humano para montar en su caballo o para subir a un carro. Lactancio señala asimismo que, a su muerte, su cadáver fue ultrajado y después despellejado; la piel se encurtió y fue colgada de un templo, para recordar el triunfo persa y también para atemorizar a los embajadores romanos que acudían a su capital (*De mort. pers.* 5). Hay más versiones sobre el final de Valeriano. Las romanas tienden a ofrecer una panorámica similar; en cambio, las fuentes persas reflejan otra realidad y señalan que se trató con respeto a los romanos capturados, los cuales supuestamente se convirtieron en servidores de los persas y fueron establecidos en ciudades de nueva planta. Sin embargo, no podemos dejar de lado el magnífico bajorrelieve de Naqsh-e Rustam en el que aparecen retratados los emperadores Filipo el Árabe y Valeriano, con éste arrodillado en homenaje a un triunfante Sapur. Sea como fuere, este hecho era absolutamente nefasto y suponía un golpe de fatales consecuencias para el orgullo romano. Además, a esta desgracia se sumaban otras circunstancias

penosas ocurridas durante el reinado de su hijo Galieno, como el surgimiento de decenas de usurpadores. La mayoría de ellos no tuvo éxito, con alguna que otra excepción, como por ejemplo el importante régimen creado por Póstumo en el norte de la Galia, llamado por la historiografía el Imperio gálico. Durante catorce años, la Galia e Hispania y Britania estuvieron separadas del Imperio, si bien nominalmente seguían conectadas, puesto que los emperadores gálicos siempre esperaron cohabitar con los legítimos de Roma. Asimismo resulta notabilísimo el dominio que Odenato y Zenobia de Palmira ejercieron sobre el Oriente imperial. Lo curioso es que estos poderes autónomos merecieran en las fuentes mejor consideración que el legítimo Galieno. El tiempo de este emperador se vio afectado por la apertura de numerosos frentes en las fronteras, en forma de guerra abierta o, con más frecuencia, de incursiones bárbaras en el Imperio con el fin de obtener botines y cautivos, lo que, conforme al derecho romano, era calificado como bandidaje o piratería y afectó a todos los confines del Imperio. Asimismo hubo graves problemas internos, como una rebelión de esclavos en Sicilia. De acuerdo con el colorido relato de las fuentes, fueron sin embargo otros los factores que marcaron la ruina de este período: la peculiar personalidad del emperador y su enfrentamiento con el senado, entre otras circunstancias definitorias de un período de crisis que hicieron que los escritores se ensañaran a conciencia contra Galieno. En la Antigüedad se le consideraba un nuevo Nerón y, al igual que sucedió con el resto de malos emperadores, resurgió la tradicional asociación de la ignominiosa figura del regente con el mundo de los espectáculos. Véase si no el siguiente testimonio del autor del siglo IV Aureliano Víctor:

> Pero en Roma Galieno se dedicaba a convencer falsamente a gentes ignorantes de los males públicos

de que todo estaba pacificado; incluso con frecuencia, como suele hacerse cuando las cosas suceden según los propios deseos, organizaba juegos y celebraciones de triunfos, para probar con más facilidad lo que simulaba (Aur. Víctor 33.15).

Aunque la historiografía reciente ha tendido a revalorizar su legado y actuaciones (Blois, 1976), las fuentes resultan tozudas. Así, en la línea de Aurelio Víctor, el supuesto autor de su biografía en la *Historia Augusta,* un tal Trebelio Polión, indica que, tras conocer la muerte del usurpador Macriano, «se entregó al placer y a la lujuria. Dio espectáculos circenses, escénicos, gimnásticos, incluso una cacería y luchas de gladiadores, y convocó al pueblo, como en los días triunfales, para la celebración y el triunfo», a pesar de que los persas habían apresado a su padre (*SHA Gal.* 3.6-7). A través de estos testimonios queda claro que las críticas se centraban en la conmemoración de las *decennalia* (una década de gobierno) en el año 263. Pese a la ausencia de evidencias más equilibradas, parece que tales críticas son injustas y tienen como único fin destruir el recuerdo de un emperador que, sin embargo, no se apartaba de los cánones ya establecidos por sus antecesores. En todo caso, resulta notable que la dura crisis que tuvo que afrontar su reinado no impidiera la pervivencia del Imperio, lo que quizás debiera ser motivo para otorgar algún mérito a Galieno. De hecho, éste simplemente procuró que la vida continuara su curso en la urbe romana pese a las dificultades y que el pueblo se mantuviera al margen. Por ello, no habría nada que reprocharle, pues lo mismo hicieron otros emperadores de buena fama, como el propio Marco Aurelio, que, en un testimonio citado más arriba, dejaba claro que el pueblo merecía distraerse de los pesares de su tiempo. Sin embargo, se le achaca que esas celebraciones se produjeran mientras su padre seguía cautivo y después de un episodio oscurísimo, sin correlato alguno en otras fuentes: se le responsabilizó de una matanza en Bizancio dirigida contra la

población y contra la milicia allí destacada, porque por lo visto habían apoyado al citado Macriano, en lo que parece una copia de lo que hizo Septimio Severo en la misma ciudad en el contexto de la guerra civil contra Pescenio Nigro.

En definitiva, Galieno ofreció unos espectáculos y unos juegos no muy diferentes de los organizados previamente con gran pompa por otros emperadores como Trajano y Septimio Severo. No era para menos, pues hacía tres décadas que ningún soberano llegaba a esa cifra de años en el trono (de hecho, habría que esperar a Diocleciano para encontrar un monarca tan duradero). Polión, el supuesto autor de la biografía de Galieno en la *Historia Augusta,* nos proporciona más detalles sobre esta celebración, caracterizada por «nuevos tipos de espectáculos, con un esplendor inusitado y con una muestra escogida de toda clase de diversiones». Se acompañó de un desfile triunfal, cuyas particulares características eran más bien propias de la pompa circense, dado que no casaba demasiado con las convenciones del triunfo: el emperador marchó entre los senadores, caballeros, sacerdotes y oficiales del ejército, precedido por las mujeres y los esclavos con lámparas y antorchas, además de cien bueyes blancos con los cuernos entrelazados con cintas doradas y sedas, y diez elefantes. Asimismo, marcharon mil doscientos gladiadores de gala, mimos e histriones, boxeadores y bufones. Por otra parte, en los flancos se situaron lanceros con picas de oro e innumerables estandartes, entre los que se encontraban los militares. La procesión incluía a cautivos que representaban a los pueblos más peligrosos del momento: godos, francos, sármatas y persas (*SHA Gal.* 7.4 y 8-9). Lamentablemente, no se conocen más detalles, pero queda claro que el dispendio fue enorme y los entretenimientos masivos y novedosos, tanto que fueron utilizados por las fuentes prosenatoriales para atacar a un

emperador que, mal que bien, supo sobrellevar un período en extremo complicado que acabaría con su vida: en el año 268, Galieno fue degollado por el jefe de la caballería dálmata, en un complot urdido con quien ocuparía de inmediato el trono. Según la *Historia Augusta,* de esta manera se evitó que «el Estado, acostumbrado al teatro y al circo durante tanto tiempo, pereciese a causa del encanto de las diversiones» (*SHA Gal.* 14.5).

Así pues, Galieno fue sucedido por el citado Claudio II (268-270), el primero de los emperadores ilíricos que monopolizaron durante décadas el gobierno del Imperio. De origen oscuro, las fuentes le retratan, al igual que hicieron con Maximino el Tracio, como un emperador físicamente imponente e iracundo. En la *Historia Augusta* su descripción también está envuelta en la leyenda: podía arrancarle los dientes a un caballo de un puñetazo y, proclive a pelearse en el ejército, en cierta ocasión en que un conmilitón le agarró de los testículos, le voló la dentadura de un sopapo (*SHA Claud.* 13.6-8). Era un militar experimentado y durante sus tres años de reinado se caracterizó por una gran pericia en el campo bélico. Aunque combatió a numerosos pueblos que amenazaban el Imperio, fue su lucha contra los godos, que llevaban décadas presionando las fronteras y haciendo incursiones, la que le valió su sobrenombre, Claudio II el Gótico, a consecuencia de sus importantes victorias por mar y por tierra. La más relevante fue la célebre batalla de Naiso, en la que, según se dice, parece que exageradamente, mató a más de trescientos mil godos y obtuvo un número ilimitado de esclavos que fueron repartidos por las provincias. Sobre la relación de Claudio con el circo, nada se sabe salvo una información de Juan Malalas, que ha de ponerse en cuarentena: por lo visto, era seguidor de la facción de los verdes (*Chronog.* 12.28). Murió de peste y, tras el brevísimo

intermedio de Quintilo, su hermano, que al parecer fue asesinado, el trono recayó en uno de los mejores generales de Claudio, Aureliano (270-275).

Durante los cinco años de su gobierno, Aureliano combatió exitosamente contra los bárbaros transfronterizos, si bien con algún que otro traspiés importante, y pasó a la historia por restaurar un Imperio dividido desde tiempos de Galieno. Así, en el año 272 sometió de nuevo bajo la égida romana a la Palmira gobernada en solitario, tras la muerte de Odenato, por la reina Zenobia y al Egipto del que se había apoderado tras la caída de Palmira un hombre de negocios sirio llamado Firmo, y en el 274 al Imperio gálico, que en aquel momento, bajo el gobierno de Tétrico, apenas ocupaba el norte de la Galia. Aureliano fue un emperador de carácter colérico y cruel pero ingenioso, que no dudó en enfrentarse al senado y que dio muestras de su peculiar personalidad en diversas ocasiones. Célebre es su captura de la ciudad rebelde de Tiana, que apoyaba a Palmira. Al encontrar sus puertas cerradas, proclamó furioso que no dejaría vivo un solo perro en la ciudad y ordenó a su ejército el asalto. Éste se llevó a cabo merced a la traición de un rico ciudadano, y cuando parecía que Aureliano iba a consentir la matanza de la población y a conceder el tradicional saqueo a sus tropas, ordenó que únicamente pereciera el traidor, porque no podía confiar en alguien que hubiera conspirado contra su propia patria, y que le acompañaran en la muerte todos los perros que sus soldados encontrasen intramuros (*SHA Aur.* 22-23). Finalmente, celebró en el año 274 un brillantísimo y bullicioso triunfo en Roma, en el que desfilaron, entre el enorme gentío de enemigos vencidos, varias mujeres guerreras godas (a las que sus coetáneos llamaban amazonas), todos los usurpadores que habían sido derrotados y algunos de sus aliados, como por ejemplo

Tétrico, último soberano del Imperio gálico, que traicionó a sus tropas en el campo de batalla y que en el desfile iba ataviado con su clámide púrpura; algunos de los príncipes egipcios que apoyaron a Firmo; ciertos senadores rebeldes, y la propia Zenobia, que marchó vestida con sus mejores galas y apresada con cadenas de oro. De acuerdo con Juan Malalas, no fue éste el único escarnio al que sometió a Zenobia, puesto que la paseó en dromedario por diversas poblaciones orientales, incluida Antioquía, como antesala, en este último caso, de unos juegos circenses organizados para conmemorar precisamente la victoria sobre la reina de Palmira (*Chronog.* 12.30). Sin embargo, tanto a Tétrico como a Zenobia les perdonó la vida por los importantes servicios que ambos habían prestado previamente al Estado romano. Así, al primero lo nombró gobernador y a la segunda le concedió una propiedad fundiaria en Italia, donde vivió tranquilamente el resto de su vida. Este masivo triunfo celebrado en Roma, como es natural, vino acompañado de espectáculos públicos tanto teatrales como gladiatorios, *venationes,* naumaquias y, por supuesto, unos magníficos juegos circenses (*SHA Aur.* 33-34). Bajo su gobierno se produjeron hechos notables: una inaudita revuelta de los acuñadores de moneda en Roma, que finalizó con la muerte de miles de soldados; la construcción de las impresionantes murallas aurelianas, que aún siguen en pie en la Ciudad Eterna, y, en especial, una política religiosa que, a juicio de algunos, lo convierte en una especie de Akenatón romano, aunque esto sea discutible. Aureliano introdujo de manera plena la divinidad solar a través de su identidad con el Sol Invicto, si bien en la religiosidad romana ya existía una tradición de este culto, como se observa en la figura del dios *Sol Indiges* del mitraísmo o, en directo correlato con el caso que nos ocupa, en el dios Heliogábalo que trajo el

emperador epónimo desde Siria. A pesar de lo que han sostenido diversos historiadores actuales, Aureliano no pretendía eliminar el resto de cultos divinos. La divinidad solar, cuyo nacimiento se conmemoraba el 25 de diciembre, el día del solsticio de invierno, del que se apropió el cristianismo para celebrar a Jesucristo, fue promocionada y se le dedicó un templo fastuoso y un colegio sacerdotal. Tan importante llegó a ser su culto que bajo el cristianismo no fue tan perseguido como el resto de dioses del panteón pagano. En lo que nos ocupa, el mismo año de la consagración de este templo, el 274, se crearon unos juegos en honor del sol *(agon Solis)* que se incorporaron al calendario sagrado romano y pasaron a celebrarse cada cuatro años, con treinta carreras circenses incluidas (*Cronografía del año 354;* Jerónimo *Chron.* 263). Con respecto a los espectáculos, la *Historia Augusta* reproduce una supuesta carta, escrita después de la victoria contra Firmo y dirigida a la población de la capital romana, que resulta ciertamente interesante porque refleja la prototípica percepción que tenían los emperadores sobre el rol de los espectáculos, y en concreto el del circo, en la sociedad. Tras confirmar que el flujo de trigo egipcio que había sido interrumpido por Firmo volvería a inundar las calles de Roma, Aureliano hace unas recomendaciones a los ciudadanos romanos que podrían haber sido firmadas por el mismísimo Juvenal:

> Mantened la concordia con el senado, la amistad con el orden ecuestre y la buena disposición de siempre con los pretorianos. Yo conseguiré que no exista ninguna preocupación en Roma. Entregaos a los juegos, entregaos a las competiciones del circo. Que a nosotros nos mantengan ocupados las necesidades públicas; que a vosotros, en cambio, os tengan absorbidos las diversiones (*SHA Firm.* 5.5-6).

Este «príncipe útil, más que bueno» (*SHA Aur.* 37.1), aunque gozó de apoyo popular, en buena medida a causa de su oposición al senado, fue asesinado por su secretario personal. Tras un interregno de seis meses, el senado

nombró como nuevo emperador al anciano Tácito, que, al igual que ocurrió previamente con Valeriano, era el principal miembro de esta asamblea. Fue la última vez que el viejo senado tuvo alguna responsabilidad en la elección de la cabeza del Imperio. Sin embargo, Tácito fue asesinado a los seis meses de reinado sin haber realizado nada importante. Lo sucedió su hermano Floriano, quien no dudó en apropiarse del trono pero apenas duró dos meses, hasta que el ejército decidió nombrar a otro destacado general, Probo (276-282), como nuevo emperador de Roma. Las Galias andaban revueltas tras la muerte de Aureliano y numerosos bárbaros —sobre todo francos y alamanes— habían aprovechado la inacción de Tácito para saquear sus ciudades y asentarse en la provincia. Probo actuó rápidamente y consiguió recuperar el territorio perdido, construyó nuevos campamentos para vigilar a los bárbaros tanto dentro como fuera de las fronteras, sometió como clientes a muchas poblaciones de más allá del Rin y capturó a un numeroso contingente de bárbaros, algunos de los cuales fueron obligados a establecerse en suelo gálico como campesinos, mientras que a otros los distribuyó en diversas unidades militares destacadas por todo el territorio imperial. Actuó de forma similar en los Balcanes contra otros enemigos y combatió a los siempre rebeldes blemios, que vivían en el actual Sudán. Entretanto tuvo que hacer frente a otro tipo de barbarie bien distinta, la interna, encarnada por los habitantes de Isauria —la siempre difícil área situada en el interior de la antigua Cilicia—, un territorio tradicionalmente rebelde que albergaba a notorios bandidos y piratas que jamás dejaron de actuar con insolente libertad. Para conmemorar sus victorias, Probo celebró un triunfo en Roma y lo acompañó con unos renombrados espectáculos públicos que destacaron por el uso del Circo Máximo y del

anfiteatro, pero no para la celebración de carreras —o al menos no nos consta, aunque resulta lógico que también hubiera competiciones de carros, puesto que el emperador era seguidor de los verdes (Juan Malalas *Chronog.* 12.33)—, sino, respectivamente, para la realización de unas fastuosas *venationes* y unas luchas de gladiadores en las que intervinieron bárbaros derrotados (*SHA Prob.* 19). Probo, que se caracterizó por combatir amenazas tanto externas como internas —aparte de los isaurios, hizo frente a diversos usurpadores—, fue asesinado finalmente por su propia tropa. Por lo visto, a sus soldados les disgustaba sobremanera que los empleara de continuo en labores de construcción, y, de hecho, le mataron mientras varios miles se encontraban desecando un pantano en su Sirmio natal. Asimismo, se le reprochaba que hubiera proferido la siguiente frase: «En breve los soldados ya no serán necesarios». Esta aspiración a la paz y al orden bien valía un magnicidio por parte de aquellos que veían peligrar su trabajo (*SHA Prob.* 19-20; Eutropio 9.17.3; Aur. Víctor 37.3).

Sucedió a Probo su prefecto del pretorio, Caro (282-284), quien rápidamente asoció al trono a sus hijos Carino y Numeriano. Galo educado en Roma y de origen senatorial, Caro era un experimentado militar que, tras su proclamación, marchó a combatir a la frontera danubiana contra los sármatas y los cuados. Sin embargo, la agudización de los problemas con Persia determinó que abandonara los Balcanes y se marchara al Oriente con Numeriano, mientras dejaba a Carino como responsable del frente danubiano. Caro falleció en plena campaña, según la mayoría de las fuentes después de ser impactado por un rayo. Le sucedieron sus hijos; Carino permaneció en Europa y Numeriano pretendió proseguir la obra de su padre y finalizar la campaña persa antes de retornar a Roma, pero

murió en el camino. Según un relato difícil de contrastar, pues Numeriano bien pudo haber fallecido realmente por causas naturales, fue asesinado por su prefecto del pretorio Apro. Al parecer, éste ocultó su cadáver en la litera imperial y sólo fue descubierto en Cícico, cuando el nauseabundo hedor a putrefacción inundó la marcha de la soldadesca. Entonces interviene en la historia un tal Diocles, un jefe de la caballería de orígenes humildes que se impuso a Apro en una asamblea organizada entre los militares que habían acompañado a Caro y, en consecuencia, fue elegido nuevo emperador. Después de matar a Apro, se lanzó a combatir contra Carino tras asumir como nuevo nombre regio el de Diocleciano (284-305). Este emperador es muy importante porque logró superar el nefasto período de la historia imperial conocido como la Crisis del siglo III. Comenzó su poderío tras derrotar a Carino, tanto en el campo de batalla (le venció en Margo, en el Ilírico) como en el propio recuerdo histórico. Al igual que ocurre con el resto de perdedores del mundo romano, la imagen de Carino aparece en las fuentes convenientemente deformada por los voceros del nuevo régimen —lo mismo sucede, por ejemplo, con los enemigos de Augusto en la obra de los autores más representativos de la renovación cultural augustea—, y lo hace de una manera prototípica. Por una parte, se compara desfavorablemente a Carino con su padre y su hermano, a quienes se considera como un buen militar y un literato respectivamente, mientras que el oponente de Diocleciano es retratado como un libertino y un inmoral. Ése es el primer nivel de difamación. El segundo engloba a Carino con su padre Caro y Numeriano, estimados en conjunto como malos emperadores en comparación con el victorioso Diocleciano. Y aquí, como en otras épocas, también se hizo uso de los espectáculos públicos como termómetro moral de

un reinado o de un período. Así, en la *Historia Augusta* se indica que lo único reseñable del reinado de Caro, Carino y Numeriano fueron unos juegos con espectáculos inéditos como, por ejemplo, «un escalador de muros que corrió por una pared eludiendo a un oso» (*SHA Car.* 19.1), entre otras muestras de la misma índole. También ofrecieron unos juegos sarmáticos, que obviamente han de correlacionarse con la victoria sobre estas gentes de las estepas y que bien pudieron estar asociados a la celebración de un triunfo. Lo cierto es que no conocemos más detalles, pero la siguiente reflexión de Flavio Vopisco Siracusano, el biógrafo de estos tres emperadores en la *Historia Augusta,* resulta sumamente esclarecedora:

> Pero, aunque todas estas cosas gozan de una insospechada aceptación entre el pueblo, no tienen valor alguno entre los príncipes buenos (*SHA Car.* 20.1).

Y establece la comparación de rigor con Diocleciano, señalando que este último también ofrecía espectáculos, pero más decorosos. Aprovecha entonces para mencionar una anécdota personal de este emperador. Por lo visto, reprendió a un tesorero que apreciaba la grandeza de los emperadores por sus «representaciones teatrales y circenses» con la siguiente apreciación: «Por ese motivo, con razón Caro ha sido motivo de risa en su propio reinado» (*SHA Car.* 20.2). Lo cierto es que con Diocleciano se inauguró toda una nueva época; de hecho, su ascenso al trono se considera la puerta de entrada al Bajo Imperio romano, que se caracterizó, si bien dando continuidad a dinámicas ya existentes, por la renovación del Imperio a todos los niveles y marcó la evolución imperial durante los siguientes siglos. En primer lugar, cambió la propia naturaleza del poder, puesto que aumentó la majestad y poderío autocrático del emperador, quien adoptó el título de *dominus et deus,* señor y dios, de ahí que esta etapa también

haya sido llamada «dominado». El término *dominus* ya lo habían usado emperadores anteriores como Calígula, Domiciano o Aureliano, pero en el contexto de otro programa político y con una plasmación definitiva diferente, tal y como se observa en la obra de Diocleciano. Esta nueva conceptualización del poder se asemeja a la de regímenes considerados en el mundo antiguo más absolutistas, como por ejemplo los despóticos orientales.

Así, y éste es un dato importante desde un plano simbólico, Diocleciano exigió a sus súbditos que se postraran ante su figura. Borró por tanto los principios del Estado altoimperial, caracterizado por un equilibrio teórico entre el emperador, el pueblo y el senado, aunque en realidad el segundo vértice carecía de poder alguno y el tercero lo había perdido casi por completo en las décadas anteriores. Pese a todo, Diocleciano estableció algunos límites a este ejercicio más autocrático del poder, determinando que la cúspide del nuevo sistema de gobierno no recayera en una sola cabeza, pues el signo de los tiempos demandaba más corresponsables; de hecho, de aquí hasta el final del Imperio lo más habitual es que sólo veamos emperadores únicos en tiempos breves y circunstancias excepcionales. De este modo, Diocleciano determinó que el nuevo sistema político imperial se correspondiese con una tetrarquía con dos augustos a la cabeza, él mismo y Maximiano Hercúleo (otro militar experto al que eligió como compañero después de que estallara en la Galia una crisis protagonizada por unos campesinos levantiscos llamados bagaudas), y por debajo dos césares que, subordinados a los primeros, estaban destinados a suplir a sus superiores. Para este cometido se seleccionó a Galerio y a Constancio Cloro, que se situaron respectivamente por detrás de Diocleciano y Maximiano. En cuanto a las áreas de influencia de cada cual, se estableció

que Diocleciano y Galerio se encargaran del Oriente imperial y que sus otros dos colegas se ocuparan del Occidente, si bien el máximo poder y las mayores prerrogativas quedaron reservadas para el propio diseñador del sistema, aún más si tenemos en cuenta que el poderío de Maximiano se vio mermado desde el año 286 tras la usurpación de Carausio en Britania. Este militar, al que se le había concedido un mando específico para luchar contra la piratería de los francos y los sajones, acabó por revolverse y usurpar el poder tomando para sí la provincia de Britania y el norte de la Galia más cercano a la isla. A la manera de los emperadores gálicos previamente mencionados, aspiró a cohabitar con los poderes legítimos (como lo demuestra la moneda que acuñó, en la que aparece retratado como colega de Diocleciano y Maximiano). Sin embargo, ese reconocimiento jamás se produjo, aunque durante un buen tiempo se le permitió gozar de cierta autonomía, plenamente alegal, pues su labor fue estimada como muy útil para el Imperio en ese sector tan amenazado. De hecho, Carausio diseñó el sistema defensivo antipirático definitivo, el *Litus Saxonicum,* que le sobrevivió y que, con varias modificaciones, se mantuvo vigente hasta comienzos del siglo v. Finalmente Carausio fue asesinado por su segundo Alecto, y enseguida caía este régimen gracias a la actuación del césar Constancio Cloro.

Durante las dos décadas de gobierno de Diocleciano, las reformas se dejaron notar en otros aspectos como la organización del territorio —aumentó el número de provincias y se crearon entidades supraprovinciales (las diócesis y, por encima, las prefecturas), la Administración —se incrementó el personal burocrático—, la financiación y la economía del Estado —aunque fracasó parcialmente en su pretensión de limitar la inflación fijando los precios de los

productos— y la esfera militar —aumentó el tamaño del ejército y lo reestructuró según la nueva realidad política—. Si bien el sistema político ideado por Diocleciano no le sobrevivió, pues Constantino, que no dejaba de ser un usurpador exitoso, lo voló en pedazos, muchas de sus innovaciones son consustanciales a este período histórico y tuvieron un impacto enorme a largo plazo.

En lo que concierne al circo, aparte de las informaciones referidas en la *Historia Augusta,* no disponemos de muchos datos. Para empezar, resulta curioso que el nombre que Diocleciano utilizó en su vida privada antes y después del desempeño de su actividad como augusto, Diocles, fuera el mismo que el de uno de los aurigas más reputados de la historia de Roma, sobre el que hablaremos más adelante. El proceso de creciente burocratización del Imperio propiciado por este soberano se reflejó en el circo y el resto de entretenimientos públicos, pues al parecer promovió una figura administrativa, el *tribunus voluptatum* («tribuno de los placeres»), que supervisaba los espectáculos con financiación pública en las ciudades más importantes y que tuvo continuidad, pues lo seguiremos viendo en la Italia ostrogoda y en el mundo bizantino (*CTh* 1.19). Nuestra mejor fuente sobre Diocleciano y el circo es el cristiano Lactancio, quien nos ofrece un terrible retrato del emperador en el que critica abiertamente toda su política, decisiones y trayectoria, y le describe básicamente como «un inventor de crímenes y un maquinador de maldades» (*De mort. pers.* 7.1). Esta lectura está motivada por el hecho de que durante su reinado se produjo la última de las grandes persecuciones contra el cristianismo patrocinadas por el poder imperial. Como muestra de esta mirada hipercrítica, Lactancio reprocha contundentemente su activa política constructora y denuncia el énfasis que puso en la erección de circos,

destacando el recinto que construyó en el año 305 en Nicomedia con motivo de la celebración de sus veintiún años en el trono (*De mort. pers.* 7.9 y 17.4). Por lo demás, el mismo cronista nos aporta otra noticia relativa al circo que se corresponde con un evento inmediatamente anterior: la celebración de las *vicennalia,* o vigésimo aniversario como emperador, que conmemoró en Roma, en la que parece que fue la única visita de su reinado a la capital. El acontecimiento, pese a que el pueblo recibió un importante donativo de oro y plata en el Circo Máximo, acabó bruscamente después de que Diocleciano no pudiera aguantar el tradicional carácter insolente e insubordinado de los espectadores, que le afrentaron mientras asistía a las carreras. Encolerizado, decidió marcharse sin esperar a que finalizara el festival que había organizado (*De mort. pers.* 17.2; *Chron. s.a.* 354). La otra noticia más notable relacionada con el circo bajo el reinado de los primeros tetrarcas fue una catástrofe ocurrida en Roma: según la ya citada *Cronografía del año 354,* se derrumbó un lateral del Circo Máximo y murieron aplastadas ni más ni menos que 13.000 personas. Por desgracia, no disponemos de más informaciones relacionadas con este desastre que multiplicó por diez el daño sufrido siglo y medio atrás en tiempos de Antonino Pío. Finalmente, poco después de la inauguración del circo de Nicomedia, Diocleciano abdicó junto con Maximiano en favor de sus césares Galerio y Constancio Cloro, y volvió a la vida civil readoptando el nombre de Diocles. El sistema político de Diocleciano no le sobrevivió muchos años; de hecho, fue testigo de buena parte de la discordia que provocó su caída, protagonizada por Constantino I, también llamado el Grande.

La historia política imperial de las siguientes dos décadas es tan intrincada que bien merecería no sólo un amplio

excurso, sino todo un capítulo aparte. Sin embargo, voy a intentar resumir de forma muy breve los acontecimientos. En el año 305, Diocleciano y su colega Maximiano Hercúleo tomaron una decisión absolutamente inédita en la historia imperial: abdicaron y dejaron sus puestos como augustos a quienes habían sido sus césares, Constancio Cloro y Galerio, mientras que para suplir a éstos fueron seleccionados Severo y Maximino Daia. Parecía que el sistema funcionaba, pues no hubo problema alguno en la sucesión inmediata, pero la prematura muerte de Constancio Cloro en Britania en el año 306 lo alteró todo. El hijo del fallecido, Constantino, ocupó su lugar como augusto, pese a que tal título debía habérsele traspasado al césar de su padre, a Severo. A partir de entonces se inicia un período de casi veinte años en el que la máxima inestabilidad se combina con momentos de mayor calma o concierto, y en el que intervienen muy diversos personajes, como el augusto de Oriente, Galerio, los césares Severo y Maximino Daia, los viejos augustos Maximiano Hercúleo y Diocleciano, además de nuevos actores como Majencio —el hijo de Maximiano—, Licinio y otras figuras menores. En el conflicto acabó por prevalecer Constantino, y tras la reunificación bajo su corona de todo el Imperio en el año 324, comenzó el dominio pleno de la dinastía constantiniana, aunque para ello tuvo que desembarazarse de enemigos tan peligrosos como Majencio y Licinio. La labor de reconstrucción del Imperio de Diocleciano fue continuada por Constantino, que dejó su sello prácticamente en todas las esferas. En cuanto al circo, esta monografía incluye abundantes testimonios de sus aportaciones al mundo de los juegos circenses.

Al poco de hacerse con el poder, Constantino fue finalmente reconocido como césar por Galerio, mientras que Severo se convertía en augusto. Marchó a la Galia y se

enfrentó a los francos, que habían aprovechado la muerte de Constancio Cloro para atacar. Los repelió y se asentó en *Augusta Treverorum* o Tréveris (Trier, Francia), donde prosiguió con la labor urbanística emprendida por su padre. Fortaleció sus murallas y creó un complejo palaciego, amén de otros espacios públicos típicos de las grandes ciudades romanas. Por supuesto, esta fiebre constructiva también afectó a los recintos dedicados a los espectáculos, como el anfiteatro (donde condenó a las fieras a los reyes francos que había capturado en la campaña mencionada), que fue remozado, y el circo de la ciudad, ampliado y conectado con el palacio, pues, tal y como indicó san Agustín, le gustaba disfrutar de los juegos vespertinos en la que sería su primera capital (*Conf.* 8.6.15). Pero no sólo Constantino se mostró favorable a los espectáculos en esta fase, sino también, y en mayor grado, su máximo rival en esta etapa temprana de su reinado, Majencio, el hijo de Maximiano Hercúleo, quien además lo hizo directamente en Roma, donde se hallaba la base de su dominio.

Majencio fue el último soberano que ocupó de forma permanente la vieja capital, donde había sido nombrado emperador por la guardia pretoriana poco después de que se atreviera a tomar el poder Constantino, lo cual influyó en el desarrollo de la vida y los espectáculos en la Ciudad Eterna. Haciendo gala de su poderío, Majencio decidió adoptar una vigorosa política constructiva, como se aprecia, por ejemplo, en la enorme basílica que lleva su nombre y se encuentra en el Foro Romano. Asimismo dejó su impronta en las diversiones públicas restaurando el Circo Máximo de Roma tras el mencionado desastre que provocó la muerte de miles de espectadores en tiempos de Diocleciano (Aur. Víctor 40.28; parece que posteriormente Constantino continuó con esta reforma, incidiendo en el lujo del espacio según *Pan.*

Lat. 4 (10) 25.5). También erigió un circo privado bautizado con su nombre y que, con sus 503 metros de longitud, se convirtió en el segundo más largo del Imperio, si bien apenas tenía capacidad para diez mil espectadores; actualmente es uno de los mejor conservados. Situado en la vía Apia, al lado de la tumba de Cecilia Metela, formaba parte de un complejo arquitectónico particular de Majencio, pues estaba directamente conectado con la villa privada que también mandó construir. De hecho, el palco imperial (el *pulvinar* o *kathisma*) comunicaba con la villa a través de un pasadizo. Este circo se inauguró en el año 309 con motivo de una dolorosa desgracia: los primeros juegos, de carácter funerario, estuvieron dedicados al único hijo de Majencio, Valerio Rómulo (*ILS*, 673), al que divinizó pese a contar con apenas catorce años en el momento de su muerte.

En el choque final entre Majencio y Constantino, acaecido el 28 de octubre del año 312, el circo jugó un rol importante. Al conflicto se llegó después de que Majencio se deshiciera del augusto Severo y rechazara a Galerio e incluso a su padre Maximiano Hercúleo, quien en un primer momento buscó el apoyo de Constantino pero al que este último, debido a la torpe duplicidad del veterano augusto, forzó a suicidarse. Finalmente hubo dos bloques bien definidos en ese momento crucial: Constantino y Licinio contra Majencio y Maximino Daia. Constantino marchó a Roma con sus soldados mientras el soberano de Roma se recluía intramuros, esperando vencer a su adversario mediante el agotamiento de sus tropas, tal y como había hecho previamente con éxito en su enfrentamiento con figuras destacadas como Severo y Galerio. Así, junto con sus soldados aguantó en el interior de la ciudad, a salvo de cualquier ataque tras haber inhabilitado los puentes que conectaban las dos orillas del Tíber. Según Lactancio,

Majencio estaba decidido a continuar con una vida normal a pesar de tener un enemigo como Constantino a las puertas de Roma, acampado con sus tropas en las cercanías del puente Milvio, al norte de la ciudad. Como muestra de esa normalidad, Majencio decidió conmemorar el 28 de octubre del año 312 el sexto aniversario de su fraudulenta toma del poder, y lo hizo presidiendo unos juegos circenses en el Circo Máximo. En el transcurso de la celebración, una parte del público «increpó al emperador como traidor de la salvación nacional» y afirmó «que Constantino no podía ser vencido». Alarmado por lo que veía, según el relato de Lactancio, Majencio hizo consultar los proféticos Libros Sibilinos con el objeto de inquirir el resultado de la guerra con Constantino, y al interpretar su vaticinio como favorable, decidió salir de la ciudad y enfrentarse abiertamente a su enemigo en el mismo puente Milvio. Sin embargo, su ataque resultó en un sonoro fracaso y Majencio pereció ahogado al caer con su tropa al Tíber (*De mort. pers.* 44.7-9). Así moría el último emperador que tuvo como base de su poder la Ciudad Eterna, que, con el alejamiento de los subsiguientes soberanos, dejó de ocupar un rol fundamental en la existencia del Imperio; de hecho, se puede inferir que esta circunstancia marca un antes y después en la historia de Roma. Volviendo a la crónica de Lactancio, la imposibilidad de contrastarla con otras fuentes hace difícil que pueda aceptarse como un testimonio fiable. Si admitimos que los hechos se desarrollaron de ese modo, resulta factible entrever la mano de Constantino (no sería la primera vez, como se observa en este libro) en ese tumulto circense *ad hoc* tan convenientemente formulado para desestabilizar a Majencio. Esta tesis, imposible de corroborar, quizás pueda encontrar un apoyo en la legislación que Constantino impulsó un tiempo después en relación con las aclamaciones

en los espectáculos, y que abordaremos más adelante.

En la batalla con Majencio, Constantino se identificó abiertamente con el cristianismo. De acuerdo con el relato de Eusebio de Cesarea, tuvo una visión divina mientras marchaba a Roma consistente en un trofeo con forma de cruz hecho de luz, que portaba la inscripción: «Con este signo vencerás» *(In hoc signo vinces)*. Esa misma noche, Jesucristo se le apareció en sueños para pedirle que creara un lábaro o estandarte con el crismón cristiano, pues éste le conduciría a la victoria contra Majencio (Eusebio de Cesarea *VC* 1.28). Y así lo hizo. Tras la victoria, se recuperó el cadáver de Majencio de las aguas y se paseó su cabeza sobre una pica mientras el pueblo y el senado celebraban al nuevo emperador y se organizaban todo tipo de espectáculos públicos en su honor (*Pan. Lat.* 12 (9) 19.6). De este modo, Constantino quedó como el único gobernante del Occidente romano. En el año 313 promulgó el Edicto de Milán, que por fin reconocía la libertad de culto de los cristianos en el Imperio romano. Sin embargo, no conviene engañarse con respecto a la aceptación cristiana. Dejando de lado la eterna polémica sobre si se puede considerar a Constantino genuinamente cristiano o no, el hecho es que el ambiente se respiraba ya esta aceptación del cristianismo pese a la última persecución protagonizada por Diocleciano apenas una década atrás. No en vano, ese edicto no lo firmó Constantino en solitario, sino junto con su colega augusto Licinio, que poco después se convirtió en el soberano único de la mitad oriental del Imperio tras deshacerse de Maximiano Daia, el antiguo aliado de Majencio. Cabe subrayar que Majencio, vilipendiado tanto en las fuentes cristianas como en las paganas, como sucedía siempre con cualquier perdedor, había autorizado a los cristianos de Roma a elegir abiertamente a su nuevo obispo. Por su parte, el también

fallecido Galerio —al parecer fiel seguidor en el circo de la facción de los azules (Juan Malalas *Chronog.* 12.47)— se había mostrado manifiestamente indulgente con el culto cristiano. El sucesor de este último, Licinio, quien según el citado Malalas, en un relato con trazas de ser falso, sufrió una insurrección popular en el circo de Antioquía que finalizó con dos mil muertes a manos de sus soldados (*Chronog.* 12.49), se convirtió en el siguiente objetivo de Constantino. Pese a que ambos habían convivido durante una década difícil, la relación llegó a un punto de no retorno que acabó en un conflicto abierto. Las derrotas militares terrestres y navales que Constantino infligió a Licinio en el año 324 acabaron finalmente con la rendición de éste y, al cabo de unos meses, con su ejecución. De esta manera, el Imperio volvía a ser encabezado por un emperador, aunque por poco tiempo. Constantino nombró como césares a los hijos que tuvo con su segunda esposa, Fausta, la hija de Maximiano Hercúleo, que llegó a traicionar a su padre para beneficiar a su marido. Con Constante, Constantino II y Constancio II se volvió a dividir el Imperio. Entretanto, por aquel entonces Constantino ya había ordenado el ajusticiamiento de su hijo mayor Crispo. Nacido de una relación anterior, su muerte resulta un tanto enrevesada pero típica de la corte romana. De acuerdo con los textos, parece que fue acusado falsamente por Fausta de haber intentado seducirla. Aun así, la misma Fausta compartió el destino de Crispo, pues a los pocos meses acabó igualmente ejecutada. A diferencia del veneno empleado con Crispo, Constantino ordenó su inmersión en una bañera con agua hirviendo. Una muerte cruel que, según una lectura realizada por un historiador contemporáneo, podría constituir un método anticonceptivo utilizado en la Antigüedad, en este caso para evitar el nacimiento de un

descendiente del primogénito de Constantino y de la esposa de éste (Woods, 1998).

Desde luego, el reinado de Constantino fue decisivo y, en confluencia con el previo de Diocleciano, contribuyó definitivamente a diseñar los rasgos fundamentales del Bajo Imperio romano y, por extensión, del Imperio durante la Antigüedad Tardía. Con toda la intención y acierto, el magnífico historiador Raymond Van Dam calificó su reinado, en un homenaje evidente e indisimulado a la citada obra magistral de *sir* Ronald Syme, como la «revolución constantiniana» (Van Dam, 2008). Sus reformas son cruciales a todos los niveles. Por ejemplo, en el ámbito militar, una de las primeras decisiones que tomó tras liquidar a Majencio fue la disolución de la guarnición pretoriana de Roma. Aunque nombrase a nuevos guardaespaldas destinados a proteger al emperador, tales soldados nunca disfrutaron de un rol tan preponderante como el destacamento creado por el mismísimo Augusto. Sin embargo, más importante todavía fue la redefinición que impulsó de la estrategia militar imperial. Aun siendo cierto que continuó una progresión ya perceptible desde el siglo III, combinó tropas dinámicas y móviles, prestas para el despliegue rápido allí donde fuera necesario *(comitatenses),* con aquellas otras tradicionales fijas en puntos concretos *(limitatenses),* que fueron consideradas de inferior rango con respecto a las primeras. Bajo su reinado también se observan cambios en la Administración, en las finanzas e incluso en la vida de sus súbditos, tras ordenar que los hijos asumieran los trabajos de los padres. No obstante, donde se aprecia especialmente el inmortal legado constantiniano es en dos cuestiones: la transformación de la antigua ciudad de Bizancio en la Nueva Roma (una nueva capital imperial que muy poco después sería conocida como Constantinopla en

honor de su fundador) y su condición de primer emperador cristiano. Sobre el trazado urbano de la antigua Bizancio, Constantino creó una auténtica nueva ciudad que, merced a su esfuerzo y al de sus sucesores, acabó por convertirse en una magnífica urbe que, aunque no pudiera competir con la gloria romana en cuanto a fastuosidad y esplendor, la superó ampliamente en influencia y poder político. De hecho, se erigió en la verdadera capital del Imperio (Ward-Perkins, 2000). Con respecto al cristianismo, Constantino, con independencia de sus convicciones más íntimas, hizo uso de los resortes del poder para involucrarse activamente en la vida eclesiástica e incluso en la doctrina cristiana, y formuló nada más convertirse en emperador único en el año 324 las primeras leyes antipaganas. De este modo, prohibió los sacrificios, saqueó los riquísimos templos (una decisión más vinculada con lo material que con lo espiritual, puesto que así pudo rellenar unas arcas imperiales vacías) e impidió la construcción de nuevos espacios sagrados paganos, ordenó la destrucción de otros tan importantes como el de Afrodita en Líbano, el de Heliópolis en Fenicia o el de Asclepio en Cilicia, y legisló contra la magia y la adivinación. En lo concerniente a los espectáculos, la huella cristiana se dejó notar asimismo de inmediato, ya que el cristianismo se oponía tajantemente a toda diversión pública al estimarla como inmoral; de esta manera, en el año 325 se prohibieron los espectáculos de gladiadores (*CTh* 15.12.1; Eusebio de Cesarea *VC* 4.25; Sozómeno *HE* 1.8), si bien es cierto que siguieron perviviendo bastantes décadas más, pero no en su ciudad, pues aunque hubiera un anfiteatro en Constantinopla, el *kynegion,* éste únicamente albergó *venationes.* Congruentemente, eliminó el castigo de la crucifixión tanto por su crueldad como por sus obvias implicaciones religiosas y lo sustituyó por la furca, que,

siendo también una pena cruel, al menos se trataba de un suplicio más rápido. En cambio, no se atrevió a atentar contra el mayor espectáculo del mundo antiguo, el circo, y de hecho patrocinó la reconstrucción del hipódromo de la Nueva Roma, iniciada un siglo antes por Septimio Severo. Lo hizo con un lujo extraordinario, imitando hasta el más mínimo detalle el Circo Máximo de Roma, aunque su arena tenía menores dimensiones, 480 por 120 metros, y su capacidad era más reducida, 100.000 espectadores frente a los 250.000 de su modelo romano (Juan Malalas *Chronog.* 12.20 y 13.7). Lo decoró con diversos adornos de origen pagano expoliados de santuarios donde habían permanecido durante siglos. Es lo que hizo, por ejemplo, con el trípode y la columna serpentina de Delfos, un importante tesoro depositado en el año 478 a.C. por las polis griegas que se habían aliado contra los persas para conmemorar la crucial victoria en la batalla de Platea, que había supuesto el final de las guerras médicas (Sócrates Escolástico *HE* 1.16; Zós. 2.31.1).

El Hipódromo de Constantinopla jugó desde el comienzo un rol importante en los ámbitos político, social y religioso, pues se convirtió definitivamente en el principal punto de reunión popular de la nueva capital e incluso, hasta cierto punto, en el único lugar de representación política de todas las clases sociales. En efecto, aunque existía un senado constantinopolitano, no había asambleas populares análogas, conforme a las tendencias autocratizantes presentes en el Imperio desde sus inicios e intensificadas enérgicamente a partir de Diocleciano. Juan Malalas nos ofrece un relato que, pese a su característica inexactitud histórica, define de forma obvia esta realidad: al parecer, Constantino inauguró el recinto portando una diadema de perlas y piedras preciosas, un símbolo más que evidente de su poder autocrático,

porque deseaba imitar al rey judío David, que en uno de sus salmos reveló que Dios le había colocado «en la cabeza una corona de oro fino» (Juan Malalas *Chronog*. 13.8; Ps. 21.3). Claro que hay también otras versiones políticamente incorrectas, como la del escritor del siglo v Polemio Silvio, quien asegura que Constantino se puso la diadema porque llevaba el pelo más largo de lo normal para disimular una incipiente calvicie que combatía con un jabón especial anticaída, el cual quedó asociado al nombre del emperador desde aquel momento (*Lat*. 5.35-36). Lo cierto es que Constantino no fue el primer emperador en llevar diadema, mérito que en realidad le corresponde al ya citado Aureliano, que la portó en el siglo iii. Sí fue Constantino el primero en conmemorar un hecho de tanto calado como su coronación, que no subida al trono, en un espacio como el hipódromo ante todas las clases sociales del pueblo allí reunido. Este aprovechamiento del circo como ágora fue intensificado por sus sucesores, en particular por los de la época bizantina. Constantino, al igual que los emperadores anteriores, era plenamente consciente de las posibilidades políticas que ofrecían tanto el circo como el resto de espectáculos, y de su potencialidad como foro público. Y lo legisló en un rescripto poco inocente en el que concedió graciosamente algo que ya era costumbre desde época republicana: las aclamaciones que las aficiones dirigían en los espectáculos tanto al emperador, a quien agraciaban en primer lugar, como al *editor,* es decir, al organizador o patrocinador de los entretenimientos. En esta ley, Constantino garantizó a la población el derecho de aclamar y apoyar a los justos y a los buenos, pero también de abuchear a los injustos y malvados, a aquellos que, de acuerdo con la opinión popular, merecieran ser castigados. Es decir, concedía lo que ya era prácticamente un derecho

consuetudinario propio del ámbito de los entretenimientos públicos. La novedad en este rescripto es la orden que dio a los magistrados para que recogieran tales aclamaciones o ataques y las comunicaran personalmente al emperador (*CTh* 1.16.6). Constantino quería controlar de cerca todas las demostraciones populares del Imperio para así poder actuar en consecuencia. Antes indicamos que, de ser cierta la escena de Majencio en el Circo Máximo, quizás habría que ver la mano de Constantino tras los alborotadores que empujaron al hijo de Maximiano Hercúleo a salir de la ciudad. Pues bien, este rescripto apoyaría dicha teoría conspirativa, ya que también señala claramente que se debía perseguir a aquellos que hicieran uso de sus clientes —no se puede soslayar que las relaciones de patronazgo eran básicas en la sociedad romana— para crear atmósferas particulares en su beneficio. Asimismo, conviene resaltar otra modificación legal constantiniana relativa a los juegos y que sería ampliada por sus descendientes: privó a los pretores y a los cuestores de toda función gubernativa, salvo la de organizar espectáculos públicos (*CTh* 6.4). Así pues, estas magistraturas se convirtieron en un mero trampolín para el que quisiera seguir una carrera política. Pese a este recorte, la alta aristocracia romana —como se verá en el caso del senador Símaco a fines del siglo IV— continuó disputándose el ejercicio de ambas magistraturas, a través de unos dispendios tan grandes en la organización de juegos que podían llegar a resultar ruinosos.

Volviendo al asunto de los recintos de competición, bajo Constantino acabó la historia de un gran circo romano, el de Gayo y Nerón emplazado en el Vaticano. Por lo visto, hacía tiempo que no se empleaba como espacio para competiciones; de hecho, su arena se había reconvertido en cementerio. Constantino dio un plazo a los familiares de los

muertos allí enterrados para que retirasen los restos y, tras aplanar el lugar, edificó la primera iglesia levantada sobre la tumba de un mártir. Nos referimos a la basílica de San Pedro, que, sin duda, es el gran legado arquitectónico de Constantino a la vieja capital imperial. La basílica, con diversas modificaciones en el transcurso del tiempo, se mantuvo en pie y se constituyó en la sede del primado romano hasta que en el Renacimiento se erigió la iglesia que hoy conocemos, la sede central de la Iglesia católica.

Para finalizar con la exposición de la relación entre Constantino y el circo, podemos mencionar una curiosa imagen que nos ha transmitido el obispo Eusebio de Cesarea, biógrafo del emperador. Tal y como hemos visto, Constantino nombró césares a sus tres hijos: Constancio II, Constantino II y Constante, a quienes acompañó en el cargo su sobrino Dalmacio, y dividió el Imperio en cuatro partes. Este reparto aparece reflejado de forma curiosa en un retrato literario del clérigo que pinta a Constantino como el auriga de un carro e identifica a los cuatro césares con los caballos sometidos a su yugo (Eusebio de Cesarea *de Laud. Const.* 3.4). Aunque es plausible que esta imagen represente el carro solar del Sol Invicto —como se observa, no lo olvidemos, en el Arco de Constantino, que hoy día aún se alza enfrente del Coliseo de Roma— y que el propio Constantino la utilizara personalmente, pues durante muchos años el Sol Invicto apareció en las monedas del emperador, no lo es que una imaginería tan pagana y paganizante apareciera en la obra de Eusebio, uno de los Padres de la Iglesia. Por el contrario, más bien debería vincularse con el gusto del monarca por las carreras de carros. Además, el carro siempre fue sinónimo de prestigio, como se aprecia en Egipto, en las culturas mesopotámicas y, en época romana, en el uso del carruaje triunfal.

En mayo del año 337 moría Constantino en la ciudad de Nicomedia mientras preparaba una campaña contra los persas, siendo bautizado en el lecho de muerte. Le sucedieron los hijos que tuvo con Fausta, pero antes de que los tres formalizaran el reparto del Imperio, el mayor, Constancio II, ordenó la ejecución de prácticamente todos los parientes vivos no directos de su padre, incluido el césar Dalmacio. Una purga de la que apenas se salvaron sus jóvenes primos Juliano, Galo y Nepociano, si bien los tres acabarían por sufrir una muerte violenta por una u otra razón. En la reunión que mantuvo Constancio II en Sirmio con sus hermanos, quedó determinado que él se quedaría con todas las provincias orientales más Tracia, Constantinopla, Anatolia, Egipto y la Cirenaica, mientras que a Constante le correspondían Italia, África, el Ilírico, Panonia, Macedonia y Acaya, y al hermano mediano —Constantino II—, Britania, Galia, Hispania y las Mauritanias. Sin embargo, este estado de cosas duró poco. Estalló un conflicto entre Constantino II y Constante que finalizó con la muerte del primero en el año 340. En el 350 Constante fue asesinado por un usurpador llamado Magnencio. Contra éste se levantó en Roma el citado Nepociano, que, con el apoyo de ciertos senadores, intentó tomar el trono imperial en un golpe de mano que llevó a cabo con una exigua tropa compuesta por un grupo de gladiadores. Sin embargo, fracasó y veintiocho días después murió asesinado. Su cabeza fue paseada en una pica por orden de Magnencio (Eutropio 10.11.2), quien, por lo demás, cayó derrotado por el propio Constancio II en el 353, en la batalla de Mursa. De Constantino II y Constante nada voy a comentar porque ambos emperadores añaden poco a la historia de los espectáculos y, en concreto, a la de los juegos circenses, con la excepción de la restauración del circo de Mérida ordenada

por Constantino II. Con respecto a Magnencio sí conviene decir algo. Según el «Elogio a Constancio» que escribió el citado Juliano, cuando más adelante disfrutaba de su cargo de césar en las Galias, este Magnencio, un antiguo general de origen bárbaro con una magnífica carrera militar desde Constantino I, mezcló en los circos de la Galia las carreras con la tortura y la ejecución pública. Así lo describe Juliano:

> Alcanzó tal extremo de maldad que, si algún tipo de cruel castigo le había pasado desapercibido hasta entonces, lo inventa y, complacido, ofrece como espectáculo las desgracias de los pobres ciudadanos. Atando hombres vivos a un carro, ordena que sean llevados y arrastrados por los aurigas, presidiendo él mismo y contemplando estos hechos (Juliano *Or.* 1.32).

Lo cierto es que, a falta de evidencias contemporáneas, no resulta sencillo saber si tales palabras responden a un hecho real o si, como parece más probable, no son sino la típica estampilla destinada a deformar la figura de un perdedor en las guerras civiles para difamarlo. En cambio, del que venció a Magnencio, Constancio II, sí se pueden ofrecer datos interesantes y en grandísimo número (sobre su figura, véase P. Barceló, 2004). Este emperador destacó más por sus brillantes victorias en las contiendas civiles que por su defensa frente a las amenazas externas que atenazaban al Imperio. Así, derrotó a todos los usurpadores que se alzaron durante su mandato, como el citado Magnencio o el veterano y rudo general Vetranio (quien no aprendió a leer y a escribir hasta que usurpó el trono en los Balcanes), por no hablar de la purga ya referida de sus familiares. La única excepción a este dominio fue su primo Juliano, conocido como el Apóstata y sobre el que hablaremos más adelante, contra el que no llegó a enfrentarse militarmente a causa de su inesperado fallecimiento.

Pese a las convicciones profundamente cristianas de Constancio II, no persiguió el paganismo con especial saña. Sin embargo, no desaprovechó la oportunidad de inmiscuirse en asuntos doctrinales cristianos y apoyó una

vía intermedia entre la herejía arriana y el catolicismo niceno ortodoxo. El arrianismo era seguido tanto por ciudadanos romanos como por ciertos pueblos bárbaros que decidieron convertirse al cristianismo y cuya principal divergencia con la fe oficial era el siempre controvertido tema trinitario, es decir, el rol y naturaleza de la divinidad. Con respecto al retrato de su figura, el mejor es sin duda el que nos ofrece el historiador más destacado del período, el militar pagano Amiano Marcelino, si bien resulta indiscutiblemente hostil en contraposición con el de su idealizado Juliano. Lo cierto es que Amiano conoció a ambos en persona sirviéndoles como soldado, y su descripción de Constancio se caracteriza por la crueldad, por el resentimiento, que ejerció a través de la actuación de agentes como el temible Paulo Catena, y por una actitud temerosa ante cualquier peligro. Este retrato nos proporciona además numerosísimas evidencias relativas a los espectáculos circenses bajo su reinado. Por ejemplo, en su memorable relato sobre el desfile que Constancio II celebró en Roma en el año 357 para conmemorar su triunfo contra Magnencio, Amiano pinta al emperador con una mala baba encomiable: en una imagen de ridícula solemnidad, Constancio II, rodeado por su ejército, marchó por las calles de Roma en un carro de oro con la mirada petrificada como si fuera una estatua y, pese a su escasa altura, cada vez que cruzaba algún obstáculo, como los arcos situados en la vía Sacra, se agachaba por el miedo a golpearse en la cabeza, procurando, eso sí, no alterar su rígida pose. Ya en el Foro Romano, se emocionó sobremanera, como cualquier aficionado contemporáneo a las antigüedades romanas, con todas y cada una de las maravillas de la Ciudad Eterna (Amm. Marc. 16.10.1-17). Abrumado por las gloriosas vistas de la más impresionante urbe de los tiempos antiguos,

maldijo a la fama por haber construido una metrópoli tan magnífica. Sin embargo, pese a esta impresión paralizante, decidió contribuir a la grandeza romana con un nuevo obelisco en el Circo Máximo que acompañase al que ya había erigido Augusto. Tomó el que su padre había ordenado extraer del templo de Amón en Karnak, que en su origen había sido levantado ni más ni menos que por el mítico Ramsés II, cuyo rol en la mayor batalla de carros de la Antigüedad ya hemos analizado. Este enorme pilar, que pesa más de cuatrocientas toneladas, fue el mayor obelisco egipcio jamás transportado a Roma, proeza conmemorada en su base a través de relieves que detallan el laborioso proceso de su traslado y alzamiento. Tras ser alcanzada por un rayo, la esfera de bronce y oro que lo remataba fue sustituida por una antorcha refulgente hecha con el mismo material (Amm. Marc. 17.4.1.1-23). Aún pervive, pero no con su tamaño original, pues falta una sección de su base, y se encuentra alejado de su emplazamiento original después de que el papa Sixto V, en el siglo XVI, lo sacara del circo y lo colocara en el sitio donde aún domina el cielo romano, la plaza de San Juan de Letrán. Asimismo, Amiano señala que, durante el mes que estuvo en la Ciudad Eterna, ofreció abundantes juegos circenses en los que «disfrutaba con la mordacidad de la plebe, que, sin sobrepasarse, conservaba aún su tradicional frescura, mientras él mismo conservaba también respetuosamente la mesura debida» (Amm. Marc. 16.10.13). En esa estancia tuvo la oportunidad de comprobar las tradicionales relaciones entre la masa romana y el emperador, un juego en el que ambas partes desempeñaban un papel predeterminado. De este modo, la plebe alternaba las aclamaciones al emperador con el sarcasmo y le realizaba peticiones. El soberano podía satisfacerlas si lo consideraba oportuno, algo que ocurría con grandísima frecuencia. En

este caso particular, los espectadores del circo debieron de esforzarse por agradarle, pues hacía bastantes años que un emperador legítimo no pisaba Roma.

Resulta bastante evidente que a Constancio II le entusiasmaban los espectáculos públicos, en especial las *venationes* y las carreras circenses. Al estilo de Cómodo, disfrutaba de la caza con arco de fieras salvajes. En cierta ocasión llegó a prohibir a los antioquenos las *venationes* en el día grande de sus magníficos juegos porque deseaba abatir él mismo a las fieras allí reunidas para la celebración. Esta información nos la proporciona el importantísimo rétor pagano Libanio (*ep.* 3.318-319), quien además es nuestra mejor fuente a la hora de valorar la desmedida afición de este emperador por las carreras. En el panegírico que dedicó a Constancio II, pretendió halagarle recalcando que éste no disfrutaba del libertino teatro, sino que prefería estimular su alma a través de la búsqueda de la virilidad que le ofrecían los espectáculos circenses (*Or.* 59.122). Sin embargo, en el fondo el rétor de Antioquía le detestaba, como pone de manifiesto el discurso fúnebre que dedicó al futuro emperador Juliano, en el que se vengó de Constancio II contraponiéndolo a la figura del rey de reyes persa mediante insultantes palabras que reflejan aquellos hábitos y gustos del emperador que él estimaba como debilidades: «El persa se vanagloriaba de las multitudes de prisioneros; Constancio, de las carreras de caballos. Al persa lo coronaban las ciudades; él, a los aurigas» (*Or.* 18.207).

Contamos también con el testimonio de Temistio, filósofo, pagano y también rétor, que fue amigo del propio Libanio y se distinguió por ocupar altísimos puestos en la administración del Estado, incluido el de procónsul de Constantinopla (análogo al prefecto de Roma y que mantuvo esta denominación hasta el año 359), y dedicó a Constancio

cuatro discursos. Aunque en su obra ofrece alguna que otra muestra de duplicidad, no llegó al nivel de Libanio. Así, mientras que en el segundo de esos discursos señala el circo como fuente de vanidad (*Disc.* 2.4), en el cuarto proporciona una peculiar identificación entre los éxitos de Constancio II y la vida de la capital. Vincula las victorias de este emperador con el disfrute de la población, y lo ejemplifica a través de la felicidad emanada en el circo:

> El hipódromo se llena de carros con cada victoria y con cada triunfo, y la acumulación de buenas noticias nos hace estar siempre de fiesta: somos los únicos que no conocemos pausa entre celebraciones, sino que, antes bien, la suplicamos (*Disc.* 3.17).

No hay duda de que esta concatenación, en absoluto casual, refleja el gusto del emperador por los espectáculos circenses y la genuina satisfacción que le reportan, además de una buena conexión con el pueblo constantinopolitano, que se beneficiaba de la prosperidad impulsada por su gobierno y por sus triunfos, que eran refrendados en la arena. Tampoco parece casual que el mismo Temistio hiciera un uso abundante en su obra retórica de una imaginería, en sí no muy original, en la que comparaba al emperador con el auriga como guía del Imperio. Por otra parte, y volviendo a la consideración de Constancio II hacia la plebe del Circo Máximo de Roma, quizás ésta estuviera reforzada por dos factores: la prestancia del lugar, puesto que se trataba del más impresionante recinto de la Antigüedad, y un prodigio ocurrido un par de años atrás y del que nos informa el propio Amiano. En el año 355, Silvano, un estupendo militar de padres francos, se vio obligado a usurpar el trono en la Galia después de verse en medio de una conjura lanzada contra él por ciertos miembros de la corte. Como consecuencia, el emperador dictaminó su muerte y envió con este fin a uno de sus mejores generales, Ursicino. Éste partió con unos soldados entre los cuales se encontraba su ayudante más cercano, que no era otro que el mismo

Amiano Marcelino. Por lo visto, justo antes de que pudieran ejecutar a Silvano tras sobornar a unas tropas bárbaras que hasta el momento habían sido fieles al militar rebelde, Amiano nos cuenta que «el vulgo en el Circo Máximo, no se sabe si agitado por alguna noticia o por un presagio, gritaba a grandes voces "Silvano ha sido derrotado"» (Amm. Marc. 15.5.34). No es la primera vez que vemos algo similar. Según Amiano, bien pudo haber sido organizado por aduladores del emperador o por miembros de la Administración que esperaban sofocar así cualquier inquietud entre la población de la capital. Fuera como fuese, este emperador debió de congratularse enormemente por lo sucedido. No es de extrañar que viera con mejores ojos de lo normal a una afición que había llegado a desesperar a Diocleciano décadas atrás.

Sin embargo, durante el reinado de Constancio II se observan también tensiones relacionadas con la pasión del circo que desembocaron en problemas de orden público y que contaron con la participación de las facciones. A diferencia de lo que ocurre en otras fuentes, Amiano procuró, conforme a su concepción historiográfica, reservar a las facciones el menor espacio posible por considerarlas indignas. No obstante, pese a esta posición aristocratizante, en determinados contextos o coyunturas se vio obligado a hacer referencia a los más fanáticos, que también actuaban con violencia fuera de la arena deportiva, condicionando la vida de la Ciudad Eterna más allá de lo previsible. Así, en el mismo año de la revuelta de Silvano, Leoncio, el prefecto de la ciudad de Roma, máximo responsable de la urbe, ordenó, por una razón que no detalla Amiano, la detención de un auriga llamado Filorromo, lo cual fue recibido como un ultraje por una parte de la afición del circo, probablemente los verdes o los azules, aunque la ausencia de más

testimonios nos impide asegurarlo. Tan grande fue la afrenta que tales gentes se atrevieron a atacar al magistrado por haberles arrebatado el que seguramente era el más importante de los cocheros de la facción en ese instante. Sin embargo, la milicia urbana actuó enseguida y no sólo protegió a Leoncio, sino que también consiguió capturar a algunos de los amotinados, que, tras ser sometidos a torturas, fueron desterrados a una isla. Con todo, estas gentes no limitaban sus actividades tumultuarias, plenamente punibles, al espacio del recinto circense. Como informa Amiano, fueron responsables de un motín a causa de la escasez de vino en la ciudad. Se concentraron en el Septizodio (la fachada monumental hoy perdida que, situada en el Palatino, daba comienzo a la vía Apia) y Leoncio, al tener conocimiento de ello, no dudó en marchar hacia allí, «a sabiendas de que se metía de lleno en la boca del lobo» y soportando con entereza las miradas de odio y desdén y los insultos que le dirigían los concentrados. Reconoció a su líder, un enorme pelirrojo llamado Pedro y apodado Valuomeres —un sobrenombre que parece tener un origen germánico, pues está emparentado con el más común Valamer, y que podría explicarse por el inusual color del pelo de este faccioso—, y, después de preguntarle por su identidad, ordenó que fuera detenido por los soldados que le acompañaban. Pedro fue atado, sostenido en el aire con las manos trabadas a la espalda y flagelado con látigos delante de todos sus seguidores. Pese a los gritos de auxilio, sus fieles no movieron un dedo y la plebe se dispersó enseguida. Al final corrió la misma suerte que sus compañeros de tumultos anteriormente capturados y fue desterrado. Se le obligó a ir al Piceno, donde encontró la muerte después de que lo acusaran de violar a una joven noble (Amm. Marc. 14.7.2-5). Lamentablemente Amiano, como en tantas otras

ocasiones, no profundiza ni en las causas ni en los detalles de lo que narra, pues sostenía que no era objeto del historiador relatar minucias. De hecho, si mencionó este episodio fue para ensalzar la firmeza de Leoncio y, sobre todo, para relacionarlo en su discurso con otro suceso contemporáneo ocurrido en Roma y que le permitía criticar a la Iglesia cristiana. Y es que Constancio II había ordenado la detención del papa Liberio después de que éste se negara a ratificar la destitución de san Atanasio, el patriarca de Alejandría. El emperador detestaba a este patriarca egipcio por la vehemente hostilidad que había mostrado hacia sus creencias arrianizantes, de ahí que decidiera expulsarle de su sede, algo que a san Atanasio le ocurría ya por tercera vez —y no sería la última, pues emperadores sucesivos volverían a echarle en dos ocasiones más—. Por cierto, la figura de este Padre de la Iglesia es peculiar y polémica. Aunque fue acusado de cuestiones muy mundanas, como la reventa en su propio beneficio de alimentos destinados a los pobres, sobre todo se le echó en cara una práctica que, a fin de cuentas, compartió con casi la totalidad de los obispos de Alejandría: el empleo habitual de la violencia en el enfrentamiento contra sus enemigos doctrinales; en su caso, incluso promovió asesinatos, como el del obispo de Hipselos. (Liberio encaja perfectamente en el magnífico concepto de «obispo-tirano» propuesto por Michael Gaddis [2005], como los posteriores obispos alejandrinos Cirilo, Dióscoro o el patriarca de Constantinopla Juan Crisóstomo.) Ante su negativa a colaborar con Constancio, Liberio acabó por ser desterrado a Tracia. Ocupó su lugar como nuevo papa un diácono llamado Félix II, al que sin embargo la Iglesia finalmente consideraría un antipapa, es decir, un usurpador al trono de Pedro. A ello contribuyó el circo. En efecto, de acuerdo con la *Historia Eclesiástica* del autor del siglo V

Teodoreto de Ciro, dos años después de producirse la expulsión de Liberio varias damas romanas de elevado rango rogaron clemencia a Constancio II y le solicitaron que permitiera a Liberio regresar de su exilio para gobernar la Iglesia romana junto con Félix. Al parecer, el emperador aceptó y promulgó un edicto que fue leído ante la concurrencia del Circo Máximo. Sin embargo, los espectadores allí reunidos se burlaron con sus cánticos de la decisión y profirieron vehementemente: «Un Dios, un Cristo, un obispo». Liberio acabó por regresar y, como consecuencia, Félix huyó de la Ciudad Eterna (*HE* 2.14). De todo esto nada dice Amiano, que no tenía interés en el mundo del circo ni en el de los espectáculos en general, según las convenciones historiográficas —que no dejaban de ser una prolongación del canon romano—, y solo menciona tales ámbitos cuando conviene a su narrativa. Por otra parte, como escribía bajo Teodosio I, en una época complicada para un pagano como él, convencido seguidor de los cultos tradicionales, procuraba pasar de puntillas por todo lo que tuviera que ver con la religión cristiana y con su estructura temporal, aunque no podía evitar alguna que otra pulla.

En el año 355, a consecuencia de la citada rebelión de Silvano, Constancio II se dio cuenta de que no podía atender personalmente todos los problemas militares que afectaban al Imperio. Por ello decidió nombrar a un césar que, establecido en Occidente, lidiara con las belicosas intenciones de los bárbaros que asediaban ese sector. En noviembre de ese año eligió para el puesto a su primo Juliano, que sería conocido como el Apóstata. No era la primera vez que Constancio II designaba a un césar ni tampoco que se decantaba por un miembro de su familia, pues en el 351 hizo otro tanto con Galo, hermanastro de Juliano, cuando marchó a Occidente para ocuparse de

Magnencio. Sin embargo, acabó por ordenar su ejecución en el 354 después de que Galo, centrado en Antioquía, se caracterizase por un gobierno caprichoso y cruel. Al parecer, en la ciudad siria dedicó un tiempo considerable a los juegos circenses y, sobre todo, gladiatorios, lo que, según Amiano, reflejaba una personalidad sanguinaria. Durante una época de hambruna, quiso matar al consejo de la ciudad por acaparar alimento, pero no tuvo éxito y se marchó, brindando en bandeja a los elementos más violentos de la ciudad al gobernador consular Teófilo, a quien responsabilizaban de la crisis. La «audacia de la plebe más vil», según Amiano, «empujada por el hambre y la locura», incendió la casa de un noble de la ciudad llamado Eubolo y mató al gobernador descuartizándolo (Amm. Marc. 14.7.3-6; Juliano *Or.* 12.42). Gracias al rétor Libanio, sabemos que esa «plebe vil» se correspondía con los fanáticos del circo de la capital siria y que, para más inri, asesinó al gobernador mientras presidía unas carreras en el hipódromo (*Or.* 19.47).

No sería la última vez, y de hecho esta muerte supuso un terrible precedente para lo que iba a venir. Entre otras muchas decisiones erróneas, marcó la sentencia del propio Galo, pues Constancio II se dio cuenta de que debía deshacerse de él. Sin embargo, no podía hacerlo de forma contundente, ya que corría el riesgo de que Galo se alzara en armas con parte del ejército imperial de Oriente. Finalmente, lo consiguió mediante la palabra: le convenció para que tuvieran un encuentro, pues en aquel momento Constancio aún se hallaba en Europa tras haber suprimido a Magnencio, asegurándole que pretendía nombrarle augusto. Galo marchó por Constantinopla y allí hizo algo que enfureció enormemente a Constancio II: organizó unos juegos circenses en los que coronó como ganador al auriga Tórax (Amm. Marc. 14.11.12). Como buen degustador del circo,

sabía muy bien lo que representaba ese atrevimiento, llevado a cabo ni más ni menos que en la capital imperial, y quién sabe si en calidad de augusto, un poder del que aún no había sido revestido. Poco después, Galo era ejecutado. Este césar fue un fiasco, y otro tanto le ocurrió a Constancio II con Juliano.

Ya hemos hablado de emperadores verdaderamente intelectuales como Marco Aurelio, Claudio o Adriano, y de otros con buenas aptitudes como Nerón o Domiciano, pero el emperador más dotado en esta faceta es, sin lugar a dudas, Juliano. Se observa en su abundante obra escrita —en la que destacan *Contra los Galileos* y el magnífico *El banquete*— y en su trayectoria vital. Hijo de Constancio Juliano, uno de los hermanastros de Constantino I, y hermanastro a su vez de Galo, Juliano se formó con los mejores profesores de Constantinopla, Nicomedia y Atenas, y también bajo la tutela de Eusebio, el biógrafo de su tío Constantino I. Se libró de la matanza del año 337 simplemente porque en aquel momento era un niño de apenas cinco años. Tras su nombramiento, descrito en un estupendo relato por Amiano Marcelino, combatió durante cinco años contra la importante amenaza de los francos y los alamanes. A estos últimos los derrotó en el que fue el clímax de su gobierno como césar en Occidente: la épica batalla de Estrasburgo del año 357, donde con apenas 13.000 soldados romanos consiguió vencer a 35.000 alamanes. No se detuvo después de esta crucial victoria, sino que expulsó a todos aquellos bárbaros que se habían aprovechado del contexto caótico para asentarse en territorio romano. A continuación se adentró en el *Barbaricum* para darles una lección y, finalmente, reforzó las fronteras descuidadas del *limes*. Tras este éxito brutal sus tropas le aclamaron como augusto, pero Juliano declinó tajantemente ese honor. Todo cambió en

febrero del 360. Ese año el rey de reyes persa Sapur II invadió Mesopotamia y tomó la crucial ciudad de Amida. Constancio quiso reaccionar y convocó a las tropas desplegadas en la Galia para que acudieran al frente oriental, pero éstas, hallándose acantonadas en la ciudad gala de *Lutetia* (París), se negaron en redondo porque no deseaban alejarse de sus hogares y, por segunda vez, nombraron augusto a Juliano. En esta ocasión no pudo rehusar, o al menos eso es lo que indican las fuentes, aunque tampoco debería descartarse que él mismo fomentara este verdadero golpe de Estado. Fue una coronación muy peculiar, ya que, ante la ausencia de una diadema de calidad, se le impuso una torques germánica de oro y se le elevó, siguiendo una costumbre bárbara, sobre un escudo. Infructuosamente, Juliano pretendió desde el primer momento que Constancio reconociera su nuevo estatus a través de diversas epístolas e incluso de la numismática, pues acuñó una moneda en la que aparecía junto a su primo. Precisamente en una de estas epístolas, recogida por Amiano, se observa la primera conexión del nuevo augusto con el espectáculo circense: intentó ablandar a Constancio argumentando que le mandaría tropas contra los persas y también unos caballos hispanos que podría utilizar en sus carros. Como veremos, estos equinos eran muy apreciados en el ámbito circense y, de hecho, conforme a la legislación, prácticamente los únicos que podían emplearse. Este dato reafirma el gusto del emperador Constancio II por las carreras (Amm. Marc. 20.8.13). Sin embargo, el emperador invalidó su nombramiento, lo que dio inicio al conflicto, primero de manera larvada y luego abiertamente, pues Juliano llegó a acusar a su primo de haber propiciado una nueva incursión de los alamanes en el territorio que él dominaba con el único propósito de debilitarle. El conflicto no derivó en una

escalada bélica por la repentina muerte, en noviembre del año 361, en Cilicia, a causa de una apoplejía, de Constancio II justo cuando se encaminaba a Occidente para afrontar una nueva guerra civil.

Así alcanzaba el poder en solitario Juliano, el último emperador pagano al que se calificó de apóstata, porque había abandonado el cristianismo para abrazar la corriente filosófica neoplatónica. De inmediato, mediante numerosos edictos, impulsó los cultos tradicionales para que recuperasen su lugar en la vida imperial y restringió muchas de las concesiones de las que gozaba la Iglesia. Sin tener en cuenta su fracaso a largo plazo, pues Juliano murió a los tres años de reinado, cabe decir que estas políticas recibieron contundentes ataques por parte de los autores cristianos, tanto contemporáneos como posteriores. Por poner un ejemplo, su coetáneo Gregorio Nacianceno le dedicó varias invectivas en las que, entre otras lindezas, llega a compararle con los peores personajes de la historia bíblica, como Jeroboam, Acab, el anónimo faraón egipcio que esclavizó al pueblo judío, o Nabucodonosor el babilonio (*Or.* 3.3).

Con respecto a Juliano y los espectáculos circenses, se ha de distinguir meridianamente al emperador como institución y como persona. En cuanto soberano romano, Juliano los respetó de acuerdo con su cargo y, sobre todo, por el significado votivo que tenían; también, en su caso, por las críticas que suscitaba su celebración en los ambientes cristianos. Sin embargo, incluso en los espectáculos oficiales, procuró mantener las distancias. Su comportamiento al respecto se parece al de Tiberio, que intentaba alejarse conscientemente de unos divertimentos que ni comprendía ni deseaba comprender. De hecho, Juliano no sólo no disfrutaba de las diversiones públicas sino que, conforme a su acendrado elitismo cultural, derivado de su activismo

filosófico, los despreciaba, algo de lo que dio sobradas muestras y que no favoreció precisamente a su popularidad. Así, sabemos que auspició y patrocinó los espectáculos de mala gana. Por ejemplo, Amiano nos cuenta una anécdota que, aunque tenía como fin último halagar al emperador pagano, como es habitual en la obra de este magnífico historiador, define perfectamente su actitud. El 1 de enero del año 362, el recién elegido cónsul Claudio Mamertino celebró en Constantinopla, como marcaba la costumbre, los juegos circenses que conmemoraban el consulado que le había concedido Juliano —conservamos el brillante discurso que Claudio Mamertino ofreció en el senado bizantino, y que no era otra cosa que un panegírico del emperador filósofo; *Pan. Lat.* 3 (11)—. Lo hizo pese al error que cometió Juliano en su desarrollo y que únicamente se explica por su desinterés hacia el espectáculo y el deseo de que acabara cuanto antes. Juliano usurpó el papel del oficiante o *editor* Mamertino al manumitir personalmente a un grupo de esclavos, cuando ese momento de gloria le correspondía al cónsul. Al tomar conciencia de ello, Juliano decidió imponerse a sí mismo una multa consistente en el pago de la importante cantidad de diez libras de oro, un detalle que sin duda debió de ser celebrado por el público y que, quizás, fue el único momento en que se acercó al aficionado medio (Amm. Marc. 22.7.2). Esta inequívoca muestra de desagrado hacia un espectáculo que le hacía sentir incómodo se ve refrendada en la propia obra escrita del emperador: «Unos aman los caballos, otros los pájaros y otros las fieras; yo, desde niño, estoy poseído por un terrible deseo de atesorar libros», escribe en una carta (Juliano *ep.* 107). Esta indiscutible muestra de los gustos personales del emperador se inserta en una contexto curioso, puesto que la epístola tenía como destinatario el prefecto de Egipto Ecdicio y se

enmarcaba en el empeño de Juliano por recuperar la biblioteca personal de Jorge de Capadocia, el obispo filoarriano y profundamente antipagano que ocupó el lugar del depuesto san Atanasio, que murió linchado por una turba pagana. Por lo visto, la biblioteca era enorme y Juliano la había conocido de primera mano. Ante el evidente riesgo de que se perdiera, urgió a Ecdicio a que actuase sin demora, utilizando todos los medios a su alcance, incluida la tortura, pues pese a que albergaba abundantes libros cristianos, que Juliano deseaba borrar de la existencia, también contenía títulos paganos de muchísimo valor.

Este talante julianeo hacia los entretenimientos públicos, y en especial hacia el circo, se observa en muchas otras ocasiones, si bien en algún discurso le resulta imposible sustraerse al empleo de frecuentes metáforas circenses; por ejemplo, en el elogio que a la sazón dedicó a Eusebia, la emperatriz y esposa de Constancio II, donde se compara personalmente con un auriga inexperto (*Or.* 2.14). Sin embargo, la muestra más contundente del disgusto que le provocaban los espectáculos circenses se aprecia, tanto en la práctica como en la teoría, en su estancia en Antioquía, hacia donde había marchado en el año 363 para preparar su campaña contra el enemigo persa y resolver la crisis iniciada bajo el reinado de su primo Constancio II, y donde encontraría la muerte. En esa importantísima ciudad, que llegó a detestar como tantos de sus antecesores, tuvo que sufrir a una población profundamente hostil. Recurriendo a su genuino estilo, respondió a las enormes críticas que despertó su estancia a través de uno de sus escritos más célebres, el *Misopogon* o *Discurso de Antioquía,* escrito poco antes de partir al frente. Los antioquenos se quejaron de su paganismo combativo y de los perennes problemas en el aprovisionamiento de alimentos que sufría esta importante

urbe, que en aquellos momentos, con cerca de medio millón de habitantes, era la tercera más poblada después de Roma y Alejandría. Sin embargo, la hostilidad también estaba relacionada con los hábitos y el mero aspecto físico de un emperador que más bien parecía un filósofo y que, como tal, mostraba un escaso entusiasmo por los espectáculos públicos, para escarnio popular. Así lo explicita contundentemente el propio Juliano:

> Me prohíbo a mí mismo los teatros a causa de mi estupidez y no admito dentro de la corte espectáculos, excepto en el primer día del año [...]. Quizás, en efecto, esto es también algo pesado y prueba clara de mi pésimo carácter; pues añado otro rasgo todavía más sorprendente: odio los juegos del hipódromo tanto como a los deudores el ágora. Raras veces voy a ellos en las fiestas de los dioses y no permanezco el día entero, como solían hacer mi primo, mi tío y mi hermano paterno. Veo seis carreras en total y eso no como un aficionado ni, en realidad, por Zeus, sin odio ni aversión, y contento me marcho (Juliano *Or.* 12.4-5).

Aquí Juliano se contrapone directamente a sus familiares ya fallecidos Constancio II y Galo. Se esforzaba lo justo por cumplir con la costumbre social. Procuraba no asistir y cuando lo hacía, enseguida deseaba marcharse. De hecho, sólo respetaba en su totalidad los espectáculos circenses del primer día del año, y de aquella manera, como hemos comprobado con lo sucedido durante la celebración del consulado de Mamertino. Este odio a tales divertimentos lo justifica en el mismo escrito por la educación que le proporcionó desde que tenía ocho años Mardonio, su querido pedagogo, un eunuco escita que ya había ejercido como preceptor de Basilina, la madre de Juliano, y que se encargó de su primera educación, le previno contra los peligros del teatro y de las carreras de carros y le enseñó a alejarse de los aurigas y de los histriones o pantomimos. Se trata de un testimonio que recuerda sobremanera a un fragmento que ya hemos visto de las *Meditaciones* de Marco Aurelio, lo que no parece casual (Juliano *Or.* 12.21-22). Obviamente, estos textos resultan terminantes para conocer la predisposición de este emperador hacia el circo, pero también contamos con el apoyo documental de un amigo

suyo, el rétor antioqueno Libanio, que no sólo fue plenamente contemporáneo a estos sucesos, sino que escribió un discurso con el único fin de aplacar al soberano antes de que desatara su ira sobre la ciudad. Libanio amplió aún más nuestro conocimiento sobre la relación de Juliano con las carreras del circo, el teatro y las *venationes,* al señalar que «ninguna de estas atracciones llamaba la atención de este varón, que, cuando por obligación debía sentarse en el hipódromo, tenía su vista fija en otros asuntos», es decir, que vivía el espectáculo mirando al infinito, enfrascado en sus meditaciones (*Or.* 18.170-171; véase también Zós. 3.11.4-5). Así pues, el comportamiento de Juliano se alejaba conscientemente de la larguísima tradición romana y del papel que se esperaba que cumpliera como emperador en un ámbito tan específico y hasta cierto punto protocolario. El propio Juliano reconocía sin rubor que las críticas sobre su desgana con respecto al circo se enmarcaban dentro de la vida pública del soberano romano. En una ciudad como Antioquía, tan apasionada por los juegos —y que ya había despertado las iras de numerosos emperadores anteriores—, su actitud resultaba contraproducente, y algo parecido habría ocurrido si hubiera residido en Roma, Constantinopla o Alejandría. Sin embargo, la vida de Juliano refleja que también supo actuar hipócritamente cuando le convenía. Amiano nos cuenta, y esto es sintomático del carácter de Juliano, que patrocinó unos juegos circenses en la crucial ciudad balcánica de Sirmio mientras avanzaba en el terreno para enfrentarse contra su primo Constancio II (Amm. Marc. 21.10.2). Es decir, en los tiempos en que aún no ejercía el poder absoluto, no se le caían los anillos por rebajarse al nivel del pueblo, pero una vez que obtuvo la púrpura dejó de mostrarse hipócrita para afianzar una imagen popular que poco le

preocupaba ya. Esta actitud tan particular incidió sobremanera en el problema antioqueno, en el que el hipódromo de la ciudad, obviando un momento la altanería de Juliano hacia los entretenimientos allí celebrados, jugó un papel muy importante.

Volviendo a la crisis sufrida por Juliano en Antioquía, del relato de época posterior de Juan Malalas se desprende que fue insultado gravemente en lugares públicos, principalmente en el hipódromo, por una plebe que estaba siendo manipulada por dos cristianos llamados Juventino y Maximiano a los que el emperador finalmente mandó ejecutar (*Chronog.* 13.19). Por su parte, Libanio, en el discurso que escribió a la sazón para calmar al soberano, calla sobre esos supuestos cristianos y señala que los responsables eran pocos y extranjeros, «unos desgraciados, miserables, malhechores y cortadores de bolsas» (*Or.* 16.32). Sin embargo, no resulta convincente porque sólo pretendía disculpar a sus conciudadanos ante Juliano y evitar que su desfachatez causara problemas a la ciudad, pues veinte años después emplearía un lenguaje similar en una crisis análoga pero mucho más grave sucedida en tiempos de Teodosio I. Los alborotadores, que no debían de ser pocos, eran genuinamente antioquenos y pertenecían a todos los estratos sociales, si bien hay que identificarlos sin duda con aquellos elementos más fanatizados del circo y el teatro. La atmósfera de la ciudad y el amor que sus habitantes profesaban por todo aquello que desagradaba a Juliano alimentó la oposición mutua, que se acrecentaba aún más cuando, en las grandes asambleas públicas que eran los juegos circenses, el soberano se mostraba ensimismado o simplemente no acudía al espectáculo. En esta línea, Libanio se propuso enmendar la situación planteando a sus conciudadanos que cambiaran sus costumbres para así

congraciarse con el emperador. Fue esto lo que sugirió a sus vecinos:

> Cerremos durante un breve tiempo el teatro, pidámosles a esos bailarines y actores que también hagan partícipes a los vecinos de los deleites que nos suelen prodigar, y que nos dejen pasar el verano sin gozo. Rebajemos el número actual de carreras de caballos fijándolas en seis, en lugar de las dieciséis de ahora [...]. Juzguémonos a nosotros mismos, para que no nos juzgue el emperador (*Or.* 16.41).

Sin embargo, sus aspiraciones fueron en vano. Por una parte, porque enunció ese discurso ante sus próceres cuando Juliano ya había abandonado la ciudad y se dirigía a la frontera con Persia; por otra, porque la pasión enfermiza de los antioquenos por los juegos era irremediable, al igual que su inveterado descaro ante el poder. Ciertamente, Juliano no tuvo en cuenta dónde se encontraba; le habría convenido mostrarse más solícito, como en Sirmio unos años antes. El contraste entre la actitud adoptada por su antecesor Constancio II y el esnobismo julianeo con respecto a Antioquía resulta más que notable. El primero, en el año 358, una vez tranquilizada la situación tras los problemas ocurridos en la ciudad, regaló a un noble llamado Argirio dos cuadrigas y un grupo de caballos bitinios, para que fueran empleados en los juegos circenses que este aristócrata iba a ofrecer a sus conciudadanos en el ejercicio de su magistratura (Libanio *ep.* 4.381). Estos detalles eran de gran importancia, sobre todo en una ciudad tan pasional como Antioquía, como se observa en la obra de Libanio. Quizás el propio Juliano aprendiera la lección, porque en un momento muy tenso de su campaña persa organizó para sus tropas unas carreras de caballos y premió a los soldados más veloces. (Los juegos en el ámbito militar no eran extraños; otros ejemplos son los que promovió Augusto en los campamentos hispanos tras el fin de las guerras cántabras, o la recomendación que hizo de su uso el posterior emperador bizantino Mauricio en su tratado militar *Estrategicón*.) Juliano lo hizo principalmente con el ánimo de despistar a

sus enemigos, pero tal vez también pensó en congraciarse con unos conmilitones que estaban afrontando una campaña penosa (Libanio *Or.* 18.249-250; Sozómeno *HE* 6.1; Festo *Brev.* 28). En cuanto al rétor de Antioquía, uno de los más grandes oradores del mundo tardorromano, conviene ampliar un poco la información sobre él, pues en las últimas páginas hemos recurrido con frecuencia a su testimonio sobre el circo (y lo seguiremos haciendo más adelante, en atención a la enorme obra escrita que nos ha legado). En sus escritos, Libanio nos ofrece una buena panorámica del Imperio de ese período, especialmente de Antioquía, la ciudad en la que pasó la mayor parte de su vida. De hecho, aunque se formó en Atenas y residió en Constantinopla y Nicomedia, consiguió la cátedra de retórica en su ciudad natal y allí permaneció hasta su muerte. De profundas convicciones paganas, fue maestro de personajes relevantes, como los obispos y teólogos san Juan Crisóstomo y san Basilio de Cesarea, el teólogo nestoriano Teodoro de Mompsuestia y el historiador Amiano Marcelino. Fue amigo del emperador Juliano y, como ya vimos, de otro gran autor de este período, Temistio. Incluso el muy cristiano Teodosio I, pese al paganismo militante de Libanio, le agració, en atención a sus innegables méritos intelectuales, con el puesto de prefecto del pretorio honorífico. De enorme intelecto, no dudó en defender siempre a su tierra y en enfrentarse retóricamente a quien hiciera falta. Se le puede calificar como un perfecto modelo de enfermo imaginario. Para obtener sus fines no dudaba en simular diversas dolencias, de las que se recuperaba inusitadamente cuando estimaba que eran ocasionadas por un mal de ojo. Sin embargo, todo sea dicho, pasó los últimos años de su vida aquejado de un vértigo agudo que le obligó a recluirse en su casa, aunque no por ello dejó de ejercer como docente.

Desde luego, la obra de Libanio es clave para conocer la vida de una ciudad como la capital de Siria, y también para comprender la polémica cristiano-pagana. Según sus convicciones, de forma similar a como actuó Juliano, abominó de la mayor parte de los espectáculos desde que a los quince años descubrió la retórica y dejó de lado entretenimientos juveniles como las carreras de carros, los espectáculos escénicos y las luchas de gladiadores (*Or.* 1.5). Sin embargo, y esto lo diferencia de su amigo el emperador Juliano, sí disfrutaba de los espectáculos teatrales, en especial de la pantomima. De hecho, las críticas a este arte teatral, en especial las planteadas por el ya citado sofista Elio Aristides en el siglo II, motivaron que escribiera una de las más destacadas apologías de esta diversión de la Antigüedad (*Or.* 64).

Libanio resulta clave para comprender los recurrentes problemas sociales que aquejaron a la gran metrópoli de Antioquía, en los que, indefectiblemente, el circo jugó un rol importante. Eran recurrentes las revueltas del hambre, como la ocurrida en tiempos del césar Galo, que desembocó en el asesinato del gobernador Teófilo, o las que derivaron en diversas situaciones críticas de contestación popular como la que tuvo que afrontar Juliano. En este sentido, Libanio no dudó en minusvalorar las tensiones sociales vividas en la ciudad. Resulta jocoso que en el elogio que dedicó a su ciudad en el año 360 afirmara hipócritamente justo lo contrario, argumentando que las sediciones eran cosa de Egipto e Italia, ya que la curia antioquena se preocupaba por su pueblo, e incluso que en las carreras del hipódromo de la ciudad no se producían excesos (*Or.* 11.151-153 y 268). Obviamente, tales afirmaciones no se correspondían con la realidad; de hecho, el propio Libanio es nuestra mejor fuente para conocer tales motines. Gracias a él conocemos otra de

estas revueltas del pan en la que también resultaron importantes tanto el hipódromo como las facciones del circo. Veinte años después de los problemas ocurridos bajo Juliano, hacia los años 381-382, el conjunto de la población de Antioquía echó la culpa a los panaderos de la carestía de la vida, como describe el rétor en su autobiografía. Ante la tensión social, el conde de Oriente Icario intentó fijar los precios, pero la situación empeoró y los panaderos «se dieron a la fuga para poner a salvo sus vidas; sin embargo, el pan faltaba por completo y el trigo era sólo una esperanza, mientras el hambre era una fuente de posibles desgracias. La ciudad, pues, se asemejaba a una nave sacudida por la tempestad». En ese momento el propio Libanio salió en defensa de los panaderos y consiguió que regresaran y volvieran a poner los hornos en marcha. No obstante, estalló una nueva crisis, de la que responsabilizó a Icario después de que éste hubiera nombrado a Cándido, un potentado local, como nuevo jefe de la corporación de panaderos. El resultado fue un desastre y Libanio, que califica a Cándido de «miserable borracho», señala que éste decidió utilizar la fuerza contra los panaderos. Incluso llegó a humillarlos públicamente al obligarlos a deambular con la espalda desnuda por las calles de Antioquía. Sin embargo, esa política de fuerza no benefició a nadie excepto, según Libanio, a Cándido y a sus secuaces, que disponían a discreción del fruto de sus propios hornos. Finalmente fue destituido, aunque el pueblo no olvidó su nefasta gestión, como demostró con una revuelta originada durante la celebración de unos juegos circenses en honor del dios Poseidón. Libanio escribe que «una ola inmensa de jóvenes se dirigió hacia [la casa de Cándido] con antorchas en la mano» para obligarle a «vomitar todo lo que deshonestamente había comido» (*Or.* 1.226-231). Esta

juventud que asaltó la casa de este potentado sólo puede identificarse con aquella que acudía habitualmente al circo y se agrupaba en las facciones organizadas, cuyo primer fin era promover la animación en el recinto de espectáculos, pero que a menudo, conforme a su protagonismo social, actuaba como portavoz de la comunidad a través de unas actuaciones y comportamientos, tanto dentro como fuera del circo, que rayaban en la pura criminalidad. No en vano, el lugar de la competición se constituía, insisto, en un espacio de reunión masiva y de decisión popular por parte de unas masas enardecidas como consecuencia de la épica del espectáculo.

Poco después, en junio del 363, fallecía Juliano en su campaña contra Persia tras ser atravesado por una lanza en el transcurso de un ataque sorpresa sasánida, aunque algunos autores antiguos paganos como el mismo Libanio quisieron atribuir su muerte a un soldado imperial cristiano. De este modo finalizaba la dinastía constantiniana. La tropa allí reunida eligió a Joviano (363-364) como nuevo soberano y éste, con el objeto de salvar la situación tan problemática en la que Juliano había dejado al ejército de Oriente, se apresuró a firmar una paz vergonzosa con Sapur II: le concedió el dominio sobre amplios territorios que en las últimas décadas habían sido romanos y permitió que Armenia quedara bajo la influencia persa. Por otra parte, en sus escasos siete meses de reinado, tuvo tiempo de deshacer la política religiosa de Juliano al anular la legislación filopagana. Murió de repente, aparentemente asesinado, y fue sucedido por Valentiniano I (364-375), cuya entronización inauguró la dinastía valentiniana y que se distinguió por ser uno de los más capacitados emperadores del Bajo Imperio romano. Valentiniano eligió como coemperador a su hermano Valente (364-378) y, mientras

éste se ocupaba de las provincias de Oriente, permaneció en Occidente para ocuparse junto con su hijo Graciano (367-383), al que no tardó en nombrar augusto, de los bárbaros que amenazaban los frentes renano y danubiano. De hecho, fue el último soberano que realizó campañas militares más allá de estas dos históricas fronteras. Rudo e inculto, su carácter colérico le dominó hasta el mismo instante de su fallecimiento a causa de una apoplejía en el año 375 mientras gritaba enfurecido a unos embajadores cuados en la frontera danubiana. A su muerte, el Imperio quedó dividido entre Graciano —el responsable de la retirada definitiva del Altar de la Victoria erigido por Augusto en el senado de Roma y del título tradicional de pontífice máximo —, Valente y el otro hijo de Valentiniano, Valentiniano II (375-392), que a la sazón tenía cuatro años y se ocupó nominalmente de Italia, el Ilírico y África mientras Graciano se quedaba con la prefectura de las Galias. El 378 se puede considerar uno de los años cruciales de la historia del Bajo Imperio por la terrible batalla de Adrianópolis, que culminó la desastrosa gestión romana de la migración de un enorme contingente de godos tervingios que habían solicitado la entrada en el Imperio para huir de un nuevo actor fundamental procedente de Asia, los hunos, cuyo paso sembró el terror entre las distintas poblaciones bárbaras y provocó una reacción en cadena. Valente les dio la bienvenida ante las posibilidades de emplearlos como soldados-granjeros pero, según las fuentes, entre las que destaca la de Amiano Marcelino, el nefasto trato que recibieron los godos por parte de la administración y de la soldadesca romana hizo que finalmente se rebelaran. Valente afrontó la situación militarmente, con el resultado fatal de una categórica derrota romana en Adrianópolis, donde el propio emperador falleció y, según Amiano, «apenas

sobrevivió la tercera parte del ejército» de Oriente (Amm. Marc. 31.13.18). Al error mayúsculo de haberlos dejado entrar sin saber muy bien qué hacer con ellos se sumaron otros que propiciaron el desastre y contribuyeron a que, a la larga, este pueblo bárbaro se convirtiera en un protagonista de primer orden de la historia romana del siguiente siglo.

En relación con el circo, disponemos de bastantes evidencias, algunas muy notables, de la dinastía valentiniana en su conjunto, varias de las cuales serán presentadas aquí y otras más adelante. Con respecto a Valentiniano I, Juan Malalas y el *Chronicon Paschale* detallan un acontecimiento ocurrido en Antioquía que responde perfectamente a la imagen iracunda y violenta del fundador de la dinastía. Al parecer, Ródano, el eunuco encargado de cuidar de la casa del emperador —el *praepositus sacri cubiculi*—, había arrebatado sus propiedades a una viuda llamada Berenice aprovechándose de su posición de privilegio. Ella apeló directamente al emperador, que determinó que un juez, el patricio Salustio, examinase la causa. El juez dio la razón a la viuda y conminó a Ródano a devolver lo arrebatado; sin embargo, éste se negó. El emperador tomó nota de lo acontecido y dijo a la viuda que se le aproximara durante la celebración de unos juegos circenses. El emperador apareció en la quinta carrera de la mañana y al punto ordenó a la guardia que prendiera a Ródano, que se encontraba sentado a su derecha. Fue arrastrado desde el palco imperial hasta uno de los extremos de la arena y allí, sin que se interrumpiera el espectáculo, fue quemado vivo mientras se le concedían a la viuda Berenice todas las propiedades del ejecutado. El pueblo antioqueno y el senado de la ciudad, absortos ante lo que estaban viendo, vitorearon al emperador y, en un verdadero oxímoron, le aclamaron como justo y despiadado (Juan Malalas *Chronog*. 13.31; *Chron.*

Pasch. s.a. 369).

Bajo Valentiniano I encontramos la conclusión a un episodio cuyo origen ya avanzamos y que se corresponde con la crisis del papado de Roma propiciada por la destitución de Liberio bajo Constancio II. Aquí también se advierte la participación de los más radicales del Circo Máximo. Según el relato de Amiano, el prefecto de la ciudad, Vivencio Pretextato, debía hacer frente a los continuos tumultos que sacudían las calles como consecuencia de la elección del nuevo obispo de Roma tras la muerte de Liberio. En este ambiente, caracterizado por una «gran violencia» y que llegó a «causar heridos y muertos», dos candidatos se disputaban el trono de san Pedro: Dámaso, cuyos apoyos procedían de las clases más elevadas y de las filas de los seguidores del antipapa Félix II, y Ursino, diácono fiel a Liberio. Incapaz de poner fin al problema, Vivencio Pretextato optó por una táctica singular que diversos antecesores suyos en la prefectura habían adoptado ante situaciones similares: huir. Mientras la máxima autoridad de la ciudad estaba fuera, Dámaso, que posteriormente sería santificado, venció en una contienda que, según Amiano, dejó un balance de 137 muertos en la basílica de Sicinino (la iglesia que se situaba donde hoy se levanta la actual Santa María la Mayor, en el monte Esquilino). Finalmente, Vivencio Pretextato regresó a la ciudad y expulsó a Ursino de Roma (Amm. Marc. 27.3.11-15 y 27.9.9). De acuerdo con el relato de Amiano, esta historia no debería incluirse en el presente libro porque se corresponde con la típica disputa violenta en el seno de la Iglesia por el poder temporal (como en este caso) o por ciertas lecturas teológicas. Sin embargo, el historiador de Antioquía no lo contó todo, pues, como ocurre en otras tantas ocasiones en su magnífica *Res Gestae,* ocultó diversos detalles. Afortunadamente disponemos de

otra fuente, la cual, a diferencia de Amiano, que se muestra más bien favorable a Dámaso, nos ofrece la versión de un seguidor de Ursino, es decir, del perdedor, y amplía lo narrado; se encuentra en la *Collectio Avellana,* una compilación de cartas y documentos seglares y eclesiásticos de la Roma de los siglos IV al VI. Por lo visto, en un primer momento los dos clérigos se autoproclamaron pontífices romanos, pero Dámaso, de acuerdo con la lectura interesada de este pequeño texto, «utilizó sobornos para alborotar a los aurigas y a la masa ignorante, que, armados, irrumpieron en la basílica de Julio y provocaron una matanza de fieles durante tres días». Dámaso, «en compañía de todos los que habían perjurado y de los gladiadores a los que había corrompido mediante el pago de enormes cantidades de dinero», se apoderó de la basílica Laterana (la actual San Juan de Letrán) y fue ordenado papa. Enseguida logró que Ursino fuera expulsado después de que Félix sobornara tanto a Vivencio como a otro cargo civil muy importante, el prefecto de la anona. Sin embargo, pese a esta decisión en firme, los fieles de Ursino decidieron protegerlo y lo llevaron a la basílica de Sicinino. Allí, continúa este relato anónimo, «Dámaso y sus infieles seguidores convocaron a los gladiadores, aurigas, enterradores y a toda la clerecía y, con hachas, espadas y porras, asediaron la basílica» y llevaron a cabo la masacre. Mientras una parte de los seguidores de Dámaso rompían las puertas e incendiaban la iglesia, otros destrozaban el techo y atacaban a los seguidores de Ursino con tejas. Como balance de este ataque, entre los seguidores de Ursino hubo 106 muertos, sin distinción de sexo, además de muchos heridos, de los cuales un buen número acabó por fallecer; entre las filas de Dámaso no se contó baja alguna. Pese a la apelación al emperador, Valentiniano apoyó a Dámaso, y la decisión de expulsar a Ursino fue corroborada.

Pero aquí no acabó la disputa: poco después, Dámaso atacó de nuevo a los fieles de Ursino que se reunían en las cercanías de la tumba extramuros de Santa Agnes (*Col. Av.* 1). Lo cierto es que las dos fuentes parecen congruentes entre sí, pese a la obvia toma de partido del relato anónimo por Ursino y la más matizada pero indiscutible posición favorable de Amiano hacia el vencedor, si bien ambos resumen en apenas unas líneas un conflicto que duró años. Finalmente, resultó perdedor un Ursino que jamás fue reconocido —por extensión, su maestro Liberio se convirtió en el primer papa de Roma que no fue santificado— y al que se le llegó a acusar de arriano. Por su parte, Dámaso, del que se dice que su familia procedía de *Mantua Carpetanorum,* probablemente Villamanta (Madrid), no sólo acabó entrando en el santoral —curiosamente, en la actualidad es el patrón de los arqueólogos—, sino que también contó con el apoyo unánime de luminarias cristianas de la magnitud de san Ambrosio y san Jerónimo —no en vano, este último fue su secretario; Dámaso le encargó la traducción latina de la Biblia conocida como *Vulgata*—. Tal y como hemos visto anteriormente, no era en absoluto una novedad que una elección episcopal se dirimiese a golpes, pero sí fue la primera vez —y no sería la última— en que los principales actores del circo desempeñaban un papel en el conflicto. De hecho, se apunta directamente a los aurigas y a una masa ignorante *(imperitam multitudinem)* que sólo puede identificarse con los miembros más fanáticos de las facciones que tantos y tantos problemas habían generado y generarían en Roma. Lamentablemente no conocemos detalles ulteriores, pero lo más probable es que sólo se involucraran los aurigas y los seguidores de una de las facciones, fuera la azul o la verde, y que los cocheros hicieran valer su personalidad magnética, amén del dinero

de Dámaso, para atraer en torno suyo a unas masas que los idolatraban. En cualquier caso, si se compara con lo acontecido en tiempos de Constancio II, se observa que bajo este emperador la plebe del circo organizada, aquella capaz de dirigir cánticos y generar opinión pública, jugó un papel relevante en la vuelta de Liberio a la basílica de San Pedro, después se opuso a la elección de su heredero designado y acabó por apoyar a su rival. Obviamente, la riqueza de Dámaso y su círculo, pertenecientes a la élite más exclusiva de la ciudad, ofrecía la solución a esta disyuntiva. Dámaso consiguió de este modo el apoyo incondicional de aquellas gentes que, residiendo en Roma, estaban más acostumbradas al ejercicio de la violencia callejera. Por ello, en absoluto se puede considerar que los nombres y calificativos de la fuente antidamasiana sean simplemente peyorativos y difamatorios. Este episodio, pese a sus silencios y a las dudas que despierta, constituye una estupenda muestra de un conflicto en el que participó la gente más agresiva e incontrolable de la capital romana, que indiscutiblemente aglutinaba los grupos de presión y coerción más potentes.

Para finalizar con la dinastía valentiniana y el circo, vamos a ofrecer una evidencia que, además, está relacionada con su mayor fracaso: el desastre de Adrianópolis del año 378. Según Sócrates Escolástico, historiador de la Iglesia, el *casus belli* de la poco meditada estrategia de Valente contra los godos tuvo su origen en las gradas del Hipódromo de Constantinopla. En la capital corrían aires de extrema inquietud ante las noticias que llegaban de los Balcanes sobre la revuelta de los godos y su deambular, ya que saqueaban los campos de las provincias, fundamentalmente de la cercana Tracia; algunas bandas de bárbaros incluso se habían atrevido a merodear por los suburbios de Constantinopla y a aproximarse a las murallas de la ciudad

sin que nadie les saliera al paso. Comenzaron a correr rumores y maledicencias contra un emperador que no contaba con un especial apoyo en las calles de la antigua Bizancio. Tal estado de opinión acabó por perfilarse en el mayor ágora ciudadano de la urbe, y el hipódromo se convirtió así en sujeto principal de este desasosiego después de que el emperador Valente acudiera a la ciudad el 30 de mayo. Por lo visto, los asistentes al circo llegaron a gritar a coro: «¡Danos armas y nosotros lucharemos!». Esta osadía enfureció a Valente, que el 11 de junio se marchó de la ciudad para combatir a los godos, no sin haber amenazado antes a los constantinopolitanos, según cuenta Sócrates Escolástico, con destruir la ciudad, tanto por esta insubordinación como por el apoyo de sus habitantes a un usurpador de escasa importancia como Procopio, quien estaba emparentado con Juliano y cuyo descendiente Antemio acabó por erigirse en emperador un siglo después (*HE* 4.38; también en Sozómeno *HE* 7.39). Sin embargo, en la batalla de Adrianópolis librada en agosto de ese mismo año, moría Valente en un desastre sin precedentes para Roma. Aunque conviene mantenerse cauto en lo referente a este relato y a su influencia, tampoco se puede desestimar, pues en absoluto resulta anómala la actitud mostrada por los aficionados del circo, como tampoco la reacción del soberano. La ira del emperador era comprensible porque tal actuación, dirigida obviamente por los elementos más radicales de las facciones, sembraba dudas sobre sus capacidades y las del ejército, socavando su autoridad, y además planteaban una alternativa a su poder. Si bien este episodio debería considerarse más una bravata que una aspiración popular, lo cierto es que atentaba por completo contra uno de los pilares básicos del ordenamiento jurídico romano: el monopolio estatal de la violencia. Al igual que

ocurre en las sociedades contemporáneas, como lo analizó y definió hace ya mucho tiempo el gran sociólogo Max Weber, una de las mayores preocupaciones de las autoridades romanas era tener bajo control manifiesto del propio Estado la aplicación de la fuerza y la coacción para, de este modo, evitar cualquier tipo de duda y, sobre todo, de alternativa popular al ejercicio del poder (véase el magnífico diálogo entre Mecenas y Agripa que citamos previamente, en las pp. 56-58). Así, nominalmente estaba prohibido que la población emplease y dispusiese de armas; la fuerza era potestad de las instituciones romanas, del emperador y del ejército profesionalizado, así como de ciertos cuerpos particulares de seguridad —que en nada se asemejaban a la policía actual—. Sin embargo, todo hay que decirlo, aunque la legislación era clara, a la vez dejaba abierta numerosísimas vías para la autodefensa y el protagonismo en el ejercicio de la fuerza por parte de los ciudadanos. Este principio fundamental romano no se tambalearía hasta el año 440, cuando se tiene constancia de la primera quiebra temporal de tal monopolio a causa del ataque de los piratas vándalos sobre las costas itálicas, en una amenaza de proporciones tan colosales para la seguridad de buena parte de la península y Sicilia que no podía ser respondida tan sólo por el ejército romano, de ahí que se recurriera a medidas excepcionales. Más adelante volveremos sobre este asunto.

Puede decirse que el hispano Teodosio (379-395) trajo consigo el último gobierno fuerte, no sólo porque tras su muerte se produjo la división del Imperio en dos bajo el gobierno de sus hijos Arcadio y Honorio, sino también por el poderío militar del que hizo gala y, en especial, por las decisiones políticas que tomó unilateralmente, sobre todo en lo que atañe a la religión. Bajo su mandato, el cristianismo se convirtió en la religión oficial y, en consecuencia, se

impulsaron una serie de medidas muy gravosas para el paganismo. De este modo, Teodosio decretó el cierre de los templos y la supresión de los festivales y ceremonias tradicionales que hasta el momento se venían celebrando —incluidos los Juegos Olímpicos, tras casi doce siglos de existencia—. Y, desde luego, no hizo nada para evitar la destrucción del patrimonio pagano y hasta patrocinó algunas actuaciones violentas. Cayeron templos históricos como el Serapeo de Alejandría, una de las mayores maravillas arquitectónicas del mundo antiguo, o el de Apolo de Delfos, ambos a manos de los grupos de cristianos y monjes exaltados que llevaban décadas protagonizando campañas de destrucción sistemática de todo vestigio pagano a su alcance. En la capital, Constantinopla, Teodosio ordenó el derribo de los templos de la acrópolis, la donación a la Iglesia de diversos santuarios y la mancillación de otros templos como el de Artemisa, transformado en sala de juegos, o el de Afrodita, en cochera para los carruajes del prefecto del pretorio y en alojamiento para prostitutas pobres (Juan Malalas *Chronog*. 13.39). Asimismo, declaró ilegal la apostasía para hacerse pagano y estimuló la conversión masiva al cristianismo. Sin embargo, todas las leyes que cercenaban la menguante tolerancia a los cultos tradicionales fueron emitidas en la segunda mitad de su reinado, cuando este hijo de un experimentado militar, Teodosio el Viejo —a quien mandó ejecutar por traición el emperador Valentiniano I pese a sus grandes éxitos militares, como la recuperación de la isla de Britania, perdida para el Imperio durante dos años a consecuencia de la *barbarica conspiratio* o confluencia del ataque de los pictos, escotos, sajones y francos, o la liquidación del usurpador Firmo en África—, ya disfrutaba de un poder omnímodo en el Imperio. De hecho, en sus primeros años de

gobierno compartió el poder con Graciano, quien le otorgó el mando de Oriente tras la muerte de Valente, y con Valentiniano II, el hijo del fundador de la dinastía valentiniana. Sin embargo, Graciano murió a consecuencia de la usurpación en el año 383 del general de origen hispano Magno Máximo, quien, llegado desde Britania al continente, pretendió gobernar juntamente con Teodosio. No obstante, aunque al principio éste le dio falsas esperanzas, dejándole que se ocupara de defender (con éxito) las fronteras occidentales, finalmente lo eliminó. Teodosio lo celebró con un triunfo y con sus correspondientes juegos circenses en la vieja capital imperial de Roma.

Por su parte, el joven Valentiniano II acabó suicidándose en el año 392, humillado por todos, en especial por el propio Teodosio y por el militar más poderoso de Occidente, el general franco Arbogasto, a quien aquél había encomendado el ejército de la Galia y el cuidado del joven monarca. De hecho, en el momento en que Valentiniano II intentó reafirmar su poder y quiso desembarazarse de Arbogasto, éste se negó a dejar su posición, en lo que era una insubordinación inédita pero profundamente representativa de la situación. El joven monarca se suicidaría poco después, aunque se rumoreó que tras su muerte se encontraba la mano del general franco. Ante la peligrosidad de esta acusación, Arbogasto decidió apoyar al usurpador Eugenio, al que, como ocurrió con Máximo, Teodosio eliminó. Ciertamente, parece que éste, al igual que Constancio II, fue mucho más ducho en las contiendas civiles que en lo concerniente a las amenazas exteriores. Disponemos de dos ejemplos: por un lado, un error suyo cuando era un joven militar implicó la pérdida de dos legiones en el Danubio y, por otro, tuvo que claudicar frente a los godos, a los que estableció con garantías en suelo imperial. Con todo, más

allá del aspecto militar, Teodosio fue un emperador absolutamente crucial en el fin del Imperio, tanto por sus despiadadas políticas antipaganas como por su testamento político. Aunque Arcadio ya fuera augusto antes de la muerte de Teodosio, se determinó que éste se quedara con Oriente y su hermano menor Honorio con Occidente.

Con respecto al circo en la época de Teodosio, más allá de lo que ya hemos adelantado, disponemos de estupendas y muy variadas informaciones. Como preámbulo, podemos mencionar una anécdota que se produjo en el Hipódromo de Constantinopla, en la que se aprecia perfectamente tanto el acendrado sentimiento cristiano de Teodosio como, sobre todo, la percepción que se tenía de él en las propias fuentes eclesiásticas, pues el relato es obra del ya citado Sócrates Escolástico. Teodosio presidía unos juegos circenses en Constantinopla que se estaban desarrollando bajo un tiempo infame que culminó con una nevada. Ante la imposibilidad de continuar, el emperador habló a través del heraldo imperial para comunicar a los aficionados que lo más sensato era suspender la celebración de las carreras y elevar conjuntamente una plegaria a Dios con el objeto de no ser afectados por la terrible tormenta. Por lo visto, esta idea fue bien recibida y de inmediato la afición del circo comenzó a entonar al unísono alabanzas a la divinidad, mientras Teodosio se apartaba de la *kathisma* o palco imperial para mezclarse con la masa y sumarse al canto de los himnos religiosos. No sólo mejoró el tiempo sino que, de acuerdo con Sócrates Escolástico, la cosecha de ese año fue abundante pese a la carestía prevista (*HE* 7.22). Esta noticia tan dudosa encaja convenientemente con el retrato casi hagiográfico que hace del emperador. No debería extrañar a nadie, pues una historia eclesiástica en absoluto es una obra historiográfica al uso, sino que tenía unos objetivos bien

determinados conforme a su fin providencial y era obviamente parcial en favor del cristianismo.

La imagen salvífica de Teodosio que nos presenta Sócrates contrasta con el estruendoso silencio de este autor cristiano sobre un episodio plenamente histórico que, sin duda, es el más polémico y siniestro de la trayectoria de este emperador y que, además, tuvo como trasfondo el circo. Me refiero a la matanza de Tesalónica del año 390, cuyas repercusiones en las relaciones entre el poder secular y el eclesiástico fueron de gran calado. Según Sozómeno, autor de otra historia eclesiástica que ofrece el mejor y más completo testimonio en torno a esta problemática, el general Buterico de las tropas del Ilírico protagonizó un altercado con un auriga de nombre desconocido en una taberna de Tesalónica que se zanjó con la detención y el arresto por un tiempo indeterminado del cochero. Este Buterico, de claro origen bárbaro y uno de los más importantes generales de la región, tenía como misión la vigilancia de los godos asentados en los Balcanes y la defensa de este sector del Imperio ante cualquier amenaza que pudiera cruzar el Danubio. Pues bien, parece que el arresto se produjo a consecuencia del acercamiento deshonesto del auriga al copero de Buterico. De acuerdo con la inteligente lectura de Robert M. Frakes (2010), aunque el general actuó conforme a la legislación —que, según la moral romana tradicional, perseguía la homosexualidad—, lo hizo principalmente porque estaba celoso del auriga y deseaba para sí al copero, como demuestra Frakes con un estupendo análisis del lenguaje de Sozómeno, del uso de la imaginería pagana en su obra y del paralelismo con los amoríos de Júpiter con Ganímedes. Si bien no se conocen más detalles de la detención, no resulta arriesgado sostener que debió de producirse un choque de egos entre el general y el auriga,

teniendo en cuenta que los conductores de carros acostumbraban, de forma similar a lo que ocurre hoy en día con muchos futbolistas y artistas populares, a comportarse vanidosamente y con cierto endiosamiento. Un tiempo después, los aficionados más radicales del circo exigieron la liberación del auriga porque estimaban que, en los magníficos juegos que se iban a celebrar en el hipódromo local, su presencia resultaba fundamental. Sin embargo, Buterico se negó y entonces se desencadenó un violento levantamiento que finalizó con el asesinato del general. Teodosio se encolerizó de tal modo que ordenó al ejército que matara a todos los asistentes al hipódromo. La conmoción fue terrible y san Ambrosio de Milán, el más importante clérigo de su tiempo, no dudó en condenar lo ocurrido y, según el relato de Sozómeno, excomulgó al emperador y le prohibió entrar en la iglesia. Al parecer, si bien no contamos con más evidencias que ratifiquen este hecho, hubo un tenso *tête-a-tête* entre ambos personajes que finalizó con la prohibición de la entrada del soberano en el templo cristiano de Milán *(Mediolanum)*. Obviamente, esta situación era inaudita, al igual que la forma en que se resolvió. A modo de luto, Teodosio dejó de llevar los ornamentos propios del emperador y sufrió una penitencia durante varios meses. Presumiblemente por presiones del obispo, dispuso una nueva ley que exigía a los mandatarios de la Administración no ejecutar sentencias de muerte hasta treinta días después de que hubieran sido dictadas por el emperador, para evitar que los arrebatos de ira de los purpurados ocasionaran daños irracionales (Sozómeno *HE* 7.25). El obispo Teodoreto de Ciro ofrece más detalles: como es lógico, además de Buterico murieron asesinados en la revuelta otros magistrados imperiales, de modo que el número de víctimas de la represión ascendió a 7.000 —para

Juan Malalas (*Chronog.* 13.43), fueron 15.000—, y el período de penitencia fue de ocho meses (*HE* 5.17). Dejando de lado otras fuentes menores que añaden poco a lo ya dicho, disponemos del testimonio del propio Ambrosio de Milán. En una carta enviada a Teodosio, que en aquel momento se encontraba en la Actual capital lombarda, como ya se infiere del texto de Sozómeno, le explica por qué decidió no recibirlo pese al deseo del emperador de parlamentar con él a propósito de la grave penitencia que le impuso. A través de ejemplos bíblicos y alusiones directas, Ambrosio reprocha a Teodosio su fortísimo temperamento y le emplaza a vencer esa «violencia de su naturaleza» (Ambrosio *ep.* 51). Este escrito desautoriza muchas de las fuentes que abordan esta masacre, como por ejemplo Teodoreto, que quisieron descargar la culpabilidad de los hombros del emperador para adjudicársela a su círculo más íntimo de consejeros y colaboradores, cuando la decisión únicamente dependía del soberano —también resulta sospechoso que en algunas fuentes se insista en que Ambrosio estaba al corriente de lo que iba a suceder y pretendió que el emperador cejara en su empeño—. Lo cierto es que la mención al temperamento colérico del soberano incide más en los síntomas que en la raíz del problema. Teodosio no podía permitirse una osadía tan grande como la mostrada por los tesalonicenses, porque el ejemplo resultaba nefasto para el mantenimiento del orden, más si cabe teniendo presente que Buterico era de origen godo. (Aparte de los establecidos en los Balcanes, que podían ser considerados un contingente étnico unificado, numerosísimos godos se incorporaron al ejército romano regular, por lo que no debería extrañarnos que algunos de ellos ascendieran en el escalafón militar del Imperio.) Así pues, el asesinato de Buterico podría haber incitado a una revuelta generalizada de los contingentes góticos por

dondequiera que se encontrasen dispersos, lo que hubiese supuesto un auténtico desastre. Por el contrario, debió de pensar que los radicales del circo, los indudables culpables de esta situación, eran prescindibles en comparación con los previsibles daños que podía ocasionar el hecho de dejar impune un crimen tan significativo y, amparándose en el apoyo que la legislación imperial le proporcionaba, actuó en consecuencia, como otros emperadores del pasado.

Hasta cierto punto resulta sorprendente que fuentes paganas hostiles a Teodosio ignoren esta masacre. En el caso de Amiano Marcelino, que no aludió a ella sino veladamente, tal circunstancia se explica porque escribió su obra durante la dinastía teodosiana y sabía muy bien que difundir determinadas noticias y opiniones suponía un peligro. Más asombroso aún es que un pagano recalcitrante como Zósimo, cuya obra se sitúa a fines del siglo v o comienzos del vi, no dijera nada. Como se ha indicado antes, quizás viera con completa normalidad y justicia una actuación como la de Teodosio, similar a la de Caracalla en Alejandría a comienzos del siglo iii (véanse las pp. 115-117).

De todos modos, no parece casual que el más estentóreo decreto antipagano de Teodosio, el que exigía el cierre de los templos paganos y prohibía acercarse siquiera a tales santuarios o a cualquier espacio sagrado no cristiano, so pena de brutales multas, fuera emitido en Milán en febrero del 391, es decir, poco tiempo después de que finalizara la penitencia de Teodosio. De esta manera, se puede establecer una relación causal entre la masacre y la lucha contra el paganismo, o al menos de su aceleración, puesto que su avance parecía ya inexorable. Es cierto que el proceso fue lento y duró largo tiempo —como se observa en las fuentes, sobre todo en la legislación posterior y en textos de autores

cristianos—, que conocemos muchísimos más episodios particulares, que los últimos rescoldos del paganismo se observan incluso en pleno Medievo y bastantes de sus prácticas han pervivido hasta nuestros días, pero la legislación teodosiana marcó un antes y un después, una frontera de no retorno en esta disputa. Así, aun a riesgo de caer en la simplificación de un proceso complejo, tanto la intolerancia integrista teodosiana de última hora como la derrota final del paganismo desde un plano legal se pueden achacar perfectamente a una riña entre dos egos, el de un militar y el de un auriga, por el amor homosexual de un sirviente, así como a la locura o pasión de unos aficionados del circo que desataron una reacción no menos ardiente y brutal, aunque fundamentada en la costumbre, el derecho y la historia romana, por parte de un emperador cuya penitencia y expiación de sus pecados le impulsó a proseguir con más fiereza una lucha religiosa que, si bien ya estaba decantada, aún seguía viva. Una vez que Teodosio hubo dado el paso con esa ley del año 391, que restringía cualquier demostración pública de culto pagano, se atrevió a legislar contra la esfera de las creencias privadas mediante otro rescripto que prohibía directamente el ejercicio personal de la libertad religiosa e incluso alentaba la delación de todo aquel que continuase celebrando ritos paganos en la intimidad (*CTh* 6.10.12). De hecho, en el mismo año 391 encontramos algunas de las muestras más extremas de intolerancia cristiana, como la citada destrucción del Serapeo de Alejandría. Según Sócrates Escolástico, el patriarca Teófilo de Alejandría obtuvo el permiso del emperador para demoler los templos paganos de la ciudad. En primer lugar, destruyó el mitreo y, tras mofarse públicamente de su culto, consiguió que los paganos se encolerizasen y atacasen a los cristianos, que murieron en

gran número. Incluso el maestro particular de gramática del cronista, Heladio, que en aquel entonces ejercía en la ciudad egipcia como sacerdote de Júpiter, mató con sus manos a nueve cristianos. Una vez que los paganos hubieron retrocedido, los hombres de Teófilo se atrevieron a atacar el Serapeo, una de las más destacadas maravillas del mundo antiguo, que finalmente fue reducido a escombros con la ayuda de las autoridades civiles y militares de Egipto. Sin embargo, el patriarca de Alejandría desoyó al emperador y, en vez de fundir las estatuas de los dioses paganos para ayudar a los pobres, empleó el metal precioso para fabricar objetos de culto que fueron utilizados por la Iglesia alejandrina (*HE* 5.16; véase también Sozómeno *HE* 8.15). En consecuencia, haciendo un balance muy general, no extraña que el biógrafo de Ambrosio, Paulino de Milán, indicase que «la mejora que siguió a su enmienda le valió [a Teodosio] una segunda victoria» (*Vit. Ambr.* 24). En definitiva, así es la historia. A veces, pequeños acontecimientos como el enfrentamiento entre dos hombres, un auriga famoso y un renombrado general, por el amor de un jovenzuelo pueden suponer el inicio de grandes transformaciones, como las gotas de agua que confluyen en enormes caudales para horadar la piedra y acaban transformando el paisaje. Fue eso lo que sucedió en Roma, como en cualquier otra época de la historia. Aunque resulte en extremo paganizante, a veces la mano de la *Dea Fortuna* o, al más puro estilo polibiano, de la Tyche sacude los tiempos de forma inesperada.

Retomando el asunto de las insurrecciones en época de Teodosio, debemos mencionar otra que ocurrió poco antes, en el año 387. Aunque no se puede comparar con la brutal masacre tesalonicense, fue muy relevante en su tiempo y, por lo demás, supuso un nuevo paso en la historia sediciosa de una urbe recurrente en este libro. Me refiero a la Revuelta

de las Estatuas de Antioquía, que conocemos merced a dos antioquenos de pro, un maestro y su alumno, el uno pagano y el otro cristiano: el rétor Libanio, con un estupendo discurso que, sin embargo, jamás fue leído ante el emperador (*Or.* 19), y el Padre de la Iglesia san Juan Crisóstomo, con una imponente colección de sermones sobre el tema, que fueron leídos ante la congregación cristiana de la ciudad (*de Stat.* 1-21). Al parecer, Teodosio impuso el pago de un impuesto —de cuya naturaleza nada conocemos— que soliviantó al conjunto de los habitantes de Antioquía. Así, mientras que los notables de la ciudad protestaron a través de los cauces habituales, el pueblo llano lo hizo mediante una demostración pública. La plebe se congregó en las calles y, en un primer momento, marchó a la residencia del obispo Flaviano con la intención de obtener su apoyo; después, se encaminó al palacio imperial, donde residía el gobernador, para protestar airadamente. Con buen juicio, éste decidió no hacerles frente, pero la masa la emprendió contra las tablas que albergaban los retratos de la familia imperial, derribó las estatuas del emperador y de la emperatriz Flacila, por entonces fallecida, las rompió y luego procedió a arrastrarlas por las calles. Asimismo, en su furor quemó la casa de uno de los escasos notables que había consentido en pagar el nuevo impuesto imperial, y solamente fue frenada por un magistrado local encargado de la seguridad, que los dispersó y apagó el fuego que habían provocado. De inmediato apareció el conde de Oriente con una tropa para detener a los sediciosos. Los más ricos y la clase curial de Antioquía intentaron huir sin éxito, mientras que los culpables de la sedición, incluidos algunos niños, fueron ejecutados sumariamente por la espada, el fuego o las bestias. Entretanto, un mensajero se encaminó a Constantinopla para narrar al emperador lo sucedido. La cólera de Teodosio,

que, como se ha visto, era de gatillo rápido, se desbordó ante este manifiesto desafío a su autoridad, pues lo acaecido violaba con todas las letras la *lex de Maiestate,* un ultraje penado con la muerte. Como haría tres años después en el caso de Tesalónica, se planteó una solución final contra una urbe que siempre se había mostrado díscola. Sin embargo, el regente fue aplacado por la mediación del obispo Flaviano, que había marchado a la capital. A falta de una decisión en firme, se tomaron medidas provisionales: buena parte de los curiales fueron encarcelados; se cerraron las termas, el teatro y el hipódromo; se suspendió el envío de alimentos gratuitos —clave para una ciudad deficitaria como hemos visto que era Antioquía—, y se le retiró el título de ciudad metropolitana en beneficio de la cercana Laodicea, lo que era un castigo típico contra las ciudades desobedientes o que habían despertado la ira del emperador (Juan Crisóstomo *de Stat.* 13.6, 17.3, 18.4 y Teodoreto de Ciro *HE* 1.5). El por entonces presbítero de Antioquía Juan Crisóstomo celebró con ahínco estas medidas:

> ¿Qué molestias han causado? ¿Que han cerrado la orquesta? ¿Que el circo no está accesible, que han cerrado y cegado las fuentes de maldad? Pluguiera a Dios que no se concediese jamás abrirlas otra vez. De ahí las raíces de maldad que germinaron en la ciudad, de ahí los que deshonran las costumbres de la ciudad, esos que a los danzantes venden sus voces y por tres óbolos les venden su salud y lo confunden todo (*de Stat.* 17.3).

Teodosio mandó una comisión imperial con el objeto de investigar a fondo lo ocurrido y el informe final avaló la resolución pacífica del conflicto y el perdón para la ciudad. Según Juan Crisóstomo, aparte de la mediación de Flaviano fue fundamental la de los monjes que bajaron de las montañas. Con respecto a los culpables de esta sublevación, se desprende claramente de las medidas cautelares tomadas, pues éstas señalaban a los entretenimientos públicos. Se culpó a los miembros de la claque del teatro, quienes no eran sino los mismos fanáticos que acudían al hipódromo de la ciudad (Libanio *Or.* 19.28 y 20.3; Juan Crisóstomo *de Stat.* 2.3,

3.1, 5.3, 6.1 y 17.2). Así aparecen descritos en las principales fuentes:

> Pero ¿quiénes eran los revoltosos? Pues esos que ponen a los bailarines por encima del sol, la luna y el propio cielo. Uno de éstos también había resultado ser responsable de los desgraciados sucesos de Beirut; nos enteramos de ello posteriormente (Libanio *Or.* 19.28).
>
> No ha sido un pecado común de la ciudad, sino de algunos extraños y peregrinos que no hacen una cosa a derechas, sino que son audaces y grandes criminales; y no es justo que, por la temeridad de estos pocos, sea la ciudad destruida y que los que ningún mal han hecho paguen la pena (Juan Crisóstomo *de Stat.* 3.1).

Aunque ambos autores, siendo uno pagano y el otro cristiano, lleguen a señalar en diversos pasajes a los demonios como los culpables últimos de los graves acontecimientos —incluso Libanio habla de un anciano multiforme de fuerza sobrehumana, mientras que en otro lugar achaca lo acontecido a la decisión de demoler el templo de Némesis—, una explicación surgida dentro de la ciudad y ampliamente aceptada, no hay duda alguna de que los responsables eran muy humanos, tal y como refleja la trayectoria insolente de la urbe. Por lo demás, resulta poco o nada creíble que se intentasen rehuir las responsabilidades de la ciudadanía de Antioquía, pese a que ambos autores coinciden en que los alborotadores provenían de más allá de sus límites. Se entiende ese deseo de echar balones fuera, puesto que en esta ocasión se habían traspasado líneas rojas, algo que difícilmente iba a aguantar la altanera autoridad imperial. Sin embargo, fue un truco pueril que ya había intentado el propio Libanio tres décadas antes en la sublevación de los antioquenos contra el emperador Juliano. Lo más probable, en fin, tal y como se deduce de las fuentes, es que los agitadores fueran los mismos de siempre: los grupos de radicales que agitaban el circo y el teatro, donde también había esta división entre verdes y azules; de hecho, ambos espectáculos no solían coincidir en el tiempo para beneficio de estos ávidos aficionados. De ahí la decisión provisional de Teodosio: cerrar todos los espacios donde se

reuniera el pueblo y pudieran agruparse los mismos elementos sediciosos de siempre para provocar tumultos; es decir, el circo y el teatro. Por otro lado, resulta sospechoso el énfasis de Libanio en salvar el honor de los notables de la ciudad librándoles de toda responsabilidad, por mucho que quisiera salvaguardar a su clase social. Puesto que las primeras protestas por el nuevo impuesto fueron planteadas por la élite antioquena ante las autoridades de la capital siria, cabe admitir la posibilidad de que alguno de sus miembros instigara la revuelta. De hecho, sorprende el modo en que Libanio apela a la misericordia del emperador, algo sumamente revelador de la relación que se esperaba del soberano con sus súbditos en el ámbito de los espectáculos. El rétor alude a una situación peliaguda que ya presentamos: los problemas sufridos por Juliano a consecuencia de las críticas y las burlas proferidas por las facciones del circo. Según Libanio, el resentido Juliano no sabía cómo afrontar la desvergüenza de tales gentes, por lo que decidió preguntar a su séquito. Uno le aconsejó exterminar a la población antioquena —de ahí el temor fundado y legítimo que albergaban Libanio y sus conciudadanos—, mientras que otro se mostró partidario de no hacer caso a lo ocurrido, pues «era recomendable que los gobernantes soportaran con paciencia este tipo de alborotos». Finalmente, Juliano hizo buena esta última tesis y, según Libanio, estableció «como ley que los emperadores se tomaran a broma sucesos de esta índole» (*Or.* 19.19). Como hemos visto anteriormente de la mano del propio Juliano, esta explicación más bien resulta una interesada fabulación de lo que en realidad aconteció. Así, Libanio, en beneficio de su comunidad, no dudó en alterar y dulcificar lo ocurrido décadas atrás. Asimismo, con el objeto de reforzar sus argumentos, que tendían al perdón, Libanio sacó a colación otras crisis similares que fueron

asumidas clementemente por Constancio II, como el ya citado asesinato del gobernador de Siria, Teófilo, en el mismo hipódromo antioqueno por aquellos a los que Libanio denomina «broncistas», es decir, los que atentaron contra las estatuas de bronce, lo cual confirma la identificación entre los aficionados radicales del circo y quienes protagonizaron la Revuelta de las Estatuas. También ofrece como paralelismo favorable otra insubordinación contemporánea parecida, de la que sin embargo no tenemos ninguna descripción completa, que se produjo en la ciudad vecina de Emesa (*Or.* 19.47-48). De acuerdo con un testimonio posterior pero fiable, las apelaciones de Libanio tenían su razón de ser en el carácter de Teodosio, puesto que, pese a su temperamento iracundo, disfrutaba al igual que Constancio II de los chascarrillos, bromas y hasta ofensas de la afición del circo (Claudiano *De VI Cos. Hon.* 58-61). Sin embargo, no era lo mismo una abierta sedición que una burla cómplice. Lo cierto es que aquí el contraste de Libanio con Juan Crisóstomo es notable, ya que el por entonces clérigo de la ciudad argumentó:

> Es la primera, la única vez que se ha perpetrado un crimen contra los príncipes [...] si de continuo promoviera sediciones, justo sería castigar a la maldad; mas si esto ha sucedido una sola vez en tanto tiempo, cierto es que el crimen no corresponde a las costumbres de la ciudad, sino a los que con osadía y temeridad han irrumpido en la ciudad (*de Stat.* 3.1).

Este apunte de Crisóstomo, que incide en la culpabilidad de extraños a la ciudad, resulta engañoso pero va en la línea taimada de Libanio. Aunque nunca se había llegado a atacar a la autoridad imperial de una manera tan obvia y grosera, es falso que se no hubieran producido episodios similares en otras ocasiones; de hecho, pese a que el antecedente le disguste, le había sucedido a Juliano una generación antes. Asimismo, lo dicho entra en plena contradicción con lo que argumenta en otra de sus estupendas homilías sobre las estatuas, en la que presenta, a regañadientes, la extraña

normalidad que suponían los problemas derivados de la acción de estos grupos descontrolados. En definitiva, y ya partiendo desde una panorámica general de los importantes inconvenientes que acarreaban los espectáculos y sus aficionados, se observa un incremento de estos conflictos durante el reinado de Teodosio, tal y como apunta en un fantástico artículo Robert Browning (1952). De hecho, eran congruentes con otros tipos de violencia presentes en la sociedad contemporánea, como la provocada por la agudización del conflicto entre cristianismo y paganismo, amén de otras tantas problemáticas sociales del período.

Apartando la vista de las situaciones de grave violencia que jalonan el reinado de este emperador, disponemos de otras evidencias relativas al circo que nos sirven para comprender el rol patrocinador de las élites. En primer lugar, vamos a tratar unas noticias en torno al ámbito de coordinación entre las diversas administraciones y, posteriormente, las vicisitudes de los magistrados a la hora de cumplir con sus obligaciones. Aunque ambas circunstancias se circunscriben a la Ciudad Eterna, en cierto modo son parangonables con lo que sucedía en otras partes del Imperio, salvando las obvias diferencias, fundamentalmente en los grandes núcleos urbanos. El testimonio que se va a manejar en las próximas páginas es el del senador Quinto Aurelio Símaco, quizás la mejor fuente senatorial del Bajo Imperio a tenor de la importantísima obra escrita que el tiempo nos ha legado, tanto documentos administrativos derivados de su actividad pública en calidad de prefecto de la ciudad como una impresionante colección de cartas. En ambos tipos de textos, Símaco se revela como una fuente de primerísimo orden para conocer los espectáculos en general y el circo en particular. Gran orador y miembro de una familia que, sin ser de las más ricas ni de

las de mayor abolengo, disfrutaba de una buena posición, era un pagano convencido que proclamó su deseo de tolerancia hacia los cultos tradicionales y que pasó a la historia por sus vanos esfuerzos de que se restituyera el Altar de la Victoria, que, emplazado en la curia senatorial por Augusto, había sido trasladado por orden del emperador Graciano. De hecho, su testarudez e insistencia le convirtieron en una especie de *pim pam pum* cristiano, como se observa, por ejemplo, en la obra del poeta hispano Prudencio, que le dedicó varios libros poco gratos con su persona.

Por lo que respecta a la coordinación entre las diversas administraciones, disponemos de unos magníficos informes escritos por Símaco y dirigidos a Teodosio, a su hijo Arcadio —elevado a augusto en el año 383— y al desafortunado Valentiniano II en el desempeño del cargo de prefecto de la ciudad de Roma durante los años 384 y 385. Estos informes, que en realidad se llamaban «relaciones», los únicos que nos han llegado escritos por un prefecto de la ciudad en la Antigüedad, son un testimonio excepcional porque reflejan la coordinación entre las diversas instituciones de la Administración imperial. Aunque los temas sean muy variados, resultan particularmente notables los datos vinculados a los juegos circenses.

Así, ante la decisión del senado romano de honrar a Teodosio el Viejo, el padre de Teodosio, con estatuas ecuestres para conmemorar sus éxitos en Britania y contra los alamanes (*Rel.* 9 y 43), el propio emperador hispano decidió agradecérselo al conjunto de la ciudad con alimentos y con espectáculos, fundamentalmente unos juegos circenses. Según Símaco, la plebe, ante la incertidumbre de que no se hubiera fijado una fecha para su celebración, comenzó a presionarle por su condición de máximo

responsable de la ciudad, y entonces él decidió escribir al emperador para suavizar esta coacción y, obviamente, apuntarse el tanto de la organización de los espectáculos. De este modo, Símaco indica en una relación que «el pueblo romano espera ciertamente favores señalados de vuestro numen [...] como si fuera una deuda lo que vuestra Eternidad ha prometido espontáneamente» (*Rel.* 6.1) y solicita que, además de los alimentos que ya han llegado a la ciudad, «también traigáis al circo y a la gradería de Pompeyo la diversión de unas carreras y unas representaciones, puesto que con ellas se regocija la urbe» (*Rel.* 6.2) después de que Teodosio los haya incitado a su disfrute. Por tanto, aunque señale de manera muy poco convincente que el pueblo se encontraba inquieto por el amor al emperador y no por el deseo de entretenimientos, resalta su expectación de la siguiente forma:

> Se espera cada día a unos mensajeros que confirmen que se aproximan a la urbe los dones prometidos; se recogen rumores sobre aurigas y caballos; se divulga que cualquier vehículo o embarcación ha transportado a los artistas escénicos (*Rel.* 6.3).

Si bien siempre cabe la posibilidad de que tales palabras entren en el juego de la retórica romana, parece que la presión popular sobre el prefecto pudo ser muy importante en lo que concierne tanto a su petición como, en especial, a la manera en que posteriormente Símaco agradeció a los emperadores Teodosio y Arcadio los dones aportados. De hecho, lo hizo de una forma harto efusiva después de que los monarcas enviaran precisamente aquello que había requerido: caballos, actores y elefantes. Así, considera que, gracias a sus regalos, Roma es una «urbe grata al cielo y a los astros» y que los emperadores han dado «un ejemplo excelente a la posteridad» (*Rel.* 9.2). Para halagar a Teodosio y a su hijo, Símaco llega a criticar a emperadores anteriores, como Constantino I y Constancio II, que únicamente habían concedido juegos circenses a la capital como celebración de triunfos, mientras que ellos lo hacían por mera prodigalidad (*Rel.* 9.2-3). Irónicamente, como veremos a continuación, el propio Teodosio hizo años después lo mismo que estos dos antecesores. En definitiva, según Símaco, «el senado y el pueblo os celebran con la voz, os veneran con devoción, os acogen con amor» (*Rel.* 9.4), algo que demostraron con la erección de las estatuas ya referidas del padre del emperador y, también, profesándoles una devoción incondicional:

> Cuando [el pueblo] se ha enterado por mi aviso de que iban a llegar los regalos de los padres del pueblo, se ha precipitado fuera por todas las puertas, diseminándose en una gran extensión, por juzgar que era más dichoso que los demás quien viera el primero vuestras muestras de bondad (*Rel.* 9.5).

A continuación, Símaco afirma que, aunque podría destacar los elefantes concedidos para la pompa circense, prefiere señalar a sus soberanos el «clamor del valle de Murcia», es decir, el enorme murmullo del pueblo reunido en el Circo Máximo, que se levantaba sobre ese valle; por otra parte, la gran calidad de los caballos recibidos inhabilitaba la buena o mala fortuna de los aurigas en el

sorteo de salida (*Rel.* 9.6). En definitiva, este cronista agradece a los regentes el haber «hecho que una urbe encanecida florezca por haber sido devuelta a su alegría originaria y a aquella primavera de su edad vigorosa de entonces» (*Rel.* 9.7) y remata el informe con una nueva petición de alimentos para la ciudad. Resulta muy curiosa esta subordinación del yantar al espectáculo, lo que bien podría llevarnos a invertir el tradicional aforismo de Juvenal de «pan y circo» por el de «circo y pan». La lectura más plausible apunta a que los espectáculos, sobre todo los *ludi circenses,* proporcionaban un mayor rendimiento en cuanto a honor y fama entre los habitantes de Roma que la provisión de comida.

A través de estos informes se observa que una de las principales labores del prefecto de la ciudad —un cargo que podría equivaler, con evidentes matices, al del alcalde de nuestro presente— era ofrecer espectáculos públicos y, obviamente, coordinar junto con el resto de magistrados y funcionarios el abastecimiento de la ciudad, la seguridad, el funcionamiento de los *collegia* y el mantenimiento de los espacios públicos e infraestructuras, amén de desempeñar un importante papel judicial. No hay duda de que el abandono de Roma como residencia del emperador, pues Majencio fue el último en alojarse allí de forma permanente, limitó en gran medida la evergesía imperial, que hasta entonces había sido tan importante, y estuvo acompañada de la supresión de muchos de los festivales paganos tradicionales. Aun así, pese a la pretensión de eliminar toda relación religiosa de las celebraciones con el paganismo, fueron bastantes los festivales que sobrevivieron, al menos hasta que la reconquista bizantina del siglo VI arruinó la ciudad. Uno de los que siguieron celebrándose tenazmente fue el de las *Lupercalia,* en contra de las críticas feroces de la

Iglesia, como lo demuestra la lastimera impotencia mostrada por el papa Gelasio a comienzos del siglo VI. En cuanto al circo, muchos de los días señalados para las competiciones se mantuvieron, según diversos calendarios de época tardorromana como los de Filócalo y Polemio Silvio. En tales calendarios hay constancia de competiciones celebradas en días fijos, como los natalicios de los emperadores divinizados y de los soberanos vivos, así como los *ludi circenses* que dependían de los magistrados de la ciudad y aquellos de carácter excepcional que no constaban en calendario alguno, como los ofrecidos por Teodosio que señala Símaco. También este último nos proporciona un ejemplo que, aunque no sea propio de los juegos circenses, pone de relieve esta prodigalidad: el emperador Valentiniano II regaló a la ciudad de Roma unos guerreros sármatas cautivos tras una victoria del ejército occidental para que compitieran como gladiadores en el anfiteatro. Aunque nominalmente los *munera gladiatoria* estuvieran prohibidos desde los tiempos de Constantino I, pervivieron bastante tiempo, siendo los propios soberanos quienes transgredían la legislación. Tales luchas las gestionó Símaco (*Rel.* 47).

La última evidencia sobre los juegos circenses procedente de las relaciones de Símaco está vinculada a los entretenimientos públicos que, tal y como había ideado Augusto, los magistrados romanos (los cuestores, pretores y cónsules) debían ofrecer como parte insustituible y crucial de sus deberes. Unas magistraturas que, en función de los elevados gastos que conllevaban, eran desempeñadas únicamente por los senadores. A pesar de que en el siglo IV comienza la decadencia de Roma como ciudad, si bien ciertas señales ya estaban presentes en la centuria anterior, es allí donde encontramos a las mayores fortunas —y con diferencia— de todo el Imperio romano. Los auténticos

plutócratas romanos residían en la vieja capital, no en Constantinopla ni en las otras grandes urbes mediterráneas, como Alejandría, Cartago o Antioquía. Sin embargo, el senado no era homogéneo, de manera que convivían senadores extraordinariamente ricos con otros que, según los cánones de la época, apenas disfrutaban de una situación desahogada. A la confluencia de ambos elementos, la perentoria obligación de ofrecer divertimentos y la desigualdad económica de aquellos que debían organizarlos, se sumaba la descarnada competencia entre las superélites, lo cual tuvo como consecuencia peligrosas disfunciones tanto en la curia como en la vida de la ciudad y en el desarrollo de los propios espectáculos, algo que denunció el propio Símaco. Ante tales problemas, la cúspide imperial decidió tomar cartas en el asunto y apremió al senado a reducir el gasto en entretenimientos públicos, pues no se ha de olvidar que también se aportaban fondos desde las arcas del Estado. Símaco, en su calidad de prefecto de la ciudad, solicitó a los emperadores, y de forma preferente a Valentiniano II, que sancionaran positivamente el senatoconsulto —es decir, la decisión adoptada por la curia romana— según el cual se dictaminaban límites al gasto en los espectáculos —ya fueran circenses, gladiatorios o escénicos— que debían ofrecer estos magistrados, los cuales, además, habían de corresponderse equitativamente con la riqueza de cada senador, así como las multas para aquellas personas que no cumplieran con lo establecido (*Rel.* 8). No en vano, tales gastos podían arruinar a senadores o menoscabar de manera significativa su patrimonio, y, lo que es peor, provocaban desequilibrios peligrosos en el seno del senado. Como apunta explícitamente Símaco, la diferencia en los caudales empleados en las diversiones públicas provocó que la hegemonía o predominio de tal o cual

senador no estuviese avalada por la importancia de su magistratura ejercida, sino por el despilfarro en los juegos, lo que se reflejaba en la opinión pública de la plebe. Así pues, el prefecto de la ciudad esperaba que con la aprobación de esta norma se mantuviera «el ahorro en los espectáculos y el orden en el senado», y se evitara la «ostentación de la opulencia, que siempre tiene poco valor en los buenos tiempos» (*Rel.* 8.2). En esta línea, una obra estrictamente contemporánea, la ya citada *Historia Augusta,* enfatiza respecto a este mal de su tiempo: «Se ha logrado que sea en cuestión de riquezas, no de personas, porque, realmente, si se otorga en atención a los méritos, no debe arruinar a su titular» (*SHA Aur.* 15.5). Sin embargo, mientras que aquí se observa la cara de la moneda, es decir, la ambición política de los senadores y su reflejo en los espectáculos, Símaco revela también la cruz de esta situación. En efecto, en otra relación analiza el fraude en el que incurrieron ciertos magistrados ausentes de la ciudad que no sólo no organizaron los juegos que debían ofrecer, sino que también se apropiaron indebidamente de fondos públicos. El procedimiento romano para los casos de ausencia de organizadores era el siguiente: los censores se encargaban de organizar los juegos, tomando dinero de las arcas públicas; posteriormente, el montante debía ser restituido por aquellas personas a las que sustituyeran. Pues bien, durante la prefectura de Símaco, dos magistrados ladinos falsificaron los libros de cuentas de estos censores para adjudicarse como propios los ingresos monetarios que otros magistrados honestos sí habían repuesto en ocasiones similares. Una vez descubiertos, accedieron a devolver las sumas adeudadas (Símaco *Rel.* 23.2 y *ep.* 9.126 y 134).

No obstante, este compromiso que aspiraba a limitar los gastos y, en consecuencia, a frenar la competencia entre

senadores y a contener la influencia de los espectáculos en la vida política de la vieja capital, o fue invalidado en apenas unos años o en realidad, como parece más probable, nunca se llevó a la práctica. El propio Símaco da fe de ello, pues hizo justamente lo contrario que en su época de magistrado, como se lee en su riquísima obra epistolar. Sabemos que organizó unos estupendos juegos conforme al consulado que Teodosio le concedió en el año 391, a pesar de haberse alineado previamente con el usurpador Magno Máximo. Tal actitud hipócrita se observa en su concienzudo empeño de favorecer la carrera política de su hijo Memio Símaco, pues logró que ejerciera dos magistraturas: la cuestura, cuando apenas era un niño de diez años (en el 393), y la pretura, con dieciocho (en el 401). Unas magistraturas, todo hay que decirlo, cuyo principal objetivo era la organización de diversiones públicas y que en realidad desempeñó Símaco, por mucho que el titular fuese su vástago. Así, a través de innumerables cartas se observan sus ingentes esfuerzos por servirse de sus redes clientelares y de todos los resortes que su cargo e influencia ponían a su disposición a escala imperial para ofrecer los mejores espectáculos posibles. Por ejemplo, para los juegos del año 393, Símaco se hizo con gladiadores, osos, perros irlandeses, cocodrilos, sedas —cuyo uso en los espectáculos estaba *a priori* prohibido, aunque constantemente formaran parte de los premios en las carreras circenses— y, sobre todo, caballos hispanos para el circo, cuya obtención representaba siempre el mayor quebradero de cabeza para los organizadores. Resultan curiosos los encomiables e infatigables denuedos de Símaco por conseguir, a través principalmente de su amigo Eufrasio, los mejores caballos hispanos para las cuadrigas (*ep.* 4.62) y otros bienes que le reportasen honor, como los esclavos bárbaros que regaló a las cuatro facciones del circo (*ep.* 2.78).

En el discurso simaquiano queda claro que la clave para medrar en la carrera política residía en esta competencia, cuyo máximo exponente eran los espectáculos: «Sin duda hay un avance cierto y muy grande en la gloria siempre que lo anterior es superado por lo siguiente» (*ep.* 4.59). No en vano, como dice en otra epístola, «nuestra ciudad se aburre con un espectáculo monótono y yo debo vencer su saciedad por medio de la variedad» (*ep.* 4.63.2). No hacía otra cosa que seguir la costumbre y la tradición, pues como dijo Constantino I en un poco original rescripto, exhortaba a los ciudadanos a disfrutar de los espectáculos y apremiaba a los magistrados a «volverse populares» mediante «la consideración de los gustos y placeres del pueblo», siempre y cuando aportasen dinero para su desarrollo (*CJ* 11.40.1). Sin embargo, la siempre ciclotímica percepción que había en la antigua Roma acerca del mundo del circo podía hacer que este empeño diese lugar a conflictos en la urbe. En un requiebro poco convincente, Símaco deja claro, desde una perspectiva sumamente elitista, que él no actúa en beneficio de la plebe (*ep.* 4.60.3), aunque en otra carta argumenta que sus esfuerzos nacen de sus ansias de obtener el «reconocimiento de la ciudadanía» (*ep.* 2.78), ya que, como sostiene en un tercer texto, se arriesga a que «la opinión pública emita su juicio sobre mí si no logro lo justo» (*ep.* 4.8.3). De hecho, si bien he mezclado en estas líneas fragmentos de epístolas que dan fe de los esfuerzos que emprendió en la organización de las dos magistraturas ocupadas por su hijo, las raíces son comunes, pues respondían a los mismos esquemas y a las mismas metas. A través de una enorme liberalidad y de la intensa búsqueda de excitantes y novedosos espectáculos, que culminaban precisamente en unos magníficos juegos circenses, no sólo esperaba cumplir con el renombre de su linaje, sino

aumentarlo mediante la carrera de su hijo, y tal meta se conseguía con la fama que conllevaban las diversiones públicas. Así lo explicita él mismo en otro estupendo testimonio en el que muestra orgulloso los frutos de sus denodados esfuerzos, cuyo fin era, indudablemente, no defraudar las esperanzas del conjunto de la sociedad que se beneficiaba de su prodigalidad: «Hemos estado antes en boca de la gente por el esplendor repetido de nuestra exhibición: parece que se debe satisfacer una expectación que ha crecido con los precedentes» (*ep.* 4.58.2). Y ciertamente la satisfizo, pues gracias a la obra histórica de Olimpiodoro de Tebas sabemos que empleó en los juegos de la pretura de su hijo la enorme cifra de dos mil libras de oro, que sin duda representaron un mayor gasto que los anteriores juegos de la censura. Sin embargo, esta inversión no fue la mayor realizada por parte de la clase senatorial romana contemporánea, como pone de manifiesto Olimpiodoro, sino que se situó en una escala media. El senador Olibrio, más rico que Símaco, indica que se gastó menos en los espectáculos de la pretura de su hijo Probo, apenas mil doscientas libras, mientras que un tal Máximo dilapidó nada menos que cuatro mil en beneficio de un vástago suyo (Olimpiodoro *fr.* 41). Para comprender la inmensa magnitud de lo gastado por estos nobles que competían entre sí, se pueden comparar tales cifras con la cantidad que Teodosio II le pagó en el año 433 a Atila el huno como subsidio a cambio de que no atacara el Imperio: setecientas libras de oro anuales. En definitiva, así avanzaban en la Ciudad Eterna las carreras políticas, si bien éstas podían no colmar todas las expectativas o desvanecerse rápidamente por una mala decisión o por un giro del destino. Así, el joven Memio Símaco parece que no se benefició en exceso de la enorme inversión de su padre, pues

no ocupa un lugar destacado en la historia romana. Sin embargo, un hijo suyo, que llevaba el nombre del abuelo, consiguió el consulado en el año 446 y sus descendientes fueron miembros de la alta aristocracia y del gobierno de la Italia ostrogoda.

Volviendo al hilo histórico conductor, Teodosio murió de hidropesía en Milán en enero del año 395, apenas unos meses después de haber derrotado en la batalla del río Frígido al usurpador Eugenio, quien se aupó al poder auspiciado por el general franco Arbogasto, al que ya hemos aludido. Sin duda alguna, la resolución de este conflicto supuso otro momento clave de la historia romana. No en vano, el emperador cristiano por antonomasia se enfrentó con alguien que anunciaba una mayor tolerancia hacia el paganismo, si es que el propio Eugenio no era ya pagano. Ese día de enero, Teodosio presidía unos juegos circenses que precisamente tenían como objeto conmemorar la victoria sobre el usurpador, pero ordenó su suspensión después de que comenzara a sentirse mal tras la pausa de la comida. Unas horas más tarde fallecía en el palacio imperial de esa ciudad del septentrión itálico (Sócrates Escolástico *HE* 5.26). Con su muerte finalizaba toda una época de la historia romana y nacía otra caracterizada por la división del Imperio hasta su desmoronamiento, aunque en el 480 el emperador oriental Zenón asumiera de forma más nominal que real la soberanía de un ya liquidado y defenestrado Imperio Occidental tras la muerte del último de los aspirantes a un trono ya caído como lo fue Julio Nepote. El Imperio se dividió, por tanto, en dos mitades; el hijo mayor, Arcadio (383-408), se quedó con la parte oriental y el menor, Honorio (393-423), con la occidental. Ante su corta edad y su manifiesta incapacidad, pues tanto el uno como el otro eran unos ineptos y se les puede incluir perfectamente entre los

emperadores menos dotados de la historia romana, Teodosio había encargado su cuidado a dos hombres de su confianza. Los elegidos fueron el general medio vándalo Flavio Estilicón en Occidente y el prefecto del pretorio Rufino en Oriente; por lo demás, ambos mantenían una relación estrepitosamente mala. Lo cierto es que en las fuentes el retrato de la dinastía teodosiana resulta devastador en la línea masculina, en dramático contraste con la femenina. Frente a la presunta vacuidad de los emperadores, las mujeres de la dinastía se caracterizaron por su genio e iniciativa personal. Destacan Gala Placidia, hermanastra de los dos herederos; Grata Honoria, hija de Placidia; Aelia Pulqueria, hija del emperador Arcadio; Elia Eudocia, la esposa de Teodosio II, y Eudoxia, la hija de esta última, que se casó con el último dinasta teodosiano, Valentiniano III. En una estupenda monografía, el historiador Kenneth G. Holum (1982) analiza esta constatación y hace una lectura muy interesante según la cual Teodosio concibió una estructura de poder cuyo inusitado protagonismo femenino hundía sus raíces en el concepto dinástico del fundador de esta familia imperial, Teodosio I, que consistía en que todos los miembros de la dinastía debían ejercer un poder efectivo de una u otra manera, independientemente de su condición sexual, algo que se extendió durante toda la trayectoria de la Casa de Teodosio. De ahí la fuerte influencia de estas mujeres en la historia política, social y religiosa de este período, pero también, como refuerzo de la escasa perspicacia de los dinastas teodosianos, el rol adoptado por otros hombres, auténticos validos similares a los de la España de los Austrias menores. Así, mientras Eutropio —que, como veremos, sucedió a Rufino como hombre más poderoso de la corte de Arcadio— era el señor de Oriente, Estilicón, un general bien dotado para el gobierno y la

guerra, controlaba por completo Occidente y, de hecho, llegó a casar sucesivamente al soberano occidental Honorio con sus dos hijas, con la esperanza de que el heredero del trono llevara su sangre. Desafortunadamente, Honorio se mostró incapaz con ambas.

Sin embargo, este esquema diseñado por Teodosio I duró poco. Su muerte implicó un vacío de poder del que se aprovecharon los hunos para penetrar en el Imperio y atacar a los godos, que por aquel entonces se encontraban asentados tranquilamente en el Oriente imperial. Tales godos, el germen de los visigodos posteriores, eligieron como rey a Alarico y acabaron por revolverse, saqueando los Balcanes y amenazando a la misma Constantinopla como habían hecho décadas atrás. Ante esta crisis, el prefecto Rufino convocó al ejército destinado a Oriente, cuyo líder era el general bárbaro Gainas. Pero a su llegada, instigado por Estilicón, aprovechó la parada de armas ante la corte de Arcadio para matar y descuartizar a Eutropio delante del emperador. Según el historiador pagano Zósimo, «el escarnio llegó hasta el punto de pasear su mano por toda la ciudad y pedir a los viandantes que diesen dinero al insaciable» (Zós. 5.7.8). Después se vertieron todo tipo de denuncias contra el fallecido desde las filas de sus innumerables enemigos, como por ejemplo que hubiera incitado a Alarico a atacar el Imperio de Occidente. Sin embargo, pese a los esfuerzos de Estilicón por hacerse con el dominio efectivo de la parte oriental, finalmente asumió la posición del asesinado otro personaje con el que, inevitablemente, el medio vándalo también se enfrentó: el eunuco Eutropio. Como evidencia de la naturaleza de este tiempo de división y ambiciones, resulta curioso comprobar cómo Estilicón fue declarado enemigo público por Eutropio después de que el primero auxiliase con el ejército

occidental a la Grecia atacada por los godos de Alarico. De hecho, a modo de castigo por esta intervención indeseada, Eutropio instigó al conde de África Gildón a que se rebelara abiertamente en el año 397. Este Gildón, que décadas atrás había ayudado a Teodosio el Viejo a sofocar la insurrección de su hermano Firmo, decidió cortar el crucial suministro de grano y aceite a Roma y, posteriormente, anunció que su lealtad se dirigía hacia Constantinopla y no hacia la Ciudad Eterna. Sin embargo, Estilicón acabó con esta sublevación apenas unos meses después. Si Eutropio ya había causado bastantes dolores de cabeza, su siguiente movimiento consistió en conceder a Alarico el puesto militar que con tanto ahínco había reclamado: el de general del ejército romano (en su caso, *magister militum* del Ilírico). Esta decisión, que tenía como objeto único molestar a Estilicón, era muy peligrosa porque, a diferencia del resto de generales bárbaros o semibárbaros, que eran plenamente leales a Roma, Alarico seguía en cambio su propia agenda. Pese a estas muestras de fortaleza, al fin cayó Eutropio precisamente merced a la actuación de quien había liquidado a su antecesor. Fue ejecutado después de que el general Gainas se aliase con el ostrogodo Tribigildo, que también había ejercido cargos de responsabilidad en el ejército romano de Oriente antes de sublevarse y saquear las provincias. Marcharon juntos a Constantinopla y Gainas reclamó el lugar de Eutropio. Arcadio aceptó su propuesta y, como recompensa a su apoyo, Gainas decidió asesinar a su socio ostrogodo. Sin embargo, el poder de Gainas enseguida menguó, lo que le obligó a huir apresuradamente de la capital. El vacío de poder llevó a la población de Bizancio a protagonizar una de sus habituales revueltas, que finalizó con el ataque contra todos los soldados godos y sus familias, cuyo balance de víctimas mortales fue de siete mil. Ante las

nefastas perspectivas que le aguardaban, Gainas cruzó la frontera y buscó refugió entre los hunos. No obstante, su rey Uldin acabó por enviar a Arcadio la cabeza del sedicioso general como un regalo.

Por otra parte, como era previsible, Alarico se revolvió y atacó Italia. En ese momento, Estilicón trasladó la corte imperial de Milán a Rávena, la antigua sede de la flota imperial —según una interesante noticia de Teófanes, de la que pocos investigadores se hacen eco, la decisión de abandonar Roma estuvo motivada por ciertos asuntos menores que provocaron discordia y confusión; esta inquietud urbana en un contexto de crisis bien podía estar relacionada con problemas derivados del circo (*Chron.* AM5895)—, y derrotó a los godos de Alarico en las batallas de *Pollentia* (Pollenza) y de Verona del año 402. Tales godos no fueron los únicos bárbaros a lo que venció Estilicón, pues tres años después hizo lo propio con un nuevo y enorme grupo, se dice que formado por hasta cien mil miembros, que, liderado por Radagaiso, había cruzado la frontera. Sin embargo, una de las consecuencias de estas victorias fue el gran debilitamiento de las tropas destacadas en las provincias occidentales. En el 406 se desataron dos enormes catástrofes para el Occidente romano: por una parte, se rebeló la guarnición de Britania y, por otra, el último día de ese año un enorme contingente bárbaro compuesto fundamentalmente por suevos, vándalos y alanos, que bien pudo ascender a 150.000 personas, cruzó el Rin. Poco después, el ejército británico atravesaba el canal de la Mancha. Estos dos graves problemas se achacaron a Estilicón, aparte de otros muchos, como el pacto al que había llegado con Alarico, y finalmente fue ejecutado poco después de la muerte del emperador oriental Arcadio en el año 408. La catastrófica situación de Occidente obligó a

Honorio a reconocer como colega imperial al líder de las fuerzas británicas, al que por eso se le conoce como Constantino III.

El Imperio se encontraba en una encrucijada, y los suevos, vándalos y alanos pudieron atravesar tranquilamente la Galia y asentarse en Hispania, perdiéndose para el Imperio buena parte de su territorio. Mientras, la retirada del ejército británico de la isla suponía la destrucción del sistema defensivo antipirático del Atlántico romano. En el año 410, ante la presión de los piratas germánicos y célticos, las ciudades de Britania declaraban la independencia de la isla. Lo mismo hicieron los habitantes de la Armórica en la Galia después de rechazar por su cuenta un ataque masivo de estos incursores. Este territorio fue recuperado por el Imperio, pero Britania se perdió para siempre.

Ese mismo año se produjo uno de los acontecimientos más traumáticos de la historia de Roma: el saqueo de la ciudad a manos de Alarico. Aprovechándose de la traición y de la ineptitud del gobierno occidental, los visigodos atacaron a sangre y fuego la capital durante tres días. Hacía ochocientos años, desde que en el 390 a.C. los galos senones de Breno vencían a los romanos en Alia y saqueaban la ciudad, que Roma no vivía una humillación semejante. El impacto fue de tal magnitud que provocó una crisis de fe en el Imperio de Occidente, pues los paganos se apresuraron a señalar el abandono de la religión tradicional como la causa del desastre. La respuesta cristiana la encontramos en la monumental obra de san Agustín *La ciudad de Dios*, una de las cumbres del pensamiento de la Antigüedad, y, a otro nivel, en la *Historia contra los paganos* del clérigo hispano Orosio. El historiador bizantino Procopio acompaña el relato del saqueo con uno de los retratos más memorables de su

extensa obra histórica, el de Honorio y su reacción ante la noticia. Sea o no cierto, ilustra perfectamente la percepción contemporánea sobre la incapacidad del emperador:

> Se cuenta que entonces en Rávena uno de sus eunucos, evidentemente un cuidador de aves, le comunicó al emperador Honorio que Roma había perecido. Y éste, a voz en grito, exclamó: «¡Y, sin embargo, hace un momento que ha comido de mi mano!». El caso es que él tenía un gallo de gran tamaño cuyo nombre era *Roma*. El eunuco, comprendiendo el significado de sus palabras, le aclaró que era la ciudad de Roma la que había perecido a manos de Alarico, y el emperador, sintiéndose aliviado, le atajó diciendo: «Pero yo, amigo mío, pensaba que era mi gallo *Roma* el que había muerto». A tal grado de estupidez, según dicen, había llegado este emperador (Procopio *BV* 3.2.25-26).

Los godos de Alarico se llevaron como botín riquezas sin número y a un buen número de cautivos, entre los cuales destacaba con luz propia Gala Placidia, la hermana del emperador. Un valiosísimo rehén para cualquier negociación. Alarico ya tenía experiencia en el manejo de los politiqueos romanos, como lo demuestra el hecho de que en el segundo de sus asedios a Roma, en el 409 —el primero fue en el 408 y el tercero en el 410—, aupara como emperador a su propio usurpador, Atalo, que, tras darle algún que otro quebradero de cabeza durante el tiempo que actuó como marioneta goda, fue depuesto, mutilado y exiliado, siendo su derrota celebrada con juegos circenses y escénicos (*Chron. Pasch. s.a.* 416). Sin embargo, Alarico moría poco después y era sucedido por Ataúlfo, quien decidió desposar a la cautiva regia y tuvo con ella un hijo llamado Teodosio, que murió siendo muy pequeño. El estado del Imperio de Occidente era a la sazón catastrófico y no dio señales de recuperación hasta que el mando militar fue asumido por el más dotado de los generalísimos o validos bajoimperiales, el patricio Flavio Constancio. Liquidó a Constantino III —al igual que haría con otros usurpadores posteriores como Jovino y Heracliano— y se enfrentó con los visigodos, a los que venció tras someterlos al hambre y al agotamiento. Después de los asesinatos de Ataúlfo y de su sucesor Sigerico en Barcelona, llegó a un acuerdo con su rey Valia, a quien encomendó la liquidación de los bárbaros de

Hispania, que al cabo de unos años de violencia habían logrado coexistir con los hispanorromanos. Así, fueron aniquilados políticamente los alanos y los vándalos silingos, cuyos supervivientes se refugiaron bajo el abrigo de los vándalos asdingos, que se habían asentado en la Gallaecia y no fueron afectados por las campañas godas, como ocurrió también con los suevos. Como recompensa, Constancio estableció a los godos en Aquitania, mientras que el general romano recibía a cambio de su destacada política defensiva la mano de Gala Placidia, que siempre le detestó, y la púrpura, pues ascendió al trono imperial como Constancio III. De esta manera al menos se consiguió estabilizar el Imperio de Occidente, aunque parte de su territorio se perdió para siempre. Sin embargo, en el 421 Constancio moría de repente, al igual que dos años después el inservible, improductivo y malogrado Honorio. Tras un tira y afloja con Oriente, el trono recayó en el hijo de Constancio y Gala Placidia, Valentiniano III, si bien su corta edad hizo que la regencia fuera traspasada a su madre, que actuó hasta el final de sus días, en el 450, con firmeza e inteligencia, acompañada en su labor por el general Aecio, el más grande militar romano del siglo v.

Por su parte, al inerme Arcadio, que a diferencia de su hermano Honorio sí tuvo descendencia, le sucedió su hijo Teodosio II en el 408. El retrato de éste se asemeja al de su padre, por su vacuidad y su carácter pusilánime, pues era dominado por su esposa, por su hermana Pulqueria y por los altos cargos de la Administración. Asimismo, parece que únicamente se preocupaba por su imagen religiosa, porque se desentendió de la política y de la guerra, pese a sus intentos de disimular erigiendo en el Hipódromo de Constantinopla una columna que, comenzada en tiempos de su padre, estaba dedicada a glosar las supuestas virtudes de

su figura. Sin embargo, en comparación con lo ocurrido en Occidente, su reinado puede calificarse como un remanso de paz durante los más de cuarenta años que ocupó el trono. Obviamente, en ese período también hubo conflictos militares —por ejemplo, contra los persas y contra los hunos, acaudillados desde el 433 por Atila y a quienes compró con oro—, pero su reinado se caracterizó por la tranquilidad, exceptuando los tradicionales enfrentamientos religiosos que sacudían las urbes orientales, y por iniciativas como la promulgación del volumen legal conocido como el Código Teodosiano o el refuerzo de las murallas constantinopolitanas.

Después de este largo excurso histórico, necesario para conceptualizar el estado del Imperio en sus dos mitades en esos momentos tan difíciles, es hora de hacer un repaso de los espectáculos. Por mor de la diversa trayectoria de ambos territorios, procederemos a abordarlos de forma separada en la medida de lo posible. A diferencia de los tiempos del fundador de la dinastía teodosiana, para los reinados de los hijos de Teodosio I no disponemos de tantos y tan buenos datos, si bien algunas informaciones son muy reseñables. Por ejemplo, encontramos una enorme innovación que fue conmemorada por los dos emperadores, aunque no parece claro que tuviera continuidad. En el 397 obtuvo el patriarcado de Constantinopla el ya citado san Juan Crisóstomo después de superar las presiones ejercidas por su gran enemigo, el patriarca Teófilo de Alejandría, destructor del Serapeo y tío de su sucesor Cirilo, que fue el inductor del asesinato de la filósofa Hipatia en el 415. Pues bien, su elección se celebró con unos juegos circenses que se desarrollaron simultáneamente en el Circo Máximo de Roma y en el Hipódromo de Constantinopla (Sócrates Escolástico *HE* 6.2). Este apunte puede parecer trivial, pero no lo es en

absoluto. Es la primera vez que tenemos constancia de tal práctica en relación con un nombramiento eclesiástico, puesto que, como hemos visto, los juegos circenses solían reservarse, si atendemos a esta motivación concreta, para la conmemoración de magistraturas o para el ascenso de un emperador. Además, entraba en contradicción obvia con el celo eclesiástico hacia los espectáculos, como había demostrado el propio san Juan Crisóstomo en la mencionada Revuelta de las Estatuas de Antioquía y seguiría denunciando con absoluta y radical fiereza el resto de su vida. Por si fuera poco, nominalmente el clero cristiano tenía prohibida la asistencia a los espectáculos.

El poeta Claudiano, amigo y aedo personal de Estilicón, nos ofrece un notabilísimo ejemplo de espectáculo circense en época de Honorio merced al estupendo panegírico que compuso con motivo del sexto consulado del emperador en el año 404. Pese a que por aquel entonces el soberano ya residía en Rávena, una decisión imitada en tiempos posteriores por Odoacro y por el ostrogodo Teodorico, el consulado se celebró en Roma porque tenía como objeto conmemorar la victoria sobre los visigodos de Alarico en Verona. De hecho, se realizó un triunfo en el que compartieron carro el general vencedor Flavio Estilicón y el emperador, un dato que refleja la ambición del generalísimo. No en vano, era una anomalía que ponía de manifiesto la naturaleza de los tiempos, pues desde la época de Augusto estaba prohibido que nadie ajeno a la familia imperial celebrara un triunfo; de hecho, habría que esperar casi siglo y medio para encontrar a otro general galardonado con esta ceremonia honorífica, Belisario, que obtuvo este inmenso honor tras conquistar el reino vándalo en el 533.

Claudiano nos ofrece una de las mejores descripciones que conocemos del rito de las aclamaciones que el pueblo

ofrecía al emperador en el circo:

> ¡Oh, qué misterioso poder infunde al pueblo la presencia del genio del Imperio! ¡A qué gran dignidad corresponde alternativamente en su turno tu majestad, cuando la púrpura imperial devuelve los saludos al pueblo reunido en las gradas del circo, cuando resuena, elevado al cielo con el apoyo del cóncavo recinto, el estrépito de la plebe tras haber sido saludada y el eco repite al unísono por todas las siete colinas el nombre de Augusto! (*De VI Cos. Hon.* 616-620).

Obviamente, cada vez que se celebraba un consulado o el aniversario del reinado se organizaban juegos circenses en honor del emperador, pero esta ocasión era especial porque se conmemoraba la mayor derrota infligida a los godos desde su entrada en el Imperio —aunque, como hemos visto, la ciudad sufriría tres asedios a manos de este enemigo, en el último de los cuales, apenas seis años después, sería saqueada—. Flavio Estilicón se encontraba a la sazón en la cima de su poder y la victoria fue celebrada a lo grande. El Circo Máximo albergó unos fabulosos juegos circenses y la ciudad fue adornada con importantes *venationes* y, pese a ser ilegales, con combates de gladiadores.

Conforme transcurría el espantoso reinado de Honorio, una parte del Imperio de Occidente se perdió para siempre, mientras que otras áreas quedaron arruinadas por el extremo debilitamiento de las fronteras. Esta situación tuvo su reflejo en la vida de las provincias y en el desarrollo de los espectáculos. Mientras que en Roma, pese al saqueo del año 410, las competiciones circenses se siguieron celebrando de forma prácticamente ininterrumpida, al igual que en muchas otras ciudades itálicas y en la mayoría de las africanas, donde aún había medios para su práctica, no ocurrió lo mismo en las zonas más golpeadas por la crisis. En esos territorios depauperados, los *ludi circenses* se convirtieron en un recuerdo del pasado que palidecía ante necesidades más apremiantes. Y aunque hubiera predisposición a celebrar espectáculos, resultaba inviable tras los terribles embates acaecidos en las primeras décadas

del siglo v. Obviamente no hay evidencias, y es difícil que jamás se encuentre alguna, sobre la pervivencia de cualquier tipo de entretenimiento público en Britania. Un clérigo britano del siglo vi habla de los males de la clerecía de su tiempo señalando, entre otros factores, unos misteriosos juegos (Gildas *De exc.* 66), pero nada hace suponer que después de la defección de la isla con respecto al Imperio se disfrutara allí del circo o de competiciones a la romana, de la índole que fuera. En especial después de que se desatendiera la petición de ayuda dirigida a Honorio por parte de las mismas ciudades que habían proclamado la independencia, que se vieron forzadas a contratar mercenarios precisamente entre quienes las atacaban, los sajones y otros pueblos germanos. Éstos, tras un tiempo en el que cumplieron fielmente, acabaron por rebelarse y dominaron la mayor parte de Britania, salvo lo que hoy se conoce como Gales, donde se asentaron los últimos britanorromanos libres y que se podría considerar el último territorio romano de Occidente en caer —perdieron su independencia a manos de los ingleses en el siglo xiii—. Esto no quiere decir que en ese territorio no hubiera ocio, sino que se había adaptado a las circunstancias.

Otro caso particular, pero enmarcado en la categoría especial del «quiero y no puedo», lo vemos en la Galia, donde también hubo zonas arrasadas por gentes provenientes de más allá de las fronteras. Salviano de Marsella, un clérigo marsellés de pluma afilada y tono apocalíptico, escribió en la década del 440 una obra catastrofista y providencial, titulada *Sobre el gobierno de Dios*, en la que, siguiendo la estela de Tertuliano, el autor cristiano africano del siglo iii, critica ferozmente los espectáculos. Se trata de un auténtico panfleto cuyo fin era

atacar a la sociedad de su tiempo contraponiendo el mundo imperial con los bárbaros, tanto los que habían penetrado en el Imperio como aquellos que habían abandonado la vida romana para convertirse en bagaudas (campesinos insurgentes). De una manera torticera e idealista, que en cierto modo recuerda a lo plasmado por Tácito en su *Germania,* dedica un buen espacio a analizar la decadencia del género humano en relación con el gusto por los espectáculos, en especial el circo y el teatro. Salviano menciona expresamente que ya no había espectáculos en Maguncia *(Mogontiacum)* ni en Colonia *(Colonia Agrippina),* ambas destruidas, ni tampoco en Trier *(Treveris),* la más importante ciudad de la Galia, después de haber sido saqueada cuatro veces. Recalca además que lo mismo ocurría en muchas otras urbes de la Galia. Sin embargo, se lamenta de que estos espectáculos, que ofendían a Dios y que condenaban a los hombres, cuyo disfrute, a su pesar, era propio de la naturaleza romana, hubieran dejado de celebrarse no con el ánimo de congraciarse con la doctrina cristiana sino, mísera y llanamente, por causa de la pobreza de los tiempos (*de Gub. Dei* 6.8-9). Aun así, señala irascible que todo el mundo ardía en deseos de volver a presenciarlos. Salviano también destaca que los habitantes de Trier pidieron a los augustos Honorio y Constancio III, hacia los años 421-423, que sufragaran espectáculos para compensar la destrucción que había sufrido la antigua capital de la Galia. Por supuesto, esta petición —que debió de ser atendida, pues extrañamente por esa época se acuñó moneda en la ciudad, lo que presupone una actuación imperial que podría relacionarse o con el ejército o con una inversión similar a la requerida— exasperó al clérigo, que se llega a preguntar qué movía a sus habitantes, si la irreverencia o la estupidez, si la extravagancia o la locura (*de Gub. Dei* 6.15).

Lo cierto es que lo apuntado por Salviano tiene todo el sentido. Buena parte de las ciudades que disponían de un recinto circense se vieron obligadas a abandonar los espectáculos, pese a la afición de sus habitantes, como consecuencia de las terribles circunstancias de estos tiempos bárbaros. Sin embargo, pudo haber cierta continuidad en la celebración de juegos circenses, muy esporádica, eso sí, y obviamente alejada de las prácticas anteriores en los territorios de Hispania y la Galia, pese a que el segundo se viera acogotado por las incursiones de los bárbaros y el primero estuviera en su mayor parte a merced de los invasores que permanecían en su seno, o al menos no se encontrara bajo dominio imperial como antes del año 409, con la excepción de la Tarraconense, provincia que seguía en manos del Imperio y donde era más plausible la continuidad de los juegos públicos. En el resto de Hispania, el ambiente había cambiado: los vándalos asdingos se habían convertido en el mayor poder de la península tras la absorción de los restos de los alanos y los silingos, la derrota infligida a los suevos y su traslado a la Bética, donde derrotaron al Imperio en la última intentona que éste afrontó contra esas gentes y desde donde ejercieron la supremacía sobre la mayor parte de Hispania, durante una década bajo su rey Gunderico y luego bajo la égida del gran Genserico, hasta que finalmente se marcharon a África en el 429 (Álvarez Jiménez, 2016). A propósito, Salviano nos ofrece una información en extremo interesante sobre los vándalos y el circo que merece la pena ser explicada y contextualizada de inmediato.

Como ya se ha referido, tras la muerte de Honorio y de Constancio III la púrpura recayó en el niño Valentiniano III (425-455), si bien era su madre quien gobernaba el Imperio valiéndose desde el 433 del patronazgo militar del general y

patricio Aecio, que se convirtió en el hombre más poderoso del Imperio de Occidente. Militar de larga carrera, Aecio hizo uso del íntimo conocimiento que tenía de los bárbaros tras haber sido rehén tanto en la corte de Alarico como bajo los hunos. De hecho, la cercanía que mantenía con estos últimos fue lo que le permitió auparse al poder en un momento en el que parecía que iba a ser defenestrado. En efecto, consiguió un enorme contingente de hunos para ponerlos bajo las órdenes del usurpador Juan, quien había aspirado infructuosamente al trono tras la muerte de Honorio. Sin embargo, a su vuelta el infortunado Juan ya había sido ejecutado, y Aecio aprovechó el tropel huno que le acompañaba para hacerse con una posición preponderante. Primero, se ocupó de defender las Galias, donde derrotó en diversas ocasiones a los francos y a los visigodos antes de deshacerse de sus rivales por el poder, Félix y Bonifacio. En su contienda con este último tuvo mucha fortuna, pues Bonifacio le derrotó en el campo de batalla pero murió a consecuencia de las heridas de guerra. Por cierto, a este enemigo de Aecio se le responsabilizó injustamente de haber provocado la migración de los vándalos a África, pues en el año 429 se encargaba de la defensa del territorio africano con un exiguo cuerpo militar y se dijo que los había invitado a que se unieran a él como mercenarios en la lucha contra Aecio. Sin embargo, esta acusación es pura propaganda difundida por los seguidores de este último. Bonifacio, pese a contar con una tropa propia, poco pudo hacer contra el enorme grupo de vándalos encabezado por su rey Genserico —cuyo núcleo lo componían los asdingos, pero que también incluía a alanos, vándalos silingos, provinciales panonios e hispanos, suevos, godos, etc.—, que cruzaron el estrecho de Gibraltar y desembarcaron en el litoral de la Mauritania Tingitana.

Prosiguieron por vía terrestre dejando, según las fuentes, un rastro de violencia a su paso, hasta que, muchos meses después, salieron a su encuentro la guarnición de Cartago y varios refuerzos orientales, en los que servía el futuro emperador oriental Marciano. Entretanto los bárbaros habían asediado durante largos meses la ciudad de Hipona, período en el que moría san Agustín, probablemente el mayor intelectual del Bajo Imperio. Finalmente, en el 435, el Imperio y los vándalos llegaron a un tratado de federación, similar al firmado dos décadas antes por los godos, en el que se establecía que a cambio de su apoyo militar, pues se convirtieron en el verdadero y único ejército de África, el Imperio les cedía, aparte de Hipona como núcleo de su asentamiento, las provincias de la Mauritania Sitifiense, la Numidia y parte de la Proconsular.

Sin embargo, el 19 de octubre del 439 Genserico realizó algo impensable hasta entonces: capturó la segunda ciudad más importante del Imperio de Occidente, ni más ni menos que Cartago. Según el clérigo Salviano de Marsella, los vándalos atacaron mientras la población de la ciudad se encontraba absorta en el circo y en los teatros (*de Gub. Dei* 6.12). Aunque podría parecer un ataque gratuito contra un pueblo al que detestaban profundamente, como buena parte de la población imperial, pues los africanos solían despertar auténticos resquemores, lo cual queda reflejado en la injusta idea de la *fides punica,* es decir, la supuesta deslealtad de estos provinciales hacia el Imperio, no era el caso. Salviano ofrece todo un repertorio difamatorio en el que, entre otras lindezas, se desliza la siguiente, que es sin embargo una de las más tímidas: «Está tan generalizado el vicio de la impureza entre ellos que quien deja de ser indecente parece dejar de ser africano» (*de Gub. Dei* 7.16). En directo correlato, el resto de fuentes antiguas señala que Genserico

tomó Cartago mediante engaños y de forma totalmente sorpresiva después de haberse comportado como fiel aliado romano durante los cuatro años anteriores (Hidacio 115, Isidoro *Hist. Wand.* 75 o Próspero *Chron.* 1339, entre otros). Como subraya magistralmente el francés André Chastagnol, la acusación de Salviano parece responder a la realidad, ya que la fecha de la captura coincide con el cierre de la navegación y con la celebración en Cartago de la reunión del Concilio de la Diócesis de África, un encuentro acompañado por todo tipo de festejos públicos (Chastagnol 1988, pp. 102-103). Dejando aparte los paralelos históricos con actuaciones similares —por ejemplo, la toma de la colonia griega de Siracusa por el general romano Marcelo en época republicana (Cicerón *Verr.* 4.67.151)—, lo cierto es que las fuentes inciden en la acentuadísima afición de los africanos a los entretenimientos públicos. Así se observa en la obrita del siglo IV *Descripción del mundo entero,* ya mencionada, que describe los rasgos básicos de las diversas regiones del orbe romano, tanto en lo concerniente a sus actividades económicas como a su organización, además de reflejar los estereotipos sobre la personalidad de las diversas poblaciones (*Exp. tot. mundi* 17).

Lo más conveniente, sin embargo, es acercarse a otras fuentes genuinamente africanas cuyos autores eran clérigos, como Salviano. De hecho, la parte más notable de la intelectualidad cristiana occidental se encontraba en el territorio africano, en directa correspondencia con la proverbial riqueza de la provincia más rica del Imperio. Aunque se podría citar a más autores africanos, como por ejemplo a Quodvultdeo, quien ocupó el obispado de Cartago en el momento de la conquista vándala, tan sólo voy a ofrecer evidencias de los tres autores cristianos más relevantes que dio este territorio y que, por ello, se cuentan

entre los más grandes teólogos, siendo los tres Padres de la Iglesia: Tertuliano, san Cipriano y san Agustín. Todos ellos se mostraron inequívocamente críticos con todos los espectáculos, en particular con el circo. Tertuliano, el primer gran teólogo en latín, que vivió a caballo entre los siglos II y III, incluso escribió una obra elocuentemente titulada *Sobre los espectáculos (De spectaculis)* en la que denuncia sin ambages todos los entretenimientos de la sociedad de su tiempo. Tan importante es este texto que condicionó toda la crítica posterior contra el circo, el teatro y las diversiones propias del anfiteatro, y fundamentó la invectiva dirigida contra la población africana de la que se hizo eco Salviano. A pesar de que el *De spectaculis* sea una diatriba pura y dura contra tales espectáculos, constituye una de las mejores fuentes para conocer su relevancia y funcionamiento. En cuanto al circo, critica especialmente su conexión con el paganismo a través de todos sus elementos, pues señala que la propia pompa o desfile que abría los juegos ya ofendía a Dios, mientras que los aficionados eran presa del delirio, de la agitación y de la violencia (*De spec.* 8.5 y 16).

Por su parte, Cipriano, a quien se le podría definir como discípulo del anterior, ocupó el obispado de Cartago durante el siglo III y abominó del circo en diversas ocasiones. Incluso se le ha atribuido, aunque resulta muy dudoso, un tratado que sigue a pies juntillas el anterior de Tertuliano y tiene idéntico título. Curiosamente, Cipriano nos narra con inquietud cómo su propio nombre era entonado por los fanáticos del circo cartaginés durante las competiciones para reclamar a voz en grito que fuera literalmente «echado a los leones» por haberse opuesto a unos sacrificios que un edicto mandó realizar (Cipriano *ep.* 59.6.1). Lo cierto es que poco después sería martirizado durante la persecución que

impulsó Valerio.

El más importante de estos autores y también el más cercano a Salviano, pues prácticamente era contemporáneo, fue el gran san Agustín de Hipona, que en su abundantísima obra también muestra, como era previsible, un evidente desdén hacia los espectáculos. En particular resultan notables sus apuntes al respecto en su obra más personal, las *Confesiones*. En este libro, una autobiografía que podría decirse que inauguró un género en la tradición literaria, hace balance de su vida con el claro objetivo de abordar la redención a través de su ejemplo personal. De este modo, describe cómo venció aficiones tan infaustas como el teatro, la astrología y las mujeres, así como, sucesivamente, los erróneos cultos pagano y maniqueo, hasta que por mediación de san Ambrosio se convirtió al cristianismo en la ciudad de Milán. Sin embargo, lo que nos interesa no es su acercamiento al vicio del circo, que al parecer nunca ejerció sobre él ninguna atracción, sino que lograra que su amigo y discípulo Alipio, que se erigiría más tarde en obispo de Tagaste, la ciudad natal de ambos, abandonase su pasión por las carreras, pues «la sima de corrupción de las costumbres de los cartagineses, con las cuales se alimentan aquellos engañosos juegos, le había absorbido, arrastrándole tras la locura de los juegos circenses». El infausto Alipio había llegado a amar «el circo de un modo funesto». Por lo visto, san Agustín le hizo ver el sinsentido de su desmesurada afición por medio de la retórica, materia que enseñaba en una escuela de Cartago y de la que era un consumado especialista, como lo demuestran los premios que ganó en esta ciudad (*Conf.* 6.7.11-12). Aunque, como diría Séneca, es de necios mudar un vicio por otro, eso es precisamente lo que hizo Alipio: se marchó a Roma a estudiar y allí se volvió un fanático de los espectáculos de gladiadores. En la Ciudad

Eterna se reunió de nuevo con su maestro, que un tiempo después logró extirparle también ese otro vicio.

Retomemos el asunto de la crítica agustiniana al mundo de los espectáculos. En su inmensa y abrumadora obra hay numerosas reflexiones en torno a su vanidad y absurdidad. Bastará con rememorar aquí una única referencia que resume la percepción de este teólogo cristiano que conoció de primera mano las pasiones que levantaban las carreras en Cartago y en Roma, dos de las mayores y más apasionadas urbes del Imperio. En su estupenda reflexión presente en la obrita *La catequesis a los principiantes,* no se limita a formular una crítica moral sino que, mediante su estilo inimitable, también conecta la afición por los espectáculos con la degradación moral y la caída a los infiernos del crimen:

> También hay hombres que no anhelan ser ricos ni aspiran a llegar hasta las vanas pompas de los honores, sino que prefieren gozar y descansar en borracheras y en fornicaciones, en los teatros y en los espectáculos frívolos, que en las grandes ciudades encuentran gratis. Pero de esa forma también ellos disipan en la lujuria su pobreza, y tras la miseria se dejan conducir más tarde a los robos, los asaltos y algunas veces, incluso, a los latrocinios, y de pronto se ven asaltados por muchos y terribles temores. Y los que poco antes cantaban en las tabernas, luego deliran con sus llantos en la cárcel (*Catech. rud.* 25.7-8).

Tanto o más elocuentes que estos testimonios son las abundantísimas evidencias arqueológicas y epigráficas de que, como vimos al presentar la expansión provincial del mayor espectáculo de Roma, África no sólo era uno de los territorios del Imperio con mayor número de circos (algunos estables y otros no), sino que también albergaba competiciones ecuestres hasta en las poblaciones más pequeñas y era una fértil productora ganadera de caballos de competición. Por otro lado, el enorme número de ejemplos en esta zona del uso de magia blanca o negra en relación con el circo, de lo que hablaremos en la segunda parte de la monografía, pone de manifiesto una pasión abrumadora.

De vuelta al relato histórico vertebrador de este volumen,

la llegada de los vándalos supuso un antes y un después en la historia de Roma, pues tuvo unas consecuencias catastróficas. No en vano, suponía la pérdida del territorio más rico del Imperio. Genserico aprovechó el cierre de la navegación para reorganizar su dominio y para preparar una gran campaña de piratería —los vándalos aprendieron las artes de la navegación y realizaron sus primeras incursiones piráticas durante su estancia en Hispania— que sacudió las costas de Sicilia y el sur de Italia al comienzo de la temporada de navegación del año siguiente. A tenor de su debilidad, la paralizada administración romana nada pudo hacer. Mientras Aecio se encontraba ocupado en la Galia, Occidente aguardaba impotente la ayuda militar solicitada a Constantinopla. El joven emperador Valentiniano III llegó a promulgar una ley que temporalmente echaba por tierra uno de los pilares fundamentales del dominio romano, el monopolio estatal de la violencia, y apeló a la ciudadanía a que se procurara su propia defensa, al tiempo que se intentaban fortificar diversos puntos clave con las escasas tropas con las que contaba Italia. Cuando por fin llegó la ayuda oriental en forma de una flota y un contingente militar, los propios vándalos ya habían abandonado su ataque y retornaban triunfantes a Cartago, por lo que estos refuerzos se revelaron inoperantes y gravosos. Tanto Valentiniano III como el emperador oriental Teodosio II acordaron en el 442 un nuevo tratado de paz con los vándalos que suponía un punto y aparte en la historia del Imperio, pues legitimaba la constitución del primer reino independiente bárbaro en territorio romano. Pero aunque la retórica imperial los presentara como federados, la realidad era bien distinta.

Durante trece años, las relaciones con el nuevo reino de los vándalos y los alanos en África fueron inmejorables. No

sólo se mantuvo la anona debida a Roma, sino que incluso, y esto es otra novedad de enorme calado, se llegó a acordar la alianza entre la casa de Teodosio y la dinastía asdinga mediante el enlace de Hunerico, el heredero de Genserico, con Eudocia, la hija de Valentiniano III, que por aquel entonces apenas era una niña. Este acuerdo supuso la ruptura entre el reino vándalo y los visigodos asentados en la Galia. No en vano, Hunerico ya estaba casado con una hija del soberano godo Teodorico II, a la que envió de vuelta a Tolosa tras haberle amputado la nariz como castigo a su supuesta participación en una intriga cortesana. En ese período, el general Aecio se ocupó de defender lo que quedaba del Imperio —buena parte de Hispania había quedado bajo dominio suevo—, de controlar a los visigodos y de afrontar al peligrosísimo Atila el huno, cuya amenaza se redobló cuando a Julia Grata Honoria, hermana de Valentiniano III e hija de Gala Placidia, no se le ocurrió otra cosa que ofrecerle su mano. El caudillo huno aceptó encantado, para indignación de la corte imperial, que obviamente rechazó el compromiso. Finalmente, el conflicto no se resolvería hasta el 452 con la derrota del enorme conglomerado pluriétnico situado bajo la égida huna en los Campos Cataláunicos, donde el Imperio combatió aliado con numerosos pueblos bárbaros, como los visigodos —que en el transcurso de la batalla perdieron a su monarca Teodorico—, los francos, los sajones, los sármatas e incluso los britones de Bretaña —la antigua Armórica, que durante esos años congregó a miles de refugiados britanos que huían de la convulsa isla, la cual estaba siendo conquistada por los germanos del mar del Norte—. Sin embargo, esta derrota, pese a la fama que arrastra, no acabó con la amenazadora presencia huna. Atila invadió Italia y únicamente no se aproximó a Roma, adonde había huido Valentiniano III, por

la intercesión de una embajada romana encabezada por el papa León I Magno, que le disuadió de seguir avanzando. Los hunos no dejaron de ser el mayor peligro para el Imperio hasta la repentina muerte de Atila y del estallido de una guerra civil entre sus hijos, que tuvo como consecuencia la disgregación del verdadero imperio multiétnico que había forjado más allá del *limes* para desánimo de ambas mitades del Imperio.

Aunque de este período apenas disponemos de referencias a los juegos circenses desarrollados en Occidente, se siguieron celebrando en aquellos lugares donde tal cosa aún era posible. En este sentido, contamos con la curiosa información referida por Sidonio Apolinar, obispo de la actual Clermont-Ferrand, en un poema que dedica a su amigo y compatriota Consencio. Al parecer, este Consencio había ganado una competición circense durante los años de su juventud en los que sirvió en la corte de Valentiniano III como tribuno y notario. En la carrera participaban únicamente muchachos aristócratas con el fin de conmemorar lo que parece que era el consulado del emperador —por lo que esta competición data del año 440, el 445 o el 450—, teniendo en cuenta que Sidonio la sitúa en enero y que Valentiniano III fue el responsable de su celebración (Sid. Apol. *Carm.* 22.304-427). Sidonio explicita lo siguiente sobre esa competición, que, a diferencia de los Juegos de Troya de la época Julio-Claudia, era puramente circense:

> Es costumbre del césar organizar con este motivo en un solo día dos juegos, que reciben el nombre de «privados». Entonces un tropel de jóvenes, todos cortesanos, se dispone a imitar en carreras de cuadrigas las encarnizadas luchas del llano de la Élide (*Carm.* 22.310-314).

Sidonio nos ofrece aquí la que probablemente sea la mejor descripción de una competición circense en tiempos imperiales (cuyo resultado, como era de esperar, fue la victoria del lisonjeado Consencio). Aunque el «llano de la

Élide» sea una referencia erudita a las carreras celebradas en los Juegos Olímpicos, las reglas y el ambiente eran inequívocamente romanos, pues competían cuatro cuadrigas, cada una bajo uno de los cuatro colores tradicionales del circo romano. Sin duda es una licencia poética, pero en cierto modo nos puede retrotraer ni más ni menos que al emperador Nerón, quien no sólo gustaba de conducir carros y de competir en el circo, sino que lo hacía apelando a los orígenes aristocráticos de una competición que, inevitablemente, estaba ligada al pasado homérico y a los Juegos Olímpicos. Asimismo, resulta interesante comprobar la naturaleza de este entretenimiento: aunque en la fantástica descripción de la carrera se indique que había un público enfervorecido, era una celebración privada, es decir, unos *ludi privati,* lo que justifica, además, que pudiesen participar aurigas cortesanos de origen noble, como el ganador Consencio, sin menoscabo para su fama u honra. Precisamente por esta razón se ha argumentado que no se celebró en Roma, aunque así lo explicite Sidonio, sino en Rávena, donde residía habitualmente Valentiniano III. Ambas opciones parecen posibles, si bien la naturaleza de la competición que nos narra Sidonio apunta preferentemente a la segunda, a que se celebrara en un lugar más íntimo. No obstante, sabemos que el emperador siempre asumió los consulados en Roma, tal y como se observa en la numismática, ofreciendo a sus habitantes, como era costumbre, los juegos que les correspondían por el desempeño de la magistratura. Pero, como deja bien claro Sidonio, esta competición no suponía una novedad para un emperador que debía celebrar regularmente divertimentos similares al de Consencio, además de *ludi publici* para el conjunto del pueblo. En este aspecto, la numismática de su tiempo y reinado nos echa una mano al certificar la afición

de este emperador a los juegos circenses. De este modo, conocemos unos estupendos sólidos áureos, acuñados para honrar sus consulados, que retratan a Valentiniano III en el anverso justo cuando iba a soltar el pañuelo que marcaba el inicio de los espectáculos (*RIC* X, 2033-2034 y 2038-2046), aunque, todo sea dicho, tampoco es un motivo inusual en el mundo tardorromano (véase, por ejemplo, la fig. 4, donde Valentiniano III aparece junto a su colega imperial Teodosio II). Asimismo, existen numerosos *contorniati,* es decir, medallones conmemorativos, emitidos desde comienzos de su reinado, en los que aparece el propio Valentiniano III y que están adornados con motivos circenses (*RIC* X, p. 175).

Aunque no disponemos de más referencias textuales sobre espectáculos circenses particulares que se celebraran en este reinado, todo hace pensar que Valentiniano III se distinguió por su magnanimidad y dedicación a los entretenimientos, como queda meridianamente claro en la crónica del reinado escrita por Teodorico el Ostrogodo (sobre quien hablaremos más adelante), incluida en el documento conocido como *Excerpta Valesiana.* En este texto, se citan como modelos de este rey germánico en la organización de espectáculos a los emperadores Trajano y Valentiniano. Mientras que el primero fue considerado el emperador ideal en casi todos los aspectos, incluido el de dotación de espectáculos en Roma, como lo demuestran las inmensas cifras de entretenimientos que se le adjudican y que le valieron la crítica de contemporáneos como el propio Juvenal, el segundo únicamente se puede identificar con el hijo de Gala Placidia y de Constancio III. Quizás la ausencia de responsabilidades políticas y militares de Valentiniano, bajo la férrea custodia de su madre y de Aecio desde su coronación siendo un niño, hicieron que se volcara en el mundo del espectáculo, como tantos otros emperadores. De

hecho, uno de los primeros actos públicos en los que intervino tuvo como foco el circo de Aquileya, aunque, pese al testimonio de Procopio, él no tuviera nada que ver en su desarrollo, pues apenas contaba con seis años, sino que la responsabilidad última debió de recaer en su madre. Ese acto público estaba relacionado con el usurpador Juan, que quiso ocupar el trono del difunto Honorio. Procopio informa sobre la brutal humillación a la que Juan se vio sometido tras ser abortada su usurpación: se le amputó la mano, se le subió a un asno y fue obligado a emprender un patético triunfo que, en imitación de los verdaderos, finalizó en el circo de la ciudad, donde, tras ser sometido a unas últimas degradaciones, fue ejecutado delante del público (Procopio *BV* 3.3.9). Lamentablemente, las fuentes nada más ofrecen sobre esta presumible hiperactividad de Valentiniano III en la celebración de entretenimientos.



Fig. 4. Sólido áureo de Valentiniano III con su colega Teodosio II en el reverso. Ambos sostienen la *mappa* o pañuelo que daba comienzo a los juegos circenses. *RIC* X, 245. Imagen procedente de www.cngcoins.com.

En cambio, con respecto a Teodosio II (408-450), su colega en el Imperio Oriental, sí contamos con bastantes evidencias, pues no sólo compartía con Valentiniano el gusto por las competiciones circenses, sino que también se volcó en su desarrollo. De hecho, su reinado marcó el sendero que después seguiría la práctica totalidad de los emperadores romanos orientales y bizantinos. Según las

fuentes, a Teodosio II, el hijo de Arcadio y de Elia Eudocia, le preocupaba más la fe que la política o la guerra. Dejó el poder efectivo en manos de diversos magistrados y, durante buena parte de su reinado, estuvo bajo la tutela de su hermana Pulqueria, que el año 414 fue honrada con el título de augusta y que, como el resto de miembros femeninos de la casa de Teodosio, se caracterizó tanto por su astucia como por su competencia y proactividad. Desde luego, en casa tenía un buen ejemplo: su madre Elia Eudocia, mucho más inteligente según las fuentes que su padre Arcadio, destacaba en todos los aspectos y, desde el plano simbólico, llegó a ser retratada en alguna moneda con el paludamento militar, diadema y corona —este talante le valió la crítica descarnada y feroz de diversos autores eclesiásticos, siendo Juan Crisóstomo el más severo de todos—. Pulqueria, en una decisión que debió de tomar influida por los sufrimientos que vivió su madre, incluso se mantuvo virgen con el objeto de que nadie interfiriera en sus resoluciones. De acuerdo con la lectura de algún que otro historiador de nuestra época, se la podría catalogar como un antecedente de la reina inglesa Isabel I. Curiosamente, durante bastantes años los destinos de las dos mitades del Imperio recayeron en dos augustas, Gala Placidia y Pulqueria, pese a las limitaciones que sufría por entonces su género, responsables de que no pudieran disfrutar de plenos poderes en los ámbitos militar y político.

Sin embargo, Pulqueria hizo de la carencia virtud y explotó muy inteligentemente un ámbito en el que, desde la praxis social, sí podía ser protagonista: el de las creencias y sus prácticas derivadas, donde actuó con bastante libertad, en aras de acrecentar y mantener su posición predominante. Por una parte, impulsó una política caritativa y financiadora de centros cultuales y, por otra, intervino en el plano teológico. Así, es a ella a quien se debe el rol fundamental en

la Iglesia cristiana de la virgen María como *Theotokos* o Madre de Dios. Para alcanzar esta meta, no dudó en aliarse con el patriarca Cirilo de Alejandría y con sus turbas de seguidores armados en el enfrentamiento que mantuvo con el más conservador patriarca Nestorio de Constantinopla. Siguiendo los pasos de su madre con respecto a Juan Crisóstomo, exilió a Nestorio despojándole de su cargo de patriarca de la gran capital de la *pars Orientis*. Pulqueria también ayudó a transformar el carácter de la monarquía oriental, y éste no era un paso en absoluto menor, convirtiendo a Teodosio —que, como su padre, no tenía capacidades militares ni interés alguno por la guerra— en vicario de Cristo para que liderase a los ejércitos romanos mediante su piedad y su santidad, aunque no necesariamente en persona en el campo de batalla. Lo cierto es que en Oriente había problemas bélicos con los hunos de Atila y con los persas, pero en comparación con el Occidente romano su devenir era plácido. De hecho, en esta mitad oriental del Imperio, la eterna polémica religiosa y la compilación jurídica conocida como Código Teodosiano fueron los acontecimientos más importantes de este período. También ocupan un lugar destacado los espectáculos, en concreto el circo. Teodosio II incluso fue criticado sumariamente por su política derrochadora, tanto en lo que concierne a los entretenimientos públicos como a los elevados subsidios que pagaba a diversos pueblos bárbaros, sobre todo a los hunos de Atila. En el caso de estos últimos, tal dispendio fue creciendo con el tiempo (Prisco *fr.* 3).

Una nota de Sócrates Escolástico sobre una anécdota en el hipódromo nos informa del rol providencial que el emperador adquirió gracias a su hermana Pulqueria. Encontrándose en el circo un día del año 425, le llegó a Teodosio II la noticia de la eliminación del usurpador

occidental Juan. Henchido de satisfacción, pidió a los espectadores que abandonasen la diversión para marchar juntos a una iglesia donde agradecérselo a Dios. En todo el trayecto hasta la iglesia y en el interior de ésta, hasta que acabó la jornada, la gente cantó al unísono con el emperador alabanzas a la divinidad (Sócrates Escolástico *HE* 7.22-23). Este hecho recuerda sobremanera a otro concerniente a Teodosio I, el abuelo del propio Teodosio II, ya mencionado y narrado por el mismo historiador eclesiástico. Sin duda puede calificarse, por tanto, como un verdadero *topos,* sea real o no. En cualquier caso, pone de manifiesto el rol que el monarca, de acuerdo con las ideas de Pulqueria, adquirió como líder religioso de la comunidad. En las fuentes encontramos una escena similar un tiempo después, con ocasión del terremoto que sacudió la ciudad de Constantinopla en el 437 (Juan Malalas *Chronog.* 14.22; Teófanes *Chron.* AM5930).

Sin embargo, el grado de intervención del emperador no se circunscribió al uso del hipódromo con fines píos. Según Juan Malalas, Teodosio II se mostró como un fanático de la facción verde y decidió favorecer a los que defendían este color en sus dominios. Así, ordenó que se reorganizara el espacio del circo constantinopolitano para beneficiar a los aficionados con los que se identificaba. Concretamente, determinó que los verdes fueran trasladados a la izquierda de la *kathisma* (o *pulvinar* en latín), es decir, el palco imperial, mientras que la guarnición que ocupaba ese lugar se situó en la zona de los azules. Obviamente, el recibimiento de este honor por parte de los verdes fue sonado. En el gran hipódromo de la capital, cantaron enfáticamente: «¡A cada uno lo suyo!», en clara alusión a sus adversarios azules. La respuesta del emperador, a través de su heraldo principal, fue declarar que los había trasladado

«con el motivo de honrarlos». Según Malalas, estableció que se siguiera este patrón en todos los hipódromos (*Chronog.* 14.2). No obstante, este grado de intervención en el inestable circo podía tanto beneficiarle como perjudicarle. El propio Malalas nos informa de una situación que pudo acabar mal para el emperador y que tuvo como protagonista a un hombre de confianza de la emperatriz Elia Eudocia, el poeta egipcio Ciro. Este Ciro adquirió una estupenda reputación después de ejercer simultáneamente, durante cuatro años, dos cargos tan importantes como los de prefecto de la ciudad de Constantinopla y prefecto del pretorio. En ese período fue el responsable último de la refortificación de las murallas de la ciudad, el alumbramiento de la urbe y el fomento del uso de la lengua griega en la administración pública, entre otras acciones. El apoyo popular del que disfrutó fue tan grande que llegó a reconocérsele en el mismo circo. Según Juan Malalas, en el 443, durante una competición de carros, y ante el mismo emperador, el pueblo —quién sabe si instigado por la facción de los azules— vociferó: «¡Constantino fundó la ciudad, Ciro la renovó! ¡Ponlos al mismo nivel, augusto!» (*Chronog.* 14.16; Teófanes *Chron.* AM5937). Esta aclamación resultaba muy peligrosa, pues ciertamente podía socavar la autoridad imperial en beneficio de un hombre que había gozado de los mayores honores, incluidos el consulado y el patriciado. De ahí que el poderoso eunuco Crisafio, guardaespaldas del emperador, actuara como se esperaba del hombre de confianza de Teodosio II y urdiera su caída. Así, Ciro fue depuesto y se le confiscaron sus propiedades antes de enviarle como nuevo obispo a la ciudad frigia de Cotieo. Una elección muy conveniente, pues ni Teodosio ni Crisafio se atrevían a ejecutarle, y los habitantes de Cotieo habían matado a sus últimos cuatro obispos. Para más inri, Ciro era aún pagano,

pero tuvo el buen juicio de convertirse y consiguió sobrevivir en ese ambiente hostil.

No sería la última ocasión en que Crisafio actuara así, como se demuestra en sus tejemanejes contra Pulqueria, a la que consiguió defenestrar en el mismo año 443, y contra la emperatriz y esposa de Teodosio II, Elia Eudocia. También extorsionó al patriarca de Constantinopla, fue el responsable del Concilio del Latrocinio del 451 e intentó asesinar a Atila. Y eso no es todo, porque explotó otros resortes del poder, como el circo de Constantinopla, y se convirtió en patrón y protector de la facción de los verdes, de la que era fanático el emperador, lo que le otorgó enorme poder (Juan Malalas *Chronog.* 14.19). Sin embargo, todo lo que sube, acaba por bajar. Teodosio II murió en el 450 tras caerse de su caballo y Pulqueria, retomando su posición preponderante, depuso a Crisafio —lo que Ciro aprovechó para abandonar su carrera obispal y regresar a Constantinopla— y, en confluencia con el medio alano Aspar, a la sazón el militar más importante de Oriente, eligió como nuevo emperador a Marciano (450-457), que había servido quince años bajo las órdenes de este general. Pulqueria se casó con Marciano después de que él le prometiera que respetaría su castidad, y así ocurrió durante los tres años que duró el matrimonio, pues la emperatriz falleció de muerte natural en el 453. Todo lo que rodeó el ascenso de Marciano resulta inusual y expresa con rotunda contundencia la personalidad y ambición de Pulqueria. No en vano, introdujo una innovación de profundo simbolismo: por primera vez en la historia romana, una fémina era coronada emperatriz al mismo tiempo que su marido obtenía el purpurado. Se evidenciaba así el rol y el poder ejercidos por esta impresionante mujer.

Con respecto a Marciano, contamos con interesantes informaciones relativas a los espectáculos circenses durante

su reinado. Por una parte, y justo al contrario que su antecesor, se reveló como un entusiasta seguidor de los azules y, por otra, decidió castigar ejemplarmente a los verdes después de que hubieran protagonizado un tumulto en Constantinopla. Según Malalas, durante tres años impidió ejercer un cargo público a todos aquellos que fueran abiertamente seguidores de esta facción (*Chronog.* 14.34; *Chron. Pasch. s.a.* 456) —una medida que, por cierto, adoptaron en diversas ocasiones emperadores posteriores, como por ejemplo, aunque se salga del marco cronológico de esta obra, el bizantino Focas (602-614)—. De acuerdo con la crónica del conde Marcelino, en el 452 Marciano tomó una decisión que no debió de ser muy popular en su momento: prohibió a Vincomalo y Opilio, los cónsules nombrados ese año (es decir, los que ejercerían al año siguiente), que emplearan fondos en sufragar espectáculos públicos; las cantidades previstas para ello debían invertirse en la restauración del acueducto de la ciudad (*Chron. s.a.* 452.1). La obra era de carácter perentorio, pero es más que probable que el pueblo romano no recibiera esa decisión de buen grado, aunque los más contrariados fueron sin duda los propios cónsules, pues la celebración de juegos suponía un enorme acrecentamiento de la fama. No era la primera vez que se tomaba una resolución similar. Ya en tiempos de Diocleciano y Maximiano Hercúleo, el gobernador de la provincia de cierta ciudad empleó los fondos destinados a los espectáculos para reparar las murallas de la urbe. Esta decisión resultaba controvertida, pero finalmente los tetrarcas se mostraron favorables, si bien exigieron en un rescripto legal que se proveyera a la ciudad de fondos para la celebración de los juegos más adelante (*CJ* 41.1)

En la *Historia Eclesiástica* de Evagrio y en la *Crónica Siriaca* de Pseudozacarías de Mitilene, se hace referencia a

los tradicionales tumultos alejandrinos en los que participaban los aficionados al circo, con el trasfondo de la polémica cristiana entre el catolicismo niceno y la herejía monofisita (cuyos practicantes se agrupan actualmente en la Iglesia copta). La mayor diferencia entre ambos credos, aparte de algunas prácticas litúrgicas y otros elementos cuya discusión nos llevaría páginas y páginas, se circunscribía a la diferente percepción sobre la naturaleza de Jesucristo. Un asunto que por aquel entonces no era baladí y que, de hecho, se convirtió en el desencadenante de muchos de los conflictos religiosos del período. En resumen, mientras que los monofisitas creen que Cristo tiene una única naturaleza, que es tanto divina como humana, el catolicismo niceno considera que tiene tanto una naturaleza humana como otra divina, que están unidas. Aunque a alguien ajeno a cuestiones cristológicas pueda parecerle lo mismo, no lo es, y ciertamente constituyó un factor de colisión que conllevó interminables disputas tanto en el papel como en las calles y que provocó numerosas muertes.

Así ocurrió en Alejandría conforme al relato de Evagrio. Estalló un gran tumulto después de que se suspendiera al patriarca monofisita Dióscoro en el Concilio de Calcedonia del año 451 y se nombrara como sucesor a Proterio. Como muestra de la gravedad de lo acontecido, se puede decir que esta decisión fue la que marcó el inicio del cisma que separó a la Iglesia católica nicena de aquella que acabó por conocerse como copta. Como consecuencia inmediata, se produjo una disputa sin cuartel en las calles de la capital egipcia. Por lo visto, los magistrados de Alejandría quisieron acabar con este motín recurriendo a la tropa de la ciudad. Sin embargo, estos soldados fueron recibidos con piedras y tuvieron que refugiarse en lo que restaba en pie del Serapeo. Allí fueron quemados vivos. El emperador Marciano, que no

podía dejar que los responsables de esta gravísima insurrección quedaran impunes, envió a dos mil soldados. Su acción fue brutal: según Evagrio, privaron a la población de alimentos, termas y espectáculos, y, lo que es más grave, se ensañaron con ella (violaron en masa a mujeres y niñas). La situación estaba fuera de control y la plebe se congregó en el hipódromo y pidió a Floro, el jefe militar de la ciudad, parlamentar allí mismo. La sedición acabó tras esta reunión, al menos momentáneamente, en una nueva muestra del circo como espacio de discusión política y de los espectáculos como catalizadores de las inquietudes cívicas (Evagrio *HE* 2.5). A la muerte de Marciano en el 457, los monofisitas seguidores de Dióscoro nombraron por su cuenta a un nuevo obispo, Timoteo, mientras Proterio aún ocupaba la sede patriarcal. De inmediato se reavivó el conflicto civil entre Proterio, al que sus enemigos llamaban la «comadreja», y Timoteo, conocido por los suyos como el «gato». A pesar de contar con el apoyo político y militar de las instituciones, el patriarca niceno Proterio moría a traición en el 457 y sus restos mortales eran ultrajados. Su cadáver fue arrastrado por las calles de Alejandría en una procesión que finalizó en el hipódromo de la ciudad, que en lo concerniente a este conflicto casi podría calificarse como la sede de los seguidores monofisitas, y allí fue incinerado. Proterio se convirtió así en mártir y santo de la Iglesia nicena, mientras que la Iglesia copta se olvidó de su persona (Ps.Zacarías de Mitilene *Chron.* 4.2).

Volviendo a Occidente, el reinado de Valentiniano III —a quien las fuentes no retratan de manera muy favorable, si bien no le igualan en cuanto a mediocridad a su tío Honorio — finalizó trágicamente. En el 454 el propio Valentiniano III, instigado por el eunuco Heraclio, asesinó en el palacio imperial al patricio Aecio. Con este movimiento, y tras la

muerte cuatro años antes de su madre Gala Placidia, conseguía por fin librarse de todas las tutelas que le habían apartado del ejercicio del poder efectivo. Sin embargo, no sobrevivió por mucho tiempo, pues en marzo del año siguiente cayó víctima de una conjura urdida por su sucesor Petronio Máximo, un antiguo cónsul y patricio, miembro de una de las familias más distinguidas de Roma. Este aristócrata convenció a dos antiguos soldados fieles a Aecio, Óptilo y Trausila, para que le mataran, y así lo hicieron mientras el emperador revisaba unas maniobras militares en el Campo Marcio de Roma. A partir de este momento los hechos se suceden rápidamente. Petronio desposó a Eudoxia, la viuda imperial, que a su vez era hija del ya fallecido emperador oriental Teodosio II, y ordenó el matrimonio entre Eudocia, la hija de Valentiniano III, que estaba prometida con Hunerico el vándalo, y su hijo Paladio, al que había nombrado césar. Según las fuentes, y aquí entraríamos en un largo debate sobre la veracidad de lo narrado, aunque en realidad no hay motivos para ponerlo en duda, la enfurecida emperatriz Eudoxia pidió ayuda al rey de los vándalos y alanos, en atención a la amistad que ambas partes habían cultivado en el transcurso de los años. Genserico, encolerizado, organizó enseguida una enorme flota de guerra que, bajo su mando directo, tenía un único objetivo: asaltar Roma. Con un fortísimo cuerpo militar, desembarcó en Ostia y llegó a las puertas de la Ciudad Eterna. Allí le recibió el papa León Magno, que, como había hecho anteriormente con Atila, se aprestó a negociar con el bárbaro, ofreciéndole la posibilidad de saquear la ciudad a cambio de que no hubiera ni destrucción ni daños personales. Genserico aceptó, y la única víctima de la que se tiene constancia fue Petronio Máximo, que murió descuartizado por sus conciudadanos cuando intentaba huir

de la ciudad. Durante catorce días, «Roma fue saqueada sin sangre ni fuego» (*Chron. Gallica ad DXI* 65) y quedó despojada de todas las riquezas posibles. Los vándalos se llevaron el tesoro imperial —incluyendo lo que en su momento el emperador flavio Tito había arrebatado del templo judío de Jerusalén, como la menorá y los vasos sagrados—, todas las estatuas hechas con metales preciosos y hasta la cobertura del templo de Júpiter Óptimo Máximo, que aunque fuera de bronce refulgía como el oro. Asimismo hicieron cautivos a miles de romanos y ofrecieron refugio a la emperatriz Eudoxia —la princesa Eudocia—, que se casó de inmediato con Hunerico, y a Gaudencio, el hijo del patricio Aecio.

Comenzó entonces una guerra sin cuartel que duró más de dos décadas, un auténtico *bellum piraticum* como el Mediterráneo no había visto desde que los cilicios navegasen libremente en tiempos de Pompeyo el Grande. Genserico aprovechó para hacerse con el dominio de amplias zonas de África, así como de Córcega, Cerdeña, el oeste de Sicilia, las Baleares y otros archipiélagos e islas de menor entidad. Como instrumento básico, hizo uso de las ventajas que le proporcionaba Cartago y de las debilidades imperiales. Transformó la flota de la anona —que obviamente fue interrumpida— en una escuadra pirática con la que asaltó durante todas las temporadas de navegación las costas de Italia y Sicilia en el ámbito occidental y, cuando Constantinopla se inmiscuyó en la contienda, también el litoral oriental. A partir de este momento, en este conflicto que bien merecería calificarse como la cuarta guerra púnica en atención a las curiosas conexiones con la pasada lucha entre la Roma republicana y la Cartago púnica, se intentó aplacar al vándalo tanto con las armas como mediante la diplomacia desde ambas cortes imperiales. Ninguna

herramienta funcionó, pues el Imperio de Occidente cada vez era más débil y no disponía de fuerzas navales, mientras que el de Oriente o se mostró pasivo o fracasó cuando decidió intervenir. Lo cierto es que la reconquista de África se convirtió en una auténtica obsesión para todos los emperadores de Occidente, porque sin sus riquezas fundamentales no podía sobrevivir.

En Occidente, a Petronio Máximo le sucedió una marioneta gala de los visigodos, el *magister* o general Avito (455-457), a quien sus patrocinadores dejaron caer cuando ya habían conseguido lo que ansiaban, es decir, extenderse por la Galia e Hispania. El siguiente emperador fue Mayoriano (457-461), muy apto para el ámbito militar y, sin lugar a dudas, el mejor soberano romano del siglo V, pese a su fracaso en la reconquista africana, por lo que fue asesinado por Flavio Ricimero, el hombre fuerte durante su regencia. Este militar, que ostentó el honor del patriciado y era hijo de un suevo y una goda pertenecientes a linajes reales, dominó los destinos de Occidente durante quince años, pero todos sus intentos de domeñar al enemigo vándalo fueron infructuosos. Tras un interregno, este generalísimo nombró a otra marioneta, a un senador llamado Libio Severo (461-465), al que supuestamente asesinó al cabo de casi cuatro años. Para entonces el Imperio de Occidente apenas se extendía por Italia, el suroeste de la Galia, la Tarraconense y la Recia, con algunas zonas controladas por jefes militares romanos, como Dalmacia por Marcelino y el norte de la Galia por Egidio —a quien sucedería luego su hijo Siagrio—. El emperador oriental León I (457-474), que había tomado el purpurado a la muerte del pasivo Marciano, se involucró en los asuntos occidentales en contra de los consejos del militar Aspar, y envió a un nuevo emperador a Occidente, Antemio (467-472), con el objeto de confluir contra los vándalos.

Organizó en el 468 una monstruosa expedición anfibia con más de mil cien navíos y cien mil combatientes que, por culpa del nefasto mando militar de Basilisco (a la sazón el cuñado del emperador), fracasó estrepitosamente cuando tenía cerca la victoria y dejó casi en la ruina a Constantinopla —las fuentes cifran lo dilapidado en ni más ni menos que 64.000 libras de oro y 700.000 libras de plata—. Basilisco desaprovechó el enorme potencial de su ejército, apoyado por las menguadas fuerzas occidentales, cuando tenía contra las cuerdas a Genserico. Mientras su inmensa flota permanecía amarrada en las cercanías de Cartago, el rey vándalo le pidió unos días para deliberar si se rendía o no, Basilisco aceptó. Genserico aprovechó esta ingenua concesión para hacer uso de una tradicional astucia bárbara y del conocimiento cartaginés sobre el régimen de vientos y corrientes del área donde se encontraba Basilisco. Organizó una flota de navíos incendiarios que chocaron contra la armada bizantina y la destruyó en gran parte. Los barcos que habían salido indemnes, así como los contingentes occidentales y el enorme cuerpo expedicionario que avanzaba por tierra desde Egipto se batieron en retirada. No es de extrañar que Basilisco, a su vuelta a Constantinopla, tuviera que refugiarse en una iglesia para no ser linchado, ni tampoco que León I, tras haber acordado una tregua permanente con Genserico, cayera en una depresión de la que únicamente salió para ordenar los asesinatos de Aspar, aquel que le había elegido como emperador, y de Ardaburio, el hijo de ese militar alano. Estos crímenes le granjearon a León el apelativo de «el Carnicero».

Entretanto, Ricimero se rebeló en Italia contra el emperador Antemio y lo ejecutó mientras sus tropas protagonizaban el tercer saqueo de Roma en ese siglo. Se apresuró entonces a nombrar como emperador a Olibrio,

precisamente el favorito de Genserico por su cercanía. No en vano, era el marido de Placidia, la otra hija de Valentiniano III y de Eudoxia —que años antes había abandonado Cartago para marchar a Jerusalén— y, por tanto, el cuñado de su hijo Hunerico. Sin embargo, esta oportunidad única para el mantenimiento del Imperio de Occidente se malogró por la muerte en apenas unos meses, por causas naturales, de Ricimero y Olibrio. El Imperio quedó en manos de medianías como Glicerio y Rómulo Augústulo, y del candidato de Oriente Julio Nepote, sobrino de uno de los peores enemigos de Genserico, el conde Marcelino, quien se había erigido en el pasado como uno de los mejores apoyos del asesinado Mayoriano y que, a su vez, fue víctima de las intrigas de Ricimero. No obstante, el frente occidental romano estaba liquidado, por lo que Genserico puso sus miras en Oriente. Tras unas intensivas campañas de piratería bajo el reinado del sucesor de León I, el emperador Zenón, firmó con éste, en el 474, un tratado de paz perpetua que sólo sería violado sesenta años después por Justiniano. Genserico acordó en el 476 un pacto similar con Orestes, el padre del último emperador occidental, y posteriormente con Odoacro, después de que este esciro expulsase del trono a Rómulo Augústulo, con el que, en palabras del conde Marcelino, «pereció el Imperio de Occidente» (*Chron. s.a.* 476.2). Aunque una embajada del antaño poderoso senado romano llegó nominalmente a Oriente en el 476 con las insignias imperiales y la púrpura para que la asumiera Zenón, éste se desentendió por completo. Otro tanto hizo con Julio Nepote, a quien acabaría abandonando a su suerte y que fue asesinado en el 480 a manos de su antecesor en el trono occidental, Glicerio, al que previamente había exiliado y nombrado obispo de Salona. Así, disminuido e impotente, finalizaba el Imperio romano de Occidente (Álvarez Jiménez,

2016).

De esta época de agonía imperial occidental, apenas contamos con dos noticias relativas a las competiciones circenses. La primera, procedente de una homilía del papa de Roma León I Magno, conviene reproducirla en su totalidad:

> Casi ha desaparecido absolutamente, amadísimos, la religiosa devoción con la que todo el pueblo de los fieles concurría para dar gracias a Dios por el día de nuestra corrección y liberación. Demuestra esto los pocos que han asistido. Esto llena mi corazón de tristeza y de gran temor. Es sumamente peligroso que los hombres sean ingratos a Dios, pues, olvidándose de sus beneficios, ni se afligen por la corrección ni se alegran por el perdón. Temo, amabilísimos, que esos tales sean reprendidos por la voz profética que dice: los has castigado y no se han dolido; los has corregido con azotes, pero no han querido escarmentar. Pues ¿qué corrección muestran tener aquellos en los que hay tanta aversión? Me avergüenza decirlo, pero es necesario hablar. Tienen más cuenta de los demonios que de los apóstoles y son más frecuentados los espectáculos nocivos que los santos sepulcros de los mártires. ¿Quién ha reformado esta ciudad para la salvación? ¿Quién la arrancó del cautiverio? ¿Quién la defendió de la muerte? ¿Los juegos del circo o el cuidado de los santos? Por sus ruegos se ha mudado la sentencia de la severidad divina, para que los que merecían la ira fueran perdonados (León Magno *Serm.* 84.1).

Aparentemente este texto es otra muestra del pensamiento tradicional cristiano sobre los espectáculos, pero en su contexto resulta un testimonio terrible, muy similar a la descripción de la Galia de Salviano. Aunque haya divergencia de opiniones sobre la fecha del sermón, todo hace indicar que fue escrito y enunciado en la basílica de San Pedro con posterioridad al saqueo vándalo de Roma, puesto que ésta fue la única amenaza directa a la que se enfrentó la Ciudad Eterna durante el magisterio del pontífice (440-461). No en vano, León I Magno llega a indicar que «nuestra liberación no ha sido efecto de las estrellas, como afirman los impíos, sino fruto de la inefable misericordia de Dios omnipotente, que se dignó mitigar el corazón de los furiosos bárbaros» (*Serm.* 84.2). Es decir, el pueblo romano, pese al saqueo, pese al trauma por los recientes acontecimientos, seguía reclamando espectáculos y acudiendo al circo.

Todo hace pensar que la situación en las calles de Roma debió de tensarse y mucho después del saqueo. No es sólo que se exigiera el mantenimiento del circo, sino también que

bajo el mismo Avito se desencadenó una revuelta por el hambre, debido a que la anona africana había dejado de fluir hacia Roma, y por una decisión del emperador que atentaba contra el orgullo herido de la población: pagar a su escolta goda con la moneda de bronce obtenida de las esculturas fundidas que aún se encontraban situadas en espacios públicos. La plebe consiguió que en esa hora de necesidad fueran expulsados tanto el séquito galo de Avito como sus guardaespaldas —una situación en absoluto novedosa, puesto que en siglos pasados y en coyunturas similares se aplicaron las mismas medidas contra los extranjeros que vivían en Roma (Prisco *fr.* 32)—. No contamos con más detalles sobre este contexto problemático, pero resulta muy tentador vincular esta sublevación urbana con el Circo Máximo de Roma, teniendo presentes los paralelismos con situaciones anteriores y también posteriores, así como, en especial, un texto legal promovido por Mayoriano. Pese a que únicamente conocemos el título de este rescripto, es de gran elocuencia: *De aurigis et seditiosis,* es decir, «Sobre los aurigas y los sediciosos» (*Nov. Maj.* 12). Se trata de la primera ley en toda la historia romana dedicada *ex professo* a la violencia en el circo, si bien hay abundantes evidencias en la literatura jurídica de leyes susceptibles de ser aplicadas a tales situaciones en la ciudad. El rescripto impulsado por Mayoriano denota una realidad urbana muy complicada durante su reinado, directamente relacionada con la creciente debilidad imperial y que bien pudo ser una herencia del período de Avito. El estado de *shock* en el que se encontraba la población romana por tener que enfrentarse a un enemigo tan escurridizo como el vándalo, que además había segado el flujo de víveres al que la plebe estaba acostumbrada desde hacía siglos, contribuyó al desarrollo de una atmósfera ciertamente inquietante.

Esta ley contrasta vivamente con la segunda información textual relativa al circo que conocemos de este reinado. Se sitúa en una epístola de Sidonio Apolinar del año 461 y, a diferencia del testimonio anterior, presenta el espíritu más amable y frívolo de los juegos circenses en un ambiente cortesano, de lo que ya hemos ofrecido diversos ejemplos previos que nada tienen que ver con la violencia del Circo Máximo. En esta carta, el que se convertiría posteriormente en obispo de Clermont-Ferrand, y que por aquel entonces ocupaba un cargo en la corte imperial, reproduce una distendida conversación que mantuvo con el emperador Mayoriano y con otros cortesanos, tumbados en un triclinio, durante la celebración de unos juegos circenses en la ciudad gala de Arlés *(Arelate),* en torno a una difamación que pendía sobre la cabeza de Sidonio, acusado de haber escrito una sátira particularmente mordaz contra determinados prohombres de esa localidad. Lo cierto es que tanto la decisión de celebrar estos espectáculos como el tono de la conversación resultan patéticos, pues el contexto era el fracaso de Mayoriano contra los vándalos, y precisamente en la antesala de su asesinato. El emperador se detuvo en Arlés después de verse obligado a regresar desde Hispania con la cola entre las piernas; él, que antes había derrotado a otros muchos bárbaros como los alamanes, los burgundios, los francos o los visigodos. Fue vencido aun sin haber combatido directamente contra los vándalos después de que algunos perjuros vendieran a Genserico la situación geográfica de la flota —en torno a Cartago Nova— que Mayoriano se disponía a utilizar en la campaña que le transportaría a suelo africano junto con el enorme contingente de mercenarios danubianos que había reunido. Sin embargo, a través de otra de sus típicas astucias bárbaras, Genserico lo impidió mediante el robo de los

navíos congregados. Derrotado, Mayoriano volvió a la Galia y en Arlés licenció a los bárbaros que había reunido para la expedición. Aunque firmó un acuerdo con el rey vándalo, éste fue considerado vergonzoso y, poco después, Ricimero le asesinaba.

Mayoriano reflejó su rol como proveedor de espectáculos en la numismática. Imitando a Valentiniano III y a Teodosio II, acuñó una moneda en la que aparece sujetando junto con su colega imperial León I —quien, por lo demás, se mostró renuente a reconocerle como emperador legítimo— la *mappa* o pañuelo del circo (*RIC* X, 2601-2603). El único emperador posterior que utilizó esta misma iconografía fue el griego Antemio —impuesto por León I a Ricimero, el verdugo de Mayoriano—, del que, salvo esta moneda, no disponemos de ninguna evidencia textual sobre su reinado que esté vinculada con los juegos circenses (*RIC* X, 2806). Sin embargo, resulta absolutamente congruente que un nuevo emperador como este Antemio, un general experimentado en la guerra, descendiente de una de las familias más notables de Constantinopla y que gozaba de un importantísimo apoyo militar, quisiera congraciarse con la población romana de la manera acostumbrada en vísperas de una victoria aparentemente cantada contra el enemigo vándalo. Esa moneda corroboraría este empeño lúdico. No obstante, el fracaso de la gran campaña conjunta que planeó con León I suscitó una atmósfera nociva, muy pesimista, que se llevó por delante a este emperador al que la plebe comenzó a atacar duramente por considerarle un griego extranjero. Como hemos dicho, estalló una verdadera guerra civil en las calles de Roma, auspiciada por Ricimero y que, tras seis meses de combate, finalizó con el asesinato del emperador en el año 472.

Con estas dos últimas referencias, finaliza el discurso

relativo a la trayectoria del circo en los últimos años del Imperio romano de Occidente, ya que no existen excesivas pruebas de su vitalidad bajo las nulidades que siguieron a Antemio. Aun así, pese a las limitaciones y restricciones propias de la época, no dejaron de celebrarse espectáculos, al menos en el Circo Máximo. Como se verá en breve, el circo también estuvo presente, con sus características particulares, en el mundo bárbaro posromano. Por su parte, esta subsección finalizará con los acontecimientos relativos a los *ludi circenses* celebrados bajo los emperadores orientales contemporáneos a los últimos soberanos del Imperio de Occidente. La realidad del circo en Constantinopla y en el resto del territorio imperial oriental en época posterior, así como en los reinos bárbaros, será descrita más adelante.

Con respecto al reinado de León I, disponemos de escasos indicios relevantes, entre ellos dos procedentes de una fuente tardía, el *Chronicon Paschale* del siglo VII, y un tercero de la crónica del conde Marcelino del siglo anterior. Sabemos que en el 465 León I decidió que el conde de Oriente, es decir, el vicario de la crucial Diócesis de Oriente (compuesta por quince provincias), que residía en Antioquía, asumiera los gastos de las festividades más importantes que se desarrollaban en esa ciudad para aliviar a sus magistrados, sobre cuyas dificultades para afrontar tales gastos ya informó Libanio (*CJ* 1.37). En cuanto a los testimonios procedentes del *Chronicon Paschale,* tienen que ver con la muerte del asceta Simeón el Estilita en el 459, tras haber estado cuarenta años subido a una columna en las cercanías de Alepo. En una nueva demostración pública, los habitantes de Antioquía reclamaron a voz en grito que su cuerpo descansase en la capital siria. Sus exigencias fueron atendidas y, tras un desfile conmemorativo organizado por Ardabur, el hijo de Aspar, que se caracterizó por una

extraordinaria pompa, los restos mortales reposaron en Antioquía (*Chron. Pasch. s.a.* 464), al menos durante unos años, pues el emperador León I ordenó que fueran trasladados a Constantinopla apenas una década después. Sin duda, los cánticos de la plebe debieron de proferirse desde el más importante centro de reunión cívica de la ciudad, que no podía ser otro que el hipódromo local.

Una historia más siniestra es la que hace referencia a Menas, el prefecto de los vigiles de Constantinopla —el encargado de la seguridad y de la lucha contra los incendios de la capital—, que en el 465 fue acusado por diversos senadores de depravación mientras se celebraban unos espectáculos en el hipódromo. Una acusación que se convirtió en sentencia de muerte sin juicio alguno, por la connivencia del emperador con el pueblo allí reunido, que apedreó a Menas y le arrastró fuera del hipódromo hasta matarlo (*Chron. Pasch. s.a.* 465).

Asimismo, en una noticia que no aparece corroborada en ninguna parte —de hecho, bien podría pensarse que hace alusión a un acontecimiento de una época posterior—, el conde Marcelino cuenta que en el 473 se produjo una sedición en el Hipódromo de Constantinopla que terminó con el asesinato de numerosos isaurios que habían acudido a los *ludi* a manos del resto de espectadores, los cuales, al igual que en el caso de Menas, debían de ser los miembros más radicales de las facciones (*Chron.* 473.2). Pese a la ausencia de datos que demuestren la veracidad de esta noticia, no debería ponerse en tela de juicio, dado el carácter fiable de este cronista de los hechos de Constantinopla. El ataque podría estar relacionado con el deseo del propio emperador León I de frustrar las aspiraciones de su yerno Zenón —de origen isaurio y con un importante ascendiente sobre esta comunidad perennemente problemática en la

historia grecorromana— de ocupar el trono, como queda reflejado en el nombramiento de su nieto homónimo como legítimo heredero en ese mismo año 473.

En contraste con los escasos testimonios de la época de León I, sí contamos con bastantes evidencias relativas al dominio de su yerno Zenón (474-491), cruciales para conocer el devenir del poder imperial y su relación con el espectáculo circense. Como se acaba de apuntar, este soberano era de origen isaurio. Los isaurios procedían de una zona anatólica célebre por sus temibles bandidos y piratas y por el genuino carácter rebelde del conjunto de sus habitantes. Cuando llegó a Constantinopla, Zenón abandonó su nombre nativo —Tarasicodisa según una fuente; Codiseo, Aricmesio o Trascaliseo según otras— por el de aquel famoso compatriota suyo que fue general y cónsul bajo Teodosio II, considerando que podría ayudarle en su carrera política. Zenón se distinguió por una laboriosa carrera en el ejército, sobre todo bajo León I, y jugó un papel destacado en la caída de Aspar, lo que le valió el matrimonio con Ariadna, la hija de León I. Llegó a lo más alto en el 474, aunque de manera peculiar, pues, como se ha dicho, el heredero designado era su mismísimo hijo León II. Pese a que esta decisión de su suegro León I suponía un revés, Zenón actuó al comienzo como el verdadero soberano detrás del niño emperador y poco después consiguió fácilmente que su propio hijo le aupara a la púrpura. Por tanto, padre e hijo compartieron el trono, pero sólo durante unos meses, pues por desgracia en ese mismo año 474 falleció el niño emperador cuando apenas contaba con siete años. Al cabo de dos meses, una vez sanada la herida vándala mediante la firma de la paz perpetua entre ambos estados, Zenón fue víctima de una trampa urdida por su suegra Verina, el amante de ésta (llamado Patricio), el infausto Basilisco (el

cuñado de León I que unos años antes había hecho el ridículo más espantoso ante Genserico) y los poderosos generales Ilo, de origen isaurio, y Teodorico Estrabón, que era ostrogodo —y a quien no hay que confundir con el también ostrogodo Teodorico, llamado «el Amalo», que acabó reinando en Italia y que, casualmente, se encontraba en aquel momento en Constantinopla—. Zenón se vio obligado a huir a su tierra natal con una banda de isaurios leales. Sin embargo, el plan original de Verina, que consistía en coronar a su amante para luego casarse con él, fracasó porque Basilisco se adelantó y tomó la púrpura para sí tras ejecutar a Patricio. No obstante, la trama acabó como debía acabar: con un desastre mayúsculo. Al usurpador no se le ocurrió otra cosa que azuzar a la población constantinopolitana para que masacrase a los isaurios que vivían en la ciudad y, a continuación, encargó la supresión de Zenón a un compatriota isaurio, el referido Ilo. Consecuentemente, este último cambió de bando. Además, Basilisco desairó a su gran apoyo militar, el godo Teodorico Estrabón, nombrando como máximo responsable militar del Imperio a su sobrino Armato, que, sin embargo, se comportó deslealmente. De hecho, contribuyó a dar refugio a Verina cuando ésta cayó en desgracia tras ser acusada de conspirar con el exiliado Zenón contra su hermano. Entretanto, también fue señalado como el amante de la mujer de Basilisco. Pero eso no fue lo peor: también desoyó la orden directa del usurpador de que eliminara a Zenón y acabó por unirse al emperador legítimo. Acorralado tras apenas un año y medio de gobierno, Basilisco alcanzó un acuerdo *in extremis* con Zenón según el cual éste se comprometía a no ejecutarle ni a él ni a su familia. Algo que el repuesto emperador cumplió escrupulosamente, pues no les tocó un pelo. Eso sí, los encerró en una torre en Capadocia, se olvidó

de la llave y todos murieron de hambre. De este modo, Zenón consiguió recuperar un trono que sólo abandonó al morir en el 491.

Con respecto a las innovaciones de Zenón, debemos destacar el rol que otorgó al circo en su coronación, lo que ejerció una enorme influencia y tuvo un desarrollo notable en los siguientes siglos de la historia bizantina, así como en la de diversos reinos bárbaros occidentales. De acuerdo con diversas fuentes, como por ejemplo Teófanes (*Chron.* AM5966), el niño emperador de apenas siete años León II coronó a su padre como coemperador en la *kathisma* del Hipódromo de Constantinopla, en una ceremonia realizada delante del pueblo. Este hecho marcó un antes y un después en el ceremonial bizantino, ya que se trata de la primera vez que tenemos pruebas fehacientes de tal práctica. De este modo, aunque el *Chronicon Paschale,* del siglo VII, señale que el primer emperador en ser entronizado en este espacio fue Marciano en el 450, tal información obedece a un error, posiblemente porque el anónimo autor de esa crónica extrapoló las prácticas de su época a un tiempo pasado (*Chron. Pasch. s.a.* 450). En cambio, la innovación de Zenón, que resulta del todo comprensible porque, aparte de buscar la siempre anhelada aclamación popular, probablemente pretendía acallar las habladurías que había suscitado su ascenso al trono mediante una demostración pública, tuvo un recorrido centenario y se fue perfeccionando con el tiempo hasta fosilizarse en un ritual estricto.

En cierto modo, este nuevo ceremonial suponía un paso lógico en la relación establecida entre el poder político y el circo: si desde época republicana el circo tanto amparaba la demostración popular del apoyo a los magistrados como se constituía en una vía de afirmación de la fama de éstos y de

su progreso político, con el Imperio se reforzó su relación con el emperador. El soberano, que actuaba como gran patrocinador de los espectáculos, era aclamado durante su celebración y se le honraba con diversos entretenimientos con motivo de su ascenso al trono, sus natalicios (incluso una vez muertos, en el caso de los emperadores divinizados), la conmemoración de su estancia en el poder a través de las *quinquennalia, decennalia,* etc. Merced a su prodigalidad, los soberanos otorgaban o eran beneficiarios de juegos *ad hoc* que, por ejemplo, celebraban victorias militares; en estos casos se subrayaba con más fuerza aún esta relación entre el señor proveedor de entretenimientos y el público. Sin embargo, el paso dado por Zenón representaba un salto cualitativo enorme. Las lecturas positivas que extrajo del uso del hipódromo como espacio de demostración pública de la legitimación de su poder las puso otra vez en práctica cuando volvió a asumir la regencia que le había arrebatado el traicionero Basilisco.

El relato de lo acontecido resulta sumamente elocuente. Flanqueado por el ejército fiel que le acompañaba, Zenón llegó a la capital de Constantinopla sin que nadie le pusiera traba alguna. Aunque haya que tomar esta información con cierta cautela, parece que contó en su vuelta a Constantinopla con el apoyo de la facción de los verdes, su favorita. La situación era surrealista, porque nadie había destronado aún a Basilisco y, sin embargo, el legítimo emperador isaurio cruzó las calles como si nada hubiera ocurrido. Se dirigió al palacio imperial o Gran Palacio y allí fue saludado por la emperatriz Verina, el senado y el ejército. Ordenó a continuación que se colgara la bandera que anunciaba la celebración de juegos circenses. Los ciudadanos acudieron en pleno al hipódromo, donde Zenón fue aclamado por todos como emperador. Como si no

hubiera ocurrido nada, presidió las carreras y mandó que le trajeran las insignias imperiales que aún portaba Basilisco, quien se había refugiado en la mayor iglesia de la ciudad, la de Santa Sofía. Le fueron arrebatadas y, a continuación, se las devolvieron a Zenón en una ceremonia que, aunque con toda probabilidad no fue igual a la de su entronización, representaba fielmente la misma realidad y simbolismo (Juan Malalas *Chronog*. 15.5; *Chron. Pasch. s.a.* 478; Teófanes *Chron.* 5969). El relato, fundamentalmente el proporcionado por Juan Malalas, resulta impactante. Cuesta encontrar una muestra más relevante de realeza, poder, reconocimiento y humillación consciente. Despreciando al usurpador, recuperó la soberanía a través de una demostración de fuerza que manifestaba de manera contundente el potencial del circo como medio de contacto entre el pueblo y los poderes políticos y, sobre todo, como lugar de refrendo del poder del emperador.

Sin embargo, ésta no es la última noticia relativa al circo en tiempos de Zenón. Por ejemplo, ordenó la ejecución de Armato, al que había prometido el puesto vitalicio de *magister militum praesentalis* (el cargo militar más relevante del Imperio) si abandonaba a Basilisco, cuando se encaminaba a presidir unas carreras en el circo (Juan Malalas *Chronog* 15.7). Zenón podría haber ordenado que se cumpliera su voluntad en cualquier otro momento y lugar, pero hacerlo en esas circunstancias debía de tener una gran carga simbólica. Conforme a la enorme importancia del patrocinio de los espectáculos, Zenón mandaba un mensaje claro a la ciudadanía y a cualquiera que quisiera escucharle. De hecho, posteriormente volvió a intentar el mismo golpe de efecto con el general isaurio Ilo después de que le convenciera la emperatriz Ariadna, que le guardaba rencor por negarse a liberar a su madre Verina de la reclusión a la

que había sido sometida —había sido castigada por haber participado en una tentativa de asesinato contra Ilo—. Sin embargo, el encargado de asesinar a Ilo fracasó y éste, en una vuelta de tuerca sorprendente, acabó por aliarse con la mismísima emperatriz Verina con el objeto de expulsar a Zenón. No lo consiguió y fue decapitado (Juan Malalas *Chronog*. 15.13; Teófanes *Chron*. AM5972).

Asimismo, resulta curiosa otra noticia que nos ofrecen diversos autores, en especial Malalas, y que por una parte refuerza la gran innovación de Zenón y, por otra, introduce unos matices desconocidos en la trayectoria del circo. Su protagonista es Justasa, el único usurpador de la historia romana de religión judía, en concreto un samaritano que, por lo visto, había destacado como notable bandido en Palestina. Según Procopio, en el 484 los samaritanos se rebelaron y atacaron la ciudad palestina de Neápolis durante la celebración del Pentecostés. En el transcurso de la acción mataron a muchos habitantes y le cortaron los dedos de una mano al obispo cristiano Terebintio cuando éste se encontraba oficiando en el altar (*De Aed*. 7.5-9). De inmediato, según Juan Malalas, los samaritanos eligieron como emperador a Justasa —de cuya existencia también nos informan las crónicas samaritanas y otras bizantinas—, quien hizo entrada en la ciudad palestina de Cesarea mediante un triunfo, se autocoronó, mató a numerosos cristianos y presidió unos espectáculos circenses de forma similar al legítimo emperador Zenón años atrás (*Chronog*. 15.8; *Chron. Pasch. s.a.* 484). Aunque rápidamente fue liquidado por las tropas presentes en la región, sorprende que un mero bandido —si ésta no es una categoría destinada a difamar al personaje, en cuyo caso habría que contemplarle como un caudillo samaritano refractario al poder, a la manera de los «bandidos sociales» de Eric

Hobsbawm— se apropió de los atributos del emperador, entre ellos el triunfo, y asumió como algo propio de éste el patrocinio de espectáculos circenses. Con toda probabilidad, Justasa imitó conscientemente el ceremonial celebrado por Zenón al recuperar el trono. Como consecuencia, el ejército romano —según Procopio, fue Zenón en persona quien encabezó la represión, aunque es una noticia dudosa (*De Aed.* 5.7)— estableció una guarnición permanente en la zona y expulsó a los samaritanos del monte Guerizim, el lugar más sagrado para esta rama del judaísmo, y en su cima construyó una iglesia dedicada a la virgen María. No conocemos los detalles del porqué de este ataque, si bien las fuentes samaritanas, que son un tanto confusas, apuntan a la intransigencia cristiana, pues al parecer unos cristianos pretendieron exhumar los restos mortales de los sumos sacerdotes samaritanos Eleazar, Itamar y Fineas con la anuencia del gobernador. Lo cierto es que desde hacía bastante tiempo el ambiente antijudío no sólo estaba presente en el Imperio, sino que, como hemos visto en varias ocasiones, se plasmaba con frecuencia en ataques orquestados contra esa comunidad. A ello contribuyó enormemente el patriarca de Constantinopla san Juan Crisóstomo con su tratado *Contra los judíos,* en el que acuñó ese calificativo tan gravoso para los judíos, como lo demuestra la historia posterior, de pueblo deicida o asesino de Dios.

El reinado de Zenón fue particularmente hostil y violento con los hebreos. De nuevo Malalas nos informa sobre unos graves sucesos ocurridos en Antioquía. Al parecer los verdes, la facción a la que favorecía Zenón, protagonizaron numerosos motines y asesinatos que afectaron, sobre todo, a los judíos de la ciudad y que no finalizaron hasta que fue sustituido el conde de Oriente, Teodoro, que por lo visto

había encubierto tales acciones delictivas. Cuando se informó a Zenón sobre las actividades de los verdes antioquenos, prosigue Malalas, se enfureció y exclamó: «¿Por qué sólo quemaron los cadáveres de los judíos? Deberían haber quemado también a los judíos vivos» (*Chronog*. 15.15). Aunque resulta difícil advertir si este tumulto, pese a su ubicación en la obra de Malalas, es anterior o posterior a la revuelta de Justasa —en todo caso, parece situarse dos años después—, sin duda es un indicativo de la atmósfera antisemita que se respiraba bajo Zenón.

Su reinado, que presenta tantos y diversos matices en el ámbito circense, acabó con una revuelta de dimensiones considerables que se originó en el circo de Constantinopla y se extendió por sus calles. A pesar de que no dispongamos de demasiados datos sobre lo acontecido, el conde Marcelino afirma que esta disputa fue un *bellum plebeium* y que la ciudad se vio incendiada por la violencia (*Chron. s.a.* 491.2). Sin duda, representa un anticipo de lo que iba a acontecer durante el reinado de los emperadores que le sucedieron, puesto que las crisis violentas relacionadas con los radicales del circo constantinopolitano cada vez se volvieron más frecuentes y peligrosas. Volviendo a esa crisis en particular, se podría vincular perfectamente con la tortuosa sucesión de Zenón, en vista de los acontecimientos que se produjeron al inicio del reinado de su sucesor Anastasio.

Sin embargo, no todas las noticias que nos han legado las fuentes sobre Zenón y el circo son negativas o violentas. De este modo, en el año 486 Zenón premió a las cuatro facciones del circo con nuevos pantomimos tras mandar a su hermano Longino, al que había nombrado general en jefe del ejército y cónsul, que los reclutara mientras jubilaba a los antiguos y afamados bailarines con importantes riquezas. Así, concedió a los verdes al alejandrino Autokyon o

Caramallo, a los azules al también alejandrino Rodos o Crisomalo, a los rojos a Heladio, de la ciudad siria de Emesa, y a los blancos a Margarites Katzamys, de Cícico (Juan Malalas *Chronog.* 15.12). De estos cuatro, el que al parecer tuvo más éxito fue Caramallo, puesto que Procopio nos informa de cómo pasó primero de pantomimo a cortesano y, posteriormente, a hombre de Estado en época de Justiniano (*HA* 17.34).

El circo en el Occidente posromano

A pesar de que en la historiografía actual se haya puesto de moda defender que la desaparición del Imperio de Occidente no tuvo la menor consecuencia ni fue especialmente sentida por los contemporáneos, lo que podría parecer cierto de acuerdo con los escasos testimonios presentes en las fuentes escritas, resulta complicado no advertir en esa postura una lectura en extremo fría y maximalista, alejada de la realidad, pues simplifica un proceso que no fue uniforme ni rápido. A través de una interpretación biologizante —y, por tanto, aberrante— del Imperio, se podría considerar que el cuadro clínico era el de un enfermo grave que pasó a ser moribundo y tuvo un desenlace fatal tras sufrir un fallo multiorgánico. Siguiendo con esta metáfora florida, el Imperio necesitaba urgentemente una transfusión africana para sobrevivir —es decir, recuperar África a toda costa—, pero tal remedio no llegó jamás y, tras el abandono del cirujano oriental, las constantes vitales se apagaron. Lo cierto es que desde comienzos del siglo v el Imperio fue desmenuzándose progresivamente, y aunque el año 455 marca un antes y un después incuestionable, para entonces ya había perdido Britania, la mayor parte de Hispania, África y las Mauritanias, casi todo el norte de la Galia y aquellas regiones situadas por encima de Italia. En el 476 aún resistían algunos reductos de romanidad más allá de este exiguo territorio bajo el reino romano de Siagrio —hijo del general Egidio, este militar seguía comandando las tropas del frente renano leales a Roma situadas en torno a Soissons, la capital de este peculiar territorio autónomo— en el norte de la Galia, la Dalmacia de Julio Nepote —que, si bien no

había abandonado su esperanza de ascender al trono imperial, simplemente dominaba ese territorio, como su tío Marcelino antes que él— y todas aquellas poblaciones de provinciales romanos que aún no habían sido conquistadas por los bárbaros, como, por citar un par de ejemplos, las de los heroicos resistentes que aguantaban en Britania, fundamentalmente en torno a Gales, y las de los britanos que migraron a la antigua Armórica (que muy pronto sería conocida como Bretaña). Aunque lo enunciado sea una simplificación de una realidad cuyo análisis merecería muchas páginas, puede decirse que diversos pueblos bárbaros ocuparon las antiguas provincias occidentales. De este modo, y citando sólo a algunos de los más importantes, en Britania encontramos a los pueblos germanos de los anglos, jutos y sajones, además de los escotos irlandeses; en la Galia, a francos, burgundios, alamanes y visigodos, quienes también dominaban parte de Hispania, donde coincidían con los siempre revoltosos suevos; en África, a los orgullosos vándalos, que también tenían bajo su control las grandes islas occidentales del Mediterráneo, mientras que varios caudillos mauros ocupaban las zonas que aquéllos no dominaban; y en Italia, al esciro Odoacro, que gobernó su reino itálico hasta que fue aniquilado por el ostrogodo Teodorico.

Sin embargo, pese a este vuelco en las circunstancias, pese a esta transformación, la vida seguía y, por tanto, también los juegos, aunque, obviamente, no de la misma forma. A continuación se va a analizar la pervivencia del circo en algunos de los reinos bárbaros más relevantes del período. Tal y como indica Salviano en la estupenda referencia citada anteriormente sobre los inapetentes deseos de los habitantes de *Treveris* (Trier) de seguir disfrutando de la competición (véanse las pp. 213-214), resulta claro que

conforme la crisis avanzaba y el Imperio se desmenuzaba, los espectáculos se resentían e incluso desaparecían en la mayor parte de los lugares, pese a la afición genuina por las carreras, porque se trataba de entretenimientos caros. Aun así, en absoluto dejaron de celebrarse espectáculos en ese momento. De hecho, las evidencias señalan, aunque no sean tan concluyentes como las de la época romana, que siguieron ofreciéndose entretenimientos circenses, de manera más modesta y en áreas muy localizadas, a costa de los nuevos amos bárbaros o, si bien no disponemos de datos para sostenerlo de forma concluyente, de las élites de origen romano que aún proporcionaban a sus paisanos muestras de evergetismo. Esta continuidad se llevó a cabo fundamentalmente en conexión con las nuevas monarquías bárbaras, que procuraban imitar el pasado romano de los territorios que ahora dominaban, en especial de la corte bizantina contemporánea, teniendo muy presente el rol que desempeñaba el circo en Constantinopla desde que Zenón lo incorporó al ceremonial de coronación.

Comenzando por la Galia, encontramos bajo los visigodos y los francos algunas evidencias. Sabemos que en la ciudad de Arlés *(Arelate)* siguieron celebrándose carreras de carros durante el período que estuvo bajo dominio visigodo y, después, franco gracias a una información de Procopio sobre, precisamente, el avance de estos últimos bárbaros en el 536 instigados por el emperador bizantino Justiniano, que esperaba que debilitaran y distrajeran a los ostrogodos mientras él procedía a la reconquista de Italia. De este modo, Procopio nos indica cómo los conquistadores llegaron a presenciar unos juegos circenses en la recién adquirida Arlés (*BG* 7.33.3), un dato que avala la continuidad de los espectáculos en esta ciudad tan importante durante la época de predominio godo desde la anterior ocasión en que

advertimos la celebración de entretenimientos circenses bajo el emperador Mayoriano, en el 461. Cabe destacar la evolución espacial del recinto según las excavaciones realizadas, semejante a la de otros circos occidentales similares. Se ha detectado que desde fines del siglo IV hasta mediados del VI, cuando, de acuerdo con los arqueólogos, se demolió por completo el circo, las arcadas externas de las gradas se emplearon como viviendas, de unos cien metros cuadrados cada una. Una ocupación del espacio público muy similar a la de los foros, las termas y otras construcciones parecidas, que, con la progresiva decadencia del estilo de vida urbano propiamente romano, perdieron su sentido. Curiosamente, esta apropiación no impidió el desarrollo de las competiciones circenses en Arlés (Klingshirn, 1994, p. 175). Esta lectura arqueológica presupone que la llegada de los francos significó el fin absoluto de unos juegos circenses que llevaban celebrándose en esta ciudad desde el siglo II, pero en este aspecto deberíamos ser cautelosos, porque los francos en absoluto se mostraron contrarios a su práctica —aunque hay que reconocer que, salvo ciertos personajes, tampoco eran unos entusiastas—.

Por ejemplo, según el testimonio de Gregorio de Tours (*HF* 5.17), en el 577 el rey Chilperico I de Neustria —el reino merovingio occidental— construyó dos circos en las ciudades de París y de Soissons y concedió a sendas poblaciones unas carreras de carros. Quizás esta inusual actividad constructiva sólo respondiera a los gustos particulares de Chilperico y a su afán de imitar a los emperadores de antaño. No en vano, el mismo Gregorio de Tours, que lo detestaba, le tilda de «Nerón y Herodes de su tiempo» (*HF* 6.46), aunque entre los numerosos vicios que le atribuye no menciona la afición a los espectáculos. Esta

afición de este monarca tan peculiar parece corroborarla el regalo que le hizo el emperador bizantino Tiberio II en el 581: unos medallones de oro de una libra de peso, en cuyo anverso aparecía el rostro del emperador y la leyenda «Tiberio Constantino Augusto Perpetuo», mientras que en el reverso se distinguían una cuadriga y a un auriga con la leyenda «Gloria de los Romanos» (*HF* 6.2; Paulo Diácono *Hist. Long.* 3.13). Lo cierto es que al parecer en la Galia merovingia los espectáculos públicos duraron un buen tiempo, aunque habría que matizar mucho esta afirmación. Aquí podemos recurrir, con todas las salvedades y particularidades que encierra el género, a un curioso testimonio procedente de la hagiografía. La *Vida de san Eligio,* patrón de los herreros y de los joyeros (*c.* 588-661), escrita por su amigo Audoino, obispo de Rouen, detalla cómo este santo consiguió acabar con los juegos que disfrutaba la comunidad de Noyon (*Noviomagus,* en el norte de la Francia actual), donde ejercía como obispo. Por lo visto, durante la festividad de San Pedro, los habitantes de Noyon se dedicaban a unos juegos descritos como diabólicos, en los que se ejecutaban unas danzas y unos cánticos considerados impropios de cristianos, puesto que quien los practicaba se convertía en pagano (*Vit. Aud.* 2.16). San Eligio intentó acabar con estas prácticas, pero recibió diversas amenazas de muerte por parte de sus convecinos, incluidos unos magistrados reales. Según el texto, apeló a Dios y entonces enfermaron todos aquellos que se le oponían. Liquidó así unos espectáculos públicos que congregaban al conjunto de la comunidad de Noyon. Este testimonio resulta muy peculiar porque prácticamente reproduce lo que cuatro siglos antes había enunciado Tertuliano sobre los espectáculos y su relación íntima con los cultos paganos. Obviamente, este testimonio, que no

resulta en absoluto concluyente, no debe llevarnos a afirmar que todavía hubiera espectáculos de índole romana, y mucho menos carreras de carros, tan al norte y en una época tan tardía. De hecho, parece radicalmente imposible, aunque sí es cierto que la persecución de las diversiones públicas era una realidad del período.

Indiscutiblemente, el reino bárbaro del que tenemos más información relacionada con el circo es justo aquel del que disponemos de más testimonios textuales: el reino ostrogodo. Asentado en Italia, en el núcleo de la romanidad, donde se encontraba el recinto circense más importante del mundo, el Circo Máximo, y había una afición que, como hemos visto, seguía reclamando espectáculos aun en las horas más negras de Roma, incluso cuando la Ciudad Eterna era víctima de la hambruna y debía de acusar el descenso demográfico —por lo que el recinto circense difícilmente llegaría a abarrotarse como antaño—, el reino ostrogodo, cuyo fundador fue el gran monarca Teodorico (491-526), no hizo sino seguir la estela marcada por Odoacro, al que Teodorico derrocó en el 491 tras atacar Italia auspiciado por Zenón. Los ostrogodos procuraron adaptarse todo lo posible a la vida romana, como el resto de pueblos bárbaros establecidos en el territorio del fenecido Imperio de Occidente, e incluso mantuvieron, con adaptaciones, la administración romana y la obligatoriedad de que los magistrados, como los cónsules, organizasen espectáculos (Boecio *Cons. Phil.* 2.3.8). Sabemos que la actividad de Teodorico fue muy notable con respecto a los entretenimientos públicos, pues restauró el anfiteatro de Pavía, el teatro de Pompeyo de Roma y el mismísimo Coliseo —datos sorprendentes que, sin embargo, no avalan en absoluto la continuidad de los espectáculos de gladiadores, sino, más probablemente, de las *venationes* o cazas de fieras

—. No obstante, como se verá, contempló el circo y el resto de entretenimientos desde una perspectiva bastante condescendiente.

Casiodoro es, sin lugar a dudas, nuestra mejor fuente para conocer el devenir de los espectáculos bajo la dominación ostrogoda. Este aristócrata, que vivió casi cien años, fue un burócrata que progresivamente ascendió en la administración del nuevo régimen hasta ocupar el más importante puesto en sustitución del ejecutado Boecio, el desafortunado autor de *La consolación de la filosofía,* en una carrera que continuaba los pasos de su abuelo y de su padre, quienes habían ostentado cargos de responsabilidad política en época imperial y durante el reinado de Odoacro, respectivamente. Cuando Justiniano emprendió la reconquista de Italia, huyó de la península y marchó a Constantinopla, donde se ordenó sacerdote, y sólo volvió después de que el reino godo itálico hubiera sido destruido. Casiodoro es un autor absolutamente fundamental para conocer el devenir de su tiempo, si bien se perdió la más importante de sus obras, una *Historia de los godos* resumida por Jordanes en su *Gética.* Sus *Variae,* una compilación de cartas y documentos oficiales del reino que escribió durante el desempeño de sus cargos, resulta una fuente de primer orden para conocer el reino ostrogodo, sin parangón en cualquier otro reino bárbaro ni, paradójicamente, en el propio Imperio romano. En esa obra aparece el circo como protagonista de diversos avatares y con un rol social muy relevante, en especial en Roma, de acuerdo con las pretensiones de continuidad de Teodorico, quien, no lo olvidemos, se crió en la capital oriental, Constantinopla, y era analfabeto —incluso necesitaba un ingenio mecánico para firmar los documentos legales—. Antes de proceder a analizar lo contado por Casiodoro, bien vale la pena

presentar el retrato de este gran monarca godo y de su reinado que nos ofrece una pequeña crónica itálica incluida en el documento conocido como *Excerpta Valesiana:*

> Teodorico era un hombre ilustre y de buena voluntad para con todos, que reinó durante treinta y tres años. En sus tiempos la felicidad estuvo asegurada en Italia durante treinta años, de tal manera que incluso sus sucesores disfrutaron esta paz. En efecto, no hizo nada mal. Así gobernó dos pueblos al mismo tiempo, el de los romanos y el de los godos: mientras él mismo era sin duda de la secta arriana, no atacó, sin embargo, en nada a la religión católica; organizó juegos en el circo y en el anfiteatro, de modo que incluso fue llamado por los romanos Trajano o Valentiniano, cuyos tiempos tomó como modelo; y por los godos, debido al edicto en el que se estableció el derecho, fue juzgado como su mejor rey en todos los aspectos. Se preocupó de que la milicia fuera para los romanos igual que en la época de los príncipes. Fue generoso con los regalos y los repartos de grano, a pesar de que había encontrado el erario público lleno únicamente de heno, pero él lo restableció con su esfuerzo y lo hizo rico (*Exc. Val.* 59-60).

Este testimonio es lo bastante elocuente para certificar la continuidad de los espectáculos desde la época romana, así como el patronazgo de Teodorico, quien además asumió como propia la tarea de procurar la alimentación de la ciudad de Roma. No es de extrañar, por tanto, que fuera a la guerra contra los vándalos por el control de Sicilia al comienzo de su reinado. Aunque en el ámbito de los entretenimientos públicos la comparación con Trajano y Valentiniano III resulte excesiva, es evidente que le concernían los espectáculos y que aplicaba una política consciente de su relevancia. De ello se hace eco un Casiodoro que, desde luego, rememora el tópico del pan y circo de Juvenal. De hecho, algunas de las cartas redactadas por Casiodoro bajo el auspicio del soberano ostrogodo Teodorico constituyen algunas de las más destacadas y maduras reflexiones de la Antigüedad sobre los juegos circenses en general, así como sobre su historia, simbolismo, desarrollo y significado. Que la pasión por el circo no se perdió entre las clases bajas ni entre las altas lo deja claro otra curiosa información de Casiodoro sobre Teodorico. Éste dirimió una petición de justicia por parte de Marciano y Máximo, los hijos del antiguo cónsul y patricio Volusiano, que se quejaban de que unos oficiales de Argólico, el

prefecto de la ciudad de Roma, les habían arrebatado sus lugares en el Circo Máximo y en el Anfiteatro Flavio, legados por su padre. Finalmente Teodorico les restituyó sus privilegios (*Var.* 4.42).

No debería sorprendernos, por tanto, que en este contexto continuista se mantuviera activa la rivalidad de las facciones del circo, la cual se plasmaba en última instancia en el ejercicio de la violencia entre los más fanatizados. De hecho, resulta más que tentador considerar que estos grupos participaron en la agria disputa por el trono vaticano entre el papa Símaco (498-514) y su rival Laurencio, que desembocó en un verdadero cisma en la ciudad de Roma y en unas peligrosas luchas callejeras, de forma similar a lo que ocurrió en el siglo IV entre los papas Dámaso y Ursicino, aunque para la época ostrogoda dispongamos de menos evidencias. Sí hay plena constatación de unos problemas surgidos en el mismo circo y que afectaron fundamentalmente a la facción verde. En efecto, una epístola fechada en el 507, escrita por Casiodoro en nombre de Teodorico y enviada a Especioso, un miembro de la oficina del prefecto del pretorio romano, nos informa sobre una curiosa anomalía en el ámbito de las disputas en el circo, o al menos conforme a lo que conocemos a través de las fuentes. Alude a una sorprendente lamentación formal emitida por la facción de los verdes del Circo Máximo, quejándose del ataque que el patricio Teodoro y el cónsul Importuno les habían infligido y que acabó con la muerte de uno de sus miembros. Este ataque se produjo en el circo durante la celebración de unos *ludi circenses* que presidían ambos magistrados o en los que simplemente se encontraban presentes. Con toda seguridad, no pudieron soportar las tradicionales chanzas, burlas y pullas proferidas por los verdes y respondieron con la represión. Ante la posibilidad

de que fuera verdad lo que afirmaban estos aficionados, Teodorico se mostró consternado, pues no se podía consentir que se atacara a aquella gente digna de aprecio. Por eso dictó que la causa fuera juzgada por un tribunal constituido por miembros del senado. No en vano, advirtió que, como soberano, debía velar por el orden social y que la violencia deshonraba a los patricios (Casiodoro *Var.* 1.27). Aquí no acabó su reacción, puesto que el rey ostrogodo escribió dos epístolas, una dirigida retóricamente al pueblo y la otra al senado, con el fin de no particularizar el asunto y de instar a todas las partes a reflexionar sobre lo ocurrido. En la carta destinada a la plebe romana, señaló que los juegos debían proporcionar argumentos para el disfrute y no para la cólera, y que no debían imponerse «costumbres extranjeras», lo que podría leerse como una crítica velada a la violencia extrema que a la sazón sacudía las principales ciudades del Oriente bizantino. Mostraba también su deseo de que la voz popular volviera a ser aquella que siempre había destacado por su ingenio y sus chanzas, como resaltara Constancio siglo y medio antes, pero sin caer en peligrosas injurias, las cuales serían perseguidas indefectiblemente por el prefecto de la ciudad. Además, aconsejó que los pantomimos o bailarines sólo actuaran en los lugares fijados, es decir, en el circo o en el teatro (*Var.* 1.31). En lo que atañe a la epístola enviada al senado, advirtió a aquellos senadores de piel tan fina, que ante una mera ofensa se apresuraban a emplear a esclavos armados para someter a los insolentes e incluso para asesinar a hombres libres, que no podían saltarse de esta manera la autoridad del prefecto de la ciudad.

Parece que finalmente el tribunal dio la razón a los verdes, si bien Teodorico evitó profundizar en una crisis que le podía salir cara. A los verdaderos responsables no les

reprochó nada ni, por supuesto, les condenó a pena alguna. Lo que se indica en la segunda epístola es más bien una recomendación de cara a futuros acontecimientos, aunque obviamente esperaba la rendición de cuentas de los dos magistrados implicados. De este modo, ordenó a los senadores que pusieran a disposición de la ley a los esclavos culpables de la agresión. Si no lo hacían, deberían pagar una multa de diez libras de oro y contar en adelante con la animadversión del soberano ostrogodo. Amonestó así a los padres conscriptos porque, como rey, no pretendía privar a nadie de espectáculo alguno pero sí erradicar la violencia. E insistió en recriminarles que se hubieran dejado soliviantar por las «vacías palabras del pueblo» *(inania verba populorum)* y por sus costumbres viles, cuando por el gran honor del que estaban revestidos como aristócratas de Roma debían comunicar al prefecto de la ciudad Agapito cualquier ultraje para que fuera sometido a la ley (*Var.* 1.30); una argumentación que recuerda al proverbio clasista decimonónico español de «no ofende quien quiere, sino quien puede». En cualquier caso, estos problemas no cesaron, pues vuelve a mencionarlos en otras epístolas posteriores directamente relacionadas.

Otra carta de Teodorico, dirigida a los hermanos Albino y Avieno, de la ilustrísima familia de los Decios, que tan relevante fue en la época imperial, trasluce que los verdes elevaron una petición al monarca godo en un contexto de lucha faccionaria contra los azules. La epístola, que comienza con el típico sarcasmo condescendiente de Casiodoro, el cual bien podía recoger lo que genuinamente pensaba Teodorico, pues señala que podría parecer poco digno de un rey ocuparse de los espectáculos cuando su actividad se centraba en deberes más importantes del gobierno, pero que debía intervenir por «amor a la república

romana». Poco después amplía los motivos para involucrarse apelando al deseo popular de «vivir en paz» y al particular del monarca de extirpar esas «divisiones perniciosas». Al parecer, los verdes solicitaban que fuera corregida la anomalía de no disponer de ningún protector, es decir, de alguien que se hiciera cargo de su organización y financiación en el caso de que fuera necesario. De ahí que el monarca obligara a los hermanos Albino y Avieno a asumir el puesto de patrones de la *factio prasina* que había ostentado su padre, el eminente cónsul y patricio Flavio Cecina Decio Máximo Basilio júnior, al tiempo que los urgía a escoger a un nuevo pantomimo entre los candidatos, Heladio y Teodoro, mediante un plebiscito entre los fieles verdes (*Var.* 1.20). No se sabe si en este último punto hicieron caso a Teodorico, pero, a tenor de los problemas de orden público que no tardaron en producirse, parece que no fue tomada en consideración la voluntad popular.

Esta carta, interesante por muchos motivos, avala la clara inferioridad de los verdes respecto a los azules en el ámbito de los espectáculos, lo que acabó por reflejarse también en las calles. Esta situación llevó a los verdes a apelar varias veces al rey godo, algo de lo que no hay constancia en el caso de sus rivales y que en modo alguno cabe interpretar como una preferencia partidista de Teodorico. Por cierto, aquí ha de apuntarse una premisa básica curiosa: Albino y Avieno no sólo eran miembros de la familia de los Decios, sino también hermanos de los ya citados Teodoro e Importuno, quienes previamente habían sufrido las iras de los verdes. Con respecto a estos últimos, parece claro que la tensión que los rodeó no estaba motivada por la rivalidad competitiva del circo, pues no hay nada que nos haga pensar que no fuesen fieles a los colores tradicionales de la familia, pese a que no era infrecuente que las familias se dividiesen

por las lealtades divergentes de sus miembros. De hecho, el acercamiento subsiguiente de Teodorico a los dos hermanos menores —Albino y Avieno— debería verse como una forma de apaciguar los ánimos de la facción verde, pero también, fundamentalmente, de proteger a la influyente familia de los Decios de los ataques y de la difícil situación a la que se veía sometida desde tiempos recientes. Así pues, he aquí una hipotética reconstrucción de lo que pudo ocurrir en la Ciudad Eterna, cuyo ambiente caldeado era asimismo consecuencia de otras razones *a priori* bien diferentes.

Se pueden establecer distintos niveles de actuación que se corresponden con una escalada de la presión popular que va más allá del circo. La agresividad mostrada contra Teodoro e Importuno en el recinto de espectáculos, que acabó con un asesinato en las gradas propiciado por los servidores armados de ambos, podría interpretarse, aparte de lo ya dicho, como una campaña política (Teodoro era patricio e Importuno cónsul). Sin embargo, esa lectura no resulta del todo convincente. Esa campaña de los fanáticos debería relacionarse con el desarrollo del mismo espectáculo. Las hipotéticas razones de los verdes, con los más fanáticos al frente, para comportarse de manera a todas luces tan insolente debían de residir en su afán de que Albino y Avieno ocuparan el puesto de su progenitor. Así, presionaron a ambos hermanos para que, de acuerdo con su trayectoria familiar, amén de su estatus social y político en la Roma ostrogoda, volvieran a situar a la facción de los verdes en el lugar de privilegio tradicional al que estaban acostumbrados dentro del óvalo de las carreras.

En cambio, parece que los hermanos Teodoro e Importuno se negaron a asumir ese puesto, tanto por motivos económicos como por su deseo de desvincularse de los espectáculos circenses, sobre todo de los seguidores

radicales, que, como ya se ha señalado, bien pudieron estar involucrados en las violentas disputas libradas entre los seguidores del papa Símaco y los de su rival Laurencio, en las que desempeñó un papel destacado el ilustre linaje de los Decios. El patriarca de esta importantísima familia, a la sazón protector de los verdes, fue el promotor de una muy polémica ley senatorial que, por una parte, exigía que el senado fuera consultado en las elecciones de los papas de Roma y, por otra, prohibía la enajenación de bienes eclesiásticos. De hecho, esta última cuestión representó la principal acusación realizada contra Símaco por su enemigo Laurencio, un verdadero antipapa cuyos apoyos más importantes eran el senado romano y, en especial, los Decios, como lo demuestra un opúsculo que escribió Ennodio, obispo de Pavía, en el que arremetía con dureza contra los seguidores de Laurencio y, sobre todo, contra los miembros de esa familia (*Op.* 2.130 y 136-139). Lo cierto es que antes del desenlace de este conflicto eclesiástico murió el patriarca de los Decios y, en consecuencia, los verdes —que, como se ha sugerido, bien pudieron participar en las luchas callejeras entabladas entre los seguidores de ambos aspirantes al papado por iniciativa del patriarca de los Decios— se quedaron sin el patrocinio de una personalidad tan poderosa y rica como este prohombre romano, y se encontraron en una situación de inferioridad con respecto a los azules. Desde un plano coloquial, se podría decir que éstos, atentos a los acontecimientos vividos en el seno de la gran facción rival, compraron palomitas para asistir al espectáculo y luego se burlaron de las tribulaciones de sus enemigos. Inevitablemente, estalló el enfrentamiento entre los verdes y los azules, tanto en las gradas como en las calles. La decisión de Teodorico, un rey que procuró mantenerse al margen de la disputa por el papado, de obligar

a los descendientes menores de los Decios a convertirse en patrones de los verdes pareció resolver una situación problemática, pues satisfacía a la facción y salvaguardaba el nombre de esa familia aristocrática reconciliándola con el pueblo en un ámbito, el de los entretenimientos públicos, en el que el monarca podía ejercer su influencia.

Sin embargo, parece que la situación no se calmó. Más tarde, Teodorico escribió al prefecto Agapito otra epístola conminándole a actuar e indicando que esperaba que la «tranquilidad del pueblo» fuera su recompensa. En esta carta, que tuvo que ser escrita no mucho después de la elección de los dos Decios como patrones de los verdes, enfatiza el deber del prefecto de frenar los asaltos dialécticos contra los senadores, pero también de evitar que los aristócratas se tomen la venganza por su mano. El único elemento nuevo de disputa que presenta esta epístola es Heladio, pues parece que los nuevos protectores no lo eligieron a él como pantomimo, sino a Teodoro, en una decisión que, quién sabe, tal vez refleje desgana o falta de compromiso hacia su afición (*Var.* 1.33). Este Heladio contaba con unos seguidores tan fieles que incluso desafiaban la tradicional dualidad del circo entre verdes y azules y provocaban toda suerte de tumultos. Con este panorama, Teodorico determinó que cobrara un sueldo público y actuara también en el circo junto con el resto de bailarines de cada facción, pero que se situara justo en el medio del recinto, a la misma distancia de los verdes que de los azules. Allí se delimitaría una zona exclusiva para los fanáticos de este artista —a los que en la epístola se les llama también *amatores,* como eran conocidos genéricamente los aficionados del circo, independientemente de su facción—, con el fin de que pudiera ejercer su arte ante todos y para todos (*Var.* 1.32).

No obstante, los problemas continuaron afligiendo al Circo Máximo, por lo que en el 509 se decidió sustituir al blando prefecto de la ciudad, Agapito, por Artemidoro. Este Artemidoro era un tipo curioso que, enviado en el pasado por el emperador Zenón como legado diplomático ante la corte ostrogoda, finalmente se quedó a vivir en Italia. Teodorico dirigió unas palabras al pueblo de Roma cuando lo nombró, haciendo hincapié en los problemas derivados de las recientes sediciones. Según el emperador, «los inocentes tendrán un protector con las manos puras, y los culpables un juez equitativo». Una afirmación sorprendente, con la que pretendía halagar al nuevo prefecto pero que dejaba en mal lugar a Agapito, pues sembraba dudas sobre su actuación —lo cual, en todo caso, no impidió que éste prosiguiera posteriormente su carrera en la Administración y lograra el consulado unos años después—. Asimismo, Teodorico explicitó que, con el fin de acabar con las sediciones criminales, recompensar a los ciudadanos tranquilos y castigar a los turbulentos, aumentaba los poderes del prefecto (*Var.* 1.44). Lo cierto es que Artemidoro tenía experiencia en el ámbito de los espectáculos públicos, pues había ejercido previamente, como destaca la carta que Teodorico envió al senado de Roma, el cargo de tribuno de los placeres (*Var.* 1.43); además, considerando su origen oriental, quizás hubiera desempeñado labores similares en un territorio con una tradición más violenta en este ámbito. Es decir, en principio era una persona perfecta para calmar una situación que a Agapito se le había ido de las manos y que, por otro lado, reafirma la existencia de un contexto grave de inseguridad en los años anteriores. De hecho, éste es el último testimonio textual del que disponemos referido a actitudes violentas o sediciosas en el Circo Máximo de Roma, lo que habla bien de la labor de Artemidoro. Sin

embargo, resulta muy dudoso que no continuase el conflicto perenne y casi consustancial al circo durante las siguientes décadas en las que al parecer los juegos circenses continuaron estando en activo hasta la resolución de la reconquista bizantina.

Roma no fue la única ciudad que disfrutó de espectáculos circenses en el reino ostrogodo. Gracias a otra epístola de Casiodoro, sabemos que en Milán, otra urbe itálica que fue capital imperial, se continuaban celebrando competiciones. La carta está relacionada con una queja que los aurigas de la ciudad, es decir, las facciones del circo, hicieron llegar a Teodorico en el 511. Por lo visto, el cónsul Félix había decidido dejar de entregarles las tradicionales concesiones o regalos, lo que hace suponer que debía sufragarlos personalmente el propio magistrado, como ocurría con el dinero destinado a los juegos consulares, que no respondía a una concesión particular o coyuntural. Quizás en esa época tan avanzada tales recursos representaban todos los ingresos de las facciones. De hecho, como hemos visto constantemente en época imperial, era frecuentísima la concesión de regalos extraordinarios en metálico o en especie, tanto a los ganadores como a la mayoría de los competidores de las carreras. El caso es que se trataba de uno de los mayores alicientes para participar en las competiciones y, como se verá, era el valor de tales premios lo que determinaba su calidad y renombre. En suma, el racaneo en su distribución no sólo resultaba impopular, sino que también podía desembocar en un problema de orden público. Con respecto a la negativa de Félix, se podría tomar como una muestra de las dificultades que experimentaba una parte de la gran aristocracia de este período (en contraste, por ejemplo, con la época de Símaco), aunque lo más probable es que se debiera simplemente a la tacañería y

estrechez de miras sociopolíticas de este personaje. Por el contrario, Teodorico sabía perfectamente que esa actitud era un error. Según la epístola, «la razón y la justicia» impulsaron al soberano a obligar a que se mantuvieran unas costumbres que beneficiaban a aquellos que servían al «goce público» y, por otro lado, contribuían a acrecentar la fama pública del cónsul en cuestión. Siendo así, requirió a Félix la restitución de tales concesiones, salvo que la suspensión obedeciera a razones deshonestas, es decir, que hubiera un engaño de por medio o que el cónsul hubiera sido forzado a prometerlas tras un motín en el circo mediolanense (*Var.* 3.39). El énfasis en la apelación constante a la tradición, tanto aquí como en otras cartas, actuaba como motor de las políticas continuistas, aunque el contexto fuera otro. Sin embargo, los principios rectores de patrocinadores y patrocinados eran los de siempre. Así, quince años después, comprobamos que los entretenimientos públicos en Milán seguían siendo muy relevantes socialmente. Resulta llamativo que Teodorico le concediera a un senador local de edad avanzada (llamado, curiosamente, Bagauda) el título vitalicio de tribuno de los placeres como premio por su hoja de servicios, un cargo por el que sería capaz de llevar la «felicidad» al pueblo (*Var.* 5.25).

Pero no sólo se mantuvo la celebración de espectáculos en Milán, sino también, al menos, en Rávena, que, siguiendo el ejemplo de los últimos emperadores y de Odoacro, Teodorico había elegido como sede regia. En concreto, sabemos que se llevaron a cabo triunfos y carreras simultáneamente en Roma y Rávena con el objeto de conmemorar el consulado de Eutarico del año 519 (*Exc. Val.* 80). No se trataba de un consulado itálico al uso como los que concedía Teodorico, sino de un consulado en el Imperio bizantino ejercido conjuntamente con el emperador reinante

Justino I. Es decir, constituía un gran éxito diplomático para el reino ostrogodo. El inmenso honor que este purpurado rindió a Eutarico, que además era el padre de Atalarico, el sucesor de Teodorico como rey ostrogodo, se acompañó de otro favor, pues Justino también le nombró «hijo de armas» suyo (Casiodoro *Var.* 8.1). Por tanto, era ésta una ocasión muy especial que merecía ser celebrada con toda la pompa posible.

Sin embargo, más allá de este acontecimiento puntual, resulta lógico suponer que se mantuvieran los espectáculos con cierta regularidad en la capital ostrogoda y también en todas aquellas ciudades relevantes dentro del reino, como la ya citada Milán. El panorama en otras poblaciones de menor preeminencia debía de ser bien distinto, pero por desgracia no disponemos de evidencia alguna. Parece probable que, como poco, se moderaran drásticamente los gastos en espectáculos públicos, si es que no desaparecieron por completo. Quizás habría que exceptuar los centros urbanos más destacados, salvo intervención *ex professo* de la propia monarquía goda o de unas élites locales cada vez más empobrecidas, al igual que la alta aristocracia romana, como se observa en la renuencia del cónsul Félix, aun cuando, de acuerdo precisamente con la tradición, los magistrados debían asumir responsabilidades lúdicas. Obviamente, los espectáculos organizados directamente por el rey debían epatar y superar con creces aquellos ofrecidos por los magistrados. Así ocurrió, por ejemplo, con las *trecennalia* de Teodorico —en realidad, sus *decennalia*—, que, sin duda alguna, debieron de ser la celebración más fastuosa de toda la historia del reino ostrogodo. Consistieron en un triunfo a la romana seguido de unos espectáculos en el Circo Máximo, si bien desconocemos los detalles de los entretenimientos asociados (*Exc. Val.* 67). Sí contamos con un fantástico

poemilla de un alto magistrado, miembro de la élite aristocrática romana, que plasma retóricamente el hito que representó en su carrera política la celebración de los juegos que, como le correspondía por su cargo, ofreció al pueblo de Roma:

> Anoté y enmendé este agradable regalo de mi amigo;
> aceptando la tarea, me entregué a ella con dedicación.
> Quienquiera que lea, relea dichoso y perdone benigno
> si alguna cosa se le [pasó a una mente] poco desocupada,
> en un tiempo en que suministramos pinturas al circo
> y desde el canal alzamos un escenario improvisado,
> para que Roma tu[viera triunfante] juegos y carreras
> a la vez, y un combate de diferentes fieras junto con ello.
> Y es que merecí tres bravos seguidos, tres grupos del pueblo
> por los graderíos acompasaron aplausos en mi honor.
> Estos desperdicios del patrimonio corren en busca de fama,
> pues tales pérdidas [acarrean] el fruto de la popularidad.
> Así los espectáculos conservan tantas riquezas derrochadas
> y de los tres festivos perdura [un solo día],
> y traspasa a la eternidad vivificadora a su promotor Asterio
> por ofrecer a las togas unas funciones tan bien concebidas (*AL,* 3).

Su autor es Flavio Turcio Rufio Aproniano Asterio, descendiente de las nobles familias de los Turcios Apronianos y de los Rufios, que bajo Teodorico ocupó diversos cargos en la Administración que culminaron con el consulado del año 494. El poema, reflejo de una personalidad culta que llegó a editar la obra del poeta Sedulio (*AL,* 491), hace alusión precisamente a los espectáculos que sufragó para conmemorar tal consulado. Conforme a la tradicional senda innovadora de los magistrados, Asterio quiso ofrecer unos entretenimientos que se salieran de lo común. De hecho, el poema comienza haciendo referencia a una actividad inusual, la lectura pública de las *Églogas* del gran poeta augusteo Virgilio. La celebración fue seguida por unos espectáculos públicos que duraron tres días y en los que no sólo proporcionó al pueblo carreras y *venationes,* sino también la exhibición en el recinto de unas pinturas que, con total seguridad, conmemoraban las hazañas bélicas del rey

Teodorico. Ciertamente, éste es uno de los mejores testimonios que conocemos sobre la importancia de los entretenimientos públicos y, pese a situarse en época ostrogoda, es un referente perfectamente válido para el pasado imperial. Asterio resulta notablemente sincero y explícito con respecto al porqué de su inversión: la fama que le iban a granjear los juegos. No en vano, tal magistratura, aunque desde la República estuviera vacía de contenido político, representaba el último honor que esperaba disfrutar todo aquel que sirviera a la Administración, conjuntamente con el rango de patricio (que también obtuvo Asterio). De ahí que continuara muy viva la competencia aristocrática romana por las magistraturas, como se observa en la orgullosa relación de las tres salvas de aplausos seguidos que la afición congregada le dedicó, una prueba irrefutable de su éxito y de la consecución de la fama pública que ansiaba. En definitiva, se puede establecer perfectamente una conexión directa con el pasado de la ciudad de Roma, pues estas palabras de Asterio sin duda remiten a las de Símaco en el siglo IV. No hay apenas diferencias, aunque los contextos políticos y económicos, así como los personales, fueran distintos. La gran aristocracia romana demostró su celo por conservar la tradición a través de la pervivencia de numerosos festivales que durante siglos habían sido quintaesencialmente paganos y a los que ahora se les daba una interpretación más lega. Sin embargo, esta continuidad y este rol tradicionalista asumido por las élites romanas claudicó con el tiempo a causa de las espantosas consecuencias de la reconquista justiniana y del descuido manifiesto que los sucesivos emperadores bizantinos mostraron hacia el territorio itálico en un contexto de inestabilidad máxima.

Tras este espectacular testimonio en primera persona del

patricio Asterio, es preciso volver a la retórica más oficial de Casiodoro. Resulta notable que en los diversos textos relativos al famoso pantomimo Heladio se indicara que su salario iba a ser abonado por el mismo Teodorico aunque no estuviese ligado a ninguna de las facciones —de hecho, cuando se planteó la elección entre Teodoro y Heladio ya se estableció que su salario dependería también del presupuesto público—. En esta línea, disponemos de otro testimonio de gran valor, indudablemente el más relevante entre todos los textos que escribió Casiodoro en relación con los *ludi circenses*. Se trata de una epístola dirigida al prefecto del pretorio romano Fausto, quien ostentó este cargo entre el año 509 y el 512, en la que el monarca le confirma el sueldo que le había prometido al auriga de origen oriental Tomás. Esta promesa estaba supeditada a que demostrara en el circo que su habilidad y su personalidad eran merecedoras de tal premio. Por lo visto, el auriga cumplió con creces lo exigido; de hecho, se convertiría en el más grande campeón que vio el reino ostrogodo, hasta el punto de que decidió asentarse en Italia definitivamente. Tanto era así que, aunque la epístola precise que a veces no sólo ganaba por su habilidad, sino también por la calidad de sus caballos, se le acusaba de hechicero —una imputación que, sin embargo, era especialmente valorada por los cocheros, pues avalaba una calidad sobrenatural—. Tomás, amén de ser desde el plano competitivo el número uno de su tiempo, se erigió en una auténtica celebridad más allá de las carreras. Aunque Casiodoro no especifique la facción a la que servía el auriga en el momento concreto de la redacción de la epístola, indica que corrió para un bando que estaba acostumbrado a la derrota y que después se pasó a otra facción que hasta entonces lo había sufrido como rival (*Var.* 3.51.1-2). Incluso se podría afinar un poco más y considerar que su nueva

facción era la verde y que este inmigrante deportivo, cuyas raíces se encontraban en el Imperio Oriental y cuyo traslado a Occidente no era un movimiento en absoluto inusual, había pertenecido a una de las facciones menores, la roja o la blanca. A continuación pudo haber fichado, más que probablemente gracias a la intervención directa de la Administración, como ocurría en esa misma época en Bizancio, por los verdes, si es que no cambió de facción en más ocasiones. La identificación de esa facción menor anterior con la roja o la blanca se explica por el siguiente motivo: si hubiera sudado el color azul —o verde, en el caso de que no hubiera servido anteriormente a esta facción—, se habría prolongado la continua lucha que mantenían ambos colores en los últimos años. En cambio, los seguidores rojos y los blancos, que carecían de miembros radicales, no montaban tumultos. En definitiva, con el fichaje de Tomás por los verdes se quiso atemperar a una facción que vivía en una crisis permanente desde hacía bastante tiempo. Con un cochero tan habilidoso entre sus filas, que además se comportaba como todo un líder carismático, reverdecería viejos laureles.

Casiodoro, tan poco proclive al análisis detallado de los entretenimientos públicos por el disgusto que le suscitaban, realiza en esta carta un magnífico excurso sobre los orígenes, estructura y funcionamiento de los juegos circenses, con el fin de enmarcarlos sociopolíticamente y denunciar sus derivas. Al comienzo expone que las carreras, antaño un espectáculo con ínfulas sagradas, se había convertido en un escándalo social porque representaba una fuente inagotable de disputas frívolas, que repelían a la honestidad. Estas ideas, como veremos de inmediato, las refuerza al final del escrito con una crítica feroz (*Var.* 3.51.3). La concesión de privilegios al cochero Tomás le sirve para

contextualizar un espectáculo reprobable en opinión de Casiodoro, lo que bien podía reflejar un genuino ideal del soberano ostrogodo, perfectamente complementario con la noción de la utilidad social de los entretenimientos.

Una diatriba que, a diferencia de las sistemáticas y durísimas críticas vertidas por autores cristianos como Tertuliano, san Isidoro o san Juan Crisóstomo, no se fundamenta en la relación entre los espectáculos públicos y el paganismo, sino en la futilidad misma que percibía en unas diversiones públicas que, a su juicio, provocaban conductas sociales condenables. Casiodoro emplea un tono y una intencionalidad que, a todas luces, merecen el calificativo de condescendientes (*Var.* 3.51.3). De esta manera, continúa el texto, los juegos circenses provocan que «la dignidad se olvide y las mentes se evadan en frenesí». Cuando ganan los verdes, una parte de la población lo lamenta, mientras que, cuando lo hacen los azules, ocurre lo mismo con la otra mitad. Locuazmente, señala que los aficionados «vomitan insultos y no logran nada; aunque no sufren dolor alguno, se sienten gravemente heridos y se enredan en vanas disputas como si el Estado estuviera en peligro». Sin embargo, Casiodoro no duda en señalar que aprecia el espectáculo porque disipa los pensamientos profundos. Así, es bueno invertir en estas diversiones y no considerarlas desde un plano racional, pues resulta útil controlar los goces por los que se desespera el pueblo (*Var.* 3.51.11-12).

Ésta no es la única crítica de Casiodoro en nombre de Teodorico que aparece en su obra escrita. También indica en otras epístolas que *a priori* podía parecer poco digno que un rey se ocupara de los espectáculos, pero que le gustaba participar en su celebración por «amor a la república romana» y por la felicidad de sus súbditos (*Var.* 1.20). En

referencia al caso de las ofensas dirigidas en el circo a los senadores de la familia de los Decios, lo que, como vimos, constituía toda una tradición en el mundo romano, Teodorico no duda en resaltar que ningún hombre de elevado rango debía exaltarse ante el balbuceo de las masas, pues todo aquel que insultara a un senador debía ser juzgado excepto si lo hacía en el circo. «¿Quién espera una conducta seria en los espectáculos públicos? Un Catón jamás va al circo»; éste es «un lugar que protege los excesos», afirma. De hecho, continuando con el pensamiento clásico romano, la paciencia en el circo contra la *garrulitas* de los asistentes era un rasgo del príncipe, aunque, como vimos, hubo emperadores que no se caracterizaron ni por el estoicismo ante la soberbia popular ni por el buen humor o el aguante (*Var.* 1.27).

A pesar de que el grueso de la información sobre los juegos circenses en época ostrogoda se sitúa bajo el extenso reinado de Teodorico, las competiciones no cesaron con sus sucesores, ni siquiera durante los tiempos negros de la reconquista bizantina que finalizó con la destrucción del reino. Justiniano pagó a los ostrogodos con moneda de sangre y fuego la ayuda que apenas dos años antes le habían prestado en la campaña que el emperador oriental emprendió en el 533 contra el África vándala. Al igual que ocurrió con el reino africano, se utilizaron como *casus belli* las disensiones en el seno de la corte ostrogoda; en concreto, las provocadas por el asesinato de la reina goda Amalasunta, la esposa del citado Eutarico y madre de Atalarico, el sucesor de Teodorico, que murió como rey niño quizás a manos de su primo Teodato, al que Amalasunta se apresuró a asociar al trono. Cuando la reconquista bizantina comenzó en el 535 en Sicilia, Teodato sintió un pánico enorme ante el curso de los acontecimientos y, según cuenta Procopio, llegó a un

acuerdo con el legado bizantino Pedro el Patricio, en unos términos que podrían calificarse como de servidumbre o de puro clientelismo: se comprometía a ceder al Imperio la isla de Sicilia, realizar un pago anual de una corona de oro de trescientas libras y prestar ayuda militar, entre otras capitulaciones no menos dolorosas. Por una parte, el tratado ponía trabas a la intervención regia en el ámbito clerical y senatorial itálico, mientras que certificaba la obligación de obtener una ratificación constantinopolitana ante cualquier nombramiento político del reino ostrogodo. Estos puntos eran humillantes, pero menos que otras disposiciones que concernían al ámbito simbólico y, en particular, al del reconocimiento público. Así, se estipulaba que en los espectáculos públicos del reino ostrogodo, ya fueran circenses o teatrales, se aclamara antes al emperador bizantino que al rey godo. Además, estaba prohibido que se colocasen aisladas las estatuas de los monarcas ostrogodos; por el contrario, debían estar siempre acompañadas del emperador y de manera que se percibiera claramente la subordinación del rey de Italia (*BG* 3.6.1-5). Alarmado, Teodato mudó de idea y pensó en rendir el reino a cambio de su propia seguridad y de un retiro dorado en el Imperio Oriental. Finalmente, el rey ostrogodo se arrepintió, detuvo al legado bizantino y decidió afrontar la guerra. El desastre fue mayúsculo. Ante la inutilidad de Teodato y el rápido avance de Belisario por Campania, fue asesinado y se nombró en su lugar a Vitiges, el segundo —pero no último— de los soberanos ostrogodos durante los casi veinte años de durísimo conflicto.

En el transcurso de esta lucha encontramos la última referencia conocida a las carreras circenses en el período de dominio ostrogodo. Como indica Procopio, en el 549 el rey godo Totila asistió a unos juegos en la recapturada Roma —

pues previamente había caído del lado bizantino por un tiempo— mientras, por una parte, preparaba una expedición contra la Sicilia ocupada y, por otra, procuraba atraer a la nobleza de la Ciudad Eterna que había huido (*BG* 7.37.1-4). Resulta harto complicado conocer la naturaleza de esta competición y si durante el conflicto bélico se siguió manteniendo un calendario de juegos semejante, aunque fuera ligeramente, al que había disfrutado el pueblo romano apenas dos décadas antes, por no mencionar el pasado imperial. O si, por el contrario, esta carrera, que en sí misma era inusual por su condición de acto político que honraba la presencia del soberano godo, constituía un acontecimiento extraordinario que rememoraba una práctica competitiva ya desaparecida, recuperada ahora más como un pálido recuerdo ceremonial que como una práctica con verdadero significado en el presente. Es un enigma de imposible resolución, pero, dada la idiosincrasia de los romanos, podemos intuir que intentaron prolongar el espectáculo todo lo posible, aunque eso supusiera transformarlo, redimensionado y debilitado, hasta hacerlo casi irreconocible. Sin lugar a dudas, el conflicto gótico-bizantino fue mortal de necesidad para la capital, sobre todo si tenemos en cuenta la historia ulterior de la ciudad y el advenimiento de más peligros e incertidumbres. En definitiva, aunque no sepamos cuándo ni cómo, el espectáculo acabó por morir y el enorme espacio físico del Circo Máximo se convirtió en los siglos siguientes en la mayor cantera de Roma. Su destrucción y saqueo fue tan brutalmente concienzudo que apenas se conservan *in situ* —pues los obeliscos aún están en pie, pero no en su lugar original— algunas estructuras hoy enterradas, además de los cimientos de las *carceres* desde donde salían los caballos. Apenas se distingue ya la hondonada que en la Antigüedad

era conocida como el valle de Murcia.

Aunque se trate de la postrera referencia a las carreras celebradas en el Circo Máximo, no es la última que conocemos del circo en Italia, pues existe una posterior circunscrita al reino lombardo del norte de la península. Este pueblo germánico penetró en una Italia devastada en el 568, tras la guerra gótica y tras la liquidación del reino danubiano de los gépidos instigada por Justiniano. Lo hicieron con numerosísimas gentes pertenecientes a muchos otros pueblos bárbaros y se asentaron en el norte, culminando de este modo una migración que, de acuerdo con el relato de Paulo Diácono escrito en el siglo VIII, habían comenzado unos cientos de años antes desde el sur de Jutlandia. Según este mismo autor, su rey Adaloaldo fue coronado en el 604 en el circo de Milán, en una ceremonia a la que asistieron su padre Agilulfo y los embajadores del rey Teodeberto II de Austrasia —el reino merovingio del noreste —, pues el monarca lombardo se había comprometido con la hija de este soberano franco para sellar la paz entre ambos pueblos. Más tarde, junto con Clotario de Neustria y Viterico del reino visigodo de Spania —el nombre con el que originalmente sería conocida la zona reconquistada en la península Ibérica por Justiniano, pero que después se empleó para denominar el reino visigodo y que, obviamente, derivaba de Hispania—, serían aliados en la guerra contra Teodorico II, el rey de Burgundia (*Hist. Long*. 4.30).

Como sucede con las carreras romanas del 549, resulta imposible saber si el espectáculo celebrado en Milán a comienzos del siglo VII se mantuvo fiel a la tradición o si, como parece más probable, simplemente era una reliquia que acompañaba a la doble ceremonia de entronización y matrimonio de Adaloaldo, a semejanza de lo que ocurría en

Constantinopla, donde el espacio físico y la concurrencia popular certificaban la majestad de lo celebrado. No en vano, el rey Agilulfo trasladó la corte lombarda de Verona a Milán, que era más importante y conservaba el antiguo palacio imperial conectado con el circo de la ciudad. Un movimiento que no debía de ser casual —aunque, obviamente, obedecía asimismo a diversos factores de índole geopolítica—, pese a la carencia de datos adicionales que avalen la continuidad del uso del circo y de los espectáculos circenses, a un nivel ritual siquiera. Aun así, es de suponer que, con obvios matices, este empleo no fuera anecdótico y que los circos itálicos, dado su gran tamaño, siguieran jugando algún rol social. Todo hace indicar que, independientemente del mantenimiento de la celebración de espectáculos a la manera romana, el recinto circense continuó siendo un espacio público de primer orden durante algún tiempo. Lo demuestra una noticia que nos ofrece el *Libro de los Pontífices,* datado en el 640 pero que, indudablemente, recuerda a eras muy anteriores: en Rávena, que se mantuvo como la capital de la Italia bizantina hasta el siglo XI, se le cortó la cabeza a un cartulario, es decir, a un oficial de la Administración bizantina, y fue paseada por el circo de la ciudad (*Lib. Pont.* 75).

Con respecto al mundo vándalo, no disponemos ni de lejos de fuentes de la misma calidad que las habidas para el reino ostrogodo, pero las existentes no dejan de ser notables y muy singulares, pues avalan una continuidad similar a la vista para Italia. En primer lugar, conviene hacer referencia al retrato que hace de los vándalos el ya citado historiador Procopio de Cesarea, secretario del general Belisario durante sus campañas bélicas de reconquista. De manera torticera, comparando los dos elementos exógenos a la antigua población africanorromana, los vándalos y las poblaciones

mauri, presenta así a los primeros en el momento previo a la conquista:

> [Los vándalos], en efecto, desde que tomaron posesión de Libia, solían disfrutar todos ellos diariamente de los baños y de una mesa rebosante de todos los productos más agradables y sustanciosos que la tierra y el mar ofrecen. Y llevaban encima oro con muchísima frecuencia y se vestían con esas ropas persas que ahora denominan «séricas», y cuando disponían de tiempo libre, lo pasaban en los teatros, en los hipódromos, y se entregaban a toda clase de actividades placenteras, pero, sobre todo, a la caza. También tenían ellos bailarines, mimos y abundantes audiciones y espectáculos visuales, cuantos, sean de índole musical, sean de cualquier otra, suscitan interés entre los hombres. Y la mayor parte de ellos vivían en parques bien provistos de agua y árboles, celebraban numerosísimos banquetes y practicaban toda clase de actos eróticos muy a menudo (Procopio *BV* 2.6.6-9).

Esta descripción merecería un análisis más profundo, pero éste no es el momento ni el lugar. Basta decir que entra en la lógica particular del autor, caracterizada por una dualidad interesada. Así, combina una visión de los vándalos plenamente bárbara y salvaje durante los tiempos de Genserico y del conflicto vandalorromano con la de un pueblo blando y decadente, presto para su caída, conforme a las necesidades del relato. Lo cierto es que, paradójicamente, Procopio no hace otra cosa que reflejar los usos y costumbres habituales de la aristocracia imperial, ya fuera occidental u oriental. Obviamente, no todos los vándalos disfrutaban de ese estilo de vida, pero sí sus clases más elevadas, que se lo podían permitir dada la enorme riqueza del reino, tanto desde el punto de vista agrícola como comercial; de hecho, Cartago continuó siendo un enclave de la máxima importancia económica en el Mediterráneo occidental. Aquí lo que interesa es el acendrado amor de los vándalos por los espectáculos, en concreto por el circo. A pesar de cierta teoría estrambótica contemporánea que presupone que su gusto por el circo no era otra cosa que una imitación de la Italia de Teodorico, lo que en realidad se observa en esta descripción es una continuidad absoluta respecto al pasado romano. Los vándalos mimetizaron por completo, como hicieron en otras muchas esferas, los gustos de la sociedad africanorromana donde se establecieron. No

es necesario recalcar la descomunal afición a los juegos circenses que mostraron los habitantes de Cartago y del África Proconsular en la época previa a la conquista vándala. Pero no sólo disponemos de pruebas externas, sino también, lo que es más importante, de textos procedentes del interior del reino vándalo —pese a que, a diferencia de lo que ocurre con otros muchos pueblos bárbaros, no contamos con ninguna obra histórica propia que nos ayude a comprender su trayectoria desde una perspectiva vandalocéntrica—. Por ejemplo, una fuente tan interesante como el africanorromano Fulgencio el Mitógrafo no dudó en emplear imágenes circenses en sus obras, aludir a los orígenes del circo romano en relación con Erictonio o, incluso, escribir sobre las letrinas del mismo circo de Cartago.

Sin embargo, la mejor fuente es la *Antología Latina,* una estupenda compilación de poemas que, en su mayoría, fueron redactados en el África vándala y en los que el mundo de los espectáculos ocupa un espacio importante. De ahí hemos tomado el poema que escribió Asterio Rufo sobre los juegos consulares que celebró en la Italia gobernada por Teodorico el ostrogodo (véase la p. 253). Asimismo contiene otras composiciones que, circunscritas a la realidad vándala, indiscutiblemente reflejan una vitalidad enorme de los entretenimientos públicos, que con toda probabilidad eran organizados y costeados tanto por los diversos monarcas vándalos como por las élites vándalas y africanorromanas. Para comenzar, disponemos de una estupenda descripción del circo de índole paganizante, en la que se presentan los diversos simbolismos de todas sus partes y que finaliza así: «Nuestros espectáculos están hechos de cosas divinas y llegan a ser ellos muy populares honrando a los dioses» (*AL,* 197). Seguramente, como ocurrió en la Italia ostrogoda, se mantuvieron los espectáculos previos. En Cartago es posible

que incluso se aumentaran, merced a las especiales relaciones que se habían establecido entre los monarcas, los magistrados —la estructura administrativa imperial fue en general respetada, si bien hubo innovaciones— y el pueblo, tan aficionado o más al circo que los romanos, aunque no protagonizó estallidos de violencia similares. De hecho, Cartago pasó de ser la segunda ciudad más importante del Imperio romano de Occidente a convertirse en una sede regia, en una capital, con todo lo que implicaba ese cambio de estatus.

En todo caso, los poemas más atractivos y evocadores que aparecen en la *Antología Latina* son aquellos dedicados a aurigas célebres y que, dependiendo de los colores del poeta de turno, podían ser zalameros o abiertamente calumniosos. Esta dualidad se observa, por ejemplo, en relación con el que por lo visto fue el mayor campeón del período: el egipcio Búmbulo, estrella de la facción de los rojos. Pues bien, se han conservado tres juicios negativos y uno positivo. Comencemos por el laudatorio, que además fue escrito por Luxorio, uno de los más grandes poetas de la corte vándala:

> Aunque a Memnón lo engendró como madre suya
> la Aurora, sucumbió él a manos del Pelida.
> En cambio a ti, hijo, si no me equivoco, de la Noche,
> te ha madurado Éolo y has nacido en las cuevas de Céfiro.
> Y ya no nacerá ningún Aquiles que pueda superarte,
> pues, siendo Memnón por tu cara, no lo eres por tu genio (*AL,* 293).

Pues bien, el contraste con los otros tres poemillas es manifiesto. Todos ellos, de autor anónimo, buscan la maledicencia a costa de su origen, su físico y su familia. Mientras que el primero simplemente se dirige a un egipcio, el segundo y el tercero mencionan explícitamente el nombre del campeón:

> De donde nace el día llegó la criatura de la noche;
> bajo los rayos de Febo es el único que mantiene tinieblas.
> Cuervo, carbón y escoria cuadran del todo con su color,
> y el nombre que has leído le conviene a un etíope (*AL,* 182).

Con ese nombre y ese aspecto que parecen de broma,
llegas, pequeño Búmbulo, a nuestras comarcas.
Pero la razón de que un pigmeo como tú ande con larga lanza
es que una grulla viajera no te coja y te trague de una vez.
Y no en vano muestras que a tu propio padre le gustó
que hayas tomado el título vergonzoso de cochero.
Él enseñaba a chicas a prostituirse en el hipódromo;
bajo tu guía joden de noche a viejas retozonas (*AL,* 190).
Siendo heredero de tu padre y teniendo, Búmbulo, patrimonio,
sin que te sirva de nada que tu afecto se revele intacto,
te empeñas en que se crea que te opones a tu propio progenitor.
Muy en desacuerdo está con tales pretensiones tu decisión:
tu padre se encariñó con un verde, un rojo a ti se te mete (*AL,* 191).

Estas composiciones, de las cuales encontramos paralelos en otras épocas y lugares, ciertamente nos aproximan al mundo de los espectáculos de masas que hoy conocemos y disfrutamos, fundamentalmente al fútbol. No en vano, en este último deporte conviven las más descarnadas injurias con los más distinguidos e hiperbólicos halagos, según el color de su autor e independientemente de los logros del futbolista en cuestión. De estos poemas concretos relativos a Búmbulo se pueden extraer numerosas lecturas. En primer lugar, contrasta el metro culto de Luxorio con la obscenidad de los autores anónimos de los otros tres poemas. Con respecto a la composición elogiosa, sus delicados versos sin duda reflejan la especial predilección hacia este auriga por parte de Fausto, el gramático al que dedicó Luxorio toda su obra poética que se conserva, y que sin duda debía de ser un fervoroso aficionado de los rojos. Su tono casi solemne se asemeja al de otro poemilla del mismo rapsoda, también recogido en la *Antología Latina,* en el que alaba a un cochero llamado Yectofian que corría muy exitosamente para los verdes —quizás la facción favorita del poeta— y al que califica como «auriga de antaño», pues arriesgaba hasta el límite (*AL,* 328). En cambio, el autor de los otros poemillas es un fanático de otra facción que, con el fin de injuriar a Búmbulo, no puede evitar caer en la más abierta

contradicción o incoherencia, lo que avala con rotundidad la grandeza del atacado. En efecto, lo descalifica desde un plano elitista al arremeter contra el oficio de auriga, una opinión que, pese a su incongruencia, se encuentra en más fuentes, como veremos en la segunda parte de este libro. Asimismo, critica con dureza a su padre por empujarlo a tan indecorosa profesión y por ejercer como proxeneta en el mismo circo donde comenzó Búmbulo —presumiblemente el de Alejandría—. Al cochero se le acusa también de tener una red de prostitutos que satisfacen a viejas señoras, en contraste con su progenitor, que instruía a mujeres jóvenes para el mismo empeño. En el último poema se insulta a padre e hijo aludiendo a sus supuestos amantes homosexuales, procedentes de las filas de los verdes y de los rojos respectivamente (un dato que refleja que el autor de estas coplillas es azul o blanco). El resto de insultos se centran en sus orígenes y en sus rasgos físicos. Nada anormal en el descarnado mundo de los espectáculos de masas.

Los demás poemas relativos a aurigas y al circo conservados en la *Antología Latina* son obra de Luxorio, que cuando quería también sabía ser vulgar y sardónico. Se aprecia claramente que uno de sus modelos era el hispano Marcial. Luxorio dedica una oda en absoluto amable a un veterano auriga llamado Ciriaco, que antaño había sido un campeón pero ahora cosechaba una derrota tras otra sin admitir su decrepitud, y cuyos fracasos eran jaleados cruelmente por los aficionados del circo —pertenecientes, es de suponer, a las facciones rivales—. Según Luxorio, Ciriaco no sólo no cejaba en su empeño, sino que, como respuesta a la insolencia del público, se dedicaba a insultar tanto a sus rivales como a los aficionados (*AL,* 306). Otro estupendo poema de este autor se centra en un auriga de origen egipcio

que corría para los azules y que tenía la desafortunada costumbre de escoger como apodos en las carreras nombres míticos que auguraban el desastre, como Ícaro y Faetonte (*AL,* 324). En otras composiciones, carga mordazmente contra el cochero de turno por sus supuestas inclinaciones sexuales contrarias a la moralidad (*AL,* 336) o por su fofa gordura, responsable de que con frecuencia diera de bruces en el suelo mientras competía (*AL,* 327). Pero no sólo escribió poemas sobre aurigas, sino también otros en los que el circo se encuentra presente de un modo u otro. Por ejemplo, alaba a un aristócrata que reprodujo en su casa las pinturas de las cuadras del circo de Cartago (*AL,* 312-313) o describe la pileta de mármol donde bebían los caballos del circo (*AL,* 320).

Lamentablemente, no disponemos de más evidencias reseñables desde el plano textual. Sin embargo, la arqueología refleja que el circo de Cartago estuvo en uso durante toda la época vándala y, tras la reconquista de Justiniano, hasta bien avanzada la época bizantina. A diferencia de Italia, se debe consignar que esta región no se vio tan afectada por la campaña militar bizantina ni tampoco por crisis posteriores, aunque sufrió recurrentes problemas tanto internos, en forma de frecuentes rebeliones, como externos, pues los habitantes de más allá de las fronteras realizaron numerosísimas campañas militares en el transcurso de los dos siguientes siglos. La decadencia africana, sin embargo, se hizo notar con el tiempo y Cartago acabó cayendo del lado árabe en el 698. En cuanto a la continuidad de los juegos circenses en el África bizantina, parece más clara que en Italia aunque la evidencia sea casi nula. De todos modos, debió de producirse de manera muy redimensionada y es probable que fuera menguando progresivamente desde el mismo momento en que Cartago,

al dejar de ser una sede regia y convertirse consecuentemente en provincia bizantina, sufrió la crisis antes referida. Gracias a Procopio disponemos de alguna referencia relativa al circo de Cartago, pero tan sólo en el contexto de dos sediciones de la soldadesca bizantina contra sus mandos. En primer lugar, un motín contra el general eunuco Solomón en el que, pese al fracaso de un intento de asesinato por parte de un grupo de soldados bizantinos, la guarnición de Cartago en su conjunto se levantó contra él tras reunirse en el circo de la ciudad (*BV* 4.14.31). Pocos años después se repitió la historia, pues un tal Maximino se rebeló contra el general Germano aprovechando la celebración de un festival; como punto de reunión, los sublevados escogieron el mismo circo. Con toda seguridad pretendían beneficiarse, como Genserico un siglo antes, de los espectáculos que allí se celebraban durante esa jornada festiva (*BV* 4.18.8-18).

Vamos a finalizar esta sección con los visigodos, asimismo grandes protagonistas de la disolución del Imperio de Occidente. A diferencia de lo que ocurre con otros bárbaros como los ostrogodos o los vándalos, de la relación entre los visigodos y el circo apenas conocemos algunas noticias aisladas. De hecho, tanto para la época del reino de Tolosa (con la excepción de las referencias anteriormente mencionadas sobre Arlés) como para la del posterior dominio sobre la Spania goda, se conoce una sola referencia textual de una fuente marginal —para la Hispania posterior a la entrada de suevos, vándalos y alanos en el año 409, y previa a la época de dominio visigodo, se conoce otra referencia que tampoco es concluyente: un epígrafe funerario de un auriga llamado Sabiniano en Mérida, de fecha indeterminada entre los siglos IV y V (Álvarez Martínez y Nogales Basarrate, 2000, p. 189)—, la *Chronica*

Caesoragustana, en la que se alude a unos juegos circenses disputados en Zaragoza *(Caesaroaugusta)* en el 504 (*Chron. Caes. s.a.* 504). Dejando de lado la fecha, que parece discutible, se han apuntado diversas teorías sobre el porqué de esta competición en esa antigua gran ciudad de la provincia tarraconense, y ninguna resulta concluyente. Por ejemplo, la usurpación de un tal Pedro, que supuestamente utilizó el circo a la manera bizantina para arrogarse los atributos regios y conceder unos juegos que la certificaran; sin embargo, la realeza duró poco, truncada por el godo Alarico II. Otra hipótesis es que tales juegos tuvieran como fin conmemorar el *adventus,* es decir, la llegada de este mismo soberano gótico a la ciudad (Sánchez Jiménez, 2006). En cualquier caso, esa alusión en la *Chronica Caesoragustana* es muy extraña, aunque parece claro que representa un episodio aislado, y ni siquiera se sabe si Zaragoza tenía circo estable, puesto que a día de hoy no se ha encontrado.

No hay evidencia alguna sobre la continuidad de los espectáculos circenses en Hispania. La lógica indica que los pocos que pervivían en la península ibérica a comienzos del siglo V no siguieron celebrándose, si bien existe la posibilidad de que su tradición se conservara más tiempo precisamente en la provincia tarraconense, pues fue la única que se mantuvo bajo dominio imperial durante décadas hasta que, finalmente, la absorbieron los visigodos a finales de ese siglo. No hay elementos de valor que contribuyan a verificar tal subsistencia ni, por ende, su hipotética duración, aunque sí sabemos que a comienzos del siglo VII, por decisión de Sisebuto, fue expulsado de su sede el obispo de Tarraco a consecuencia de su afición a los espectáculos teatrales, tal y como se refleja en una carta escrita de puño y letra por el rey visigodo (Sisebuto *ep.* 7). Y si se mantuvieron hasta una fecha tan tardía los entretenimientos escénicos, bien pudo

ocurrir otro tanto con los circenses; aun así, se trata de una simple inferencia sin base sólida. De todos modos, resulta en extremo extraño y contradictorio que el reino hispano de los visigodos sea la única entidad política bárbara importante de Occidente en la que no se detecte evidencia alguna del uso del circo en beneficio propio, como parte del ceremonial o como medio de difusión de la liberalidad de los monarcas hacia sus súbditos. Sobre todo siendo el pueblo que más tiempo estuvo asentado en el interior del Imperio, desde fines del siglo IV, por lo que conocía a la perfección la importancia de los entretenimientos públicos. De hecho, como hemos comentado antes, en Arlés continuaron celebrándose *ludi circenses* mientras los godos dominaron ese enclave galo, aunque, también hay que decirlo, no se han encontrado vestigios de ningún circo en la capital visigoda de Tolosa.

Con respecto a Hispania, han surgido diversas tesis atractivas pero cuya fundamentación no es firme ni concluyente en su totalidad. Así, se ha propuesto que la elección de Toledo por parte de los visigodos como nueva capital del reino, tras su expulsión de la Galia por el franco Clodoveo en el 507, se ha de relacionar, dejando de lado otros factores básicos como el geográfico, con la existencia de un circo romano en la ciudad. De hecho, se ha considerado que éste estaba conectado con un complejo palaciego que también incluía la basílica martirial de Santa Leocadia, formando un conjunto, al modo de las grandes ciudades imperiales, que atendía al rol ceremonial del circo (Teja y Acerbi, 2010; Barroso Cabrera *et al.*, 2016). De ser cierta esta tesis, cuya lógica resulta manifiesta, el circo debió de abandonar pronto ese papel, porque no hay evidencia literaria alguna en época visigoda que confirme su utilización. Eso sí, Isidoro de Sevilla le dedica en sus

Etimologías, con sus condenas de rigor, una amplia sección en la que analiza sus partes, el desarrollo de las competiciones y también la simbología subyacente al circo.

Fuera como fuese, finalmente los espectáculos circenses dejaron de celebrarse en el Occidente europeo. De este modo finalizaba toda una época de la historia del continente, puesto que las fuentes romanas conectaban su origen con la misma figura de Rómulo, el fundador de Roma. Es muy posible que las carreras continuasen más allá de las fechas que conocemos por las referencias literarias, pero sin duda alguna no de la manera en que se habían desarrollado y fundamentado desde un plano político y representativo. En cambio, aún siguieron estando vigentes en el mundo bizantino durante bastantes siglos más y con unos rasgos cada vez más peculiares.

El circo en el mundo bizantino

Con esta sección se cierra la parte narrativa del libro. Había que elegir un punto final desde el plano cronológico, y finalmente hemos optado por las vicisitudes relacionadas con el circo en el período bizantino temprano; en concreto, hemos tomado la fecha del fallecimiento del emperador Mauricio, en el año 602, siguiendo conscientemente el límite que el gran historiador A. H. M. Jones fija para concluir su magistral obra de 1964 *The Later Roman Empire, 284-602: A Social, Economic, and Administrative Survey*. Aunque los *ludi circenses* disfrutaron de vitalidad durante varios siglos más y a todas luces sea muy interesante observar su evolución, no resulta coherente con el afán de este volumen ahondar en un mundo estrictamente medieval. En el período que nos concierne, la era bizantina temprana, se aprecia cómo se amplifican algunas de las dinámicas previamente constatadas[3]. De este modo, el circo, en especial en Constantinopla, fue adquiriendo un rol cada vez más relevante en el conjunto de la sociedad como ámbito propio de representación, de cuya influencia hemos visto rastros en los reinos sucesores de la Europa posromana; una realidad que no por casualidad se corresponde también con el auge de los miembros más fanáticos y radicalizados de las facciones del circo. Es cierto que se advierten distorsiones con respecto al pasado, puesto que las fuentes de esta época les dedican mucho más espacio que las de tiempos más tempranos, lo que además refleja un cambio en los hábitos e intereses de los autores. El caso es que los seguidores violentos asumieron cada vez más protagonismo en las esferas militar, religiosa y ceremonial, a través de

truculentos motines y de un comportamiento que rayaba en la criminalidad. Aunque el culmen lo representa la revuelta de la Nika bajo el gobierno de Justiniano, prácticamente en todos los reinados dejaron estas gentes, en ocasiones con inusitada impunidad, su huella como autoproclamados altavoces de la voluntad popular conforme a sus propios intereses.

A la muerte de Zenón en el 491, su viuda Ariadna escogió como nuevo emperador a Anastasio (491-518), un hombre ya veterano que había servido en la administración de los anteriores emperadores. Soberano de fama controvertida, si bien parece que fue enérgico, generoso e inteligente, se caracterizaba físicamente por ser el primer emperador en décadas que no llevaba barba y por tener, como el gran David Bowie, las pupilas de dos colores, negro y azul, lo que le valió el apodo de Dicoro («dos pupilas»). Destacaba por su fervor religioso —aunque no fuera exactamente católico niceno, como lo demuestra su trayectoria, aparte del hecho de que parte de su familia era arriana—; no en vano, con anterioridad se le propuso como obispo de Antioquía. Afrontó numerosos problemas durante su reinado, tanto exteriores como interiores. Varias de estas complicadas coyunturas guardan relación, aunque sea tangencialmente, con el circo, como por ejemplo las dificultades que le plantearon los isaurios al comienzo de su reinado, como veremos más adelante. En el ámbito militar combatió a los persas, aunque sobresale con luz propia la breve y por completo inusual campaña que lanzó contra la Italia del ostrogodo Teodorico en el 507: planeó un ataque plenamente pirático contra sus costas, donde doscientas naves y ocho mil soldados desembarcaron y, al modo vándalo, emprendieron una campaña de saqueo. Los motivos de esta acción no están claros, pero parece que o bien estaban

relacionados con la política de patrocinio del rey ostrogodo sobre determinadas poblaciones bárbaras que realizaban razias en los Balcanes, o bien Anastasio pretendía impedir que socorriese a sus primos del reino visigodo de Tolosa frente al ataque de los francos que finalizó con la derrota en Vouillé y el abandono de la mayor parte de sus dominios en la Galia para centrarse en Hispania. De hecho, al año siguiente el emperador nombró cónsul al rey franco Clodoveo. Sin embargo, con los vándalos no sólo se llevó bien, sino que incluso llevó a cabo una profunda reforma en la moneda bizantina que estaba claramente inspirada en la realizada poco antes por este pueblo germánico. Por otro lado, fue el creador de las definitivas Murallas Largas o Muro de Anastasio, que, situado en la península de Tracia, tenía como objetivo controlar las amenazas terrestres provenientes del continente europeo que se cernían sobre Constantinopla, de forma similar a lo que siglos atrás habían planteado Adriano y Antonino Pío en la frontera norte de Britania. Como última curiosidad, Anastasio prohibió los tatuajes porque eran un signo de esclavitud, algo en lo que le asistía la razón según la tradición romana. También legisló contra las *venationes,* poniendo fin de este modo a una práctica que hundía sus raíces en época republicana, aunque, como ocurrió con los *munera gladiatoria,* ciertamente este tipo de espectáculos tardó en desaparecer (Prisciano *Pan.* 223-227; Teófanes *Chron.* AM5993).

Con respecto al ámbito circense, el tiempo de Anastasio puede calificarse como complejo y proteico. En relación con los aspectos meramente deportivos o competitivos, fue la era dorada del circo en Constantinopla, según los testimonios que conocemos. Así lo confirma la enorme cantidad de estatuas que se erigieron en la espina del hipódromo para conmemorar a los grandes campeones de cada facción,

algunos de los cuales fueron también retratados en unas pinturas murales localizadas en la *kathisma:* Porfirio, de los azules; Faustino, de los verdes; Constantino, de los blancos, y Juliano, de los rojos (*AP* 380-387). En lo concerniente a la violencia en el circo, el reinado de Anastasio fue a todas luces singular por las muy variadas circunstancias y hechos a los que tuvo que hacer frente. Aunque el emperador se caracterizó por la inteligencia en su acercamiento y explotación del espectáculo, padeció importantes dificultades y sediciones que procuró sofocar sagazmente pero sin evitar la dureza.

Anastasio prosiguió los pasos de su predecesor Zenón y fue coronado también en el hipódromo. Afortunadamente, contamos con el relato de esta ceremonia (y la de sus sucesores hasta Justiniano), escrito por Pedro el Patricio, un personaje al que ya hemos aludido en el contexto de la reconquista bizantina de la Italia ostrogoda. Su testimonio se conserva gracias a que el emperador bizantino posterior, Constantino VII Porfirogéneta (913-959), lo utilizó para su *Libro de las Ceremonias,* en el que describe los protocolos de todo tipo de celebraciones, entronizaciones, rituales, etc., que debían seguirse de forma prefijada, totalmente fosilizada, en el tiempo de este emperador tan tardío. Pues bien, Pedro refleja en su testimonio cómo se fueron asentando el ceremonial, los cánticos y el rol tanto de la plebe como de los emperadores y funcionarios —véase un resumen en Boak (1919)—, así como la relevancia del espacio del circo y el cada vez mayor protagonismo de las facciones. Con respecto a la coronación concreta de Anastasio, la emperatriz y los altos cargos de la administración del fallecido Zenón jugaron un papel fundamental en la observación y transmisión del rito.

Según el relato de Pedro el Patricio, mientras en el

Palacio Imperial deliberaban los senadores, los cargos relevantes de la Administración y el patriarca de Constantinopla, el pueblo y la soldadesca —con la función obvia de velar por el orden en ese momento crítico— esperaban en el hipódromo anexo. Posteriormente llegó la emperatriz Ariadna con algunos de los magistrados y, situada en la *kathisma,* fue aclamada por la enfervorizada multitud con el siguiente cántico: «¡Larga vida a la Augusta! Otórgale al mundo un emperador ortodoxo». Ariadna respondió al pueblo a través de un heraldo confirmando que los magistrados, con el beneplácito del ejército, tenían como misión seleccionar a un «emperador romano y cristiano» virtuoso y sin apego al dinero. El pueblo replicó recalcando aquello que más le inquietaba, que el nuevo soberano no fuera avaricioso, y la emperatriz reclamó calma, asegurando que sería elegido sin precipitación y con juicio, si bien no antes de que se hubiera celebrado el funeral del emperador Zenón, aún de cuerpo presente. Asimismo, el pueblo aprovechó la coyuntura favorable para reclamar la sustitución del prefecto de la ciudad, al que tachaban de delincuente, y exigir que no fuera extranjero. A esta petición respondió positivamente Ariadna y afirmó que ya habían elegido a un nuevo prefecto, el senador Juliano. El diálogo prosiguió un rato y entonces la emperatriz se retiró. Poco después, los magistrados designaron a Ariadna como electora del nuevo emperador y ella señaló a Anastasio. Al día siguiente, éste marchó al hipódromo después de jurar que velaría por un buen gobierno. Allí le esperaban el pueblo y el ejército con los estandartes postrados en el suelo. Anastasio fue izado del suelo en un escudo —una costumbre paradójicamente instaurada a partir del ejemplo de Juliano el Apóstata— y el jefe de los guardaespaldas o excubitores del emperador le invistió con su cadena en la cabeza.

Entretanto, los estandartes de las legiones se alzaron y el pueblo y el ejército jalearon al nuevo monarca. Éste se retiró un momento al palacio y allí el patriarca le impuso la clámide y la diadema imperial. Volvió a salir a la *kathisma* y le aclamaron otra vez. A través de un heraldo, respondió a la masa prometiendo el típico donativo al ejército y certificando que había sido nombrado por la Augusta, la oficialidad, el senado y el ejército (*De Caer.* 1.92).

Anastasio no sólo empleó el espacio físico del hipódromo como lugar de coronación, sino que también lo explotó en varias ocasiones para afianzar su relación con la plebe. Por ejemplo, poco después de haber sofocado una rebelión en Isauria, procuró ganarse al pueblo mediante un espectáculo con tintes teatrales que, según el historiador eclesiástico Evagrio, fue digno de un emperador (*HE* 3.39): quemó *in situ* los registros de los deudores del crisargiron, el odioso impuesto creado un siglo y medio antes por Constantino I que gravaba las actividades comerciales, tal y como nos informa el gramático Prisciano en el estupendo panegírico que dedicó a Anastasio (*Pan.* 162-171). Eso sí, Prisciano se muestra demasiado benévolo cuando en la misma obra señala que la sedición que asediaba la ciudad, es decir, la violencia derivada del circo, fue eliminada bajo su autoridad (*Pan.* 218-222). Nada más lejos de la realidad, aunque desde luego, como se ha dicho, procuró afrontar esta problemática de la forma más inteligente posible, sin dejar por ello de hacerlo con contundencia. Así, en contraposición con la mayoría de sus antecesores, desechó apoyar a las facciones de los verdes y de los azules, y se posicionó como seguidor de la facción de los rojos, con el objeto inequívoco y declarado de tener las manos libres para reprimir a los radicales de esas otras dos facciones (Juan Malalas *Chronog.* 16.2). Fue la primera y única ocasión en la que un emperador

mostraba lealtad hacia una de las facciones menores. Obviamente, no quería verse comprometido por unos aficionados que generaban más problemas que satisfacciones.

Merced al relato de Malalas, sabemos que en Antioquía actuó sin contemplaciones al comienzo de su reinado. Caliopio, pariente del prefecto del pretorio constantinopolitano Hierio, que fue el responsable de su nombramiento, sufrió en su propia oficina el ataque de los verdes y se vio obligado a huir. (Curiosamente, el hijo de Caliopio fue asesinado unos años después en un motín similar en Alejandría, ocasionado por la escasez de aceite; *Chronog.* 16.15.) Cuando se enteró de esta sedición, el prefecto se lo comunicó a Anastasio, que decidió sustituir a Caliopio por el más severo Constancio de Tarso, a quien otorgó poderes de vida y muerte sobre los sediciosos (*Chronog.* 16.2). Por lo visto, Constancio actuó con contundencia y consiguió que el pueblo de Antioquía le obedeciera. Sin embargo, al cabo de los años los verdes volvieron a dar problemas: según Malalas, en el 507 se produjo un pogromo antisemita liderado por un auriga, Caliopas, que acababa de llegar de Constantinopla y había sido asignado a la facción de los verdes. Este auriga de origen africano resulta crucial en la historia de los juegos circenses, puesto que acabó por convertirse en el más grande cochero del mundo bizantino a su vuelta, un tiempo después, a la capital imperial, donde adoptó el mítico nombre de Porfirio —más adelante analizaremos su figura en profundidad—. Sin embargo, sus orígenes estuvieron relacionados con este turbio episodio. Por lo visto, al poco de llegar se erigió en el auriga más victorioso y, durante la celebración de los Juegos Olímpicos de Dafne, lideró al populacho contra la sinagoga local. La saquearon e

incendiaron, siendo asesinados en el transcurso del ataque bastantes judíos. Como ulterior ultraje, colocaron una cruz en sus ruinas y transformaron el espacio en una iglesia martirial dedicada a san Leoncio (*Chronog*. 16.6). A Anastasio no le gustó en absoluto lo acontecido y volvió a repetir la jugada: sustituyó al conde Basileio de Emesa, que había ocupado el lugar del citado Constancio de Tarso, por Procopio de Antioquía con la obvia intención de recrudecer la represión contra los sublevados. Por su parte, Procopio designó a Menas de Bizancio como nuevo prefecto de los vigiles, cuyo cometido era extinguir los incendios y garantizar la tranquilidad de la urbe. Se produjo entonces otro episodio sedicioso, y Menas, acompañado por un grupo de soldados godos, quiso arrestar a plena luz del día a algunos de los responsables, que se habían refugiado en la iglesia extramuros de San Juan. Capturó en su interior a uno de los culpables, de nombre Eleuterio, al que mató y decapitó *in situ;* poco después, arrojó su cabeza al río Orontes. Cuando los verdes se enteraron, marcharon al templo de San Juan y subieron el cadáver descabezado a una litera. Al retornar a Antioquía, se encontraron con los soldados que habían matado a su compañero y a los que se habían sumado alegremente sus rivales de la facción de los azules. Sin embargo, los verdes vencieron en la reyerta que se desencadenó en las calles de la capital siria y, a continuación, prendieron fuego a dos basílicas, la de Rufino y la de Zenodoto, así como al propio pretorio del conde de Oriente. Éste pudo huir, pero no así Menas, que fue capturado. Los verdes le destriparon, le arrastraron por la ciudad, le colgaron de una estatua de bronce y finalmente quemaron lo que quedaba de él. El emperador reaccionó designando como nuevo conde de Oriente a Ireneo Pentadiastes, nativo de Antioquía, que debió de actuar con

una firmeza desconocida, pues Malalas simplemente indica que trajo consigo «venganza y miedo» a la ciudad (*Chronog.* 16.6).

La situación en Antioquía fue grave durante el reinado de Anastasio, pero en nada se puede comparar con la gravedad de los acontecimientos vividos en Constantinopla, donde se sucedieron diversos episodios de violencia que, además, se distinguieron por un crecimiento exponencial de su peligrosidad. Las fuentes ya nos hablan de un auténtico conflicto civil en el 492, poco después de ocupar el trono, en las calles de Constantinopla, contra el gobierno del nuevo emperador, en el transcurso del cual llegaron a derribarse estatuas de Anastasio y de Ariadna (Marc. Comes *Chron. s.a.* 492), lo que, como se indicó al tratar problemas similares acaecidos en la Antioquía del siglo IV, representaba un crimen *de maiestate* castigado con la muerte. Una situación que no se puede disociar del estado de insurrección permanente que se vivía a finales del reinado de su antecesor Zenón —recordemos el *bellum plebeium* que asoló las calles constantinopolitanas en los últimos tiempos de este soberano de origen isaurio— y que ambos emperadores intentaron erradicar por todos los medios. Resulta necesario acudir aquí a la versión de este asunto, más completa, que nos ofrece Juan de Antioquía (*fr.* 239). Este autor señala como causa del motín del año 492 la promulgación, por parte de Juliano, el prefecto de la ciudad y *princeps* del senado, de un edicto que prohibía asistir al hipódromo a todos aquellos identificados como elementos sediciosos. Los fanáticos comenzaron el tumulto al temer que, después de vedarles la entrada, deberían entregarse a la autoridad. La violencia estalló en el hipódromo mientras Anastasio presenciaba las carreras. Enfurecido, el emperador se mostró dispuesto a utilizar al ejército para sofocar la revuelta, y los

facciosos elevaron el nivel de los daños al incendiar el distrito situado en las cercanías del circo y destruir los pórticos aledaños, antes de pasar al derribo de las estatuas imperiales. Anastasio hizo uso de la violencia para combatir la violencia, y muchos facciosos murieron o fueron heridos gravemente. Al final, el emperador se refrenó y sustituyó al severo Juliano —quien, recordémoslo, fue nombrado a petición del pueblo durante la coronación de Anastasio en el hipódromo— por Secundino, el marido de su hermana, al tiempo que procedía a restaurar lo destruido. Esta auténtica demostración de debilidad del emperador ante el primer inconveniente grave que tuvo que afrontar marcó el resto de su reinado. Pese a su propósito indisimulado de eliminar la sedición urbana al declararse favorable a la facción de los rojos, y contradiciendo el ingenuo deseo plasmado por Prisciano en su panegírico, Anastasio no pudo soportar la presión y dio pábulo a que los problemas incluso se multiplicasen, como veremos a continuación. Sin embargo, no quiso desaprovechar la oportunidad de extraer algo positivo y responsabilizó al partido isaurio de Constantinopla de lo ocurrido. Lo cierto es que para entonces Longino, el hermano de Zenón, ya se había levantado en armas después de no haber sido elegido nuevo soberano y, aunque fue derrotado en la batalla, continuó siendo una molestia para el emperador durante los siguientes cinco años, pues desde su refugio en los valles de Isauria lanzaba constantes ataques. Pese a esta amenaza plenamente perceptible, nada apunta a una relación entre los isaurios y estos tumultos en el circo, que han de vincularse más bien con el fracaso personal de Anastasio a la hora de afrontar la violencia de las facciones. El problema isaurio sí repercutió en el recinto circense a través de un episodio ocurrido en medio de la insurrección isauria. De acuerdo con

Teófanes, hacia el 495 o 496 fue excomulgado y destituido Eufemio, el patriarca de Constantinopla, a consecuencia del apoyo que había prestado a los rebeldes isaurios. Por lo visto, el pueblo se amotinó y ocupó el circo. Allí, los sediciosos procedieron a cantar unas letanías cristianas con el objeto de mostrar su apoyo al antiguo obispo, pero no surtieron efecto alguno en el ánimo y en la decisión del emperador (*Chron.* AM5988). Poco después, en el 497, tras siete años de rebelión, los isaurios fueron finalmente derrotados. Para celebrar la victoria de Anastasio, se organizó un desfile triunfal por las calles de Constantinopla en el que las cabezas cortadas de los sublevados muertos acompañaron a los cautivos aún vivos, encadenados de manos y cuello. Como marcaba la tradición, el desfile concluyó en el hipódromo con la celebración de unos juegos circenses (Evagrio *HE* 3.35; Teófanes *Chron.* AM5988).

Los problemas volvieron en el 500, con Helias al frente de la prefectura de la ciudad, cuando las facciones se pelearon y provocaron graves incidentes durante la celebración del festival teatral de las Prytae. Al año siguiente el nuevo prefecto, Constancio Tzouroukkas, volvió a celebrar el festival y los problemas se recrudecieron en el contexto de una representación acuática, que parece corresponderse con una *tetímimi,* es decir, una actuación de los pantomimos de Tetis, y que consistía en un número artístico en el que unas actrices aparecían desnudas y ejecutaban unos provocativos espectáculos eróticos de tipo mitológico en la orquesta del teatro, que se había rellenado de agua (hay un ejemplo en Juan Crisóstomo *Hom. in Mat.* 6.6). La culpabilidad del enfrentamiento recayó en esta ocasión en los verdes, que se habían pertrechado de espadas, piedras y otras armas ocultas en unas *dolia* rellenas de fruta colocadas en algunas de las tabernas del pórtico del teatro. El relato del conde

Marcelino es estremecedor: los cánticos de las facciones fueron aumentando de volumen hasta que, de improviso, volaron piedras y otras armas sobre los desprevenidos azules y sobre el resto de asistentes al espectáculo, mientras las espadas acompasaban la rabia de quienes las empuñaban y relucían con la sangre de los asesinados. Las gradas, prosigue Marcelino, ensangrentadas, se resquebrajaban bajo las pisadas de aquellos que huían. Finalmente murieron tres mil personas, unas asesinadas y otras aplastadas en la estampida que se desató, o se ahogaron en las aguas de la orquesta del teatro (Marc. Comes *Chron. s.a.* 501). Según Juan Malalas y Juan de Antioquía, que profundizan en este suceso, se actuó duramente contra los faccionarios y fueron expulsados los pantomimos de los cuatro colores del circo. Una medida que, precisamente por su repercusión en el mundo del entretenimiento circense, no debió de durar mucho (*Exc. de ins.* 39, p. 168; Juan de Antioquía *fr.* 240), de forma similar a lo que ocurrió cuando Tiberio aplicó la misma disposición en la Roma del siglo I (Tácito *Ann.* 4.14), pues poco después Calígula recuperó a los pantomimos.

En el 505 encontramos más violencia, pero esta vez se originó en el interior del hipódromo. Unos fuertes enfrentamientos entre la facción de los verdes y la de los azules durante unas carreras desembocaron en una masacre con numerosos muertos de ambos bandos, incluido un hijo bastardo del propio Anastasio, que había engendrado con una concubina. Furioso, el emperador ordenó la ejecución de muchos y el destierro de otros tantos (Teófanes *Chron.* AM5997). Dos años después se produjo un episodio parecido, pero de mayor gravedad si cabe: en el año 507, es decir, coetáneamente a los incidentes referidos de Antioquía, estalló un peligroso motín en el hipódromo constantinopolitano mientras se desarrollaban unos juegos a

los que asistía el emperador. Los verdes le reclamaron la liberación de unos miembros de su grupo que habían sido detenidos tras arrojar piedras. Encolerizado, el emperador dio orden a los excubitores de que respondieran a la agresión y se organizó un tumulto considerable. Sin embargo, los verdes consiguieron repeler a las fuerzas de seguridad y, envalentonados, se aproximaron a la *kathisma* y lanzaron piedras al soberano. Éste, pese a que era ya un anciano, consiguió esquivar los proyectiles y así salvó la vida. Uno de los atacantes, un tal Mauro, fue aprehendido y descuartizado de inmediato por la soldadesca. La masa facciosa se apresuró entonces a prender fuego al circo y la mitad del recinto se calcinó, al igual que otros espacios públicos adyacentes. Tras ser arrestados numerosos verdes, la situación sólo se calmó con el nombramiento del protector de su facción, un tal Platón, como nuevo prefecto de la ciudad (*Chronog.* 16.4; Marc. Comes *Chron. s.a.* 507; *Chron. Pasch. s.a.* 498). (Al cabo de unos años, los verdes y los azules, conjuntamente, quisieron castigar con la muerte a ese Platón después de acusarle en el hipódromo de ser un herético monofisita; Marc. Comes *Chron. s.a.* 512.6). Es decir, el emperador había reculado otra vez. Por último, Juan de Antioquía nos informa de otra sedición imposible de fechar con exactitud, aunque parece claro que se produjo al final del reinado de Anastasio (*fr.* 242.12). En consecuencia, el emperador decidió suspender las carreras vespertinas, lo que desató la ira popular y otra nueva matanza. Como sucedió en Antioquía, fue asesinado el prefecto de los vigiles constantinopolitano, en esta ocasión un tal Geta, quien con toda probabilidad era el encargado de sofocar la revuelta.

Quizás el aspecto más controvertido del reinado de Anastasio fueron las simpatías que mostró hacia la herejía monofisita, lo cual incidió de una manera u otra en el ámbito

del circo. En primer lugar, se relaciona con uno de los episodios más delicados del período, la revuelta de Vitaliano, en el 513. Éste era un militar desplegado en los Balcanes, que tenía a su cargo una tropa de federados bárbaros y que se rebeló después de que sus soldados fueran desabastecidos. Rápidamente, tras matar a algunos oficiales y capturar a otros, se le unió la tropa y también buena parte de la población provincial de ese territorio, tomó el control de las fuerzas romanas de este sector crucial y marchó contra Constantinopla. Lo hizo definiéndose como defensor del catolicismo niceno en oposición al emperador. Aunque en un primer momento la rebelión fue apaciguada y Vitaliano decidió abandonar el sitio de Constantinopla después de que le hicieran varias promesas, Anastasio las olvidó enseguida y envió sucesivamente a dos ejércitos, que sin embargo fracasaron en su intento de liquidar al militar sublevado. Al año siguiente, Vitaliano volvió a sitiar la ciudad y el emperador llegó a un nuevo acuerdo con él que suponía su nombramiento como *magister militum* de Tracia y la celebración de un concilio para dirimir las cuestiones teológicas de fondo. No obstante, Anastasio se echó otra vez para atrás y, en consecuencia, Vitaliano atacó la ciudad por tierra y por mar. Sin embargo, fue derrotado en ambos medios, sobre todo por la labor del antiguo prefecto del pretorio Marino, de origen sirio y monofisita.

El mundo del circo se vio involucrado en la contienda naval que enfrentó a ambos poderes y que acabó con la inesperada victoria de Anastasio merced al uso de un arma inusual. Aunque no era la primera vez que se empleaba la guerra química, sin duda constituye el antecedente más antiguo del uso del fuego griego —si bien su composición no era la misma que la que utilizaría habitualmente la marina bizantina a partir del siglo VII—. Marino siguió el consejo del

filósofo ateniense Proclo de que recurriera a un sulfuro que él mismo había desarrollado y que incendiaba las naves en cuanto las tocaba. Otro factor que contribuyó a la victoria del emperador en esta batalla naval fue el empleo por sorpresa de los fanáticos del circo, una verdadera novedad que tendría continuidad. Así, los radicales de la facción de los verdes participaron en la guerra comandados por el gran auriga Porfirio, el mismo que en Antioquía había dirigido el pogromo antisemita y que apareció inmortalizado contemporáneamente en las pinturas de la *kathisma* constantinopolitana, aunque pasaría a la historia sobre todo como cochero de sus rivales los azules. Esta información la conocemos precisamente por varias de las estatuas que los propios verdes erigieron en su honor, una de ellas como recompensa por su actuación en este contexto particular, que le valió el calificativo de «fuerte auriga y fuerte guerrero» (*AP* 16.347). Porfirio ayudó al emperador contra el «enemigo del trono», el «salvaje tirano» (*AP* 16.350), en concreto mediante una naumaquia en la que no sólo combatió con las armas sino también a través de sus consejos, por lo que se le distinguió por su «doble victoria, como auriga y como tiranicida» (*AP* 15.50). En consecuencia, Anastasio devolvió «a los verdes los privilegios que anteriormente habían disfrutado» (*AL* 16.350). Esto deja traslucir cómo la animosidad de los verdes y la reacción imperial de las décadas pasadas habían afectado, aunque desconozcamos los detalles, a esta facción en su conjunto —lo que con toda probabilidad tuvo repercusión en la misma arena— y cómo volvieron a reconciliarse con el emperador gracias a su participación activa en la lucha contra un personaje que, tal y como argumenta Cameron (1973, pp. 126-130), únicamente se puede identificar con Vitaliano. Aunque la retórica sea amplia y exagerada, puesto que el

militar sublevado no fue vencido terminantemente por Anastasio, desde luego se refiere a un episodio en extremo curioso, ya que es la primera ocasión en que se observa apoyo militar pleno al emperador por parte de los miembros de una facción. Algunos han querido verlo como una muestra de la cercanía de los verdes a la herejía monofisita, pero no parece una lectura adecuada. Como ya se ha comentado, esta facción necesitaba congraciarse con un emperador con el que había chocado con extraordinaria dureza. Sin embargo, sorprende que no dispongamos de evidencias análogas de la participación de los azules en esta lucha, aunque esto no debería llevarnos a descartarla por completo. Lo cierto es que resultaría tremendamente anómalo que un emperador como Anastasio, que había elegido favorecer a la facción roja para actuar sin ataduras contra los violentos de los verdes y los azules, decidiera posteriormente apoyarse en una de estas dos facciones. De ahí que debamos descartar la hipótesis defendida por algunos historiadores de que, en realidad, Anastasio era proverde. El caso es que esta peripecia ofrece interesantes claves sobre las facciones, como su gran capacidad para el ejercicio de la violencia, su organización cuasi militar y, finalmente, el rol carismático de personajes relevantes del espectáculo como Porfirio, quien mostró de nuevo su capacidad de liderazgo en situaciones de conflicto.

Pese a esta victoria y a la supuesta reconciliación, los problemas no acabaron, sino que se agravaron en las postrimerías de su reinado, precisamente en relación con la disputa entre catolicismo y monofisismo. El responsable fue el propio Anastasio, que pretendió modificar el «trisagio», un himno cristiano a la sazón muy popular que versaba sobre la trinidad, con un añadido de la Iglesia oriental, lo que, para la mayoría de la población constantinopolitana,

planteaba dudas sobre la vinculación del purpurado con el monofisismo. La protesta dio lugar a la abierta rebelión de buena parte del pueblo. Los sublevados intentaron linchar a numerosos nobles de la ciudad, sobre los que generaban sospechas acerca de sus sentimientos religiosos, mientras saqueaban algunas de sus residencias y quemaban otras. Asimismo, fue asesinado y decapitado un monje oriental, con cuya cabeza en una estaca recorrieron Constantinopla al grito de: «¡Aquí está el enemigo de la trinidad!». Pero éste no fue el único cántico que profirieron, pues reclamaron a grito pelado un nuevo emperador e incluso pretendieron que el noble Aerobindo, que juiciosamente huyó al enterarse del desarrollo de los acontecimientos, sucediera a Anastasio. El emperador decidió emprender una acción valiente pero muy arriesgada: mediante heraldos, comunicó a la población de Constantinopla que acudiría a recibirlos al hipódromo, y allí se congregó el pueblo, expectante. El anciano Anastasio marchó al circo sin llevar puesta la diadema, el emblema de su cargo, y, según Evagrio, interpretó una escena un tanto lastimera pero muy propia del carácter teatral de este emperador, pues ofreció a los presentes su renuncia, advirtiéndoles, no obstante, de que no todo el mundo podía ser emperador. Por lo visto, de esta manera no sólo logró calmar los ánimos, sino también que el pueblo le pidiese que volviera a asumir el poder. Obviamente, así lo hizo, pero no sin vengarse de los protagonistas de la revuelta. Según Malalas, mientras que a algunos los capturó y ejecutó, a otros los arrojó al mar en el estrecho del Bósforo (Evagrio *HE* 3.35; Juan Malalas *Chronog*. 16.19; *Chron. Pasch. s.a.* 517). Poco después, en el 518, moría Anastasio con casi noventa años de edad —el emperador en funciones más longevo— y era deificado. Curiosamente, fue el último soberano romano al que se divinizó, aunque el cristianismo hubiera triunfado

y el culto imperial desaparecido. (En Occidente, el último emperador divinizado fue Libio Severo, de origen senatorial, que fue una marioneta en manos del patricio Ricimero.)

A Anastasio, un emperador no muy querido pero que había dejado al Estado en una situación financiera más que notable, le sucedió Justino I (518-527). Al igual que Anastasio, era un ilirio proveniente de una familia pobre que, muy joven, dejó su aldea natal para marchar a la gran ciudad de Constantinopla con una mano delante y otra detrás. En cuanto llegó, se alistó en el ejército, abandonando de esta manera la que había sido su profesión de porquero, y con esfuerzo consiguió ser elegido años después miembro de los excubitores. Hizo carrera, desempeñó cargos militares de relativa importancia y, al cabo de un tiempo, llegó a convertirse en el máximo responsable del ejército durante el reinado de Anastasio. Al parecer, era completamente analfabeto y para firmar documentos debía auxiliarse de un ingenio mecánico, como el ostrogodo Teodorico. Se casó con una esclava bárbara llamada Lupicina, a la que había comprado y después manumitió. Sin olvidarse de su tierra y de su familia, apoyó la carrera de varios de sus parientes —pues no tenía hijos—, sobre todo de un sobrino llamado Pedro Sabacio, al que rescató de la pobreza. Le trajo a Constantinopla, le proporcionó la educación de la que él no había disfrutado y le adoptó, nombrándole a continuación candidato, es decir, guarda de palacio. En ese momento, el sobrino cambió su nombre por el de Justiniano. Con el tiempo, se tornó en la mano derecha del anciano Justino —pues se había coronado con setenta años de edad—, para luego convertirse en el auténtico poder en la sombra del reino antes de tomar finalmente la púrpura.

El relato de la ascensión al trono de Justino que nos ha legado Pedro Patricio es, como poco, curioso y enrevesado.

A su muerte, Anastasio no había dejado heredero alguno —la emperatriz Ariadna había fallecido años atrás—, ni tampoco se tenía constancia de que hubiera favorecido a ningún candidato. Ante esta incertidumbre, se repitió una escena como la vivida casi treinta años atrás. Mientras la máxima oficialidad del Estado se encontraba deliberando en el Palacio Imperial y el pueblo —pero no el ejército— esperaba en el hipódromo, en este último lugar se sucedieron unos hechos bastante peculiares. Los excubitores decidieron por su cuenta nombrar como nuevo soberano a un tribuno entre los suyos, llamado Juan, y le subieron a un escudo en medio del hipódromo. La facción de los azules, quizás por lo insultante del nombramiento o, más probablemente, porque ese Juan era un notorio aficionado de los verdes, le apedreó. Los excubitores retiraron la candidatura, pero no sin matar antes a un buen número de radicales de los azules. El siguiente turno fue para los guardas de palacio, los candidatos, que alzaron en otro escudo a un desconocido general de rango patricio, lo que despertó la ira de los humillados excubitores. Éstos atacaron y quisieron asesinar al patricio, siendo frenados únicamente por la intervención de Justiniano, a quien de inmediato le ofrecieron el trono, pero él lo rechazó. Mientras se desarrollaba esta charada, el senado y los más importantes magistrados elegían a Justino como nuevo emperador. Cuando éste se dirigía a la *kathisma,* los enfurecidos guardas de palacio le atacaron, pero fueron detenidos porque la decisión de los senadores y magistrados era apoyada, como es natural, por los excubitores y, de manera especialmente relevante por lo inusitado de su concierto y por su significado político, por las dos grandes facciones del circo, los verdes y los azules. Finalmente, Justino fue elevado sobre el escudo, se le concedió la cadena de los lanciarios, se alzaron los

estandartes del ejército, recibió la corona, el vestido imperial y la lanza, y fue aclamado por el pueblo (*De Caer.* 1.93).

Esta historia es tan cómica e inusual que podría responder perfectamente a la realidad, aunque hay quienes estiman que todo se debió a una estratagema de Justino, oculta maquiavélicamente por Pedro Patricio, para alzarse con el poder. Por lo demás, Teófanes añade un dato interesante: durante la coronación, la plebe aclamó a la esposa de Justino por el nombre de Eufemia en vez de por el auténtico de Lupicina, que, al parecer, tenía connotaciones monofisitas. Para Procopio, otro autor que menciona este acontecimiento, la motivación de los asistentes para utilizar otro nombre se debía a que el verdadero movía a la carcajada general (*Chron.* AM6011; Procopio *HA* 9.49).

Por lo visto, el estado mental del nuevo emperador se deterioró pronto y fue su sobrino Justiniano quien ejerció indisimuladamente el poder. No obstante, a Justino le dio tiempo a llevar a cabo una política caracterizada por el rencor, puesto que persiguió a todos aquellos que habían obstaculizado su ascenso al poder y ordenó un buen número de ejecuciones. Asimismo, resolvió una crisis que se arrastraba desde el reinado anterior, la revuelta de Vitaliano: a pesar de que había prometido perdonarle, además de reincorporarlo al ejército y a la Administración, acabó siendo ejecutado apenas unos años después por orden de Justiniano cuando Justino aún vivía.

Con respecto al circo, Justino se caracterizó por su patrocinio a escala imperial, ya que sufragó la construcción de nuevos hipódromos en las regiones siempre complicadas de Isauria y Panfilia. Una prerrogativa imperial que con anterioridad había seguido también Anastasio con su localidad natal, Dirraquio, en el Epiro (Juan Malalas

Chronog. 17.7 y 17.16). En una escena que nos retrotrae a la piedad de Teodosio II, suspendió los espectáculos circenses que se habían organizado para celebrar la fiesta cristiana de Pentecostés del 526 a consecuencia del terrible terremoto que sacudió Antioquía, el cual destruyó buena parte de la ciudad y causó miles de muertos. Con la cabeza desnuda, sin portar la diadema imperial, y vestido con una capa púrpura, Justino entró sollozando en la basílica de Santa Sofía y, junto con los senadores, procedió a rezar por las almas de los caídos (*Chronog*. 17.16). En cuanto a la prodigalidad de entretenimientos públicos durante su reinado, fue notable. Destacaron los apabullantes espectáculos que organizó su sobrino Justiniano en el 521 con motivo de su consulado, pues invirtió la astronómica cifra de casi trescientos mil sólidos áureos, la cual incluía generosas donaciones al pueblo constantinopolitano. A pesar de la prohibición de Anastasio, se celebraron en el *Kynegion* de la ciudad unas *venationes* con veinte leones y treinta panteras, y concedió magníficas carreras en el circo, cuyos carros y caballos, enjaezados con los mejores adornos disponibles, acabó donando. En esas competiciones únicamente negó al pueblo una última carrera, lo que demostraría que hubo bises en abundancia, insuficientes sin embargo para saciar al ávido público (Marc. Comes *Chron. s.a.* 521). No hay duda de que este gasto inmenso sólo pudo acometerse merced al estupendo estado en el que Anastasio había dejado las cuentas del Imperio. Y si por aquel entonces había algún bizantino que no conocía a Justiniano, estos espectáculos afianzaron definitivamente su fama.

Sin embargo, si por algo se caracterizó el reinado de Justino I fue, como ocurrió con su antecesor, por la virulenta violencia mostrada por las facciones del circo. Al respecto disponemos de mucha información gracias a una gran

diversidad de fuentes, entre las que destaca el testimonio de Procopio de Cesarea, que ofrece unos detalles inauditos. Según este historiador, los niveles de violencia sobrepasaron todos los límites conocidos, algo que a su juicio, en una acusación muy grave, alentó el propio Justiniano. Lo cierto es que la obra de Procopio es compleja. Aparte de su monumental *Historia de las Guerras,* que relata los conflictos con los persas y la conquista de los reinos vándalo y ostrogodo, y su *Sobre los edificios,* un sonrojante panegírico en clave arquitectónica dedicado al heredero de Justino I, escribió una obra conocida como *Historia Secreta* o *Historia Arcana* en la que vertió todo su odio contra aquellos bajo los que había servido durante años, tanto contra Belisario, de quien fue secretario personal, como contra el propio Justiniano, amén de las esposas de ambos, Antonina y, sobre todo, la emperatriz Teodora. Este libro constituye uno de los alegatos más duros y atroces del mundo antiguo, si bien, huelga decirlo, es uno de los textos más entretenidos de esa etapa de la historia. Es obvio que no fue publicado en vida de Justiniano, pese a ser escrito hacia el año 550, tal vez con la esperanza de la pronta muerte del emperador. Sin embargo, permaneció inédito hasta que fue redescubierto siglos después, tal y como se observa en la *Suda,* del siglo X, donde se la denomina *Anekdota* u «obra inédita», y se recuperó definitivamente en el XVI. Podría hablarse largo y tendido sobre los pormenores del texto, sobre su retrato mordaz y virulento de esos grandes personajes; por ejemplo, sobre los orígenes y las bestiales aficiones sexuales de la emperatriz Teodora —que supera con creces lo dicho sobre Mesalina—, hija de un funambulista y cuidador de las fieras de la facción de los verdes, y que se dedicó a la prostitución antes de desposarse con Justiniano (*HA* 9.2). Curiosamente, en otras fuentes se cuenta que Teodora persiguió a los

proxenetas que explotaban a las hijas de los pobres, en lo que parece haber un atisbo de su propia vida pasada. Sin embargo, a costa de obviar las barbaridades genuinamente deliciosas de esta obrilla, resulta conveniente dejar que el lector se aproxime a ella de forma casi virgen, pues bien vale la pena solazarse tras descubrirla por uno mismo. Con respecto al circo, la *Historia Secreta* incluye muchísima información y de gran valor, en especial sobre las revueltas protagonizadas en su seno por las facciones de los verdes y de los azules, principalmente por esta última, de la que Justiniano era un radical seguidor. Lo cierto es que, pese al mayúsculo tono crítico de Procopio, casi todo lo que cuenta en relación con el circo guarda paralelismos con el resto de fuentes del período, las cuales, no obstante, no se muestran al respecto ni tan extensas ni tan bien informadas.

Antes de seguir, conviene hacer una aclaración: aunque de aquí en adelante se empleará habitualmente el término «facción» para referirse a tales fanáticos, hay que distinguir entre los verdaderos seguidores de los azules o de los verdes, quienes animaban a los aurigas y caballos que defendían sus colores, y aquellos que, amparándose en su condición de supuestos aficionados, desplegaban toda suerte de acciones violentas. Esto nada tenía que ver con el grado de identificación mostrada hacia las respectivas escuadras, que perfectamente podía ser mayor en el caso de los seguidores pacíficos.

Según Procopio, Justiniano recurrió ampliamente a los azules en su beneficio, sobre todo durante el reinado de su tío. Puso «de rodillas al Estado romano» con su apoyo indisimulado a esta facción, en concreto a sus elementos más fanáticos, que gozaron de impunidad y licencia para protagonizar actos violentos que rayaban en la criminalidad. Obviamente, los más radicales de entre los verdes no se

quedaron atrás, puesto que la impunidad disfrutada por los azules hacía que ellos también se sintieran legitimados (*HA* 7.1.5).

> Así pues, como Justiniano incitase a los azules y alentase abiertamente sus acciones, todo el poder de los romanos se vio sacudido de uno a otro extremo como si hubiera sobrevenido un seísmo o un diluvio, o todas y cada una de sus ciudades hubieran sido tomadas por el enemigo, pues todo se removió desde sus cimientos y nada quedó ya en su sitio, sino que las leyes y el orden del Estado, en medio de la confusión que se produjo, se trastocaron por completo (*HA* 7.6-7).

Bajo Justiniano, los azules no sólo actuaban de noche, sino que se atrevían a ir armados de día para ejecutar sus crímenes a la vista de todos. Ni siquiera estaban a salvo los aficionados azules moderados (*HA* 7.15-21). Por su parte, la facción de los verdes se debilitó progresivamente, pues algunos se pasaron a las filas de los azules, otros se exiliaron y otros fueron asesinados por sus rivales o por las propias autoridades, que perseguían los delitos de los verdes, mientras que con los rivales de éstos se mostraban más blandos. Así, tras haberse ocupado de los verdes, los azules la emprendían contra cualquiera (*HA* 7.22-27). Justiniano no sólo los toleraba, sino que los sufragaba e incluso les concedía magistraturas y cargos honoríficos (*HA* 7.41-42). Según Procopio y también Evagrio Escolástico, incluso eran castigados aquellos que se atrevían a perseguirlos.

En el 522 Justiniano enfermó y se alejó temporalmente del poder. Los cortesanos informaron entonces al anciano Justino I de los graves altercados en las calles de Constantinopla, que habían culminado con el asesinato del aristócrata Hipatio en la iglesia de Santa Sofía. Consciente por fin de la situación, Justino nombró como nuevo prefecto de la ciudad al antiguo conde de Oriente Teodoto, también llamado (no es broma) el «Calabaza». Éste persiguió con saña a los sediciosos y ejecutó a un buen número de las más diversas formas: según el conde Marcelino, fueron pasados por la espada, quemados o colgados, lo que «proporcionó un grato espectáculo a los buenos ciudadanos» (*Chron. s.a.* 523).

Para Procopio, el castigo fue proporcionado y se realizó siempre tras un juicio legal, pero no parece que fuera el caso. De acuerdo con lo que nos cuenta Malalas, cuyo testimonio resulta sorprendentemente más fiable que el muy interesado de Procopio, el Calabaza cometió el error de castigar con igual esmero a los revoltosos de clase baja que a los de clase alta, como Teodosio Ztikkas, un rico prohombre de la clase senatorial, al que mandó ejecutar sin haber informado al emperador. Justino, encolerizado, le cesó de su cargo y le desterró; según Procopio, lo hizo a instancias de Justiniano, que, tras recuperarse de su enfermedad, estaba profundamente resentido por la exitosa política represora del Calabaza. Tal reacción del emperador se explica sin duda por un sentimiento de clase, puesto que la distinción legal entre *honestiores* y *humiliores,* establecida jurídicamente en tiempos de Marco Aurelio, era un rasgo tradicional del derecho romano, y las penas variaban dependiendo del estatus social del culpable (Procopio *HA* 9.33-43; Juan Malalas *Chronog*. 17.12).

Juan Malalas y Teófanes añaden datos relevantes sobre esta grave coyuntura y sobre el alcance de las fechorías de los azules durante estos años de reinado de Justino I. Teófanes afirma que la situación se prolongó cinco años, y ambos autores reiteran lo relatado por Procopio y señalan que los azules se sublevaron en todas las ciudades del Imperio, hasta el punto de que, según Malalas, ni siquiera se libraron los magistrados de cada población. Teófanes enfatiza el ensañamiento con los verdes, a quienes pasaban por la espada incluso en el interior de sus hogares. Sin embargo, aunque resulta muy tentador, se equivoca Teófanes al asignar el origen del problema a Antioquía, pues la evidencia apunta a que su epicentro era la capital Constantinopla. Pese a la constatada inacción inicial de las

autoridades, que también eran objeto de los ataques de los azules, y pese a que el Calabaza hubiera sido apartado, el final del reinado de Justino se caracterizó por una política de tolerancia cero, que, según Malalas, fue diseñada por el gran protector de los azules, Justiniano. No obstante, esta aseveración resulta como poco interesada y debe ser tomada con pinzas, pues su autor, ferviente defensor del emperador, bajo el cual publicó la primera parte de su obra, no podía hacer otra cosa salvo alabar a Justiniano. Sin embargo, enseguida veremos que éste aceptó esa política sin excesivo entusiasmo, pues nunca dejó de lado su parcialidad pro-azul. De esta manera, desde la corte se despacharon órdenes de alcance imperial para castigar a todos aquellos que fueran culpables de violencias urbanas, independientemente de sus colores en el circo (*Chron.* AM6016; Juan Malalas *Chronog.* 17.18; *Chron. Pasch. s.a.* 524). Aunque desconozcamos los detalles de ese mandato, Malalas destaca una medida inédita hasta la fecha: Justino prohibió la celebración de cualquier espectáculo y la actuación de pantomimos, de la facción que fuera, a los que desterró. Afectaba a todo el Imperio, con la excepción de Alejandría, no se sabe si porque allí era imposible de aplicar o porque los problemas facciosos no eran tan serios en esa ciudad, lo cual resultaría de lo más sorprendente, tratándose de la población históricamente más sediciosa. El precepto, cuya prolongación era insostenible, dejó de aplicarse cuando fueron purgados los culpables.

En lo que concierne a la situación contemporánea de Antioquía, el nuevo conde de Oriente, Efraimio de Amida, consiguió en un corto lapso de tiempo reducir el fanatismo violento de esos grupos en los territorios que controlaba. Su labor fue indudablemente ejemplar y contribuyó a acrecentar su buena reputación, lo que le valió que le concedieran el patriarcado de Antioquía. Según varias

fuentes, fue forzado a aceptar el cargo de patriarca de la ciudad tras el terrible terremoto del 526, por los enormes esfuerzos que dedicó al salvamento y reconstrucción de la urbe, cuyo obispo había fallecido en ese episodio trágico (Juan Malalas *Chronog.* 17.12 y 18; Teófanes *Chronog.* AM6012).

Aunque cueste asimilar sin más toda esta información, en especial lo referido por Procopio, es innegable el enorme problema que causó la violencia facciosa en la época de Justino, cuya exigente política parece que logró sofocarla al cabo de un tiempo. Sin embargo, el culmen de la violencia aún no había llegado; habría que esperar al gobierno en solitario de Justiniano y a la rebelión de la Nika. Con todo, antes se produjeron dos incidentes, narrados por Procopio y por Evagrio en su *Historia Eclesiástica,* y muy difíciles de datar —pues podrían situarse tanto bajo el reinado de Justino como, lo que parece más probable, al comienzo del de su sucesor— que avalan la tremenda impunidad de la que gozaban los azules en peligrosa connivencia con Justiniano.

En cuanto al primero de estos episodios, Procopio y Evagrio coinciden en señalar que ocurrió en la provincia de Cilicia II y que finalizó con el asesinato de su gobernador. Aunque no ofrezcan los pormenores de esta crisis, ni siquiera sus causas, éstas debieron de relacionarse con el intento de las autoridades por contener la violencia faccionaria. El caso es que dos miembros de los fanáticos azules, Pablo y Faustino, asesinaron a un servidor del gobernador Calínico a la vista de éste y de todo el mundo, por lo que fueron castigados con la pena de muerte. Al cabo de un tiempo, los compañeros de Pablo y Faustino empalaron a Calínico sobre las tumbas de los dos ejecutados. Procopio no se corta la lengua y culpabiliza directamente a la emperatriz Teodora de haber instigado el asesinato,

mientras que acusa a Justiniano de comportarse como un hipócrita, pues a pesar de mortificarse y de llorar por lo sucedido, no hizo nada contra los asesinos salvo amenazarlos y, por otro lado, se apoderó personalmente de los bienes del gobernador muerto (Procopio *HA* 17.2-3; Evagrio *HE* 4.32).

El segundo incidente sólo nos ha sido transmitido por la pluma de Evagrio; Juan Malalas no lo menciona siquiera, pese a que se produjo en Antioquía. Según Evagrio, cierto conde de Oriente fue capturado por los compañeros de unos facciosos a los que este magistrado había castigado a ser fustigados públicamente. Pasearon al conde por las calles de Antioquía mientras le escarmentaban como él había hecho con sus camaradas. Fue una completa mofa, porque subvertía el castigo al que habitualmente se sometía a los criminales. Y aquí no podemos olvidar uno de los rasgos fundamentales del derecho romano: tan importante como la pena lo eran su ejemplaridad y difusión (Evagrio *HE* 4.32).

Pese a la intrínseca dificultad que supone establecer su cronología exacta, se suele asumir que tales contingencias ocurrieron al comienzo del reinado en solitario de Justiniano. Lo que está claro es que demuestran la pervivencia de este tipo de actos violentos y, lo que es peor, el resurgimiento de la peligrosa complicidad entre el poder y los fanáticos, aunque aparentemente se mantuviera el endurecimiento de la represión ordenado por Justino I. En cuanto a la posible responsabilidad de Teodora en el primero de ellos, no se puede desechar en absoluto que se trate de una mera difamación de Procopio, sin ninguna base real, aunque se produjera cuando ya estaba casada con Justiniano, es decir, con posterioridad al 525, dos años antes del fallecimiento de Justino.

El relato de Evagrio de ambos episodios se parece sospechosamente a la descripción que hizo Procopio de la violencia faccionaria puramente criminal acontecida bajo Justino, pero la sitúa como una evidencia anterior al ambiente que precedió la rebelión de la Nika y como prueba de la parcialidad hacia los azules que mostró Justiniano. Es decir, Evagrio pudo amalgamar unos acontecimientos que no vivió en persona, pues nació hacia el año 535. La *Historia Secreta* de Procopio, todo hay que decirlo, tampoco resulta un prodigio cronológico, y en las páginas previas a lo que acabamos de referir aparecen más presuntas víctimas, algunas con un trasfondo circense, de las conspiraciones urdidas por la odiada Teodora, a quien entre otros muchos defectos el historiador le reprocha con maledicencia su «porte viril». De este modo, un joven de buena familia pero miembro de la facción de los verdes, llamado Basiano, fue castigado brutalmente por las duras críticas que vertió contra ella. A pesar de refugiarse en una iglesia, fue sacado a la fuerza y acusado no ya de calumnia sino de pederastia. Le sometieron a tortura y, haciendo caso omiso de las súplicas de parte del pueblo, le castraron y ejecutaron, tras lo cual fueron confiscadas sus propiedades (*HA* 16.18-22). Aquí Procopio tiene el claro propósito de atacar a la emperatriz y ofrece un relato marca de la casa que, dependiendo de su localización cronológica, podría corresponderse con una media verdad. No en vano, la diatriba contra Teodora hubiera sido constitutiva de un delito de lesa majestad en el caso de haberse producido cuando ya era la emperatriz. Sin embargo, el cambio de acusación contra Basiano, que pasó de la mera calumnia a la pederastia, podría avalar precisamente que se hubiera producido antes de que ejerciese de augusta. En esta línea, Procopio informa de cómo ordenó que se atacara a un tal Diógenes, otro miembro

de la alta sociedad constantinopolitana al que se le acusó del nefando crimen de la homosexualidad, aunque, según nuestro autor, en realidad el único motivo detrás de esta represión era su condición de seguidor de los verdes, como Basiano. No obstante, tras las torturas infligidas a los sirvientes de este noble, así como a su pariente Teodoro, los jueces acabaron por absolverle (*HA* 16.23-28). Fuera como fuese, parece claro que las duras medidas emprendidas no bastaron para atajar el problema en el circo.

Justiniano (527-565) ascendió al trono un Jueves Santo del 527 como coemperador de su tío cuando éste ya se encontraba en fase terminal, aunque pudo imponerle personalmente en el mismo Palacio Imperial las insignias de augusto. En consideración a la salud de Justino I, no se repitió la ya habitual ceremonia de coronación en el hipódromo vecino, si bien su entronización fue conmemorada con unos magníficos juegos circenses (*De caer.* 1.95). Unos meses después moría Justino, y Justiniano gobernaría en solitario durante casi tres décadas. Su reinado representa un antes y un después tanto en la historia bizantina como en el mundo posromano. Desde el plano jurídico, su huella es imborrable por su unificación del derecho romano, de ahí que publicara el Código Justiniano, el Digesto, las Pandectas y las Novelas. Asimismo, promovió una importante actividad edilicia en Constantinopla, donde destacó con fuerza una de las más grandes obras de la historia de la arquitectura, la iglesia de Santa Sofía, que fue levantada sobre los rescoldos de la antigua basílica homónima, devastada por un incendio del que hablaremos más adelante, y que todavía se erige orgullosa en la actual Estambul.

Sin embargo, donde Justiniano puso más empeño fue en el ámbito de la guerra y de la conquista, conforme al

desarrollo de una política que posteriormente merecería el nombre de *renovatio imperii* por su afán de recuperar el antiguo Imperio romano. El primer gran conflicto bélico que afrontó fue contra la Persia sasánida, que en un principio concluyó en el 532 con la firma de un tratado de paz perpetua, consignado con el pago de un subsidio anual bizantino de once mil libras de oro, y que en el 540 sería ratificado para dos décadas más. No obstante, los persas lo infringieron y el enfrentamiento se resolvió únicamente después de que Constantinopla financiara otra tregua. Sin embargo, fueron las campañas en Occidente las que dieron sentido a esa política de renovación imperial. Justiniano las acometió tras aprovechar con habilidad las diversas crisis dinásticas que asolaron sucesivamente al África vándala, a la Italia ostrogoda y a la Hispania visigoda. De esta manera, los reinos vándalo y ostrogodo fueron destruidos, el primero en una campaña inopinadamente rápida y el segundo tras un conflicto de dos décadas, mientras que el reino visigodo fue debilitado por medio de la ocupación de una amplia franja de terreno en el suroeste de la península que acabaría por convertirse en Spania, la más occidental de todas las provincias del nuevo imperio extendido de Justiniano.

Procopio fue el gran cronista de esta política expansiva a través de su *Historia de las Guerras*. Aunque es una fuente interesada, como todo el canon historiográfico del período, resulta extremadamente valiosa por la experiencia en primera persona de su autor. Sin embargo, el mismo Procopio ofreció en la *Historia Secreta* una visión completamente distinta, que contrasta con el triunfalismo oficialista de su obra historiográfica:

> [Justiniano] no era un hombre, sino [...] un demonio [...]. Referir exactamente el número de personas que fueron muertas por él no es algo que, según creo, pudiera hacer nunca nadie, ni siquiera Dios, pues pienso que antes podría alguien contar todos los granos de arena que las muertes que causó este emperador (Procopio *HA* 28.1, 3-4).

Los conflictos bélicos bajo Justiniano alteraron para siempre la historia de las antiguas provincias romanas de Occidente, pues no sólo arrasaron las dos entidades políticas más importantes surgidas de las cenizas del Imperio romano de Occidente, sino que también tuvieron enormes consecuencias en la vida de estos territorios. Las devastaciones propias de todo conflicto los empobrecieron y desencadenaron nuevos movimientos de pueblos. Aunque esta reflexión sea más digna de la historia virtual que de la fáctica, queda la duda de cómo se habría visto condicionada la expansión musulmana en el norte de África si el reino vándalo hubiera permanecido en pie. Asimismo, se ha de constatar que los ingentes recursos empleados en estas campañas debilitaron enormemente al propio Imperio bizantino y, en paralelo, al persa. Desde luego, como se verá, el nulo cuidado de los sucesores de Justiniano con respecto a los territorios recuperados de la antigua *pars occidentis* del Imperio pone en tela de juicio una política que, pese a transmitir una gloria perpetua, puede calificarse perfectamente como nefasta, como lo demuestra el fácil éxito islámico del siglo VII, que liquidó el poderío persa y mermó dramáticamente el bizantino.

Este agotamiento humano y material se vio coronado, además, por la devastadora plaga que afectó al mundo antiguo en los años 541-542 y que recurrentemente surgió y desapareció durante los dos siglos siguientes, provocando decenas de millones de víctimas. Aunque la peste bubónica ya era conocida, no se había sufrido jamás con tal virulencia. Al parecer, se originó en China y tuvo como primer foco en el mundo mediterráneo el puerto egipcio de Pelusio, desde donde se dispersó por todo el mundo antiguo. De este modo, fueron afectados el extremo occidental y septentrional, como lo demuestran los daños que padecieron la Galia e Irlanda,

pero también el confín oriental, ya que el Imperio persa se vio igualmente golpeado con fuerza.

En cuanto al ámbito del circo en estas regiones occidentales, como ya se indicó en páginas anteriores, las guerras del siglo VI, si no acabaron con los espectáculos, sí al menos representaron el principio de su final en las zonas afectadas por esta particular reconquista romana, pese a la vitalidad de los juegos circenses de que siempre habían hecho gala dos territorios tan relevantes como África e Italia. Aunque todavía se utilizara desde un plano ceremonial, decayó progresivamente hasta que el retumbar de los carros en la arena fue olvidado. Sin embargo, en el Oriente bizantino los espectáculos siguieron plenamente vigentes y Justiniano los explotó a discreción. Así pues, ordenó que fuera reformado el Hipódromo de Constantinopla con el objeto de recalcar su rol como espacio de majestad y de representación social. En su segundo año de reinado reconstruyó la *kathisma,* que lució más esplendorosa y a mayor altura, así como la grada de los senadores. Esta información, que proporciona el conde Marcelino, se complementa con dos detalles más: que Justiniano distribuyó recompensas entre los mejores aurigas del hipódromo, lo que debería contemplarse dentro del contexto de las importantes carreras que patrocinó para conmemorar precisamente la celebración de esta reforma; y que trató con severidad a unos ciudadanos viles, que, obviamente, han de identificarse con los tradicionales sediciosos del circo (*Chron. s.a.* 528). Es decir, desde un inicio procuró mantener, al menos relativamente, la política de tolerancia cero con los responsables de los tumultos que había implementado con su tío Justino. A pesar del vitriólico testimonio de Procopio en su *Historia Secreta,* parece que Justiniano quiso remediar las equivocaciones que había

cometido en el pasado, aunque esto no implica en absoluto, como se observa tanto en las fuentes que datan de su reinado como en las posteriores, que dejara de favorecer a su color favorito o de castigar con más fiereza a los verdes, si bien procuró atemperar tal parcialidad. De ahí su participación en las medidas punitivas del final del reinado de Justino I, así como lo anunciado por el conde Marcelino sobre su severidad con los violentos. De hecho, como se verá, su política de castigo acabó desembocando en la mayor crisis relacionada con el circo de toda la historia: la rebelión de la Nika.

Pero también hubo espacio para las grandes celebraciones, y la más importante fue la que conmemoró la citada destrucción del reino vándalo. El rápido, contundente y exitoso resultado de esta campaña sorprendió por completo tanto al propio Justiniano como al general Belisario, a las tropas e incluso al pueblo de Constantinopla. De tal manera que Justiniano otorgó a Belisario un honor que ningún romano, con la excepción de los emperadores, había obtenido desde tiempos de Augusto (con el único paréntesis, como ya vimos, del medio vándalo Estilicón): la celebración de un triunfo por las calles de la ciudad, que, aun apartándose de sus rasgos tradicionales para evitar cualquier asociación con el paganismo, comenzó en el hogar del general. Agasajado y aclamado por el pueblo, Belisario marchó a pie por la ciudad acompañado por sus tropas, el derrotado rey Gelimir, la familia de éste y los más notables entre los vencidos, amén de los más fabulosos tesoros acumulados por los vándalos, que sin duda era el pueblo bárbaro más rico. Desfilaron los tesoros provenientes del Palatino romano tomados en el saqueo de la Ciudad Eterna en el 455, como por ejemplo los objetos del templo judío de Jerusalén de los que se había apoderado Tito y numerosas

maravillas de oro (incluso carruajes) y plata. El triunfo finalizó, como era de rigor, en el hipódromo y Belisario marchó primero a las *carceres,* de donde salían los carros, y luego a la *kathisma* imperial, donde le recibió Justiniano. Gelimir, cuando vio al emperador en su trono y al expectante pueblo en pie, no pudo reprimirse y profirió un bíblico: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad». A continuación, en el momento en que el último rey vándalo se situó bajo el trono de Justiniano, fue despojado de sus símbolos regios y se le ordenó que se postrara ante todo el pueblo congregado, que recibió inmensas donaciones tras el éxito de la campaña (Procopio *BV* 4.9.1-14). En honor a sus servicios, a Belisario se le agració con el consulado y el 1 de enero del 534 protagonizó otro triunfo por las calles de Constantinopla, seguido por un nuevo reparto entre sus conciudadanos de dinero procedente del tesoro de los vándalos (*BV* 4.9.15-16). Aunque no se indique en las fuentes, todo hace pensar que ambas fastuosas celebraciones fueron acompañadas, conforme a la tradición romana, de espectáculos circenses. Y que éstos debieron de ser magníficos, teniendo en cuenta los beneficios obtenidos. Pero ésta no fue la última ocasión bajo Justiniano en que se celebró un triunfo tras vencer al enemigo. Durante el reinado de este emperador aparecieron dos pueblos que enseguida se convertirían en amenazas de primer orden y tendrían una enorme repercusión en la historia posterior: los búlgaros y los avaros, ambos provenientes de las estepas escitas. En el 540, Mundo el gépido derrotó en el Ilírico a un gran contingente de búlgaros. Mató a muchos y capturó a un importante grupo, incluido a su líder, a los que paseó en un triunfo por el hipódromo y que luego, como buenos dediticios, fueron enrolados como auxiliares del ejército y distribuidos en las áreas conflictivas de Armenia y la Lázica

(Teófanes *Chron.* AM6032). Se relaciona con este tono solemne y de celebración otra noticia curiosa que atañe al Hipódromo de Constantinopla: el 13 de octubre del 550, mientras se celebraban unos juegos circenses, de repente hizo entrada en el recinto un embajador indio montado en un elefante; un tiempo después, el animal se escapó del establo y, en la estampida, aplastó a mucha gente (Teófanes *Chron.* AM6042).

Abordemos ahora los problemas más graves que se vivieron en el circo durante el reinado de Justiniano. Poco antes de la victoria sobre los vándalos, en el 532, aconteció algo inesperado: la brutal sedición de la Nika. Se conservan diferentes testimonios, algunos difíciles de concordar entre sí, como el de Procopio en su volumen dedicado a la guerra pérsica y de los coetáneos Juan Malalas y el conde Marcelino, y también otros más tardíos como el *Chronicon Paschale* o el de Teófanes, entre otros (Procopio *BP* 1.24; Juan Malalas *Chronog.* 18.71; Marc. Comes *Chron. s.a.* 532; Teófanes *Chron.* AM6024; *Chron. Pasch. s.a.* 531). Aunque no resulte fácil, se va a intentar establecer un relato coherente de acuerdo con la magnífica disección que realizó en 1897 J. B. Bury, la cual, pese al tiempo transcurrido, sigue siendo la mejor lectura global de este episodio —aunque hay una interpretación más reciente en Greatrex (1997)—.

Las fuentes más tardías coinciden en que el origen de esta descomunal revuelta fue una queja en el circo elevada por la facción de los verdes a causa de la actuación de Calopodio, el cubiculario y espatario del emperador, es decir, el encargado de garantizar su seguridad. Aquí Teófanes añade un testimonio de enorme interés pero muy discutido, pues mientras que una parte de la historiografía considera que no tiene nada que ver con el desarrollo de la Nika, varios historiadores contemporáneos sostienen lo contrario.

Aunque los argumentos proporcionados por los negacionistas sean razonables, lo cierto es que ninguno resulta del todo convincente, por lo que ese testimonio puede tomarse como un preludio a este dramático episodio. Se trata de un espectacular diálogo entre los verdes y un anónimo heraldo imperial en representación de Justiniano, en el que esa facción acusa al mencionado Calopodio de cierta persecución —sobre la que no se aporta ningún detalle — y llegan a compararlo con Judas. Entonces el heraldo les reprocha que no vayan al hipódromo a disfrutar del espectáculo, sino a insultar al emperador, y los califica de judíos, maniqueos y samaritanos, en la primera de las numerosas referencias a las creencias de los verdes. Al parecer, atribuyen a Calopodio veintiséis asesinatos de los verdes perpetrados en el barrio de Zeugma, por lo visto uno de los bastiones de esa facción; entre ellos, el de un vendedor de madera y el del hijo de un tal Epagatos del que no se indica nada más —sobre este último, parece que fue un crimen de los azules pero en supuesta colusión con Calopodio—. El heraldo desmiente las acusaciones y sostiene que los culpables son los propios verdes, a los que tilda de blasfemos por su osadía. El diálogo se cierra con la declaración solemne de los verdes de que la justicia ha muerto, de que se van a volver judíos y, en un atrevimiento ya supremo, consideran «mejor ser un pagano que un azul, como Dios sabe». Aquí se incorporan los, hasta ese momento, silenciosos azules para afirmar su odio contra los verdes y denunciar su malicia. La respuesta de éstos se atiene a los cánones de su tradicional enemistad: los maldicen y les desean la muerte. Este fantástico diálogo concluye con los verdes abandonando el hipódromo.

Un tiempo después, estalló la inevitable violencia faccionaria en las calles. El prefecto de la ciudad replicó

mediante la intervención de la guardia urbana, que capturó a elementos de ambos grupos. Las fuentes varían sobre el número de los encausados y los siguientes pasos, pero la más verosímil es la de Malalas. Al parecer, fueron siete los radicales de los verdes y los azules apresados y sentenciados a muerte por sus actividades criminales, cuatro por decapitación y tres por empalamiento. Se les dio un paseíllo por las calles de Constantinopla, algo muy propio de una legislación penal como la romana, basada en la ejemplaridad. Sin embargo, mientras se desarrollaba esta caminata de la vergüenza, se decidió que algunos de ellos fueran ahorcados delante del pueblo, lo que fue recibido por los vítores del común. No obstante, la estructura de madera se derrumbó y dos presos, uno azul y otro verde, tuvieron la fortuna de salir con vida y ser rescatados por unos monjes, que los acogieron en el monasterio de San Laurencio. Cuando el prefecto de la ciudad Eudaimon se enteró de lo sucedido, mandó a unos soldados para que los prendieran y los mantuvieran encerrados en el santuario. Tres días después, el 13 de enero, se celebraron unos juegos en honor de aquellos que iban a ocupar el cargo de primicerio en la Administración, y las dos facciones suplicaron misericordia al emperador y la destitución de diversos altos magistrados. Ante el silencio del purpurado, en la vigésimo segunda carrera ocurrió algo inaudito, pues las dos facciones, que hasta entonces se habían profesado un odio atroz y bestial, comenzaron a cantarse una a la otra, repetidamente y hasta el fin de la competición: «¡Larga vida a los misericordiosos azules y verdes!». Según Procopio, cuando acabaron las carreras, los verdes y los azules se unieron para asaltar el presidio donde estaban retenidos sus compañeros y los liberaron. A partir de aquí, todo se descontroló. Los facciosos, para burlar a los soldados y a los excubitores, se

coordinaron haciendo uso como santo y seña de la palabra griega *Νίκα,* que significa «victoria» y era entonada habitualmente en el hipódromo —una información proporcionada por Malalas y que resulta realmente interesante, puesto que certifica una política activa de control de las facciones mediante la infiltración en sus filas, lo que constituye un precedente de ciertas prácticas policiales actuales—, y que desde entonces daría nombre a esta revuelta. De inmediato comenzaron a incendiar la ciudad. Numerosos espacios públicos representativos fueron quemados hasta los cimientos: el pretorio de Constantinopla, la iglesia de Santa Sofía, las termas de Zeuxipo, el senado y una parte considerable del Palacio Imperial —incluidos los espacios donde se asentaban los candidatos y los excubitores— y los dos grandes pórticos del foro de Constantino. También resultaron afectadas muchas casas de la aristocracia constantinopolitana, así como algunos lugares relevantes del trazado urbano. Hubo numerosas víctimas, cuyos cadáveres fueron arrojados a la bahía.

Huyó de la ciudad todo aquel que podía hacerlo, mientras Justiniano, la emperatriz Teodora y unos cuantos senadores se refugiaban en las partes intactas del Palacio Imperial. Como primera medida para atemperar los ánimos, el emperador ordenó la destitución de los altos cargos de la Administración contra los que habían protestado los sediciosos: el prefecto de la ciudad Eudaimon, el prefecto del pretorio Juan de Capadocia y su consejero Triboniano, que había coordinado el equipo encargado de desarrollar la magnífica aportación jurídica de Justiniano. Las facciones tenían a los dos últimos como expoliadores de la población y, según cuenta Procopio, los sublevados los persiguieron por toda la ciudad para matarlos. Ese primer movimiento del emperador no contentó a los facciosos, que continuaron su

campaña de saqueo y destrucción. La salida de palacio de Belisario con una guardia de godos y hérulos, que se dedicaron a matar a quienes encontraban a su paso, no amedrentó a los muchos miles que campaban a sus anchas, pues a los violentos de las dos facciones se les había unido mucha más gente. Sin embargo, al quinto día de abierta rebelión ocurrió algo insólito: el emperador convocó a los insurrectos en el hipódromo a la mañana siguiente y se presentó ante el pueblo allí congregado con los evangelios bajo el brazo, dispuesto a hacer un juramento sagrado para apaciguar una situación que se le había ido por completo de las manos. Esta decisión, una auténtica humillación para el emperador, estaba inspirada en lo que décadas atrás había hecho Anastasio, pero supuso un nuevo fracaso, pese a que algunos de los sublevados le aclamaron como su señor. Mientras Justiniano regresaba derrotado a palacio, los protagonistas de la revuelta proclamaron como nuevo emperador a Hipacio, precisamente sobrino de Anastasio; una iniciativa que representaba un paso cualitativo de extrema gravedad. El magnífico relato de Procopio de este suceso destaca por cómo describe la actitud de la esposa de Hipacio en el momento en que se producía esa reivindicación:

> Corrió, pues, todo el mundo hacia ellos; e iban ya aclamando como emperador a Hipacio y llevándolo a la plaza para que asumiera el poder, mientras su mujer, María, que era discreta y contaba con una grandísima reputación de prudencia, se agarraba a su esposo y no lo dejaba, al tiempo que entre gritos y gemidos ante todos sus allegados insistía en que el pueblo lo llevaba camino de la muerte. Aun así, arrollada por la muchedumbre, soltó ella contra su voluntad a su esposo, y a él, que también contra su voluntad había ido a la plaza de Constantino, la multitud lo llamaba a ocupar el trono imperial (Procopio *BP* 1.24.22-24).

En un extraño requiebro, se nos informa de que la noche anterior Justiniano había expulsado del Palacio Imperial a los sobrinos del emperador Anastasio, al mismo Hipacio y a su hermano Pompeyo, porque recelaba de ambos. Un movimiento sorprendente, porque en caso de que sus sospechas hubieran estado fundamentadas, podría haberse

vuelto en su contra, como estuvo a punto de ocurrir. Después de lo referido por Procopio, Hipacio —con quien obviamente empatizaba el autor de la *Historia Secreta*— fue llevado, junto con su hermano Pompeyo, primero al foro de Constantino y después al hipódromo. Por su parte, Probo, el tercer hermano, había huido de la ciudad temiendo que pudiera ocurrir lo que finalmente ocurrió. Los insurrectos, frustrados, incendiaron su casa. De este modo, en la *kathisma* del hipódromo, como había sucedido con los antecesores de Justiniano, Hipacio fue coronado por la multitud. Es absolutamente probable que a continuación se celebraran unos juegos circenses, pues allí permaneció varias horas el usurpador rodeado de sus súbditos, incluidos muchos senadores que se habían apartado de un Justiniano al que ya estimaban como perdedor. De hecho, incluso disponía de su propio cuerpo de excubitores o guardaespaldas, compuesto por doscientos verdes que, improvisadamente, se habían hecho con unas armaduras para acompañar a su nuevo soberano al palacio imperial. Mientras tanto, en palacio se produjo una escena muy distinta y a todas luces magnífica, que además es corroborada por la presencia de Procopio en aquel preciso instante. Tras el fracaso de su iniciativa en el circo, un apesadumbrado Justiniano estaba presto a huir a Tracia cuando la emperatriz Teodora, en un discurso pródigo en emotividad y fortaleza, se negó enérgicamente a emprender una huida tan lastimosa:

> En cuanto al hecho de que una mujer entre hombres no debe mostrar atrevimiento ni soltar bravatas entre quienes están remisos, yo creo que la actual coyuntura de ningún modo permite considerar minuciosamente si hay que considerarlo así o de otra manera. Y es que para quienes se encuentran en un grandísimo peligro, no hay nada mejor, me parece, que ponerse las cosas lo más expeditas que uno pueda. Yo al menos opino que la huida es ahora, más que nunca, inconveniente, aunque nos reporte la salvación [...]. No, que nunca me vea yo sin esta púrpura, ni esté viva el día en el que quienes se encuentren conmigo no me llamen soberana (Procopio *BP* 1.24.33-36).

No en vano, como dijo Teodora en una sentencia proverbial de la Antigüedad: «El Imperio es hermosa

mortaja» (*BP* 1.24.37). De este modo se cerró el debate: la única salida era el combate. Los puntales de la recuperación del control fueron el eunuco Narsés, que sería durante varias décadas el principal general bizantino responsable de la reconquista italiana; Mundo, el gépido prefecto del Ilírico, que por casualidad se encontraba en Constantinopla con un buen número de soldados y de auxiliares hérulos, y el más grande general de Justiniano, Belisario, que acababa de retornar del frente persa. Se trazó un plan de ataque que se aplicó de inmediato aprovechando que tanto el núcleo fundamental de los sediciosos como el usurpador Hipacio aún se hallaban en el interior del hipódromo. Según Malalas, la primera acción, sin duda con el objeto de ganar tiempo y de provocar discordia, consistió en que Narsés entrase de incógnito en el recinto con una gran cantidad de dinero, para sobornar a algunos miembros de la facción de los azules y que, en contra de la inmensa mayoría de los allí presentes, aclamasen a Justiniano como el verdadero emperador. Como era previsible, estalló un tumulto y los aficionados se enzarzaron unos con otros. Entretanto, Mundo y Belisario penetraron sigilosamente en el circo con sus tropas y cortaron toda posible salida. Haciendo uso del arco y la flecha, atacaron sin piedad mientras Belisario se infiltraba en la *kathisma* y capturaba a los hermanos Hipacio y Pompeyo. De esta manera fueron abatidos unos treinta y cinco mil sublevados, una cifra que multiplicaba por cinco a los ejecutados por Teodosio ciento cincuenta años antes en Tesalónica. Se trataba de un castigo brutal pero perfectamente consecuente con la legislación, puesto que se habían rebelado contra el poder imperial. De hecho, no hubo ningún Ambrosio de turno que se atreviera a condenarlo. Para comprender la magnitud de la masacre, vale la pena recordar que la población de Constantinopla debía de

alcanzar en tiempos de Justiniano el medio millón de habitantes. Es decir, casi el diez por ciento de sus habitantes fueron exterminados. Por su parte, el destino de Hipacio y de Pompeyo estaba sellado aunque intentaran excusarse ante Justiniano después de ser conducidos a su presencia por Belisario. Según Malalas, ambos se lanzaron a los pies del emperador e Hipacio intentó recurrir al ingenio para salvarse declamando lo siguiente:

> Señor, nos supuso un gran esfuerzo reunir a los enemigos de su majestad en el hipódromo (Juan Malalas *Chronog*. 18.70).

A Justiniano no le hizo gracia alguna y, consecuentemente, mandó ejecutarlos y arrojarlos al mar —el tercer hermano, Probo, sólo vio confiscada su propiedad y fue exiliado, pero al año siguiente recibió el perdón—. Hizo lo mismo con el resto de sediciosos muertos, entre los cuales, según Teófanes, se encontraban numerosas mujeres. De acuerdo con el *Chronicon Paschale,* la única diferencia de trato con los cadáveres fue que al de Hipacio se le colocó una tablilla en la que se leía: «Aquí yace el emperador de las prostitutas».

Obviamente, con esta recuperación del control no acabó la cosa. También en el *Chronicon Paschale* se relata cómo prosiguió lo que califica de «gran terror imperial». Por su parte, Teófanes apunta que durante largo tiempo dejaron de celebrarse espectáculos en el circo. En cuanto a los supervivientes, sin duda hubo purgas, en especial entre los patricios que se habían alejado de su señor. Además, según esta misma obra, al día siguiente de las ejecuciones toda la ciudad estaba desierta y nadie se atrevía a salir de su casa, y no fue hasta pasadas varias jornadas cuando reabrieron los comercios, con la excepción de algunas tiendas de alimentos y bebidas que durante todo ese tiempo abastecieron a los necesitados. Justiniano informó a las ciudades del Imperio de

lo ocurrido y emprendió la reconstrucción de Constantinopla, incluida la iglesia de Santa Sofía, el palacio y el resto de espacios públicos. Asimismo, construyó panaderías y graneros en la residencia imperial, además de un almacén con el fin de disponer de alimentos en caso de repetirse una crisis similar (*Chron. Pasch. s.a.* 531). Procopio señala que al cabo de un tiempo recolocó en sus puestos a los magistrados a los que se había visto obligado a destituir en el transcurso de la rebelión, es decir, a Eudaimon, a Juan de Capadocia y a Triboniano, en lo que era una clara señal dirigida a todo el pueblo constantinopolitano. El *Chronicon Paschale* también nos informa de que ordenó castigar a aquellos azules que en la insurrección se habían unido a los verdes y, he aquí una novedad, a las facciones restantes, los rojos y los blancos. Aunque esto último resulta difícil de interpretar, indica que hubo azules que se salvaron de la masacre, entre los cuales debían de contarse los sobornados por Narsés y, quizás, aquellos más prudentes que no participaron en la proclamación de Hipacio. Este testimonio demuestra asimismo que hubo partidarios de los rojos y los blancos que apoyaron la revuelta de la Nika. No se trata de una prueba de la existencia de fanáticos de estos colores, pues es la única noticia que especifica tal cosa en toda la literatura conocida del mundo antiguo, sino que más bien pone de manifiesto que en la rebelión participaron diversos elementos representativos de toda la sociedad y, por supuesto, del mismo circo, aunque fuera liderada o encauzada por los más radicales de los siempre problemáticos verdes y azules. Sin el concurso de más gente, habría sido imposible que este episodio cruento de la historia bizantina hubiese alcanzado tal gravedad. Lo que no resulta creíble es la lectura del conde Marcelino, para quien la insurrección fue urdida por los tres citados sobrinos de

Anastasio, con el apoyo de buena parte de la aristocracia y de los sediciosos de las facciones. Pese a ser contemporáneo de los hechos, su interpretación es reduccionista, pues desestima por completo el rol jugado por el pueblo. Quizás, al estilo de los grandes historiadores, consideró indigno mencionarlo en el relato sumario de la Nika que incluyó en su crónica, o simplemente reflejó la lectura oficial, que se había apresurado a identificar a los preceptivos chivos expiatorios. Desde luego, resultaba más sencillo y tranquilizador para la concordia social culpabilizar a unos pocos que al conjunto de la población, lo que, sostenido en el tiempo, podría haber sido peligroso para el dominio de Justiniano. En cualquier caso, de esta manera finalizaba una terrible sedición que en los apenas cinco días que duró causó ingentes daños y cuya resolución fue de una dureza extrema. Sin embargo, ante la vana pregunta retórica de si implicó el final de las violencias derivadas del circo, al menos en la capital imperial, la respuesta sólo puede ser negativa, como queda patente en acontecimientos posteriores ocurridos durante el reinado de Justiniano.

Antes de referirnos a esta cuestión, vamos a dar un salto cronológico y espacial, puesto que el circo también fue escenario de problemas en otros lugares bajo este mismo emperador. En el 529 se produjo una nueva sedición en el teatro de Antioquía, protagonizada por los azules y los verdes, indudablemente los mismos fanáticos del circo, cuya consecuencia fue la prohibición de espectáculos escénicos en la ciudad (Juan Malalas *Chronog.* 18.41). Ese mismo año estalló una revuelta mucho más grave en Palestina, promovida de nuevo por los samaritanos y de acuerdo con un esquema que recuerda sobremanera a lo ya visto en la rebelión de Justasa en tiempos de Zenón. Según Juan Malalas (*Chronog.* 18.35) y Teófanes (*Chron.* AM6021), en

junio del 529 los samaritanos se alzaron contra los cristianos —quizás con el apoyo de los judíos, aunque alguna fuente indica que éstos también fueron víctimas de la violencia samaritana, y de los maniqueos— en Escitópolis, lo que desembocó en el incendio de una parte de la ciudad y en la propagación de la sublevación por toda la zona. De acuerdo con fuentes posteriores, el ataque pudo estar vinculado a las estrictas políticas religiosas de Justiniano o, en lo que parece un auténtico *casus belli,* a la costumbre de los niños cristianos de Escitópolis de apedrear las sinagogas y las casas de los samaritanos durante el *sabbat.* Justiniano se enfureció y ordenó que se actuara contra los rebeldes y que se ejecutara al gobernador de la provincia, Baso, por su imprevisión. Los samaritanos, ante el torbellino que se les venía encima, decidieron nombrar a su propio soberano en la figura de un bandido llamado Julián, bajo cuyo mando se volvieron muy inseguros los caminos, fueron quemadas diversas propiedades, incluidas iglesias, y se mató a muchos cristianos. Después de penetrar en la cercana localidad de Neápolis, Julián presidió, como le correspondía por sus presuntas prerrogativas imperiales, unos juegos circenses. La primera carrera, la más prestigiosa, la ganó un auriga cristiano llamado Niceas contra varios judíos y samaritanos. Cuando se disponía a honrarle con los atributos de la victoria, Julián le preguntó por la religión que profesaba y, al enterarse de su fe cristiana, lo tomó como un mal augurio y ordenó que fuera decapitado allí mismo. Huyó poco después, ante la llegada de las tropas bizantinas encabezadas por el duque Teodoro, pero fue derrotado en una batalla en la que murieron veinte mil samaritanos. Otros veinte mil fueron capturados y esclavizados, y un tercer grupo se convirtió falsamente al cristianismo (*Chron. Pasch. s.a.* 530). La cabeza del tirano Julián, todavía tocada con la diadema, no tardó en

llegar a Constantinopla. Fue uno de los primeros golpes que encajaron los samaritanos, que aún sufrirían otros todavía más duros, tanto bajo Justiniano como en siglos posteriores. Pese a todo, no fueron aniquilados; hoy todavía hay una minoría compuesta por algunos cientos de practicantes en el Estado de Israel.

En el 556 hay constancia de otra rebelión de los samaritanos en Cesarea, al alimón con los judíos y en la que al parecer el circo también desempeñó un papel. Según Teófanes, ambos grupos se infiltraron en las facciones verde y azul del Hipódromo de Cesarea y luego se sublevaron, incendiaron iglesias y asesinaron a numerosos cristianos, incluido el prefecto de la ciudad Esteban. Justiniano ordenó que el general Amancio emprendiera una investigación y, tras identificar a los culpables, condenó a muerte a una parte por decapitación o ahorcamiento, mientras mutilaba a otros y multaba al resto (Teófanes *Chron.* AM6021; Juan Malalas *Chronog.* 18.119). Esta noticia resulta de sumo interés, puesto que los samaritanos ya no se atrevieron a manifestar su descontento a través de la rebelión abierta, sino en un ámbito normalizado dentro de la sociedad bizantina como era el de los fanáticos del circo. Sin embargo, en este contexto de particular intolerancia religiosa, su acción se les fue de las manos y fueron castigados en consecuencia.

No sería ésta la última ocasión en que se produjera una infiltración judaica en el seno de las facciones. Aunque se sale del marco cronológico de nuestro libro, la *Doctrina Jacobi nuper baptizati* o «Didascalión de Jacob», un extraordinario texto fechado hacia el 634, presenta un testimonio interesante. Oscurecido por su importancia en el plano religioso y en la historia temprana del islam, pues contiene una de las primeras referencias no islámicas al profeta Mahoma, se trata de una fuente procristiana que nos

ofrece una estupenda información: la historia de un judío llamado Jacob al que las leyes del emperador Heraclio le obligaron a abandonar su fe y a convertirse al cristianismo durante el reinado del emperador Focas (602-610). Anteriormente, su misión en la vida había sido molestar a los cristianos y sembrar la discordia entre ellos, para lo cual se valía muy inteligentemente de las pasiones del circo. Con veinticuatro años se hizo pasar por cristiano y comenzó una carrera de topo casi profesional en ambas facciones, que le llevó a recorrer diversas ciudades del Imperio como Cesarea, Antioquía y Constantinopla, con el único fin de vengar las humillaciones y ataques que habían recibido él y su pueblo a manos cristianas. Así, no dudó en infiltrarse en los grupos más radicales de ambos colores, los verdes y los azules, para soliviantar a sus «compañeros» de fanatismo. Consiguió que se pelearan entre sí y que agredieran a otros cristianos, aunque no tuvieran nada que ver con los radicales del circo, tras acusarlos falsamente de judaísmo, maniqueísmo y, por supuesto, de pertenencia al color rival. Llegó a acompañar a Bonoso, el conde de Oriente, un hombre extraordinariamente duro enviado por el emperador Focas con el expreso cometido de reprimir los graves conflictos urbanos y religiosos que asolaban este problemático territorio —y que, en parte, ayudan a entender la facilidad con la que lo conquistaron los musulmanes—. Jacob engañó a Bonoso y le incitó para que utilizara la fuerza contra unos cristianos tras acusarlos de pertenecer a la facción de los verdes y de ser unos sediciosos. Ni siquiera el conde de Oriente se libró de sus asechanzas, puesto que, siendo cristiano, era también uno de sus objetivos. En Constantinopla, Jacob se volvió a infiltrar en el grupo de los verdes, que en un primer momento defendían al usurpador Heraclio, quien había ocupado la capital, y se ocupó de que

atacaran a este magistrado. Más tarde fue a Rodas y allí, haciéndose pasar nuevamente por verde, azuzó a los constructores de barcos para que persiguieran a los facciosos azules que habían huido a la isla (*Doct. Iac.* 1.40 y 5.20). Quién sabe si no seguía Jacob la senda trazada por los samaritanos bajo Justiniano en el episodio que acabamos de citar.

Fechado unas pocas décadas antes, bajo Tiberio II (574-582), se produjo en Constantinopla un multitudinario tumulto con motivaciones religiosas. Lo presentamos aquí por su relación con lo que se acaba de narrar. Al parecer, en un ataque que merece perfectamente el calificativo de «histérico», la plebe acometió en la capital una razia antipagana después de que se hubiera descubierto que el gobernador de Siria y nada más y nada menos que los patriarcas de Antioquía y Constantinopla, entre otros, eran supuestamente criptopaganos, una acusación gravísima que motivó que se les apresara y fueran trasladados a la capital. La vida de la ciudad se paralizó, los negocios cerraron y el subsiguiente tumulto se llevó por delante diversos espacios públicos, como el pretorio y los juzgados, de donde fueron sacados a la fuerza una pareja de genuinos paganos a los que se ejecutó metiéndolos en un bote en llamas arrojado al mar. El verdugo público, que se había negado a darles muerte sin un juicio previo, fue prendido por la masa y atado a la desdichada pareja, pero pudo soltarse a tiempo y, con importantes quemaduras, zambullirse en las aguas. El motín no fue sofocado hasta que esa noche intervino el emperador después de que los sublevados decidiesen marchar al mismísimo Gran Palacio. Al día siguiente, Tiberio convocó unos juegos circenses y, tras unos cánticos alusivos a lo acontecido la víspera, ordenó a los soldados que detuvieran a algunos sediciosos, miembros de las facciones, y los

torturaran para sacarles información. Merced a las pesquisas, se descubrió que numerosos judíos, samaritanos y maniqueos se habían infiltrado en los grupos más radicales con el objeto manifiesto de saquear y de quemar iglesias, en lo que parece un claro antecedente de las acciones que emprendería Jacob al cabo de unas décadas. Entre los amotinados, Tiberio trató con mayor clemencia a los cristianos, pues los sometió al paseíllo de rigor por las calles y luego ordenó que los fustigaran, mientras que al resto de facciosos, judíos, samaritanos y maniqueos, los condenó a muerte o los exilió (Juan de Éfeso *HE* 3.30-32). Obviamente, este relato ha de ser tomado con cautela, ya que tiene el claro propósito de exculpar a los cristianos y echar toda la culpa a los judíos, samaritanos y maniqueos, convertidos en perfectas cabeza de turco, aunque no se puede negar categóricamente que en las facciones participaran gentes no cristianas. Lo cierto es que la culpabilización de los judíos de los desmanes del circo se tornó en un *topos* de la época.

Volviendo de nuevo a los tiempos de Justiniano, la última sedición extraconstantinopolitana que conocemos bajo este reinado ocurrió el mes de junio del 562 en la ciudad cercana de Cícico, al otro lado del Bósforo, en plena Propóntide. Por lo visto, aunque no conocemos más que los escuálidos datos de Juan Malalas, la sedición fue de gran envergadura y provocó la muerte de numerosos miembros de las facciones, así como importantes daños materiales (*Chronog*. 18.136).

De vuelta a la Constantinopla de Justiniano, como consecuencia de la Nika se suspendió la celebración de espectáculos circenses, pero finalmente se retomaron al cabo de cierto tiempo. Una muestra lo constituye el homenaje que, en una fecha indeterminada, el prefecto de la ciudad, Eustacio, le rindió al soberano erigiendo una estatua ecuestre en el hipódromo por sus victorias sobre los persas y

los escitas —término este último que, en este contexto, hacía referencia a los godos y los vándalos— (*AP,* 16.62). De este modo volvieron la emoción competitiva y la sana rivalidad entre los aficionados, pero también, inevitablemente, el fanatismo acalorado. La primera constatación en las fuentes del rebrote de la violencia data del 11 de mayo del 547, cuando según Juan Malalas se produjo un choque entre verdes y azules en el hipódromo durante el tradicional festejo del aniversario de la ciudad (su consagración por Constantino I en el 330), mientras se desarrollaban las carreras y delante del emperador, quien ordenó a los excubitores que actuaran sin contemplaciones. Algunos radicales fueron pasados por la espada, al tiempo que otros fallecieron aplastados en su huida (*Chronog.* 18.99; Teófanes *Chron.* AM6039). En julio de ese mismo año, Malalas informa de una nueva disputa violenta entre verdes y azules que ocasionó numerosas muertes, así como incendios en diversos lugares localizados entre el Tetrápilo de bronce —un arco triunfal de cuatro lados— y el barrio de Eleusía, incluida la singular Casa de Pardos (*Chronog.* 18.105; Teófanes Chron. AM6041).

A finales de la década de 540 (resulta imposible determinar la fecha exacta) estalló otro episodio de violencia que refleja algo nunca visto hasta el momento: la solidaridad entre las facciones de diferentes zonas geográficas. Según Procopio, los azules de Constantinopla mostraron su descontento por unos hechos ocurridos en Cilicia y que afectaban a sus correligionarios del circo. El relato, bastante enrevesado, es el que sigue. Justiniano había enviado a un tal Martanes, yerno de León el Refrendario —un funcionario que atendía a las súplicas ciudadanas dirigidas al emperador y que disfrutó de gran poder durante el reinado—, a Isauria-Cilicia con un mando militar especial que le habilitaba para

acabar con la violencia que sacudía a una región asociada al bandidaje y a la piratería desde época prerromana. De acuerdo con Procopio —cuyo testimonio estaba viciado *per se,* pues tenía como único interés difamar a Justiniano—, Martanes se dedicó, durante el tiempo que estuvo allí destinado, a saquear a los cilicios; el botín lo repartía con el emperador. Por lo visto, los azules de la población de Tarso, amparados por el tradicional favor de Justiniano hacia su color, se envalentonaron e insultaron a Martanes en el ágora de la ciudad mientras se encontraba ausente. Al regresar y enterarse de lo acontecido, el general inició una batalla campal nocturna en la que murió un miembro de la oligarquía local, Damiano, que ejercía como protector de los azules de la ciudad. Entonces los miembros de la facción de Constantinopla de este mismo color se solidarizaron con sus correligionarios y, a la par que proferían terribles insultos y amenazas contra Martanes y su suegro León, exigieron en sus cánticos una explicación a Justiniano. Éste, ofendido, ordenó una investigación que nunca llegó a emprenderse porque León el Refrendario sobornó al emperador y a ciertos azules prominentes. Martanes marchó a Constantinopla, fue recibido en la corte por Justiniano y tratado con honores. Sin embargo, ahí no acabó la cosa. El general cayó en una emboscada en pleno palacio y los azules de Constantinopla le dieron tal tunda que sólo escapó a la muerte gracias a la intervención de los azules sobornados por su suegro. Aunque uno de sus oficiales fuera agredido y todo ocurriera en el palacio imperial, Justiniano permaneció impasible y no emprendió ninguna acción. De este modo, los azules salieron impunes, para escándalo de Procopio (*HA* 29.26-38). Este episodio tan turbio, desde luego, resulta muy difícil de interpretar. No obstante, se puede colegir que Justiniano procuró mantenerse equidistante: por una parte, rehusó

emplear contra las facciones la dureza acostumbrada desde la Nika, en especial al color de sus amores, y, por otra, procuró evitar que se fuera de madre la situación, pues la paz social bien merecía tragarse algunos sapos.

Queda claro, pues, que la violencia originada en el hipódromo de Constantinopla continuaba afectando soterradamente a la ciudad. El siguiente gran tumulto del que tenemos constancia documental se produjo en el año 550. Según Teófanes, a cuya crónica cabe añadir la información que nos proporciona una obrilla fragmentaria, los *Fragmentos de Túsculo* —una fuente menor que recoge parte de la obra de Malalas—, al anochecer del 16 de abril, siendo prefecto Juan Cocorobio, hubo un choque entre los azules y los verdes que causó numerosas víctimas en los dos bandos, entre ellas un tal Pamfeno, del barrio de Dagisteo. Lo interesante es comprobar su génesis: de manera similar a como ocurre hoy con los ultras de los equipos de fútbol, los verdes y azules se citaron para darse mamporros en el recinto vacío del hipódromo, en una jornada en la que no había competición. Sin embargo, la pelea se extendió y derivó en saqueos en los comercios cercanos (*Chronog.* 18.108; Teófanes *Chron.* AM6042).

La siguiente referencia a un problema de este tipo en Constantinopla se sitúa en el año 556 y tuvo de nuevo como marco los *ludi circenses* que conmemoraban el aniversario de la ciudad el 11 de mayo. Al parecer, los azules comenzaron a maldecir al prefecto Musonio por la escasez de pan que afectaba a toda Constantinopla desde hacía tres meses. Era una protesta habitual, muy menor, que en condiciones normales no habría despertado en absoluto la ira de Justiniano. Sin embargo, escogieron el día equivocado: el emperador se hallaba presente junto con el embajador persa, que de este modo disfrutó de la humillación y debilidad del

soberano bizantino ante los súbditos rebeldes. Al acabar el espectáculo, Justiniano ordenó al injuriado Musonio que arrestara y castigara a los miembros más prominentes de los azules (*Chronog.* 18.121; Teófanes *Chron.* AM6048). Es decir, el emperador actuó quirúrgicamente con el fin de evitar un tumulto, lo que hubiera sido una catástrofe ante un emisario tan importante. Y lo hizo pegando donde más dolía, a la élite de los fanáticos, que estaba debidamente identificada; de hecho, dada la parcialidad del emperador en favor de sus colores, es muy probable que incluso los conociera personalmente.

Hay que esperar al 561 para que las fuentes nos informen de otro desorden público de este tipo. Teófanes, que parece inspirarse en una parte hoy desaparecida de la obra de Malalas, narra cómo en noviembre de ese año se entabló en el hipódromo una cruenta pelea entre los verdes y los azules. Por lo visto, fueron los verdes quienes atacaron primero, antes de que comenzara el espectáculo propiamente dicho, pues aún no había llegado Justiniano para presenciar las carreras. Cuando al fin el monarca alcanzó la *kathisma,* observó la batalla que se estaba librando ante sus ojos y ordenó a Marino, el líder de los excubitores, que separara a ambos bandos. El tumulto, que ya había causado abundantes muertos y heridos en las gradas, sobrepasó a los guardaespaldas del emperador. Al parecer, los azules se habían repuesto de la agresión y tomaron la iniciativa invadiendo la zona del color rival, al grito de: «¡Quemad esto! ¡Quemad aquello! ¡Que no se vea a ningún verde por aquí!»; entretanto, los verdes les retaban con un: «¡Venid, venid todos!». Estos últimos acabaron por huir, pero en su marcha se aproximaron a la zona de Mese, la principal vía recorrida por los triunfos celebrados en Constantinopla, muy cerca del hipódromo, y que quizás era una zona de

encuentro tradicional de los azules. Los verdes profirieron entonces una versión del incendiario cántico que les habían dedicado sus adversarios y apedrearon a todos los que identificaron, atacaron casas y robaron cuanto pudieron. Aunque la narración sea un tanto confusa, parece que los azules no se quedaron de brazos cruzados y se enfrentaron a cara de perro con los verdes. De este modo, los alborotos se prolongaron hasta el amanecer del día siguiente, cuando el emperador decidió actuar. Muchos verdes fueron capturados y sometidos a tortura, aunque los facciosos más conspicuos lograron escapar. Los lugares donde se refugiaron los azules y, más importante aún, los verdes resultan muy ilustrativos, tanto del grado de violencia desatada como de la dureza de la represión que esta vez sí aplicó Justiniano: mientras que los azules se cobijaron en la lejana iglesia de Santa María de Blanquerna, los verdes llegaron a cruzar el Bósforo para hacer lo mismo en la basílica de Santa Eufemia de Calcedón. No es de extrañar que se alejaran tanto, pues la responsabilidad última de lo acontecido se achacó a los verdes. De ahí que éstos, a diferencia de lo que ocurrió con los facciosos azules, fueran sacados de la basílica por la fuerza. Las mujeres y madres de los radicales verdes se concentraron en las iglesias para solicitar al emperador, al más puro estilo circense, es decir, a gritos, clemencia para sus hombres. Sin embargo, fueron expulsadas a palos y el emperador no se reconcilió con los verdes hasta las navidades (Teófanes *Chron.* AM6054).

Meses después, en octubre del 562, se reprodujeron los mismos problemas. Teófanes únicamente indica que esta vez los disturbios se produjeron en Pittakia, en torno al foro de León I —que estaba situado en la proximidad de la acrópolis y que hoy quizás se encuentre bajo el palacio de Topkapi—, que al parecer era un feudo de los azules. Juan Malalas

certifica, además, que se trabó una lucha entre los verdes y los azules cuyos responsables fueron estos últimos y en la que ambos grupos utilizaron espadas. Uno de los más que probables cabecillas de una de las facciones, un tal Cléricos, que era hijo de un funcionario judicial llamado Juan y se hacía llamar Gylos (nombre que pretendía infundir terror, pues remitía a un demonio que afligía en particular a las mujeres y a los niños recién nacidos), incluso perdió una mano. En cualquier caso, las mayores bajas las provocaron los soldados que acudieron para reprimir brutalmente el tumulto (*Chron.* AM6055; *Chronog.* 18.138).

Curiosamente, ese mismo año, en el que al parecer el historiador Procopio fue prefecto de la ciudad, la relación entre Justiniano y Belisario se rompió por completo porque diversos hombres de confianza del general urdieron un complot contra el purpurado. Seis meses después, en abril del 563, según la crónica de Teófanes, Procopio era depuesto y le sustituía un tal Andrés. Este cambio fue muy mal recibido por los verdes: tan pronto como el nuevo prefecto salió de palacio tras su nombramiento, lo asaltó un grupo de radicales en los aledaños de otro palacio, el de Lausos, muy cerca del hipódromo y de la Mese, que le insultaron y apedrearon. No sería en absoluto descabellado considerar, dada la reacción de los verdes tras la destitución de Procopio, que éste fuese partidario de esa facción —y si se trata realmente del historiador, su contundente *Historia Secreta* cuadraría con dicha preferencia, y el resto de su obra adquiriría una nueva luz—. El choque con los azules estaba servido, y el enfrentamiento duró horas y se circunscribió a la importante vía de la Mese. Tan grave fue que Justiniano mandó a su sobrino y sucesor Justino con varias tropas. Se detuvo a numerosos violentos, que fueron expuestos durante días por las calles de la ciudad. Además, a todo aquel

faccioso que hubiera utilizado una espada en el tumulto se le mutilaron los pulgares —lo que quizás implique que el Cléricos (Gylos) referido más arriba perdió la mano como castigo por sus actos—.

Aunque lamentablemente no se ha conservado íntegra la *Cronografía* de Juan Malalas, al final del manuscrito hay dos informaciones interesantes sobre la violencia faccionaria en Constantinopla. Con respecto a su cronología, resulta extremadamente difícil asignarles como *terminus ante quem* una fecha más allá de 565 (el año del fallecimiento de Justiniano), si bien son obviamente posteriores al 563. En la primera de estas informaciones, Malalas (*Chronog.* 150) hace referencia a una disputa entre facciones que, por lo demás, refleja el frecuente rol social de los fanáticos. Así, los azules secuestraron a un verde que estaba siendo paseado por las calles antes de su castración como castigo por haber violado a la hija de Acacio, un servidor imperial. Cuando la comitiva judicial cruzaba Pittakia, territorio azul, con esta particular procesión de la vergüenza, los fanáticos de ese color se llevaron al reo a una importante iglesia situada en las cercanías, en cuyo interior se vivieron crudas escenas en torno al secuestrado. Inevitablemente, lo que allí ocurrió ha de interpretarse como la aplicación por parte de los facciosos de una suerte de justicia popular, que adquirió la forma de un abierto linchamiento al violador. Una vez finalizado este episodio, los azules fueron capturados, pero Justiniano se mostró clemente y así se lo comunicó al pueblo a través de un silenciario (un noble cortesano que servía al emperador). El castigo se limitó a que los azules condenados fueran paseados durante dos días por las calles de la ciudad. Faltan datos, pero el episodio se puede explicar sencillamente. Parece que en este caso la perenne parcialidad de Justiniano respecto a los azules no tuvo importancia alguna. La justicia

que los facciosos se tomaron por su mano contó más bien con las simpatías del conjunto de la sociedad y, por extensión, del emperador, que, según sus atribuciones legales, se situó por encima de los jueces y se mostró misericordioso con unos sujetos que perfectamente podrían haber sido condenados a muerte, pero que recibieron una pena tan menor que incluso cabría calificar como un premio. El paseíllo fue una suerte de desfile triunfal, ya que es plausible que la mayor parte de la población manifestase su conformidad con el crimen. Quedaría así demostrado que las facciones ejercían como portavoces sociales, de ahí su preeminencia. No era la primera ocasión, ni sería la última, en que en el mundo romano el pueblo se tomaba la justicia por su mano en una coyuntura de inquietud social. Los azules procedieron en este episodio como jueces, jurado y verdugos, y quebrantaron numerosas leyes al enfrentarse a los oficiales judiciales y secuestrar a un convicto e inmolarlo tras ocupar un lugar sacro. El hecho de que el violador fuera verde debió de suponer un enorme aliciente, pero no encontramos en las fuentes ninguna respuesta por parte de sus adversarios del circo. Tal vez tácitamente dieron su aprobación o, lo que parece más probable, no se atrevieron a oponerse a una decisión aplaudida por el conjunto de la sociedad. Queda también la duda de saber si Acacio, el padre de la ultrajada, era un azul, fanático o no, y si acudió a ellos para que actuaran contra ese verde.

La otra noticia que se ofrece al final de la *Cronografía* alude a un motín brutal en el que sólo participaron los verdes —Malalas afirma taxativamente que los azules no tuvieron nada que ver—, a raíz de un crudo enfrentamiento con las autoridades por una resolución judicial. Al parecer, unos oficiales judiciales o comentarienses intentaron, bajo las órdenes del prefecto de la ciudad Zemarco, arrestar a un

joven llamado Cesario en el barrio de Mazentiolo, un territorio favorable a los verdes. Estalló una revuelta y durante dos días numerosos oficiales y soldados fueron heridos y mutilados. Justiniano decidió enviar refuerzos y a sus propios excubitores, que murieron en gran número, como ocurrió también con los verdes. Esta auténtica guerra de guerrillas urbanas se extendió hacia el foro de Constantino, el Tetrápilo y el pretorio del prefecto de la ciudad. Aunque las autoridades lograron reconducir la situación, Justiniano tomó cartas en el asunto sustituyendo a Zemarco por Julián, un antiguo encargado de la documentación del emperador. Este nuevo prefecto se aplicó con extrema dureza contra todos los facciosos, tanto azules como verdes, si bien estos últimos fueron los que se llevaron la peor parte durante los diez meses de campaña. Los castigó con fuego, empalamientos, castraciones y descuartizamientos después de observar que sus actividades excedían en mucho la mera rebelión urbana y se adentraban en la más pura criminalidad. Según Malalas, «la ciudad fue restaurada a su estado original y todo el mundo caminaba libremente y sin miedo» (*Chronog.* 18.151). Un cronista africano llegó a decir que Julián había extinguido a los verdes (Víctor de Tunnuna *Chron. s.a.* 566), mientras que Coripo no dudó en alabarle por su terrible severidad (*Pan.* 4.3-7).

Más allá de su rol en las aclamaciones populares y del calor que infundían a los espectáculos, a veces los fanáticos también daban alegrías y se comportaban cívicamente, utilizando por el bien común sus indiscutibles dotes para el ejercicio de la violencia. Bajo Justiniano, que siguió en este aspecto la senda iniciada por Anastasio, hay ejemplos de la participación de estos sospechosos habituales en la defensa de ciudades. En primer lugar, fueron empleados para

contrarrestar a un grupo de hunos y cotriguros —otra población de las estepas— que en el 562, tras saquear Tracia, entraron en Constantinopla aprovechando una brecha en la muralla de Anastasio. La situación era de emergencia, de modo que Justiniano se vio obligado a recurrir a todo aquel que pudiera serle útil para defender la Gran Muralla de Constantinopla, incluido un ya anciano Belisario. Según Teófanes, el viejo general requisó todos los caballos de la ciudad, hasta los empleados en el circo (*Chron.* AM6051). Agatías, en sus *Historias,* hace la siguiente pintoresca descripción de aquellos que conformaron las defensas de la ciudad:

> Los sueldos del ejército se repartían sobre todo entre mujeres de mala vida y también entre aurigas y hombres innobles y afeminados en los momentos de necesidad y sólo enérgicos y resueltos en las revueltas civiles y en los enfrentamientos por los colores, y entre otras gentes aún más inútiles (Agatías *Hist.* 5.14.4).

Ciertamente, este ejército descrito por Agatías no resultaba muy prometedor para el futuro de la ciudad. Al parecer, intervinieron otros aurigas del mismo modo que Porfirio en tiempos de Anastasio —quién sabe si en calidad de oficiales de sus seguidores—, además de los miembros de las facciones y prostitutas. Este cronista puntualiza que estos soldados inexpertos dirigidos por el avejentado Belisario eran «civiles desarmados que, por su nula experiencia, pensaban que el peligro era algo muy ameno y que iban, más que a una campaña militar, a un espectáculo» (Agatías *Hist.* 5.16.2). En el discurso que Belisario dedicó a los faccionarios que se habían presentado voluntarios para combatir, afirmó que eran superiores en valor al enemigo, pero demasiado soberbios, audaces y exaltados, de tal manera que «los que se dejan llevar hasta tal grado de demencia que en su mente no hay nada de moderación son incluso empujados a enfrentarse al mismo Todopoderoso», por lo que les recomendaba mesura y prudencia (*Hist.* 5.17.3). El discurso

surtió efecto, pues superaron su indisciplina y consiguieron derrotar a un enemigo muchísimo más numeroso y experimentado. No en vano, Belisario empleó fundamentalmente en el campo de batalla a aquellos que estimó más exaltados y motivados. Además de los desafortunados campesinos que habían abandonado sus hogares en la Propóntide y lo habían perdido todo, destacaron «los más belicosos de entre los ciudadanos», es decir, los fanáticos del circo. La estrategia fue curiosa, puesto que Belisario se situó en el centro de la formación, justo donde esperaba que atacaran los enemigos con todas sus fuerzas, y «ordenó que lo siguiesen a donde él fuese, gritando y haciendo un ruido escandaloso» (*Hist.* 5.19.5), una tarea a la que estaban acostumbrados porque la llevaban a cabo día sí y día también en el circo. La estratagema tuvo éxito, ya que confundió al adversario haciéndole creer que estaba en inferioridad numérica, lo que provocó su huida. De este modo, mientras que cayeron cuatrocientos atacantes, no hubo baja alguna entre los defensores. A su vuelta, Belisario y sus improvisadas tropas fueron aclamadas y vitoreadas por el pueblo, que les dedicaron cánticos victoriosos. Sin embargo, como era previsible, fue el emperador Justiniano quien en última instancia se apropió del triunfo, que merecía el anciano Belisario en la última campaña que emprendió, su último servicio al Imperio, su última victoria. Mudando de opinión, el mismo Agatías llegó a reconocer su valía e incluso comparó a su salvaje tropa con los trescientos espartanos de Leónidas.

En Antioquía se observa en el 540 una participación similar de los miembros de las facciones en la defensa de la ciudad, en esta ocasión contra la amenaza del Imperio persa, aunque con un resultado completamente distinto. El rey de reyes Cosroes se plantó ante la populosa urbe bañada por el

río Orontes con el único ánimo de obtener un rescate por parte de sus habitantes. Sin embargo, su petición fue acogida con la típica reacción antioquena: con insultos y carcajadas. Entre los protectores de las murallas, cuenta Procopio, destacaron los jóvenes de la ciudad, «que antes de todo aquello estaban acostumbrados a las peleas, entre sí al menos, en el circo». Un calificativo, el de «jóvenes», que en realidad era una convención para referirse a los fanáticos en general, independientemente de su edad. Este hecho, así como el recibimiento a flechazos de un emisario persa que les reclamó el oro, impulsó a Cosroes a emprender un asalto que no tenía previsto. Los miembros de las facciones, que se distinguieron por su valor, aguantaron el primer embate persa, en contraste con los soldados profesionales bizantinos, que huyeron, tanto en las murallas como en el interior de Antioquía. Mientras que algunos de estos facciosos «iban completamente armados, la mayoría [combatía] a pecho descubierto y utilizando sólo piedras como proyectiles». En el fragor de la batalla, creyendo que tenían la victoria cerca, aclamaron a su emperador Justiniano e insultaron de nuevo a Cosroes. Sin embargo, se precipitaron; no aguantaron el segundo embate de los persas, protagonizado por sus mejores tropas, y de este modo la ciudad cayó, siendo sometida al saqueo y al fuego (*BP* 2.8.1-35). Después de esta victoria, Cosroes se marchó a la ciudad de Apamea, que tomó sin problema alguno. Allí se mofó del Imperio celebrando unos juegos circenses de obligada asistencia para sus habitantes. Como había oído que Justiniano era seguidor de los azules, el rey de reyes apoyó a los verdes en una carrera que, conforme a la descripción de Procopio, sólo puede calificarse como una farsa, pues el soberano persa ordenó que se repitiera para que así pudiera ganar el auriga verde (*BP* 2.11.31-35).

En el 565 falleció Justiniano y fue sustituido por su sobrino Justino II (565-578), en una sucesión algo oscura pese a la propaganda legitimizadora. No está claro si fue designado por su antecesor, aunque es evidente que fue ratificado tanto por el senado como por los altos magistrados del Imperio. Sea como fuere, llegó al trono cuando ya era veterano y después de haber ejercido el poder en la sombra en los últimos años de gobierno de su tío, de forma similar a como el propio Justiniano hizo con respecto a Justino I. Pese a que el balance del reinado de Justiniano sea controvertido y éste mostrase claras señales de agotamiento en sus últimos años, no se puede decir que el gobierno de Justino II estuviera a su altura. Desde luego, no se caracterizó por su astucia, aunque al principio intentara ganarse al pueblo suspendiendo el subsidio otorgado a los avaros y devolviendo a los aristócratas bizantinos el dinero que Justiniano les había pedido prestado. La interrupción del soborno a los avaros no tuvo una repercusión inmediata en Bizancio, pero a la larga le afectó gravemente, pues los avaros y los lombardos se unieron para atacar el reino ilírico de los gépidos, tradicional aliado del Imperio que actuaba como tapón en esa zona tan sensible. Su hueco lo ocuparon, por tanto, los avaros, quienes a partir de entonces se convirtieron en la principal amenaza en los Balcanes. Por su parte, los lombardos aprovecharon para penetrar en Italia y apropiarse del norte de la península, mientras que en Spania se perdieron destacados territorios ante el impulso bélico de los reyes visigodos Liuva y Leovigildo. Pero Europa no fue el único territorio afectado, porque los *mauri* encabezados por Garmul atacaron la provincia de África y mataron a su prefecto Teodoro. Todos estos territorios de ultramar, conquistados por su antecesor con grandes esfuerzos, prácticamente fueron abandonados por un Justino II que

desde un primer momento se preocupó más por el mantenimiento del subsidio a los persas y por tratar de equilibrar las cuentas del Estado, creando para ello nuevos impuestos y recuperando la venta de cargos que había prohibido Justiniano. En la esfera religiosa, estuvo a punto de resolver el ya centenario cisma que dividía a los monofisitas y los católicos nicenos. Sin embargo, finalmente fracasó y, como consecuencia de la fallida conciliación, se recrudecieron las luchas cristológicas por todo el Imperio. Con todo, el peor desastre llegó a fines de su reinado, cuando decidió revocar unilateralmente el tratado de paz con Persia y atacar a la potencia vecina. La catástrofe fue de tal envergadura que en el 574, tras la pérdida de la ciudad clave de Dara, el emperador perdió la razón. Las acusaciones de locura vertidas contra otros emperadores romanos del pasado parecen una broma si se las compara con el estado mental de Justino II. Se derrumbó por completo, tal y como se observa en los escabrosos detalles que ofrece el coetáneo historiador eclesiástico Juan de Éfeso, quien justifica tal enajenación como un castigo divino por su política religiosa: ladraba como un perro, maullaba como un gato, balaba como una cabra, cacareaba como un gallo. Pero no sólo eso, sino que también reptaba e intentaba constantemente suicidarse arrojándose por una ventana, por lo que siempre estaba vigilado por hombres robustos que no temieran su fuerte dentadura, pues era propenso a dar buenos mordiscos. Asimismo, creía en la existencia de una especie de hombre del saco que le atemorizaba; para calmarle, en sus aposentos sonaba música de órgano durante todo el día y la noche. Por lo demás, para desplazarle se inventó la que podría calificarse como primera silla de ruedas —con trono incorporado— de la historia. Narra Juan de Éfeso otras anécdotas similares; por ejemplo, se asomaba a la ventana de

palacio y gritaba a quien pasara por allí que vendía las mejores sartenes (Juan de Éfeso *HE* 3.1-3). La situación era dramática para el Imperio, pero en el 574, en un momento de lucidez y por consejo de su mujer la emperatriz Sofía, aceptó nombrar a su amigo Tiberio como césar y, más tarde, poco antes de morir, como augusto designado.

Con respecto al rol del hipódromo en el ceremonial de su entronización, no existe mejor testimonio que el magnífico relato que el africano Coripo incluyó en su panegírico de Justino II. Al parecer, ante los rumores de que Justiniano había fallecido, la población vació las calles para encaminarse al hipódromo, como era menester a la espera de que se notificara la elección del nuevo emperador. De este modo, «allí estaba la población en pleno: niños, jóvenes y ancianos», que aplaudían y cantaban con «una sola voz, un mismo espíritu». En cierto momento se anunció el nombre del sucesor y, al unísono, fue proclamado con el tradicional: «¡Vence Justino!» *(Tu vincas, Iustine!)*. Según el enfático texto de Coripo, «aumenta el enorme griterío y el luto se aleja del palacio imperial ante la llegada de la nueva alegría. El clamor provoca la exaltación de la multitud; todos los elementos ofrecen su favor a Justino, la alegría es general». De inmediato acudieron los magistrados al circo, y el poeta llega a decir, en un auténtico exceso retórico, que el cadáver insepulto de Justiniano se emocionó y que el palacio inundado de luz notificó así que era el mismo Dios cristiano el que había coronado a Justino (*Pan.* 1.345-1.367). Al día siguiente, el nuevo emperador marchó a la iglesia de San Miguel y más tarde fue investido en el palacio con los símbolos de su regalía, tal y como describe Coripo en unos grandiosos versos. Se le vistió y se le adornó con un broche de oro que había pertenecido a los emperadores de antaño y que fue recuperado del tesoro de los vándalos, y el lanciario

Armato le extendió tres veces la diadema imperial de oro consagrado hasta que finalmente se la impuso mientras expresaba con gravedad la siguiente fórmula: «Te confiero, Justino, la dignidad imperial». Ya era emperador. Tras ser alzado en el escudo circular por cuatro soldados escogidos, contempló a su corte como si fuera un nuevo sol. Recibió la bendición del patriarca de Constantinopla y fue aclamado por los senadores y los súbditos presentes. A continuación subió al trono imperial y ofreció un discurso ante los senadores exhortándolos a llevar a cabo un buen gobierno, a dar buen ejemplo y a cuidar de los más desfavorecidos. Curiosamente, si hay que creer a Coripo, incluyó la siguiente petición: «Que se eviten los asesinatos, que se ponga fin a los altercados entre las facciones» (*Pan.* 2.231). Tras el discurso, marchó al Hipódromo de Constantinopla, donde le esperaba el pueblo expectante. En primer lugar marchaban en fila los nobles, el senado y los magistrados, y después el *cursor* —el responsable del correo imperial—, que colocó una lámpara que presagiaba la llegada del emperador. Entonces, el pueblo se puso en pie y observó cómo hacía su aparición el nuevo soberano, que les dedicó el signo de la cruz y los saludó antes de sentarse en el trono imperial de la *kathisma* entre aplausos. Vale la pena resaltar lo ocurrido a continuación:

> Cuando el emperador se sentó en el alto trono, resonó un gran clamor de alegría; el pueblo desea con múltiples voces una edad de oro para los emperadores, y ambas facciones piden a gritos larga vida para Justino y ruegan por la emperatriz Sofía con innumerables oraciones. Resuenan los aplausos, se propaga el regocijo de las facciones, las filas se responden unas a otras a las aclamaciones, levantan sus diestras a un tiempo y a un tiempo las bajan. Por todo el circo la muchedumbre agita con empeño sus mangas blancas, al igual que las olas que avanzan apretadas una tras otra. Se organizan cantos que se acompañan de música. Levantan la cabeza a un tiempo, unas veces con los brazos alzados, otras dejándolos caer. Avanzan a la vez y a la vez retroceden: la masa compacta de una multitud humana va y viene (Coripo *Pan.* 2.307-324).

Esta intrincada coreografía de gestos y cánticos provenía, con toda probabilidad, de los espectáculos circenses; por ejemplo, el creativo uso de las mangas se puede comparar

con el de los pañuelos blancos durante las carreras, empleados para vitorear a las autoridades. Con cierta señal se pidió silencio y éste fue respetuosamente respetado por todos los asistentes. En ese momento, Justino II dedicó al pueblo un discurso bien diferente, en cuanto a carácter y contenido, al que había pronunciado previamente ante los prohombres del Imperio. Pedía alegría y júbilo a los asistentes, a la vez que prometía justicia, favores al pueblo y también la restitución del consulado, que casi había eliminado Justiniano en el 542, al no permitir que nadie más lo ostentara salvo él mismo —de hecho, lo añadió a la titulatura imperial—. (Pese a esta promesa, Justino II finalmente no lo recuperó del todo, sino que imitó a su predecesor, como harían también los emperadores sucesivos hasta la definitiva desaparición del consulado en el siglo VIII.) Sin embargo, lo más destacado de estas palabras pronunciadas en el hipódromo fue el énfasis en la problemática de la violencia. Este asunto centró la mayor parte del discurso, según Coripo. Vale la pena resaltar este fragmento:

> Vivid felices, ciudadanos, es tiempo de júbilo. Regocijaos y conservad vuestra alegría, pues es Dios quien nos la ha concedido. Que nadie turbe su dicha. Que desaparezcan las matanzas, que cesen los enfrentamientos entre las facciones. Y que ahora, después de las duras fatigas, doy mi palabra a todos, tenga el pueblo paz y nosotros una diligente vigilancia. Construiré una ciudad tranquila para la seguridad de sus ciudadanos. [...] Sed pacíficos. Si el compañero ama a su compañero, si el ciudadano a su conciudadano, no sólo dispondré los deseados espectáculos del circo, sino que prepararé recompensas e importantes donaciones para el pueblo (Coripo *Pan.* 2.333-339 y 347-350).

Pese a conminar al abandono de la violencia por la senda de las leyes y a ofrecer garantías a los ciudadanos sobre su seguridad, los problemas debieron de continuar en el reinado de Justino II, aunque probablemente redimensionados, pues no disponemos de noticias destacadas sobre violencia facciosa en esa época. Cabe imaginar incluso que los más fanáticos sonrieran sardónicamente mientras el nuevo emperador enunciaba

estas palabras, dada la similitud con las de sus predecesores. Aunque Coripo no ofrece detalles sobre las inevitables carreras de carros que se debieron de celebrar a continuación, refiere las interesantes muestras de magnanimidad que se produjeron en el Hipódromo de Constantinopla cuando el espectáculo principal de la entronización ya había acabado y, presumiblemente, se habían entregado al pueblo y al ejército los donativos de rigor. Imitando a Anastasio y con una patente teatralización, pues todo indica que el acto estaba preparado, acudieron a la arena multitud de hombres llorosos enarbolando unos documentos mientras reclamaban el cobro de las deudas que Justiniano había contraído con ellos. Justino accedió al pago y ordenó que fuera traída parte de su propio tesoro personal al hipódromo para rendir cuentas en público. Entre los vítores de los acreedores y de los asistentes, ordenó que los títulos de deuda fueran quemados a la vista de todos (*Pan.* 2.361-2.406). El muy posterior Teófanes también recogió este hecho, si bien con una fecha equivocada y señalando a la emperatriz Sofía como la genuina pagadora de las deudas (*Chron.* AM6060). Sin embargo, estos prestamistas no fueron los últimos en saltar a la arena para solicitar la benevolencia del nuevo emperador, pues los siguió un numeroso grupo de mujeres de todas las edades, caracterizadas por un aspecto deplorable, que se postraron pidiendo el perdón para sus hijos y maridos presos, al parecer facciosos violentos. Ésta era una escena que ya se había vivido bajo Justiniano. De igual manera, Justino decretó una amnistía de la que incluso se beneficiaron condenados a muerte (*Pan.* 2.407-430). Después de otros espectáculos similares, finalmente el nuevo soberano abandonó la *kathisma* y el hipódromo.

Pese al evidente carácter encomiástico del texto de Coripo, no hay por qué poner en tela de juicio el relato de la

coronación. El énfasis en la seguridad y en la violencia de los radicales del circo respondía a una preocupación genuina de la sociedad constantinopolitana, y ésos eran el lugar y el momento adecuados para ponerlo de manifiesto. Aunque el problema persistiría, no se desbocó como en décadas anteriores. Quizás la razón se encuentre en la actuación contundente que, en los últimos compases del reinado de Justiniano, llevó a cabo Julián, el prefecto de la ciudad, quien por lo demás parece que continuó ocupando el mismo puesto durante los primeros tiempos de Justino II, según el elocuente retrato de Coripo en su panegírico, en el que alaba a un innominado prefecto «terrible por su excesiva severidad y muy venerable por su humana bondad», que sólo puede corresponderse con este Juliano (*Pan.* 4.6-7). No obstante, se debe señalar que carecemos de una fuente similar a Malalas, que trató minuciosamente la violencia circense en la época de su antecesor. El discurso de Justino se ha de entender como una necesaria política de conciliación, propia del comienzo de un reinado, la cual, sin embargo, acabaría alterándose con el paso del tiempo. De esta manera, Teófanes ofrece un elocuente testimonio del 569 que refleja el mantenimiento de una política de tolerancia cero frente a una realidad tumultuaria que continuaba amenazando la paz ciudadana. Por lo visto, en medio de unos juegos circenses, Justino II informó a los azules de que «el emperador Justiniano había muerto y les había abandonado», mientras que a los verdes les advirtió enfáticamente de que «el emperador Justiniano vive aún entre vosotros». Es decir, a diferencia de otros monarcas, en particular de su predecesor, Justino II dejó claro a los violentos que en él no iban a encontrar partidismo ni comprensión alguna hacia los desmanes del circo y sus protagonistas. De acuerdo con Teófanes, estas soflamas

calmaron los ánimos de las facciones (*Chron.* AM6061).

Lo cierto es que bajo Justino II no hay ninguna noticia relativa al circo antes de que perdiera irremisiblemente el equilibrio mental. Curiosamente, sí disponemos de alguna que otra cuando ya había superado el umbral de la demencia. Según Juan de Éfeso, en momentos de lucidez era capaz de recibir audiencias y de acudir a los juegos circenses, aunque fuera montado en la silla-trono; incluso se empeñó en construir un palacio en Deuteron, el barrio donde había residido antes de ser emperador, que contaba con unos jardines y un hipódromo (Juan de Éfeso *HE* 3.6 y 3.24). Tal y como ya se ha indicado, fue precisamente en uno de estos momentos de cordura cuando nombró césar y gobernante de facto a su amigo y conde de los excubitores Tiberio, quien a partir de entonces acompañó al emperador enfermo en la celebración de las diversas festividades y en los espectáculos circenses (Teófanes *Chron.* AM6067). Nueve días antes de fallecer, el atormentado Justino II lo nombró augusto.

Si el reinado de Justino II se caracterizó por la locura de éste, el de Tiberio II en solitario (578-582), al que su predecesor obligó a adoptar también el nombre de Constantino, fue una auténtica calamidad. Dilapidó por completo las riquezas que había acumulado Justino II y desequilibró las cuentas del Estado. No en vano, eliminó los odiados impuestos al pan y al vino y, con el objeto de festejar su ascenso al trono, ordenó una rebaja de los impuestos de un veinticinco por ciento durante cuatro años. Asimismo, se distinguió por su extrema prodigalidad hacia el pueblo y por sus constantes donaciones al ejército. Valga como ejemplo una anécdota, aunque con escasísimos visos de realidad, que cuenta Paulo Diácono: Tiberio tuvo la suerte de encontrarse dos inmensos tesoros —incluido el del

célebre general Narsés, que murió con noventa y cinco años en Roma— cuya riqueza ascendía a la desproporcionada e irreal cifra de cien mil libras de oro, es decir, 7,2 millones de sólidos áureos, y decidió regalárselo al pueblo, para desconsuelo de la emperatriz Sofía, la viuda de Justino II, que anteriormente le había aupado al poder (*Hist. Long.* 3.12). A propósito, las relaciones entre ambos fueron malas, en especial después de que el nuevo soberano, infringiendo un supuesto acuerdo previo a la coronación, rehusara abandonar a su mujer Ino para desposarse con ella, que al parecer pretendía seguir disfrutando del rango de augusta. Con posterioridad, según algunas fuentes no del todo fidedignas, Sofía planeó derrocarle con la ayuda de un general llamado precisamente Justiniano, si bien fracasó en el empeño. Tiberio se compadeció de ambos y les perdonó, aunque a ella la obligó a llevar una vida modesta. Lo cierto es que jamás perdió su estatus de augusta ni abandonó el palacio, aunque sus poderes eran ahora limitados.

Con respecto al gobierno del Imperio, Tiberio II se centró en el frente oriental y finalmente obtuvo una tregua de Cosroes por tres años a cambio del pago a los persas de treinta mil sólidos anuales. De Occidente se desentendió, aunque en un primer momento compró a los avaros para que atacaran a los molestos eslavos que ocupaban el territorio situado al norte del Danubio. Así lo hicieron, y con un rotundo éxito, pero luego estos mismos bárbaros atacaron el Imperio y capturaron la ciudad clave de Sirmio. Los avaros únicamente permitieron que su población y su soldadesca abandonaran sanos y salvos la ciudad después de un importantísimo rescate que ascendió a doscientos cuarenta mil sólidos. En cuanto a Italia, la gran amenaza eran los lombardos, que tras sufrir dos regicidios habían decidido abandonar la monarquía en beneficio de una

aristocracia que se repartía los dominios itálicos. Al comienzo del reinado de Tiberio, el senado romano intentó obtener apoyo militar de su emperador otorgándole como donativo tres mil libras de oro. La respuesta que recibieron fue descorazonadora: Tiberio les devolvió el oro y les aconsejó que lo emplearan para comprar la fuerza militar de los francos o para convencer a los lombardos de que le ayudaran a él en la guerra contra Persia. Poco después, eso sí, envió un pequeño destacamento militar que consiguió algunos éxitos en la península itálica. Al final del reinado, acabada la tregua con Persia, Tiberio nombró a Mauricio, el antiguo conde de los excubitores, general en jefe del frente oriental. Obtuvo numerosos logros que tenían como objetivo recuperar la ciudad clave de Dara. Sin embargo, la muerte del anciano rey de reyes Cosroes frustró un pacto que parecía inminente y su heredero Hormisdas prosiguió la lucha. Tiberio enfermó de extrema gravedad, al parecer a consecuencia de una indigestión tras ingerir unas moras en mal estado, y murió. Sin embargo, la víspera tuvo tiempo de marchar al hipódromo, postrado en una litera, para coronar como nuevo augusto al general Mauricio.

Con respecto al circo en época de Tiberio II, las noticias que conocemos son bastante escasas y la mayoría datan del comienzo de su reinado. Gregorio de Tours sitúa el golpe de Estado encabezado por Sofía y Justiniano precisamente durante su coronación. Según este autor de la Galia merovingia, ambos pretendían ejecutarlo en el hipódromo el mismo día de la entronización con el apoyo de las facciones del circo, pero el nuevo emperador tuvo conocimiento de la conjura y ésta fue desbaratada; posteriormente, como se ha indicado, los perdonó a los dos (*HF* 5.31). Esta historia no tiene parangón en las fuentes contemporáneas, por lo que debería desecharse a pesar de que diversos autores le hayan

dado validez parcial o plena. Por el contrario, el coetáneo Juan de Éfeso sí nos ofrece detalles de la coronación, así como de un tumulto ocurrido en el hipódromo entre los verdes y los azules a causa del nombre que querían que adoptase la nueva emperatriz Ino, pues a su juicio éste poseía unas inadecuadas connotaciones paganizantes. Mientras que los verdes preferían Helena, los azules defendían el de Anastasia. Este último fue el escogido, lo que bien podría considerarse como una prueba de la parcialidad de Tiberio hacia los azules (Juan de Éfeso *HE* 3.8; Teófanes *Chron.* AM6071).

Con el emperador Mauricio (584-602) se cierra la sección narrativa de este libro. A diferencia de su antecesor, era un hombre apto para la guerra —de hecho, parece ser el autor de un manual de guerra que ha llegado hasta nosotros, titulado *Strategikon*— y dotado con una fuerte personalidad que impregnó su reinado, aunque éste acabase en desastre y asesinato. A pesar de que en un principio Tiberio II había decidido dividir el Imperio entre sus dos yernos Mauricio y Germano, casados respectivamente con Constantina y Charito, finalmente optó por que el trono lo ocupase el primero en solitario, mientras que el segundo —descendiente de otro militar llamado asimismo Germano que, a su vez, procedía del rancio linaje romano de los Anicios y de la ostrogoda Malasunta, hermana del rey Atalarico y nieta del gran monarca Teodorico— fue elegido como césar. Este movimiento, extraño para la época, tenía como objetivo imitar lo ocurrido en el Bajo Imperio. El estado en que Mauricio encontró las arcas imperiales era dramático, pero aun así emprendió una enérgica actividad militar en todos los territorios del Imperio. Sin embargo, en un primer momento se centró en la lucha contra el tradicional enemigo persa. Al inicio de esta campaña ofreció muestras de su

habilidad y mano izquierda después de que la tropa se rebelara y escogiera a sus propios jefes; Mauricio ejerció de nuevo su dominio sobre estos soldados sin castigarlos (incluso los recompensó) y progresivamente las aguas volvieron a su cauce. Asimismo, tuvo un golpe de suerte: el rey de reyes persa Hormisdas fue asesinado y su hijo y sucesor Cosroes II sufrió un golpe de Estado que le llevó a rehuir el combate. A cambio de ayuda militar para recuperar su reino, Cosroes no sólo aceptó devolver a Mauricio la crucial ciudad de Dara, sino que también realizó otras concesiones territoriales. De este modo, la frontera romana se adentró en el territorio persa y se firmó un ventajoso tratado de paz.

La situación en Occidente era más compleja, pero, a diferencia de Tiberio, Mauricio sí actuó: sobornó repetidamente al rey franco Childeberto para que atacara a los lombardos —los asaltos merovingios fueron tan exitosos que condujeron a los duques lombardos a elegir un rey tras diez años sin un mando centralizado—, y así consiguió una tranquila estabilidad en este territorio asolado durante la primera fase de su regencia. Sin embargo, posteriormente Childeberto se hartó de combatir del lado bizantino y acordó una tregua con los lombardos que desembocó en un ataque contra la Italia bizantina, tal y como refleja dramáticamente la obra escrita del papa Gregorio I Magno. Ante esta situación, Mauricio decidió reorganizar la estructura política y militar de la Italia dominada. De este modo, eliminó el centenario puesto de *magister militum* en beneficio de una nueva figura, el exarca. A diferencia del anterior cargo, que limitaba su poder al ámbito militar, el exarca lo disfrutaba también en la esfera civil. Un dato que demuestra, por una parte, la irremisible quiebra de las tradiciones políticas del territorio que había sido el núcleo del Imperio romano y, por

otra, su progresiva militarización. Otro tanto ocurría en África, puesto que allí también se empleó esta nueva figura. La situación era muy complicada, pero aún lo era más en los Balcanes. Los avaros seguían siendo el gran problema; de hecho, en una de sus campañas de saqueo durante la primera parte de su reinado, llegaron a penetrar hasta Constantinopla. Después de que Mauricio hubiera estabilizado el frente persa, los avaros monopolizaron su atención militar junto con la amenaza de unas poblaciones eslavas que en las últimas décadas habían comenzado a dispersarse por Europa Central y Oriental y, por tanto, a chocar con el Imperio bizantino, actuando como amenaza o como aliados de Constantinopla. Pese a diversos reveses, el emperador repelió a los avaros y recuperó la ciudad de *Singidunum* (Belgrado) tras varios años. Asimismo, cruzó el Danubio en constantes campañas militares diseñadas para castigar concienzudamente a los eslavos. Sin embargo, este celo contra las poblaciones bárbaras desencadenó el final de este enérgico emperador. En efecto, ordenó repetidamente que la tropa acampase en pleno *Barbaricum,* al norte del río, y esta disposición disgustó enormemente a la soldada, que acabó por amotinarse después de que les anunciaran que parte de la paga se les daría en especie. La tropa danubiana fue más lejos y eligió a un oficial llamado Focas como su nuevo emperador. Ya volveremos más adelante sobre este desenlace.

En cuanto al circo, antes de analizar los acontecimientos ocurridos en Constantinopla, en los que las facciones jugaron diversos roles fundamentales en diferentes momentos del reinado, vamos a ofrecer una historia curiosa, sólo conocida a partir de la interesantísima obra histórica de Juan de Nikiu, que fue obispo copto de la ciudad situada en el delta del Nilo que le dio su sobrenombre, así como

administrador de los monasterios del Alto Egipto cuando este territorio ya llevaba décadas ocupado por el islam (sobre esta obra y el circo, véanse las interesantes matizaciones de Booth, 2012). De hecho, se trata de uno de las principales documentos sobre la pérdida de esta provincia clave para el Imperio bizantino. Juan nos proporciona un extraño relato que aúna circo, rebelión y piratería. A tres hermanos llamados Abaskirón, Menas y Jacobo, que procedían de una rica familia de la ciudad de Aykilah (Zawiya), cercana a la capital egipcia, el prefecto de Alejandría les ofreció el gobierno de diversas poblaciones egipcias —no se sabe si en calidad de tribunos o de *toporetas,* es decir, si con funciones militares o civiles—, pero el resultado fue percibido como muy negativo, algo que les hicieron saber con fiereza los miembros de la facción de los azules. No se sabe ni dónde ni cómo, puesto que faltan elementos explicativos que contribuyan a contextualizar los hechos, aunque parece que ocurrió durante la celebración de unas carreras en un circo situado en una de esas localidades administradas. Los tres hermanos, que no soportaron las críticas, no se arredraron y protagonizaron un estallido de furia inédito. No sólo atacaron a los azules, sino que también saquearon por su cuenta y riesgo las ciudades de Bena y Busir, cuyas termas incendiaron y donde mataron a diversas personas. El relato resulta muy confuso, pero parece que se sirvieron de gentes procedentes de su ciudad nativa de Aykilah, por lo que quizás debieran verse aquí algunos componentes de la típica rivalidad interurbana, de la que contamos con abundantes ejemplos en época romana. Tanto el prefecto de Busir, que había conseguido salvarse al huir por la noche, como el de Alejandría presentaron informes de lo ocurrido al emperador Mauricio, que conminó al prefecto alejandrino a que cesara de inmediato a estos tres hermanos.

Sin embargo, éstos no sólo no lo acataron, sino que llevaron a cabo un inusitado salto al vacío: formaron un verdadero ejército privado, compuesto principalmente por aquellos que los habían acompañado en la campaña punitiva anterior, y capturaron un buen número de naves de la anona (aquellas que se ocupaban del transporte de alimento a la ciudad de Alejandría). La capital egipcia, en consecuencia, pasó hambre. Además, se quedaron con los impuestos de toda la región y, para más inri, obligaron al mismísimo prefecto de Alejandría a que les redirigiera los que se habían recaudado en la ciudad. Este extraño dato quizás debiera interpretarse como una contraprestación pagada por el magistrado para que los hermanos le proporcionasen algo de grano, con el fin de atenuar la carestía y la hambruna. Los siempre mesurados alejandrinos no quisieron perder las buenas costumbres y pretendieron asesinar al prefecto Juan. Éste sólo pudo salvarse gracias a la intervención armada de unas gentes que únicamente pueden identificarse con los monofisitas o coptos de la ciudad (Juan de Nikiu, que era copto, los define como los fieles que amaban a Cristo), y que intervinieron porque él se había mostrado favorable a su causa. De hecho, Juan nos informa de una extraña reunión celebrada en la mencionada Aykilah sin que el pueblo se enterara, cuyos participantes fueron representantes de toda la sociedad, pues acudieron diversas autoridades civiles, militares y religiosas de Alejandría, incluyendo al patriarca niceno de la ciudad y, ojo, también las facciones verde y azul del circo, que deseaban un nuevo prefecto porque, a su juicio, Juan no les trataba como ellos esperaban. Cuesta no apreciar en todo ello un conflicto proteico que sacudía a la sociedad, así como un abigarrado escenario de lealtades cruzadas. Las diversas interpretaciones y exposiciones de datos hacen difícil comprender lo que ocurrió en realidad,

como por ejemplo si hubo una colusión entre los tres hermanos y estas élites alejandrinas que pretendían librarse de un prefecto contrario a sus intereses. Una vez que la vía violenta no fructificó, los habitantes de Alejandría emplearon una más civilizada: pidieron por carta su destitución. Una iniciativa que, con total seguridad, partió del conciliábulo presentado previamente. Al final, el prefecto Juan se marchó de la ciudad y fue sustituido por un tal Pablo. El emperador Mauricio reclamó al antiguo prefecto que acudiera a su presencia, y éste así lo hizo, acompañado por los fieles que le habían salvado la vida y despedido con honores.

La conservación de esta historia tan extraña y anómala se explica dentro del contexto de las eternas y feroces luchas cristológicas de la ciudad de Alejandría. De ahí, con total probabilidad, que fuera registrada por escrito en la obra de Juan de Nikiu. Sin embargo, lo que más nos interesa es el rol jugado por las facciones. Por una parte, se observa su tradicional papel como voceros críticos con el poder, casi como representantes de la sociedad, al hacer saber a los tres hermanos el disgusto que su gestión suscitaba en la zona del Delta donde administraban sendos núcleos urbanos. (No hay pruebas para determinar si eran fanáticos como los que se encontraban en las grandes ciudades o, lo que parece más probable, un conjunto de aficionados no particularmente violentos reunidos en torno al espectáculo que cohesionaba la sociedad.) Este rol autoimpuesto, como hemos visto, fue contestado por los hermanos con el uso de la violencia, al modo de los emperadores coléricos de antaño. Por otro lado, el comportamiento de las dos facciones en Alejandría supone un paso adelante: aparte de la insólita colaboración de verdes y azules por una misma causa, el nivel de participación política subió un escalón, pues aunque no era

infrecuente que los más fanáticos se aliasen con determinados poderes o fueran manipulados por éstos, en ese momento el hecho de compartir espacio con las fuerzas vivas de la sociedad alejandrina les otorgaba de inmediato el mismo estatus y una legitimidad inaudita. Resulta sorprendente, y más en una ciudad como Alejandría, sediciosa casi desde su misma creación, si bien, como se ha venido observando en esta parte del libro, las facciones, y en concreto sus elementos más radicalizados, fueron adquiriendo cada vez más importancia y prácticamente acabaron por institucionalizarse, algo especialmente tangible después del reinado de Mauricio.

Todo hace pensar que en Alejandría, donde en el siglo VI no se encuentran ni de lejos las espectaculares evidencias de tumultos constatadas para eras anteriores, se controló de raíz la violencia de los entretenimientos desde Justino I. Llama la atención un dato anteriormente apuntado: que se levantara la prohibición de cualquier espectáculo, incluida la actuación de pantomimos, ordenada por este emperador y recogida por Juan Malalas, en respuesta al escalofriante ambiente de luchas callejeras que sacudía este reinado y que se prolongó hasta el de su sucesor (véase la p. 282). Quizás el férreo control de las autoridades disgustara a las facciones y éstas decidieran unirse con el resto de fuerzas vivas en contra de una medida que les parecía asfixiante, aunque siguieran formando grupos con una gran cohesión interna y prestos a intervenir en la vida de su sociedad. Sin embargo, a pesar de que no conozcamos evidencias faccionarias de entidad durante esa época, sí tenemos constancia de bastantes noticias posteriores al reinado de Mauricio, desde los tiempos de su sucesor Focas, que además narró también Juan de Nikiu, como los enormes tumultos que se produjeron en plena conquista musulmana.

El emperador Mauricio envió de vuelta al exprefecto Juan a Egipto y le otorgó el mando de la lucha contra los tres hermanos rebeldes, si bien no le restituyó en su cargo, un dato que ha de interpretarse como una concesión a los peticionarios de su cese. Obviamente, los sediciosos no recibieron con agrado esta decisión, sino que, desde su base en la ciudad de Aykilah, extendieron la revuelta por tierra y por mar, lo que afectó como poco a toda la geografía egipcia. Es decir, recurrieron al bandidaje y a la piratería. Así, a Isaac, hijo de Abaskirón, se le encomendó que actuase como pirata en mar abierto, y llegó a saquear la isla de Chipre.

Una vez que Juan estuvo en Egipto, se dispuso a planificar la ofensiva contra los rebeldes. Para ello, reunió a las fuerzas militares destacadas en Alejandría y a otras que se encontraban distribuidas por todo Egipto con el objetivo de asaltar Aykilah. Contaba con su hombre de confianza, el general Teodoro, que fue el principal responsable del diseño de la campaña militar y que le solicitó que fueran excarcelados cinco prisioneros a los que consideraba aptos para la misión, en especial a dos: Cosmas, hijo de Samuel, y Banón, hijo de Amón. Aunque estuvieran presos —por razones que nos son desconocidas—, gozaban de enorme predicamento social entre los alejandrinos y tenían experiencia militar, ya que el general les concedió el mando de la lucha por tierra, al primero, y por mar, al segundo. Juan también reclutó al mismísimo padre de Teodoro, que se llamaba Zacarías y era general como él, para que se encargara de otro frente en la ciudad de Busir. Mientras estas personas se ocupaban de la parte más activa y decisiva de la empresa bélica, Juan se quedó en la ciudad de Alejandría para construir unas defensas marítimas.

Lo primero que se acometió fue la limpieza de los caminos terrestres y marítimos. Cosmas y Banón lograron

un éxito rotundo, pues capturaron a muchos de los bandidos y piratas que actuaban con autonomía. Entretanto, llegó la hora del ataque final, que dirigió Teodoro, contra el núcleo de los rebeldes en Aykilah. Cosmas y Banón convencieron a muchos de los que se habían sumado voluntariamente a la rebelión de los tres hermanos para que los abandonaran, pues al fin y al cabo el éxito tiene un gran poder de atracción. La ciudad fue atacada, aunque en el fragor de la noche los rebeldes huyeron a la cercana Abusan con la intención de marchar a Alejandría, donde, al tratarse de una ciudad tan grande, pretendían pasar desapercibidos. Sin embargo, los aprehendieron en el camino. De este modo, los cuatro máximos responsables (los tres hermanos Abaskirón, Menas y Jacobo, e Isaac, el hijo del primero) fueron encadenados y montados en un camello. Llegaron a la capital, pero no de la manera que deseaban, puesto que se les sometió al paseíllo de rigor por las calles y luego fueron confinados en unos calabozos. Pasado un tiempo, el nuevo prefecto de la ciudad, el patricio Constantino, ejecutó a los tres hermanos y desterró de por vida a Isaac a la isla de Atroku, mientras que sus cómplices vieron sus propiedades confiscadas o se les castigó físicamente y las ciudades de Aykilah y Abusan destruidas mediante el fuego. Según un chascarrillo de Juan de Nikiu, el miedo atroz que prevaleció en Egipto indujo a sus habitantes a disfrutar de la paz y la tranquilidad (Juan de Nikiu *Chron.* 97.1-29).

Apartando la vista de las provincias, la información relativa al circo en Constantinopla durante el reinado de Mauricio resulta abrumadora por su variedad e importancia. Dejando a un lado la coronación, que siguió los cauces establecidos por sus antecesores en el hipódromo, destaca el protagonismo militar que adquirieron en diversas fases los fanáticos del circo. No era algo nuevo, pero resulta llamativa

su frecuencia bajo Mauricio, en relación con amenazas tanto internas como externas, como veremos más adelante. Sin embargo, este reinado se caracterizó por la alternancia de episodios favorables y desfavorables al emperador por parte de las facciones. Aunque parece que Mauricio era seguidor de los verdes y nada más alcanzar el poder encargó a Domentziolos que atacara a los azules por razones desconocidas (Juan de Nikiu 95; Booth, 2012, pp. 568-575), nunca controló las calles, como se verá a través de diversos episodios muy significativos. De este modo, en el 587 los avaros atacaron el Imperio y, tras masacrar a un importante contingente romano y capturar a Casto, su comandante, llegaron a las cercanías de Constantinopla aprovechando que el cuerpo dedicado a la defensa de Tracia y dirigido por un tal Asimuth había retrocedido hasta los muros teodosianos de la capital. La amenaza a las puertas desató la ira popular. Según el historiador Teofilacto Simocates, alias «el Chato», Mauricio fue insultado públicamente a través de unos cánticos infamantes en cierto ámbito que sólo puede interpretarse como el circo. Pero el emperador, cuya paciencia era proverbial, prefirió seguir buscando soluciones militares para ganar la guerra (Teofilacto Sim. *Hist.* 2.17.5-6; Teófanes *Chron.* AM6079). Un conflicto que, por lo demás, no fue resuelto de forma concluyente. De hecho, los problemas con los avaros continuaron durante el resto del reinado de este soberano.

Al año siguiente se volvieron las tornas y hubo momentos para el jolgorio general. En las calles de Bizancio se celebró una destacada victoria sobre los persas en la localidad de Sisarbanon, cerca de la importante ciudad de Amida. En el transcurso de la batalla, murió el general enemigo Afraates y se saqueó el campamento sasánida, lo que supuso la obtención de un enorme botín. Mauricio

decretó que se celebrara un triunfo —en el que, como novedad, participaron los pantomimos de las facciones— y que se ofrecieran carreras en el hipódromo (Teofilacto Sim. *Hist.* 3.6.1-5; Teófanes *Chron.* AM6080). Otra muestra de buena conexión entre el emperador y los seguidores de los distintos colores se produjo con motivo del anuncio del nacimiento de su hijo Teodosio. Fue festejado en el circo con cánticos que celebraban la llegada de un heredero varón porque frustraba cualquier intriga (Juan de Éfeso *HE* 5.14).

Pese a la inherente falta de fiabilidad de las facciones, Marciano recurrió a los grupos de aficionados violentos en algunas ocasiones en que las carencias militares de la capital ponían en peligro la seguridad de Bizancio. Así, los convenció para que defendieran el Muro de Anastasio y las murallas teodosianas varias veces: la primera, en el 583, contra unos eslavos que habían saqueado Tracia y estaban a las puertas de la ciudad (Teófanes *Chron.* AM6076); la segunda, en el 600, cuando eran los avaros quienes amenazaban la ciudad (Teófanes *Chron.* AM6092), y, finalmente, en el 602, se les requirió para frenar al usurpador Focas. Es precisamente en el difícil contexto de las postrimerías del reinado de Mauricio cuando se observa una duplicidad en su relación con las facciones, condicionadas por la progresiva mala fama que fue adquiriendo el emperador.

Tres autores detallan sendos sucesos que se produjeron en los prolegómenos de su trágico final en las calles de Constantinopla y presagiaban la caída de Mauricio y su muerte. Teófanes refiere cómo se presentó en la puerta del palacio un extraño monje armado con una espada que profetizó a voz en cuello el asesinato del emperador. Los otros dos episodios de mal agüero aparecen en las obras de Teofilacto Simocates y Juan de Nicea. El primero ocurrió a

fines del 601 y se corresponde con una burla cruel dirigida al soberano —lo que bajo otro emperador podría haber acabado en masacre—. Unos radicales del circo, que, pese al silencio de Teofilacto a este respecto, debían de ser azules, pues sabemos que Mauricio se identificaba con los verdes, se mofaron gravemente del emperador. Entonces encontraron en las calles a un hombre que se asemejaba muchísimo al soberano y le impusieron una capa negra y una corona de ajos. A continuación, le subieron a un burro y le dedicaron unos cánticos infamantes en los que rogaban al Dios cristiano que el emperador fuera golpeado para despojarle de su arrogancia. Cuando Mauricio se enteró, decidió castigarlos, pero al final, fiel a su talante, fue clemente con ellos.

El último de esos tres incidentes supone un paso cualitativo, puesto que derivó en una agresión física. El 2 de febrero del 602, en el contexto de una crisis alimentaria, fue atacada a pedradas una letanía nocturna, que se correspondía con lo que en el calendario festivo católico se conoce como la Candelaria, encabezada por el propio Mauricio desde el Gran Palacio y que cruzó el barrio de Carpiano en su camino hasta la iglesia de Santa María de Blanquerna. El ataque, que pudo haberse tornado muy peligroso, pero que fue atajado a tiempo por la intervención de los excubitores, finalizó con la detención de los culpables. Los sediciosos más relevantes fueron condenados a penas leves, a un paseíllo de escarnio por las calles de la capital y al destierro, aunque Mauricio acabó por perdonarles al cabo de poco tiempo. Por otro lado, el emperador quiso congraciarse con el pueblo y ofreció unas festividades de una semana de duración para conmemorar el matrimonio de su hijo Teodosio, aunque, aparentemente, el enlace se había celebrado el año anterior (Teófanes *Chron.* AM6093;

Teofilacto Sim. *Hist.* 8.4.11-13 y 8.5.1-4; *Chron. Pasch. s.a.* 692).

Llegamos así a la caída de Mauricio, en la que el protagonismo de las facciones se incrementó dramáticamente. En el otoño del 602 Focas se alzó con el dominio del ejército de los Balcanes después de que este contingente se negase, como se indicó previamente, a acampar en pleno *Barbaricum*. Hasta en dos ocasiones se quejaron al emperador, y en las dos respectivas legaciones de los militares de los Balcanes marchó este Focas, que por lo visto sólo alcanzó el puesto de centurión y procedía de una familia de baja extracción social. En la primera de estas legaciones, Focas incluso fue abofeteado por el general y patricio Comentiolo. A su vuelta de la segunda, el ejército danubiano estalló y Focas fue escogido como su líder, aunque no como emperador en un primer momento. De inmediato, se dirigió a Constantinopla. Cuando Mauricio tuvo conocimiento de ello, quiso mantener al pueblo en la ignorancia respecto a la rebelión militar. Sin embargo, al día siguiente se celebraron carreras en el circo y la noticia fue desvelada públicamente por la facción de los verdes, en el contexto de una de sus típicas quejas por la opresión a la que, a su juicio, los sometían los magistrados. De este modo, arremetieron contra el prefecto del pretorio Constantino Lardos y contra otro magistrado llamado Domentziolos, a la par que mostraban su rechazo al nombramiento de un tal Krukes como su nuevo protector y apelaban a la condición de Mauricio de seguidor de los verdes para que les hiciera caso. Faltaba la guinda del pastel, y así aludieron al motín de las tropas danubianas, lo que demuestra la velocidad con la que corrieron los rumores hasta llegar a la ciudad, además del uso del circo como altavoz de las inquietudes populares —lo que recuerda a la lucha entablada por Constantino I y

Majencio a comienzos del siglo IV (véanse las pp. 162-163), aunque en este caso no hay duda de que la noticia fue filtrada interesadamente por Focas o sus seguidores—. Sin embargo, los verdes mostraron su apoyo al emperador y pidieron a Dios que fueran eliminados tanto los enemigos internos como los externos. Sorprendido, Mauricio declaró mediante un heraldo que nadie debía preocuparse, porque se trataba de una rebelión de «soldados estúpidos». Los azules se apresuraron a tomar la palabra y, quizás espoleados por la maliciosa referencia verde a los enemigos internos del emperador —aunque, visto con perspectiva, no les quedaba otra opción en esta coyuntura dramática—, se unieron a los verdes y declararon que Dios había encomendado el Imperio a Mauricio y sometería a los rebeldes sin derramamiento de sangre.

Según Teofilacto Simocates, unos días más tarde Mauricio convocó a los líderes de las facciones (llamados *demarcos,* que proviene de *demes,* «facciones» en griego): Sergio, de los verdes, y Cosmas, de los azules. (Ésta es la primera ocasión en la que los jefes de los radicales aparecen nombrados expresamente. Sin embargo, había una larga tradición jerárquica en estos grupos. Así, los mencionados Pedro Valuomeres y Cléricos Gylos —véanse, respectivamente, las pp. 173 y 162-163— bien pudieron ser en épocas anteriores jefes de sus correspondientes facciones.) La situación del emperador era desesperada, pues apenas disponía de fuerzas militares más allá de los excubitores y de unas pocas unidades, de ahí que quisiera aprovecharse de la inusual armonía entre ambas facciones. Les preguntó con cuántos hombres aptos para el combate contaba cada una, y los demarcos se lo comunicaron tras realizar un censo: mil quinientos los verdes y novecientos los azules. Mauricio les proporcionó armas y les encomendó

la defensa, conjuntamente con sus guardaespaldas, de los muros teodosianos de la ciudad —es decir, aquellos que defendían el perímetro de la urbe; no el Muro de Anastasio, que se situaba a más de cincuenta kilómetros de distancia—. Poco después, Mauricio interceptó una carta dirigida por el ejército rebelde a su hijo Teodosio en la que le conminaban a hacerse personalmente con el poder o a que, en su defecto, lo tomara Germano, el césar y cuñado de Mauricio. Ante esta noticia, Germano, negando que pretendiese apoderarse del trono, se refugió en una iglesia y luego en Santa Sofía. Entretanto, un enfurecido Mauricio responsabilizó de la huida del césar a su propio hijo, al que golpeó con una vara, al tiempo que intentó sacar a Germano de su lugar de asilo por medio de los excubitores. Cuando el pueblo se enteró de lo ocurrido, insultó gravemente al emperador y se produjo un tumulto. Las facciones, una vez quebrada su aparente lealtad, abandonaron sus puestos en las murallas y los verdes, en medio del caos, quemaron la casa del prefecto del pretorio y patricio Constantino Lardos —que sería ejecutado poco después—. Volvían así a la casilla de inicio, pues precisamente contra éste habían dirigido sus cánticos en el circo apenas unos días atrás. De esta manera se desentendieron definitivamente de un Mauricio que estaba desahuciado. Al cabo de unas pocas horas, el aún emperador huía con nocturnidad en un barco, acompañado de su familia, mientras ordenaba a su hijo Teodosio que pidiera ayuda a Persia. Pese a todo, el rol desempeñado por las facciones en esta historia no finalizó con este escenario de confusión. La misma noche en que escapaba el emperador, un grupo de verdes encabezados por un tal Hebdomites fueron a buscar a Focas y le abrieron las puertas de la ciudad. Por su parte, Germano quiso aprovechar la coyuntura para tomar la púrpura, desmintiendo su negativa

de la víspera ante el requerimiento de Mauricio, e intentó obtener el apoyo de los verdes. Negoció con su demarco y se ofreció a firmar un acuerdo por escrito. Sergio, tras deliberar con el resto de miembros relevantes de la facción, se negó en redondo, aduciendo que Germano se había mostrado como un recalcitrante aficionado a los azules —sin embargo, pese a la intentona del césar, y seguramente en conexión con la carta anteriormente referida, no fue ejecutado y Focas le ordenó como clérigo—. Por su parte, los azules validaron la iniciativa del fanático verde que había abierto las puertas a Focas y le solicitaron que se acercara al lujoso barrio de Hebdomon, lugar de partida de los triunfos constantinopolitanos, situado a cuatro kilómetros del núcleo urbano. Focas aceptó y, mediante un mensajero llamado Teodoro, convocó a Ciriaco, el patriarca de Constantinopla, y al senado. Este heraldo se subió después al púlpito de Santa Sofía para comunicar al pueblo que Focas iba a ser coronado emperador en el Hebdomon.

Ambas facciones participaron activamente en la entronización, así como en los desfiles triunfales que protagonizó el nuevo monarca a bordo de un carro tirado por cuatro caballos blancos, como mandaba la centenaria tradición. Recorrió así la ciudad tanto al día siguiente, cuando se encaminó al Gran Palacio, como dos días después, acompañado por su esposa, la emperatriz Leoncia. En este segundo triunfo estalló una riña entre las dos facciones en torno al lugar que debían ocupar en la comitiva. Focas envió a un militar llamado Alejandro para que negociara con Sergio, el demarco de los verdes. Sin embargo, de buenas a primeras le insultó y luego le noqueó de un golpe. Los facciosos, enrabietados, le amenazaron con estas palabras: «Retrocede, conoce tu lugar. Mauricio no está muerto». Al conocerlas, Focas se inflamó de tal modo que decretó el

asesinato inmediato de Mauricio y de toda su familia, incluido su hijo Teodosio, que había abortado el viaje en busca de la ayuda persa para estar junto a su padre. Lo cierto es que la familia imperial había sido capturada poco antes por los hombres del nuevo emperador mientras pedía asilo en la iglesia de San Autónomo en Calcedón, al otro lado del Bósforo. Por lo visto, Focas ordenó que Mauricio contemplase con sus propios ojos cómo sus hijos varones eran ejecutados uno por uno. Sin embargo, pese a esta tortura, el depuesto monarca resistió estoicamente recitando a modo de mantra un salmo bíblico. Esta reacción ante el extremo dolor que estaba padeciendo le valió entrar en el mito. Su muerte dio lugar a numerosísimas leyendas en diversas culturas de la Europa Oriental, basadas fundamentalmente en la supuesta huida de Teodosio y la supervivencia de otros retoños (Teófanes *Chron.* AM6094; Teofilacto Sim. *Hist.* 8.7.9-11).

Estos últimos compases de la actividad de las facciones resultan extremadamente esclarecedores sobre el creciente rol del circo en el mundo bizantino. Aunque estaba claro que en la ciudad representaban un violento poder fáctico, jamás se les había reconocido como actores casi oficiales en la disputa política, y menos aún en el ámbito ceremonial. No es casual que por fin aparezcan nombrados los líderes o demarcos de los radicales. A diferencia de lo que ocurría en el pasado más o menos reciente, cuando sólo se reconocía a los protectores o patronos de los diversos colores (azules, verdes, rojos o blancos), es decir, a los responsables de las cuadrigas y de los espectáculos de cada facción, a partir de entonces los demarcos desempeñaron un rol institucionalizado, revestido de legitimidad, que ya nunca abandonaron. Sin embargo, tal evolución, así como el reinado de Focas y el de sus sucesores, se sale del marco

cronológico del presente libro.

No obstante, a modo de epílogo resulta pertinente ofrecer algunos apuntes sobre la historia de Bizancio y el devenir del circo en el mundo bizantino. Al contrario que el capaz Mauricio, Focas se caracterizó por el desastre sistemático, tanto en lo que concierne a la mera administración del Estado como a su política exterior. Visto en retrospectiva, su reinado no es sino el preámbulo de un siglo catastrófico en el que el Imperio bizantino se vio reducido a la impotencia. Dejó de ser el gran superpoder de antaño a causa del advenimiento de un nuevo actor en el drama de la historia: el islam, que destruyó el Imperio persa y debilitó enormemente a Bizancio. Perdió casi todo el territorio que había controlado en África y en Asia, mientras que el poderío musulmán se hacía rápidamente, para siempre, con Egipto, Siria, África (que en la Antigüedad designaba el área en torno a Cartago) y buena parte de Anatolia y de las islas del Mediterráneo. Aun así, el Imperio bizantino persistiría ocho siglos más. Lo más sorprendente es que el circo sobreviviera durante la mayor parte de este tiempo, manteniendo algunos de los aspectos claves que hemos expuesto en las páginas previas, como el rol que desempeñaba en la exposición pública de la majestad imperial. El hipódromo siguió siendo un espacio fundamental de coronación y de representación para los emperadores hasta el siglo XII, cuando el viejo palacio imperial de Constantino I, el Gran Palacio, dejó de ser empleado y cesó la conexión del poder con el vecino hipódromo. Los violentos saqueos de la cuarta cruzada terminaron por dar la puntilla a este espacio público —los cruzados latinos emplearon la arena del circo para celebrar un espectáculo que casaba mejor con sus gustos: las justas de caballeros—. Sin embargo, antes de que el circo se

extinguiera por la quiebra de su vinculación con el ceremonial, prácticamente ya no tenía nada que ver con el entretenimiento público concebido más de un milenio atrás en Roma. Era un espectáculo caro que fue perdiendo su sitio conforme la vida urbana de la Antigüedad iba deshilachándose. Cada vez suscitaba menos interés, a la par que disminuían los días dedicados a las carreras. En las jornadas de competición se pasó de las veinticuatro carreras habituales al final del período tratado en este volumen a las ocho en la última época del circo en Constantinopla, que aparentemente fue el último reducto donde se celebró este espectáculo. Antes del fin del circo ya habían desaparecido las facciones entendidas como escuadras de competición y, al mismo tiempo, grupos organizados de aficionados. Paulatinamente los grupos de radicales se institucionalizaron y se sometieron así a un mayor control, antes de extinguirse por completo. Con todo, siguieron provocando problemas de orden público durante un buen tiempo, aunque el hecho de que las fuentes prestaran cada vez menos atención a un mundo como el circense dificulta el conocimiento exhaustivo de la última etapa de su historia. En cualquier caso, acabaron por languidecer en paralelo a un espectáculo que había dominado las pasiones de generaciones y generaciones desde que Roma copiara, adoptara, deglutiera y recreara la tradicional carrera de carros griega, para convertirla en el mayor espectáculo del mundo antiguo. Habría que esperar mucho tiempo, hasta el siglo XIX, para que resurgieran los entretenimientos de masas, aunque fue en el XX cuando éstos alcanzaron una repercusión similar a la del circo romano.

---

1 Todas las fechas del libro son posteriores al nacimiento de Cristo, salvo que se indique lo contrario.

2 En general, para los monarcas se ofrecen como guía cronológica las fechas del reinado, no las de nacimiento y muerte.

3 Se emplea el término «bizantino» para designar el Imperio romano que sobrevivió en Oriente a la

caída de la mitad occidental, distinguiéndolo así del período previo, aunque sea una creación posterior a su final en 1453.

PARTE II

EL MUNDO DEL CIRCO ROMANO

Tras este amplio recorrido histórico por la evolución del circo desde sus más remotos orígenes, con énfasis en el mundo imperial romano desde un plano diacrónico, resulta necesario pasar ahora a una perspectiva más sincrónica e indagar en algunas de sus claves internas. Obviamente, los juegos circenses no se mantuvieron incólumes con el transcurso del tiempo, aunque a veces cuesta certificar no tanto las transformaciones que sufrió como los procesos que las originaron. Sin embargo, la percepción del circo por parte de la sociedad y las pulsiones que suscitaba, ya fueran positivas o negativas, sí se mantuvieron constantes, así como el rol desempeñado por los protagonistas del espectáculo. Por eso, vamos a hacer uso de las evidencias de todo el período analizado para mostrar algunas de las claves de una diversión que para muchas personas del mundo antiguo era de vital importancia. Además, presentaremos a los principales participantes en el entretenimiento y concluiremos esta segunda parte con la recreación de un día tipo de competición.

La pasión por el circo

Y ese lugar que comprende las atalayas soberanas y la capital del mundo no lo reconozco por indicios de humo, por más que Homero recomiende tales indicios siempre que desde el solar amado se eleva el humo hasta las estrellas, sino que una zona del cielo más clara y un trecho despejado dibujan las cumbres brillantes de las siete colinas. Allí luce de continuo el sol e incluso parece más puro el día que Roma se forja para sí misma. De vez en cuando los ruidos del Circo resuenan sorprendiendo a mis oídos; una encendida salva de aplausos indica que los teatros están a rebosar; batidos por el aire

recibo ecos de voces conocidas, bien porque realmente me lleguen o bien porque los fragüe mi cariño (Rutilio Namaciano *de Red. suo* 1193-204).

Este fragmento del aristócrata pagano galorromano Rutilio Namaciano pertenece a una obrita que podría calificarse como un auténtico diario de viaje, en el que rememora la marcha apresurada que emprendió a su tierra natal desde la Ciudad Eterna en el 415 o 417 —quizás por su lealtad al paganismo, una postura incompatible con los años de gobierno del emperador Honorio—, desafiando la prohibición de navegar durante los peligrosos meses del *mare clausum.* Abandonaba de este modo una carrera administrativa que le había llevado a ocupar altos cargos de la Administración imperial bajo Honorio e incluso la prefectura de Roma. A través de estas palabras sentidas, Rutilio evoca la ciudad dejada atrás, donde se formó y vivió largo tiempo y a la que quizás nunca regresara. De las siete colinas le asalta el melancólico recuerdo de los sonidos de la ciudad: los aplausos en los teatros y el inmenso clamor popular en el circo. Eso es Roma para él, la pasión de sus habitantes, que llena sus oídos delimitando su recuerdo. Éste es el aspecto crucial del circo, puesto que sin pasión no hay entretenimiento que se sostenga en el tiempo. Por muy importantes que sean en sí mismos, los espectáculos acaban desvaneciéndose o se convierten en una mera anécdota histórica si no cuentan con el respaldo social. Pensemos, por ejemplo, en nuestra propia civilización, en la que el ocio es un factor perenne y existen numerosas actividades deportivas que se han tornado en espectáculos de masas, como el baloncesto, el ciclismo, el atletismo, el boxeo o los deportes de motor; sin embargo, sólo uno puede calificarse como un verdadero fenómeno global: el fútbol. Otro tanto ocurría en el mundo romano con el circo. No se trataba del único entretenimiento público ampliamente aceptado, pues durante seis siglos convivió con los *munera gladiatoria,* con

las *venationes* o cazas deportivas y con otros muchísimos pasatiempos muy populares, como los juegos de mesa (entre los cuales destacaron los siempre censurables dados) o la lucha deportiva, pero estas disciplinas no alcanzaron en absoluto su preeminencia social, no aguantaron el paso del tiempo ni, mucho menos, concitaron el fervor popular. Siguiendo con el símil futbolístico —sobre el cual resulta inevitable volver una y otra vez, a consecuencia de los notables parecidos con el circo—, también existían los deportes de pelota, cuyas reglas eran en algunos casos similares a las del balompié actual. Personajes como Augusto, Horacio, Cicerón o Mecenas gustaban de practicarlo en el Campo Marcio romano, y existen numerosísimos ejemplos por todo el mundo grecorromano de deportes que se jugaban con una vejiga de cerdo inflada, y de forma esférica. En el derecho romano incluso se analiza el curioso caso de un barbero que degolló a un cliente mientras le afeitaba a causa del pelotazo que recibió (*Dig*. 9.2.11). No obstante, ni los juegos de pelota ni las diversas disciplinas vinculadas con los Juegos Olímpicos ni, pese a su innegable popularidad, las referidas luchas de gladiadores o las *venationes* tuvieron el recorrido social del circo. Para demostrarlo, basta con analizar las evidencias del fervor que despertaba, pero, sobre todo, aunque resulte paradójico, las críticas acendradas de que era objeto, pues precisamente reflejan la exaltación que rodeaba al más grande espectáculo de todos los tiempos. Unas críticas, presentes tanto en las fuentes propias del mundo pagano como en las característicamente cristianas, que a menudo presentan razonamientos similares aunque partan de perspectivas muy diversas. Las fuentes cristianas son las que ofrecen el retrato más despiadado de la pasión circense de los romanos, siendo el *De Spectaculis* del africano Tertuliano la obra seminal. En

general, el aspecto más criticado es la vinculación entre este espectáculo y el paganismo idolátrico —un asunto sobre el que volveremos más adelante—, aunque también se aprecian, dada la inevitable aspiración totalizadora de los cristianos, una diatriba sistemática desde los planos moral e, incluso, doctrinal y eclesiástico.

Como prueba del fervor que suscitaba, se puede comenzar por el recinto donde se celebraban los *ludi circenses.* A través del registro arqueológico, así como de la epigrafía y de los textos, sabemos que numerosísimos núcleos urbanos de todo el Imperio, de norte a sur y de este a oeste, contaban con su propio circo —en latín, *circus,* por la forma ovalada del circuito— o hipódromo —que en griego significa literalmente «carrera de caballos»—. Y es que la carencia de este tipo de recinto dejaba claramente a la localidad en cuestión en inferioridad de condiciones respecto a las urbes que sí disponían de uno, como sucedía también con el teatro, el anfiteatro y otros espacios públicos, que para las comarcas y regiones circundantes actuaban a todas luces como foco de atracción. Algo parecido a lo que ocurre en nuestro tiempo, en el que los ayuntamientos pugnan por contar con piscinas, palacios de congresos, museos, aeropuertos e incluso, muy raramente, con bibliotecas, entre otros espacios públicos. Sin embargo, a veces no resulta fácil identificar los circos, ya sea porque el paso de los siglos los ha ocultado y ha impedido su hallazgo o, simplemente, y esto debía de ser muy común, porque la mayoría de los circos no eran monumentales, es decir, no siempre se caracterizaban por unas gradas y una espina de piedra. No era infrecuente, como es el caso del Circo Máximo de Roma, que para su emplazamiento se aprovecharan las condiciones del terreno, pues fundamentalmente se situaban en valles con un fondo llano apto para las carreras y lomas naturales a

los costados, para que los espectadores se situaran allí. Estas mismas estructuras podían ser perecederas, hechas de madera, como los recintos móviles que creó Caracalla en el frente (Dion Casio 78.9.4). Así, conocemos numerosas ciudades en las que en la Antigüedad se celebraban competiciones, aunque no sabemos en qué recinto. La extensión a nivel imperial refleja la enorme difusión de un entretenimiento y una pasión compartida, sobre todo en los centros urbanos de mayor tamaño, donde se observa un desmedido ardor ciudadano. De este modo, pese a la existencia de una amplia red de circos en localidades pequeñas o medianas, destacan los de poblaciones importantes como Antioquía, Alejandría, Milán, Trier o Cartago, donde se reunían decenas de miles de entusiastas y forofos, y, por encima de todos, el majestuoso Circo Máximo de Roma, superado a partir del siglo IV por el Hipódromo de Constantinopla. El Circo Máximo acogía, según Plinio el Viejo, ni más ni menos que a 250.000 espectadores, es decir, a una parte muy significativa de la ciudad, mientras que para el Hipódromo de Constantinopla se estima una capacidad de 100.000 almas. Estos recintos son una muestra palpable de la difusión de este espectáculo, pero hay muchísimas más, como los mosaicos y las pinturas que adornaban las villas y casas antiguas, las numerosísimas piezas de arte mobiliario encontradas por doquier, desde platos y ollas hasta lucernas, además de estatuas y de la propia moneda imperial. Los soberanos comprendieron que el uso de una iconografía relacionada con los espectáculos, y con el circo en particular, suponía un acercamiento a los hábitos de los súbditos, para los cuales el entretenimiento circense representaba una parte importante de su existencia.

Aquí conviene acercarse al tópico del *panem et circenses,* pan y circo, acuñado por el fértil satirista Juvenal (*Sat.*

10.81). La imagen prototípica que se ha conservado hasta el presente es la de una masa popular, la plebe, envilecida por un poder político que la mantenía alimentada y ocupada con distracciones para alejarla de la cotidianidad y de los asuntos verdaderamente vitales en el transcurrir del Estado. Aunque la enunciación más célebre de este concepto sea la de Juvenal, lo cierto es que su recorrido histórico es amplísimo y se observa ya en época republicana, siendo continuado en época imperial con diversas variaciones. Hay numerosos ejemplos de amargas críticas a una sociedad preocupada únicamente en su entretenimiento pese a las más adversas coyunturas. De esta manera, Cicerón se quejaba de que la vida siguiera igual en Roma, con la celebración de sus juegos, mientras Pompeyo era sitiado por Julio César (en marzo del 49 a.C.). Claro que escribía esto en su villa de Formia, una de las zonas de recreo de la élite romana (*Att.* 179.3). Por otro lado, Calígula arremetió por escrito contra el pueblo y el senado romano porque mientras él supuestamente afrontaba toda clase de peligros en el frente bélico, en Roma «se recreaban con banquetes celebrados durante el día, espectáculos de circo y de teatro, y estancias en apartados lugares de recreo» (Suetonio *Cal.* 45.3). Lo cierto es que debemos tomarlo como una broma típica del personaje, pues en esa campaña no corrió ningún peligro ni en el Rin ni en la frustrada invasión de Britania, en el transcurso de la cual ordenó a sus soldados que recogieran las conchas que encontrasen en el estrecho de Calais, como tributo que el océano debía al poderío romano. Más elocuentes resultan otros testimonios de época posterior. Por ejemplo, en Arlés los curiales le reclamaron juegos a Honorio en un contexto de máxima inestabilidad, después de que la ciudad gala hubiera sido saqueada cuatro veces a manos bárbaras (Salviano *de Gub. Dei* 6.8-9). Y en Roma el

papa León Magno criticó con dureza a sus conciudadanos por demandar más circo justo tras el saqueo vándalo de la ciudad en el 455 (León Magno *Serm.* 84.1).

Lo cierto es que este tópico, que recorrió la historia romana desde que el circo se convirtió en un auténtico espectáculo de masas en época republicana, aunque no carezca de base real, era de cariz elitista y resulta relativamente injusto. No en vano, en el caso del *panem* (acusativo de *panis, -is,* «pan»), el subsidio alimentario con el que eran agraciados los habitantes de las megalópolis, éstos no hacían sino beneficiarse de los réditos de unas políticas imperiales de las que se aprovechaban ampliamente las capas más elevadas de la sociedad, sin merecer por ello crítica alguna en las fuentes. Además, la fiebre circense alcanzaba a todas las clases sociales, no sólo a la plebe, como veremos más adelante. A propósito, la palabra «fiebre» (serían igualmente válidos términos como «locura» o «demencia») define a la perfección los efectos del circo y su arraigo en la sociedad romana desde que se apropió de los juegos hípicos de los griegos, adaptándolos a sus gustos. El circo se convirtió rápidamente en una diversión de masas que superó el estatus de mero entretenimiento para erigirse en un elemento fundamental de la vida de los romanos antes de extenderse por el Imperio. Esta evolución del circo, que en su origen, como vimos, estaba ligado a las élites de la ciudad pero acabó por extenderse socialmente, se observa en su integración en uno de los mitos fundacionales de la urbe: el rapto de las Sabinas. Según esta escena mítica, los individuos que había reunido Rómulo en su ciudad recién creada, la mayoría gentes de mal vivir (de hecho, el núcleo de la urbe estaba compuesto por bandidos y ladrones), ante la ausencia de mujeres en el seno de su grupo, decidieron secuestrar a las mujeres de sus vecinos los sabinos después

del fracaso de Rómulo en su tentativa diplomática. El caudillo romano invitó entonces a los sabinos a unos juegos ecuestres en honor del dios Neptuno Ecuestre (que con el tiempo pasarían a ser el festival de las Consualia) y a una señal, mientras se celebraban las carreras, los romanos raptaron a las mujeres, tanto jóvenes como adultas, de los invitados que incautamente habían acudido al espectáculo (Tito Livio 1.9.1-16). Obviamente se trata de un mito, pero resulta en extremo revelador que el circo sea su principal escenario y que la pasión por el espectáculo constituya el trasfondo de la acción. Además, conocemos episodios de la realidad histórica en los que esta gran afición por el circo del conjunto de la población fue aprovechada para invadir una ciudad durante la celebración de unos juegos; por ejemplo, Siracusa por parte de los romanos en época republicana o, *mutatis mutandis,* Cartago en el 439 por parte de los vándalos. Otra confluencia de espectáculos y desgracia se observa en el caso de Pompeya, puesto que la población asistía a un espectáculo escénico en el momento en que el Vesubio entró en erupción (Dion Casio 66.23.3).

El entretenimiento ecuestre, que al principio tenía una connotación aristocrática como en el mundo griego, con el paso del tiempo se extendió por todas las clases sociales, y en la República, aunque la cronología resulte difícil de establecer, ya estaba configurado el espectáculo de masas con las cuatro facciones, la verde, la azul, la roja y la blanca, curiosamente siendo por lo visto estas dos últimas las primeras en aparecer. Como era de esperar, esta generalización del circo levantó críticas y deseos de separación por parte de las capas más elevadas de la sociedad, que habían perdido la exclusividad en beneficio de la plebe más o menos desposeída. No en vano, la oposición entre la *dignitas* de los mejores y la perversa bajeza de la

mayoría es una constante de la literatura y el discurso romanos a lo largo de todas sus épocas, como buena sociedad de clases que era. Por eso no es de extrañar que el mundo de los entretenimientos públicos se tornara en un ámbito propicio a la diferenciación, sobre todo conforme fue adquiriendo un lugar relevante en la vida social romana.

Un ejemplo de las duras críticas que provocó la vulgarización del circo en época republicana es Cicerón, que en numerosísimas ocasiones mostró su descontento hacia los entretenimientos públicos, en particular los juegos circenses: «Estas cosas gustan a los niños, a las mujerzuelas, a los siervos y a personas libres semejantes a los esclavos, pero a un hombre cabal y con criterio firme no le pueden parecer bien de ninguna de las maneras», escribió tras hacer una distinción entre los hombres generosos y los pródigos —una imagen que siglos después plagiaría, con el debido filtro cristiano, Ambrosio de Milán—. Mientras que los generosos eran los que aportaban dinero para el pago de rescates, para saldar las deudas de los amigos o para las dotes de sus hijas, los pródigos derrochaban sus bienes en banquetes públicos y espectáculos como los protagonizados por gladiadores, las *venationes* o el circo (*De Off.* 2.16.55-58; Ambrosio *de sac.* 2.109). Eso sí, paradójicamente, como ocurre en tantas ocasiones en su ingente obra, el mismo Cicerón no dudó en defender los gastos en los que él había incurrido para organizar juegos o patrocinarlos de acuerdo con sus obligaciones, ya que le ayudaron en su carrera política (*Verr.* 5.14.36-37), o los magnos espectáculos organizados por sus superiores y amigos (entre otros, los triunviros Craso y Pompeyo), si bien abominó prolijamente de las interrupciones que los distintos festivales provocaban en las tareas de los juzgados. En esta misma línea, resulta notable la crítica planteada en el siglo IV por el orador Temistio en

uno de los discursos laudatorios que dedicó a Constancio II: «Quien se envanece con el clamor y los aplausos del pueblo y levanta las cejas por haber derrochado grandes sumas de dinero en teatros e hipódromos para darle gusto, es vanidoso y está aquejado del vicio que recibe este nombre» (*Disc.* 2.4). Estas palabras, pronunciadas cuando se incorporó al senado de Constantinopla, contradecían abiertamente los gustos del lisonjeado y el comportamiento de buena parte de la élite contemporánea de las grandes urbes romanas. De hecho, como hemos visto, en discursos posteriores se aprecia una visión del circo que, como poco, es más comprensiva. Así, el rétor antioqueno Libanio, contemporáneo y amigo de Temistio, a consecuencia de las groserías que sus conciudadanos le dedicaron pocos años después al emperador Juliano en el hipódromo de Antioquía, se lamentó de que «los mejores tengan que seguir a la masa y suministrar placeres al populacho» (*Or.* 16.43). Otra vuelta de hoja, pues, sobre la artificial disociación entre plebe y aristocracia.

Sin embargo, otros testimonios muestran la otra cara de la moneda. No hay mejor evidencia que la que puso por escrito el senador romano bajoimperial Quinto Aurelio Símaco a través de sus relaciones y epístolas, señalando de forma persistente el gusto de las élites por dar muestras de prodigalidad en los entretenimientos públicos. De este modo, en el ejercicio de sus responsabilidades como prefecto de la ciudad, aunque limitara el dispendio de la oligarquía romana en la celebración de espectáculos, se esforzó por lograr que el emperador Teodosio I patrocinara juegos y, posteriormente ya como ciudadano privado y en abierta contradicción con su labor como magistrado, ofreció divertimentos públicos en los que gastó una pequeña fortuna para beneficiar la carrera política de su hijo Memio

mientras éste desempeñaba la cuestura y la pretura de Roma. En sus escritos destacan con luz propia sus halagos al emperador Teodosio I, que sintomáticamente contradicen lo expuesto por Cicerón, ya que sostiene que la concesión de espectáculos públicos «es la práctica que conviene a unos buenos príncipes, pues el placer de los oídos y de los ojos es caduco, el de la liberalidad eterno» (*Rel.* 9.3) y señala que el senado y el pueblo ensalzaban con fervor al regente por su disposición favorable hacia los juegos públicos. Al cabo de un tiempo, en el 394, en relación con los juegos que estaba organizando para la cuestura de su hijo Memio, le decía lo siguiente a su hermano Flaviano, que en aquel momento ejercía el cargo de prefecto del Ilírico, sobre una petición que le hizo:

> Una parte de la humanidad se complace en ahorrar y en obtener ganancias. A mí me agrada gastar en ofrendas. Ávido por ello del reconocimiento de la ciudadanía, aspiro a añadir a los gastos de la cuestura de mi hijo una forma de generosidad diferente, incluyendo la donación de cinco esclavos a cada una de las cuadras de carros de la Ciudad Eterna (Símaco *ep.* 2.78).

En otra epístola vinculada a los juegos propios de la pretura posterior de su hijo, Símaco declara de forma harto elocuente la necesidad de superar lo realizado hasta entonces porque era lo que se esperaba de él (*ep.* 4.62.2). Este afán competitivo, que contrasta con las políticas que defendió como prefecto de Roma, se ve reforzado por las siguientes palabras, tomadas de otra epístola dirigida al tratante de caballos Eufrasio, el encargado de buscarle brutos en Hispania, que resaltan manifiestamente la relación entre esta ambición y el pueblo:

> ¿Por qué recomendar a tu amor para gloria nuestra una causa que debe desviar durante algún tiempo hacia los ambientes populares la severidad de tu vida y la gravedad de tu espíritu? (Símaco *ep.* 4.58.2).

Podrían destacarse más testimonios similares del mismo personaje, aunque simultáneamente incurra en el elitismo esnob que se esperaba de una persona de su posición. Así, en otra epístola dirigida al mismo Eufrasio, niega que aspirase a obtener «alabanzas plebeyas», pese a que,

contradictoriamente, el rédito de su empeño fuera el «favor del pueblo» (*ep.* 4.60.3). Otros autores, en cambio, sí se muestran más convencidos y convincentes en sus posiciones críticas hacia el entretenimiento en sí y, en particular, hacia sus aficionados. Vamos a destacar a dos que, con más de dos siglos de diferencia, compartieron unas perspectivas muy similares: Plinio el Joven, que vivió a caballo entre el siglo I y el II, y Amiano Marcelino, que fue contemporáneo de Símaco y probablemente lo conoció en persona. Quién sabe si las críticas de Amiano no estaban basadas en la figura de Símaco, aunque ambos compartieran las mismas creencias paganas.

Comenzando por Plinio, disponemos de un testimonio fabuloso en una magnífica carta que le escribió a su amigo Calvisio Rufo, la cual presenta nuevas claves en la crítica a los juegos circenses y, en especial, a sus aficionados —que reaparecerán en otros autores, pues no olvidemos que su correspondencia fue publicada en vida y que los antiguos la consideraban modélica—, aunque curiosamente en su obra escrita apenas mostrase desdén alguno por el otro gran espectáculo en boga, los *munera gladiatoria*. Lo que más le molestaba no era tanto que la plebe fuera absorbida por un espectáculo que él no apreciaba, sino que compartieran tal pasión personajes de prestigio de su tiempo, «que se mantienen sentados sin cansarse para presenciar un espectáculo tan fútil, aburrido, monótono» (*ep.* 9.6), en un verdadero ejercicio de contraposición de la dignidad y superioridad cultural de las clases elevadas con respecto a la plebe. De hecho, Plinio hacía gala de un esnobismo militante, como queda claro en una epístola en la que acepta acudir a una cena siempre y cuando sea sencilla y la conversación verse sobre asuntos cultos y abunde en filosofía socrática (*ep.* 3.12), rehuyendo obviamente las

veladas regadas con un descenso a los placeres populares. Aquí resulta interesante contrastar su línea de pensamiento con la de su estricto contemporáneo Dion de Prusa, cuyo testimonio es más condescendiente y seguramente normativo con el espectáculo en sí, pues estimaba que era necesario «a causa de la debilidad y el ocio de la mayoría». Dion justificó que la aristocracia disfrutara también de las carreras de carros, siempre y cuando lo hiciera «con elegancia y de una forma conveniente a los hombres libres» (*Or.* 32.45). La esencia más puramente pliniana se observa, sin embargo, en la descripción que hizo Luciano de Samósata de las vivencias del filósofo Nigrino en la ciudad de Roma, puesto que reflejó cómo le entristecía la afición por el circo, especialmente que se hubiera «apoderado incluso de muchos hombres con reputación de serios» (*Nigr.* 29).

El más notable entre este tipo de testimonios es el del tardío Amiano Marcelino, que escribió en el siglo IV y ofreció un retrato similar de las mismas élites a través de una descripción enormemente sarcástica y mordaz de la sociedad romana. Con respecto a los aristócratas, proporciona una imagen de vacuidad y ostentación terribles, con trazas de libidinosidad, vanidad e ignorancia, rodeados perennemente de «gentes ociosas y charlatanas» que vivían para su halago. Un retrato que bien podría haber firmado Juvenal, pues Amiano critica ácidamente los mismos vicios que éste señaló y no duda en lamentar la presencia obstinada de los heredipetas o cazatestamentos. Sin embargo, ni siquiera salva al mismo Juvenal, ya que pone de manifiesto que entre las únicas lecturas de esta adulterada nobleza romana, que despreciaba «la cultura como si fuera veneno», se encontraba la obra del satirista. Pero ahí no queda la cosa. Amiano se burla de la falsa *gravitas* de estos nobles, que se

volvían locos cuando se enteraban de la llegada de un nuevo caballo o auriga a la ciudad y no paraban hasta que conseguían salir a su encuentro para conocerlos (Amm. Marc. 28.4.11). Lo cierto es que para entender el relato de Amiano hay que comprender el rencor que acumuló tras su expulsión de la ciudad, junto con el resto de extranjeros que residían allí, a consecuencia de una hambruna. Aunque más tarde pudiera volver, conservó intacto su malestar.

El testimonio de Amiano no es el único en el que se observa un resentimiento personal con el circo de fondo. El gran médico Galeno argumentó de forma similar en *Sobre el pronóstico* al hacer balance de su estancia en la ciudad durante el reinado de Marco Aurelio. Se quejaba de que los hombres doctos y útiles —como él, huelga decirlo— no fueran reconocidos socialmente como merecían, lo que conllevaba que decidiesen apartarse de la «chusma popular» y de los malvados, quienes disfrutaban de su «reputación entre la multitud». Tales malvados se corresponden con las élites, que «anteponen en estima el placer a la virtud», minusvaloran el conocimiento salvo cuando se pueden servir de él y sólo confían en aquellos que les proveen de placeres y les hacen ricos, de manera que «los admiran y los ensalzan a tal punto que colocan imágenes de bailarines y aurigas junto a las estatuas de los dioses».

Pese a estas consignas de clase, la afición por el circo se extendía por todos los niveles sociales, no sólo entre buena parte de los pródigos (para emplear el concepto ciceroniano) que invertían su dinero en el patrocinio con fines políticos, sino también entre la mayoría de los romanos, independientemente de su estatus. Disponemos de un enorme volumen de pruebas textuales de que las clases elevadas encontraban placer, más o menos culpable, en los *ludi circenses*. Por ejemplo, la entrañable correspondencia del

gran filósofo de época antonina Marco Cornelio Frontón, en una de cuyas epístolas se disculpa con su discípulo Volumnio Cuadrato por no haber podido leer un escrito que éste le había entregado a causa de unos dolores; sin embargo, pese a este desafortunado malestar que le impide centrarse en la filosofía y en la docencia, no tiene reparo alguno en indicar a Cuadrato que ese mismo día acudiría al circo para distraerse, en lo que era un pecado venial para un intelectual de su talla (Frontón *ep.* 152). Otra muestra es un magistral epigrama de Marcial que describe su invitación a siete amigos de clase alta para cenar en su casa. Después de recitar el estupendo menú, compuesto por productos de su propio huerto (incluidas las por aquel entonces muy apreciadas lechugas y puerros), pescado, vulva de cerda en salsa de atún, cabrito recién nacido y otras *delicatessen* regadas con vino añejo de Nomento, anuncia una diversión que se prolongaría tras el convite hasta el amanecer: «Bromas sin hiel y confidencias que a la mañana no nos espantarán, nada que no queramos haber dicho». Las agradables y distendidas conversaciones que mantenían estas personas distinguidas inevitablemente acababan por versar, de acuerdo con Marcial, sobre el circo y, en concreto, sobre los verdes y los azules, lo que constituía motivo de discusión durante las largas horas en las que sus gaznates eran regados con ubicuo vino (*epig.* 10.48). Otro epigrama de Marcial, escrito para desacreditar a un tal Dídimo por su condición de homosexual, refleja los asuntos que a este caballero de buena posición le gustaba abordar en sus conversaciones: no sólo la política, la administración o sus compañeros de clase social y lujo, sino también las gradas del circo y los juegos escénicos (*epig.* 5.41). No es de extrañar, por tanto, que socialmente se aceptara comparar la dignidad familiar de los aristócratas con la genealogía de los

mejores caballos del circo (Estacio *Sil.* 5.20-26). Ni que Juvenal asegurara que la única pena para aquellos que se veían forzados al exilio (el castigo tradicional para las clases altas de la sociedad romana) era no poder acudir al circo (Juvenal *Sat.* 11.52-53). Un testimonio que recuerda a uno de época posterior que aparece en un panegírico del emperador Constantino I, en el que se indica con sorna que la tropa que se había mantenido leal a Majencio ya estaba acostumbrada a su nuevo destino en los límites septentrionales de las fronteras renana y danubiana, donde debían afrontar al temido bárbaro, y había olvidado «las delicias del Circo Máximo» y el resto de placeres de la capital (*Pan. Lat.* 12[9] 21.3). Aun así, quienes permanecían alejados de la Ciudad Eterna podían conocer los resultados de su amado circo si contaban con camaradas como Aulo Cecina, un experto en la adivinación etrusca, amigo de Cicerón y empresario de cuadrigas, que utilizaba golondrinas pintadas con el color de las facciones para notificar a sus amigos los vencedores en el Circo Máximo (*HN* 10.24.71).

Esta presunta dicotomía queda despejada si se observan otros tipos de evidencias del mundo antiguo. Por ejemplo, las fastuosas casas y villas de la alta aristocracia, dotadas con magníficos mosaicos dedicados a los espectáculos circenses —una fuente de primer orden para conocer el funcionamiento de la competición— se encuentran dispersas por todo el territorio imperial, incluida Hispania, donde hay estupendas muestras del arte musivario (Blázquez Martínez, 2001). Más aún, la cúspide del poder en el mundo romano era la gran dispensadora de espectáculos —fundamentalmente en el ámbito de las diversas capitales imperiales, aunque no sólo—, y la mayoría de los soberanos eran auténticos aficionados a esta diversión pública. Sin embargo, aquí se manifiesta, y de una forma más que

evidente, la duplicidad de las fuentes. Resulta curiosa las diferencias en la percepción de cada emperador, teniendo en cuenta su cercanía o enfrentamiento con el senado en época altoimperial, y el relato sobre su afición a los entretenimientos públicos. Así, todo emperador percibido como malo o perverso (por ejemplo, Calígula, Nerón, Vitelio, Domiciano, Cómodo, Caracalla, Heliogábalo, Cómodo o Galieno, por no mencionar a numerosos usurpadores y también a personajes inanes como Lucio Vero) se asociaba indefectiblemente a una dedicación exagerada e insana a los espectáculos públicos, los cuales, de acuerdo con un testimonio ya referido, «no tienen valor alguno entre los príncipes buenos» (*SHA Car.* 20.1). No recibieron las mismas críticas otros emperadores aficionados al circo, como Vespasiano, Trajano o Constancio II; de hecho, las mismas fuentes o similares que criticaban a los «malos emperadores» por su dedicación a los entretenimientos de masas alababan a otros sin rubor alguno por patrocinarlos —véase el panegírico de Trajano escrito por Plinio el Joven—, puesto que es lo que se esperaba de ellos en su relación con el pueblo. Es decir, los juegos públicos eran utilizados como un elemento de valoración positiva o negativa, dependiendo de factores externos a su desarrollo. No en vano, apenas se encuentran críticas a emperadores considerados buenos en relación con los espectáculos, salvo las que se vertieron difusamente contra Trajano, entre ellas las invectivas de Juvenal, que el gramático Frontón rebatió con rabia, y contra el emperador oriental Justiniano por su abrumador apoyo a la facción de los azules. (Sin embargo, desde que surgió el Principado hasta que el circo desapareció como gran espectáculo en el mundo bizantino medieval, el emperador Justiniano no fue el único, ni por asomo, que mostró abiertamente su favor por cierta facción del circo.) En el

fondo, para todos aquellos que se mostraban refractarios a los juegos públicos pero entendían su rol social, el modelo era Marco Aurelio. Consideraban que su actitud se correspondía con la visión elitista de la vida de los aristócratas imperiales y sus voceros intelectuales. Marco Aurelio, uno de los más grandes y renombrados emperadores de la historia, en la intimidad no se mostraba en absoluto afecto a los espectáculos, pero no sólo los respetaba con paciencia, sino que insistió severamente en que fueran asegurados mientras él estuviera ausente de la capital romana, ocupado como estaba en el frente bélico durante las guerras marcomanas (*SHA Marc.* 23.4 y 23.6). Una actitud que contrasta con el que probablemente fue el mayor intelectual entre los emperadores, Juliano, quien, incapaz de empatizar con su pueblo, mostró patentemente su desprecio por el circo, lo que le causó graves problemas en Antioquía.

Sin embargo, la parte del león de las críticas estaba enfocada a la población en general y a la plebe en particular. Para empezar, ya era motivo de acendrada invectiva el clamor que producía la inmensa masa que se congregaba en los circos e hipódromos, si bien es cierto que también era alabado como un elemento reconfortante por aquellos que disfrutaban del circo, como el citado Rutilio Namaciano que abría esta segunda parte del libro, para quien constituía un aspecto definitorio de la ciudad de Roma, o como Símaco, para quien el clamor del valle de Murcia (donde se situaba el Circo Máximo) representaba el rejuvenecimiento de la urbe (*Rel.* 9.5-7). A otros, por el contrario, les resultaba molesto en extremo, como al citado Plinio o a Séneca, a cuyo hogar llegaba el griterío y que se veía obligado a soportarlo estoicamente:

He ahí cómo resuena el clamor de los juegos del Circo; un griterío súbito y generalizado hiere mis

oídos sin que perturbe mi reflexión; ni siquiera la interrumpe. El estrépito lo soporto muy sereno; muchas voces confundidas en una sola son para mí como la ola o el viento que azota la selva, o como las demás cosas que producen sonidos ininteligibles (Séneca *ep. Luc.* 83.7).

Aunque no se sabe dónde vivía exactamente el filósofo de Córdoba, no debía de ser muy lejos del Circo Máximo, quizás en el Palatino, dada su responsabilidad en la corte de Nerón. Si era así, habría que poner en tela de juicio que Séneca soportara tan estoicamente el «bárbaro griterío» según Quintiliano (*Inst.* 1.6.45), el «furor» según muchos autores cristianos, de Tertuliano en adelante, como por ejemplo el hispano Prudencio (*De spec.* 16; *Harm.* 362), o la «locura» según Minucio Félix (*Oct.* 37.12) del cuarto de millón de enfervorecidos aficionados que abarrotaban el recinto. Teniendo en cuenta el nivel de decibelios que se padece en las inmediaciones de los grandes estadios del fútbol contemporáneo, sobre todo en el caso de las aficiones más apasionadas, a ambos lados del Atlántico, que no paran de gritar y cantar durante todo el partido, uno se puede hacer una idea de la sufrida experiencia del estoico hispano y sus adláteres, pero también del sentimiento extático, de la emoción indescriptible, que se vivía en el interior de los recintos del Imperio. Por ejemplo, Juvenal señala que el estruendo del Circo Máximo era de tal magnitud que según el tipo de bramido podía adivinar si los verdes habían ganado la carrera (*Sat.* 11.193-199), mientras que Dion de Prusa ofrece un magnífico retrato del fanatismo de los alejandrinos, que recuerda al de los aficionados al deporte rey de nuestros días: «Pero cuando vais al estadio, ¿quién podría describir los gritos que allí se oyen, el escándalo, las congojas, los cambios de humor y de color, la clase y cantidad de palabrotas que dejáis escapar?» (*Or.* 32.74). En este sentido, resulta significativo el testimonio del cristiano del siglo III Lactancio:

Igualmente, el sentido de los juegos circenses ¿qué otra cosa tiene sino ligereza, vanidad y locura? Efectivamente, los ánimos enloquecen con tanta fuerza como ímpetu se pone al correr por la arena, de

forma que ofrecen más espectáculo quienes han venido de espectadores, desde el momento en que empiezan a dar voces, a salirse de sí y a dar saltos (Lactancio *Inst. Div.* 6.20.32).

El circo se había convertido, pues, en un espectáculo en sí mismo, de acuerdo precisamente a lo enunciado al comienzo de esta sección, ya que se fundamentaba en la pasión de sus aficionados. Las carreras eran un espectáculo glorioso, pero aún más lo debía de ser la colectividad de sus aficionados distribuidos en las cuatro facciones, sobre todo las dos que más animaban la competición, la verde y la azul, entonando de continuo sus cánticos para animar a sus aurigas y caballos —aunque no perdían la oportunidad de criticarlos si les defraudaban— o para desmerecer a sus rivales. Además, como hemos visto, esta posición de privilegio era aprovechada, más allá de la pura competición, para expresar las inquietudes políticas y sociales de una parte o de toda la población.

Séneca ofrece en su obra escrita muestras constantes de su disgusto hacia los espectáculos en general y los juegos circenses en particular. Así, considera que tanto el circo como el foro eran frecuentados por tantos vicios como personas (*Ira* 2.8.1), siendo un lugar de tan alta degradación que merecía la calificación de «asilo deshonrado» (*Quaest. Nat.* 31). Y aunque disculpa condescendientemente a la plebe al atribuir sus ansias a la siempre negativa tendencia a la curiosidad (*de ot.* 5.2) —opinión en la que fue seguido por innumerables fuentes, como san Agustín (*Conf.* 10.35.57)—, cree que sus vicios no deben ser motivo de risa o de conmiseración (*tranq.* 15). En este sentido, el poeta Estacio también resulta interesante. Al parecer, decidió abandonar Roma por Nápoles, pero recibió las quejas de su esposa, a la que no le atraía la idea. Esta negativa sorprendió al aedo, que la reflejó a través de una curiosa dicotomía, pues para él su mujer se distinguía por la virtud, la tranquilidad y los

placeres inocentes, en contraste con los indecorosos circo y teatro, que no le agradaban y que caracterizaban la vida de la capital imperial (*Sil.* 3.5.14-18). Volviendo al citado Séneca, pese a su actitud condescendiente respecto a los entretenimientos populares en la mayor parte de su obra escrita, denunció que la sociedad de su tiempo apenas dedicase tiempo a la filosofía y a las artes liberales, salvo cuando llovía y no quedaba más remedio que permanecer en el hogar, o durante las jornadas en que no había espectáculos (*Quaest. Nat.* 32). Como en tantas otras cuestiones, Marcial tiene algo que decir en relación con esto. En el poemilla que abre el libro undécimo de sus epigramas, establece un paralelismo entre un representante de la máxima élite de su tiempo, Partenio, y la plebe en general. En concreto, se pregunta si algunos de estos dos elementos leería el libro que acaba de publicar. Rápidamente desecha al que fue secretario particular de Domiciano —y que participó en su caída, motivo por el que fue ejecutado—, porque sólo le interesan los libros voluminosos y desprecia la poesía. Por lo tanto, debía contentarse con el pueblo. Eso sí, la plebe únicamente leería sus epigramas después de atender a los rumores y apuestas de rigor sobre Escorpo e Incitato, los dos más grandes aurigas de la época (*epig.* 11.1). Asimismo, el rétor Quintiliano, estricto contemporáneo de Marcial y casi vecino suyo —el primero nació en *Calagurris* (Calahorra) y el segundo en *Bilbilis* (Calatayud)—, se lamentaba haciendo uso del plural mayestático del poco tiempo que se dedicaban a los estudios por culpa de las costumbres sociales, el vino, la vida ociosa, los viajes, los placeres en general y los espectáculos (*Inst.* 12.11.18-19). Sin embargo, de acuerdo con la propia mentalidad romana, la abstracción erudita también era objeto de críticas: Cicerón no dudó en rebajar al mismo nivel tanto a los que se divertían en el circo como a los que

se perdían en intelectualidades (*Fin.* 5.18.48) —argumento que, no obstante, se contradice con lo enunciado en la carta que dirigió a Gayo Curión (*Fam.* 47)—.

Estas críticas, ligeras y condescendientes, se contraponen con la verdadera carga de profundidad emitida por estos mismos autores y otros contra la plebe y su gusto por el circo[1]. La citada epístola de Plinio el Joven dirigida a Calvisio Rufo, así como su diatriba contra las personas de elevada posición social favorables a este entretenimiento, introdujo algunas claves seguidas por otros autores. Plinio le comunica a Rufo que ha aprovechado el tiempo para escribir pese a que se celebraban unos juegos circenses, «un género de espectáculos que no me gusta lo más mínimo», para, a continuación, denunciar que tantos adultos se dejaran atrapar por lo que le parecía una mera «pasión pueril». Esta desvalorización de los juegos circenses mediante la asociación de su disfrute con la infancia ya la habían empleado autores anteriores como Cicerón (*Fin.* 5.18.48). Según san Agustín, algunos padres daban permiso a los maestros para que golpearan a sus hijos en el caso de que las carreras les distrajeran de sus estudios, aunque al mismo tiempo soñaban con que sus retoños presidieran estos espectáculos cuando llegaran a adultos (*Conf.* 1.16.10). De hecho, la vinculación de los espectáculos con la educación es todo un clásico: se estimaba que los entretenimientos, y en particular el circo, eran nefandos para la correcta formación, porque no hacían más que distraer y confundir las prioridades de los jóvenes. Para Tácito, el vicio por los espectáculos provenía prácticamente del vientre materno, puesto que la juventud que le era contemporánea apenas tenía otro tema de conversación, tanto en el hogar como en las salas de lectura; para escándalo del autor de los *Anales,* hasta los maestros tenían como tema preferente de

conversación con sus pupilos los propios entretenimientos (*Dial.* 29.3-4). Siglos después, san Juan Crisóstomo se quejó amargamente de lo mismo, aunque más bien se refería al aprendizaje de la doctrina cristiana. Al patriarca de Constantinopla también le parecía absolutamente impúdico que los niños tuvieran como único interés lo que ocurría en el hipódromo, hasta el punto de que si veían al emperador subido en un carro durante un triunfo, se desentendían enseguida del soberano, en contraste con la atención constante que prestaban a los carros de competición (*Hom. in Joh.* 81.3). Volviendo a Plinio, lo que más le sorprendía no era tanto el entusiasmo por el espectáculo en sí, puesto que podía llegar a entender que la habilidad del auriga o la calidad de los caballos motivasen a la afición, sino que el público enloqueciera por los resultados de una determinada escuadra y no por el puro espíritu competitivo:

> Es un color lo que ellos aplauden, es un color lo que ellos aman, y si en plena carrera y en medio de la competición se intercambiasen los colores, éste para allí y aquél para aquí, el favor y el entusiasmo de la gente cambiarían igualmente, y abandonarían repentinamente a aquellos famosos aurigas, a aquellos famosos caballos, a los que reconocen a lo lejos, y cuyos nombres aclaman (Plinio el Joven *ep.* 9.6.2).

Plinio llega a considerar que la plebe en sí era más despreciable aún que el color de las facciones, lo que refleja desde época temprana la fidelidad casi enfermiza a las diversas escuadras en competición[2]. Sin embargo, conforme a sus responsabilidades políticas, se vio obligado a organizar unos juegos cuando alcanzó la pretura en Roma, aunque se las arregló para no presidirlos —colocando en su lugar al hijo de unos amigos al que le hacía ilusión (*ep.* 7.11.4)—, sin duda con el objeto de no verse relacionado con un espectáculo a su juicio tan detestable, aun a riesgo de que tal decisión pudiera perjudicar su carrera —cosa que finalmente no ocurrió—. Tampoco extraña que quisiera inhibirse ante el mismo emperador Trajano con motivo de una rica herencia donada al Estado por un tal Julio Largo, siempre y cuando se

invirtiera en unos edificios públicos que llevaran el nombre del emperador o en unos juegos quinquenales que serían denominados trajaneos (*ep.* 10.75 y 76).

Al igual que Plinio, Amiano repartió contundente estopa contra lo que definía como la «plebe ociosa y desocupada» *(otiosam plebem et desidem)* de Roma. Los acusaba de presuntuosos, incluso a aquellos que no podían permitirse siquiera unos zapatos, pero también de gañanes, aprovechados, groseros, tragaldabas y vulgares. Los retrató hostilmente, aunque con gracia y comicidad, en relación con el rol que desempeñaban los espectáculos en sus vidas:

> Éstos, todo lo que viven, lo malgastan en vino, dados, juegos, placeres y espectáculos. Para ellos, su templo, su hogar, su asamblea y la esperanza de todos sus deseos es el Circo Máximo (Amm. Marc. 28.4.29).
>
> Entre éstos, aquellos que han vivido ya hasta la saciedad y dominan al resto gracias a su larga existencia juran una y otra vez, por sus canas y por sus arrugas, que el Estado no podría subsistir si, en la siguiente carrera, su auriga favorito no saliera el primero de la línea de salida y no realizara giros muy arriesgados con sus caballos de mal agüero (Amm. Marc. 28.4.30).
>
> Además, el vicio de la desidia está tan extendido que cuando llega el día deseado de los juegos ecuestres, antes de que el sol brille en plenitud, se apresuran todos con tanta precisión que aventajan en velocidad a los propios carros de la competición. Incluso, muchos están tan agitados que pasan muchas noches sin dormir intentando demostrar sus preferencias (Amm. Marc. 28.4.31).

Este retrato, que ciertamente tiene una base real, como lo demuestran las fuentes de la primera parte del presente volumen —y otros testimonios no referidos, como por ejemplo la extendida crítica a los ancianos que se desvivían por el circo como si fueran niños (Juan Crisóstomo *Hom. in Heb.* 7.8)—, entronca con otros escritos de autores similares, como Casiodoro en la posterior época ostrogoda, que también denunció que hubiera fanáticos que se enzarzaran en disputas como «si el Estado corriera peligro» (Casiodoro Var. 3.51.11-12). Hay que señalar, no obstante, que Amiano procedía de Antioquía y jamás planteó contra su patria críticas como éstas. De hecho, no expresó ninguna, pese a disponer de abundantísimo material contemporáneo sobre la pasión exacerbada de sus conciudadanos por los juegos circenses, su repercusión en la vida de la ciudad y, por citar

sólo un contexto particular, el tratamiento dado a su héroe particular, el emperador Juliano, poco antes de que muriera en el frente persa. Estos motivos de crítica paganos fueron compartidos y ampliados por los autores cristianos, que denunciaron el juego circense desde una perspectiva tanto moral como, muy especialmente, religiosa por su asociación con el paganismo, aunque sus invectivas contra los *munera gladiatoria* fueran de mayor calado, como es obvio por la naturaleza sangrienta de un entretenimiento que, además, estaba estrechamente vinculado a las persecuciones y al martirio de los creyentes cristianos. Si bien existen relatos de ciertos martirios en el ámbito del circo, como el muy extraño y estrambótico episodio del mártir Gordio (Basilio de Cesarea *HGord.* 18), en absoluto resultan comparables. De hecho, el progreso social que conllevó el cristianismo condujo a la prohibición de los combates de gladiadores en el siglo IV y de las *venationes* en el VI.

Al abordar la crítica descarnada del conjunto de los espectáculos, resulta inevitable recurrir a la obra definitoria con respecto a este asunto en la polémica cristiana: el *De spectaculis* del rigorista africano Tertuliano, que vivió a caballo entre los siglos II y III. Este Padre de la Iglesia aporta argumentos, que serían repetidos con más o menos alteraciones por otros teólogos y escritores creyentes, contra todos aquellos espectáculos que, arraigados en el paganismo, atentaban teóricamente, desde la perspectiva eclesial, contra la fe, de modo que el blanco de sus críticas eran los juegos circenses, los gladiatorios y los escénicos. Para empezar, la pasión que despertaban los espectáculos ya ofendía a la propia creencia cristiana. Tertuliano oponía el furor, la cólera, la ira, la envidia, la vanidad, el placer malsano y el dolor que caracterizaban el mundo de los espectáculos con la tranquilidad, la dulzura, la calma y la paz que definían el

cristianismo (*De spec.* 15.2-7), lo que, en su opinión, debía impedir que creyente alguno disfrutara de tales entretenimientos: «Como el delirio está vedado para nosotros, nos alejamos de todo espectáculo, incluso del circo, donde el delirio está especialmente presente» (*De spec.* 16.1). Una locura insana que se revela en cuanto el magistrado de turno da la señal de comienzo de la carrera:

> A partir de aquí también se degenera en violencia, en pasiones y discordias y en cualquier cosa que no está permitida a los sacerdotes de la paz. De ahí las injurias, los improperios injustos de odio e incluso las opiniones sin razón de agrado [...]. Cualquier cosa que desean y cualquier otra que rechazan les es extraña; así también la pasión entre ellos es ociosa y el odio injusto (*De spec.* 16.4 y 6).

Pero los asistentes no sólo se degradan a sí mismos, sino que tampoco respetan a nadie, ni siquiera a las autoridades, algo que le incomoda particularmente (*De spec.* 16.7). Más aún, Tertuliano incluso recurre al detalle escatológico cuando afirma que el del circo era un mundo tan sucio que el aficionado, con tal de no perderse un detalle de la carrera, era capaz de orinar en su mismo asiento (*De spec.* 20.2). En definitiva, ningún cristiano podía servir a dos amos, y los que acudían a los espectáculos se alejaban del verdadero señor (*De spec.* 26.4), pues ni el pretor, ni el cónsul, ni el cuestor o el sacerdote pagano, es decir, los tradicionales oferentes de los espectáculos públicos en el mundo romano, participarían en el Juicio Final (*De spec.* 30.7). Estas palabras, y el resto de su obra dedicada a los demás espectáculos condenables, tuvieron una repercusión inmediata, y surgieron émulos como el hereje Novaciano, quien escribió un tratado con el mismo nombre; el también Padre de la Iglesia Cipriano de Cartago, si es que el documento que se le atribuye es realmente suyo —curiosamente, la plebe del circo de Cartago reclamaba con ahínco que fuera echado a los leones (Cipriano *ep.* 59.1), un deseo premonitorio conociendo su martirio—, y, siglos más tarde, san Isidoro en el libro decimosexto de sus *Etimologías,* amén de otros

muchos autores, de los cuales se van a ofrecer tan sólo unos testimonios escogidos, puesto que su número resulta abrumador. Así, como hemos visto, Lactancio, otro autor norteafricano ligeramente posterior, censuraba los juegos circenses por su «ligereza, vanidad y locura», y le escandalizaba que, frente a lo que acontecía en la arena, ofrecieran «más espectáculo quienes han venido de espectadores, desde el momento en que empiezan a dar voces, a salirse de sí y a dar saltos». Recomendaba enfáticamente alejarse de este entretenimiento, porque podía resultar contagioso e inducir al vicio (*Inst. Div.* 6.20.32-33). Aunque era digna de encomio la victoria sobre las pasiones lúdicas —como en el caso ya citado de Alipio, obispo de Tagaste, que fue rescatado del vicio por Agustín de Hipona, en primer lugar del circo y posteriormente del anfiteatro—, resultaba una señal mucho más prometedora para todo aquel que quisiera seguir la carrera eclesiástica el no haberse dejado nunca arrastrar por el furor del circo y del resto de diversiones populares. Así lo indica claramente san Jerónimo en la *Vida de san Hilarión,* de quien destaca que, siendo como era un palestino de padres paganos, y esto casi le parece un milagro, no permitió que le sedujera el hipódromo de la ciudad donde se había formado, la mismísima Alejandría (*Vit. Hil.* 2). No es de extrañar, por tanto, que en las fuentes cristianas fueran especialmente admiradas aquellas zonas donde había escasa afición, como en las provincias profundamente rurales de Paflagonia y Frigia, en Asia Menor —una información curiosa, pues tradicionalmente Frigia exportaba caballos de carreras—, y se alabara a las masas campesinas —obviamente cristianas— que no dedicaban tiempo al ocio inicuo, como los aldeanos de habla siria ensalzados por Juan Crisóstomo tras coincidir con ellos en un festival celebrado en Antioquía (Sócrates

Escolástico *HE* 4.28; Juan Crisóstomo *de Stat.* 19.2).

Crisóstomo es indiscutiblemente uno de los autores más duros con los espectáculos. En sus críticas partía a todas luces de los preceptos dictados por Tertuliano, aunque su carácter colérico y su hábil retórica les conferían tintes originales, tanto mientras estuvo en Antioquía como, en particular, cuando ejerció el cargo de patriarca de Constantinopla. No en vano, su sobrenombre —Crisóstomo, el mismo que se le aplicó al ya citado Dion de Prusa— significaba en griego «boca de oro». Que fue uno de los mejores predicadores y polemistas de su tiempo, lo que le valió ser considerado uno de los doctores de la Iglesia, lo demuestra, por ejemplo, el terrible escrito que dirigió a los judíos —de gran trascendencia en su época y en siglos posteriores—. Crisóstomo, que distinguía al verdadero creyente del falaz simplemente atestiguando su asistencia a los juegos públicos (*Hom. in Mat.* 4.15), acusó a los aficionados al circo de ser capaces de abandonar a sus propios hijos por los aurigas y a sus propias almas por los pantomimos, y calificó el espectáculo del hipódromo como una plaga que, pese a su nociva influencia, era admirada y aplaudida en las ciudades (*Hom. in 1Cor.* 12.10 y 21.10). Ni siquiera dudó en señalar a los emperadores por dar demasiado valor a aquello que no lo tenía, pese a que invirtieran en su organización mucho dinero (*Hom. in Mat.* 52.9). Sin embargo, las críticas más notables del patriarca se centraron en los perniciosos efectos cotidianos de la pasión enfermiza que aquejaba a su propia congregación cristiana en la Constantinopla de principios del siglo v. De este modo, se quejó lastimeramente de que sus feligreses no lograran acordarse siquiera de cuál era el número de los libros sagrados, o de quiénes eran Abdías y Amós, pero al mismo tiempo hablaran durante horas en el foro sobre los nombres,

las familias y las habilidades de los aurigas y de los histriones, así como sobre las cualidades y defectos de los caballos que competían. Pero no sólo eso, sino que podían consumir el día entero deleitándose con tal pantomimo o actor, mientras que la mera mención de los profetas y los apóstoles les provocaba somnolencia, bostezos y picores. No frenaban su pasión ni el verano ardiente ni el gélido invierno, pese a que el hipódromo fuera un espacio al descubierto; permanecían como locos en las gradas aunque lloviera o arreciara el viento, incluso aunque la distancia de sus hogares al recinto de competición fuera desproporcionada y se vieran acogotados por los elementos en su deambular. Además, en el caso de que se les recriminaran sus vicios, se comportaban como los mejores rétores o sofistas a la hora de componer excusas que finalizaban indefectiblemente con la exaltación de la inocencia y el carácter inofensivo de sus aficiones, dos argumentos que sacaban de sus casillas al patriarca constantinopolitano (*Hom. in. Joh.* 17.4, 32.3 y 58.4-5). Le enervaba de igual modo la gente que para justificar su ausencia en la iglesia ponía como pretexto los negocios particulares que regentaba, pero luego no dudaba en acudir al teatro o de pasar jornadas enteras en el hipódromo (*Hom. in. Joh.* 11.1). Pero no sólo denunció el mal moral provocado por los espectáculos, sino también los peligros que acarreaba su celebración: «La asistencia a espectáculos de circo» implicaba el riesgo seguro de «peleas, insultos, heridas y otros infinitos males más graves» (*de Stat.* 15.11).

Buena parte de estos argumentos, entre otros, ya los expuso en el primer año de su mandato como obispo de la capital del Imperio oriental, en una durísima homilía contra los espectáculos circenses y teatrales. Pronunciada ante su comunidad en la primitiva basílica de Santa Sofía, estuvo

motivada por la ira e indignación que sintió después de que, al cabo de tres jornadas de rezos y peticiones a la divinidad con el fin de que un vendaval dejase de afectar a la ciudad, sus feligreses le abandonaran para acudir de inmediato al hipódromo y al teatro. Por si fuera poco, lo hicieron ni más ni menos que en Viernes Santo. De este modo, partiendo de una enfática pregunta retórica sobre si era tolerable tal ultraje, detalla hasta qué punto se sintió humillado conforme sus parroquianos «llenaron toda la ciudad de clamores y gritos desaforados que excitaban mucha risa, o mejor dicho, llanto», mientras él, en su casa, lo oía todo y se sentía peor que un náufrago (*Hom. c. ludos et theatra* 1). La homilía, que refleja su monumental enfado, se cierra con una advertencia clara: excomulgaría a todos aquellos que, después de ser enunciado este sermón, acudieran de nuevo a unos espectáculos que sólo le merecían la calificación de «lepra en el alma». Una medida radical que, según nos cuenta el mismo Crisóstomo, enseguida causó horror entre quienes le escuchaban proferirla desde el púlpito (*Hom. c. ludos et theatra* 7).

Esto lo decía un clérigo que era cabeza de la Iglesia de la capital del Imperio de Oriente. Más patético aún resulta el testimonio de un autor como Salviano de Marsella, monje galo que vio en primera persona cómo los bárbaros se asentaban en importantes franjas de terreno del Imperio y algunos, como los vándalos, actuaban con plena independencia. En su obra incidió en el comportamiento de sus coetáneos, que seguían demandando unas diversiones inmorales pese a su negro contexto, contraponiéndolo al de los bárbaros, a los que consideraba superiores precisamente porque no prestaban atención a tales espectáculos, en un acercamiento interesado que puede calificarse de primitivismo moralista pseudofilobárbaro (*de Gub. Dei* 7.16).

Al menos así era en el momento en que redactó su obra, porque parte de los bárbaros a los que halagó y otros tantos establecidos posteriormente, como se ha visto, acabaron por disfrutar de estos mismos entretenimientos y favorecerlos en sus territorios.

Sin embargo, la posición mostrada por estos irreductibles autores cristianos no era unívoca. Aunque no fuera ni un clérigo ni un teólogo, la obra poética del hispano Prudencio representa un punto de vista algo más tolerante —y condescendiente— con los juegos circenses, lo que sin duda refleja su gusto por el espectáculo en sí, si bien queda claro que abominaba de la locura que despertaba entre los aficionados:

> Si degüellan a un hombre, no es el hierro la causa de esa locura, sino la mano. Ni la bulliciosa histeria del circo tiene en el caballo al autor de su frivolidad o de su rabioso fragor: es la mente del vulgo, desprovista de sentido común, la que está loca, no el correr de los caballos; una afición infame echa a perder lo que era un don útil (Prudencio *Ham.* 360-364).

La exacerbada religiosidad del período podía dar lugar a sorpresas. En efecto, las fuentes cristianas podían ser muy contradictorias en muchos tópicos de la existencia, y esta locura por el circo se prestaba a convertirse en un escenario de lucha doctrinal. De este modo, en un debate organizado entre el Padre de la Iglesia san Agustín de Hipona y el pelagiano Juliano, este último arremetió contra los católicos nicenos que, «en compañía de gentes de la arena, del circo o del teatro, se entregan a toda clase de vicios bajo el pretexto de una necesidad que vela el aspecto odioso del crimen y evita con su prevaricación los ruidos del siglo». Curiosamente Agustín, que había criticado con dureza todos los espectáculos, salió en defensa de sus correligionarios pecadores de fe nicena y rebatió a Juliano argumentando contra la superioridad intelectual que se atribuían los pelagianos, para quienes los cristianos católicos nicenos eran una «turba vulgar y despreciable» (Agustín *Iul.o.imp.* 6.3).

No en vano, la locura asociada al circo, que llevaba a que muchos aficionados incluso soñaran con las carreras, con los aurigas y con sus caballos (Basilio de Cesarea *Hex.* 4.1), se extendía a la Iglesia. Jerónimo criticó a aquellos obispos que por la tarde iban al circo y por la mañana oficiaban misa, comparando a algunos con cocheros (*ep.* 69.9). Lo cierto es que el gusto por el circo de los clérigos no dejaba de estar en sintonía con la sociedad de su tiempo, pese a la expresa prohibición del disfrute de los espectáculos públicos que pendía sobre sus cabezas.

Paladio incluso recogió un relato *ad hoc* en el libro que dedicó a los monjes del desierto, para alertar sobre los peligros que tales aficiones insanas suponían para el clero. Trata de un alejandrino llamado Herón, al que supuestamente conoció, que destacaba tanto por su extremo ascetismo como por su soberbia. Como no respetaba ni a la jerarquía monástica ni a las propias escrituras, su comunidad monástica determinó que fuera encarcelado. Sin embargo, huyó de su celda y se marchó a Alejandría. Allí se abandonó a los vicios del teatro, el circo y las tabernas, y hasta mantuvo relaciones con una actriz. Como consecuencia de su vida pecaminosa, le salió un forúnculo maligno en sus partes pudendas que provocó que éstas se le desprendieran ennegrecidas seis meses después. Entonces volvió a su monasterio, donde murió tras arrepentirse de sus pecados y salvar así su alma (Paladio *H. Laus.* 26).

Esta vinculación entre el circo y la clerecía no debía de ser infrecuente, pese a las duras críticas de clérigos como Salviano de Marsella (véase *de Gub. Dei* 6.5). Como se ya se ha advertido, el nombramiento de Juan Crisóstomo como patriarca de Constantinopla fue celebrado con juegos circenses en las dos capitales del Imperio simultáneamente, sin duda para desmayo del propio obispo. Aun así, por muy

grande que fuera el desprecio que sentían por el circo algunos de los autores paganos y cristianos, no podían permanecer ajenos a la realidad social. En los textos que nos han llegado, entre los que destacan los del pagano Propercio, el judío Filón y el cristiano Juan Crisóstomo, observamos en reiteradísimas ocasiones elementos de la imaginería asociada a este espectáculo para hacer referencia a la sociedad en su conjunto, a la propia Iglesia, al emperador o a la trayectoria personal de determinados individuos. Al clero se le define como auriga o domador de almas, mientras que la vida y la razón son equiparadas con una carrera y con un cochero respectivamente. Más aún, en un uso por completo anómalo, Crisóstomo compara a los fanáticos violentos de las facciones con los seguidores de cierto predicador cristiano que, además, se comportaba como un plagiario y robaba sermones de sus autores originales (*sac.* 5.1), lo que en cierto modo no era más que la extensión del tradicional empleo de las figuras de los bandidos y los piratas para lanzar ataques personales.

Pese a que la pretensión enunciada desde los tiempos de Tertuliano de erradicar los espectáculos fuera imposible para una Iglesia cada vez más preponderante en la sociedad —lo que nos habla claramente de sus límites en esta era complicada—, los cristianos consiguieron pequeñas victorias en diversas cuestiones relativas al circo. Por ejemplo, la disociación entre los *ludi circenses* y la mayoría de los festivales paganos, que progresivamente fueron eliminándose o distanciándose de los cultos tradicionales, aunque no por ello desaparecieron la mayoría de las jornadas establecidas de competición, tal y como se observa en los calendarios de época tardía. También obtuvieron otras concesiones importantes desde el plano simbólico, como la supresión de la pompa circense que inauguraba los juegos o,

aunque costara bastante tiempo, la prohibición de carreras en domingo (*CTh* 2.8.20, 2.8.23 y 2.8.25; *CJ* 3.12.9). Las críticas incesantes y la antítesis inherente no fueron obstáculo, sin embargo, para que la clerecía cristiana hiciera uso del circo como espacio para la protesta e incluso para la acción directa en el transcurso del conflicto religioso contra el paganismo, así como en el más importante contexto de las feroces luchas religiosas y doctrinales internas que sacudieron a la cristiandad en los últimos siglos de la Antigüedad.

Sin embargo, pese a las polémicas y a las críticas feroces, el circo romano se mostró extremadamente resistente en aquellos territorios donde las condiciones económicas y sociales le eran favorables, puesto que al fin y al cabo era un elemento consustancial de la vida de la época. Ni siquiera las disposiciones de la Iglesia con las que desde un comienzo quisieron mantener las distancias respecto a los espectáculos y sus protagonistas —como por ejemplo las del Concilio hispano de Elvira a principios del siglo IV, según las cuales los aurigas y los pantomimos no tenían permitido incorporarse a la Iglesia como creyentes, salvo que abandonaran su profesión (*Conc. Elv.* 62)—, lograron que se hiciera efectiva tal disociación, ya que la realidad era más tozuda que las creencias y la moralidad cristianas.

Ello no significa que no hubiera elementos del mundo circense que cambiasen con el paso de los siglos. Así, unos fueron abandonados o diluidos, mientras que otros se mantuvieron inalterables o incluso se acentuaron. Antes hemos reproducido una estupenda epístola de Plinio el Joven en la que éste se muestra indignado con los aficionados al circo porque en realidad no disfrutaban del espectáculo, sino que únicamente vibraban con el color de sus amores, una

devoción que por lo general implicaba un antagonismo abierto con respecto a los otros colores. Esta actitud inequívoca, causa y reflejo de la pasión circense, llegó a aumentar con el transcurso del tiempo. Las evidencias de esta identificación y sus efectos son cada vez más abundantes y, sobre todo, impresionantes. Aunque obviamente hay que tener en cuenta las características internas de las fuentes y su evolución —por ejemplo, que los textos del mundo tardorromano inciden en aspectos que para el Alto Imperio no merecían espacio alguno—, se trasluce una cada vez mayor identificación de los aficionados con los colores, si bien ésta ya existía desde el mismísimo origen del Principado. Contamos con un fantástico testimonio del obispo Basilio de Cesarea en una epístola dirigida a su amigo de la infancia Hilario, en la que le halaga indicando que estaba por encima del «miedo, la adulación y todo sentimiento innoble», y que siempre se mostraba imparcial. Y lo hace contraponiéndole con la mayoría de la población, dividida como las facciones en el hipódromo, que se enfrentaban entre sí mediante los tradicionales cánticos y encarnaban todos los males de los que abominaba el Padre de la Iglesia, entre ellos el miedo y la adulación (*ep.* 212.1).

Pero no sólo la plebe se adhería a los diversos colores, fundamentalmente a los verdes o a los azules, sino también la cabeza del Estado romano. Desde el comienzo del Principado diversos emperadores fueron seguidores inquebrantables de una u otra facción, como Calígula de los verdes —según un libelo, llegó al extremo de cenar y dormir en las cuadras de esta facción (Suetonio *Cal.* 55.2)— o Vitelio de los azules —de quien se dice, en lo que parece otra mención sospechosa, que hizo ejecutar a unos conciudadanos que criticaban a su escuadra predilecta

(Suetonio *Vit.* 14.3)—. De hecho, en correspondencia con la afiliación de la inmensa mayoría de los aficionados, es muy probable que casi todos los soberanos se mostraran favorables a una u otra facción, aunque las fuentes, de forma casi unánime, sólo lo reflejan con respecto a los emperadores estimados como malos, pues ya hemos visto que una simpatía desaforada contribuía a un retrato nocivo para la posteridad. Desde luego, todos los regentes conocían el valor del circo como instrumento de control social y, aunque hubiera algún cínico como Augusto o, más destacadamente, Tiberio, soberanos como Marco Aurelio —que en sus *Meditaciones* daba las gracias a su preceptor por no haberle convertido en aficionado de ningún gladiador ni de las facciones de los verdes o los azules (*Med.* 1.5)— o Juliano sin duda debían percibirse como puras anomalías. Pero si la cúspide social era solícita con los juegos circenses, el otro extremo de la sociedad urbana, es decir, el colectivo de los esclavos, disfrutaba de manera similar con las carreras y mostraba sin ambages sus gustos y preferencias por sus colores favoritos. La fantástica escena del banquete del *Satiricón* de Petronio, aunque se trate de una obra de ficción, nos ofrece un testimonio digno de ser tenido en cuenta. El rico Trimalción decidió incorporar al festín, para disgusto de su invitado Encolpio, a unos siervos suyos *a pesar de* que fueran seguidores de los verdes, un dato que, por lo demás, trasluce que el anfitrión era azul. Es más, uno de los siervos se atrevió incluso a apostar contra su rico amo a favor de la victoria de los verdes en la siguiente carrera (*Sat.* 70.10-13).

Como se ha indicado más arriba, la identificación con los colores del circo, plenamente vigente ya en el siglo I, alcanzó sus máximos pasionales en el mundo tardoantiguo. Aquí conviene acudir a un autor tan interesante como Silio Itálico, poeta estrictamente contemporáneo de Plinio el Joven, pero

que no albergó en absoluto el odio del sobrino del naturalista hacia el mayor entretenimiento romano. Muy al contrario, en el fantástico poema épico que compuso sobre la segunda guerra púnica, mostró un profundísimo conocimiento de la competición que únicamente podía derivar de un gusto personal muy pronunciado. En esta obra refleja que los aficionados se dividían entre los que animaban a un caballo específico, los que se identificaban con un auriga, los que sólo se fijaban en el origen de los cocheros y, finalmente, los que seguían exclusivamente a su color (*Pun.* 16.328-330). Quizás el último subgrupo que cita Silio fuera ya por aquel entonces el más abundante; de hecho, resultaría lógico y congruente, pues se correspondían con los más fanáticos, mientras que los demás fueron disminuyendo progresivamente de número. De hecho, parece que lo que hizo Plinio fue dar pábulo a quienes representaban para él la peor cara de la afición, que posteriormente se convertirían en la inmensa mayoría de los seguidores.

En definitiva, está claro que la afición por el circo se extendió por gran parte de las poblaciones urbanas del Imperio, articulándose sobre todo en torno a una fidelidad a los colores —un sentimiento de club en el sentido moderno— de alguna de las cuatro facciones del circo: los verdes, los azules, los rojos y los blancos (en latín, *factiones prasina, veneta*, *russata* y *alba*), que estaban presentes en los hipódromos de todo el Imperio (véase la fig. 5) y que, a pesar del intento llevado a cabo por Domiciano de imponer otros dos colores, el dorado y el púrpura, se mantuvieron inalterables en el período que abarca este volumen e incluso pervivieron durante varios siglos más. De estos colores, los dos primeros se correspondían con los colores grandes, aquellos que movían a la inmensa mayoría de la población,

mientras que los otros dos ejercían un rol menor, aunque curiosamente eran los más antiguos. Sin embargo, por razones imposibles de discernir, la roja y la blanca no se convirtieron en las *fan favourites,* sino que fueron las dos siguientes facciones que se crearon, la verde y la azul, las que conquistaron la mayoría de los corazones. Las facciones tenían asignado un lugar en los hipódromos y se las interpretaba simbólicamente en relación con los elementos naturales y las partes del año: la facción roja representaba el sol y el verano, la blanca los vientos y el invierno, la verde la tierra y la primavera, y la azul el agua, el cielo y el otoño. Apenas existen evidencias textuales ni materiales sobre los aficionados rojos y blancos, y se considera que a partir de cierta época estas facciones fueron subsumidas por los dos grandes colores, quién sabe si por economizar gastos en el desarrollo de las carreras, aunque subsistían en el ámbito de la competición de forma independiente y continuaban disputando los trofeos. Según un testimonio imposible de Juan Malalas, fue el mismo Rómulo quien asoció los colores: el verde con el blanco, estando el segundo (viento, aire) sometido al primero (tierra), mientras que los rojos (fuego) se situaban en inferioridad con respecto a los azules (agua) (Tertuliano *de spec.* 9.5; Juan Malalas *Chronog.* 7.5; Juan Lido *De mens.* 4.30).



Fig. 5. Muestra de *opus sectile* procedente de la basílica civil de Junio Baso (Esquilino), edificada por éste cuando logró el consulado en el 331. Aparece retratado como *editor,* montado en una biga con pompa circense y rodeado por los aurigas de las cuatro facciones que corrieron en sus juegos consulares. Museo Nazionale Romano, Palazzo Massimo alle Terme. Fotografía cortesía de Amanda Lorenzo Martín.

Sin embargo, esta subordinación no se plasmaba en una diferencia abrumadora en el resultado de las carreras. Así, algunos de los más grandes campeones, como veremos, no pertenecían ni a los verdes ni a los azules. Aunque resulta obvio que la mayor parte de la afición se identificaba con alguna de las dos facciones preponderantes, eso no quiere decir, ni mucho menos, que no existieran seguidores de los blancos y de los rojos, si bien eran claramente menos ruidosos y no estaban tan organizados, y por tanto no tenían mucho peso en la competición ni en la vida social. Los cuatro colores disponían por igual de carros, de caballos y de pantomimos que animaban a sus respectivos aurigas y aficionados. No obstante, el grado de pasión variaba de tal manera que en algunos casos llegaba a extralimitarse y a deformarse. Todo hace indicar que los blancos y los rojos circunscribían su pasión al ámbito exclusivo de la pugna

circense y que mantenían infinitas discusiones y conversaciones sobre el espectáculo rey del mundo romano en los hogares y en los espacios públicos de las grandes urbes. Por su parte, los verdes y los azules eran las facciones cualitativa y cuantitativamente más importantes, tanto en el circo como en el seno de la sociedad. De hecho, con la única excepción del emperador Anastasio y, probablemente, de Agripa, el general más relevante de Augusto, no conocemos a ningún gran nombre del mundo antiguo que apoyase o siguiera a alguna de las facciones menores. Obviamente, en el caso de Anastasio la razón estribaba en su deseo de tener las manos libres para actuar contra los desmanes de los aficionados de las facciones mayores. En cuanto a Agripa, al parecer fue el patrón de los rojos, según se desprende de una estupenda inscripción que será analizada más adelante. Ciertamente, desde el punto de vista de la influencia social y política, la simpatía por los rojos o los blancos no proporcionaba los mismos réditos que la mostrada por los verdes o los azules.

Esta realidad nos lleva a una problemática que las fuentes no aciertan a resolver: ¿en qué se diferenciaban las cuatro aficiones? Más allá de las divergencias puramente competitivas, no hay duda de que, como en cualquier construcción humana similar, entre las cuatro aficiones debía de haber elementos diferenciales que se mantuvieron en el tiempo —he aquí un paralelismo exacto con el mundo contemporáneo—. Aparte de algunos datos que podrían sernos muy útiles, lamentablemente las fuentes poco aportan, porque los textos que nos han llegado no son los adecuados, o bien porque en el pasado no se estimaba adecuado desarrollar este tema, o tratarlo siquiera. Diversas teorías han procurado analizar las diferencias entre verdes y azules, y de este modo, desde una perspectiva de clase a la

que no le falta razón de ser, se ha apuntado a que los verdes, más numerosos según los textos, representaban a los estratos más populares, mientras que los aficionados de los azules pertenecían sobre todo a los niveles más altos de la sociedad. Para la época cristiana avanzada, se ha estimado que los verdes eran seguidores de la doctrina monofisita y los azules fieles católicos nicenos (véase Cameron, 1976). Sin embargo, las evidencias resultan en extremo complejas, por lo que tal identificación en el ámbito religioso debería desecharse por completo, mientras que la anterior respecto a la extracción social parece más plausible, si bien había seguidores de todas las clases sociales en las filas de todas las facciones. (Algo similar ocurre con los equipos de fútbol actuales: pese a la existencia de una tradición o leyenda que avala tal o cual identificación de clase, en la mayoría se observa la misma dispersión social.) Con todo, es muy probable que ciertas diferencias identitarias explicaran la adscripción a uno u otro grupo, además de otros muchos factores ajenos a la mera competición, como el parentesco y determinadas cuestiones ideológicas que se nos escapan. Tales diferencias identitarias debían de proceder del mismo interior de las cuatro facciones y acabaron solidificándose y transformándose con el tiempo, tal y como ocurre entre las aficiones de los equipos de fútbol de la actualidad. De hecho, el antagonismo entre facciones también cabría considerarlo un factor fundamental en el desarrollo de la particular idiosincrasia de estos grupos cerrados. Ante los silencios de las fuentes escritas, quizás podamos utilizar en esta tarea de indagación histórica diversas inscripciones tomadas de estatuas situadas en la espina del Hipódromo de Constantinopla, dedicadas a uno de los más grandes campeones del circo en la Antigüedad, el ya citado Porfirio (*fl.* siglo VI), que corrió tanto para verdes como para azules, si

bien sus mayores éxitos los cosechó con estos últimos, y que recibió de ambos colores el honor de la erección de estatuas, para gloria suya y, obviamente, de las propias facciones. En dos de estas figuras aparecen dos significativas referencias que, además, proceden del seno de los mismos colores. De este modo, en una talla de la facción azul sus miembros aprovecharon para glorificarse a sí mismos a través de unas palabras que han de verse como elementos definitorios de su identidad: «valientes», «sabios» e «hijos de la victoria», calificativos extensibles al mismo Porfirio, por aquel entonces su gran héroe (*AP* 16.339). En otra inscripción perteneciente a otra estatua, se definen a sí mismos como «los hijos de la libertad» (*AP* 16.359). Por el contrario, en la inscripción de otra escultura que le dedicaron los verdes, éstos se consideran «los primeros entre las facciones, los más constantes y excelentes», en contraposición al «corazón envidioso de los enemigos» (*AP* 16.355). A falta de otras evidencias con las que contrastar estas informaciones, tales datos podrían sernos útiles, siempre y cuando tengamos en cuenta que son parciales y contienen una buena dosis de autobombo, aparte de que la larguísima tradición de las disputas faccionarias pudo hacer que ciertos significados de pertenencia mutaran con el tiempo, mientras otros se mantenían indelebles. Según se deduce de tales epigramas, los azules se distinguían por ser los más exquisitos; los verdes, por ser los más fieles y numerosos del circo, una realidad que probablemente ya estuviera vigente en el siglo I, pues, como ya hemos visto, Juvenal escribió que oía el griterío de los verdes cuando ganaban. Por otro lado, el hecho de que los esclavos del rico Trimalción en el *Satiricón* de Petronio fueran seguidores de la *factio prasina* quizás sea una prueba de su respaldo social mayoritario, aunque tampoco pueda considerarse una prueba definitiva. En tal

caso la percepción de clase anteriormente referida sería acertada, si bien podría responder al tópico folklórico propio de las aficiones, pues al fin y al cabo los seguidores de todas las facciones se distribuían por todos los estratos sociales.

Estos apuntes resultan esqueléticos, porque no hay duda de que debía de haber muchos más matices diferenciales entre las facciones, tanto endógenos como exógenos. Como se ha indicado, el antagonismo también supone un importantísimo elemento caracterizador y generador de identidades. De hecho, la profunda rivalidad originada en el circo pero extendida a todos los niveles explica que, en el caso de las estatuas de los azules y de los verdes de Porfirio referidas antes, ambas facciones se considerasen enemigas con un lenguaje singular e inequívocamente bélico —en el caso de los azules, este uso aparece en otro epígrafe: *AP* 16.362—, lo que señala una dicotomía primaria, radical y enfermiza. En cuanto a los rojos y los blancos, nada podemos indicar salvo una única referencia ya citada que parece más anecdótica que otra cosa: en una crónica se menciona que los rojos y los blancos se sumaron a los verdes y a los azules en la revuelta de la Nika (*Chron. Pasch. s.a.* 531). Quizás los aficionados de estos dos colores menores se calificaran como los verdaderos *connoisseurs* y sibaritas del espectáculo, en contraposición con los más numerosos, pasionales e irracionales verdes y azules. A falta de más testimonios, resulta complicado no caer en una visión monolítica.

Pese a las naturales diferencias regionales entre los grupos del mismo color que acudían a los diversos circos diseminados por el Imperio, debían de existir unos elementos comunes a nivel global que, más allá de la mera tonalidad de las equipaciones y del nombre de los contendientes, hermanara a los seguidores y que

permitieran, por ejemplo, que un verde de Alejandría se identificara sin problemas con un verde de Milán o de Cartago. Que las afinidades debían de ser notorias lo demuestra un episodio ya referido: la solidaridad mostrada por los azules de Constantinopla hacia sus hermanos de Tarso reprimidos en época de Justiniano por el general Martanes. Es muy probable que este tipo de camaradería fuera bastante frecuente, aunque las fuentes no incidan en este tema. Es lo que ocurre con tantos otros asuntos considerados poco dignos de ponerse negro sobre blanco, salvo que hubiera intereses de por medio, como queda claro en la referencia de la *Historia Secreta* de Procopio en la que aparece esta historia de confraternización entre los azules (*HA* 29.26-38). A fin de cuentas, esta pasión que desembocaba en auténtico forofismo necesitaba unas bases, unos valores o, si se me permite la expresión, una cosmovisión particular que otorgara a los aficionados de cada color cierto sentimiento de homogeneidad, pese a las obvias diferencias que se encontraban en el seno de estos grupos humanos, y los distinguiera del resto tanto en el circo como en el teatro —donde las facciones también animaban y, en ocasiones, provocaban tumultos— y, finalmente, en la vida cotidiana. El afán de notoriedad hacía que anhelaran compartir con los demás sus gustos, su afiliación por tal o cual auriga, caballo o facción; por ejemplo, a un seguidor de los azules llamado Taurino no se le ocurrió otra cosa que demostrar su fidelidad y amor por este color grabando un grafiti en la tumba del faraón Ramsés II (Lukaszewski 2010, pp. 261-262).

Más allá de la pasión y el forofismo como rasgo común del circo en la sociedad romana, poco se puede decir. Claro que aquí también se observan grados. Una cosa era mostrar un ardor genuino por el entretenimiento en sí y por el color

que se amaba —no en vano, el término latino para el aficionado al circo era *amator*—, y otra muy distinta asomarse al fanatismo, como distinguió estupendamente Dion de Prusa (*Or.* 32.54). Y en el mundo romano hay pruebas continuas sobre la afición mal entendida y sus consecuencias. En las fuentes existen muestras personales de auténtico forofismo, como aquel aficionado de la facción roja que se arrojó a la pira funeraria del auriga Félix porque no podía concebir la existencia sin su adorado ídolo caído (Plinio *NH* 7.186), o aquellos que, según denuncia el judío Filón, no pudiendo aguantar la emoción de la carrera, saltaban a la pista para observar más de cerca su desarrollo y se arriesgaban así a morir atropellados por las cuadrigas (*De Prov.* 2.58.8). También hay casos de fanatismo colectivo de carácter violento (similar al de los *hooligans* de hoy en el fútbol) en el seno de las dos facciones más importantes, los verdes y los azules.

Aunque verdaderamente sólo había dos gradas de animación, la verde y la azul, destinadas a proporcionar a través de los cánticos y del griterío el apoyo a sus aurigas, las cuatro facciones se agrupaban para mostrar fidelidad a sus colores, si bien en ocasiones también eran críticos con sus actuaciones y se enfrentaban a sus rivales. Sin embargo, una parte de los verdes y los azules, una minoría, iba mucho más allá. Estas dos facciones no sólo eran las más numerosas, sino también las mejor estructuradas; de hecho, extendían su sentido de pertenencia particular más allá de lo que era el hipódromo. Como se ha visto en la primera parte del presente volumen, el circo fue desde el comienzo del Imperio un espacio que generaba y también atraía la violencia como respuesta a las inquietudes populares. No obstante, a partir de un momento determinado esas muestras de activismo político y social se articularon en

torno a los dos grupos de aficionados más importantes, que se arrogaron la representatividad del pueblo y se revistieron de autoridad a través de una notable organización interna, caracterizada por su cohesión ante sus rivales del circo y también hacia el conjunto de la sociedad. Cuesta establecer la cronología exacta de su surgimiento, pues las evidencias, aunque sean muy tempranas, resultan difíciles de manejar. Alguna podría ser un tanto anacrónica, como ocurre por ejemplo con el autor del siglo VI Juan Malalas y su visión de la violencia facciosa en tiempos de Calígula. Sabemos por fuentes contemporáneas que los episodios de antisemitismo rampante que se produjeron durante este reinado en Oriente fueron originados y protagonizados por las gentes del circo, pero Malalas es el único que hace responsable a la facción azul, aquella con la que Calígula simpatizaba abiertamente, a cuyo favoritismo achaca toda una oleada de disturbios a nivel imperial. Así, es plenamente factible que los grupos de radicales ya estuvieran constituidos en el Alto Imperio, aunque sin la relevancia ni el protagonismo social que adquirieron al final de la Antigüedad. Parece que fue a partir del Bajo Imperio cuando las fuentes se aprestaron a ofrecer más información sobre estas acciones —indignas de ser referidas según los autores anteriores—, en consonancia con su creciente influencia social, en el contexto de un sistema político cada vez más autocrático en el que, por otro lado, disfrutaban de un rol crucial nuevos actores fundamentales como la Iglesia, sus corrientes y sus rivales. En las páginas siguientes nos vamos a centrar en el análisis de estos genuinos *hooligans* y de sus actuaciones en el período tardorromano, en especial con respecto a sus actos en el mundo oriental, pues de allí proceden nuestras mejores fuentes. Sin embargo, no serán dejadas de lado las referencias a las eras anteriores ni a otros ámbitos siempre

que sea conveniente.

El historiador Procopio, del siglo VI, es sin duda el autor que proporciona más detalles sobre estos grupos de radicales en sus ambivalentes escritos. Por sus intereses particulares, aborda la gravísima violencia faccionaria que tuvo lugar durante el reinado del emperador Justiniano. Por eso será nuestra fuente primordial, aun a riesgo de que incurramos en una especie de foto fija correspondiente a las décadas centrales del siglo VI. Vale la pena reproducir, aunque sea un fragmento extenso, lo que escribió sobre estos grupos al inicio de su intenso relato del brutal episodio de la Nika, contenido en el volumen que dedicó a las guerras contra los persas:

> La población de cada ciudad, desde muy antiguo, estaba dividida entre «azules» y «verdes», pero no hace mucho tiempo que, por estos colores y por las gradas en que están sentados para contemplar el espectáculo, gastan su dinero, exponen sus cuerpos a los más amargos tormentos y no renuncian a morir de la muerte más vergonzosa. Se pelean con sus rivales, sin saber por qué corren ese peligro, pero dándose plena cuenta de que, aun cuando superaran a los enemigos en la pelea, lo que les espera es que los lleven de inmediato a la cárcel y al final los hagan perecer torturados de la peor manera. Lo cierto es que el odio que les brota hacia personas muy próximas no tiene justificación, y permanece irreductible durante toda su vida, sin ceder ni siquiera ante vínculos de matrimonio, ni de parentesco, ni de amistad, aunque sean hermanos o algo semejante los que defienden colores distintos. Y no hay nada humano ni divino que les importe, comparado con que venza el suyo. Aun en el caso de que alguien cometa un pecado de sacrilegio contra Dios, o la constitución y el Estado sufran violencia por parte de los propios ciudadanos o de enemigos externos, o incluso si ellos mismos se ven quizás privados de cosas de primera necesidad, o su patria es víctima de las circunstancias más nefastas, ellos no hacen nada, si no le va a suponer un beneficio a su bando: que así es como llaman al conjunto de sus partidarios. En este fanatismo también se unen a ellos sus esposas, que no sólo secundan a sus maridos, sino que incluso, si se tercia, se les enfrentan, aunque no vayan nunca a los espectáculos ni las induzca ningún otro motivo; de modo que a esto no puedo darle otro nombre que enfermedad del alma (Procopio *BP* 1.24.1-6).

Es cierto que el circo no era el único entretenimiento público en el que podía estallar la violencia y que se extendiera por las calles. Contamos con más evidencias de episodios ocurridos en el anfiteatro y, muy especialmente, en el teatro. Con respecto al primer ámbito, se puede destacar el enorme tumulto en Pompeya que en el año 59 enfrentó a los aficionados locales con otros provenientes de la ciudad de Nocera mientras se desarrollaba un *munus* de gladiadores, cuya causa fue según Tácito la típica rivalidad

entre localidades vecinas. Primero hubo insultos, luego lanzamiento de piedras y finalmente se desenvainaron las espadas. Se llevaron la peor parte los de Nocera, con varios muertos, algunos mutilados y diversos heridos. Este sangriento suceso provocó que el senado romano promulgara una sentencia que determinó la suspensión en esta urbe de los espectáculos gladiatorios durante diez años —aunque al parecer no se cumplió por entero—, la ilegalización de aquellos *collegia* o asociaciones responsables de lo acontecido y la culpabilización del oferente del espectáculo, un tal Livineyo Régulo al que se había expulsado poco antes del senado, y de sus seguidores, que fueron desterrados (*Ann.* 14.17). Fue éste un episodio aislado, que contrasta con lo que sucedía en el teatro, un espacio que también ejerció de polo de atracción de todo tipo de problemas, violencias, peleas y sediciones desde comienzos de la época imperial, en relación tanto con el propio desarrollo del espectáculo como con acciones derivadas de coyunturas ajenas. Todo parece indicar que los protagonistas habituales de esas crisis eran las mismas gentes que frecuentaban el circo, pues hay evidencias de que al teatro acudían las facciones circenses, y es probable que se articularan allí en primer lugar. La conexión resulta patente: los histriones o pantomimos actuaban tanto en el circo como en la escena, inflamando los ánimos de la concurrencia hasta el delirio. Aunque haya quien quiera separar las claques del teatro respecto de los fanáticos del circo, todo apunta a que ambos ámbitos eran ocupados por los mismos protagonistas, que alternaban su presencia en uno u otro entretenimiento aprovechando que sus espectáculos casi nunca se solapaban. No obstante, había excepciones, como los cinco mil caballeros que formaban la claque teatral que apoyaba a Nerón.

El fantástico texto anterior de Procopio arroja algunas de las claves fundamentales de estos grupos y de lo que el historiador bizantino define como «enfermedad del alma» (ψυχῆς νόσημα). Indudablemente eran gentes fanáticas y radicales cuya vida giraba por completo en torno al color que sentían como propio e intransferible; de hecho, su objetivo primordial era mostrar su apoyo en el circo a través de la animación constante y fiel. Sin embargo, aunque sublimaban toda preocupación al interés de su facción, como indica Procopio, no tenían empacho en trascender la mera competición y, como grupos organizados cuasi profesionales, asumir un activismo sociopolítico de una violencia inaudita. Lo cierto es que ambos colores, los verdes y los azules, se retroalimentaban, reafirmando su fidelidad al grupo a través de la oposición frontal al contrario. Su sentimiento de pertenencia era de tal magnitud que no dudaban en afrontar la muerte en sus luchas con sus rivales o con las autoridades que se interponían en sus afanes. Esta afición desaforada no atendía a vínculos familiares ni religiosos, como tampoco, evocando a Juvenal, a la política o a la guerra. Por lo que respecta al parentesco, resulta curiosísima la referencia a la, según el historiador, escandalosa iniciativa de las mujeres, que no sólo se ponían a la altura de sus maridos, sino que también se enfrentaban a ellos por causa del circo. Lo normal, sin embargo, es que los apoyaran. Y aquí se puede mencionar el paralelismo con la sedición constantinopolitana del 561 (véanse las pp. 300-301), tras la cual las madres y esposas de los facciosos capturados solicitaron clemencia a Justiniano.

Esta pulsión, presente en las urbes más devotas de los espectáculos circenses (básicamente en las de mayor tamaño, pero también en otras mucho menores), adquiría, en directo correlato con lo dicho por Procopio, unos tintes

providenciales de misión faccionaria. Varias fuentes de la Antigüedad identificaron literalmente este activismo circense, este fervor desaforado de los más fanáticos —fueran violentos o no—, con la religión, algo que podría extenderse perfectamente al fútbol de hoy. No obstante, para poder establecer un retrato más fiel y menos viciado por la obvia parcialidad de los testimonios con los que se cuenta actualmente, resultaría crucial disponer de evidencias autorizadas e internas de las propias facciones.

Desafortunadamente, no disponemos más que del testimonio de uno de estos radicales, que sin embargo se aburguesó con el transcurso de los años y se arrepintió de su pasado. Se trata de Menandro el Protector, un historiador nacido a mediados del siglo VI, que siguió la carrera militar y prosperó bajo el mecenazgo del emperador Mauricio, aunque por desgracia apenas conservamos fragmentos de su obra literaria a través de otras fuentes que no sean la gran enciclopedia bizantina de la *Suda.* Según cuenta el propio Menandro, era hijo de un hombre iletrado que emigró a Bizancio y procuró dar a sus hijos la educación que él no había disfrutado. Su hermano Herodoto desistió de la carrera académica, pero Menandro finalizó sus estudios en derecho, aunque no ejerció porque enseguida, según cuenta él mismo, se dedicó a llevar una vida vil de haragán y sus únicos intereses consistían en las luchas callejeras, las carreras y los pantomimos. De tal manera que perdió su sentido común y su decencia. Lo que no dice es si perteneció a las filas de los *hooligans* verdes o azules, si bien a la hora de hacer balance de su juventud afirma haber desperdiciado el tiempo. No rehízo su vida hasta que entró en el ejército. Luego, bajo Mauricio, sabiendo que a éste le gustaban las artes liberales y encontrándose en un momento complicado, decidió convertirse en escritor y continuar la obra histórica de

Agatías (Menandro Protector *fr.* 1). Al analizar su fragmentaria obra, no aparecen más referencias que refuercen este testimonio autobiográfico, más allá de sus consideraciones de que, por una parte, el pueblo es veleidoso y amante de los disturbios y, por otra, las insurrecciones civiles son insensibles y difíciles de aplacar (*fr.* 7.3-4). Unas referencias bastante neutras que podría firmar cualquier autor del período, por lo que, aun a riesgo de equivocarnos por la ausencia de más datos, quizás Menandro se atuvo a las convenciones de la historiografía de la época, que prefería pasar por alto cuestiones que consideraba indignas, como todo aquello relacionado con el circo, salvo cuando convenía a la narrativa histórica.

Este sentimiento de pertenencia a un grupo hacía que los fanáticos actuaran como verdaderas bandas criminales, tanto en el hipódromo como fuera de este espacio, y tanto para atacar a sus enemigos del circo como para defenderse de las agresiones de que, a su juicio, eran objeto por parte del Estado y de la ley, como demuestran los numerosos sucesos reseñados, los cuales constituyen sin embargo una mínima parte de lo acontecido. En el más importante, la rebelión de la Nika, las facciones de los azules y de los verdes se unieron sorprendentemente para luchar contra su enemigo común, Justiniano, con una fuerza inusitada que a punto estuvo de voltear el Imperio. No obstante, las relaciones con el poder siempre fueron ambivalentes. No hay mejor ejemplo de ello que este mismo emperador, que apoyó siempre a los azules, aunque evidentemente la Nika marcó un antes y un después. Como ya hemos apuntado, Procopio denunció en su *Historia Secreta* que Justiniano, durante el reinado de su tío Justino II, no sólo dejó impunes sus acciones, sino que también se sirvió de esa facción en su propio beneficio, financiándola y concediendo honores y puestos en la Administración a

algunos de sus miembros (*HA* 7.41-42). No era la primera vez que los facciosos obtenían ayuda imperial: ya en el siglo I —si creemos el testimonio de Juan Malalas, que quizás trasladó al lejano pasado la realidad de su época— los verdes actuaron con la licencia del emperador Calígula para protagonizar tumultos tanto en Roma como en el resto del Imperio. Aunque en ese tiempo los grupos de fanáticos violentos no estaban configurados como en los siglos V y VI, queda claro a través de muchas fuentes, también contemporáneas, que los más radicales del circo provocaron incidentes de forma repetida en numerosas poblaciones del Imperio desde el mismísimo comienzo de nuestra era. En el mundo occidental no abundan datos al respecto, pero podemos suponer que estallaban este tipo de situaciones tanto en la capital como, por ejemplo, en Cartago. La afición del Circo Máximo, amparada por el aura de insolente simpatía que la caracterizó desde sus inicios, de vez en cuando protagonizaba algún que otro tumulto. Sin embargo, Roma no era precisamente la urbe que contaba con los radicales más notorios. La gran mayoría de las evidencias se refieren a la parte oriental: a Constantinopla y, en especial, a Alejandría y Antioquía, dos ciudades de una relevancia política y social extraordinaria. (Resulta curioso que prácticamente no haya evidencia alguna de violencia en las competiciones griegas tradicionales y, por el contrario, abunden de tal modo en la mayor parte del mundo grecoparlante en la época de dominio romano; García Romero, 2006.) El galorromano Ausonio, en un pequeño tratado destinado a presentar las ciudades más importantes del Imperio, señala que merecían ocupar las posiciones cuarta y quinta tras Roma, Constantinopla y Cartago, si bien le es imposible resolver el dilema de dónde situarlas en ese *ranking:* «Hay para las dos un único lugar, y una ambición

enloquecida hace que rivalicen en vicios. Ambas son turbulentas por su plebe y poco sanas por el tumulto de su populacho demente» (*ordo* 4-5). Aunque Ausonio describe a través de estas elocuentes palabras la realidad de fines del siglo IV, no hace otra cosa que reflejar la larguísima tradición de sediciones y tumultos circenses ocurridos en ambas ciudades, lo que en el caso de la capital egipcia se complementa con el magnífico retrato de Dion de Prusa en su oración trigésimo segunda, mientras que en el caso de Antioquía sus habitantes sólo mantenían una buena relación con aquellos emperadores que los proveían de abundantes espectáculos, como Lucio Vero o el usurpador Pescenio Níger, ambos del siglo II. Sobre este último, Herodiano decía lo siguiente:

> Los sirios son por temperamento muy aficionados a las fiestas, en especial los habitantes de Antioquía, la ciudad más importante y próspera, que celebran fiestas casi durante todo el año, tanto en la misma ciudad como en su comarca. Níger les ofrecía continuamente espectáculos, por los que sentían especial predilección, y les daba permiso para fiestas y jolgorios, gracias a lo cual aumentaba su popularidad y, naturalmente, era respetado (Herodiano 2.7.9-10).

Ambas urbes siguieron siendo focos de sedición permanente, pero Constantinopla acabó superándolas. En núcleos más pequeños se produjeron asimismo graves conflictos, pero las escasas evidencias hacen que por lo general resulte casi imposible rastrearlos. Sin embargo, todo hace pensar que más allá de las grandes urbes no eran frecuentes los grupos de aficionados violentos altamente organizados, aunque no por ello inexistentes, como se ha visto previamente. En todo caso, el grado de fanatismo hacia las carreras debía de ser similar, y probablemente los recintos se empleaban para todo tipo de demostraciones ciudadanas, con el riesgo de que desembocaran en disturbios aunque no hubiera especialistas de la violencia.

Con todo, no hay que confundir al conjunto de los seguidores de las facciones verde y azul con los grupos de

fanáticos violentos que conformaban los núcleos duros de ambas aficiones, que seguramente eran quienes en el circo llevaban el peso de las animaciones, o los que las dirigían al menos. Basándonos en la experiencia contemporánea con los ultras del fútbol, podemos suponer que estos grupúsculos bien organizados y jerarquizados eran tolerados y, con la más absoluta probabilidad, disculpados por sus compañeros más moderados en sus disputas contra los rivales, por mucho que a veces sobrepasaran todos los límites. En época de Procopio se les identificaba perfectamente, porque adoptaron ciertos rasgos en su apariencia física. A la manera de las tribus urbanas de la actualidad, lucían frondosos bigotes y barbas como los persas, y se rapaban la cabeza hasta la nuca, donde dejaban crecer el cabello; un corte de pelo que el mismo autor define como «peinado huno». Pero no sólo se notaba aquí la influencia huna, sino que sus capas, pantalones y calzado derivaban de la vestimenta habitual de este pueblo. También se caracterizaban por llevar ropas especialmente lujosas, «principescas» según Procopio, que adquirían mediante sus actividades criminales. Vestían túnicas muy holgadas que, estrechas en las muñecas, se hinchaban y ondeaban cuando agitaban los brazos en los espectáculos, ya fueran piezas teatrales o carreras en los hipódromos, acentuando su volumen y presencia, tanto que su tamaño parecía mayor de lo que realmente era (Procopio *HA* 7.8-14). Vista esta descripción, se entiende que Agatías los calificase, desde su perspectiva particular, como «hombres innobles y afeminados» (*Hist.* 5.14.4). Los líderes de las facciones se distinguían a su vez mediante su atuendo. Acostumbraban a vestir con la púrpura de la mejor calidad posible, es decir, la misma con la que se abastecía el emperador, de ahí que Justino II, al tener conocimiento de ello, mandara castigar a todos aquellos partisanos que la

usaban (Jorge Cedreno *fr.* I.688). Dado que estos grupos estaban perfectamente jerarquizados, este símbolo de majestad debían de utilizarlo tan sólo los cabecillas.

En el período que abarca este libro, únicamente conocemos con certeza el nombre de dos jefes («demarcas» en el mundo bizantino): Sergio, de los verdes, y Cosmas, de los azules. Sin embargo, resulta más que razonable que Gylos, el hijo de Clericos el Comentariense (aquel faccioso que perdió una mano en el transcurso de un levantamiento), también lo fuera, así como, en una época anterior y en el ámbito de la ciudad de Roma, Pedro Valuomeres, según se desprende de la crónica de Amiano Marcelino sobre unos acontecimientos tumultuosos ocurridos en la vieja capital durante el reinado de Constancio II. Asimismo, disponemos de un ejemplo muy anterior que nos ayuda a fijar esta realidad: en el contexto de una sedición militar en la Panonia, en el siglo I, Tácito refiere que la inició «un tal Percennio, antaño jefe de una claque de teatro y luego soldado raso, hombre de lengua procaz y ducho en la agitación por las mañas propias de la escena», que por las noches reunía en torno suyo «a la peor gente» (*Ann.* 1.16). Este tipo, al que se le califica como *dux theatralium,* era un equivalente de estos otros líderes faccionarios porque, aunque se le vincule con el teatro, en este ámbito también se encontraban presentes las facciones verde y azul. De hecho, también hay ejemplos contemporáneos de sublevaciones violentas en el teatro, como una narrada por el mismo Tácito que ocurrió poco después y finalizó con la muerte de varios soldados y miembros de la plebe (*Ann.* 1.77).

Como ya se ha comentado, una de las claves del éxito de los núcleos duros de las facciones era, aparte de su sentimiento de pertenencia al grupo, arraigado

profundamente a través de su devoción, el establecimiento de una jerarquía basada en unos principios de liderazgo carismático, que daban como resultado unos beneficios derivados de sus actividades tanto para la facción en cuanto escuadra o equipo de competición como para el conjunto de los fanáticos y sus componentes (lo veremos en las páginas siguientes). En cuanto a su número, representaban una parte minoritaria de la afición, aunque podían atraer en torno suyo a mucha gente e incluso a colectividades enteras. De este modo, las cifras de víctimas de algunas represiones imperiales contra los facciosos —dos mil muertos en Antioquía bajo Licinio, siete mil en Tesalónica bajo Teodosio o treinta y cinco mil en la Nika bajo Justiniano— en ningún caso hacen referencia al conjunto de los aficionados más radicales, sino al total de la masa humana que congregaban a su alrededor. Las únicas cifras que conocemos relativas a los núcleos de facciosos se sitúan en los estertores del reinado de Mauricio, en el 602, cuando este emperador solicitó ayuda a los demarcas de los dos colores principales para enfrentarse al usurpador Focas. Según el censo que se realizó a la sazón, su número ascendía en Constantinopla a mil quinientos verdes, mientras que los azules sumaban unos novecientos (Teófanes *Chron.* AM6094). Tales cifras suponen una parte escasa de los cien mil espectadores que acudían al hipódromo para disfrutar de los espectáculos circenses. Aun así, mirados con perspectiva, eran números lo bastante importantes para que destacaran como grupos homogéneos, como bloques con capacidad para la confrontación y la presión coercitiva, lo que les confería una preponderancia social que los convertía en actores fundamentales del período. El historiador Teofilacto Simocates, que escribió sobre el reinado del emperador Mauricio en tiempos de Heraclio (610-641), el sucesor del

nefasto Focas, afirmó enfáticamente que, «al sumergirse las masas romanas en las pasiones por los dos colores», todo tipo de problemas gravísimos sacudieron el mundo, pues conforme se ampliaba la locura por las facciones, «la fortuna romana perecía» (Teofilacto Sim. *Hist.* 8.7.11). Es decir, estos grupos se tornaron en un elemento de enorme potencial para sembrar la zozobra y desestabilizar la sociedad de su época.

Por lo que respecta a sus edades y estatus social, no eran uniformes, aunque en las fuentes se insista en denominarlos «jóvenes», al igual que ocurre en períodos anteriores con grupos similares como los *collegia iuvenum* (Eyben, 1993, pp. 6-9). En cuanto a las clases sociales que componían las facciones, parece que la mayoría procedía de estratos bajos, «los desgraciados, miserables, malhechores y cortadores de bolsas» que denuncia Libanio (*Or.* 16.32), pero también había individuos con estudios como Menandro el Protector, otros que pertenecían a la Administración —de otra manera no se entendería la prohibición de Marciano y Focas de que los verdes ocuparan magistraturas o puestos funcionariales— e incluso genuinos aristócratas. Por otro lado, de acuerdo con los datos de los que disponemos sobre Constantinopla, que quizás sean extrapolables a otras ciudades del Imperio, tenían como base de operaciones áreas propicias como determinadas calles, plazas y tabernas, pues multitud de fuentes dejan clara la asociación de los fanáticos con el alcohol. En el caso de Constantinopla, las zonas de Pittakia y Mazentiolos se corresponderían con territorios ocupados respectivamente por azules y verdes, según los incidentes detallados en la primera parte de este volumen.

Uno de los rasgos más sobresalientes de estas cuadrillas era la facilidad con la que recurrían a la violencia. Aunque no protagonizaran enormes tumultos constantemente, su

capacidad para la coerción directa e indirecta era uno de sus elementos consustanciales. La historia del circo romano desde el comienzo del Imperio, tal y como se ha recogido en la primera parte, muestra los numerosos incidentes violentos de los que fue testigo, los cuales sobrepasaban en ocasiones los límites físicos del recinto. A veces eran simples y espontáneos accesos de insolencia y licencia por parte de las facciones, pero otras veces la violencia respondía a un plan. Conviene recalcar que las fuentes del Alto Imperio, en comparación con las del Bajo Imperio y la Antigüedad Tardía, son en este sentido menos explícitas; de hecho, las obras historiográficas de los primeros siglos de la era imperial menospreciaban este tipo de incidentes, salvo que interesara mencionarlos en aras del relato. Pese a este condicionante, la historia romana trasluce que la agresividad en este ámbito estaba a la orden del día. Las evidencias son amplias y variadas. La mayor parte de estas muestras de desaforada belicosidad tienen como foco y objeto la tajante y mortífera rivalidad entre los verdes y los azules. Sin embargo, las causas y las motivaciones podían ser múltiples. En ocasiones el trasfondo estaba relacionado propiamente con el desarrollo del espectáculo: la detención de aurigas por algún que otro escándalo; la actuación de los pantomimos, capaz de enervar a las masas, o la represión que las autoridades ejercían sobre los fanáticos a consecuencia de sus actos, en lo que constituía una violencia encadenada de airada acción-reacción. Sin embargo, a menudo tales problemas desbordaban peligrosamente el ámbito del mero entretenimiento.

Como hemos visto, estos núcleos duros de las facciones se comportaban en numerosas ocasiones como una suerte de activistas sociales que llevaban a la arena todo tipo de quejas y reclamaciones, que podían acabar en exabruptos irascibles

con motivaciones puramente políticas, dirigidos contra los administradores o contra el emperador por sus decisiones militares o económicas (subida o creación de impuestos), o relacionadas con necesidades básicas, como en el caso de las frecuentes insurrecciones motivadas por el hambre. El circo también fue escenario, en especial a partir del siglo IV, de conflictos religiosos, tanto luchas entre doctrinas cristianas como acciones contra judíos o paganos. Unas insurrecciones que podían desembocar en auténticos motines urbanos, dirigidos por los más irreductibles del circo, que podían arrastrar a un gran número de personas a través de auténticos procesos extáticos de enajenación colectiva, provocados por la euforia que se experimentaba en el hipódromo, un ámbito que funcionaba como una suerte de dispensador de adrenalina, y también en las manifestaciones en las calles. Así pues, actuaban como verdaderos militantes de vanguardia, si bien es cierto que a veces eran manipulados, sobornados o alquilados como fuerza de coacción urbana y social, en conflictos originados tanto dentro como fuera del circo. En ocasiones incluso parecían profesionales del tumulto que hacían del circo su *modus vivendi.* Aprovechaban su posición de fuerza y su reconocimiento como grupo para enriquecerse a través de diversas vías de financiación, tanto legales como alegales o manifiestamente ilegales. Gracias a Procopio sabemos que Justiniano entregó a los azules una buena cantidad de dinero. Entra dentro de lo probable que otros emperadores, magistrados o incluso ricos aristócratas, entre los cuales bien se podrían incluir los protectores y patronos de las propias facciones, hicieran otro tanto. Como hemos visto, el tren de vida de algunos de estos fanáticos era imposible de mantener, salvo que fueran miembros de los escalones más altos de la sociedad. Lo que hacían era recurrir al ejercicio de

la violencia más allá del circo, por el mero lucro. Sus actividades no se distinguían de la más pura criminalidad, y disponemos de interesantes evidencias al respecto, aunque, todo sea dicho, pertenecen fundamentalmente a la época más tardía.

La primera prueba procede de Procopio de Cesarea y se circunscribe al grandioso relato que plasmó en su *Historia Secreta* sobre las actividades criminales de las facciones, en especial de los azules, en las calles de Constantinopla durante el reinado de Justino I, con la presunta connivencia de Justiniano, o al menos con su tolerancia. Únicamente se procuró frenarlos en los últimos tiempos de Justino, cuando se encomendó su erradicación a Teodoto el Calabaza. Según Procopio, los fanáticos azules iban provistos con dagas de doble filo, unas armas habituales en las luchas que libraban con sus homólogos verdes, quienes obviamente también recurrían a instrumentos similares. Durante el día, llevaban estos puñales escondidos junto al muslo, pero cuando se ponía el sol los blandían abiertamente aprovechándose de la oscuridad para atacar a sus rivales. Sin embargo, su osadía fue creciendo y comenzaron a robar por las noches, tanto en espacios abiertos como en callejones, sin obedecer a criterios facciosos, pues asaltaban con intimidación a todo aquel con el que se encontraran, independientemente de sus colores. De acuerdo con Procopio, el creciente clima de inquietud provocó que las gentes de alcurnia portaran ropajes y adornos de un nivel inferior a su categoría social; además, las calles se vaciaban incluso antes de que anocheciera, en lo que podría calificarse como un particular toque de queda. Como la represión era mínima, los radicales fueron ampliando sus objetivos y víctimas. Los azules aceptaban encargos de asesinatos selectivos que perpetraban incluso a plena luz del día y en espacios públicos como iglesias, o

durante la celebración de festivales. Para enmascarar sus crímenes, simulaban que sus víctimas eran verdes, lo que constituye un dato inquietante sobre la tolerancia social hacia las luchas entre facciones. En un relato que parece referirse a las bandas callejeras actuales, Procopio indica cómo aumentaban su prestigio dentro del grupo aquellos capaces de matar de un solo golpe. Por si fuera poco, amedrentaban a los magistrados y a los jueces, y obligaban a los prestamistas a cancelar empréstitos gratuitamente y a los esclavistas a manumitir a los esclavos —quizás estos esclavos deban verse como aurigas, como veremos—. Asimismo, sabemos que no sólo se movían por la obtención de un botín monetario o por la práctica de coacciones, sino que también violaban a jóvenes y a mujeres casadas. Como evidencia del éxito e impunidad de los azules, Procopio señala el crecimiento de sus filas. Así, se les unieron miembros de la facción rival de los verdes, que ponían por encima de la fidelidad a sus colores salvar su vida y tener la posibilidad de emprender una carrera delictiva, en contraste con otros verdes que eran asesinados o se daban a la fuga. También atraían a jóvenes de alta alcurnia, que extorsionaban a sus padres con el fin de obtener dinero para la facción. Finalmente, engrosaron estos grupos radicales algunos muchachos que jamás habían mostrado interés alguno por los juegos circenses, pero a los que les fascinaba «el poder que confiere la fuerza y la insolencia» (*HA* 7.1-38).

Esta violencia no era episódica ni respondía a un período concreto de la historia de Constantinopla. Pese a los notables prejuicios de Procopio contra los azules y al odio que sentía por Justiniano, cuya cercanía a esa facción era manifiesta, su relato no se puede reducir al mero rencor. Aunque algunos de los elementos referidos sean susceptibles de ser matizados o contextualizados, explicitan de forma

convincente unas acciones violentas que se ajustan a lo que indican otras fuentes, tanto contemporáneas como anteriores. Sin embargo, a su testimonio sí se le puede achacar que omitiera datos relativos a los verdes, cuyo comportamiento era indiscutiblemente similar al de los azules —algo que, como hemos visto, podría explicarse por la cercanía y fidelidad del historiador a aquel color—.

Una fuente valiosa para contextualizar esta violencia es san Agustín de Hipona, perteneciente a un ambiente distinto y a una época anterior. En su *Catequesis a los principiantes* ofrece lo que en principio podría tomarse como una advertencia excéntrica y moralizante sobre los perjuicios de los espectáculos y la deriva que podía entrañar en sus aficionados. A la vista de los datos proporcionados por Procopio y por otros que serán presentados a continuación, bien podría reflejar una situación muy anterior, que afectaba a un territorio tan fanático con respecto al circo como el África romana, apenas abordado por los textos, pero que cabría aplicar a la Italia que el Padre de la Iglesia conocía tan bien. Así, en palabras de san Agustín de Hipona:

> También hay hombres que no anhelan ser ricos ni aspiran a llegar hasta las vanas pompas de los honores, sino que prefieren gozar y descansar en borracheras y en fornicaciones, en los teatros y en los espectáculos frívolos, que en las grandes ciudades encuentran gratis. Pero de esa forma también ellos disipan en la lujuria su pobreza, y tras la miseria se dejan conducir más tarde a los robos, los asaltos y algunas veces, incluso, a los latrocinios, y de pronto se ven asaltados por muchos y terribles temores. Y los que poco antes cantaban en las tabernas, luego deliran con sus llantos en la cárcel (Agustín *cat. rud.* 25.7-8).

Sin embargo, el gran Padre de la Iglesia africana no se limita a realizar una advertencia retórica sobre los peligros morales y penales de los espectáculos. Resulta curiosa la gradación que establece de los delitos: del simple robo sin violencia *(furtum)* al robo con allanamiento *(effractura)* y finalmente al bandidaje más puro *(latrocinium)*.

Pero de momento dejemos de lado este testimonio para centrarnos en otras evidencias concretas sobre la

vinculación entre las facciones y la pura criminalidad. En primer lugar, en el panegírico de Prisciano dedicado al emperador oriental Anastasio, que reinó a caballo entre el siglo v y el vi, se advierte el nivel de amenaza criminal de las facciones, si bien se atribuye al soberano un éxito en la represión contra éstas —la «discordia social»— que, como poco, debería matizarse, por mucho que al inicio de su reinado se marcase como meta la supresión de las actividades transgresoras de los verdes y de los azules. Prisciano destaca que los facciosos acostumbraban a actuar de noche estimulados por el vino, espada en ristre y dentro del perímetro de la ciudad, algo ilegal, contra víctimas inocentes, es decir, que no pertenecían al color contrario. Curiosamente, define estos asaltos como «despojos de la paz», pues según el panegirista los ejecutaban beneficiándose de la paz del Estado (*Pan.* 218-222).

El segundo testimonio procede de la *Historia Eclesiástica* de Evagrio, muy difícil de situar cronológicamente pero que se debe contemplar como una panorámica general de los problemas que los azules generaron bajo la égida de Justiniano, en especial antes de la Nika. Sin embargo, Evagrio yerra al asociar la impunidad azul con la complicidad del emperador considerando que tuvo como origen la revuelta de la Nika. Evagrio era sirio y en aquel momento apenas un niño, y durante su vida permaneció en la capital un período muy corto, por lo que su testimonio no es precisamente de primera mano. Además, los azules y los verdes estuvieron calmados un tiempo después de esa enorme sedición, pero enseguida retomaron con fuerza sus acciones criminales, que afectaron la vida constantinopolitana durante el resto del reinado de Justiniano. Sus palabras se asemejan muchísimo a lo que relata Procopio en su *Historia Secreta,* pero no se puede

establecer ninguna conexión entre ambas obras, puesto que el libelo de Procopio permaneció inédito durante siglos; así pues, o las dos se basan en otra fuente que no ha llegado hasta nosotros, o simplemente ambos autores ofrecen unos datos que el común de los bizantinos conocía perfectamente sobre el comportamiento de las facciones. Esta última opción es, desde luego, la más factible. De tal modo, Evagrio señala que los azules no temían las represalias e incluso eran galardonados con recompensas por parte de Justiniano, aunque a veces el emperador decidía actuar y los castigaba. Por lo visto, ejercían de sicarios y robaban en las casas, y algunos se convertían en genuinos vendedores de protección personal al modo más puramente mafioso. A los magistrados que se enfrentaban a ellos, o los amedrentaban o directamente los asesinaban, como ocurrió con Calínico, gobernador de Cilicia, que fue empalado. A diferencia de Procopio, Evagrio sí habla de los verdes, lo que nos lleva a pensar que este clérigo no tenía simpatías hacia ninguna de las dos facciones y, por otro lado, refuerza la hipótesis de la parcialidad de Procopio, como sugerimos más arriba en relación con el tumulto que los verdes provocaron cuando cierto «Procopio», más que probablemente el propio historiador, fue destituido como prefecto de la ciudad de Constantinopla. En concreto, Evagrio indica que a los miembros de esta facción que huían de Constantinopla nadie les daba cobijo ni les prestaba ayuda, por lo que, dispersándose como la contaminación, se convertían en bandidos o piratas que acechaban a los viajeros y perpetraban infinidad de crímenes y asesinatos (Evagrio *HE* 4.32).

Curiosamente, lo narrado por Evagrio se puede vincular a los datos que ofrece su contemporáneo y también antioqueno Juan Malalas. Incluso es probable que se

conocieran personalmente, aunque este último sí residió en Constantinopla. La información de Evagrio podría considerarse el reflejo de lo que nos cuenta Malalas en su *Cronografía,* pues realiza unas acusaciones similares en un mismo contexto. Malalas informa de que en los estertores del prolongado reinado de Justiniano, fallecido en noviembre del 565, es decir, más de tres décadas después de lo referido por Procopio, se desencadenó una lucha facciosa de enorme intensidad a la que se respondió con una enérgica actividad represiva. Como dijimos, Constantinopla se tornó en un polvorín después de que Zemarco, el prefecto de la ciudad, intentase detener al faccioso verde Cesario, dando pie a un motín en el barrio de Mazentiolo que duró varios días y afectó a otras partes de la ciudad, y causó un elevado número de muertes tanto entre los verdes como entre los oficiales del prefecto. Justiniano actuó sin contemplaciones: destituyó a Zemarco, nombró en su lugar al antiguo *magister scrinii* Julián y le encomendó que actuara con la máxima contundencia. Julián consumó una campaña brutal de castigo contra las dos facciones, en especial contra los verdes, que duró diez meses, redoblando según Malalas la represión cuando tuvo plena constancia de sus patibularias actividades y gravísimos delitos, tanto dentro del hipódromo como fuera, donde actuaban como ladrones en el interior de la ciudad y como bandidos y piratas en el exterior. Estas tropelías eran del conocimiento común desde hacía décadas, si bien no fue hasta entonces cuando las autoridades decidieron actuar contundentemente conforme a las leyes (*Chronog.* 18.151). La durísima intervención de Julián mereció una entusiasta celebración tanto en la obra de Juan Malalas como en la del poeta Coripo, y el cronista Víctor de Tunnuna estimó que casi había erradicado a los verdes.

Con respecto a la curiosísima acusación de piratería,

contamos con un ejemplo plasmado por la pluma de Procopio en su *Historia Secreta,* donde denuncia un infaustamente célebre abordaje durante el reinado de Justino I. Al parecer, una pareja de buena posición social fue atacada por unos facciosos mientras cruzaban en barca un paso de agua, quizás el Cuerno de Oro, con el objeto de llegar a lo que en la actualidad es el barrio de Galata. Los fanáticos secuestraron a la mujer y la cargaron en su propio bote, y la mujer tranquilizó al marido diciéndole que no sería ultrajada. Así fue: se arrojó al mar y murió ahogada (*HA* 7.37-38; Álvarez Jiménez, 2014).

La última evidencia de criminalidad facciosa se salta ligeramente los límites cronológicos de este libro, puesto que se sitúa bajo el reinado de Focas, el asesino y sucesor de Mauricio, pero resulta tan extraordinaria que merece un comentario. Se trata de uno de los sermones que ofreció el obispo de Tesalónica en honor de la acción providencial del santo local, san Demetrio. Por un lado, alaba a Mauricio y, por otro, arremete duramente contra Focas, al que acusa de haber trocado el amor en odio en las provincias más orientales y hasta en la misma Constantinopla. Denuncia agriamente que las facciones no se contentaran únicamente con el derramamiento de sangre de sus rivales, sino que, comportándose como bárbaros, allanaran los hogares de sus conocidos y del resto de sus conciudadanos para asesinar a los que se encontraban en su interior. Y a aquellos que eran demasiado débiles para huir, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, los arrojaban desde las alturas de las viviendas para, posteriormente, incendiarlas (*Miracula S. Demetrii* 4.32). Aunque hay que poner en tela de juicio que este obispo se refiera a su propia ciudad, pues por lo visto el hipódromo de Tesalónica había dejado de estar en uso desde hacía un siglo y parte de su estructura fue empleada en el

fortalecimiento de unas murallas asediadas constantemente por enemigos asentados en los Balcanes. Sin embargo, pese al desuso del recinto circense, parece que aún se producían enfrentamientos faccionarios. Quizás las facciones reorientaron sus actividades a otros espectáculos aún vigentes en la ciudad, o se reconvirtieron por completo, asimilándose a los antiguos *collegia iuvenum,* aunque sin menoscabo de su naturaleza violenta. No obstante, lo más probable es que con estas palabras el autor del sermón ofreciera simplemente una panorámica general de la catastrófica situación que vivía el Imperio. Focas llevaba a cabo una política demencial hacia las facciones, que libraban una auténtica guerra civil en todo el territorio (*Miracula S. Demetrii* 1.10).

Sea como fuere, estas evidencias apuntan a que en toda esta época existía una noción compartida de que los núcleos duros de las facciones del circo no se limitaban a animar y defender sus colores, sino que daban cobijo a toda suerte de criminales que se aprovechaban de la impunidad de la que tradicionalmente gozaban estos grupos para cometer actos violentos y lucrarse. Y aunque representaban a una minoría de la afición, eran los que creaban un ambiente más explosivo en las carreras. Desde una perspectiva diacrónica, resulta imposible no establecer un paralelismo con lo que ocurre en el fútbol contemporáneo, sobre todo en Sudamérica y en Europa.

Cabe preguntarse ahora por qué se toleraban las facciones. La respuesta no es sencilla. De acuerdo con el derecho romano, los grupos de radicales incumplían sistemáticamente la práctica totalidad de la legislación penal del Imperio, empezando por el sacrosanto monopolio de la violencia que el Estado romano siempre se arrogó —con sus limitaciones y excepciones—. Así, hemos visto cómo

infringían repetidamente la Ley Julia de la Violencia Pública, la Ley Julia de la Violencia Privada, la Ley Cornelia sobre Sicarios y Envenenadores o la Ley Julia de Lesa Majestad, entre otras muchas disposiciones aparecidas en los diversos códigos jurídicos que nos ha legado la Antigüedad, como el Digesto, el Código de Justiniano y el Teodosiano. La escala del *furtum,* la *effractura* y el *latrocinium* planteada por san Agustín en su *Catequesis a los principiantes* se entiende a la perfección a la vista de las evidencias. Las acciones violentas de los facciosos atentaban contra la *pax* y la *tranquillitas* social, y se estructuraban según unos principios y unos fines que los equiparaban a las temidas cuadrillas de bandidos y piratas que frecuentaban los dominios imperiales y que eran perseguidas sin piedad, puesto que, por su *modus operandi,* independencia y conculcación del monopolio de la violencia estatal, se les consideraba el reverso tenebroso del Estado. Curiosamente, en las fuentes latinas se denomina *factiones* tanto a las bandas de bandidos o piratas como a los grupos de aficionados del circo, aunque no debe inferirse por ello una semejanza más allá de la anécdota. Lo sorprendente es que el poder político romano siempre procurase mantener un control estricto sobre los diversos grupos, asociaciones, *collegia* y cultos considerados subversivos y opuestos al bienestar social, aunque no abiertamente nocivos como las bandas organizadas de criminales que amenazaban los caminos y los mares, pero no persiguiera hasta su erradicación a las facciones del circo, pese a su historial de violencia y a sus constantes muestras de insurrecta autonomía. A veces las autoridades, con un afán ejemplarizante, emprendían políticas represivas de primer orden que implicaban condenas semejantes a las reservadas contra las bandas puramente criminales, como la pena de muerte en todas sus formas, pero en la mayoría de ocasiones

hacían la vista gorda. De hecho, la legislación imperial incurría en una doblez al mostrarse más blanda con aquellas personas que protagonizaban sediciones en los espectáculos. De este modo, los facciosos podían ser meramente advertidos por la autoridad de turno, o castigados con el látigo o con la expulsión de los recintos. A los reincidentes se les aplicaban penas más duras, como el exilio —es lo que le ocurrió al Pedro Valuemeres citado por Amiano Marcelino — o la muerte en el caso de que hubieran sido arrestados en numerosas ocasiones, pese a la licencia que les daba este rescripto misericordioso (*Dig.* 48.19.28.3).

Aunque las fuentes incidan en episodios de represión más o menos sostenidos en el tiempo y mencionen escarmientos públicos y notorios —siempre individuales, como el inaudito castigo que preveía la legislación de Valentiniano II y Teodosio: que los sediciosos combatieran entre sí en la arena del circo (*CJ* 11.40.2)—, lo cierto es que a ninguna autoridad imperial se le ocurrió desarticular estos grupos, que inevitablemente volvían una y otra vez a protagonizar episodios violentos y levantiscos tanto dentro como fuera del ámbito circense. No lo hicieron porque su mera existencia tenía un sentido: formaban parte del sistema antiguo. El circo constituía el máximo espectáculo y entretenimiento de la época tanto en las grandes urbes como en ciudades más pequeñas, al tiempo que era el escenario de la mayor representación simbólica, política y social del mismísimo poder imperial y, subsidiariamente, del resto de estructuras del Estado. Los diversos juegos que se ofrecían durante los festivales y las festividades de los calendarios de las eras pagana y cristiana, así como aquellos que brindaban el emperador, los cónsules, los pretores, los cuestores y demás magistrados, simbolizaban la majestad del Estado romano. Incluso los espectáculos organizados por los

particulares contribuían a ello —un ejemplo de época imperial lo encontramos en Marcial (*epig.* 3.59), que se mofa de que hasta un tabernero y un zapatero hubieran montado espectáculos públicos—, pues implicaban el reconocimiento del orden sociopolítico vigente. La aclamación del poder, siempre en la figura del emperador en época imperial, y del oferente en época republicana o posterior, servía para establecer un diálogo entre el poderío romano y el pueblo en su sentido más amplio, por medio de la liberalidad y el ofrecimiento de unas diversiones y distracciones de las que se beneficiaba el conjunto de la población. Como ya vimos, fue Constantino quien legisló estas proclamaciones, aunque en realidad no hizo más que fosilizar y reglamentar unos usos que ya formaban parte de la tradición romana. He aquí un magnífico ejemplo en la figura del emperador Honorio:

> ¡Oh, qué misterioso poder infunde al pueblo la presencia del genio del imperio! ¡A qué gran dignidad corresponde alternativamente en su turno tu majestad, cuando la púrpura imperial devuelve los saludos al pueblo reunido en las gradas del circo, cuando resuena, elevado al cielo con el apoyo del cóncavo recinto, el estrépito de la plebe tras haber sido saludada y el eco repite al unísono por todas las siete colinas el nombre de Augusto! (Claudiano *de VI. cos. Hon.* 616-622).

Obviamente este potencial del circo para la transmisión de la majestad del poder romano, y en particular del emperador en época imperial, se enfatizaba aún más en aquellas carreras ofrecidas por el regente para celebrar su ascenso al trono, su natalicio o el del resto de la familia imperial, éxitos militares, diplomáticos u otros eventos singulares de la vida social y religiosa del período, o en aquellas ocasiones extraordinarias en las que se hacía donación de espectáculos por la mera prodigalidad del poder. Tanta importancia adquirió el circo que, como vimos, ocupó un lugar fundamental en el ceremonial de investidura del emperador en el Oriente romano desde el reinado de Zenón, a fines del siglo v. Aunque toda ascensión al trono siempre había comportado la celebración de unos juegos circenses —amén de otros espectáculos, donativos y demás

prodigalidades—, a partir de este emperador el recinto se convirtió en un espacio esencial en el ritual, porque favorecía la comunicación con el pueblo y constituía uno de los elementos más simbólicos de la entronización. En Constantinopla siguió siendo así por muchos siglos, aunque progresivamente se fue fosilizando a través de un ceremonial estricto y medido. La comunión entre el soberano y el pueblo en el ámbito circense se subrayaba asimismo a través de otras manifestaciones del poder, como los triunfos militares y las procesiones victoriosas, que indefectiblemente finalizaban en el hipódromo y que, si bien en un primer momento estaban enfocadas a la gloria obtenida contra enemigos externos, acabaron empleándose también para celebrar la supresión de amenazas internas como las representadas por los usurpadores. Pueden mencionarse innumerables ejemplos de uno y otro cariz, como la mofa a la que se sometió al usurpador Juan durante la niñez de Valentiniano III, haciéndole desfilar mutilado a lomos de un asno en el circo de Aquileya antes de ser ejecutado.

La conexión circense entre pueblo y poder fue imitada por parte de los rebeldes samaritanos y judíos, que se atrevieron a nombrar como emperadores a Justasas y a Julián, bajo Zenón y Justiniano respectivamente, haciendo uso del circo como espacio para la entronización. Pero este vínculo no sólo se observa en el máximo nivel, sino también a una escala inferior, como lo demuestra la caída del eunuco Eutropio, quien a fines del siglo IV, bajo el emperador oriental Arcadio, sustituyó a Rufino como valido, es decir, como el personaje más poderoso de la corte. El relato de su caída resulta curioso, puesto que el patriarca san Juan Crisóstomo le dio asilo en la primitiva iglesia de Santa Sofía. Una decisión que probablemente estuviera motivada por el deseo

burlesco de echarle en cara a Eutropio que hubiese prohibido por ley que nadie se acogiera al derecho de asilo. De hecho, Crisóstomo no desaprovechó la oportunidad para dedicar a su huésped una homilía reprochándole todos los aplausos, aclamaciones y halagos que le habían brindado los espectadores del Hipódromo de Constantinopla en las carreras pagadas de su bolsillo mientras disfrutaba de su omnímodo poder; todo ello se había desvanecido en el momento de su máxima debilidad (*Hom. in Eutropius* 1.1).

Esta particular relación entre el poder y el pueblo escenificada en el circo también se observa a una escala inferior, ya desde época republicana, en los diversos espectáculos organizados para obtener y consolidar la propia fama. De ahí que se patrocinaran carreras durante las campañas electorales y, una vez obtenido un puesto en la administración, para favorecer la promoción de los magistrados en el *cursus honorum*. Pero la financiación de espectáculos podía servir para mucho más, como el enriquecimiento personal más allá de la política. Así, Juvenal denuncia que era una vía rápida para conseguir contratas del Estado o de los municipios (Juvenal *Sat.* 3.34-39). Lo cierto es que la repercusión social del circo era enorme, sobre todo por la importancia intrínseca de la pasión compartida por la mayor parte de la ciudadanía, pero también porque se trataba del espacio público de reunión más grande de la comunidad. Por eso era utilizado como el principal altavoz para transmitir las decisiones del poder, en directa competencia con los foros de las ciudades, donde se exponían las novedades legales.

Pero no sólo el patrocinio de espectáculos coadyuvaba a la comunión entre poder y pueblo, sino también la presencia de sus representantes, en especial del emperador. El contacto visual y físico con el pueblo, para poner de

manifiesto que compartían una misma afición e intereses en un espacio común, contribuía a la consolidación de dicha relación, junto a pequeños detalles que se pueden clasificar bajo la categoría popular de «campechanías» y servían para ganarse empáticamente el respeto y la admiración popular, siempre y cuando, según Tácito, el más grande de los historiadores latinos, «surgiesen de la virtud» (*Hist.* 2.91).

Sin embargo, ni todos los emperadores y prohombres del mundo romano disfrutaban del espectáculo ni todos aquellos que lo hacían se mostraban particularmente agradables y populistas, en el sentido de la búsqueda de esta confraternización. Esta actitud incluso podía llegar a suscitar críticas y polémicas que perjudicaban la fama del soberano por no corresponder a las esperanzas del pueblo a través de unas formas con las que éste empatizase. En este sentido cabe destacar a figuras como el mismísimo Julio César, que aprovechó la celebración de unos espectáculos que no le interesaban lo más mínimo para leer y escribir unos documentos oficiales; Tiberio, que casi nunca acudía a los entretenimientos que él mismo ofrecía, o, finalmente, Juliano, que cuando se veía obligado a presenciar las odiosas carreras circenses se dedicaba, como buen filósofo, a meditar mirando al infinito, lo que supuso que los habitantes de Antioquía, siempre predispuestos a la turbamulta, tomasen su figura a rechifla. Estos personajes, y alguno que otro más, representan el modelo opuesto al del gobernante campechano, aunque ciertamente son poco frecuentes en la historia romana. Al contrario, disponemos de numerosas muestras de campechanía que fueron celebradas por sus contemporáneos y también por la posteridad, ya que se asumían como propias de un carácter particular digno de ser recordado. Para empezar, Augusto protagonizó una estupenda anécdota: un día en que presidía unos juegos

circenses en el Circo Máximo, una parte de la afición mostró su miedo a que una grada que se encontraba en mal estado acabara desmoronándose; pues bien, sin pensárselo dos veces, el *princeps* bajó del *pulvinar* y se sentó entre estos espectadores para calmarlos (Suetonio *Div. Aug.* 23.5). Por su parte, Claudio, que antes de ocupar el trono había sido objeto de las burlas de los asistentes al circo, no dudó en unirse a la plebe para aclamar con la palabra y con gestos a quienes patrocinaban los espectáculos a los que acudía (Suetonio *Claud.* 12.2). Un tercer ejemplo de campechanía, bien distinto, lo constituye uno ya referido, protagonizado por el emperador Valentiniano I: se ganó el apoyo del público en Antioquía mandando ejecutar en el mismo hipódromo al eunuco Ródano durante la celebración de las carreras por haberle robado sus bienes a una viuda llamada Berenice; es decir, patrocinó un linchamiento público y extrajudicial para sofocar la indignación popular, una medida que siempre era bien recibida (Juan Malalas *Chronog.* 13.31; *Chron. Pasch. s.a.* 369). Éstas son algunas muestras particulares en el ámbito del circo, pero podrían ofrecerse evidencias similares del resto de entretenimientos públicos, en especial bajo emperadores como Calígula, Nerón, Cómodo o Heliogábalo, que según las fuentes destacaron por su cercanía al pueblo tanto en los grandes espectáculos como a través de generosos donativos y regalos. Sin embargo, estos soberanos eran considerados por los textos casi unánimemente como malos emperadores, a pesar de no diferenciarse mucho de sus correligionarios de mejor fama, porque, a causa de la hipócrita carga negativa que tenían los espectáculos públicos entre las élites, se exageraban grotescamente sus cualidades con un valor paródico o moral viciado.

En este momento resulta necesario volver a la pregunta

de por qué se toleraban oficialmente los elementos más violentos de las facciones. En el circo, donde se apreciaban rotundamente la comunicación y la comunión entre el poder y el pueblo, el público debía estar completamente imbuido del espectáculo. Ahí entraban en juego las facciones de los verdes y los azules, que marcaban el ritmo de la animación y el bullicio y la excitación ambientales, y se encargaban de los cánticos, aplausos y homenajes al poder. Había ocasiones en que las relaciones entre soberano y pueblo eran bidireccionales, en consonancia con la estructuración política del Imperio. Sin embargo, la revolución augustea implicó la voladura controlada de todo el armazón institucional republicano. De este modo, la participación de la masa popular en la vida política se restringió sobremanera, merced al vaciamiento de poder de las asambleas ciudadanas, cuyo margen de maniobra ya era de por sí limitado, y a su posterior eliminación. Al pueblo le quedaban pocas vías para expresar su parecer con respecto al devenir del Imperio, a la labor de los magistrados elegidos por el senado y el emperador, o en relación con cualquier cuestión de índole política, económica, militar, social, religiosa o puramente local. Con este panorama, el principal ámbito público para poner de manifiesto su opinión o su descontento era el de los espectáculos, y el recinto de mayor concurrencia era el circo.

La labor de Augusto fue proseguida y acrecentada en el Bajo Imperio a partir de Diocleciano. En este sentido, vale la pena acudir a un testimonio que, aunque no esté vinculado directamente con el circo, bien pudo tener allí su origen, o que al menos puede resultar útil como elemento comparativo. En una de sus relaciones, Símaco quiso convencer al emperador Valentiniano II de que no se impusiera una carga a las corporaciones profesionales de

Roma, y argumentó que su padre, es decir, Valentiniano I, ya había intentado algo similar, pero tuvo que desistir ante «las expresiones de libertad de la plebe» (*Rel.* 14.2). Es decir, el fundador de la dinastía valentiniana reculó ante la protesta de una parte del pueblo, quizás en el sitio más adecuado y notorio, el Circo Máximo, lo que, por lo demás, como recalca Símaco, se consideraba legítimo en la relación desigual que existía entre el pueblo y el poder político. Independientemente de que este episodio ocurriera o no durante unos juegos circenses, éste era el mecanismo habitual. El circo se convirtió, pese a tratarse también de un escenario proclive a todo tipo de manipulaciones y violencias, en el mayor altavoz de la voluntad popular y en el marco de las relaciones de la plebe con los poderes que gobernaban su destino. Y aquí los más radicales miembros de las facciones desempeñaban un rol muy importante, al ser quienes marcaban el ritmo de los cánticos y de las peticiones. En ocasiones mantenían auténticas conversaciones con el poder, como se observa en el caso del magnífico diálogo entre verdes, azules y Justiniano que precedió a la Nika en Constantinopla, como relata Teófanes. Mientras las facciones se comunicaban mediante un griterío coordinado al dictado de sus líderes, el poder se expresaba por medio de un heraldo. Esta intervención de la afición en los más variados asuntos no se limitaba a las capitales imperiales o dondequiera que se encontrase la cabeza del Estado, sino que, como hemos visto en numerosas ocasiones en la primera parte, se producía en todas las urbes provinciales dotadas de circo, aunque no hubiera grupos de radicales como los que ocupaban las gradas de las ciudades de mayor tamaño. El clásico aforismo de Juvenal de *panem et circenses* ha quedado por tanto matizado, aunque no le falte ni un ápice de razón en lo que respecta al disfrute del

circo por parte de la mayoría social, algo que el poder sabía utilizar perfectamente para ganarse el favor de sus súbditos y nublar su entendimiento. Los espectáculos públicos, con el circo a la cabeza, constituían en definitiva una generosa distracción subvencionada y promocionada por los gobernantes.

Podrían mencionarse numerosísimas alusiones al circo procedentes de todas las eras, muchas de las cuales ya han sido presentadas a la hora de tratar, por ejemplo, los reinados de Tiberio y del rey ostrogodo Teodorico. Sin embargo, vale la pena ofrecer una distinta, procedente del espectáculo teatral, por la íntima relación que guardaba con el circo. Dion Casio recoge una anécdota, repetida después en otras fuentes, según la cual Augusto le lanzó una reprimenda al actor Pílades, al que previamente había expulsado de la ciudad por su «actividad sediciosa», a causa de la disputa que mantenía con su alumno Batilo, siendo ambos los introductores del espectáculo de la pantomima en Roma. Y Pílades le respondió: «Te conviene, césar, que el pueblo malgaste su tiempo con nosotros» (Dion Casio 54.17.4-5).

Volviendo sobre las palabras de Juvenal, no se pueden tomar a pies juntillas, puesto que no reflejan toda la verdad. Resulta necesario analizar el contexto de la sátira de la que procede su célebre aforismo. Juvenal se quejaba con su afilada lengua del desposeimiento de poder por parte de la plebe, ejemplificada en el menoscabo de su capacidad para siquiera corromperse electoralmente, tal y como había ocurrido bajo el régimen republicano anterior (*Sat.* 10.72-81). Es decir, como consecuencia de la nueva ordenación política imperial, al pueblo apenas le quedaban vías de comunicación y expresión salvo las calles y los espectáculos, con el circo a la cabeza, donde coincidían con los responsables políticos y

sociales. Contaban en tales ocasiones con la connivencia de unos poderes que, accedieran o no a las reclamaciones de la plebe según lo estimaran oportuno, sabían que, en el fondo, se trataba de una disidencia controlada, una válvula de escape que en la mayoría de los casos no suponía peligro alguno, sino que, con las facciones a la vanguardia, incluso creaba cierta ilusión de coparticipación en el ejercicio del gobierno.

La respuesta que daban las autoridades a los estallidos de violencia de las facciones era en conjunto tibia, aunque en ocasiones no rehuyeran las penas ejemplarizantes. Jamás se culpabilizó a los colectivos ni se cuestionó su existencia. Esta relativa pasividad ante los crímenes de las facciones recuerda en cierto modo a la tolerancia del poder con otros actores del mundo antiguo, sobre todo del ámbito religioso. Por ejemplo, los monjes que protagonizaron algunas de las acciones más violentas y brutales contra el paganismo y los paganos durante toda la Antigüedad Tardía, tanto en el medio rural como en el urbano, y que se involucraron también en las luchas por el poder eclesiástico, no recibieron castigo ni amonestación alguna, salvo algún que otro tímido rapapolvo. No es de extrañar que los judíos, quienes siempre habían mostrado afinidad por los azules (Van der Horst, 2006), tomasen nota y decidieran entrar a formar parte del juego de estos fanáticos del circo a fines del siglo VI, tras haber sido tradicionalmente objeto de su ira desde el siglo I. No en vano, esperaban aprovecharse de esta violencia, hasta cierto punto socialmente aceptada, para intervenir en la atmósfera ardiente del período sin pagar un precio tan alto como tras las intentonas de Justasas y Julián, que fueron sofocadas brutalmente. Sin embargo, se equivocaron, porque siguieron siendo los perfectos chivos expiatorios.

Así pues, dado que la erradicación de los radicales del circo era demasiado costosa a todos los niveles, si no directamente imposible, al poder le quedaban dos únicas opciones. O continuaba con sus políticas de represión puntuales e individuales, que no atendían a la raíz del problema, o se alineaba con alguna facción concreta para controlar al menos a la facción rival. Esto lo explica muy bien Juan Malalas en una reflexión que, aunque desde un punto de vista histórico sea abiertamente falsa, resulta interesante para conocer las actitudes del Imperio bizantino del siglo VI e incluso de los tiempos previos. Según indica en su *Cronografía,* los habitantes de Roma se dividieron desde el surgimiento de la urbe en dos bandos que perpetuamente se mostraban en desacuerdo y «apoyaban a su facción como si fuera una religión». Rómulo apoyaba a una u otra dependiendo de las circunstancias con el objeto de ganarse su apoyo y amedrentar a sus enemigos, y los emperadores posteriores tomaron su ejemplo (*Chronog.* 7.5). Una tercera opción para controlar la situación, que contó con escaso seguimiento entre los emperadores, era mantener una calculada equidistancia para actuar contundentemente cuando fuera preciso. Es lo que hicieron Anastasio al declararse aficionado a la minoritaria facción roja y, desde otra perspectiva, Justino II al afirmar ante los verdes que con él Justiniano seguía vivo, mientras que a los azules les recordaba que su antecesor había muerto. Sin embargo, este camino apenas fue transitado. Los soberanos y sus subalternos en la Administración, salvo unos pocos, no eran en el fondo muy diferentes de sus súbditos y la mayoría se mostraban presos de sus pasiones.

No obstante, a veces estos grupos incontrolados les eran útiles, tanto en la capital de Constantinopla como en las provincias. Aquí vale la pena recordar cómo se ofrecieron

para luchar en tiempos de Valente contra los godos; de Anastasio, contra el militar sublevado Vitaliano; de Justiniano, contra los cutrigures, o, a comienzos del siglo VII, de Mauricio contra el usurpador Focas. Así ocurrió también en otra de las mecas del espectáculo, Antioquía, principalmente para afrontar la amenaza de los persas. Y es que estos grupos, tan multiformes y proteicos, cumplían diversos roles en el mundo antiguo: guiaban la animación y los cánticos del mayor espectáculo, proporcionando un telón de fondo extático para el poder político; eran la vanguardia de las más diversas causas políticas, sociales, económicas, militares, religiosas, etc., siendo en ocasiones manipulados y en otras sobornados, y ejercitaban una violencia en absoluto anecdótica y relativamente tolerada, dirigida contra sus rivales pero también contra el conjunto de la sociedad, a través de unos comportamientos que transitaban desde el más puro camorrismo hasta la más descarnada criminalidad. De ahí que comprendamos perfectamente la sentida reflexión del autor cristiano del siglo IV Prudencio sobre el protagonismo que los irreductibles de las facciones disfrutaban en la sociedad de su tiempo, caracterizada por la preeminencia social del espectáculo: «¿Quién acude con hambre a los espectáculos del gran circo?» (*C. Symm.* 2.949), un certero disparo contra la línea de flotación del aforismo de Juvenal que, *grosso modo,* venía a pedir el control de un entretenimiento que consideraba dañino. Sin embargo, esta aspiración era como clamar en el desierto, pues nunca hubo el menor interés en eliminar los juegos circenses, ni en erradicar el fanatismo que lo adornaba, dado su importante rol en el sistema del mundo romano.

El circo como espacio de competición

A la hora de analizar el circo romano como espacio físico, debemos remontarnos al mundo helénico. Al igual que ocurre con el espectáculo en sí, el circuito utilizado en el mundo romano no dejaba de ser una adaptación del original griego, aunque su evolución lo dotó de un sello muy particular. Resulta curioso cómo convivieron sin mezclarse las dos tradiciones ecuestres durante muchos siglos, hasta que los grandes festivales panhelénicos fueron borrados a golpe de decreto imperial a fines del siglo IV. La mayoría de los antiguos hipódromos que habían sido construidos antes de la conquista romana se adaptaron a los nuevos tiempos y gustos, en notable correspondencia con el mayor grado de profesionalización y estandarización del espectáculo. Excepto en buena parte de la Grecia continental, el circo romano sustituyó a los entretenimientos ecuestres griegos tradicionales en la mayoría de localidades helenófonas.

En las siguientes páginas se presentarán los rasgos básicos del recinto en el que se realizaban las carreras de carros, tanto del modelo ideal como de los dos principales espacios de competición del mundo romano, el Circo Máximo de la Ciudad Eterna y el Hipódromo de Constantinopla, descritos magistralmente, como el resto de circos antiguos, en la obra de Humphrey (1986) —para el hipódromo constantinopolitano en concreto, he acudido a Janin (1964) y a Cameron (1973)—, si bien conviene decir que en las tres últimas décadas la investigación arqueológica ha avanzado una enormidad, por lo que merecería la pena que alguien afrontara la misión de poner al día esta monumental obra.

A priori, la principal diferencia entre los circos romanos y los hipódromos tradicionales griegos es la espina central que dividía el trazado del óvalo, ausente en los segundos. Contrastan asimismo por numerosos elementos menores y por el afán monumentalizador que los romanos mostraron en bastantes de los recintos. Sin embargo, en el caso de los hipódromos griegos no contamos en general con buenas descripciones, y los restos arqueológicos tampoco ayudan, aunque queda claro que muchos de los puramente griegos en su origen, como los de Antioquía, Alejandría, Siracusa, etc., fueron reutilizados y reacondicionados una vez que cayeron bajo dominio romano y se extendieron las competiciones de carros a la romana. Sorprende que algunos de los trazados más importantes del mundo helénico, como el circuito de Olimpia, se situaran en lugares que en principio no se compadecían con el prestigio de las competiciones que allí se desarrollaban. En efecto, se elegían campos de labor más o menos regulares, limpios de incómodas y peligrosas piedras, y se instalaban gradas móviles o simplemente, y esto era lo más común, se aprovechaba la orografía del terreno para que el público pudiera ver el espectáculo desde una posición elevada. Los recorridos se delimitaban con hitos que dependían de la tipología de las carreras y del número de participantes. De acuerdo con los textos, las carreras congregaban a muchos más carros que en época romana, aunque por lo general las medidas de estos circuitos eran similares en ambas tradiciones. Por ejemplo, las fuentes indican que en los Juegos Píticos de Delfos se reunían cuarenta carros, frente a los sesenta en el caso de los Juegos Olímpicos, en los que el ovalado hipódromo tenía una longitud de tres estadios (poco menos de 550 metros) y una anchura de algo menos de un estadio y medio (unos 320 metros), para unas carreras que,

conforme al poeta Píndaro, constaban de doce giros (*Ol.* 2.50). Sin embargo, no existía un patrón regular para los hipódromos. Así, el recinto utilizado para la celebración de las carreras de las prestigiosas Panateneas atenienses medía ocho estadios (casi 1.400 metros de largo), por lo que, siendo tan extenso, no necesitaba que hubiera giros, como sucedía también con el hipódromo de Delos, al contrario que el citado circuito de Olimpia, que albergaba la competición de carros más importante de todo el mundo griego. Este último recinto constituye el único caso del que se dispone de una buena descripción literaria, procedente de la obra geográfica de Pausanias escrita en el siglo II. Situado inmediatamente al sur del estadio destinado al atletismo, el hipódromo de Olimpia se caracterizaba por una estructura con aspecto de proa en cuyas pequeñas celdas se distribuían los carros. Al no ser un punto de arranque rectilíneo, para que todos los contendientes tuvieran las mismas oportunidades, los carros se distribuían escalonadamente de acuerdo con la forma de cuña de la salida; de este modo, salían primero los que se situaban en los extremos y en último lugar los del centro. Cuando todo estaba dispuesto, sonaban unas trompetas, caía al suelo una cuerda y un ingenio mecánico que consistía en un delfín se inclinaba y provocaba que se alzase un águila con las alas extendidas: ésa era la señal de salida, que aguardaban expectantes los miles de espectadores desde los montículos que rodeaban el trazado elíptico del hipódromo (Paus. 6.20.10-16).

Con respecto a los circos de época romana, los aficionados más pasionales quizás eran los de Antioquía y Alejandría, y destacaban circos como los de Cartago, Leptis Magna, Milán, Trier, Mérida, Nicea, Tiro, Cesarea (Palestina), Nicomedia, Tesalónica, Sirmio y Tarraco, entre otros, pero no pueden soslayarse la majestad y esplendor de

los situados en las grandes capitales imperiales. Para cualquier auriga, competir en Roma y, a partir del siglo IV, en Constantinopla representaba llegar a la cima de su profesión. Ambos espacios se consideraban los templos del espectáculo, donde se encontraba la afición más importante, donde se sentía de pleno derecho el respaldo imperial y donde más dinero e influencias se movían.

Aunque ninguno se le podía comparar, en Roma existían más circos aparte del Circo Máximo. Conocemos el de Gayo y Nerón en el Vaticano, o el enorme Circo Variano, edificado en tiempos de Caracalla y Heliogábalo en las inmediaciones del Palacio Sesoriano, que apenas se utilizó unas décadas hasta que fue destruido para la construcción de la Muralla Aureliana, o el impresionante Circo de Majencio, que no se encontraba en la misma Ciudad Eterna sino en las afueras, cerca de la vía Apia. Por su parte, el Circo Flaminio en realidad no era un circo como tal, aunque en ciertas ocasiones albergara carreras, sino un recinto concebido y acondicionado para la celebración de otro tipo de pruebas dedicadas a los dioses infernales, así como para otros menesteres, lo que, de acuerdo con la terminología actual, nos lleva a considerarlo un auténtico espacio multiusos. Sin embargo, como hemos dicho, ninguno hacía sombra al Circo Máximo, ni en esplendor ni en tamaño. El asunto de su capacidad levanta controversias en el debate historiográfico, pero parece que contaba con un aforo de hasta 250.000 personas, que se acomodaban en asientos claramente individualizados, según Plinio el Viejo (*NH* 36.24.102). Otros documentos arrojan cifras bastante inferiores, como las 150.000 que señala Dionisio de Halicarnaso (*Ant. Rom.* 3.68.3), o superiores, como las irreales 485.000 sugeridas por fuentes menores de época tardía. Aunque buena parte de la investigación actual considera que Dionisio de Halicarnaso

estaba en lo cierto, las fuentes inciden en cómo se apretujaban los asistentes hombro con hombro en los asientos. El actual estado lastimoso de los restos no ayuda a discernir su tamaño. El caso es que fue el mayor recinto deportivo construido en la historia de la humanidad hasta la llegada de los deportes de masas en el siglo XX, en concreto las actuales competiciones de motor. Por lo demás, con éstas comparte el elevado ruido que se generaba durante el espectáculo, aunque no en la arena, sino en las gradas que la rodeaban, de 621 metros de largo por unos 150 de ancho. Se congregaba una masa de gente tan enorme, hasta una cuarta parte del total de la ciudad en el momento en que la capital vivía su apogeo demográfico, que no debería extrañarnos que Séneca lo encontrase insoportable. Podemos hacernos una idea del estruendo que se alcanzaba en el Circo Máximo durante los momentos de máxima tensión competitiva o de disputa entre facciones, o cuando se aclamaba al poder o se le hacían peticiones, si lo comparamos con los niveles de ruido registrados en recintos actuales de menor tamaño. El récord de decibelios de una cancha mucho más pequeña como el estadio de fútbol de El Sadar de Pamplona, hogar del Club Atlético Osasuna, en un partido disputado en la liga española, es de 115, una cifra equivalente a la de los fuegos artificiales, mientras que a nivel mundial el récord absoluto lo ostenta el estadio de fútbol americano Arrowhead de los Kansas City Chiefs con 142 decibelios, un ruido similar al de un coche de Fórmula 1, que supera el umbral del dolor del oído humano. Eso sí, al tratarse de un espacio más abierto, el sonido en el circo no debía de concentrarse tanto como en los recintos actuales.

El Circo Máximo se situaba en el valle de Murcia, un espacio comprendido entre los montes Aventino y Palatino, en pleno centro de Roma. Según la tradición, fue inaugurado

por el rey etrusco Tarquinio Prisco en el siglo VI a.C., aunque experimentó constantes modificaciones en el transcurso de los siglos posteriores, tanto en la subsiguiente República, a medida que la competición se hacía más y más popular, como en el Imperio, cuando ya estaba consolidado como el espectáculo rey. Numerosísimos magistrados y emperadores dedicaron enormes esfuerzos y cantidades de dinero para su monumentalización, tanto a nivel estructural como decorativo, pues así asociaban su nombre con el recinto que representaba mejor la grandeza de Roma, lo cual les granjeaba la mayor de las popularidades entre los suyos. Lo hacían por iniciativa propia o aprovechando desgracias como las frecuentes inundaciones e incendios que asolaban Roma, o los derrumbes que sufría el recinto. Por ejemplo, Augusto se vio forzado a trasladar las carreras circenses y las *venationes* de los *ludi Martiales* al foro que el mismo *princeps* había construido mientras se reacondicionaba el Circo Máximo. Tenemos constancia de numerosos desastres de graves consecuencias, aunque ninguno llegue al nivel del colapso del anfiteatro de la ciudad latina de Fidenas, en el que murieron veinte mil personas en el siglo I —un hecho tan terrible que motivó que el mismo emperador Tiberio abandonase temporalmente su retiro en Capri para socorrer la zona siniestrada—. Antes citamos la campechanía de Augusto a propósito del episodio de las gradas en mal estado, un gesto bien recibido pero de gran imprudencia, pues con posterioridad, bajo Antonino Pío, se produjo el derrumbe de una grada que causó 1.112 muertos, y en época de Diocleciano una gran masacre acabó con la vida de trece mil aficionados (*Chron. s.a.* 354). Aunque la buena calidad de la arquitectura romana sea proverbial todavía en nuestro tiempo, el circo era un espacio sometido a grandes tensiones, precisamente por la pasión que los asistentes

mostraban día sí y día también, lo que por fuerza desgastaba su estructura. De hecho, las obras de restauración debían de ser muy frecuentes, como lo demuestra que el emperador Alejandro Severo determinase a comienzos del siglo III que los impuestos derivados de las actividades de alcahuetes y rameras se emplearan en la reparación de los grandes espacios que albergaban los espectáculos en Roma, donde obviamente relucía con luz propia el Circo Máximo (*SHA Alex*. 24.3).

Aunque fue objeto de constantes mejoras, como las auspiciadas a comienzos del siglo IV por Majencio, el momento de máximo esplendor de este circo se sitúa bajo Trajano, que cubrió lo que antaño había sido primero de madera y luego de piedra desnuda por el más suntuoso mármol. Tanta fue la cantidad utilizada de esta roca metamórfica que podría decirse que, dejando de lado el material destruido en las caleras, casi todos los edificios romanos que fueron adornados con mármol del Medievo en adelante albergan parte de este antiguo tabernáculo del espectáculo. De acuerdo con el panegírico que Plinio el Joven dedicó al emperador hispano, el nuevo circo —pues en la práctica constituía una reinauguración del recinto anterior— rivalizaba en belleza con los templos (*Pan*. 51.3-4). En efecto, la obra de Trajano fue el modelo de la inmensa mayoría de circos inaugurados con posterioridad o que se reformaron con lujo. Provisto de tres plantas, la inferior de las cuales se destinaba a los senadores y a los caballeros, la grada tenía cornisa y, en el lado de las cárceles o celdas de donde salían los carros, había un arco coronado por una estatua colosal de una cuadriga, mientras que en el extremo opuesto se había conservado el arco de Tito —que, por cierto, no se corresponde con el que se alza hoy en el Foro Romano—. En la fachada monumental se sucedían arcos en

cuyos vanos se emplazaban tiendas *(tabernae)* que vendían todo tipo de productos, y los altos muros superiores estaban rematados por ventanas. Fue Trajano quien construyó el *pulvinar* definitivo y aumentó la capacidad en cinco mil plazas. Por otra parte, como ocurría con el Hipódromo de Constantinopla, el Circo Máximo estaba repleto de estatuas de bronce de grandes campeones y personajes, tanto míticos como reales, del mundo antiguo (*Exp. tot. mundi* 55).

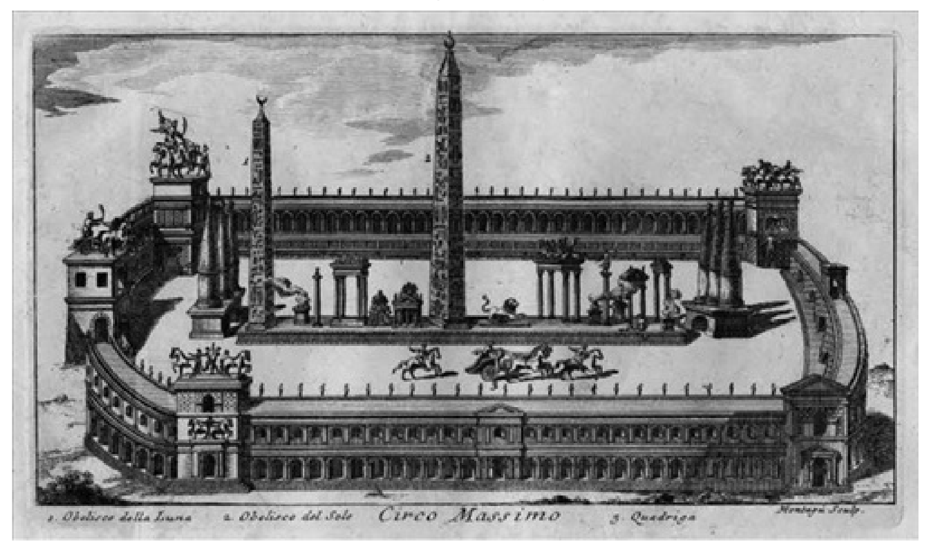


Fig. 6. Grabado de Giacomo Lauro (1550-1605) que recrea el Circo Máximo, publicado en *Antiquae Urbis Splendor* (1760-1771). Imagen procedente de la colección online del British Museum (http://www.britishmuseum.org).



Fig. 7. El Circo Máximo de Roma en la actualidad. Apenas queda a la vista parte de la estructura de las *carceres* —a la derecha de la imagen, fuera de plano—, amén de algunas estructuras bajo el nivel del suelo. Al fondo se observa el Palatino. Fotografía cortesía de Amanda Lorenzo Martín.

Desde el punto de vista puramente competitivo, los carros salían de unos espacios o celdas llamadas *carceres,* que primero eran de madera y piedra toba y después pasaron a ser de mármol por iniciativa del emperador Claudio (Suetonio *Claud.* 21.3). Este elemento permitía la participación simultánea de hasta doce carros, que aguardaban el comienzo de la carrera detrás de unas compuertas de madera. Al principio eran unos operarios de las facciones quienes las abrían, pero con el tiempo se desarrolló un ingenioso mecanismo compuesto por barras de metal, cuerdas y poleas, diseñado para ofrecer las mismas oportunidades a todos los competidores, ya que abría simultáneamente todas las cárceles. La carrera se realizaba en una arena de especial calidad, como paradójicamente demostró, en lo que podría calificarse de arqueología experimental fílmica, el rodaje de la mítica película *Ben-Hur* protagonizada por Charlton Heston en 1959. Como afirma

John H. Humphrey (1986, pp. 83-84), el equipo de filmación se encontró con numerosos problemas a la hora de recrear las carreras, pues debían alisar constantemente el terreno y reponer la arena diseminada, lo que los llevó a probar con materiales diversos, desde arena de playa hasta roca volcánica aplastada, que, además, garantizaran un buen drenaje para evitar que el óvalo se convirtiera en un barrizal. Volviendo al recinto antiguo, no sólo se ocupaban los operarios de que el terreno resultara funcional, sino que también era común que lo engalanaran a la manera de Calígula, que ordenó teñirlo de rojo y verde en homenaje a los senadores (Suetonio *Cal.* 18.3), o con microfragmentos de *lapis specularis,* es decir, espejuelo o espejeña —un mineral translúcido emparentado con el yeso, que se empleaba asimismo en las ventanas y cuyos mejores yacimientos se hallaban en el entorno de Segóbriga, en el interior de Hispania, como por ejemplo en la ciudad de Caraca, en Driebes (Guadalajara)—, para que refulgiera el suelo por el que corrían los carros (Plinio el Viejo *NH* 36.45.162). En esta arena se trazaban tres líneas distintas con una suerte de légamo blanco compuesto por una arcilla especial. Desde las cárceles, que se situaban en un extremo del recorrido, lejos de la espina, se dibujaban unas rayas que, paralelas a esta barrera central, delimitaban los carriles para los doce carros en concurso, que no podían ser traspasados lateralmente hasta que todos los competidores llegasen a la altura de la espina, para evitar colisiones al comienzo de la prueba. Allí se encontraba la segunda línea, perpendicular, que marcaba el lugar a partir del cual los carros tenían permitido adelantar a sus rivales. La tercera línea era la de meta, que tras las siete vueltas de rigor determinaba quién era el vencedor de la carrera. En el lado opuesto se hallaba el palco imperial (*pulvinar* o *kathisma*), que obviamente era la mejor

zona de todo el recinto.

La espina, el elemento más definitorio del circo, y que constituía la mayor diferencia entre los hipódromos griegos previos y los romanos, era la barrera que dividía la pista a un lado y otro del óvalo para que los carriles no fueran invadidos conforme se daban las siete vueltas. A la espina también se le llamó *euripo* («estrecho de mar»), porque Julio César introdujo un foso de agua que separaba las gradas de la arena, con el fin de evitar que las bestias de las *venationes* atacasen a los espectadores. Sin embargo, fue eliminado en tiempos de Nerón, que instaló en ese espacio asientos exclusivos para los caballeros. Por metonimia, aunque finalmente se construyera un euripo propiamente dicho en la espina, este nombre se aplicó a la barrera central del circo. La espina tenía en sus dos extremos sendas metas que marcaban los puntos de giro que debían seguir los aurigas, las cuales consistían en tres conos, rematados con un elemento ovoide, por lo general distribuidos triangularmente y colocados encima de una plataforma. Entre ambas metas se situaban el resto de elementos de la espina, tanto decorativos como funcionales, que en el caso del Circo Máximo —y también del Hipódromo de Constantinopla— fueron variando con el paso del tiempo conforme se sucedían distintos programas iconográficos. A continuación vamos a presentar los hitos monumentales más relevantes.

Los elementos funcionales consistían en los marcadores de las vueltas, que se correspondían con unos huevos y unos delfines. Los huevos tenían como objeto homenajear a los hermanos Dioscuros, es decir, a Cástor y Pólux, que eran los patrones del orden ecuestre y los dioses de los caballos y los aurigas. Se situaban encima de unas bases sostenidas por columnas y eran bajados manualmente por operarios cada vez que se realizaba una vuelta. Asimismo, para que los

aurigas estuvieran al corriente del desarrollo de las carreras, había otra hilera de huevos cerca de las cárceles, administrados de la misma manera. Estos huevos, que aparecieron en el siglo II a.C., fueron remozados en el 33 a.C. por el general Agripa, quien también fue el responsable de introducir ese preciso año el otro mecanismo que desempeñaba la misma función: los delfines. Estos animales, epítome de la velocidad, estaban relacionados con Neptuno, que en su evocación como Neptuno Ecuestre se asociaba a Conso, señalado a su vez por la leyenda como el receptor de las primeras carreras patrocinadas por Rómulo, las cuales aparecen plasmadas en el rapto de las Sabinas. Su funcionamiento debía de ser similar al de los huevos, y eran asimismo unos operarios los que los inclinaban a medida que se cumplían las vueltas. Sin embargo, a partir del siglo II dejaron de tener este cometido y se convirtieron en simples elementos ornamentales de una fuente; de sus bocas salía agua que caía en el euripo situado en la espina, el cual acabó por ocupar toda la estructura y se tornó en el asiento desde el que surgían el resto de monumentos de la barrera. Los textos indican, de forma muy poco creíble, que a Heliogábalo, cómo no, se le ocurrió sustituir el agua por vino y que se celebraran allí naumaquias (*SHA Heliog.* 23.1). Al parecer, este canal no sólo era decorativo, sino que tenía un fin práctico, pues el agua allí almacenada la utilizaban los operarios de las facciones para aliviar a los caballos durante las carreras, una acción que, como se verá, tuvo enorme importancia en el transcurso de la competición. En el momento en que los delfines dejaron de ser un elemento funcional, se situaron en un lugar más central, mientras que se emplazaron huevos en ambos extremos de la espina, antes de las metas. Asimismo, parece que al comienzo había unas torres y unos pabellones cónicos de madera de dos plantas,

donde se situaban espectadores que participaban en las *venationes,* pero acabaron siendo eliminados. Con respecto a otros elementos de la espina puramente decorativos, sabemos que se erigió una estatua de la victoria, a la que se sumó otra similar, amén de varias figuras vinculadas a divinidades agrarias, emplazadas en lo alto de sendas columnas, y otras imágenes que, colocadas en diversas épocas, respondían a diversos programas iconográficos. Una estatua singular era la dedicada a la diosa Cibeles, que, ataviada con una corona mural, montaba un león y que, posteriormente, al igual que los delfines, se reconvirtió en fuente.

Aquí debemos hacer un inciso. La estatua de Cibeles más reconocida en la actualidad se encuentra en Madrid y está directamente asociada a la *factio albata* del Real Madrid C. F., un dato que, más allá de lo azaroso y lo anecdótico, resulta muy significativo por dos razones: en primer lugar, porque el fútbol es el entretenimiento actual que, salvando las distancias, más se parece al circo antiguo por la pasión que desata en todas sus formas, y, en segundo lugar, porque el Paseo del Prado fue construido en el siglo XVIII por iniciativa del monarca Carlos III teniendo precisamente como modelo un circo romano. También se ha conservado otra representación singular, la figura de Neptuno (¿Conso?), que representa a la otra principal facción de la ciudad, gran rival de los blancos: la *factio russata albataque* del Club Atlético de Madrid.

Al lado de la estatua de Cibeles se encontraba la representación de una palma, cuya rama era utilizada para simbolizar la victoria en el ámbito circense y que, además, era el árbol sagrado asociado a la diosa. En la misma espina había asimismo diversos altares dedicados a unas

divinidades llamadas *magni potentes valentes,* de origen samotracio.

Uno de los motivos más paradigmáticos era el obelisco, introducido por Augusto y que sirvió de modelo para otros circos en toda la geografía imperial. Este emperador fue el que transportó a Roma, desde Heliópolis, el obelisco que hoy se encuentra en la Piazza del Popolo, realizado por los faraones de la dinastía XIX Seti I y, curiosamente, pues nos retrotrae al comienzo de este volumen, Ramsés II (fig. 8). Tenía como objeto rendir homenaje al dios solar, que constituía el principal culto asociado al circo, y se ubicó justo en medio de la espina. Más de tres siglos después, Constancio II decidió honrar a la ciudad de Roma con un nuevo obelisco que también colocó en la espina y que, desde luego, es el más grande que jamás llegó a Roma, pues contaba originalmente con casi cuarenta metros de altura y cuatrocientas cincuenta toneladas de peso. Esculpido durante el reinado del importantísimo faraón Tutmosis III, de la dinastía XVIII, en la actualidad reposa junto a la basílica de San Juan de Letrán. Con anterioridad al regalo de Constancio II, otros emperadores dieron a la ciudad diversos obeliscos: el que Calígula mandó trasladar desde Alejandría para colocarlo en el circo que llevaba su nombre y que se encontraba en el Vaticano, donde aún permanece; el situado originalmente en la tumba de Antínoo, el amante de Adriano, que sustrajo Heliogábalo para emplazarlo en el Circo Variano y que hoy se halla en el parque del Pincio, y, finalmente, el que Majencio arrebató del templo de Serapis para colocarlo en el circo que llevaba su nombre y que hoy engrandece la Piazza Navona. Este elemento se volvió tan popular y definitorio del espacio de competición que fue adoptado en otros circos dispersos por todas las provincias, como en los de las ciudades sirias de Tiro y Antioquía, en el

de la palestina Cesarea o en los de las galas Arlés y Vienne.

Con respecto al significado cultual del circo, fue un espacio con un origen y unas connotaciones indiscutiblemente paganas, como se observa tanto en su estructura como en su trayectoria. No es de extrañar entonces que la principal crítica cristiana hacia el espectáculo circense, aun por encima de la moral, estribase en su vinculación con la religión tradicional. El vehemente Tertuliano marcó el camino de todos los autores cristianos posteriores al indicar que «la idolatría, como ya he dicho, es la madre de todos los juegos, puesto que los favorece a través del placer de los ojos y los oídos, y hace que los fieles cristianos se acerquen a ella» (*De spec.* 4.4). Una posición que luego siguieron autores como Novaciano, Salviano de Marsella o Isidoro de Sevilla a través de unos argumentos que apenas ampliaron lo dicho por el estricto teólogo africano. Centrándonos en el Circo Máximo, todos los hitos decorativos del recinto tenían una vinculación con uno u otro aspecto de la religión pagana, y lo mismo ocurría con otros elementos no referidos anteriormente, como los templetes del Sol y la Luna y la capilla de Murcia que se encontraban en el mismo recinto. Aún más ofensiva para el cristianismo era la pompa circense *(pompa circensis),* es decir, la procesión de las imágenes de las divinidades que inauguraba los juegos y que a Tertuliano le mereció el calificativo de «pompa diabólica» *(pompa diaboli)* (*De spec.* 24.1). Sin embargo, la principal asociación votiva del circo con el mundo ancestral era el culto solar (*De spec.* 7.1), como lo demostraba la mitología grecorromana, por ejemplo a través de la importante figura de la cuadriga de Helios, cuyos cuatro caballos representaban las cuatro estaciones. De hecho, se estimaba que el propio espacio físico del circo servía como templo a cielo abierto dedicado al Sol (Isidoro

de Sevilla *Etym.* 18.28). Uno de los iconos más representativos de los circos, el obelisco, se caracterizaba por un manifiesto e irrebatible acento solar desde que Augusto ordenó colocar el primero en el Circo Máximo. Indiscutiblemente, esta asociación con una divinidad tan popular en Roma, en especial a partir de su culto como Sol Invicto, al que incluso rindió homenaje Constantino I, resultaba muy perturbadora para el cristianismo. Sin embargo, pese a este simbolismo evidente, el obelisco no sólo no fue eliminado de los circos, sino que en Constantinopla se añadió uno, al contrario de lo que sucedió con la pompa circense, que no fue admitida en esta ciudad, como tampoco el resto de cultos tradicionales asociados al espectáculo, mediante una sanción legal oficial. Aun así, se mantuvieron numerosos rasgos paganizantes, como veremos. Y ni a Constantino ni a ninguno de sus sucesores se les ocurrió eliminar, basándose en esta asociación religiosa, los *ludi circenses,* como sí hicieron con los *munera gladiatoria,* debido a la gran popularidad de la que gozaban en el seno de la sociedad imperial. No obstante, algo debía hacerse, y se optó por vaciar el espectáculo de contenido pagano, dándole un valor más cívico que religioso. Para comprenderlo, el gran poeta Coripo nos ofrece una respuesta tan sencilla como perfecta: Dios fue el creador del sol, una falsa divinidad, por lo que ésta perdió su patrocinio sobre el circo, que pasó a manos de los emperadores (*Pan.* 1.340-344). Una tesis que respondía perfectamente al arsenal teológico cristiano destinado a contrarrestar el culto de una divinidad tan popular entre los romanos.



Fig. 8. Obelisco de Seti I y Ramsés II llevado a Roma por Augusto. En la actualidad se encuentra en la Piazza del Popolo de Roma. Fotografía cortesía de Amanda Lorenzo Martín.

Por su parte, el Hipódromo de Constantinopla, cuya primera fase constructiva data de tiempos de Septimio Severo, fue recreado casi por completo por Constantino I cuando alteró la vieja Bizancio para convertirla en la Nueva Roma y a la que muy pronto se la conoció por el nombre de su refundador. Aunque experimentó numerosas modificaciones en el transcurso de los siglos, tuvo el Circo Máximo como modelo fundamental —pese a diferencias

evidentes como su tamaño, más reducido—. Así, se conectó con el vecino palacio imperial, el llamado Gran Palacio, de manera que desde la residencia del emperador se alcanzaba directamente la *kathisma* o palco imperial del hipódromo, el cual se encontraba justo en medio de las dos facciones principales, que tenían reservadas una parte importante del estadio. A su derecha se emplazaban los azules y a su izquierda los verdes. Con respecto a la decoración, al igual que ocurrió con el circo de Roma, el tiempo no ha sido generoso con su legado, aunque hayan pervivido algunas piezas que ornamentaron la estructura y la espina central. En Venecia se conserva, tras adornar durante muchos siglos la catedral de San Marcos, la gran cuadriga que se hallaba encima de las *carceres* y presumiblemente decoraba el arco principal exterior de entrada. Se trata de un conjunto magnífico que parece ser una copia altoimperial de un original esculpido en el siglo IV a.C. por el afamado artista griego Lisipo. La única razón de que se haya conservado es su robo a manos de los cruzados latinos en el saqueo de la capital bizantina el 1204, con el que acabó la nefanda Cuarta Cruzada. Sin embargo, estos mismos cruzados fueron los responsables de la destrucción de la práctica totalidad del resto de las estatuas que el hipódromo todavía albergaba en aquella época —pues las fundieron para obtener moneda—, entre ellas las del templo constantinopolitano de los Dioscuros, llevadas al hipódromo por Constantino, o las de los caballos procedentes del templo de Artemisa en Éfeso, aportadas por Justiniano. De la espina no queda nada en la actualidad salvo tres monumentos. En primer lugar, el obelisco que mandó colocar Teodosio I, algo que habían intentado sin éxito sus antecesores Constancio II y Juliano. Al igual que el trasladado a Roma por Constancio II, originalmente se esculpió para honrar a Tutmosis III, el más

grande de los faraones egipcios, a quien ya mencionamos al comienzo del volumen en relación con la batalla de Megido, el choque bélico en el que se desplegaron más carros de combate en la Antigüedad (véase la p. 27). El segundo monumento es la ya citada Columna Serpentina de Delfos, que fue depositada en este santuario panhelénico como agradecimiento por la victoria griega del 478 a.C. en la ciudad de Platea, que supuso el final de las guerras médicas contra los persas. El tercer monumento, de época posterior, es el coloso del emperador del siglo x Constantino VII Porfirogéneta, ya citado por sus afanes intelectuales, que en realidad es también un obelisco. El resto de elementos del Circo Máximo que hemos comentado, es decir, los huevos, los delfines y el euripo, debían de estar también presentes en el Hipódromo de Constantinopla por su funcionalidad en el desarrollo de las carreras.

En la espina del circo de la capital bizantina había un buen número de estatuas de los mejores aurigas, todas ellas emplazadas aparentemente en el siglo vi: de Faustino, Constantino, Uranio, Julián, etc., sobre los que hablaremos más adelante, y de Porfirio, el más grande cochero de la historia de Constantinopla, del que había siete esculturas, dos de cuyas bases aún se conservan. Aparte de estas dos bases, disponemos de más evidencias: por una parte, conocemos los epigramas que las adornaban gracias a la compilación conocida como *Antología Palatina;* por otra, contamos con más información procedente de otras fuentes, como el relator medieval francés Roberto de Clari. Este autor, que precisamente fue testigo del saqueo de 1204, menciona esta estatuaria de aurigas en la espina, que se encontraba elevada casi cinco metros del suelo, pero también otras muchas figuras, como por ejemplo numerosas

representaciones de mujeres, entre las cuales destacaba una estatua de Atenea —o quizás de Verina, la mujer del emperador León I—, así como diversas imágenes de animales. El historiador bizantino Nicetas Choniates, contemporáneo de De Clari, incide en esta cuestión en un pequeño tratado titulado *De Signis,* en el que certifica que en el hipódromo estuvieron depositadas auténticas obras maestras del arte griego: diversos grupos escultóricos, como una estatua de un águila con una serpiente en sus garras, que según Nicetas era un talismán creado por Apolonio de Tiana en el siglo I, además de representaciones de Caribdis y Escila, y del jabalí calidonio atacando a un león, o la colosal estatua del Hércules Trihesperos de Lisímaco, cuya forma era similar a la del magnífico Hércules Farnese que hoy se puede contemplar en Nápoles, aunque mucho mayor. Asimismo destacaban numerosas efigies de emperadores como Graciano y Justiniano, y de personajes relevantes como el eunuco Platón.

Al igual que ocurría en Roma, el gran Hipódromo de Constantinopla no era el único recinto dedicado a los espectáculos circenses en la ciudad, aunque el resto ocupaba una posición subalterna. Sabemos que algunos palacios imperiales disponían de hipódromos privados, a imitación del Gran Palacio, como el palacio de Eleuterio edificado por Teodosio I o el de Deuteron que mandó erigir Justino II. Otros se situaban cerca de la iglesia de los santos Sergio y Baco, y en las inmediaciones de la iglesia de San Mamas, en lo que hoy es el barrio de Besiktas. Asimismo, durante siglos se conservó el hipódromo provisional de madera que mandó levantar Constantino I fuera de la ciudad, en las cercanías de la puerta de las murallas teodosianas llamada Xylokerkos, para que los habitantes de la Nueva Roma disfrutasen de los juegos circenses mientras esperaban a que el definitivo gran

hipódromo estuviera listo. Sobre este último circo, que permaneció en pie muchos siglos, suponemos que gracias a unas estrictas y constantes labores de restauración, disponemos de una curiosa historia narrada en el *Chronicon Paschale*. Al parecer, en el 468 Anagastes, el *magister militum* de Tracia, mató en una batalla a Dinzerich, al caudillo huno hijo de Atila, y llevó su cabeza a Constantinopla en una pica. La tradición marcaba que fuera paseada por las calles de la capital y que el trayecto finalizase ante el pueblo reunido, y para ello no había mejor lugar que el gran hipódromo. Sin embargo, ese día parece que no había carreras, al contrario que en el recinto de Xylokerkos, de modo que allí se encaminó Anagastes, donde dejó clavada la cabeza tras dar el paseíllo de rigor, para que todo el mundo pudiera ver a este gran enemigo huno (*Chron. Pasch. s.a.* 468). Lo cierto es que no sabemos mucho más sobre estos recintos ni sobre su estructura ni funcionamiento, aunque, según lo que acabamos de relatar, albergaban espectáculos cuando no los había en el gran hipódromo. Es posible que los más grandes aurigas no actuasen ahí, sino tan sólo aquellos cocheros que eran novatos o simplemente de segunda fila, a la espera de tener la oportunidad de competir en el vecino teatro de sus sueños ecuestres. Otra opción para aquellos que comenzaban o querían prosperar era foguearse en las provincias antes de dar el salto a la capital, como hizo el gran Porfirio.

A tenor de su relevancia, pero también en directa relación con la historia social romana, no resulta extraño que el circo se constituyera en una representación a nivel microcósmico del conjunto de la sociedad. En efecto, todos los estratos encontraban acomodo en el recinto, aunque cuidadosamente separados entre sí. El emperador y su familia tenían su lugar en el *pulvinar* romano o en la

kathisma constantinopolitana, que estaban conectados con los palacios imperiales, como ocurría en otras ciudades del imperio, fundamentalmente capitales. En el caso de Roma, en este espacio privilegiado se colocaban durante la época pagana imágenes de las divinidades tradicionales que formaban parte de la pompa circense, además de otras personas de indudable prestigio social, como por ejemplo las vestales y otros miembros del círculo íntimo del emperador. En la grada inferior se sentaban los senadores, los caballeros y los embajadores. El pueblo ocupaba el espacio restante, sin que, a diferencia del anfiteatro, se delimitasen espacios concretos para esclavos y mujeres, si bien las facciones del circo se distribuían en lugares específicos.

El aumento de la estratificación y la concentración del poder político y social en cada vez menos personas, de la tardorrepública en adelante, se reflejaba en la distribución del público en los recintos. Esta plasmación de la jerarquía social generó tiranteces y alguna que otra vuelta atrás al inicio del Imperio, como observamos en relación con los tiempos de Calígula, pero acabó por verse con normalidad y con relativo respeto. Sin embargo, también daba pie a las chanzas, como en el divertido epigrama del siempre jocoso Marcial sobre un tal Fasis: éste no dudaba en alabar al emperador Domiciano por haber recuperado la numeración en los teatros, puesto que así los caballeros no se veían «apretujados ni manoseados por la chusma», pero poco después lo desalojaban por haber ocupado un asiento que se encontraba más allá de su dignidad (*epig.* 5.2). Aún hoy se observan inscripciones en las localidades de las zonas más nobles de teatros, anfiteatros y circos con el nombre de sus propietarios, que las dejaban en herencia. La cuestión era ver y ser visto —por ejemplo, se debía asistir a los espectáculos correctamente vestido según los estándares

romanos—, y aquellos que disfrutaban de los mejores asientos ostentaban un estatus envidiado por el resto, pues la historia social romana se reducía, haciendo un resumen de brocha gorda, a adular al que se encontraba por encima y machacar al que estaba por debajo.

A pesar de las críticas furibundas de aquellos que despreciaban el espectáculo en sí, denunciaban la alienación que provocaba o, simplemente, abominaban de una afición tan extendida entre las clases populares, el circo tenía una gran importancia en la vida social. Era un lugar de encuentro en el que los asistentes se esforzaban por presentarse con sus mejores galas con el objetivo de provocar admiración (Tertuliano *De spec.* 25.3). Dejando de lado el evidente gusto por el entretenimiento que mostraban las élites, así como la competición que entablaban con los demás miembros de su estrato social, su enorme interés por acudir al circo radicaba en que allí coincidían con los magistrados y con el poder imperial, es decir, los grandes hombres de Roma. No es de extrañar pues que, como dijo Horacio, el circo fuera una fuente inagotable de cotilleos (*Sat.* 1.6.112), donde llegar con una litera transportada por forzudos esclavos era una muestra de alto estatus (Juvenal *Sat.* 9.143-144) o acudir de la mano de alguien superior social y políticamente, como en el caso del mismo poeta Horacio al acompañar a Agripa, suponía un espaldarazo para alcanzar la fama (*Sat.* 2.6.48-49). Aquí podemos recurrir de nuevo a Juvenal, que se burló de una dama de noble condición llamada Ogulnia porque, para ir al circo, alquilaba su ropa, una silla, un cojín e incluso a sus acompañantes, amigas, una nodriza y una esclava que ejercía de recadera. Claro que esta dama tenía la costumbre de derrochar el dinero familiar en espectáculos y en regalar su patrimonio a los jóvenes aurigas, presumiblemente con intenciones libidinosas (*Sat.*

6.352-359). Este ver y hacerse ver presentaba variantes. Plinio el Joven, pese al desagrado que le producía el circo, relata una estupenda anécdota que supo a través de su amigo el historiador Tácito. Se sentó éste al lado de un caballero con el que entabló una conversación culta y de altura, pero que al final le preguntó si estaba departiendo con Tácito o con Plinio (*ep.* 9.23).

Diversos episodios de la historia romana resultan elocuentes sobre el deseo de ocupar los espacios privilegiados. Por ejemplo, a la familia Elia, de origen plebeyo y no muy rica pero con honra, la República le concedió como recompensa por su valor varios asientos reservados tanto en el Circo Máximo como en el Flaminio (Val. Máx. 4.8). Por otra parte, Suetonio nos comenta un episodio curioso relativo a Calígula y que ha de analizarse cuidadosamente. Según comenta el biógrafo, acampó ante el Circo Máximo un enorme gentío que esperaba obtener entradas gratuitas para el espectáculo del día siguiente. Pero Calígula, cansado de la bulla, pues no olvidemos que estos aficionados se situaban justo debajo del Palacio Imperial del Palatino, ordenó a la guardia que los expulsara a golpe de palo. Como consecuencia, hubo una avalancha y murieron veinte caballeros romanos, otras tantas matronas e «innumerables personas de la plebe». Dejando de lado el coste de los espectáculos, que será tratado más adelante, la amplia distribución social de los muertos apunta a que estas entradas gratuitas correspondían a las zonas más privilegiadas del Circo Máximo, pues unos caballeros jamás habrían hecho noche con la plebe por unos asientos por debajo de su estatus. Sin embargo, hay que ser muy cauto con este texto, ya que su único fin era mostrar la supuesta discordia que Calígula sembraba entre todos los órdenes, y nada mejor que hacerlo a través de un medio tan

socialmente significativo como los espectáculos. En esta línea, Suetonio destaca que este emperador repartía con bastante antelación las entradas gratuitas para el teatro, de modo que la plebe se apresuraba a ocupar el espacio reservado a los caballeros y senadores, es decir, las primeras catorce filas. Y señala excentricidades parecidas que perseguían el mismo fin en el ámbito de los *munera* de gladiadores y del reparto gratuito del trigo (Suetonio *Cal.* 26.4-5). Esta imagen suetoniana, cuyo único objeto era difamar la memoria de Calígula, resulta difícil de verificar. No podemos olvidar que era un emperador querido por el pueblo y, en consecuencia, detestado por el senado, que intentó recuperar infructuosamente la vigencia de las asambleas populares. Por eso, en absoluto debería verse aquí una conspiración contra las clases superiores, sino más bien una congruente política favorable a la plebe. Lo más curioso y significativo de esta anécdota es que, con pequeñas modificaciones, aparezca también en la *Historia Augusta* como parte de la biografía de otro emperador anómalo como Heliogábalo, que supuestamente ordenó que se soltaran serpientes entre la multitud con la complicidad de unos sacerdotes marsos (*SHA Heliog.* 23.2). La tendenciosidad de Suetonio en relación con éste y con otros asuntos es más que notable, y aunque realmente ocurriera esta masacre, algo que no hay por qué negar, sí es discutible que tuviera como motivación el desvelo de Calígula. Asimismo, vale la pena mencionar un episodio ya citado: la mediación personal del rey ostrogodo Teodorico ante la desagradable apropiación por parte de unos oficiales de Argólico, el prefecto de la ciudad de Roma, de las localidades que el excónsul y patricio Volusiano había legado a sus hijos Marciano y Máximo en el circo y en el coliseo. Un curioso episodio que avala la importancia no sólo del espectáculo, sino también de su rol

en la socialización todavía en época ostrogoda (Casiodoro *Var.* 4.42). Por otra parte, también daba prestigio poder disfrutar del espectáculo desde el propio hogar, de ahí que se construyera un buen grupo de mansiones en el Aventino, con vistas al Circo Máximo. Al propio Augusto le gustaba presenciar los juegos circenses desde las casas de algunos de sus libertos (Dion Casio 57.11.4). El noble Sura gozaba asimismo de este privilegio, y Juvenal lo ofreció como muestra de prestigio para su obra, pues este aristócrata leía sus sátiras (*Sat.* 6.64).

Dado que el circo era un espacio de representación social, no debería sorprendernos que hubiera limitaciones para asistir y diversos colectivos tuvieran vedada la entrada. Así, desde tiempos de Nerón la soldadesca —obviamente la que no estaba de servicio— tenía prohibido acudir al espectáculo, precisamente para evitar que se uniera o prestara apoyo a las sublevaciones y sediciones. Asimismo, por coherencia con la percepción moral y religiosa del espectáculo, a los clérigos se les denegaba la entrada. Esta prohibición, que aparece en diversos códigos eclesiásticos, se vio ratificada por la legislación laica, en la que Juliano, con toda la mala intención, se encargó de restringir su asistencia a aquellos juegos que se enmarcaran en los festivales paganos (*Or.*1.32.40a). Bajo Justiniano reaparece jurídicamente esta negativa, si bien desde una perspectiva por completo diferente, vinculada con la moral cristiana (*Nov.* 123.10). La existencia de tales leyes eclesiásticas y legas, amén de los variados ejemplos que conocemos, certifican que no era infrecuente que en las gradas hubiera miembros de la Iglesia. Por el contrario, tal y como hemos visto a través de diversos testimonios, las mujeres podían acudir sin problema al circo, pero no al anfiteatro, donde únicamente tenían permiso para sentarse en la grada más elevada o *summa cavea,* junto con

los niños. De hecho, parece que en el circo no se hacían en absoluto distinciones de sexo, si bien la mujer era tradicionalmente objeto de censura en mayor medida que el varón, como se aprecia en numerosos ejemplos. Así, de acuerdo con un rescripto del 449, el marido podía divorciarse de la mujer si ésta era adúltera, homicida, envenenadora, plagiaria, profanadora de tumbas, encubridora de ladrones o, simplemente, acudía a los espectáculos públicos, fueran juegos escénicos, circenses o gladiatorios, pese a la prohibición del hombre (*CJ* 5.17.8.3).

Obviamente el fin básico del circo como espacio físico era proporcionar *ludi circenses,* que no se reducían a las carreras sino que se complementaban con otros espectáculos, relacionados o no con la competición de carros. También acogía disciplinas atléticas, luchas de gladiadores y, fundamentalmente, cazas de fieras o *venationes.* Es un tema tan complejo y tan prolongado en el tiempo que, para no desviarnos en exceso, quizás sea mejor dejarlo aquí. Sin embargo, por su aparente singularidad, cabe destacar una noticia sobre el Circo Máximo en la época de Calígula que nos ofrece Suetonio. De acuerdo con el biógrafo, en las maratonianas sesiones de circo patrocinadas por este emperador, pues duraban del amanecer al anochecer, se celebraban *venationes* a modo de descanso del entretenimiento principal (*Cal.* 15.1). La construcción en época flavia del Coliseo provocó que el Circo Máximo albergara *munera gladiatoria* y *venationes* con menor frecuencia.

Dadas su enormidad y su acentuada representatividad social, el recinto ejercía de imán para muchas otras actividades, sobre todo si implicaban demostraciones de poder. Tratándose del espacio de mayor tamaño de la comunidad, constituía el mejor lugar para reunir al pueblo y

acoger, fundamentalmente en el caso de Roma y Constantinopla, aunque también disponemos de algunos ejemplos en provincias, el colofón a las procesiones organizadas para celebrar los triunfos militares, ante enemigos externos (como el referido huno Dinzerich) e internos. Con respecto a este último tipo de demostraciones, contamos con un ejemplo paradigmático de la época del emperador Aureliano: tras derrotar a Zenobia, la humilló paseándola por todas las ciudades de Oriente que previamente se habían situado en su esfera de poder, incluida Antioquía, donde la reina de Palmira recorrió el hipódromo local subida a un dromedario, como debió de hacer en las urbes vecinas. Aureliano repitió la procesión en Roma, si bien Zenobia, encadenada con eslabones de oro, iba acompañada entonces por el último emperador gálico y otros rebeldes, amén de una ingente cantidad de enemigos bárbaros capturados. Por lo demás, y en directa confluencia con lo narrado sobre la relación entre el poder político y los juegos circenses, disponemos de pruebas del empleo del circo como escenario de asambleas populares. Así ocurrió, por citar un par de ejemplos, en la ciudad palestina de Tariquea, que quería librarse de Flavio Josefo en tiempos de la campaña militar de Vespasiano y Tito en Judea, y en la Alejandría inflamada con el nombramiento de Proterio como patriarca a mediados del siglo v.

Centrándonos ahora en el Circo Máximo, el hecho de que se situara en el centro de la geografía romana lo convertía, después de los foros, en el lugar con más vida urbana de la ciudad, incluso cuando no había competición. Por su significado social, era desde luego un imán para numerosas actividades, idóneo además para el paseo, como destaca el poeta Horacio. Según Dion de Prusa, lo frecuentaban músicos, bailarines, prestidigitadores, cantantes, poetas y

cuentacuentos (*Or.* 20.10), que ofrecían sus artes y mañas a cambio de unas monedillas. Más allá de esta panoplia del artisteo callejero, también había espacio para la alta cultura dentro del propio circo, como nos indica el rétor e historiador Eunapio de Sardes en un testimonio descacharrante que data de fines del siglo IV: un desconocido prefecto de Roma del siglo IV, que o se llamaba Persio o era de origen persa, expuso en la arena del Circo Máximo unas pinturas que «redujeron el éxito de los romanos a la burla y la risa». Por lo visto, pretendía exaltar la gloria del emperador, pero lo único que consiguió fue rebajarla hasta el ridículo, pues en vez de plasmar en los lienzos el valor del regente y de su ejército mediante la iconografía convencional, recurrió a una imaginería cristianizante, basada en la alegoría y el simbolismo, con unos trazos que podrían calificarse a la ligera como arte de vanguardia romano y que para Eunapio representaban el «sinsentido de los pintores ebrios» (Eunapio *fr.* 68). Al parecer no era inusual que los recintos circenses, y por extensión cualesquiera otros dedicados a la competición, albergasen exposiciones, más o menos aceptables para el gusto común, y otras actividades completamente ajenas a la naturaleza del espacio. Contamos con otro ejemplo ya referido: la celebración en el Circo Máximo del consulado de Asterio en la Italia ostrogoda, durante la cual, además de los entretenimientos, se realizó una lectura pública de Virgilio y se inauguró una exposición de pintura (*AL,* 3).

El Circo Máximo también fue escenario de actividades socialmente mucho menos reconocidas, como la videncia, la astrología y la prostitución. Con respecto a esas artes interpretativas, disponemos de abundantes fuentes, por ejemplo el siempre ubicuo Cicerón (*Div.* 1.132), aunque en este caso la mejor información nos la proporciona Juvenal a

través de un hilarante testimonio sobre el recurso a la adivinación por parte de las mujeres romanas. Según el satirista, las damas de postín acudían a los adivinos que se situaban en los lugares más prestigiosos del circo, como los palcos de los caballeros y senadores, mientras que las mujeres pobres recurrían al servicio de los videntes más desastrados, como aquellos que las conminaban a que hicieran continuas pedorretas con la boca para interpretar su futuro (*Sat.* 6.582-590). Con respecto al negocio del sexo, el Circo Máximo era uno de los lugares reconocidos para la práctica de una prostitución de bajos vuelos, junto a otros espacios como el anfiteatro y los teatros, además de las termas y los cementerios. Según una inverosímil anécdota relativa a Heliogábalo contenida en la *Historia Augusta,* éste frecuentó en un solo día a todas las meretrices de baja estofa que pululaban por estos lugares sin que se le agotara la libido, y por sus favores les concedió a todas unas monedas de oro, al tiempo que les reclamaba discreción. En la misma fuente se dice también que este emperador, al que se retrataba con una lascivia mítica difícilmente creíble, reunió a las prostitutas en unos edificios públicos para lanzarles una pseudoarenga militar en la que las denominó «compañeras de armas» y parlamentó en torno a diversas posturas sexuales (*SHA Heliog.* 26.3 y 32.9). Entre otras muchas referencias, resulta notable una apreciación de Juvenal que parece reflejar que en el Circo Máximo había asimismo sitio para una prostitución de mayor nivel, pues menciona que allí sobre todo ofrecían su cuerpo las apreciadas meretrices de origen sirio (*Sat.* 3.61-64). Los alrededores del recinto también acogían diferentes espectáculos eróticos relativamente relacionados con la prostitución. Da fe de ello un estupendo poemilla del *Corpus Priaperorum* —una compilación de epigramas en honor del

dios fálico Príapo, que presumiblemente estuvieron colocados al pie de estatuas de esta divinidad—, dedicado a una bailarina de origen gaditano llamada Quincia que actuaba en el Circo Máximo:

> Quincia, delicia del pueblo, conocidísima del Circo Magno, experta en menear sus vibrantes nalgas, deposita en ofrenda a Príapo los címbalos y crótalos, sus instrumentos de calentamiento, así como los tambores golpeados con firme mano. En compensación suplica ser siempre grata a los espectadores y que su público esté siempre tenso como el dios (*Priap.* 27).

Las *puellae gaditanae,* muy apreciadas en Roma, eran famosas por sus bailes lúbricos, en especial por su movimiento de caderas, que acompañaban del uso de las hispánicas castañuelas y su sensual voz, hasta el punto de que, según Marcial, podían conseguir que el mítico y muy casto Hipólito se masturbara (*epig.* 14.203).

Pero en el Circo Máximo no sólo se compraba sexo o se disfrutaba del voyeurismo erótico, sino que también se ligaba, como describe Ovidio en los *Amores* y en el *Arte de amar.* Curiosamente, esta última obra fue la que le valió el destierro de Roma al que le condenó el moralista Augusto, aunque parece que la causa última fue el rol activo que desempeñó el poeta en los adulterios de la sobrina o la hija del *princeps.* Según Ovidio, para seducir a una dama había que seguirle la corriente y mostrarse solícito a la menor ocasión. Recomendaba sentarse a su lado, lo más cerca posible para así rozarla, y buscar la oportunidad de hablarle sobre asuntos triviales relativos al circo; una vez conocido su auriga favorito, había que estar dispuesto a apoyarle incondicionalmente en las carreras. Pero como toda ayuda era poca, aconsejaba que el enamorado aplaudiera fervientemente a Venus cuando la pompa circense llegara al circo, para así ganarse el favor divino en la conquista. A continuación, convenía limpiar el polvo del regazo de la joven, y luego hacer lo mismo con el manto si le sobresalía demasiado, lo que, conforme al libertino Ovidio, ofrecía la

ocasión de contemplar las piernas de la cortejada. El pretendiente debía vigilar que el espectador situado en la fila superior no molestara a la dama, así como prestar atención a otros detalles, como cerciorarse «con mano habilidosa» de que el cojín o almohadilla donde se aposentaba la dama estuviera mullido, y usar una tablilla a modo de abanico para darle frescor. Si había suerte, dice Ovidio, ganarían la palma de la victoria tanto el auriga favorito de la joven como su pretendiente, si bien el premio de este último se concedería en otro lugar más íntimo (*a.a.* 1.135-169; *Am.* 3.2.1-84). Lo cierto es que debía de ser un buen sitio para el flirteo y para entablar relaciones pasajeras, pues el puritano Tertuliano estimó, escandalizado, que el circo avivaba las pasiones amorosas (*De spec.* 25.2).

En el circo también se desarrollaban negocios *in situ* que sacaban partido de los días de competición. En las arcadas del recinto —donde comenzó el pavoroso incendio del 64 d.C. bajo Nerón (Tácito *Ann.* 15.38)— había tabernas que ofrecían comida y bebida, *biberarii* (comerciantes de bebidas), *botularii* (tratantes de charcutería), *pomarii* (fruteros) y *crustularii* (pasteleros) —sobre las amargas quejas de Séneca contra este gremio, si bien en el ámbito de las termas situadas al lado de su casa, véase *ep. Luc.* 56—, cuyos dependientes residían en las viviendas que se situaban encima de estos comercios (Dionisio de Halicarnaso *Ant. Rom.* 68.4). También se vendían cojines y hacían su agosto los banqueros y cambistas de moneda, que se aprovechaban de los extranjeros que asistían a los espectáculos. En ocasiones los organizadores de las carreras se congraciaban con los asistentes ofreciéndoles alimentos y banquetes, pero no era la norma. Las jornadas circenses duraban de la mañana a última hora de la tarde, con una pausa para la comida, y a muchos no les quedaba otra que acudir a las

tabernas cercanas.

Se vendían asimismo recuerdos del circo. Galeno, en *Sobre el pronóstico,* menciona estatuillas de algunos cocheros, y disponemos de numerosísimos ejemplos que han aparecido por todo el Imperio, desde juguetes para niños hasta mangos de cuchillos, pasando por todo tipo de joyas (fig. 9) y multitud de artefactos de cerámica relacionados con los espectáculos, como platos, vasijas y lucernas (fig. 10). Un caso curioso es el de las piezas creadas por el popular taller de Gayo Valerio Verdulo en *Calagurris* (Calahorra). Se trata de series completas de cerámicas con temas gladiatorios y circenses, que en este último caso estaban dedicadas a los aurigas más grandes del Circo Máximo de fines del siglo I y comienzos del II, como Teres o Incitato (Baratta, 2016). Resulta extraordinario que en un taller provincial tan alejado de la capital imperial se recreara en arcilla a estos héroes (fig. 11), lo que certifica la enorme importancia social del circo, la fama que alcanzaban los cocheros que triunfaban en la capital del Imperio y, finalmente, la oportunidad de negocio. Hay muchas teorías sobre estas piezas, como su vinculación con el *De Spectaculis,* el libro de epigramas que Marcial, el más famoso calagurritano, dedicó a los espectáculos, pero despierta dudas, pues a este célebre hijo de la antigua Celtiberia se le asocia en buena parte de la historiografía española con decenas de realidades del territorio. De hecho, bien podrían ser copias hispanas de recuerdos fabricados en el propio Circo Máximo y transportados a Calahorra, donde se producirían para venderlos a los aficionados más acérrimos de los grandes actores contemporáneos del mayor espectáculo romano, de cuyas hazañas llegaban algo más que susurros a una localidad que disponía de circo propio. De este modo, resulta más que razonable suponer que se vendieran en el

transcurso de las competiciones locales.

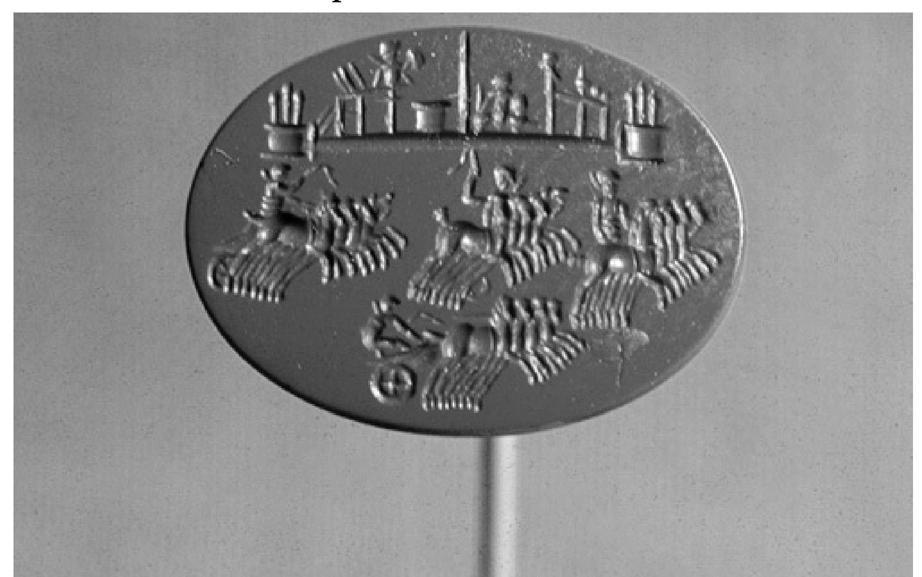


Fig. 9. *Intaglio* de jaspe de los siglos II-IV donde aparece representada una competición circense de cuatro carros con la espina de fondo. Imagen procedente de la página web del Walters Art Museum (http://art.thewalters.org/).

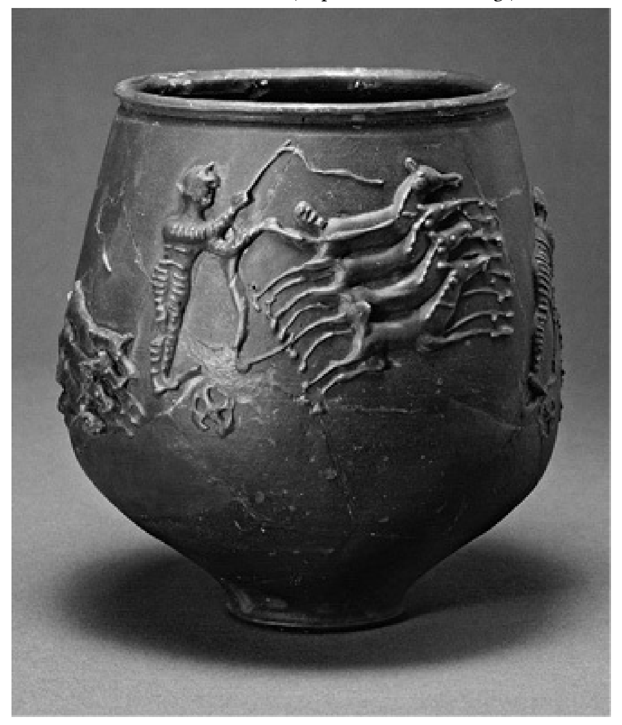


Fig. 10. El Vaso del Circo de Colchester. *Camulodonum* albergó el único circo de Britania que se conoce en la actualidad, el cual se puede visitar. Allí se han

encontrado productos locales de cerámica y cristal que debían de venderse como recuerdos del circo. Imagen procedente de la página web de la Colchester Archaeological Trust (www.thecolchesterarchaeologist.co.uk).



Fig. 11. Fantástica muestra de cerámica procedente del taller de Gayo Valerio Verdulo en *Calagurris* (Calahorra), donde aparece el afamado auriga Avilio Teres. Fotografía cortesía de Rosa Aurora Luezas, directora-conservadora del Museo de la Romanización de Calahorra.



Fig. 12. Letrina de mármol con la forma de un coche de carreras procedente de las Termas de Caracalla (Roma). Imagen procedente de la colección online del British Museum (http://www.britishmuseum.org).

Por citar un ejemplo interesante de la dispersión de esta cerámica conmemorativa, en el campamento militar de la ciudad norteafricana de Tamuda (Tetuán) se halló una estupenda pieza de gran tamaño en honor de un caballo engalanado llamado *Nama,* propiedad de un tal Tingitano, en la que se distingue hasta la marca de la yeguada —en este caso, un escorpión—. Aunque podría representar a un bruto famoso en los circos de la provincia de la Mauritania Tingitana, quizá alude a un equino de esta zona que hubiera triunfado en la capital imperial, como los reflejados por los ceramistas calagurritanos (Barea, 2013). Por otro lado, había gente que no se contentaba con una simple vasija o un

cuchillo dedicado a sus campeones favoritos, sino que incluso se desahogaba en letrinas con la forma de un coche de carreras (fig. 12).

Volviendo a los comercios que florecían en torno al circo, cabe apuntar que no sólo vivían de las jornadas de competición. Aprovechaban su privilegiada ubicación para, por ejemplo, vender los productos típicos de las festividades de las Saturnalia, el equivalente a las navidades actuales, que celebraban el solsticio de invierno y en las que era costumbre intercambiar regalos de todo tipo, principalmente figurillas de cera, barro o metales preciosos, así como alimentos y juguetes para los niños (Ovidio *a.a.* 1.407-408).

Los actores del circo

Tras haber presentado el motor del circo, su afición y los rasgos básicos del recinto competitivo, es el momento de analizar a los profesionales del espectáculo, desde los patronos de las facciones a los aurigas y al resto del personal, pues al igual que ocurre en la actualidad con los entretenimientos de masas, en el mayor espectáculo del mundo antiguo participaban muchísimos individuos. Para ello, aparte de manejar fuentes primarias y bibliografía secundaria diversa, me he basado fundamentalmente en el fantástico trabajo de Jocelyne Nelis-Clément (2002).

Antes de nada, se han de consignar dos premisas. La primera es que los aficionados, a los que por metonimia se denominaba igual que a las escuadras que competían —*factiones* («facciones»)—, al contrario que éstas, plenamente profesionalizadas, no desempeñaban rol alguno en la organización del espectáculo ni en la preparación de los equipos. Sin embargo, podían ejercer una gran influencia

a través de su amenazadora presencia y de la animación. La segunda premisa, aunque sea una obviedad, es que la organización de los espectáculos sufrió una evolución, sobre todo a medida que fueron cobrando mayor relevancia en la sociedad romana. Dejando a un lado el pasado lejano, a fines de la República el circo se comenzó a organizar de manera más profesional y definida hasta el asentamiento de las cuatro facciones, si bien no cesó nunca de transformarse y redefinirse con el paso del tiempo. Y a la par que aumentaba su relevancia social, el poder político fue inmiscuyéndose cada vez más, en especial cuando el Estado se convirtió en el gran proveedor y financiador de los entretenimientos públicos. Queda claro por las donaciones directas que brindaba a las facciones, tanto en bienes como en lo concerniente a su estructura. Por ejemplo, encontramos numerosas referencias a dádivas y concesiones de caballos, aurigas o histriones. También intervenían en la organización y explotación de los juegos, como se observa desde época de Diocleciano en la figura del *tribunus voluptatum,* o «tribuno de los placeres», que se encargaba de supervisar los espectáculos con financiación pública y que, sin duda, ejercía de enlace necesario entre los *editores,* o patrocinadores de los espectáculos, y las facciones del circo.

Pero no solo la cúspide del poder quiso aprovechar la oportunidad de usar el espectáculo en su beneficio. El negocio era tan importante que, aunque a los senadores les estuviera vedado todo comercio, Augusto les permitió participar en la provisión de caballos para determinados juegos. Posteriormente, el poder imperial se hizo con el monopolio del comercio de caballos, sin duda por intereses crematísticos, pero también de otro orden, puesto que el caballo era un elemento fundamental para la guerra y las comunicaciones. A los organizadores de los espectáculos

apenas les dejó el uso de los brutos de origen hispano, como bien se aprecia en la correspondencia ya vista de Quinto Aurelio Símaco, quien se desesperó y movió todos los hilos para obtenerlos y emplearlos en los juegos de la cuestura y la pretura de su hijo Memio. Otros comerciantes de caballos podían exportarlos a cambio de unas compensaciones, sobre las que volveremos más adelante.

Como ocurría con los gladiadores, parece que las facciones se reunían en torno a lo que en el argot latino se denominaba «familia» *(familia quadrigaria)* y que bien podría equipararse a una *troupe.* Las más modestas, de un marcado carácter nómada, debían de competir en los circos más humildes de las provincias, ofreciendo a cambio de unas pocas monedas un espectáculo sencillo para aquellas gentes que no tenían la oportunidad de disfrutar de las grandes gestas circenses, mientras que las más profesionalizadas podían llegar a participar en recintos de importancia como los de Antioquía, Alejandría o Cartago, situados un escalón por debajo de los circos de Roma y Constantinopla, reservados para unas pocas familias, las más cercanas al poder en sus más variadas formas. El carácter ambulante de estas *troupes* se aprecia en la misma legislación, que impedía a los cocheros, los pantomimos y los *venatores* abandonar una localidad en la que se celebrasen espectáculos para irse a otra, infringiendo el contrato que hubieran firmado (*CJ* 11.40.5).

El mayor responsable de la organización y del negocio en sí de cada facción era el *dominus factionum,* que generalmente pertenecía al rango ecuestre. Se ocupaba de la logística y era el encargado de negociar los términos y las condiciones con el *editor ludorum* o *agonothete,* el patrocinador de los espectáculos, ya fuera éste un magistrado que organizase los juegos preceptivos de su

función, un funcionario de la corte imperial —en este caso, se podría hablar del ya citado *tribunus voluptatum*— o un particular que financiase los juegos, si bien en ocasiones las mismas facciones organizaban juegos por su cuenta sin un *editor* externo de por medio (Dion Casio 56.27.4). Desde fines del siglo III se observa una curiosa evolución: diversos testimonios epigráficos apuntan a que los aurigas más importantes de estas familias se convirtieron en *domini factionis* a través de la fórmula *dominus et agitator factionis,* «señor y auriga de la facción» —como se verá más adelante, la denominación más habitual del conductor de los carros era *agitator* (*CIL* VI, 10058 y 10060)—. Un cambio que debería relacionarse con el rol cada vez más preponderante del Estado en la vida circense y que, en cierto modo, respondía también a un movimiento populista, puesto que los aficionados se sentían más identificados con una figura respetada por sus actuaciones en la arena que por otra más burocrática. Sin embargo, parece que por encima de estos personajes había otros individuos que se ocupaban, al menos, de los aspectos no deportivos de las facciones. Aunque las evidencias no sean concluyentes, todo hace indicar que en el escalón superior de las familias se situaban personas de un alto nivel social y político, que hacían las veces, por así decir, de los presidentes de los clubes deportivos, aunque desconocemos si desempeñaban una gestión directa, en el día a día, o era simplemente honorífica, al tiempo que aportaban prestigio social y fondos, en una nueva muestra de evergetismo cívico. Es el caso de Agripa, el más importante general de Augusto, que no sólo dejó su sello indeleble en la estructura del Circo Máximo y en muchos de los espectáculos que ofreció el príncipe, sino que, gracias al texto de un magnífico epígrafe, sabemos que también se situó al frente de una familia llamada *pannus*

Chelidonius, ligada a la facción de los rojos y dirigida por un tal Ticio Ateyo Capitón, en la que es la mejor inscripción para conocer precisamente a las familias y a sus componentes (*CIL* VI, 10046). En esta familia aparecen hombres libres, esclavos y, lo más relevante, libertos, es decir, esclavos manumitidos que incorporaron a su nombre el *nomen* de aquel que había sido su señor y los había liberado. El *dominus factionum* de la *pannus Chelidonius* era Marco Vipsanio Agripa, lo que significaría que Anastasio no fue el único gran hombre de la Antigüedad partidario de los rojos. En los textos hemos encontrado otras referencias, si bien mucho más tardías, a quienes de un modo u otro ocuparon una posición de mando en las facciones. Es el caso del eunuco Crisafio en la Constantinopla de Teodosio II, que aparece en las fuentes como patrón y protector de los verdes (Juan Malalas *Chronog.* 14.19); de diversos miembros de la ilustrísima familia aristocrática de los Decios, que se ocuparon del patronazgo de la misma facción en Roma desde el siglo v y a los que el rey ostrogodo Teodorico les pidió que continuaran haciéndolo (Casiodoro *Var.* 1.20), o del posterior Platón, que también ejerció de máximo responsable de la *factio prasina* y fue nombrado prefecto de la ciudad de Constantinopla con el objeto de calmar la explosiva situación que se vivía en las calles de la capital (Marc. Comes *Chron. s.a.* 507). Indudablemente, el patrocinio de una de las facciones del circo granjeaba un enorme espaldarazo a la propia carrera política y, en especial, al prestigio social.

En las facciones, aparte de los aurigas y los pantomimos, que obviamente eran los elementos más importantes de las escuadras, encontramos a una cantidad enorme de operarios subalternos. En primer lugar, vamos a mencionar a un par de personajes que desarrollaron una labor oscura pero crucial en el desarrollo de las carreras: los *sparsores* o

spartores y los *hortatores*. La función de los primeros era arrojar agua sobre las cabezas de los caballos en el transcurso de las carreras, para evitar que se sobrecalentaran a consecuencia del esfuerzo; por eso aparecen en diversas representaciones portando un ánfora o una jarra (y vistiendo los colores de su facción). Era ésta una ocupación de elevado riesgo y que requería una gran habilidad, pues tranquilamente podía acabar con una muerte por aplastamiento. Su correcto desempeño contribuía a la victoria o, en el caso de que actuasen de mala fe, a la derrota de los rivales. Por eso debía de ser objeto de discusión en los corrillos de los aficionados al circo. De su relevancia en el desarrollo de la competición da fe una estatua en mármol pentélico encontrada en Cartago (fig. 13). Se trata de un elocuente homenaje a cierto *sparsor* ignoto para nosotros pero que en vida debió de disfrutar de un enorme reconocimiento y respeto.

La lógica induce a pensar que esta figura no debería contemplarse como un mero aguador. Formaba parte del engranaje de la maquinaria de la competición y su cometido era muy importante, puesto que había de conocer el mundo de las carreras desde un plano técnico pero también estratégico. Se le exigía que interpretara el estado físico de los caballos, sus necesidades específicas durante la carrera y su ritmo, lo que avalaría su pertenencia al equipo especializado en atender a los équidos. Además, disponía de una formación que le habilitaba para «leer» la carrera. Por todo ello, su función no la desempeñaban mozos jóvenes, sino justo lo contrario, profesionales experimentados, como queda claro en la estatua de Cartago, cuyo modelo pudo ser previamente un auriga (Thuillier, 1999, pp. 1105-1106). Dado que no todos los cocheros alcanzaban un estatus de superestrella que les permitiera retirarse de la vida laboral,

ésta era una buena manera de reconvertirse y continuar en la pomada de la competición.

El *hortator* o estimulador —también llamado *jubilator* en algunos lugares— aparece con frecuencia en las fuentes textuales e iconográficas vestido con el color de su escuadra y a lomos de un caballo en la misma arena, pues seguía de cerca el progreso del carro o los carros de su facción. Formaba parte del equipo técnico con el que entrenaba el auriga, le aportaba las claves tácticas y estratégicas cruciales durante la pugna, le informaba de su situación en la carrera y le daba consejos. Aunque se ha encontrado algún que otro epígrafe de *hortatores* jóvenes, como el de un tal Cneo Herrio Severo de Bari que falleció con diecisiete años (*AE* 1988, 363) y que presumiblemente pertenecía a una *familia* no muy prestigiosa que se movía por los circos de provincias de tercera división, es probable que en su mayoría fueran individuos experimentados, como en el caso de los *sparsores.* Es de suponer que una posición de tan alta responsabilidad recayera en alguien veterano, curtido en mil batallas, sobre todo en los grandes equipos que se disputaban los premios de los más prestigiosos recintos.

Otra figura propia de las facciones era el *viator,* que hacía las veces de delegado de campo, sirviendo de enlace con las autoridades presentes en el circo, tanto con las que se ocupaban de mantener el orden en las carreras como con el *editor* y con los ayudantes de éste, que eran llamados *mastigophori.* También resultaba crucial el *medico* de la facción, tanto en la previa de la competición como en el día de los juegos. Junto con los masajistas que formaban parte de todas las escuadras, se ocupaba de la salud y la nutrición de los aurigas; además, permanecía alerta ante los abundantes accidentes que se producían en plena disputa circense, los cuales afectaban tanto a los cocheros como al

personal subalterno, que se jugaba el pellejo en la arena. Apenas nos han llegado detalles sobre su labor estrictamente médica, aunque Plinio el Viejo comenta que el estiércol de jabalí, el seco e incluso el reciente, era idóneo para tratar a los aurigas que hubieran sido arrastrados o atropellados tras caerse del carro (*HN* 28.122.237). Por su parte, los *tentores* eran los encargados de la apertura de las *carceres* o celdas de salida de los carros, aunque en el Circo Máximo los sustituyó un sistema mecánico. Un puesto realmente curioso era el del *cellarius,* del que por desgracia no disponemos de muchos datos. Sabemos que proveía de comida y bebida a los fanáticos de las facciones para que no decayeran en el esfuerzo de animar a sus aurigas. Pese a que los aficionados más enardecidos no tuvieran ninguna responsabilidad directa en la vida de las escuadras, obviamente poseían una gran capacidad de influencia merced a su elevado poder de coerción y de motivación. Por eso no es de extrañar que se les pretendiera favorecer, algo en lo que resultaba fundamental el *cellarius,* que, más allá del aprovisionamiento de los radicales, ejercía de intermediario entre éstos y su escuadra. Por último, era necesario disponer en todo momento de un tropel de mozos de cuadras o *moratores* para las más diversas tareas antes, durante y después de los torneos.



Fig. 13. Estatua de un *sparsor* (a la derecha), encontrada en Cartago, que porta la característica jarra en la mano derecha. En la actualidad se halla en el Museo Nacional de Cartago. Fotografía de Pradigue, procedente de Wikipedia Commons.

Antes de pasar a los verdaderos protagonistas de las competiciones, los aurigas y los pantomimos, vamos a analizar otros oficios esenciales en el ámbito del circo. No en vano, para que se desarrollara con éxito el mayor espectáculo de masas romano, era imprescindible la concurrencia de muchísima gente. Para empezar, en el día a día de las escuadras se necesitaban numerosos operarios, mozos y profesionales para ciertas labores más o menos especializadas, principalmente en las áreas de

entrenamiento, que en el caso de Roma se situaban en el Campo Marcio. De acuerdo con Filippo Coarelli (1977, pp. 845-846), los *stabula factionum* («establos de las facciones») se encontraban concretamente bajo el actual Palazzo Farnese, la sede de la Escuela Francesa de Arqueología de Roma, no muy lejos de donde entrenaban los aurigas, el *Trigarium,* que era el espacio en el que se celebraba la citada festividad pagana del *Equus October*. Según Suetonio, los mandó construir Calígula, que, conforme al judío Flavio Josefo, empleó como mano de obra al ejército a partir de las indicaciones de Eutica, su auriga favorito de los verdes. De hecho, la pasión de este emperador por dicha escuadra y, sobre todo, por su caballo *Incitato,* lo llevó a pasar numerosas veladas en sus caballerizas. Aunque Suetonio afirme que llegó al extremo de regalar a este equino una casa, esclavos y muebles, en realidad fue un obsequio a la facción en su conjunto; el autor de la *Vida de los doce césares* lo focalizó interesadamente en el caballo para ofrecer una imagen deleznable del emperador (*Cal.* 55.2-3; Flavio Josefo *AJ* 19.256).

Una figura de especial relevancia en el seno de las facciones era el *vilicus:* asistente personal del *dominus factionum,* sobre él recaían responsabilidades muy variadas, tanto de carácter económico como logístico y organizativo. En la parcela más puramente deportiva, cabe destacar los *magistri* o *doctores,* que eran los entrenadores de los aurigas y que en su mayoría habían sido antes cocheros, como Aurelio Heráclides, que primero corrió para los azules y luego se convirtió en *doctor factionis* tanto de este color como de sus rivales los verdes, según su lápida funeraria, que fue costeada por su colega Marco Ulpio Apolaustiano (*CIL* VI, 10057). Además de dirigir los entrenamientos cotidianos, planeaban las estrategias y tácticas antes de los

juegos y durante su desarrollo, por lo que debían mantener contacto directo con los *sparsores* y *hortatores* a la hora de transmitírselas a los aurigas. Otro puesto de gran responsabilidad era el del *conditor,* el principal encargado del cuidado, entrenamiento y alimentación de los caballos, que se rodeaba de una miríada de subalternos, como los citados *moratores,* y estaba en constante relación con los *veterinarii* o, más en concreto, los *mulomedici* (*hippiatroi* en griego), que velaban por la salud de los caballos, y con los propietarios de los equinos, pues no siempre las facciones eran las propietarias de los brutos con los que competían. Tan relevante era el papel del *conditor* que en ocasiones su salario doblaba al del propio auriga (Filón *Fr. Gen.* 77). El fabricante y reparador de los carros era el *sellarius,* que se ocupaba en todo momento de su puesta a punto (por ejemplo, sabemos que aplicaban aceites especiales al eje de los carros). El *sutor* era el especialista del trabajo del cuero de cada facción, en lo que respecta tanto a los uniformes de los aurigas como al carro, cuyas riendas y entramado estaban hechos con piel. La labor del *sellarius* y del *sutor* era crucial para que el carro, que en líneas generales se asemejaba al ligero egipcio empleado en las batallas de Megido o en Kadesh —o en los triunfos romanos, aunque éste era aparentemente más pesado—, fuese seguro y se adaptara a las características del auriga. También había un especialista en costura, el *sarcinator,* que se encargaba del atuendo de los aurigas y de los arreos o jaeces de los caballos, amén de los valiosos tejidos con los que eran galardonados los vencedores de numerosas pruebas prestigiosas. El *margaritarius* engalanaba con cintas, penachos y joyas, sobre todo perlas pero también metales preciosos, a los caballos en ciertas ocasiones especiales, como por ejemplo las pompas circenses. Con respecto a la

labor de este último, disponemos de una evidencia textual relacionada asimismo con Calígula y que no deja de ser el habitual testimonio suetoniano que únicamente pretendía defenestrar a este emperador. Así, el biógrafo alude escandalizado al regalo que le hizo al mencionado *Incitato,* consistente en unas mantas de púrpura adornadas con piedras preciosas, cuando esto era práctica común en su tiempo (*Cal.* 55.3) —con idéntico ánimo difamador aparece la misma acusación en la biografía de Lucio Vero, el colega de Marco Aurelio (*SHA Verus* 6.5)—. Todos estos profesionales tenían además ayudantes y auxiliares, a los que todavía hay que sumar aquellos que se ocupaban de otras labores, de las que desgraciadamente sólo contamos con algunas referencias de pasada, como por ejemplo los vigilantes nocturnos de los cuarteles y establos (Amm. Marc. 14.6.14).

En cuanto al recinto, diversos operarios ejercían funciones específicas durante las jornadas de competición. Una persona se situaba en la primera meta con la misión de comunicar quién iba en cabeza. Llevaba cuatro banderolas que se correspondían con las cuatro facciones y agitaba la del color del carro que liderase la competición en cada vuelta y, por supuesto, al final de la carrera, a la manera de las competiciones de motor actuales. Otros mozos se ocupaban de mover los huevos y delfines que marcaban el número de vueltas completadas, y para ello se coordinaban con los *designatores,* unos oficiales que se colocaban en puntos estratégicos del óvalo para informar a todos los aficionados y que, asimismo, mantenían contacto visual con otra figura fundamental, el juez o árbitro, que por ley no podía ser ni actor ni mimo (*Dig.* 3.2.4.1). Éste se encontraba en la línea de meta, en un lugar concreto conocido como *tribuna iudicum,* y velaba por el cumplimiento de las normas de la competición. Cuando era necesario interrumpir la

carrera, el árbitro agitaba un bastón alargado similar al que empuñaban los jueces de los *munera gladiatoria* y que representaba su autoridad.

En el circo había asimismo todo tipo de oficiales y operarios. Los *ostiarii* o porteros —en el teatro se les llamaba *dissignatores*— vigilaban los accesos a las *carceres* y las zonas reservadas a las clases dirigentes, y expulsaban a los que intentaban colarse en las gradas específicas para senadores y caballeros —Juvenal se refiere a estos acomodadores como «forzudos de Mesia», un dato que avalaría el requisito de una constitución física robusta para ejercer este cargo (*Sat.* 9.143-144)—. Algunos debían situarse en otros puntos de entrada al circo, como los numerosos accesos que había entre las tabernas que rodeaban el recinto (Dionisio de Halicarnaso *Ant. Rom.* 3.68.4). Los *praecones* estaban estrechamente relacionados con los *ostiarii,* y de hecho acabaron desempeñando, en parte, sus mismas funciones como acomodadores, si bien tenían asignado un rol muy específico. El *praeco,* palabra de la que procede el término «pregonero» en castellano, era el heraldo que ejercía de intermediario entre el poder (un magistrado, un juez o el emperador) y el pueblo, además de dirigir en la vida cotidiana las subastas públicas y privadas, anunciar eventos e incluso participar en los funerales de miembros de la élite glosando los méritos del difunto. En el circo, en ocasiones valiéndose de una trompeta, mantenía su rol de puente entre las autoridades y el público. Otro oficio era el de los *harenarii,* que se dedicaban al mantenimiento de la arena del circo, que requería constantes cuidados en beneficio de la salud de los cocheros y sus caballos, así como de la calidad del espectáculo. Conocemos algún que otro testimonio iconográfico que señala cómo trabajaban en los días de competición, pues aparecen provistos de cubos, con los que

presumiblemente arreglaban las calvas del circuito causadas por los accidentes u otros avatares de la carrera. Conocemos también la existencia de más *officiales,* incluidos los mensajeros y los *notarii,* que realizaban las actas de todo lo acontecido en las carreras, de sus protagonistas y los premios recibidos, que luego serían publicadas en las *acta* públicas. A partir de esta concienzuda tarea, los locos de las estadísticas deportivas, que también los había en el pasado romano, hacían su trabajo y daban munición para la airada disputa entre los aficionados. Por otro lado, una guardia armada rodeaba el palco imperial y también se encontraba dispersa por todo el óvalo, tanto en las gradas como en la arena, encargada de salvaguardar la paz general, con especial cuidado de las bestias utilizadas en las *venationes.* Destacaban asimismo los músicos y coristas que acompañaban la pompa circense y que luego participaban de los diversos espectáculos que se ofrecían entre carrera y carrera.

Éstos son sólo algunos de los trabajadores conocidos, pero indudablemente el personal desplegado en la celebración de unos juegos circenses, tanto antes de su celebración como durante sus distintas fases y a su conclusión, debía de ser enorme, mucho mayor que el que traslucen las fuentes o la epigrafía disponibles. Sólo el mantenimiento de la estructura del circo y su limpieza requerían ya un ingente número de operarios, a los que se añadían los mozos que, situados a pie de pista, ejercían de asistentes o realizaban labores más peligrosas, como retirar los carros y a los aurigas derribados en el transcurso de la carrera. Eso sí, hay que tener en cuenta que no era lo mismo una jornada de juegos circenses en Roma o Constantinopla que, por ejemplo, en el recinto mediano de Tarraco o el pequeño de *Camulodonum,* en Britania.

Sin embargo, el único participante del espectáculo que resultaba imprescindible era el auriga. Aunque la profesionalización del circo era la norma, es cierto que en época imperial aún existía un amateurismo militante. Conocemos el testimonio de cocheros que, según sus propias palabras, no corrían por dinero, sino solamente por la gloria de obtener el premio simbólico de una corona. Es el caso del ateniense de mediados del siglo III Tito Domicio Prometeo, quien ejerció su maestría en los tradicionales juegos de Olimpia, Istmia y Nemea, que ganó en tres ocasiones los Juegos Píticos de Delfos, amén de otras sesenta carreras (*IG* II², 3769). No es raro, por otra parte, que hubiera quienes, con el ánimo de emular a las grandes estrellas, condujesen cuadrigas en la intimidad para divertirse; se trata de los *aurigae privati,* entre los que se cuentan los emperadores Heliogábalo, Caracalla, Cómodo, Vitelio y Nerón —este último incluso llegó a actuar en público, en el mismísimo Circo Máximo—. Tal costumbre, completamente censurada por las fuentes, se extendía más allá de la cúspide política y social representada por los emperadores: la practicaron, por ejemplo, un amigo del mulomédico Pelagonio (*Ars veterinaria* 163) o los nobles que compitieron en juegos auspiciados por el poder en tiempos de Augusto o de Valentiniano III. Aunque debía de ser una experiencia estimulante y muy entretenida, el verdadero interés de esta gente acaudalada era emular las hazañas de los grandes campeones, que eran profesionales al cien por cien.

Una profesionalización que implicaba una preparación metódica, con escrupulosos cuidados enfocados única y exclusivamente a convertirlos en campeones y dignos representantes de su facción. Aunque lamentablemente no disponemos de datos concretos, sabemos que todo auriga que se preciara debía seguir una instrucción que duraba

años y que se incrementaba y consolidaba merced a un posterior entrenamiento regular, que los habilitara para la alta competición desde el plano técnico y psicológico. Los aurigas, a diferencia del Ben-Hur de la película, no sólo tenían habilidades para la monta, sino que eran profesionales capacitados para la competición por una formación adecuada y un duro y exigente adiestramiento. Como veremos, en su mayoría eran esclavos a los que se preparaba para ejercer esta ocupación casi desde la cuna. Aquí jugaban un rol fundamental sus entrenadores, que velaban por su diestro manejo de las riendas, y sus masajistas y médicos, que se preocupaban de su estado físico y de que siguieran una dieta estricta (Juan Crisóstomo *Hom. Act.* 29), al igual que los gladiadores —cuyo régimen alimentario era fundamentalmente vegetariano, de modo que el de los aurigas quizás también lo fuese—. Con respecto a la importancia de la dieta, resulta muy interesante una obra de época imperial, el *Gimnástico* de Filóstrato, que, aunque no aborde específicamente el mundo de las carreras de caballos, aporta claves sobre el ámbito deportivo en general y sobre las competiciones de los juegos helénicos tradicionales en particular. Así, hace referencia a una gimnástica destinada a prevenir todo mal y a dietas y masajes (haciendo uso de aceites especiales y del calor) que suprimían la grasa e hidrataban, al tiempo que señala al médico como el responsable de curar las afecciones, como el catarro o la tisis, y tratar las fracturas y dislocaciones (*Gymn.* 14).

Aunque en latín se le podía llamar *auriga,* la forma más habitual de referirse a los cocheros era *agitator.* La primera palabra designaba sobre todo a los novatos, cuya etapa inicial de aprendizaje consistía en la conducción de bigas (carros de dos caballos). Una vez alcanzada la suficiente

madurez, ya podían pasar a las más exigentes y prestigiosas cuadrigas. Para que el programa de las carreras resultara equilibrado, debía de ser frecuente la combinación de cocheros experimentados y carismáticos, que eran los que suscitaban más expectación y disputaban las carreras más importantes, con cocheros novatos y con otros que disponían de experiencia pero eran menos conocidos y no despertaban ningún entusiasmo particular más allá de defender el color de su facción.

Numerosísimos ejemplos procedentes de las más diversas muestras iconográficas nos informan sobre su atuendo. Competían con unos uniformes estandarizados que parecen tener un origen etrusco. Consistían en unas túnicas ribeteadas con bandas de cuero horizontales teñidas con el color de sus facciones, al igual que los cascos de cuero acolchados —en el mundo bizantino tardío, a los más grandes se les permitía usar un casco de plata, pero a todas luces no debían de emplearlo en la carrera—. Otro elemento de protección, aparte del casco, eran las hombreras del uniforme. Asimismo, puesto que llevaban las riendas con la mano izquierda y manejaban el látigo *(flagellum)* con la derecha, iban unidos al carro mediante otras tiras de cuero que se ataban a la cintura para evitar que salieran despedidos en caso de accidente, y que en caso necesario podían cortar con el cuchillo que llevaban al cinto; además, no hay duda de que este segundo juego de riendas cumplía cierto rol en la conducción del carro.

Los aurigas no sólo eran estimados como estrellas por la sociedad romana, sino que también se comportaban como tales, pese a que la mayoría fueran esclavos o manumitidos, o al menos así ocurrió durante el grueso del tiempo abarcado por este volumen. (De hecho, era un escándalo que un caballero, un senador o el emperador se ejercitasen como

aurigas o participasen en los *munera* gladiatorios, aunque disponemos de numerosos ejemplos de ello, como hemos visto en páginas anteriores.) Así, contamos con destacadas evidencias de su conducta pendenciera y excéntrica, y también de su acercamiento al poder de las más diversas maneras, lo cual los convertía en miembros representativos de su tiempo y de sus comunidades. Desde luego, se esforzaban por dejar su sello particular, empezando ya por su propio nombre, pues no era en absoluto infrecuente que lo cambiasen por otro o que adoptasen un apodo que los volviera fácilmente reconocibles o temibles. Algunos ejemplos son el auriga cartaginés de los rojos Dionisio, «El que arranca con los dientes» (*TGM,* 440), o los romanos Artemio, «el Huésped», o Domnino, «Tórax» (*TGM,* 380). Algunos se decían descendientes de cierta divinidad, como el africano Victorico, que pretendía ser hijo de la diosa Gea, la madre tierra (*TGM,* 440). Así pues, era parte de su *modus vivendi* el que sobresalieran no sólo en el mismo ámbito competitivo. Su conducta reforzaba un protagonismo social que, en el fondo, se retroalimentaba con el espectáculo que se veía en la arena; esto explica por qué había aurigas que indecentemente compraban los aplausos del público (Jerónimo *ep.* 69.9). Es decir, el entretenimiento se prolongaba fuera del circo. En este sentido, resulta curiosísimo que Nerón, un auténtico aficionado del circo y auriga *amateur,* emitiera una ley para limitar los desmanes y la chulería de los cocheros (Suetonio *Ner.* 16.2). Desconocemos el desarrollo jurídico de esta medida, pero no debió de surtir ningún efecto, pues iba en la propia naturaleza del espectáculo que los aurigas adquiriesen una relevancia que podía llegar a ser escandalosa, o que estallaran disputas más o menos teatrales entre ellos y también entre las facciones, lo que aderezaba la salsa de la

competición. Sin embargo, llama la atención la doble percepción que se tenía de los cocheros en la sociedad romana: se les admiraba y detestaba al mismo tiempo según las fuentes, un dato que avala la conciencia elitista del circo como espectáculo embrutecedor. A los aurigas se les consideraba gente de mala fama, si bien no alcanzaban ni mucho menos el nivel de desprestigio de los actores e histriones o los gladiadores, quienes de acuerdo con la legislación eran tachados directamente de «infames», una categoría que no era estética sino jurídica, puesto que los así calificados veían cercenados sus derechos como ciudadanos. Sin embargo, por lo que respecta a los cocheros, en el derecho romano se explicitaba que no se debía confundir la consideración social que merecían estas profesiones con su baja estima (*Dig*. 3.2.4). Tenemos un ejemplo en un discurso perdido de Cicerón —conservado fragmentariamente gracias a los comentarios y glosas de Quinto Asconio Pediano—, que enunció en el senado en el 64 a.C., en el contexto de su polémica con sus rivales de consulado, Lucio Sergio Catilina y Gayo Antonio Híbrida. En concreto, sobre este último, tío del triunviro Marco Antonio, quien se convertiría al cabo de dos décadas en su archienemigo y en el responsable de su asesinato, indica que fue «un ladrón en el ejército de Sila, un gladiador a la entrada en la ciudad [de Roma] y un auriga en la victoria». Aunque el comentarista señala que Cicerón alude a los juegos circenses que Sila ofreció tras sus campañas asiáticas contra Mitrídates y sus conquistas en Grecia —los citados *ludi Victoriae Sullae*— y a la participación de Antonio Híbrida en tales carreras como cochero, no hay duda de que pretendía desprestigiar a este rival asociándole con una profesión de malísima fama (Asconio *In toga candida* 88). No en vano, este Híbrida fue un tipo muy oscuro que saqueó todo lo que pudo, templos

incluidos, en la griega Acaya, donde Sila le había dejado al mando de unas tropas, y que asimismo participó en las durísimas purgas que este último protagonizó en Roma, donde no le tembló el pulso para decapitar a su hermanastro. Sin embargo, acabó siendo colega consular de Cicerón, que incluso le defendió legalmente en dos ocasiones: la primera, de la acusación de haber sido favorable a Catilina, y la segunda, en un grave caso de corrupción en Macedonia, donde tuvo como querellante al mismísimo Julio César. Consiguió librar a Híbrida de la primera acusación, pero no de la segunda, por lo que acabó exiliado en una isla.

Retornando a la consideración social del *agitator,* a ciertas fuentes les bastaba que un emperador se asociara con aurigas, pantomimos o gladiadores para confirmar su mala catadura moral, de manera similar a como determinados autores explotaban el gusto por el espectáculo de un regente para desprestigiarle. Recordemos a algunos sospechosos habituales, como Calígula, que regaló ni más ni menos que dos millones de sestercios al ya ampliamente referido auriga verde Eutico (Suetonio *Cal.* 55.3), o Vitelio, de quien Tácito señala que llegó a la capital romana acompañado por una cohorte de pantomimos, actores y cocheros, cuya «amistad le complacía inexplicablemente» (*Hist.* 2.87), pues al historiador, de mentalidad puramente aristocrática, era algo que no le entraba en la cabeza. En este sentido, resultan notables las figuras de Geta y Caracalla, los hijos de Septimio Severo. Los dos hermanos, que se odiaban mutuamente y siempre se contradecían, se rodearon de gladiadores y *agitatores.* Sabiendo que Caracalla fue un gran aficionado de los azules, es de suponer que Geta eligiera rodearse de unos cocheros de los verdes que, por lo demás, compartieron el mismo funesto destino que Caracalla reservó a su hermano (Dion Casio 77.7.1; Herodiano 4.6.2).

Conocemos los nombres de algunos de estos aurigas. Por ejemplo, al anciano Euprepes, que fue consejero de Geta y murió asesinado, y que como cochero había conseguido nada menos que setecientas ochenta y dos coronas. En cuanto a Caracalla, el auriga más cercano a él fue sin duda un tal Pandión, que le acompañó durante la guerra contra los alamanes y conducía su carro (tengamos presente que este emperador acostumbraba a practicar dondequiera que se encontrase y que solía construir circos móviles). Según Dion Casio, Caracalla le tenía más estima a Pandión que a sus propios soldados y llegó a recomendarlo al senado. Con toda probabilidad, este personaje debía de ser un *agitator* retirado, al que se le seguía reconociendo por su nombre de guerra, que en la mitología griega era el mismísimo hijo de Erictonio, el inventor del carro (Dion Casio 78.1.2 y 78.13.6). Otro emperador maldito al que las fuentes acusaron de rodearse de aurigas fue Heliogábalo. La *Historia Augusta* destaca a Hierocles, al que califica como su «marido», y en especial a Protógenes y a Cordio, que se convirtieron en consejeros del soberano —al segundo incluso lo nombró prefecto de la anona— (*SHA Heliog*. 6.3-4 y 12.1).

Las fuentes cristianas, además de criticar este acercamiento de la púrpura a los máximos representantes de los juegos circenses, inciden en la hipocresía de aquellos aficionados que sentían pasión por la competición pero no dudaban en despotricar de los aurigas. El africano Tertuliano dice enfáticamente: «¡Cuánta depravación! Aman a los que castigan, desprecian a los que alaban, exaltan el arte y censuran al artista» (*De spec.* 22.2-3). En esta línea, Juan Crisóstomo destaca el ultraje que suponía para los asistentes al hipódromo que los comparasen con un auriga o un histrión, lo cual no les impedía asistir puntualmente a las carreras, disfrutar como locos del espectáculo y,

paradójicamente, admirar a esos mismos aurigas e histriones (*Hom. in Joh.* 58.4). Esta visión, que incluye un componente a todas luces clasista, es claramente bipolar, pues, por una parte, muestra la pulsión vergonzante que determinadas gentes sentían hacia el espectáculo, aunque entrase en contradicción con sus gustos más íntimos y personales —actitud que se resume en una sola palabra: hipocresía—, y, por otra, responde a una percepción adulta y normalizadora del espacio que le correspondía a cada uno en la sociedad antigua, al menos en relación con las capas superiores del poder —los aurigas no eran las personas *a priori* más aptas para el ejercicio de una responsabilidad política, ni siquiera para pertenecer al círculo más íntimo de un príncipe—. Sin embargo, esta visión normativa y teórica chocaba con la realidad. En el fondo, los *agitatores* famosos actuaban como imanes para los aficionados, independientemente de su estrato social; así, en cuanto pisaban la calle se veían asediados por una enorme cantidad de entusiastas incondicionales (Plinio el Viejo *HN* 29.5.9). Como cuenta Amiano Marcelino, hasta la nobleza romana más rancia ardía en deseos de codearse con estos amos del espectáculo, que incluso eran percibidos como modelos para la sociedad. En un pasaje tragicómico que versa sobre el protagonismo social de los bufones, los cazadores que participaban en las *venationes,* los pantomimos y los aurigas, este historiador antioqueno señala escandalizado cómo los magistrados, del nivel político o social que fuera, y hasta las matronas «gritan una y otra vez "Que aprendan de ti", aunque nadie sabe explicar qué es lo que hay que aprender» (Amm. Marc. 28.4.33). Una visión descorazonadora, que podría completarse con la reflexión de Agustín de Hipona de que era absurdo considerar sabios a los aurigas (Agustín *lib. arb.* 9.19).

Con respecto a la adoración hacia los aurigas, vale la pena mencionar una inscripción encontrada en un estupendo mosaico de unas termas de Djémila (Cuicul, Argelia), en la que se dice explícitamente: *Vincas, non vincas, te amamus, Polydoxe,* «Venzas o no venzas, te amamos, Polidoxo» (*CIL* VIII, 10889). Nótese que el término habitual para referirse a los aficionados al circo era *amator*. Tal era el amor que algunos llegaban a sentir por un auriga o por un pantomimo que igualaba el respeto que debían a los mismísimos soberanos. De ahí que una ley romana prohibiera terminantemente que se situaran retratos suyos en lugares reservados para los emperadores, pues aquellos donde se colocaban las imágenes de los purpurados eran «honestos» y no podían ser ultrajados por las de personas «deshonestas», si bien se dejaba plena libertad para emplazar los retratos de los artistas del caballo y de la máscara en los teatros y en los circos (*CJ* 11.40.4).

Hemos visto como a veces, por su fama y su carisma, los aurigas adoptaban un rol de liderazgo en determinadas coyunturas de extrema inquietud urbana, por disputas religiosas, sociales, militares, políticas o económicas. Y, al contrario, tampoco era extraño que, a consecuencia de la mentada frivolidad de sus actos, desencadenaran problemas urbanos. Valga como ejemplo paradigmático el caso del auriga que se enfrentó al general godo Buterico por los favores sexuales de un siervo en Tesalónica, lo cual desembocó en la terrible matanza ordenada por Teodosio I. En un plano más frívolo, el *agitator* era un icono sexual para ambos sexos, aunque, todo hay que decirlo, no alcanzaba el nivel supremo los gladiadores (Tertuliano *de spec.* 22.2-3). Estos últimos aparecen en numerosísimos testimonios propios y ajenos como el culmen de la hipersexualidad del período. Por ejemplo, Celado el Tracio dejó escrito en un

grafiti de Pompeya que era la delicia de las mujeres. O, en un relato altamente ofensivo, se dice que Faustina, la mujer de Marco Aurelio, organizaba orgías con gladiadores; una infamia que, como ya advertimos, tenía como meta atacar a su hijo, el emperador Cómodo.

Esta preeminencia social de los aurigas podía traducirse en una enorme riqueza, pese al estatus de esclavo o liberto de muchos de ellos. Diversas fuentes contraponen los elevados emolumentos conseguidos en el circo con el dinero que se ganaba en la, digamos, vida real. Con su amargura habitual, Juvenal refleja en una sátira que lo que se llevaba un auriga en un día equivalía al salario de un profesor en un año (*Sat.* 7.241-243), o que el patrimonio de cien abogados era el mismo que el de un solo auriga de su tiempo: Lacerta, de la facción de los rojos (*Sat.* 7.112-114). Un apesadumbrado Marcial se quejaba de que sus enormes esfuerzos como buen cliente de ciertos patronos ricos le granjeaban apenas cien moneditas de cobre, mientras que, en el mismo período de tiempo, el famoso auriga Escorpo se hacía con «quince sacos de oro bien caliente» (*epig.* 10.74). Sin embargo, toda esta riqueza y toda la influencia social del auriga pendían de un hilo, pues su trabajo entrañaba un gran peligro, que podía acabar en una muerte trágica. Aun así, los aurigas estimaban que morir en la arena era un honor, a diferencia del fallecimiento provocado por una enfermedad. Aquellos que caían en el fragor de la carrera sabían que su recuerdo los mantendría vivos y que serían llorados por la afición, como describe un patético epígrafe funerario de un joven auriga muerto en Tarragona (*CLE* 1279 = *CIL* VI, 8553). Sobre este peligro constante, véanse los siguientes epitafios que Marcial le escribió al famosísimo cochero ya citado Escorpo, quien murió cuando aún no había alcanzado la treintena:

Yo soy aquel Escorpo, gloria y clamor del Circo,

tu aplauso, Roma, y tu deleite breve,
pues envidiosa la Parca, cuando cumplí veintisiete,
por cuenta de mis trofeos, creyó que era viejo. (*epig.* 10.53)

Rompa la victoria, apesadumbrada, sus palmas idumeas,
golpea, Favor, con mano inmisericorde tu pecho desnudo;
troque el Honor su indumentaria y las inclementes llamas, como regalo,
envía tú, Gloria afligida, tu cabellera coronada.
¡Ay qué atrocidad!, defraudado de los albores de tu juventud, Escorpo,
mueres y con tanta premura unces los negros caballos.
Aquella meta, siempre rápida y fugaz al paso de tu carro,
¿por qué estuvo también tan cercana en tu vida? (*epig.* 10.50)

Este Escorpo, al que Marcial dedica más epigramas, fue sin duda uno de los más grandes campeones de su tiempo; de hecho, alcanzó las 2.048 victorias con la facción verde. Esta enorme cifra se explica por la precocidad de los aurigas, pues no era extraño que tomaran las riendas con apenas diez años. No bastaba con tener dotes para la guía de caballos, sino que el aprendizaje era fundamental y se iniciaba muy pronto, para poder desarrollar después, a base de práctica, las habilidades tan específicas que requería la disciplina. Precisamente esta formación desde la más tierna infancia quizás explique por qué no encontramos hombres libres entre los aurigas. En una conmovedora inscripción funeraria descubierta en el monte Celio de Roma, se habla de un niño llamado Floro que conducía bigas —un *bigarius infans*— y que falleció en el desempeño de su incipiente carrera, «pues al desear correr rápido, rápido caí en las sombras de la muerte» (*CLE,* 399; *CIL* VI, 10078).

El dato de las victorias de Escorpo aparece en la fantástica inscripción honorífica que se le dedicó en vida al lusitano Cayo Apuleyo Diocles, quien probablemente fue el mayor campeón de la historia de la Antigüedad y que se retiró con cuarenta y dos años tras veinticuatro en el circuito, estando en activo desde el año 122 hasta el 146 (*CIL* VI, 10048; véase el epígrafe completo en el Anexo 2). Este impresionante testimonio, que nos aporta muchísimas claves

interpretativas para conocer el mundo de los aurigas, debió de ser erigido por la facción de los rojos como homenaje a su descomunal trayectoria, cuyos mayores éxitos los obtuvo bajo este color. Consiguió alzarse vencedor en 1.462 de las 4.257 carreras en las que compitió, una cifra inferior a las de otros campeones como el ya citado Escorpo o Pompeyo Muscloso, que ganó 3.559 carreras, ambos en las filas de los verdes; sin embargo, a diferencia de estos aurigas o de otros que constan asimismo en el epígrafe, como los azules Comunis, Venusto y Epafrodito, el verde Fortunato y el anterior gran campeón de los rojos, Thalo, parece que Diocles obtuvo sus victorias en las competiciones que procuraban más prestigio, honor y recompensas. Sus récords son impresionantes: ganó en 110 ocasiones la carrera más importante, es decir, la primera que se celebraba en el día de juegos tras la pompa circense, amén de otros registros que elocuentemente reflejan su dominio y su inaudita habilidad, como por ejemplo haber sido el primero en alcanzar las cien victorias en un único año, haber ganado con un carro tirado por siete caballos sin compartir yugo o haberlo hecho sin usar el látigo. Pero si estos éxitos deportivos son extraordinarios, aún más abrumador resulta el beneficio que consiguió tras sus veinticuatro años de trayectoria: 35.863.120 sestercios, que, según la interpretación del profesor Peter T. Struck (2010), de la Universidad de Pensilvania, equivaldrían a unos quince mil millones de dólares actuales. No sabemos nada más de su ulterior vida, salvo su final, ya que murió en Palestrina (una localidad cercana a Roma, lugar de recreo típico de los más pudientes), como lo demuestra la estatua conmemorativa que allí le dedicaron, en el templo de la Fortuna Primigenia, sus hijos Cayo Apuleyo Ninfidiano y Ninfidia, en cuya base hay una inscripción acreditativa que alude a una estatua hoy

desaparecida (*CIL* XIV, 2884).

La inscripción de Cayo Apuleyo Diocles es fabulosa, no sólo en lo que concierne a la figura de este grandísimo campeón, sino también porque aclara muchos aspectos de las carreras, sobre los que volveremos más adelante, como la tipología de las competiciones, las tácticas y estrategias que se seguían y el criterio fundamental (básicamente, el crematístico) para determinar cuáles eran las carreras más relevantes. El epígrafe también dedica un buen espacio a los caballos con los que compitió y al desglose y la tipología de sus victorias. Destaca asimismo el estatus que distinguía a las superestrellas de los buenos aurigas: la condición de miliario *(agitator milliarius),* que se alcanzaba al ganar más de mil carreras y daba acceso al paraíso de la competición. El énfasis en la estadística deportiva recuerda sobremanera a los tiempos actuales. Las diversas facciones conocían al dedillo tanto los resultados de los aurigas como los de los caballos, que, sin lugar a dudas, eran publicitados y constituían uno de los temas más discutidos y analizados por los aficionados. La inscripción de Diocles también nos informa de un hecho habitual en el mundo del circo: el continuo trasiego de los *agitatores* de una facción a otra. Sin embargo, el mecanismo que articulaba estos cambios de escuadra nos resulta desconocido. El origen servil de la mayoría de los aurigas, que eran propiedad de los *domini factiones,* quienes permitían o no que corrieran bajo otros colores, hace que sea muy complicado conocer el modo en que se realizaban estos traspasos de lealtades, aunque queda claro que debían de ser más fáciles una vez que los aurigas eran libres. Con el paso del tiempo, y en especial en el mundo bizantino, los emperadores se inmiscuyeron en los cambios de colores, pero todo hace pensar que en realidad estas transacciones eran de carácter privado y se basaban

primordialmente en el beneficio económico —en el caso de los cocheros esclavos, quizá se asemejaran a las compraventas del fútbol de hoy—. Sea como fuere, cuesta encontrar testimonios de aurigas que corrieran para una única facción, incluso entre aquellos que morían muy jóvenes. La facilidad para el cambio de colores no significa que los aficionados los aceptaran necesariamente de buen grado, aunque sabemos que intentaban influir en el fichaje de determinados cocheros. Así, Diocles se convirtió en el más grande corriendo para la facción roja, pero también compitió para los otros tres colores. Comenzó su carrera en la escuadra blanca cuando contaba con dieciocho años, y allí obtuvo su primera victoria al cumplir la veintena. Durante el tiempo que defendió la *factio albata,* consiguió otros noventa triunfos. Posteriormente se marchó a la facción verde, donde permaneció varios años sin obtener victoria alguna, y después a la azul, donde apenas consiguió diez entorchados. El destino le llevó en el 127 a la facción roja, en la que obtuvo la inmensa mayoría de sus éxitos y que le hizo entrar en la leyenda.

Aunque algunos aurigas tenían la oportunidad de retirarse con honores y con la libertad bajo el brazo, la mayoría disfrutaban de unos recursos modestos. Sin embargo, aquí también debía de haber categorías, pues no era lo mismo competir en el Circo Máximo o en otros recintos importantes como los de Antioquía, Alejandría o Cartago, que hacerlo en ciudades que, aun siendo políticamente relevantes, no representaban lo mismo en el ámbito de los juegos, como la palestina Cesarea, Trier o Tarraco, por no hablar de los circos de localidades pequeñas que, ciertamente, merecen el calificativo de provincianos. Obviamente, el objetivo de cualquier auriga era dar el salto a los recintos de mayor prestigio para competir con los más

grandes y retirarse a una vida cómoda. Sin embargo, no todos alcanzaban sus sueños. Algunos tenían la fortuna de continuar ligados a las facciones a través de las diversas ocupaciones que se desempeñaban en su seno, mientras que otros debían buscarse la vida, fueran esclavos o no, bajo sus amos o en la vida real, y no pocos acababan olvidados en el fango.

En lo que concierne a la riqueza, aquí nuestra mirada también ha de ser diacrónica. Conforme la crisis sacudía a un territorio cada vez más limitado, contribuyendo a la desaparición del Imperio, las enormes ganancias fueron desvaneciéndose en el Occidente romano, como lo demuestra el testimonio de la época del rey Teodorico el Ostrogodo sobre Milán, referido más arriba, que debía de reflejar una realidad extendida en el tiempo y en el territorio italiano. De acuerdo con Casiodoro, eran los magistrados encargados de la organización de los juegos o el Estado quienes pagaban el salario de los aurigas, que sin duda no era equiparable al de la época imperial (Casiodoro *Var.* 3.39). Sin embargo, mientras el circo entraba en decadencia en Italia, no ocurría lo mismo en Oriente, sobre todo en Constantinopla. No en vano, simultáneamente al período ostrogodo en Italia, se vivía en el Imperio bizantino la era dorada del hipódromo, en especial durante el reinado de Anastasio. Como muestra inequívoca de ello, bajo este emperador fueron erigidas numerosas estatuas en honor de los más grandes campeones contemporáneos en la espina del recinto constantinopolitano. Asimismo, este esplendor se veía reflejado en las pinturas que adornaban la *kathisma* o palco imperial. Estas estatuas y pinturas se han perdido, pero conservamos algunas basas y los epigramas que se inscribieron merced a que buena parte de ellos se compilaron en la *Antología Palatina* o *Griega*. Por lo que

respecta a las pinturas, sabemos que se eligieron los cuatro aurigas más importantes, siendo cada uno el máximo representante de uno de los cuatro colores, por lo que se deduce que fueron seleccionados en el seno de cada escuadra. Sin embargo, en aquel momento la jerarquía de las facciones parece más evidente que nunca: aunque seguía habiendo campeones rojos y blancos, así como aficionados de ambos colores, estas dos escuadras ya estaban subsumidas bajo los azules y los verdes. De ahí que sólo los grandes aurigas de estos dos colores principales merecieran la calificación honorífica de *factionarius*. Estas pinturas, que estuvieron colocadas *in situ* durante muchísimos siglos, retrataban al auriga Porfirio por los azules, a Faustino por los verdes, a Constantino por los blancos y a Juliano por los rojos (*AP* 15.380-387). A continuación, vamos a presentar los principales rasgos de algunos de estos famosos aurigas, estuvieran representados con estatuas, pinturas o de ambas maneras.

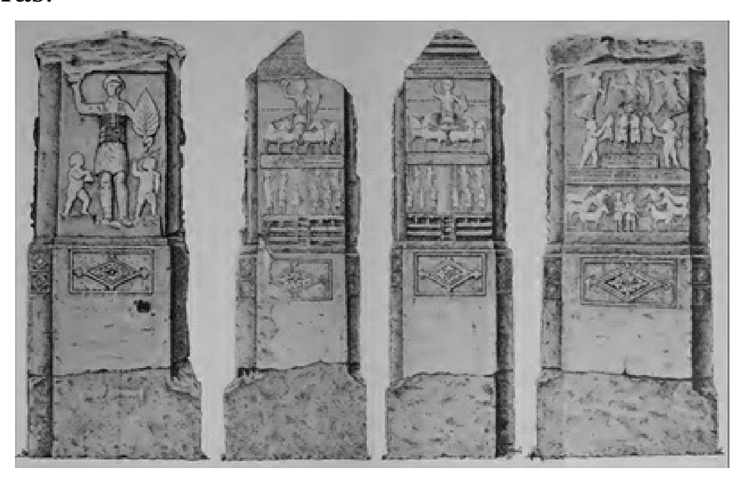


Fig. 14. Base conservada de una estatua del auriga Porfirio erigida por los azules en su honor y que en la actualidad se encuentra en el Museo Arqueológico de Estambul. Contiene los poemas de *AG* 16.340-343. Imagen procedente de Mordtmann (1880).

Entre tales aurigas, el más grande fue sin duda Porfirio, de quien realizó un magnífico estudio el historiador

británico recientemente desaparecido Alan Cameron (1973). Poseedor de innumerables récords, destacó sobre todo como auriga de la facción azul, aunque compitió también para los verdes. Ambas facciones y el emperador le agraciaron ni más ni menos que con siete estatuas, cinco de bronce y dos de oro, que fueron ubicadas, como hemos visto, en la espina del hipódromo constantinopolitano. Unos honores que acompañaban a su retrato en la *kathisma*. De todas las esculturas se conservan sus poemas inscritos (*AP* 15.46-47, 50 y 16.335-362) y, afortunadamente, dos de las bases de piedra, donde se observa una interesantísima iconografía (fig. 14). Fue el primer auriga al que se le dedicó una estatua estando activo, cuando hasta entonces no se les honraba hasta que se retiraban o fallecían. De origen africano, parece que se llamaba Caliopas, el hijo de Calcas, pero adoptó como resonante nombre artístico el de Porfirio, cuya traducción es «el purpurado», con todo lo que implicaba tan estentóreo sobrenombre. Aunque se crio en Constantinopla, comenzó su carrera deportiva hacia el 500 en provincias, concretamente en Antioquía, antes de retornar a su ciudad, donde prolongó su extensísima trayectoria hasta la sesentena. Se retiró en una ocasión de los circuitos, pero volvió a petición de los aficionados y su regreso fue triunfal (*AP* 15.44). Por lo visto, su destreza en la competición era suprema; se decía, pese a que pueda parecer contradictorio, que en su juventud ganaba por su habilidad y en su vejez por su fuerza (*AP* 16.359). Según los poemas inscritos a los que hemos aludido, era amado por la Victoria e incluso recibía los aplausos de los seguidores de las facciones rivales. Tan sonora era su fama que los aficionados suspiraban por verle competir aunque todavía faltara para su turno. En una de las estatuas encontramos el eco de uno de sus mayores logros, sus éxitos en el *diversium*, que

consistía en competir con los caballos de los aurigas a los que había derrotado. Una hazaña que no era baladí, por el imprescindible conocimiento que debían tener los cocheros de sus animales y la complicidad que debía haber entre ellos, como ponen de manifiesto numerosos testimonios. Para sus contemporáneos resultó especialmente memorable cierta «doble victoria», relacionada tal vez con unos triunfos cosechados por haber intercambiado su carro con el de un compañero azul, o con el aplauso que le dedicaron sus anteriores aficionados, los archirrivales verdes (*AP* 16.338-339). Sin embargo, aunque se convirtió en leyenda del hipódromo sobre todo por sus éxitos deportivos con la facción azul, fue con los verdes con los que disfrutó de una preeminencia social que lo llevó a liderar en dos ocasiones a sus correligionarios en el ejercicio de la violencia bajo el reinado de Anastasio: en el 507 encabezó en Antioquía un pogromo antisemita y en el 515, de vuelta en Constantinopla, guio a los verdes en la batalla naval entablada en la propia capital contra el rebelde Vitaliano (véanse las pp. 274-276). En el epigrama de una de las efigies de Porfirio erigida por los verdes se responsabiliza a la diosa Némesis de no haberla podido hacer de oro, si bien consuelan a su ídolo asegurándole que los siempre fieles verdes no dejarán nunca de apoyarle y serán para él como «estatuas vivientes en su honor» (*AP* 16.354).

En la *Antología Palatina* se mencionan estatuas de otros aurigas que se encontraban en el hipódromo, algunas de las cuales acompañaban en la espina a la de Porfirio, como las de Faustino y Constantino, adyacentes a la suya. Estos dos aurigas eran padre e hijo, y parece razonable identificarlos con los representantes en las pinturas de la *kathisma* de los verdes y los blancos, respectivamente. Aparte de su calidad como competidores, son interesantes porque demuestran de

forma evidente la existencia de dinastías dentro del mundo del espectáculo; es más, los epigramas avalan que otro pariente suyo, cuyo nombre desconocemos, también recibió el agasajo de una estatua, situada junto a las de Faustino y Constantino. En cuanto a la trayectoria deportiva de éstos, el primero corrió hasta la senectud, etapa en la que destacaba no por su velocidad ni por su fuerza, sino por su ingenio, que le permitía comportarse como un «viejo entre los jóvenes, [y] un joven entre los viejos» (*AP* 16.363-364). Su hijo Constantino falleció en el hipódromo durante una carrera tras haber disfrutado igualmente de una larga trayectoria en el mundo de la alta competición. Sin duda, su muerte debió de provocar una gran conmoción social — similar a la de Julianikos en el 563, la cual mereció que Juan Malalas lo incluyese en su obra (*Chronog.* 18.144), o a la del *agitator* que falleció el día antes de su boda en tiempos de Juan Crisóstomo (*Hom. in Joh.* 9.1, 5.17)— a tenor de los epigramas esculpidos en la estatua que le erigieron el pueblo y el emperador tras su fallecimiento, o, como se dice en el texto, su entrada en la «Casa de Hades». Según estas inscripciones, al morir se llevó consigo la gloria del arte de los aurigas, pues después no hubo nadie que igualara a aquel que en su juventud vencía a los más afamados cocheros y en su vejez aventajaba a los jóvenes. La pérdida de Constantino incluso provocó la interrupción de la «disputa amistosa» de las calles. Una expresión que no alude a la violencia faccionaria, sino a la enconada rivalidad dialéctica en el ámbito estrictamente deportivo. Como muestra del respeto que despertaba, los verdes y los azules reclamaron a la par que se le erigiera esa estatua en el hipódromo pese a defender el color blanco. Y eso que previamente había sido el inesperado causante de una disputa entre ambas facciones, después de haber conseguido su mayor hazaña: ni

más ni menos que vencer en veinticinco carreras durante una sesión matinal, tras lo cual intercambió su carro y sus caballos con los rivales para derrotarlos de nuevo en otras veintiún ocasiones. Esta demostración de poderío hizo enloquecer a los fanáticos de las facciones principales, que protagonizaron una pelea al pretender que sus colores respectivos se hicieran con los servicios de Constantino. En cierto momento le llegaron a ofrecer las túnicas de ambas escuadras para que él escogiera. Sin embargo, como no hay ninguna evidencia ulterior de traspaso de lealtades, parece que decidió continuar defendiendo fielmente a su facción, la de los blancos (*AP* 15.41-43 y 16.365-375).

Otro auriga renombrado fue Uranio, nacido en la ciudad bitinia de Nicea y que compitió con Faustino y Constantino. Al igual que a Porfirio, parece que le erigieron una estatua en vida, en su caso los verdes, y luego otras dos los azules, para los que corrió durante dos décadas. Tras retirarse, volvió a la arena a petición del emperador para competir de nuevo con los verdes, que le agraciaron con una nueva estatua, en esa ocasión esculpida en oro. Por lo visto, destacó por su habilidad en los adelantamientos (*AP* 15.48-49 y 16.376-378).

También tuvo su estatua Juliano, de los rojos, nacido en Tiro, que indudablemente fue el cochero de la *factio russata* retratado en la *kathisma* y que se retiró al llegar a la vejez (*AP* 15.45). Un notable auriga posterior que mereció no una sino tres esculturas, si bien se desconoce su ubicación, fue un tal Eusebio, que destacó como cochero y como atleta. Lo más relevante de su figura es que puso freno a las disensiones del pueblo (*AP* 16.56), aunque no sabemos si a consecuencia de su maestría en el hipódromo o mediante el ejercicio de su autoridad carismática sobre la población en el contexto de ciertas disputas violentas.

A pesar de la fama y la preeminencia social de las que gozaron en vida todas estas superestrellas del circo romano, acabaron por desvanecerse en el recuerdo, pues aparte de lo referido prácticamente no disponemos de más evidencias sobre sus actos, considerados a la sazón inmortales, en lo que constituye una prueba del mítico aforismo virgiliano: *tempus fugit.* Y si es así con los mayores aurigas de la historia, ni que decir tiene lo que el destino deparó a aquellos que no disfrutaron de la adoración pública. En su mayoría eran de origen esclavo (fig. 15) y formaban parte de *troupes* que erraban por la enorme geografía de los entretenimientos circenses, buscándose las habichuelas como buenamente podían, de manera similar a lo que ocurría con el teatro de la época. Es posible que, tras ejercer de aurigas, algunos continuasen enrolados en las diversas facciones del circo, realizando otras labores necesarias en las escuadras. Entre los que fracasaban en el circo y no se quedaban en el camino, muchos morían en la mayor de las pobrezas, como también les ocurría a aquellos que, habiéndose retirado después de triunfar en la arena, no eran capaces de encontrar una nueva ocupación. Aquí se puede recurrir a un admirable testimonio, contenido en una estupenda inscripción altoimperial de Tarraco, en el que unos aficionados azules de esta importantísima ciudad hispana le rinden un tierno homenaje a su antiguo ídolo, muerto en la ignominia y el olvido:

> Nosotros, sus firmes partidarios y devotos, de nuestro patrimonio hemos dedicado este altar fúnebre a Fusco, del equipo de los azules en el circo, para que todos puedan conocer el monumento y prueba de nuestro cariño. Un renombre sin quiebra para ti, que mereciste toda clase de alabanzas en la carrera. Rivalizaste con muchos y pese a tu pobreza no tuviste miedo a nadie; soportando la envidia, siempre valeroso, te mantuviste en silencio. Viviste con honor y por tu condición de mortal has dejado de vivir. Seas quien seas, intenta ser como él. Detente, caminante, y lee. Si guardas memoria y llegas a saber qué clase de hombre ha sido —¡oh, todos deberían temer al destino!—, basta con que digas: «Fusco tiene los laureles, la muerte el túmulo». Una lápida cubre sus huesos. Está bien, Fortuna. Adiós. Ya hemos derramado lágrimas en honor de este buen hombre. Y ahora derramaremos vino: rogamos que descanses en paz. Nadie se asemeja a ti (*CLE,* 500 = *CIL* II, 4315).

Esta inscripción hoy desaparecida tiene una historia

curiosa. Al parecer, las autoridades municipales de Tarragona se la regalaron a comienzos del siglo XVIII a James Stanhope, un militar, político y noble inglés que había luchado en la guerra de Sucesión española en el bando perdedor. Aunque se conserva una fotografía, se extravió tras conservarse en la mansión familiar de Chevening, que en la actualidad es la residencia del ministro británico de Asuntos Exteriores. Más allá de este detalle, se trata de un testimonio de primer orden, extrapolable a aquellos campeones que, pese a disfrutar del éxito, acabaron por caer en el olvido, a pesar de lo mucho que al parecer se escribía sobre el circo y sus protagonistas y que lamentablemente no se ha conservado. Al menos Fusco, que por lo visto era hispano, tuvo la fortuna de contar con seguidores que le sufragaran un homenaje en piedra. Según una nueva lectura de Gómez Pallarés (1998), el epígrafe concluía con la siguiente frase en griego: «Por siempre se hablará de tus carreras».

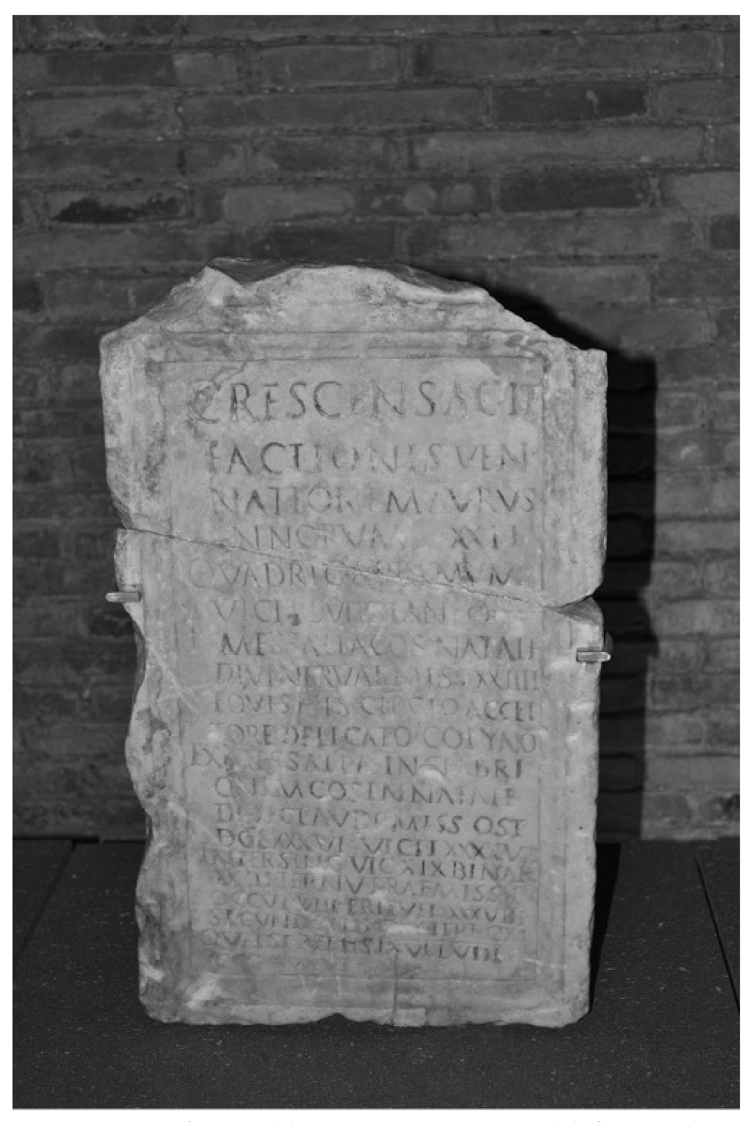


Fig. 15. Inscripción funeraria del auriga mauritano Crescens, de la facción azul, que murió con veintidós años tras competir en 686 carreras y obtener 47 victorias. Aun siendo un cochero secundario en el Circo Máximo de Roma, ganó más de un millón y medio de sestercios (*CIL* VI, 10050 = *ILS*, 5285). En la actualidad se halla en los Musei Capitolini de Roma. Fotografía cortesía de Amanda Lorenzo Martín.

El último elemento de la competición que debemos tener en cuenta, absolutamente crucial en su desarrollo, era el caballo. Los aficionados del circo no dedicaban todo su tiempo, su saliva, sus esperanzas y críticas a los aurigas, sino a las facciones por entero: al correcto trabajo de sus

miembros, a la calidad y cualidades del carro y, en especial, a las capacidades de los equinos. Podrían compararse a los aficionados actuales del motor, si bien en el pasado los caballos no eran precisamente de vapor. Una de las críticas recurrentes a los seguidores del circo es que fueran capaces de trazar los árboles genealógicos de los caballos y conocer su pedigrí al detalle (Basilio de Cesarea *Hom. in Div.* 7; Juvenal *Sat.* 7.56-59; Virgilio *Georg.* 3.100-105). No es de extrañar que Marcial se lamentara de que su fama estuviese a la sombra del caballo *Andremón,* guiado por el auriga Escorpo (Marcial *epig.* 10.9; *CIL* VI, 10052). De hecho, era común que los brutos fueran vitoreados en el circo, como *Pértinax* en tiempos de Cómodo. Este cariño hacia estos nobles animales aparece ampliamente tanto en las fuentes textuales como en inscripciones, mosaicos y todo tipo de bienes muebles. Por ejemplo, en el fantástico mosaico encontrado en las termas de Djémila (Cuicul, Argelia) al que ya hemos aludido, constan ni más ni menos que cuarenta y ocho caballos con sus respectivos nombres y victorias, pues se les pintaban anexas las coronas ganadas. Con respecto a los textos, he aquí una muestra notable de la consideración que merecía el caballo, extraída de la *Haliéutica,* un pequeño ensayo sobre la pesca que erróneamente se atribuyó al poeta Ovidio:

> Ésta es la honra y gloria bien grande de los caballos de raza, pues captan en su espíritu la palma de la victoria y gozan del triunfo, tanto si han merecido en las siete vueltas al circo la corona —¿verdad que ves al vencedor cuán airoso alza su alta cabeza y se ofrece al favor popular?—, como cuando su elevada grupa la adornan despojos de león —¡cuán hinchado y con qué trote se ofrece a la vista!—, y holla el suelo la pezuña agitada por un coceo de casta, al regresar bajo el peso de despojos opimos (Ps. Ovidio *Hal.* 66-74).

Al caballo se le estimaba como un animal inteligente y con importantes recursos. En este sentido, la *Historia Natural* de Plinio el Viejo proporciona estupendos testimonios sobre sus proezas en el circo, como aquellos jamelgos que en los Juegos Seculares celebrados por el

emperador Claudio derribaron a su auriga, Córax, de la facción blanca, y no sólo continuaron la carrera, sino que se colocaron en primer lugar y ganaron la competición, para vergüenza de los cocheros, y portentosamente se detuvieron ante el palco a la espera de obtener el reconocimiento del emperador. Plinio ofrece otro testimonio legendario que, además, está vinculado con el urbanismo de la ciudad, en concreto con una de las puertas de acceso de Roma, la Ratumenna. Al parecer, un auriga etrusco llamado asimismo Ratumenna, tras haber ganado una carrera en la localidad de Veyes fue arrastrado por los caballos de su carro cuando aún portaba la palma y la corona del triunfo. Los brutos llegaron a Roma, pasaron por esa puerta y acabaron dando tres vueltas al templo de Júpiter Óptimo Máximo (*HN* 8.42.159-161).

Al igual que los aurigas, los caballos debían pasar por un período de intenso aprendizaje que comenzaba a edad muy temprana. No valía cualquier caballo, por muy fuerte y rápido que fuese, sino que desde que era un potro debía recibir una instrucción específica para el mundo de las carreras, como el caballo de guerra para el mundo militar. Plinio el Viejo señala que, a diferencia de aquellos équidos empleados en otros menesteres cotidianos, como la carga o el correo, que comenzaban tales labores a los dos años, los del circo no corrían en la arena antes de cumplir los cinco. Competían hasta alcanzar la veintena y entonces se les retiraba. En muchos casos llevaban hasta su muerte una vida de comodidades (Dion Casio 61.6.1; *CTh* 15.10.1) y se dedicaban a la monta, siendo los machos fértiles hasta los treinta y tres años (*NH* 8.42.162-163). Obviamente, como argumenta el agrónomo bético Columela, los caballos campeones eran muy estimados para la crianza (*De re rust.* 3.9.5). Precisamente esta fuente discrepa de Plinio y afirma

que los caballos del circo no debían comenzar los entrenamientos hasta que contaban tres años y no habían de competir hasta los cuatro. Por otro lado, Columela ofrece algunas de las características que debían reunir los equinos de más calidad: de cuerpo alto y erguido, tenían que ser fuertes y de pecho prominente, proporcionados pero a la vez compactos, mientras que desde el plano del comportamiento resultaban ideales los caballos que se animaran rápidamente estando calmados y que se calmaran pronto tras haber sido estimulados (*De re rust.* 6.27.1 y 6.29.2-4). Con respecto a las preferencias de sexo, en el mundo griego se valoraba más a la yegua que al macho, pero en Roma ocurría lo contrario. Además, cada caballo, de acuerdo con su inteligencia, preparación y forma física, desempañaba un rol particular en la cuadriga (Filóstrato *Gymn.* 26). El más importante, con diferencia, era el *funalis* de la izquierda —también se denominaba *funalis* al de la derecha, mientras que los dos del centro recibían el apelativo de *introiugi*—, pues marcaba el ritmo, dirigía al resto en las vueltas a la espina y resultaba decisivo en los adelantamientos más decisivos, que se efectuaban por la curva del interior de la pista. De ahí que para esta posición se eligiera al bruto más hábil y experimentado.

Desafortunadamente, más allá de estos apuntes no se ha conservado obra alguna sobre el entrenamiento de los caballos de competición, aunque sí numerosos fragmentos de obras sobre la crianza y el cuidado de estos animales, que se agrupaban en el género de la «Hippiatrica». Casualmente, sí disponemos de un manual, de 3.500 años de antigüedad, sobre el entrenamiento de los caballos de los carros de guerra, que se encontró en el archivo real de Hattusas, la capital del reino de los hititas, y está firmado por un tal Kikkuli, «el domador de caballos», que en realidad no era

hitita sino que procedía del reino de Mitanni. Obviamente, la distancia temporal es muy amplia y el contexto bien diferente, pero resulta curioso su programa de adiestramiento, de apenas 184 días, en el que se repasan el entrenamiento, la alimentación, el cuidado del caballo, etc., en una época en la que los carros de combate eran el instrumento bélico de mayor relevancia. El contraste con lo indicado por Plinio y Columela es notorio, si bien responde perfectamente a la naturaleza de la obra de Kikkuli, es decir, a la necesidad perentoria de abastecer al ejército lo antes posible, mientras que el caballo del circo precisaba de una formación mucho más específica, aunque no sirviera a unos fines tan solemnes.

Anteriormente ya indicamos las restricciones que el Estado imponía a la cría y venta de caballos, dado el caudal constante que requerían el ejército y la Administración. Así pues, al menos en el Bajo Imperio apenas hubo libertad plena para el comercio del muy apreciado género caballar hispano, que competía en calidad con los equinos criados en África, Grecia, Capadocia o Sicilia. Al parecer, Hispania disponía de abundantes granjas de caballos, siendo especialmente estimada la raza asturcona, elogiada una y otra vez en las fuentes textuales y también en la epigrafía, ya que muchos de los epígrafes funerarios u honoríficos de equinos que conocemos aluden a este caballo de pequeño tamaño pero muy fuerte y rápido. El hispano Marcial señala que este caballo menudo, procedente de «pueblos auríferos», resultaba especialmente dotado por el modo en que «bracea rítmicamente con sus veloces cascos» (*epig.* 14.199). Sin embargo, pese a que la legislación explicita el uso predominante de los brutos hispanos, sabemos que se siguió comerciando con caballos de otros orígenes, por lo que cuesta discernir cómo se procedía al comercio de equinos y

cómo acabó por desarrollarse esta política restrictiva. En cualquier caso, su crianza —que se advertía en las marcas al fuego de las ancas, donde se indicaban sus cuadras de origen— representaba una gran oportunidad económica, y los *hippagogi* (naves especialmente acondicionadas para el transporte equino) surcaban de continuo las aguas del Mediterráneo. Plinio el Viejo recomendaba este lucrativo negocio ante la necesidad constante de caballos en el mundo del espectáculo, a causa de su muerte o incapacitación en el propio circo, aparte de aquellos que eran retirados por su edad o desgaste. Conocemos casos de individuos que se enriquecieron así, como Eufrasio, el amigo de Símaco que traficaba con caballos (véanse las pp. 204 y 334). Y, como ocurre con el espectáculo en sí, en la naturaleza de los titulares del negocio se observa una evolución: mientras que en época republicana y altoimperial las granjas de caballos eran privadas, con posterioridad el Estado fue involucrándose en su cría. En torno a esta realidad, Juvenal no dejó escapar la oportunidad de burlarse de un singular tratante de equinos: un joven que había invertido el patrimonio familiar en «pesebres» y al que, para horror del satirista, le gustaba conducir carros por la vía Flaminia con el fin de, al estilo de las carreras de coches de las películas americanas juveniles de los años cincuenta, impresionar a su novia. Es decir, este tipo actuaba como uno de los *aurigae privati* que mencionamos antes (*Sat.* 1.59-63). Los senadores también pretendieron beneficiarse de este negocio y finalmente, pese a tener prohibido *a priori* ejercerlo, pudieron proporcionar caballos para determinadas festividades como los *ludi Romani*, los *ludi Apollinares* y los *ludi Martiales*.

No fueron pocos los emperadores que profesaron pasión por los caballos del circo. Aparte de Calígula y su

entusiasmo por *Incitato*, de Nerón se dice que admiraba un caballo hispano de nombre desconocido pero de raza astur, al que colmó de todo tipo de atenciones (Suetonio *Ner.* 46.1). Un siglo después, Lucio Vero sintió devoción por un bruto llamado *Alado (Volucris),* hasta el punto de que, a su muerte, decidió enterrarlo con todos los honores en el Vaticano, en las inmediaciones del Circo de Gayo y Nerón (*SHA Verus* 6.4). De hecho, no era en absoluto infrecuente que se honrase así la memoria de los caballos. Plinio menciona lo comunes que eran los sepulcros de caballos en Sicilia, una tierra reconocida por la cría de estos animales, y que incluso Augusto hizo lo propio con su caballo favorito, al que Germánico, el nieto del *princeps,* dedicó unos versos (*HN* 8.42.155). Aunque algunos han querido ver estos versos en un poema de Ausonio que refleja el epígrafe que un emperador desconocido dedicó a un caballo de carreras llamado *Fósforo,* no hay pruebas que lo certifiquen. No obstante, se trata de un ejemplo notable:

> *Fósforo,* acostumbrado a cubrir victorioso las siete vueltas a lo largo de las extensas superficies del circo rugiente, tú, que corrías despacio los primeros tramos a partir de la barrera, para sobrepasar potente a los caballos de delante: te resultaba fácil adelantar incluso a las veloces cuadrigas; vencer también a los vencedores es tu gloria mayor. Acepta esta inscripción, consuelo de tu vano sepulcro, y marcha raudo junto a los alados habitantes del Elíseo. Que corra Pegaso allí a tu derecha, a tu izquierda Arión, que Cástor te dé el cuarto caballo de tal antorcha (*epit.* 5.33).

Esta inscripción resulta conmovedora por el deseo de que *Fósforo* se reúna con los que considera sus iguales, los caballos míticos Pegaso y Arión —el veloz hijo de los dioses Poseidón y Deméter, que hablaba y servía al rey tebano Adrastro—, para conformar una cuadriga celeste cuyo cuarto ejemplar lo proporcionaría el Dioscuro Cástor, legendario jinete de la mitología romana.

Disponemos de más ejemplos de epígrafes de tumbas, como el de un caballo del siglo II llamado *Euditiques,* que al parecer también fue propiedad de un emperador (*GV* 1844), o el de un bruto de raza asturcona enterrado en Brescia (*CLE*

1177 = *CIL* V, 4512). Y algunos de los más famosos aurigas no dudaron en ceder protagonismo en sus inscripciones honoríficas a los caballos que habían empleado. Es el caso de Diocles (véase el Anexo 2) y, muy especialmente, Avilio Teres, de quien ya hemos reproducido una cerámica calagurritana vendida como recuerdo (véase la fig. 11). Este último, en el epígrafe en el que analiza su carrera, menciona a todos los jamelgos, un total de setenta y dos, con los que consiguió alguna victoria, y lo hace antes de entrar en harina y presentar su trayectoria como campeón (*CIL* VI, 10053; fig. 15). Pese al estado fragmentario de la inscripción, vemos cómo recoge el nombre, el origen del animal y el número de victorias logradas. La mayoría de los caballos de Teres eran africanos, pero también los utilizó procedentes de Etolia, Cirene, Hispania, Mauritania, Laconia y la Galia. Sus nombres, muy similares a los que hoy se pueden encontrar en un hipódromo, aluden su velocidad o alguna otra cualidad, a otras bestias o a personajes míticos, repitiéndose los que sin duda eran sus favoritos: *Advolans* («volador»), *Aether* («aire puro»), *Ajax, Aquila* («águila»), *Aranius* («araña»), *Barbatus* («barbado»), *Candidus* («resplandeciente»), *Dánae*, *Helio*, *Exactus* («preciso»), *Ingenuus* («noble»), *Melissa, Lupus* («lobo»), *Pardus* («pantera»), *Passer* («gorrión»), *Pegaso*, *Pugio* («puñal»), *Rapax* («saqueador»), *Rómulo, Sagitta* («flecha»), *Victor* («vencedor»), etc. Sin embargo, entre éstos no se encontraban los mejores caballos de Avilio Teres, aquellos que habían superado las cien victorias y que recibían, a la manera de los aurigas, el calificativo de *equi centenarii* («caballos centenarios»). Así, aunque en la inscripción no se especifique su número de victorias, superaron las cien *Ballista* («misil»), *Callidromus* («hermoso corredor»), *Hilarus* («feliz») y *Spiculus* («dardo»). Algunos de estos *equi*

centenarii lo hicieron con creces, como *Victor*, el caballo de Gutta Calpurniano, que venció en 429 ocasiones del total de 1127 palmas que obtuvo durante su carrera este auriga, como quedó reflejado en la inscripción erigida cuando aún vivía (*CIL* VI, 10047); *Tusco,* citado en el epígrafe de Diocles anteriormente referido, que perteneció al auriga Fortunato, de los verdes, y alcanzó las 386 victorias; el caballo del también verde Pompeyo Muscloso, que consiguió 115 triunfos, o *Pompeianus,* el equino de Diocles con el que éste obtuvo 152 victorias.

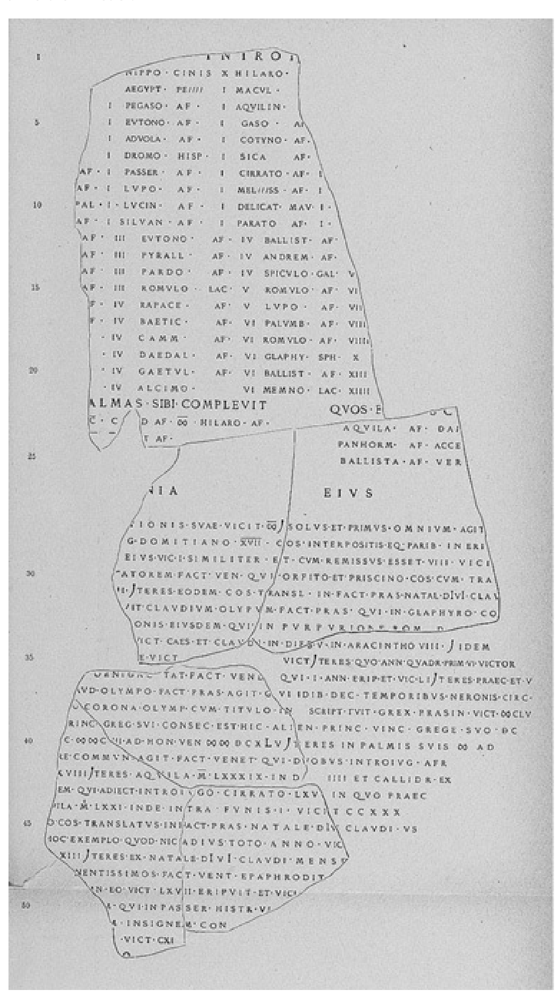


Fig. 16. Inscripción en honor del auriga Avilio Teres (*CIL* VI, 10053), en la que se

destacan tanto su trayectoria como los caballos que manejó en las carreras. Imagen procedente de L. Borsari (1902).

Como elementos fundamentales del espectáculo, los caballos eran cuidados con esmero, como pone de manifiesto la literatura veterinaria que se ha conservado. En las ciudades más importantes no se privaba de ningún lujo a los mejores caballos de competición. Por ejemplo, se les sometía a masajes con vino y aceites especiales, entrenaban en playas, etc. En cuanto a los veterinarios o mulomédicos, parece que disfrutaban de elevadísimos salarios e incluso estaban exentos, junto con los constructores de carros para el circo y otros profesionales considerados socialmente relevantes, de cumplir con ciertos servicios a la comunidad.

En esta sección dedicada a los participantes en el espectáculo del circo no se puede obviar una figura crucial, aunque no disputara la victoria en la arena y también ejerciera su arte en el ámbito teatral. Me refiero a los maestros de la danza dramática, los pantomimos o histriones. Las cuatro facciones tenían asignados bailarines cuya finalidad era animar a sus respectivas aficiones durante el desarrollo de los juegos circenses y ofrecer entretenimiento entre una carrera y otra. Salvando todas las distancias, podrían ser comparados a las *cheerleaders* actuales del fútbol y el baloncesto norteamericanos. Sin embargo, mientras que estas animadoras contemporáneas son un mero adorno, un aditamento estético de segunda fila, los pantomimos del mundo antiguo, tanto en el teatro como en el circo, disfrutaban de un gran reconocimiento y una relevancia social comparable a la de los propios aurigas. De hecho, al igual que estos últimos, ejercían un liderazgo carismático en sus comunidades, que en ocasiones se entremezclaba con la disputa faccionaria, e intervenían activamente en crisis que rebosaban la mera competición

circense. Son muy abundantes los casos de histriones que provocaron o encabezaron movimientos de protesta o algaradas callejeras, o que incitaron a sus seguidores a la violencia —en el teatro, el circo o las calles—, de los que hemos ofrecido diversos ejemplos en la primera parte del volumen. Aunque en nuestro tiempo pueda parecer una anomalía, en los dos últimos siglos hallamos muestras de esta vinculación entre arte dramático y violencia callejera, como la brutal pelea que sacudió las calles de Nueva York en 1849 entre los seguidores de los dos actores más famosos del período, el norteamericano Edwin Forrester y el inglés William C. Macready, un episodio, conocido como el «motín de Astor Place», que se saldó con al menos veinticinco muertos y que se enmarca en una época de enorme violencia en Nueva York, dada a conocer por Herbert Asbury en su libro *Gangs of New York* (1927), llevado al cine en 2002 por Martin Scorsese.

Volviendo al mundo romano, desde el siglo I los fanáticos de los verdes y los azules también acudían al teatro para disfrutar de sus actuaciones y apoyar a sus pantomimos, lo que daba pie a disturbios que en nada se diferenciaban de los habidos en el circo. Un ejemplo de esta duplicidad lo constituye un grafiti trazado en forma de serpiente y hallado en una pared de Pompeya —pese a que en esta localidad no se hayan encontrado restos de circo alguno—, donde un aficionado alaba el arte de un histrión llamado Sepumio de la siguiente manera:

> Si casualmente alguien se ha dado cuenta de los contoneos de serpiente que el joven Sepumio hace con tanto ingenio, ya seas un espectador del teatro, ya un aficionado a los caballos, ¡ojalá tengas siempre en todas partes una opinión justa! (*CLE* 927 = *CIL* IV, 1095).

Lo cierto es que desde el mismo origen del espectáculo se observa esta asociación entre violencia y diversión. Así, la introducción de la pantomima en Roma se produjo en época de Augusto con Pílades y Batilo, maestro y discípulo (véase

en la p. 378 el testimonio de Dion Casio sobre el rol social del espectáculo, en el que se indicaba que Pílades fue expulsado de la Ciudad Eterna por haber provocado un tumulto). Lo que hicieron ambos, según Ateneo, fue crear la «danza itálica» a partir de otras como la cómica *(kórdax),* la trágica *(emméleia)* y la satírica *(síkinnis),* si bien con diferencias, pues mientras que Pílades se especializó en una danza más seria y pomposa, la de Batilo tendía a la comicidad (Ateneo 1.20d). No es de extrañar, por tanto, que sus nombres reaparecieran constantemente en el tiempo, asumidos por otros histriones; por ejemplo, conocemos a varios Pílades en los reinados de Trajano y de Pértinax.

El entusiasmo de la mayor parte de la sociedad por la pantomima contrastaba con las ferocísimas críticas que despertaba, superiores incluso a las merecidas por aurigas o gladiadores, procedentes sobre todo de los ámbitos de la filosofía en época pagana y de la Iglesia en época cristiana. El propio derecho romano calificaba de infames a los actores, independientemente de su especialidad artística, es decir, a todos aquellos que salieran a escena y cobrasen por ello, a diferencia de la consideración que merecían los aurigas, los desultores, los atletas, los músicos y aquellos que, aun sobre un escenario, sirviesen en certámenes sagrados pero no en calidad de histriones (*Dig.* 3.2.2-4). Esta calificación jurídica los ponía a la altura de los militares licenciados con deshonor, los ladrones, los que se dedicaban a la prostitución (en persona o como proxenetas), los perjuros y aquellos estimados como inicuos. En consecuencia, los senadores y caballeros no sólo tenían vedado ejercer como aurigas o gladiadores, sino también participar en el ámbito de las artes escénicas. Incluso Tiberio prohibió que las clases acomodadas se casaran con esas gentes (Suetonio *Tib.* 35.3). Estas disposiciones legales

implican, como ocurría con el resto de espectáculos, que se trataba de una actividad practicada por todas las clases sociales.

Dado que las críticas vertidas contra los pantomimos se repiten en el tiempo con pequeñas variaciones, y algunas ya se han ofrecido aquí por su relación con el espectáculo circense, simplemente voy a indicar las generalidades y luego ofrecer algún ejemplo concreto. Así, se estimaba que sus números eran frívolos, vulgares, lascivos, obscenos, afeminados —las acusaciones de homosexualidad son infinitas, pues la prototípica caracterización del histrión con cabello largo caló hondo en el imaginario romano—, corruptores e inmorales. San Agustín los definió como «hombres inicuos y corrompidos», a pesar de reconocer su genio y capacidad de asombro (*Divin. Daem.* 8; *ep.* 9.3), mientras que Tertuliano simplemente decía que a los histriones, como a los aurigas, les esperaba el infierno a su muerte (*De spec.* 30.4-5). La condena de Juan Crisóstomo, la más florida, establece una relación directa entre la corrupción moral de los pantomimos y la violencia callejera:

> De ahí [del teatro] proceden los que son pestilencia de las ciudades; de ahí, por lo menos, las sediciones y los tumultos. Porque quienes viven de la escena y venden su voz a su vientre; los que tienen por profesión gritar y cometer cualquier extravagancia, ésos son los que mejor encandilan a la chusma y los que producen los tumultos en las ciudades. Y es así que una juventud entregada a la ociosidad y nutrida de tales males se vuelve más salvaje que todas las fieras (*Hom. in Mat.* 37.6).

En el ámbito del desprecio hacia la pantomima, resultaba proverbial tachar su arte de indecente, propio de mujerzuelas y, por ende, causante de la histeria. Juvenal señala que un mimo podía conducir al orgasmo a una espectadora (*Sat.* 6.60-66) o, de forma más peligrosa, provocar un frenesí colectivo capaz de desencadenar todo tipo de violencias. Esta crítica furibunda tenía su reflejo en la consideración que merecían los emperadores: como ocurría con los aurigas, la cercanía de los soberanos a los pantomimos representaba un escándalo y era utilizada para

atacarlos, por mucho que el gusto por la danza lo compartieran las élites y el pueblo. De este modo, emperadores de mala fama como Calígula, Nerón, Vitelio, Cómodo, Heliogábalo, etc., eran asociados a estas figuras con el único ánimo de difamarlos. Un caso particular es el de Domiciano, a quien el cronista del siglo VI Juan Malalas acusó de mantener una relación amorosa con el célebre pantomimo egipcio Paris, que fue histrión de los verdes, la facción predilecta de este emperador. Sin embargo, parece que en realidad fue amante de la emperatriz Domicia, lo que propició la ira del purpurado y el posterior asesinato de Paris. Suetonio lo encontró escandaloso, pero las leyes permitían la aplicación de esta pena extrema en el caso de que un pantomimo fuera pillado *in fraganti* cometiendo adulterio (Juan Malalas *Chronog.* 10.49; Suetonio Dom. 3.1 y 10.1). Marcial escribió el epitafio de Paris, describiéndole como «el encanto de la ciudad y la gracia del Nilo» (*epig.* 11.13). De hecho, Domiciano, un emperador hasta cierto punto intelectual, se caracterizó por una política moralista que fomentaba las costumbres tradicionales; según Suetonio, llegó a expulsar del senado a un antiguo cuestor simplemente por su pasión hacia la pantomima (*Dom.* 8.4). Sin embargo, parece que no era un aficionado a la danza y que ninguna de las dos acusaciones respondía a la realidad. En cualquier caso, esta asociación de la púrpura con la pantomima resultaba muy efectiva.

Otro libelo es la diatriba que consta en la *Historia Augusta* contra Faustina, la mujer de Marco Aurelio —un emperador al que le disgustaba la danza—, acusada de tener como amantes a pantomimos. Una crítica que, como hemos comentado (véase la p. 103), estaba motivada por el deseo de destruir la memoria de Cómodo y que, según este dudoso testimonio, fue refutada por escrito por el propio emperador

(*SHA Marc.* 23.6). Por el contrario, el menosprecio al histrión estaba bien visto, como lo demuestra el retrato que esta misma fuente dedica a Alejandro Severo, quien, en otro testimonio sesgado, aparentemente se mostraba hostil hacia tal figura (*SHA Sever.* 37.1). Sin embargo, como ocurre con los aurigas y con el entretenimiento circense, hay que tomar estas críticas y acusaciones con cautela, pues probablemente la mayoría de los emperadores y las élites disfrutaban como el pueblo llano de los espectáculos teatrales.



Fig. 17. Pantomimos con máscara. Imagen procedente del libro de Francesco de' Ficoroni *Le maschere sceniche e le figure comiche d'antichi romani* (1736).

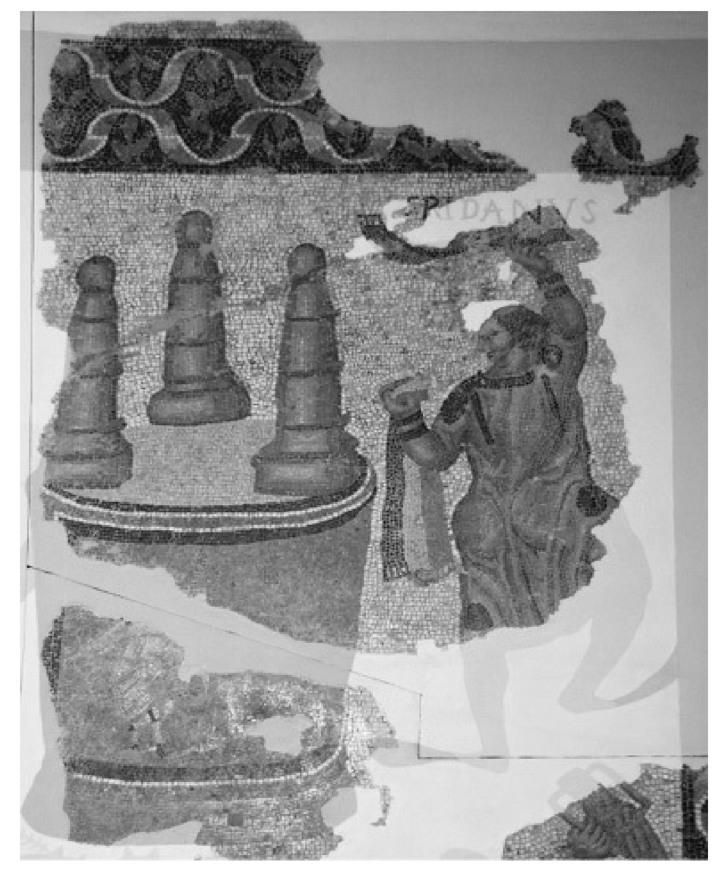


Fig. 18. Detalle del magnífico mosaico del circo de Barcelona, que en la actualidad se encuentra en la sede barcelonesa del Museu d'Arqueologia de Catalunya. Al lado de una de las dos metas aparece un pantomimo que sostiene telas de los cuatro colores y ondea la verde. O bien realiza un extraño baile del pañuelo, o bien indica la facción que lidera la carrera. Imagen procedente de Wikipedia Commons, de autor desconocido.

No obstante, también contamos con testimonios a favor. Alguno resulta sorprendente, como el del rétor antioqueno Libanio, al que tanto desagradaban los juegos circenses pero que era un entusiasta de los pantomimos y escribió un alegato en su defensa (*Or.* 64) en una respuesta a Aristides, el célebre sofista griego del siglo II, lo que, en cierto modo, no dejaba de dar continuidad a la apología que doscientos años atrás había escrito el gran Luciano de Samósata, titulada *Sobre la danza.* Este estupendo texto nos ayuda a comprender en qué consistían los espectáculos de

pantomima: eran representaciones de escenas mitológicas, tanto grecorromanas como orientales (*De salt.* 36-61), mediante el movimiento y el lenguaje corporal, con acompañamiento de voz y de instrumentos como flautas, címbalos o harpas, si bien lo que más importaba era la gestualidad, la capacidad interpretativa con todo el cuerpo, incluidos los pies (el zapateado constituía una herramienta fundamental para expresar su arte). Lo hacía además luciendo ricas vestiduras —que, según la descripción procopiana recogida más arriba (véase la p. 263), debía de ser imitada por los radicales del circo— y máscaras, una para cada uno de los personajes que interpretaran —no olvidemos que *persona* significa en latín «máscara»— (fig. 17). De acuerdo con Luciano, el pantomimo practicaba «una ciencia de imitación y retrato, que da a conocer el pensamiento y hace inteligible lo oscuro» (*De salt.* 36), y era «un imitador que se compromete a explicar por medio de movimientos lo que se está cantando» (*De salt.* 62), en concreto a través de contorsiones, giros, círculos, pero también de la pura interpretación en movimiento (*De salt.* 72). Ante las críticas que recibían los histriones, Luciano realiza una sentida y exuberante defensa de su destreza. Por una parte —y esto también lo resalta de forma convincente Libanio por su vinculación con el paganismo, que se encontraba en retroceso—, demuestra que la buena pantomima no reflejaba ignorancia sino un amplio conocimiento cultural, dada la necesidad del artista de manejar el repertorio mítico que ponía en escena. Por otra parte, señala que eran profesionales que descollaban por su buena forma física, por su amplio conocimiento del ritmo y la métrica y por otras muchas cualidades, como la irreprochabilidad, la incorruptibilidad, la integridad, la agudeza, etc., todo lo cual los hacía dignos de encomio (*De salt.* 35, 81). La suma de

todas estas cualidades y la intensidad de su arte era lo que propiciaba la íntima identificación del público con el pantomimo, que lo conducía así al frenesí. Subraya Luciano:

> Es entonces cuando las personas no pueden contener la emoción y todos en masa se vuelcan al elogio, porque cada uno ve las imágenes de su alma y se reconocen a sí mismos (*De salt.* 81).

Aunque el estilo se definió en Roma, como se ha comentado anteriormente, se expandió enseguida por todo el Mediterráneo —de hecho, los mejores mimos procedían de Siria y Fenicia; en concreto, de Tiro, Berito y Laodicea (*Exp. tot. mundi* 32)—. La pantomima era ejercida tanto por hombres como por mujeres, aunque éstas eran minoría. Con respecto a su estatus, mientras que en Oriente parece que eran primordialmente hombres libres, en el mundo romano occidental tendían a ser esclavos o libertos. El mismísimo Pílades, cocreador de la pantomima, era un liberto de Augusto. De hecho, parece que contar con una *troupe* de pantomimos propia era una marca de distinción social. Lo cierto es que, al igual que los aurigas, podían llegar a ser inmensamente ricos y famosos, además de muy influyentes. En este sentido, podemos citar un caso curioso, el del pantomimo Caramallo, que fue nombrado el primero de los bailarines de Zenón a fines del siglo v y que acabó por ser promovido a cortesano y, más tarde, en época de Justiniano, a magistrado (Procopio *HA* 17.34).

Los pantomimos desempeñaban un rol fundamental en los entretenimientos públicos del mundo antiguo, tanto en época imperial como bizantina, y también en algunos de los reinos bárbaros occidentales, como el de los vándalos y el de los ostrogodos, aportando una cuota de excitación que igualaba y en momentos sobrepasaba la generada por los carros. Sin embargo, quizás éste sea el fenómeno más extraño y difícil de explicar del espectáculo circense, empezando por la integración de los pantomimos en las

facciones y en el desarrollo del espectáculo, pues a primera vista no hay nada que conecte ambos entretenimientos, más allá de la obvia e inmensa popularidad de la que disfrutaban. Sabemos que disponían de momentos exclusivos para su lucimiento entre las pruebas, pero que también animaban a su facción durante las carreras. Además, en las ciudades más importantes cada escuadra disponía de varios histriones, siendo uno de ellos el calificado como principal.

Un día en las carreras

En esta última sección, que lleva por título un indisimulado —y poco original, todo hay que decirlo— homenaje a la fantástica película de los hermanos Marx de 1937, vamos a detenernos en el desarrollo de una jornada tipo de carreras en el mundo romano, especialmente en la ciudad de Roma. La película no tiene nada que ver con el circo romano, pues narra los esfuerzos de Hugo Z. Hackenbush, el álter ego de Groucho Marx, por salvar junto con Harpo y Chico un sanatorio propiedad de Judy Standish (a quien encarna la grandísima Maureen O'Sullivan), a través de las competiciones de caballos. Sin embargo, en cierto modo una misma sana locura rodea ambos escenarios.

A pesar de la imagen típica de la sociedad romana envilecida por el «pan y circo», tampoco se ha de pensar que la vida en Roma se reducía al disfrute y la sopa boba, es decir, al ocio y la alimentación sufragada por el poder para mantener inerme a la plebe. Sin quitar razón al aforismo de Juvenal, el pueblo romano no disfrutaba todos los días del espectáculo circense. De acuerdo con el calendario romano del cristiano Filócalo del 354, había 63 días de carreras —o *ludi*— anuales fijas, a las que habría que sumar aquellas que dependían de las magistraturas, las otorgadas por los *editores* privados (para obtener gloria y reconocimiento) y las que concedía extraordinariamente el poder imperial por una victoria militar o una conmemoración especial. En definitiva, por poner una cifra redonda, imaginemos que hubiera 75 días de competición circense al año, aunque sabemos que había épocas con más carreras que otras. Así, el promedio es de una jornada de juegos cada menos de cinco

días. Podría parecer mucho, pero si lo comparamos con nuestro mundo y con el deporte rey actual, el fútbol, comprobamos que no es así. En la actualidad, en España se celebran 38 jornadas de liga de primera división —más las categorías inferiores—, disputadas en tres o cuatro días a la semana, además de la Copa del Rey, las competiciones europeas y los partidos que juegan sólo los campeones (las supercopas española y europea o el mundialito de clubes). Por tanto, el número anual de días de competición oficial es superior, y eso sin contar los partidos amistosos ni, sobre todo, la pretemporada. Y éstos son sólo los partidos que juegan los clubes, a los que debemos añadir los que disputan las selecciones nacionales absolutas, tanto amistosos como partidos oficiales de clasificación. Por si fuera poco, cada cierto tiempo se celebran grandes competiciones internacionales, como la Eurocopa, la Copa del Mundo de Fútbol o la Copa de Confederaciones (tanto para las selecciones absolutas como para las inferiores). En conclusión, si se coteja el número de jornadas de competición de los dos mayores espectáculos de cada tiempo, el fútbol de hoy y el circo de la Antigüedad, vemos que es mayor en el balompié. Se podría argumentar que en el mundo romano, conforme al mismo calendario de Filócalo, también había un buen número de días dedicados al teatro, a los *munera* de gladiadores, a las *venationes,* etc., pero aun así también saldría perdiendo, pues en el presente disponemos de una enorme variedad de espectáculos, deportes y muy diversas opciones de distracción que configuran toda una cultura del ocio. Más aún, siguiendo con el símil futbolístico, la televisión, ese gran sacerdote de la contemplación pasiva, permite disfrutar, si se dispone de televisión por cable, de partidos de fútbol los trescientos sesenta y cinco días del año, pues ofrece la posibilidad de ver

desde el campeonato argentino hasta el japonés, pasando por la liga de Burundi. Con todo, el mundo de los espectáculos romanos, y en particular el circo, nos fascina porque, a través del espejo deformante de la historia, nos vemos reflejados en otro tiempo en el que había entretenimientos de masas como los actuales, con similares gustos, aficiones y comportamientos, a veces enfermizos, compartidos por nuestra sociedad. Sin embargo, era una faceta más del mundo antiguo, y pese a su importancia, como se observa en los textos antiguos que hemos citado, sean literarios, epigráficos o tomados de los registros materiales, la vida continuaba y el *otium* se veía acompañado por el *negotium,* una palabra que etimológicamente significa ni más ni menos que «negación del ocio».

Con respecto a los juegos circenses, no se pueden analizar únicamente desde la perspectiva de los días de competición, puesto que para celebrarlos con éxito hacían falta muchos y constantes preparativos. No había espacio para la improvisación y, ante la inexistencia de un concepto de vacaciones análogo al actual, que se extiende a todas las capas de la sociedad, las facciones del circo no descansaban nunca, a diferencia de lo que sucede en los deportes del presente. Era preciso que durante todo el año se entrenaran los aurigas y los caballos, y se ejercitaran todos los miembros de las facciones y todos los operarios del circo, y además los espectáculos necesitaban una planificación que podía llevar mucho tiempo. El ejemplo del senador Símaco (véanse las pp. 199-205) muestra claramente que la preparación de unos juegos podía suponer un verdadero quebradero de cabeza. Los programas circenses salían adelante merced a la dedicación de los *editores* u organizadores, de todos los oficiales de la Administración y,

por supuesto, de los *domini factionis*. El resultado final de todo este proceso era la elaboración del programa de competición el día de las carreras.

El programa había que darlo a conocer al pueblo, «vendérselo» para así generar expectación, por lo que se publicitaba con mucha antelación mediante su exposición sistemática. Huelga decir que la mayor parte de los aficionados acudía al Circo Máximo o al Hipódromo de Constantinopla independientemente del programa, pero aun así resultaba imprescindible la creación de unas expectativas mediáticas que respondieran a la premisa tradicional romana en el ámbito de las diversiones públicas de provocar admiración y superar el pasado, como afirma enfáticamente Símaco, pues a través de la fama que su patrocinio les granjeaba a los oferentes, éstos obtenían mayores beneficios sociales y políticos. La publicidad se llevaba a cabo a través de varias vías. La primera consistía en poner por escrito el programa de los juegos y difundirlo. Cuando en su *Arte de amar* Ovidio analiza las mejores técnicas para flirtear con una dama en el anfiteatro, recomienda pedirle un ejemplar del programa del espectáculo para, por una parte, aprovechar para tocarle la mano y, por otra, conocer al gladiador que apoya y así confraternizar con ella más fácilmente (*a.a.* 1163-1169). Aunque este ejemplo se enmarca en el ámbito de los combates de gladiadores, tenemos constancia de la existencia en el circo de programas análogos gracias a unos papiros del siglo VI procedentes de esa inmensa cantera del saber que es la ciudad egipcia de Oxirrinco, que, obviamente, debían de ofrecerse también en los espectáculos celebrados en recintos más relevantes, como el gran Circo Máximo de Roma, el Hipódromo de Constantinopla o el más cercano de Alejandría. Los espectáculos de la pequeña ciudad egipcia eran cualitativa y

cuantitativamente más modestos, pues se adaptaban a las posibilidades del público local. En el mejor de estos papiros (el único completo) se nos informa de seis únicas carreras, un número muy escaso en comparación con las veinticuatro habituales de las grandes catedrales del circo; unas cifras que en todo caso eran susceptibles de variar en las grandes urbes dependiendo de las circunstancias y de la motivación de los espectáculos. Este mismo documento también menciona los entretenimientos que se celebraban en los intervalos entre las carreras (*P. Ox.* 34.2707). Pese a situarse en plena época cristiana, tales programas comenzaban con una advocación a la diosa pagana Tyche o Fortuna, así como a la Victoria. Es decir, ponen de manifiesto la fosilización de un uso procedente del mundo pagano, lo cual respondía a la costumbre tradicional. De tamaño modesto, podían llevarse fácilmente en la mano y con toda probabilidad eran vendidos.

Los programas no constituían la única vía para conocer el contenido de los espectáculos. Sabemos que se exhibían en carteles colocados en puntos clave como el mismo recinto competitivo, en forma de papiros o tablillas, o bien se pintaban en las paredes. Aquí podemos recurrir de nuevo a Pompeya, pues en este yacimiento, el mejor de Roma, se ha descubierto que diversos espectáculos se publicitaban con pinturas en las paredes, las cuales se recubrían con capas de cal y estuco tras la celebración de los juegos. Asimismo, en una magnífica pintura de la ciudad del Vesubio se ha comprobado que estos programas también se colgaban de las bases de estatuas situadas en espacios públicos. Aunque Pompeya careciera de circo, disponía de un anfiteatro y dos teatros, por lo que estos vestigios deben tenerse en cuenta. De hecho, pese a la importancia de los recintos dedicados a los espectáculos, el centro de la vida urbana se situaba en el

foro (o foros, en función de la relevancia de la ciudad). Ahí también se informaba de los acontecimientos deportivos, por las vías ya referidas y por otras. Resulta extraordinario, por ejemplo, lo que podría calificarse, con matices, como el primer antecedente de la prensa de la historia de la humanidad: el *Acta diurna populi romani,* que surgió en Roma en el 59 a.C. por iniciativa de Julio César. Consistía en una tablilla que era colocada en el foro y que, aparte de crónicas políticas, contenía fundamentalmente noticias de sociedad, anécdotas y prodigios, sucesos y, con total seguridad, información sobre los espectáculos.

Sin embargo, estas vías estaban destinadas a la población alfabetizada, que no era precisamente la mayoritaria en el mundo romano. Pese a la imposibilidad de cuantificar u ofrecer aproximaciones convincentes, podemos afirmar que buena parte de la población romana era analfabeta, total o funcionalmente, por lo que había que recurrir a la oralidad cuando era necesario divulgar cualquier evento o noticia. De este modo, los ya citados *praecones* o heraldos participaban de la promoción de los espectáculos en plena calle, a grito pelado. Por ejemplo, con motivo de un evento extraordinario como los Juegos Seculares, Septimio Severo ordenó que los mensajeros lo anunciaran no sólo en la ciudad de Roma, sino por toda Italia. No obstante, la afición incontenible por el circo hacía del boca a boca el principal medio de difusión entre los *amatores,* que, de tan obsesionados como estaban por las carreras, llegaban a soñar con ellas. Las conversaciones y las trifulcas, más o menos amistosas, que giraban en torno al espectáculo del circo, ya se desarrollaran en el foro, en las termas, en las tabernas o en la intimidad de las casas, constituían el mejor instrumento publicitario posible.

Así se creaba la oportuna expectación mientras los

protagonistas del espectáculo, los aurigas y todo el personal de las facciones, ponían a punto todo lo necesario para la celebración de las carreras. Los altos cargos de cada facción se ocupaban de los aspectos relacionados con el puro negocio y la organización, al tiempo que los cocheros y los auxiliares de la carrera (como los *sparsores*) entrenaban bajo la atenta mirada de los entrenadores, los médicos, los mulomédicos y los cuidadores de los caballos. Entretanto, el resto de miembros de la escuadra preparaban los uniformes, los carros y los demás pertrechos, y los histriones, los coristas y los músicos ensayaban los entretenimientos dramáticos y la animación. Otros operarios debían poner en condiciones el graderío y la arena.



Fig. 19. «Papiro de los aurigas», hallado en la ciudad egipcia de Antinoópolis y datado en el siglo V o VI. Por lo visto, decoraba el ejemplar perdido de una obra literaria, supuestamente la *Ilíada,* en concreto para ilustrar de forma romanizante la carrera circense de los funerales de Patroclo. Imagen de Dsmdgold, procedente de

Wipikedia Commons.

La jornada de las carreras era un día grande para todos aquellos que hacían del espectáculo su modo de vida, aunque no participasen directamente en su desarrollo. Los vendedores ambulantes, los astrólogos, las prostitutas y los funámbulos se acicalaban para atender la demanda. Las tabernas y los comercios situados en el entorno inmediato se abastecían ampliamente de comida y bebida las primeras y de recuerdos con motivos circenses los segundos para satisfacer al enorme caudal humano que iba a presenciar la competición. El punto de partida del espectáculo lo marcaban ciertas señales anunciadoras, como la bandera que en Constantinopla, en tiempos de Zenón, ondeaba para avisar a los habitantes de la capital oriental que esa jornada había carreras en el hipódromo.

La víspera de las carreras se revisaba el estado de los caballos, lo que se denominaba *probatio equitum*. Este cometido recaía en los veterinarios de las cuatro facciones, dos por escuadra, que debían cerciorarse de que cada equino, un elemento crucial y muy caro de criar, entrenar y mantener, estaba en condiciones de afrontar la competición, para que el espectáculo ofreciera todas las garantías a los animales, los aurigas y, muy especialmente, el público. El día de las carreras comenzaba con la pompa circense, que en esencia era la misma desde época republicana, hasta que el cristianismo impuso su eliminación. Básicamente consistía en una procesión en la que participaban los magistrados, con el *editor* o proveedor de los juegos al frente ataviado con sus mejores galas. En el caso de que éste fuera un pretor o un cónsul, iba montado en un carro especial, vestía una túnica de púrpura y llevaba una corona de hoja de roble dorada sostenida por un esclavo (Juvenal *Sat.* 10.36-40). A continuación marchaban los carros y los aurigas, así como

los danzantes y pantomimos que iban a ofrecer su arte singular, seguidos por las imágenes de los dioses —lo que llevó a Tertuliano a crear la afortunada expresión *pompa diaboli*—. Los *agitatores* y, en especial, los caballos llevaban sus vestimentas de gala, mantos de púrpura o escarlata, y cinchas, bocados y collares de plata, oro y joyas, como perlas, mientras que el carro estaba recubierto con bronce y plata; aquí se percibía en todo su esplendor el trabajo del *sarcinator* y el *margaritarius* (Basilio de Cesarea *Hom. in div.* 7). La procesión finalizaba en la arena del circo, donde daba una vuelta al óvalo, y entonces las imágenes divinas eran colocadas en el palco, el lugar más privilegiado. Como hemos visto, en todos los recintos dispersos por el Imperio existía una grada privativa para las autoridades. Las más célebres fueron el *pulvinar* del Circo Máximo y la *kathisma* del Hipódromo de Constantinopla —si bien en éste no había pompa circense—, que estaban conectados con los palacios imperiales de sendas capitales y desde los cuales presenciaban el espectáculo las máximas autoridades, sus familias y otros personajes destacados en el ámbito pagano, como las vestales. Por su parte, los oferentes disfrutaban de un asiento especial encima de las *carceres.*

Mientras tanto, el circo se iba llenando de gente. Algunos llevaban haciendo cola varias horas, y los más exaltados e impacientes incluso habían acampado en las inmediaciones para obtener las mejores localidades a su disposición; sin embargo, otros llegaban poco antes del comienzo, en algunos casos porque habían acompañado al cortejo por las calles de Roma. Los más afortunados (los ricos y las personalidades más reputadas) disponían de asientos reservados, lo que les permitía acudir con mayor comodidad al espectáculo.

Uno de los aspectos más controvertidos en torno al circo

es su presunta gratuidad, pues las evidencias no son sencillas de interpretar. No queda claro si los asistentes abonaban algo regularmente o si lo hacían sólo en determinadas ocasiones, quizás con motivo de carreras financiadas por personajes privados, si bien los espectáculos acostumbraban a ser sufragados con fondos públicos, o al menos eran subvencionadas por el Estado o por otras instituciones, como colegios sacerdotales, amén de por los magistrados encargados de su organización. Las pruebas relativas a la gratuidad de las diversiones públicas son muy numerosas, pero también encontramos testimonios que divergen. Un ejemplo es el de Suetonio, ya citado, según el cual Calígula provocó la matanza de unos aficionados que trasnochaban en el Circo Máximo para conseguir entradas gratuitas (Suetonio *Cal.* 26.4), mientras que en otro texto sobre acontecimientos sucedidos más de un siglo después se nos informa de que Cómodo organizó unos juegos circenses con el objeto de obtener fondos para aliviar las exhaustas arcas imperiales (Dion Casio 73.16.1). Asimismo, a comienzos del siglo v Juan Crisóstomo no dudó en ofrecer una imagen lastimera de la sociedad de su tiempo, que, enferma del circo, se gastaba lo poco que tenía en las carreras (*Hom. in Joh.* 58.5). Contamos con evidencias indirectas sobre el enriquecimiento de quienes organizaban eventos de pago. Por ejemplo, una ley de Valentiniano II y de Teodosio I castigaba con la elevada multa de una libra de oro a aquellos que utilizasen con ánimo de lucro los caballos donados para las carreras por los emperadores o los cónsules (*CJ* 11.40.3). Sin embargo, si hubiera existido la costumbre de pagar por todos los espectáculos, dispondríamos de una mayor cantidad de referencias textuales, por lo que bien podría pensarse que se combinaron los espectáculos de pago con los gratuitos. Eso sí, estos últimos debían de ser los más

comunes, pues el Estado romano siempre tuvo muy claro que su rol como proveedor de ocio era fundamental para el bienestar de la sociedad, algo que incluso se acrecentó con el tiempo a medida que el intervencionismo estatal cobraba fuerza en el desarrollo del Imperio. Por eso la información de Juan Crisóstomo quizás haga referencia a los gastos que los aficionados afrontaban cuando acudían al circo, como los derivados del consumo de alcohol y comida en las tabernas, o de otras adquisiciones en las cercanías del recinto o en su interior. En cualquier caso, tal y como acentúa la comparativa histórica, el «pan y circo» tomado en un sentido amplio no requiere la gratuidad del espectáculo para que la atención de la sociedad quede absorta.

Entre los gastos asociados al circo, destaca uno que no era obligatorio pero ciertamente añadía un aliciente a la competición al sumarle un siempre interesante componente lucrativo: las apuestas, que se realizaban fuera del recinto circense y en las que vemos un precedente de las inmensas cantidades de dinero que mueven las grandes competiciones deportivas actuales. (La alusión a la película de los hermanos Marx cobra aquí pleno sentido, pues Hugo Z. Hackenbush, el álter ego de Groucho Marx, se propone salvar el Sanatorio Standish mediante las apuestas hípicas.) Tertuliano ya criticó que los aficionados acudieran al circo cegados por el delirio del espectáculo y «excitados por las promesas» (*De spec.* 16.1), es decir, por el ansia de obtener una recompensa económica. El derecho romano reguló esta práctica, prohibiendo la obligación de apostar y limitando la legalidad de estos juegos de azar a las grandes competiciones deportivas, lo que implica la existencia de un submundo más allá de la ley (*Dig.* 11.5.1-4). Eso es lo que recoge la legislación altoimperial, mientras que en época de Justiniano se contemplan varios matices. Para empezar, se indica que el

«uso del azar es cosa antigua» que «con el tiempo produjo lágrimas» en ingenuos y ludópatas, haciendo que lo perdieran absolutamente todo en el juego, y que podía conllevar la blasfemia contra Dios. Sólo se levantaba su prohibición en determinadas competiciones, entre ellas los espectáculos circenses, pero siempre «sin dolo y sin astutas maquinaciones» y fijando como máximo importe invertido un sólido áureo, es decir, una moneda de oro, para evitar «graves pérdidas». Para la inmensa mayoría, un sólido representaba una cantidad importante de dinero, lo que induce a pensar que sobre todo se quería proteger a los miembros de las clases sociales más elevadas. Lo curioso es que el cuidado del cumplimiento de esta última medida se encomendara no sólo a oficiales de la Administración sino también a los obispos (*CJ* 3.43.1). Sin duda, el mundo del juego estaba muy extendido, pues hasta los esclavos tenían capacidad legal para apostar, si bien con ciertas limitaciones.

Al listado de «campechanías» de los emperadores romanos que citamos previamente, podemos añadir la actuación del breve emperador del siglo I Vitelio, que fue un fanático de los azules y, para escándalo de Tácito, «no perdía oportunidad de congraciarse con el populacho [...] en el circo como apostante» (*Hist.* 2.91). Contamos con más referencias, tanto en el ámbito de las luchas de gladiadores como en el del circo, que muestran todo un submundo de los espectáculos romanos. En relación con el primer entretenimiento, Ovidio aconseja, en su tratado teórico altoimperial sobre la seducción, apostar por el mismo luchador que la mujer ansiada (*a.a.* 1.168-169). Y por lo que respecta al circo, Juvenal presenta las apuestas como parte de la pasión, el clamor y la juventud que caracterizaban este espectáculo (*Sat.* 11.200). Marcial también aborda esta cuestión: en unos versos proclama jocosamente su vana

esperanza de vender algún ejemplar de su libro primero de epigramas, pues sabe muy bien que los posibles compradores únicamente le prestarían atención una vez que hubieran apostado por los famosos aurigas Escorpo e Incitato (*epig.* 1.15). Finalmente, el filósofo Epicteto menciona el caso de un fanático de cierto caballo que no pudo soportar la tensión de una carrera en el Circo Máximo en la que éste participaba: primero se tapó el rostro con la toga y cuando, para sorpresa de todo el mundo, este jamelgo se proclamó vencedor, se desmayó y sólo pudo ser reanimado con unas esponjas húmedas. Aunque quizás la pasión enfermiza y la debilidad de ánimo del personaje expliquen el incidente, no resultaría extraño que hubiera apostado fuerte por su caballo predilecto sin que éste fuese en absoluto el favorito (*Dis.* 1.11.27).

Precisamente por el dinero que debía de mover el circo podría entenderse que se cernieran sombras de duda sobre la actuación de determinados aurigas y que se les acusara de cometer trampas o pucherazos. En dos poemas muy parecidos del gran Marcial, se alude a dos aurigas, uno azul y otro rojo, que pese al uso febril de sus fustas no lograban hacer avanzar a sus cuadrigas (*epig.* 6.46 y 11.55). Quizás eran malos cocheros sin más, pero, como siempre ocurre con el poeta hispano, se debe esperar un doble sentido, y cuanto más escandaloso, mejor, por lo que la acusación de soborno encajaría perfectamente con su encantadora malevolencia.

Sin embargo, aunque la compra de voluntades debía de ser una realidad y la comidilla de los aficionados, había otras maneras ilegales de acercarse a la competición. Así, se puede hablar sin tapujos de dopaje, tanto físico como «mágico». En el mundo grecorromano no era extraño que el atleta consumiera todo tipo de drogas u otras sustancias para mejorar su rendimiento. Otro tanto ocurría con los caballos,

a los que se les administraban productos especiales, como el denominado «polvo de cuadriga» (Ποῦλβερ κουδριγάριον), una mezcla de diversas plantas, especias, productos aromáticos y aceites, como ajo, canela, cardamomo, semilla de apio, rosa seca, pimienta, azafrán, cebolla, nardo, etc., que servía tanto para revitalizar al noble bruto como para curarlo de cualquier enfermedad. En cuanto al dopaje «mágico», las evidencias son amplias y resultan paradigmáticas de la mentalidad supersticiosa del mundo antiguo. Anteriormente ya indicamos que en el Circo Máximo de Roma podían encontrarse videntes y astrólogos de todo tipo (algo parecido a lo que ocurre en la actualidad, por ejemplo, en el parque del Retiro de Madrid). Esta localización no era casual, pues las consultas, aunque bastantes versaran sobre los asuntos típicos del amor, los negocios o las ambiciones personales, indudablemente tenían como foco el puro espectáculo. La alineación de los astros y el estudio de la bóveda celeste podían ofrecer pistas sobre los resultados de las carreras, así que es fácil de imaginar que la víspera de las competiciones o el mismo día los astrólogos hicieran el agosto con todos los incautos creyentes de sus artes mágicas. En su tratado de astrología o *Mathesis,* Fírmico Materno recomienda paradójicamente a sus colegas videntes que no se dejen cautivar por los espectáculos, para evitar malentendidos y no dar pie a que la gente sospeche que apoyan a una u otra facción. Por otro lado, desde una perspectiva que nos recuerda al elitismo clásico que ya presentamos, los insta a alejarse de tales seducciones «perversas» (*Math.* 2.30.12). Resulta curioso que hiciera tal aseveración una persona que, aun siendo senador, defendía el uso de una práctica como la astrología. Sin embargo, la vida de Materno dio un vuelco: poco después se convirtió al cristianismo y escribió una obra en la que

denuncia el paganismo, lo que parece incompatible con su tratado astrológico.

Con todo, las prácticas supersticiosas más notables relativas a los espectáculos se reducían a la hechicería, pese a la imagen casi apolínea que tenemos hoy del mundo clásico. No en vano, el uso de la magia estaba sumamente extendido en todos los órdenes de la vida, y conocemos conjuros y prácticas mágicas aplicadas al amor, a la economía, al odio, etc. El circo presentaba bastantes alicientes, pues había mucha gente dispuesta a intervenir a cualquier precio en el desarrollo de las carreras. Como actores fundamentales, encontramos tanto a los aurigas como a los aficionados, por simple devoción a su facción favorita o porque había de por medio apuestas lucrativas. Desde luego, todo valía a cambio de la victoria. Con respecto a los cocheros, ser apodado «mago» o «hechicero», como le ocurrió al oriental Tomás en época ostrogoda, era ya un triunfo, porque mediante la asociación con lo sobrenatural se pretendía dar sentido al éxito abrumador o inesperado del auriga, rodeándolo en un aura mística y legendaria. Como argumenta Casiodoro, cuando la victoria no se podía atribuir a la calidad de los caballos, era inevitable recurrir a la trampa mágica como la explicación más convincente (*Var.* 3.51.2).

A grandes rasgos, en el mundo grecorromano se pueden advertir dos tipos de prácticas mágicas: la blanca y la negra, cuyo propósito era manipular los poderes de la naturaleza y de los entes con atributos místicos. La magia blanca se correspondía con la teúrgia, es decir, estaba ligada a las divinidades y a la *pax deorum,* por lo que su fin era religioso, mientras que la magia negra, más vulgar, se identificaba con la goetia. En la categoría del teúrgo entraba, por ejemplo, Apolonio de Tiana; por su parte, el mago se dedicaba en

general a las prácticas estimadas como puramente supersticiosas. En la Antigüedad, la mayoría de la sociedad creía en los efectos de la magia y de la superstición conforme a la proponderancia del pensamiento mágico en la Antigüedad. Así, no resulta anómalo que el uso de la magia negra estuviera prohibido y perseguido, tal y como se observa en el ámbito legislativo, y que a partir del establecimiento del cristianismo se redoblase este celo.

Hay vestigios de prácticas mágicas por doquier, en las esferas más dispares de la vida, incluida la de los espectáculos, tanto en las luchas de gladiadores como en el resto de disciplinas deportivas. Sobresalen las abundantísimas evidencias relacionadas con los seguidores y los aurigas del circo. Estos últimos tenían fama de hechiceros y eran requeridos para la celebración de todo tipo de rituales, incluso por gentes ajenas al mundo del entretenimiento (Amm. Marc. 28.4.25); no en vano, en la legislación se les menciona como ejecutantes habituales de prácticas nefandas (*CTh* 16.9.11; *CJ* 9.18.9). En lo que concierne al puro espectáculo circense, hay que distinguir dos objetivos básicos de toda actividad mágica: o bien obtener el favor de las entidades maléficas en beneficio propio, o bien perjudicar a los rivales. Contamos con numerosos ejemplos históricos, sobre todo en la obra de Amiano Marcelino, que destaca la labor concienzuda que emprendió contra la hechicería un prefecto de la ciudad de Roma llamado Aproniano en época del emperador Juliano. Sus motivaciones eran puramente personales: buscaba venganza porque, a su juicio, un mago era responsable de que hubiera perdido un ojo. De este modo, condenó a la pena capital al auriga Hilarino después de que éste, sometido a torturas, confesara que había encomendado la educación de un hijo suyo a un brujo para que, sin levantar sospechas,

el niño ejerciera con total tranquilidad las artes mágicas, presumiblemente en beneficio del padre en el ámbito del circo. El reo escapó en un primer momento del verdugo, que estaba presto a ejecutarle, y se refugió en una iglesia, pero enseguida fue sacado a la fuerza del suelo consagrado y se le ejecutó (Amm. Marc. 26.3.3).

Este testimonio de época de Juliano palidece al compararlo con otro del mismo Amiano, en esta ocasión bajo el duro Valentiniano I y en el contexto de las oleadas de represión que protagonizó y dirigió este soberano. Así, se nos cuenta que llegó a ordenar la ejecución de su auriga favorito, un tal Atanasio, después de promulgar que si lo descubrían haciendo uso de la brujería acabaría en la hoguera, como efectivamente ocurrió. Sin embargo, Amiano deja traslucir que esta acusación, tan conveniente y socialmente aceptada, no tenía base alguna, sino que se debía al comportamiento del auriga, que avergonzaba al monarca por «su vulgaridad y su ligereza» (Amm. Marc. 29.3.5). Tal y como se recalcó antes, la actitud chulesca de los aurigas era su marca de fábrica, que los distinguía del común de la sociedad; no obstante, a veces se les iba de las manos. Es probable, por tanto, que Valentiniano se asociara con este cochero para congraciarse con la población romana, pero que luego esta relación le resultara contraproducente o incluso arriesgada, por ciertos sucesos o comportamientos de los que por desgracia no sabemos nada. En cualquier caso, se vio forzado a cortar por lo sano, lo que aun así debió de afectar a su reputación entre la plebe de la Ciudad Eterna.

La evidencia sobre el uso de la magia en el ámbito circense es inabarcable, tan amplia y diversa que se puede decir que se disputaban dos competiciones paralelas: por una parte, la física, terrestre y terrenal en la arena, y, por otra, la mística, mágica y supersticiosa, en la que por

mediación humana intervenían demonios, dioses o espíritus con fines apotropaicos. Numerosísimas pruebas de todo tipo, transmitidas en papiro, en inscripciones, en tablillas, en *óstraka* (fragmentos de cerámica empleados como soporte para la escritura) y en textos escritos, dan fe de que no sólo se buscaba obtener la victoria y protegerse ante cualquier adversidad, sino también lanzar males de ojo y propiciar la derrota del rival por caídas e incluso por la muerte de los caballos o del propio auriga. Estas medidas y contramedidas mágicas estaban tan extendidas que cabe suponer que una parte de la afición debía de estimar que se anulaban entre sí y que lo que en realidad determinaba el éxito en las carreras era la habilidad del auriga y la fuerza de los caballos. Sin embargo, tal y como indica Casiodoro, la explicación mágica se imponía cuando costaba asumir determinados hechos. De ahí que no fuese en absoluto infrecuente que los aurigas se protegieran a sí mismos y a sus caballos con amuletos, hechizos varios, pociones y filacterias, tiras de cuero y plomo utilizadas a modo de talismán. Incluso los veterinarios recurrían a la magia para contrarrestar aquello que se situaba más allá de su pericia médica. El mulomédico del siglo IV Apsirto, para prevenir los males de ojo lanzados contra los caballos, recomendaba cierto amuleto que, realizado en papiro o metal, se colocaba en el cabestro del equino (M979, *CHG* II, p. 94).

Vamos a señalar a continuación unos pocos ejemplos de supersticiones, pues un análisis pormenorizado requeriría otra monografía y, además, ya existen interesantes contribuciones fácilmente accesibles en la bibliografía especializada. Comencemos por un texto del autor cristiano Julio Africano incluido en sus *Kestoi* («Cestas» en griego) —una obra de la que apenas nos han llegado unos fragmentos—, que aborda el uso de ciertas partes del lobo como

elemento propiciatorio del bien o el mal en la competición, reflejando una tradición de la que también se hacen eco otros autores como los paganos Plinio o Claudio Eliano. El diente de este animal, arrancado cuando aún estaba vivo y colocado en el cuello del caballo, en un collar, servía tanto para adornarlo como para incrementar su velocidad; y aunque lo recomendable era que lo llevaran los cuatro caballos del tiro, bastaba con ponérselo al *funalis* (*Kest.* 1.10). Por otra parte, el simple lanzamiento del astrágalo de un lobo en el camino de una cuadriga servía para inutilizar a los caballos y obligarlos a que se detuvieran (*Kest.* 2.4).

Muchas de las prácticas mágicas relativas al circo aparecen descritas en profundidad en papiros griegos procedentes de Egipto. Una consistía en grabar en uno de los cascos del caballo, con un estilo o un punzón de bronce, la siguiente fórmula: «Dame éxito, encanto amoroso, fama, suerte en el estadio» (*PGM* 7.15). Al auriga se le recomendaba asimismo que llevase en una sandalia una lámina con unos versos de Homero (*PGM* 45.17). Sin embargo, también existían prácticas de índole maligna. Una de las más notables aparece en el papiro Mimaut, datado en el siglo IV y que se conserva en el Museo del Louvre. Encuadrada en la categoría mágica del sometimiento maléfico (*PGM* 3.1), señala los pasos para dominar una carrera y eliminar a los rivales mediante un ritual cuyo elemento básico era el sacrificio u osirización de un gato y que recurría a una imaginería mística de muy diversos orígenes, tanto paganos como judaicos y cristianos. La muerte del gato debía ser por ahogamiento mientras se recitaba la siguiente plegaria al dios Helio:

> Ven aquí, junto a mí, tú que te presentas con el aspecto de Helios, tú, el dios de rostro de gato, y contempla tu figura maltratada por tus enemigos fulano y mengano, para que tomes venganza de ellos y pongas por obra tal asunto, porque te invoco, sagrado espíritu; manifiesta tu poder y tu fuerza contra tus enemigos fulano y mengano, porque yo te conjuro por tus nombres *barbathiaō bain chōōōch niaboaithabrab sesengen barpharargēs phreimï,* levántate ante mí, dios de rostro de gato, y

realiza esta obra (*PGM* 3.1.4-14).

A continuación, prosigue el papiro, se debían introducir en el cuerpo del gato muerto tres láminas de plomo: una en el recto y otra en la garganta con la fórmula *«ïaeō aeō baphrenemoun othilarikriphthnaiyianthphirkiralithonyomener phabōea ablanathanalba ablanathanalba»*, y la tercera en la boca del felino con el texto *«treba aberamenthoouthlera exanaxethrelthyoōethnemareba»*. Entonces se debían pintar en un papiro puro, con tinta de cinabrio, todos los elementos del circo (los carros, los aurigas, los asientos del recinto y los caballos), para después envolver con esta hoja el cadáver del gato, que había que enterrar con una ceremonia específica: ante siete lámparas sostenidas en sendos ladrillos sin cocer, en las que se quemaba goma de resina en honor del felino. Un enterramiento que además debía acompañarse con esta plegaria:

> Ángel… *Sémea* subterráneo… seguridad, subterráneo, la carrera de caballos, conductora, ten firme; gobierna *phōk ensepseu areista*… a mí el espíritu… *demon* del lugar… y realícese para mí la obra tal, ya, ya, pronto, pronto; porque yo te conjuro, por este lugar, por este momento, por el dios inexorable y por el gran dios subterráneo *arõr' eurör'* y por los nombres que se te dedican. Haz la obra tal (*PGM* 3.1.30-39).

Posteriormente, el agua con la que se había ahogado al gato debía esparcirse con aspersiones en la arena del circo mientras se recitaba una nueva fórmula que comenzaba así:

> Te invoco, madre de todos los hombres, tú que reuniste los miembros de Meliuco y al propio Meliuco, *orobastria Nebutosualet,* tú que tiendes la red, diosa de los muertos, Hermes, Hécate, Hermes, *Hermécate lēth: amoumamoutermiōr;* te conjuro a ti, el *demon* que ha sido evocado en este lugar, y a ti, el *demon* del gato convertido en espíritu; ven a mi lado en este día de hoy y en este mismo momento y hazme la obra tal (*PGM* 3.1.45-53).

La fórmula, que es mucho más larga, había que enunciarla al tiempo que se caminaba hacia el poniente sosteniendo como amuleto los bigotes del gato muerto, al que previamente se le habían arrancado. Para finalizar, se debía realizar una plegaria al dios Helios, cuya última parte debía ser recitada al amanecer. Lo curioso de este maleficio es que no tenía como fin único vencer en la competición,

sino que también podía emplearse para otras metas de diversa naturaleza. Así, el papiro se cierra indicando que este ritual podía servir «para adueñarse de los aurigas en la carrera, para enviar sueños, para el encadenamiento del amor, para la separación y para el odio» (*PGM* 3.1.161-164).

Para concluir el tema del «dopaje» místico, vamos a ofrecer algunas muestras de las tablillas de maldición, que representan la más pura magia negra. Disponemos de centenares de vestigios que han aparecido distribuidos por todo el orbe romano, pero brillan con luz propia los numerosos ejemplares con los que se intentaba alterar el curso de las carreras del circo. Su origen se sitúa en el mundo griego, donde se llamaban κατάδεσμος, por ser una «atadura o ligadura» mágica hacia la víctima del encantamiento; en el mundo latino se conocían como *tabellae defixiones,* literalmente «tablillas de maldición» (el término *defixio* alude a la costumbre de atravesar con clavos o alfileres las planchas donde se inscribían). Se trataba de finas láminas de plomo que, tras una ceremonia o un ritual mágico, eran escritas, enrolladas y atravesadas para después enterrarlas o ubicarlas en muy diversos lugares, preferentemente en el mismo recinto circense, aunque también se han encontrado en otros espacios, como cementerios. Tenían como meta solicitar la intervención de demonios, espíritus o divinidades infernales para perjudicar a determinados aurigas o a sus caballos. Por ejemplo, en una tablilla hallada en Roma y datada en los siglos III o IV, se deseaba al auriga Euquerio que volcara y muriera, que no pudiera salir de su cajón de salida, ni luchar, adelantar, trazar bien las curvas ni vencer por la mañana ni por la tarde en las competiciones que se iban a celebrar en el Circo Máximo al día siguiente (*TGM,* 408). Asimismo, resulta curiosa otra, del siglo II o III, encontrada en Cartago y en la

que se deseaba el mal a los aurigas y caballos tanto de la facción azul como de la verde, lo que implica que el dedicante era un aficionado rojo o blanco (*TGM,* 433). Una tablilla contemporánea a ésta, localizada también en la capital africana, pone de manifiesto una ceremonia que nos acerca al mundo del vudú de la cultura popular: el dedicante señala que sacrificó un gallo porque le deseaba el mal a un tal Victorico, auriga de los azules, y a sus caballos (*TGM,* 440). Por mor de la falta de espacio, vamos a reproducir una única tablilla en su totalidad. Seguimos la traducción de Luck (1995, pp. 129-130) e incluimos la ilustración (fig. 20) que recoge en su obra seminal de comienzos del siglo XX el gran investigador francés Auguste Audollent:

> Te conjuro, *demon,* quienquiera que seas, tortura y mata, desde esta hora, este día y este momento, a los caballos de los equipos verde y blanco; mata y destroza a sus aurigas Claro, Félix, Prímulo y Romano. No dejes aliento en ellos. Te conjuro por el que te ha entregado, en cierto momento, el dios del mar y el aire: *Iâō, Iasdao... a e i a* (Audollent, 1904, n.º 286, pp. 396-399).



Fig. 20. Tablilla de maldición de *Hadrumetum,* procedente de Audollent (1904), n.º 286, p. 397.

Esta tablilla del siglo III se halló en *Hadrumetum* (Susa, Túnez), una importante ciudad que en época tardorromana se convirtió en la capital de la provincia de Bizacena y que

albergaba un destacado recinto circense que, asentado en un valle natural, estaba rodeado de diversas necrópolis; fue ahí donde se encontró esta tablilla, además de otras muchas. El texto transcrito es el que consta en la cara B, que se cierra con unas palabras difíciles de interpretar pero que, al parecer, son *«Iâō, Iasdao»,* en alusión al dios judío, Yahvé. Estas advocaciones debían enunciarse en susurros, al igual que las vocales finales *«a e i a»,* frecuentes en el ámbito mágico. En la cara A hay más elementos, pero algunos cuesta identificarlos. A la izquierda se observan las siguientes palabras mágicas: *«Cuigeu Censeu Cinbeu Perfleu Diarunco Deasta bescu berebescu arurara bazagra»,* que no se han descifrado y que flanquean la imagen de un ser en cuyo torso se lee: *«Baitmo Arbitto»,* quizás su nombre o una fórmula mágica. Este personaje se encuentra encima de lo que parece la quilla de un barco, agarrando con la mano derecha un recipiente y aferrándose con la izquierda a una especie de lámpara o trípode elevado. Algunos lo han interpretado como el demonio al que se le pide ayuda; otros, como el dedicante, quizás un auriga o un mero aficionado. Independientemente de su naturaleza, queda claro que era afín a la facción roja o azul. Por otro lado, los tres nombres que aparecen a sus pies, *Noctiuagus, Tiberis* y *Oceanus,* bien podrían avalar su identificación como cochero, pues tales apelativos no eran infrecuentes en los caballos. Aunque falte un animal para la cuadriga, realmente este dato tampoco es relevante, porque la carrera podía ser de trigas (carros de tres brutos), o simplemente aún no se sabía cuál sería la cuarta pata del carro. Con todo, hay que admitir que la iconografía de la figura resulta difícil de conciliar con la habitual del auriga. De hecho, el recipiente que sostiene con la mano derecha podría indicar que se trata de un *sparsor,* aunque lo más probable es que sea el demonio invocado

para provocar la muerte de los caballos y los aurigas verdes y blancos referidos. Por otro lado, colocar el nombre real de un auriga, un *sparsor* o un particular en una tablilla de este tipo era peligroso, pues si se descubría, el individuo en cuestión era perseguido, procesado y castigado por ejercitar la magia negra. En definitiva, es muy complicado interpretar este texto más allá del odio que refleja. Sin embargo, no hay duda de que constituye un ejemplo paradigmático del recurso a fuerzas del otro mundo en el ámbito de las carreras, en un área de especial devoción por la competición como el África romana. Aun así, la práctica de la magia negra no se limitaba a esta zona o a Egipto, donde eran más profusas, ya que han aparecido *tabellae defixiones* en todas las provincias del Imperio.

Como hemos dicho, en el mundo antiguo la magia negra estaba perseguida legalmente; en concreto, las leyes romanas la contemplan recurrentemente desde la época republicana. Con la irrupción cristiana, esta política se amplió, pues ciertas prácticas mágicas más o menos toleradas fueron proscritas por la Iglesia en el ámbito de la creencia, lo que posteriormente acabó por extenderse a la legislación laica. Sin embargo, más allá de lo que decían los cánones eclesiásticos o los rescriptos imperiales, la superstición suscitaba en el seno de la Iglesia actitudes de lo más diversas: desde el puro rechazo por considerarla la abyecta herramienta del demonio hasta el desdén de aquellos para quienes se trataba de simples supercherías paganas sin la menor importancia. No obstante, a veces encontramos en ciertos autores cristianos reacciones contradictorias y paradójicas. Vamos a destacar dos casos. El primero se refiere a la pregunta que en el siglo VI un ingenuo campesino hizo a dos monjes palestinos, Barsanufio y Juan de Gaza, sobre la conveniencia del uso de la magia para

proteger a su caballo. Juan de Gaza le respondió que el uso de hechizos no sólo estaba prohibido por Dios, sino que podía conllevar la ruina de su alma, y le dio dos consejos, uno racional y el otro manifiestamente irracional: que acudiera a un mulomédico y que esparciera agua bendita sobre el equino (anécdota referida en McCabe, 2004, p. 17). Esta curiosa divergencia o pura contradicción no era tal para los santones ni para los lectores del escrito donde se describía este episodio. Aunque pretendieran separarse del artificio y condenarlo, no dejaban de legitimarlo, pues el segundo consejo obedecía a un esquema similar al de la magia tradicional grecorromana. En las fuentes encontramos infinidad de prácticas similares, pero solamente voy a destacar una, en directa correlación con la competición circense, que proviene de la *Vida de san Hilarión* escrita por san Jerónimo. Hilarión fue un monje que desarrolló su actividad monástica en el siglo IV y que fundó una comunidad en su tierra, Palestina, donde permaneció varias décadas hasta que en sus últimos años decidió errar por el Mediterráneo oriental. Ya había obrado algún milagro en el ámbito del circo, como la cura de una parálisis a un auriga de Gaza después de hacerle prometer que se convertiría a la religión de Cristo y abandonaría su profesión (*Vit. Hil.* 16), pero el relato que hace Jerónimo del apoyo que prestó a un itálico residente en la ciudad palestina de Maiuma resulta francamente genial (*Vit. Hil.* 16). Por lo visto, este itálico cristiano y criador de caballos tenía un problema con un duoviro de Gaza, un fervoroso creyente del dios pagano Marnas, que se servía de la magia para dañar a sus equinos en las competiciones que se celebraban en esta importante localidad palestina. Encontrándose indefenso, pues rehusaba hacer uso de armas místicas similares, decidió recurrir a un personaje de santidad contrastada como Hilarión, no para

atacar a su enemigo, sino simplemente para defenderse de su hechicería. El eclesiástico le dijo que lo que debía hacer era abandonar el circo y donar a los pobres el dinero empleado en ese vicio, pero el itálico le respondió que le era imposible, ya que se trataba de un servicio público. Vista la renuencia del santo, utilizó una estratagema para lograr su apoyo. Como cualquier gran ciudad de la época, Gaza era fuertemente pagana, así que el itálico azuzó a Hilarión haciéndole ver que el comportamiento de los gazatíes insultaba a la Iglesia. El monje rellenó entonces el botijo del que bebía, se lo regaló y le ordenó que asperjara su contenido en el establo y también sobre los caballos, los aurigas, el carro e incluso la barra que cerraba las *carceres* del hipódromo. Obviamente, el relato tiene como fin confrontar los dos misticismos, el pagano y el cristiano, y certificar la virtual superioridad del segundo. Para ello hacía falta un público, y el espectáculo lo proporcionaba con creces. Jerónimo señala que la disputa se libró asimismo en las gradas, pues tanto los paganos como los cristianos habían difundido que ambos competidores habían recurrido a sus respectivas magias y encantamientos. El hipódromo ardía de expectación, pero ocurrió lo que debía ocurrir: mientras que los carros del itálico volaban sobre la arena, los de su adversario pagano se quedaron atascados en la salida. Según el relato de Jerónimo, la afición cantó: «¡Marnas ha sido vencido por Cristo!», lo que empujó a muchos *amatores* paganos a convertirse a la fe cristiana. Entretanto, el enfurecido duoviro y sus seguidores reclamaron que se castigara al itálico y acusaron a Hilarión de ser un mago cristiano *(meleficum Christianorum)*. Este estupendo texto deja constancia del amplio uso de la magia y del grado en que impregnaba el cristianismo, que paradójicamente lo condenaba con todas sus fuerzas pero incurría en mañas casi

idénticas.

Los aurigas no sólo tenían fama de practicar la magia, sino también de envenenar a sus rivales (Amm. Marc. 28.4.5). A un auriga llamado Auchenio se le acusó en el 368 de utilizar veneno con la complicidad de cuatro jóvenes miembros de la clase senatorial: los hermanos Tarracio y Camenio Baso, así como Marciano y Eusafio. Sin embargo, ante la carencia de pruebas sólidas, acabaron por ser absueltos, quién sabe si ayudados también por su clase social (Amm. Marc. 28.1.27). Por cierto, el que tuvo una trayectoria más notable fue Tarracio, que ascendió a prefecto de la ciudad doce años después y publicó un curioso edicto acusando a dos centenares de dueños de tabernas, es decir, negocios de todo tipo, de malversar dinero público, de apropiarse de los alimentos gratuitos destinados a las capas más bajas de la población y, finalmente, de usurpar localidades de privilegio en los espectáculos públicos, incluido el circo (*CIL* VI, 31893).

Esta relación entre veneno y circo venía de largo: un testimonio poco fiable señala que Calígula ordenó el envenenamiento de diversos *agitatores* y caballos que no militaban en su facción favorita, la verde (Dion Casio 59.14.5). De forma similar actuó supuestamente otro sospechoso habitual de las letras romanas, Mitrídates VI Eupátor, rey del Ponto, quien parece que también disfrutaba corriendo como cochero y ordenó el envenenamiento de un tal Alceo de Sardes simplemente por ser mejor que él en las carreras (Plutarco *Pomp.* 37.1).

El día de las carreras, una vez realizadas las apuestas y después de que los aurigas y los caballos se hubieran preparado para la competición, la pompa circense recorría las calles de la ciudad hasta llegar al circo. A su cabeza

marchaba el *editor* del espectáculo, montado en un carruaje, al que seguían los cocheros en sus carros debidamente engalanados, las orquestas y los pantomimos, así como el resto de participantes, que culminaban la llamativa procesión con una vuelta de honor al óvalo, para que todo el mundo pudiera apreciarlos, saludarlos y dedicarles cánticos, tanto a los ases que iban a competir como a todos los que contribuían al desarrollo del mayor de los espectáculos. Los cocheros aprovechaban para saludar a su vez a los organizadores, a las autoridades y, por supuesto, a sus aficionados. Progresivamente se iban cubriendo las gradas de piedra con los asistentes, incluido el núcleo duro, persistente y peligroso de los fanáticos. Les esperaba una jornada intensiva, desde la mañana al atardecer, de veinticuatro carreras en el caso de los recintos más importantes, probablemente dieciséis en los de ciudades destacadas como Antioquía (Libanio *Or.* 16.41) y de seis o doce en las localidades más humildes, como se refleja en el programa de Oxirrinco previamente referido (véase la p. 443). De acuerdo con determinadas mediciones de los tiempos de las carreras, y teniendo en cuenta el tamaño de las arenas y la velocidad estimada de los carros, su duración podía variar entre los ocho o nueve minutos y los quince, salvo que ocurriera alguna contingencia. Sin embargo, pese a la brevedad de las carreras, la jornada de juegos se extendía desde la mañana al anochecer, ya que la competición se alternaba con otras diversiones. La llegada de la oscuridad marcaba por lo general el final del espectáculo, pero podía recurrirse a la iluminación artificial que engalanaba y, con sus limitaciones, ofrecía socorro a los competidores y asistentes.

Ante la incomodidad del empedrado del circo, los romanos idearon la almohadilla *(tomentum),* similar a la

empleada en las plazas de toros en la actualidad. No está claro si se alquilaban o si los asistentes las traían de casa, pero sabemos que había diferencias entre lo que se podían permitir los menos acomodados y lo que utilizaban los ricos para aliviar sus posaderas. Mientras que estos últimos usaban cojines de lana rellenos de paja, lana o pluma *(tomentum Leuconicum),* el público común empleaba la borra del circo, es decir, una base de juncos parecida a las esterillas que conocemos hoy día *(tomentum circense* o *palus circense)* (Marcial *epig.* 11.21,14.160-161 y Séneca *De vit. beat.* 25). Cuando hacía mal tiempo o lucía un sol abrasador, dada la inexistencia de cubiertas en el circo, como sí podía haberlas en el teatro o en el anfiteatro, no era infrecuente el empleo de sombreros o la manipulación creativa de las togas o mantos para cubrirse el rostro.

Las gradas (*cavea* en latín) solían abarrotarse, como se correspondía con la expectación suscitada. Desde la altura del Aventino —donde algunos afortunados podían ver el espectáculo cómodamente instalados en sus hogares— o del Palatino, debía de contemplarse un hormigueo constante. Decenas de miles de personas engalanadas con los colores de sus facciones colapsaban desde primera hora de la mañana los alrededores del circo. Seguramente el ruidoso y colorido ambiente se asemejaba al de los exteriores de los partidos de fútbol actuales, aderezado con los efluvios alcohólicos de las tabernas y los gritos de los vendedores de recuerdos. Aunque no dispongamos de testimonios análogos a los del teatro, debía de haber un enorme tropel de acomodadores, sobre todo en las gradas destinadas a los senadores, caballeros y dignatarios. Entre las clases elevadas también se advertían diferencias, pues algunos privilegiados disfrutaban de asientos exclusivos, ya fuera por sus méritos o influencias, o simplemente porque los compraban. Por

supuesto, los miembros más bulliciosos de las facciones se agrupaban en ciertas zonas. De entre los cuatro colores destacaban los representantes de las escuadras más importantes y populares, los verdes y los azules. Presumiblemente, tan pronto como se acomodaban contactaban con el *cellarius* de la facción.

Sabemos que se vendían túnicas de aurigas con los colores de las facciones (Juvenal *Sat.* 5.143-144), y, de hecho, algunos de los emperadores que más notoriamente disfrutaban del espectáculo, como Nerón, Cómodo, Caracalla o Heliogábalo, acostumbraban a enfundarse la equipación del color de sus amores. En consecuencia, no debía de ser extraño que numerosos asistentes también acudieran al circo vestidos con sus colores, como sucede hoy día en los estadios de fútbol y en los pabellones de otros deportes de masas. Algunos llevaban réplicas de los uniformes de su facción, mientras que otros se limitaban a lucir ciertas prendas significativas del color correspondiente. Aquí podemos acudir al siempre sabroso Marcial, en uno de cuyos poemillas se dice que un seguidor de los verdes o de los azules que llevara una capa escarlata podía ser considerado un renegado por sus compañeros de pasión (*epig.* 14.131). Sin lugar a dudas, esta advertencia, que sólo tiene sentido en el ámbito circense, transmite un más que probable riesgo para la integridad del seguidor pillado en falta. En cuanto a la particularización en los verdes y los azules, pues el poeta hispano se olvidó de los blancos, no sólo se debe a su mayor número e importancia, sino también a su carácter más fogoso y violento. Además, los aficionados más radicales acudían con pancartas alusivas, tal y como se observa en una de las basas de las estatuas conservadas del gran auriga del siglo VI Porfirio, en concreto en la que le erigieron los azules (fig. 21). Originalmente este relieve debía de estar

pintado con las leyendas de las pancartas, pero por desgracia el tiempo ha borrado todo vestigio de los hoy olvidados emblemas, símbolos y lemas azules en su eterna lucha con las demás facciones.

Tras acomodarse, comenzaban los preliminares del espectáculo propiamente dicho. Los diversos *praecones* mandaban guardar silencio haciendo uso de varios instrumentos de viento típicos del mundo militar, como el *cornu* o cuerno —la trompeta circular que se llevaba al hombro, parecida a la *buccina*—, la *tuba* o trompeta alargada o el *lituus,* es decir, la trompeta corta. Entonces se anunciaba el nombre del *editor* u organizador de los espectáculos. Como respuesta, el pueblo reunido se ponía en pie, aplaudía y aclamaba con epítetos honoríficos y cánticos tanto a este patrocinador como, en primer lugar, al emperador, según una costumbre que se remontaba a los albores del Imperio pero que no quedó refrendada en la legislación hasta Constantino. En lo que respecta al *editor,* éste era su momento de gloria, pues todos los congregados en el circo, ya fueran de la plebe o de las élites de la ciudad, le vitoreaban y aplaudían, y, como en las corridas de toros actuales, agitaban pañuelos blancos —aunque la costumbre quizás fuera anterior, sabemos que en el siglo III el emperador Aureliano hizo una entrega masiva de pañuelos a la plebe romana para que los usara de esa forma en los espectáculos (*SHA Aur.* 48.5)—. El nombre del *editor* era proferido en cánticos bajo la guía de las facciones del circo, que mantenían incansablemente su fervor durante la mayor parte de la jornada. Por lo general, los distintos colores se alternaban en este cometido, aunque a veces también podían actuar al unísono. Para el *editor* este momento tenía especial importancia en época republicana, pues favorecía la prosecución del *cursus honorum,* es decir, su carrera

administrativa, sobre todo con vistas a los comicios populares. En el mundo imperial también resultaba relevante a nivel social y político, pero por encima de todo apelaba al orgullo de las élites, conforme al prestigio y la fama que granjeaba a la inmensa mayoría de quienes organizaban los *ludi,* estuvieran obligados o no a costearlos. No en vano, el circo representaba un microcosmos de la sociedad romana. Allí se reunían, merced a su pasión compartida, los estratos más bajos del pueblo con la flor y nata de la sociedad. Las facciones, que incluían a miembros de todas las clases, representaban el epicentro, principalmente los verdes y los azules, en contraste con las selectas minorías de los rojos y de los blancos que compartían espacio con las más altas magistraturas del Estado y de la ciudad. También acudían los senadores, los caballeros y, por supuesto, el emperador, acomodado con toda majestad en el *pulvinar* o *kathisma.*



Fig. 21. Detalle de la basa de una estatua de Porfirio erigida por la facción azul, en la que aparecen aficionados de este color sosteniendo pancartas. Imagen procedente del Flickr del Dr. Brad Hostetler.

Pese a excepciones notables como la de Plinio el Joven, que delegó el honor de presidir unos juegos en el hijo de unos amigos, la inmensa mayoría de los organizadores se relamía con delectación cuando su nombre inundaba los oídos y las gargantas de sus conciudadanos. Al parecer, los *editores* aprovechaban el momento para tomar la palabra y pronunciar un discurso. Así lo hizo el eminente gramático y

senador Marco Cornelio Frontón, de quien ya comentamos su gran afición por las carreras, cuando celebró los juegos que le correspondían como cónsul sufecto en el año 142 (*ep.* 33). Según un estupendo ejemplo ya citado (véanse las pp. 253-254), perteneciente no obstante a la era de dominio ostrogodo de Italia, el noble Asterio, miembro de una de las familias tradicionalmente más poderosas de la Ciudad Eterna, dejó por escrito el orgullo mayúsculo que sintió en el Circo Máximo al obtener «tres bravos seguidos» y «aplausos en mi honor» (*AL*, 3).

Una vez finalizadas las aclamaciones, el espectáculo daba inicio con el plato fuerte. Los asistentes abarrotaban el recinto con premura no sólo para no perderse las aclamaciones y por temor a no encontrar sitio, sino también porque la primera carrera del día, que se celebraba tras la llegada de la pompa circense, era la más importante en el currículo de los campeones. Aparte del prestigio, sin duda procuraba las mayores recompensas económicas y los mejores regalos. Sin embargo, antes de empezar con la competición se sorteaban los puestos de la parrilla a través de la *sortitio*. El Circo Máximo de Roma, al igual que el Hipódromo de Constantinopla, contaba con doce *carceres* o celdas que acogían a sendos carros de competición. Las carreras podían ser de naturaleza muy diversa. Aunque parece que la favorita era la que enfrentaba a cuatro cuadrigas, una por facción, seguida (conforme al epígrafe de Diocles) por la de dos coches por color, podían llegar a concurrir doce carros a la vez, individualmente o por equipos de dos o tres participantes de cada escuadra, que seguían diversas estrategias: mientras que algunos actuaban como gregarios, marcando el ritmo o eliminando a rivales mediante bloqueos, sin descartar técnicas más sucias, había uno que ejercía de líder y era el que buscaba la victoria.

Asimismo, aunque las carreras de cuadrigas eran las preferidos por los aficionados, no eran infrecuentes las de carros de dos caballos *(bigas),* típicas de los novatos, o de tres *(trigas).* Más raros eran los vehículos de cinco, siete o hasta diez equinos, como el que montó Nerón en su desastrosa intervención en los Juegos Olímpicos que se convocaron *ad hoc* en su honor. También hemos visto que se disputaban pruebas cuyos competidores se intercambiaban los carros y los caballos *(diversium)* —una disciplina que al parecer gozaba de gran estima— y, de acuerdo con una inscripción de Diocles, se celebraban carreras eliminatorias que desembocaban en una final entre los mejores aurigas. Asimismo, en ocasiones se combinaban con el atletismo: en la última parte de la competición, los aurigas se apeaban del carro y corrían hasta la meta.

En cualquier caso, era necesario distribuir los carros en las *carceres* conforme al resultado de la *sortitio.* Como en las competiciones de motor actuales, salir de un sitio u otro podía ser determinante para el devenir de la carrera. El puesto más deseado era el que se encontraba más cerca de la espina porque permitía al auriga, si adquiría la suficiente velocidad para no ser adelantado, afrontar la curva de la barrera sin tener que preocuparse de sus rivales. La *sortitio* se realizaba con toda la solemnidad mediante la *urna versatilis,* el mismo recipiente utilizado en los comicios electorales republicanos. Se echaban unas bolas *(pilae)* que debían de estar adornadas con un número adjudicado previamente a cada auriga o, en aquellas carreras de un solo carro por facción, pintadas o hechas con materiales que representaban a los cuatro colores. La descripción más completa aparece en el *Libro de las Ceremonias,* que, no obstante, responde a la realidad del siglo x y al gusto particular de esta época bizantina tardía por la

burocratización y la solemnización de cualquier acto o proceso. Así, en esta ceremonia participaba un grupo numeroso de funcionarios y figuras de las facciones que debían seguir unas fórmulas establecidas de obligado cumplimiento. En cambio, imágenes del período anterior abarcado por este volumen reflejan un proceso más sencillo. De este modo, en la figura 22 se observan un contorniado y un bajorrelieve, ambos del siglo IV, que muestran la urna y el movimiento al que se sometía, así como unas figuras que, portando un látigo, han de interpretarse necesariamente como los aurigas que iban a competir. Su presencia, siendo los actores principales de la inminente carrera, contribuía a garantizar que no hubiera irregularidades en el sorteo. Estaban acompañados del *editor,* que probablemente era el encargado de extraer las bolas. En su diatriba contra los espectáculos, Tertuliano indica que el pretor, que habría que identificar simplemente con el *editor* u organizador, provocaba la desesperación de la afición al fijarse demasiado en las bolas depositadas, lo que da a entender que una parte de la afición recelaba de que hiciera trampas (*de Spec.* 16.2), mientras que los agraciados en el sorteo celebraban con júbilo el resultado. Según Símaco, no se sorteaban las plazas sino el orden de elección de tales plazas (*Rel.* 9.6), es decir, de uno u otro carril. Aunque, como hemos dicho, el preferido era el más cercano a la espina, la elección dependía de la estrategia de cada escuadra o de las cualidades del tiro de caballos.

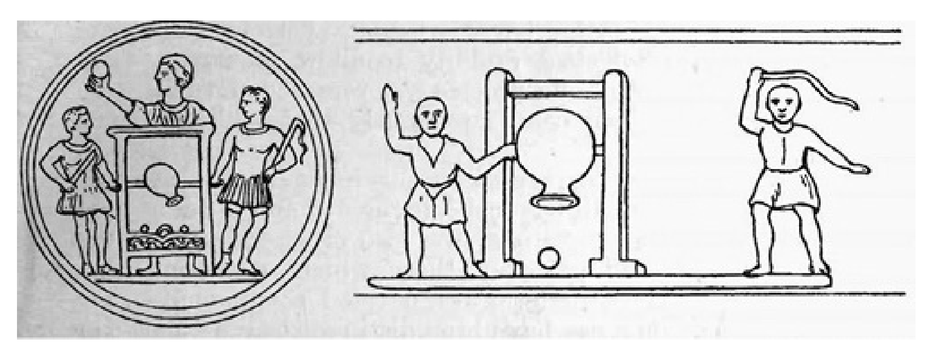


Fig. 22. La *sortitio* del circo según dos testimonios iconográficos, un contorniado a la izquierda y un relieve a la derecha. Imágenes tomadas de VV.AA. (1907), *Proceedings of the Society of Antiquaries of London,* 2.ª serie, 21, p. 189.

Una vez sorteada la parrilla, los carros ocupaban su lugar en las *carceres.* Podemos imaginar el nerviosismo de los minutos previos, con los entrenadores dando los últimos consejos a sus aurigas y los mozos de las escuadras verificando el buen estado del carro y prodigando mimos y cuidados a los caballos, que, de acuerdo con un fantástico testimonio de Sidonio, se agitaban, bufaban y presionaban con inquietud las puertas que los separaban de la arena (Sid. Apol. *Carm.* 23.331-340). Todo estaba preparado, y la carrera comenzaba cuando el *editor,* situado en un palco propio sobre las *carceres*, levantaba el pañuelo o *mappa.* Aunque en una primera etapa del Circo Máximo los *tentores* eran los encargados de abrir las puertas, con posterioridad se impuso un sistema mecánico para evitar los fallos humanos y que ciertos contendientes disfrutaran de una ventaja injusta. El juez o árbitro, situado en la línea de meta, y los *designatores,* distribuidos por todo el óvalo, permanecían alerta, tan concentrados como los aurigas, que, en silencio y expectantes, esperaban aprovechar su posición de privilegio o, al contrario, realizar una buena salida para compensar un sorteo adverso, al igual que sucede hoy día con los bólidos de la Fórmula 1. De esta presumible tensión también participaba el público, que según las fuentes guardaba silencio hasta que el *editor* arrojaba el pañuelo y sonaban las

trompetas que anunciaban el comienzo de la carrera. En ese momento, los asistentes en pleno estallaban en júbilo y el circo se inundaba del clamor, la locura y el furor del público. Los jueces vigilaban que los carros no se adelantaran al lanzamiento del *mappa* ni que se salieran del carril asignado, para evitar choques al comienzo de la carrera, lo que inevitablemente deslucía la competición. Los carros debían avanzar en línea recta hasta que alcanzaban la espina; sólo a partir de ahí podían adelantarse unos a otros. Si no ocurría así e invadían el carril de algún contrincante, el juez dictaminaba que la salida había sido nula y debía repetirse. Según Ovidio, los cocheros más avispados, si habían salido mal, se desviaban de su posición reglamentaria para propiciar una repetición; esta jugarreta seguro que daba pie a una más o menos amable polémica (Juliano *Or.* 1.32; Ovidio *am.* 2.69-77) que probablemente era notificada a los cocheros y al público a través del estruendo de las trompetas, tras una señal convenida del árbitro principal de la contienda. Entonces una parte de la afición protestaría mientras la otra aplaudía, y si la infracción no se pitaba debía de armarse un buen escándalo. Aunque sea una obviedad, nunca está de más insistir en que la labor del árbitro siempre ha sido complicada y poco entendida, en cualquier competición de cualquier tiempo.

Si al comienzo no había ninguna complicación, la carrera se disputaba con toda la pasión imaginable. Una vez superada la espina, los aurigas ya tenían permitida la lucha sin cuartel por la primera posición, o por no quedar descolgados, lo que se traducía en tener que correr en medio de una enorme polvareda, tal y como destaca Sidonio. Los operarios del circo, atentos, marcaban las vueltas completadas a través de los delfines y los huevos (véanse las pp. 387-388), o agitando banderolas en la meta cada vez que

los cocheros la cruzaban, mientras los aficionados apoyaban a sus colores con gritos, cánticos organizados y pancartas. Al parecer, contribuían a la animación los músicos, los pantomimos y los funambulistas, aunque su momento de mayor protagonismo fuera entre carrera y carrera. Sobre los factores que influían en el rendimiento de los caballos, el gramático Solino afirma lo siguiente:

> Los espectáculos circenses han demostrado que estos animales gustan de la diversión, pues algunos caballos son animados a correr a los sones de la flauta, otros mediante danzas, otros por la diversidad de colores y algunos incluso mediante hachas encendidas (Solino 45.11-12).

Este curioso testimonio está en la línea de otro ofrecido por san Jerónimo, quien asegura que los caballos corrían mejor cuantos más aplausos recibían (*ep.* 130.2). Las gradas refulgían con los colores de las cuatro facciones y bullían con la estruendosa animación que reinaba en el circo, secundada por los artistas. Todo contribuía a una atmósfera adrenalínica, próxima a la enajenación y la demencia, que suscitaba las críticas de los censores del espectáculo. Sin embargo, al contrario de lo que opinaban Solino y Jerónimo, los equinos no disfrutan con el ruido, sino que éste los incomoda y asusta, e incluso puede provocar que se rebelen contra el jinete. Aun así, los caballos del circo eran seleccionados cuidadosamente, tanto en el aspecto físico como en el psicológico, y se los sometía a un entrenamiento exhaustivo para que no acusaran la presión ejercida por el ambiente del espectáculo. En definitiva, todo confluía para hacer de las carreras una diversión adictiva en todo el orbe romano.

Con respecto al desarrollo de la carrera, disponemos de algunos ejemplos que nos ayudan a comprender la pasión por el circo. Nuestras principales fuentes son Virgilio, Ovidio y, muy especialmente, Silio Itálico y Sidonio Apolinar (*Georg.* 3.72-112; *Pun.* 16.312-456; *Am.* 3.2.1-84 y *a.a.* 135-169; Sid. Apol. *carm.* 22.304-427). Para un acercamiento al

fascinante mundo de la competición, son asimismo de consulta obligada las entretenidísimas escenas de carreras de la película clásica *Ben-Hur* (1959), en la que, pese a las obvias inexactitudes históricas y a la distancia temporal, la dirección de William Wyler y la maravillosa interpretación del gran Charlton Heston logran emocionarnos y nos revelan el porqué del éxito del circo. Resulta fascinante imaginarse a los aurigas compitiendo con denuedo mientras les rechinaban los dientes, con el látigo en una mano y las riendas en la otra, atadas a su cintura, tanto para evitar caídas como para guiar a los caballos con el balanceo del cuerpo, pues el equilibrio, la fuerza y la habilidad del *agitator* resultaban fundamentales para manejar el carro en las siempre tumultuosas carreras. Hay que tener en cuenta que eran muy ligeros, por lo que saltaban y, en ocasiones, prácticamente volaban cuando los cuatro brutos alcanzaban su máxima velocidad. La estrategia también era muy importante, hasta el punto de que podía suplir las carencias técnicas del auriga o acrecentar las de sus rivales. Conforme al desarrollo de la carrera y a las características de los rivales, había que valorar críticamente las zonas donde atacar, es decir, adelantar, así como el momento idóneo para forzar a los caballos o tomarse un pequeño respiro, tomando siempre como referencia la peligrosa espina que dividía el óvalo. Los aurigas no podían perder nunca de vista a sus rivales, tanto a los que les precedían como a los que iban a la par o por detrás de ellos. El siguiente diálogo humorístico del autor republicano Plauto, procedente de su obra *Los dos Menecmos,* entre un Menecmo y un tal Cepillo resulta más que elocuente:

> CE. —Caray, no hubieras sido tú buen auriga en el circo.
>
> MEN. —¿Por qué, pues?
>
> CE. —Porque no haces más que volverte a mirar atrás por miedo a que te siga tu mujer. (*Men.* 160-161).

Como señalamos previamente, los aurigas contaban con el apoyo visual de los delfines y los huevos en lo concerniente a la coordenada temporal de la competición, pues estos elementos les indicaban en cuál de las siete vueltas se encontraban. Por lo que respecta a la coordenada espacial, había dos figuras de gran relevancia: el *sparsor,* que echaba agua del *euripo* a los caballos para proporcionarles alivio, y, sobre todo, el *hortator,* que era el jinete que prestaba apoyo técnico al auriga y le informaba sobre la situación de sus rivales, algo crucial en el caso de que algún accidente dejase restos en la arena. Otro factor fundamental eran los gritos de los aficionados para avisarlos de cualquier peligro o de la cercanía de sus contendientes, aparte de los ánimos constantes proferidos por los elementos más fanáticos, los músicos y los pantomimos. Aquí podemos recurrir a dos magníficos testimonios, de Silio Itálico y Sidonio Apolinar, separados entre sí por casi cuatro siglos:

> Inclinados hacia delante como los propios aurigas, todos siguen con la mirada su carro favorito y, a grandes voces, gritan a los caballos que vuelan. Retumba el circo con la rivalidad entre los seguidores, el acaloramiento hace perder el juicio a todos (Silio Itálico *Pun.* 320-324).

> Los gritos roncos de sus partidarios golpean el corazón tanto de hombres como de caballos, y todos sienten a la vez el calor de la carrera y el frío del miedo (Sid. Apol. *Carm.* 23.376-379).

Los aficionados, estridentes y animosos, alentaban a los aurigas de la facción de sus amores a la vez que reñían entre sí. Saltaban en sus asientos, enarbolaban pancartas y pañuelos. En un testimonio muy gracioso, Dion de Prusa critica a los alejandrinos por su forma enloquecida de vivir las carreras, parangonable sin duda a la actitud de los seguidores de otras regiones: «Pero ninguno de vosotros permanece sentado durante el espectáculo, sino que os agitáis mucho más que los caballos y los aurigas; y cabalgáis ridículamente, y sostenéis las riendas, y perseguís, y conducís y os caéis» (*Or.* 32.81). En definitiva, eran presa del furor que tantos autores repudiaban. No había un momento de pausa. La carrera era frenética y violenta, y aunque en

principio no era un entretenimiento sangriento como los *munera* de gladiadores o las *venationes* (cazas de animales), había bastantes posibilidades de que se produjeran accidentes y hubiera muertos. Era un elemento perenne que constituía un aliciente para el aficionado, pero también un auténtico recordatorio de la fragilidad de la existencia en el ámbito incuestionable del *carpe diem* representado por la diversión circense. Los accidentes en el circo se denominaban *naufragium* («naufragio»); cuando ocurría uno, la afición gritaba esta palabra al unísono y a los cuatro vientos (figs. 23 y 24). Tampoco eran infrecuentes en los certámenes griegos anteriores, como lo demuestra la fantástica descripción que hace el trágico Sófocles en su *Electra* de la falsa muerte de Orestes en las carreras (*El.* 671-763). Ya hemos visto (pp. 419-420) el dolor que provocaba la muerte de un auriga, especialmente honorable cuando se producía durante la competición. Lo cierto es que el espacio físico era propicio para los accidentes, en especial los choques contra la espina, aunque las pugnas relacionadas con los adelantamientos podían causar la destrucción del carro en mil astillas, golpes mortales, el arrastramiento del auriga por las riendas o el aplastamiento por parte de los competidores. Aquí podemos recurrir de nuevo al estupendo testimonio de Sidonio Apolinar. En efecto, en el poema que dedicó a su amigo Consencio con motivo de su participación en los juegos circenses organizados para agradar al emperador Valentiniano III, describe espectacularmente el accidente que sufrió el último contrario del que se deshizo antes de alzarse con la victoria:

> Este rival te persigue de un modo imprudente con la esperanza de alcanzarte a ti, que eras ya el primero, y viene de través, desvergonzado, contra tu carro. Sus caballos se abaten, una multitud monstruosa de patas penetra bajo las ruedas y frena los doce radios, hasta que los intervalos repletos saltan por los aires y las llantas al girar rompen los pies enredados. Entonces él mismo, el quinto [el auriga accidentado], arrastrado por el carro que cae sobre él, hace una montaña de este múltiple desplome, cubriendo de sangre su frente al caer de bruces. Todo lo domina un ruido ensordecedor (Sid. Apol. *carm.* 23.405-416).

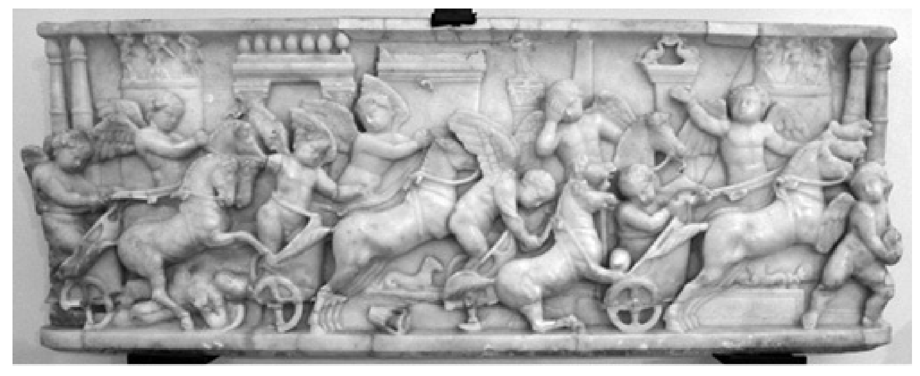


Fig. 23. Sarcófago decorado con el relieve de una carrera circense protagonizada por amorcillos y en donde se observan diversos «naufragios». En la actualidad se encuentra en el Kunsthistorisches Museum de Viena. Fotografía del autor.

Fig. 24. Terracota de un «naufragio» o accidente en el circo. El original se encuentra en el Kunsthistorisches Museum de Viena. Fotografía de Barbara F. McManus como parte del Proyecto VROMA (www.vroma.org).

Parece que este infortunado auriga se pudo librar de un destino mortal en el fragor último de la victoria, pues, a pesar de ser arrastrado por los restos de su carro, pudo cortar las riendas que le unían a la estructura de madera con el cuchillo que llevaba al cinto. En otras ocasiones, sin

embargo, el desenlace era fatal, como se observa en este lastimero epitafio de un joven auriga norteafricano que murió justo al llegar a la meta:

> Mi pasión juvenil no deja de alborotar, y no he querido obedecer a maestro alguno. Los demás años, otros tantos, que me dictó el destino, he vivido a gusto. *Faro,* el cuadrúpedo que domé con el freno, fue el mejor de todos. Todo caballo con el que corrí lo hizo al menos durante veinte millas. Me resbalé en un saliente de la meta y obtuve la muerte que más ansiaba. Perecí, pues, según mis deseos, aunque me pese el morir. Ahora mis restos descansan en la pista de carreras, gracias a la cual fui conocido (*CLE* 1332 = *CIL* VI, 24930).

Aquí aparecen claramente reflejados el honor de morir en la carrera y la suerte de reposar para la eternidad en el cementerio que se situaba al lado del circo donde falleció, concretamente en Thebeste. Citemos otro ejemplo: en una inscripción hallada cerca de Roma se conmemora a dos aurigas nacidos en la urbe y que eran hijos de otro renombrado cochero llamado Polinices. Mientras que Marco Aurelio Polinices consiguió 739 victorias antes de cumplir la treintena, su hermano Marco Aurelio Molicio Taciano falleció con poco más de veinte años habiendo logrado 125; ambos compitieron para los cuatro colores. Los tres, padre e hijos, murieron durante el ejercicio de su profesión (*CIL* VI, 10049).

Aunque los accidentes eran bastante frecuentes, afortunadamente la amenazadora y sombría muerte no se cernía en exceso sobre los hipódromos. Eso sí, la recuperación de los heridos podía durar días, semanas e incluso meses, salvo en el caso de aquellos que acababan lisiados. Otro tanto ocurría con los caballos, que se sacrificaban cuando los daños eran irreversibles. Es de suponer que si el accidente no era grave el auriga continuaba compitiendo el resto de la jornada tras sustituir el carro o los caballos. Por el contrario, los que se veían incapacitados para proseguir debían dejar su sitio a otro compañero de la facción.

Un naufragio suponía un peligro enorme que requería la

actuación diligente de los operarios de la pista y de las facciones para limpiar la arena de los elementos que entorpecieran la carrera, tanto los restos de los carros dañados como los caballos desbocados y los aurigas heridos o caídos. Aunque muchos de estos accidentes eran casuales o producto de la brega competitiva, parece que otros eran provocados por los contendientes, tal y como se deduce de un fantástico texto de san Juan Crisóstomo en el que, a pesar de que detestara el circo, hace uso de una oportuna metáfora deportiva precisamente para que su mensaje fuera más accesible para su parroquia. De este modo, compara el combate contra la herejía con las carreras de carros, y señala que no hay nada más agradable que arremeter contra los oponentes y derribarlos uno a uno hasta alcanzar en solitario la meta mientras se es transportado por el aplauso y el clamor de la afición (*Hom. ad Phil.* 6). No hay duda de que estas palabras respondían exactamente a lo que acontecía en las carreras, cuyos participantes tenían manga ancha para poner en práctica estrategias y movimientos peligrosos para sus contrarios. Aquí podemos cuestionarnos el rol del árbitro y de los *designatores*, puesto que, más allá de la «salida nula» a la que nos hemos referido previamente, las fuentes no aclaran nada más sobre sus funciones. Desconocemos si había normas relativas a los naufragios y si los árbitros ponían límites a los actos violentos en la arena, como por ejemplo hacía el *summa rudis* de los combates de gladiadores. Resulta una hipótesis razonable suponer que hubiera golpes bajos prohibidos, como, recurriendo a la maravillosa película *Ben-Hur,* los latigazos que Mesala le inflige al protagonista. En cambio, quizás debían de aceptarse otros choques y cargas, para provocar el desplazamiento de los carros contrarios y el impacto contra la espina, contra los muros que separaban la arena de las

gradas o contra los restos de los carros «naufragados». Con todo, aunque conozcamos la existencia de jueces, el silencio de los testimonios antiguos al respecto nos lleva a considerarlo más como una hipótesis que como una realidad contrastada. Sin embargo, la tolerancia hacia el empleo de la violencia en las carreras se ve corroborada por un testimonio muy inusual, que ha suscitado numerosas dudas tanto entre los historiadores de los espectáculos como entre los del derecho romano. Según un extrañísimo rescripto procedente de la legislación imperial, se garantizaba a los cocheros cierta impunidad legal (*CTh* 15.7.7 = *CJ* 11.40.2.3), lo que ciertamente no se compadece con los castigos —incluso ejecuciones— que se les infligían, en absoluto desconocidos. La interpretación más plausible de esta curiosa cobertura legal es que estuviera directamente relacionada con lo que acontecía en la carrera, es decir, que eximiera a los aurigas de cualquier responsabilidad penal por lastimar, incapacitar o matar a un oponente en el transcurso de la competición. No tendría sentido que hiciera referencia a una impunidad legal en el plano penal o administrativo, pues los habría colocado en una situación de privilegio inusitada e imposible según el ordenamiento jurídico romano.

Fig. 25. Ilustración del magnífico mosaico de unos juegos hallado en Aunay (Lyon), donde se observan claramente las líneas de la carrera. El original se encuentra en el Musée Gallo-Romain de Fourvière. Imagen procedente de Victor Duruy (1884), *History of Rome and the Roman people, from its origin to the establishment of the Christian empire,* Kelly & co., Londres.



Fig. 26. El fantástico mosaico del circo de Barcelona al completo. En la actualidad se halla en la sede de Barcelona del Museu d’Arqueologia de Catalunya. Imagen procedente de www.circusmaximus.us.

Las siete vueltas transcurrían con el trasfondo sonoro del entusiasmo de los aficionados. Además de la fuerza y habilidad de los aurigas y los caballos, era importante la táctica. Muchas veces se cometía el error de intentar mantener un ritmo tan elevado que los animales, inevitablemente, acababan exhaustos. Convenía medir los esfuerzos y aumentar la velocidad sólo en ciertos momentos, para acometer un adelantamiento o evitar el de un oponente. Y había que estar ojo avizor constantemente, tanto en la salida como en la parte central de la carrera y en el asalto final. Cada competidor destacaba por una u otra cualidad, pero una de las mejores bazas era la capacidad de manejar la presión, dominar el desenvolvimiento de la carrera, tener una visión general de la competición y conocer el estado de los caballos y el carro propios en todo momento. Aun así, se pueden establecer diversos tipos de estrategias o de carreras de acuerdo con el testimonio del ya referido Diocles (Anexo 2), puesto que su inscripción honorífica refleja una tipología que debía de corresponderse con la terminología utilizada en el período por los profesionales y los aficionados. Así, en su impresionante currículo se distinguen las victorias que alcanzó dominando la carrera de principio a fin (*occupavit,* 815 victorias) de aquellas en las que desde la segunda posición acababa por adelantar al auriga que encabezaba la prueba (*succesit,* 67 victorias), otras en las que superaba al líder de la carrera en un apretadísimo *sprint* final (*eripuit,* 502 veces) y, por último, aquellas en las que, por su mala posición en la parrilla de salida o por otras circunstancias, quedaba rezagado y debía adelantar a todos sus rivales (*praemisit,* 36 victorias). Menciona también una quinta categoría *(varii),* que, por su nombre, no se ajustaba a ninguna de las clases de carreras habituales y que le supuso otros 42 triunfos.

Sin embargo, puede que hubiera más categorías o que éstas cambiaran de denominación con el paso del tiempo. A Caracalla, cuando conducía su cuadriga, le encantaba emplear el «método del dios Sol», de cuyas características nada sabemos (Dion Casio 78.10.1). Según diversas fuentes, como el testimonio antes referido de san Juan Crisóstomo, las carreras más celebradas y estimadas por los aurigas y, naturalmente, por los aficionados eran aquellas en las que el vencedor remontaba posiciones desde la última plaza o superaba al primer clasificado en la línea de meta. Estas tácticas, amén del desempeño de caballos y aurigas, eran alabadas o criticadas y analizadas con profusión tanto en el circo como en las tertulias que los seguidores mantenían en las tabernas, el foro, las termas o en casa durante la cena.

Cuando el primer clasificado cruzaba la línea de meta, el operario situado allí con la función de agitar las banderolas señalaba el final de la carrera ondeando el color de la facción del ganador. La victoria era celebrada clamorosamente por los suyos, mientras que la reacción del resto de aficionados podía variar desde la lamentación hasta la resignación, pasando por la indignación o la admiración, de acuerdo con el desarrollo de la pugna y la destreza mostrada por sus aurigas, aunque siempre había irreductibles que no sabían perder, en especial entre los verdes y los azules, como demostró Marcial en un rencoroso epigrama (*sp.* 36). No obstante, a veces resultaba extremadamente complicado discernir quién era el vencedor de la carrera, sobre todo si ésta entraba en la categoría de *eripuit,* es decir, se dilucidaba en un *sprint*. En ese caso era el juez o una instancia superior quien determinaba el ganador. Así ocurrió en una ocasión bajo el reinado de Domiciano, que, en una muestra de exquisita campechanía, otorgó *ex aequo* la victoria a los aurigas Mirino y Triunfo ante las reclamaciones de sus

respectivas aficiones (Marcial *sp.* 23). Sin embargo, a pesar de la polémica obvia que podían despertar estas decisiones, por lo general se optaba por designar a un único vencedor. El auriga victorioso saludaba al emperador si éste se encontraba presente y subía al palco del *editor* y, a veces, incluso al *pulvinar,* donde recibía los trofeos (Sid. Apol. *ep.* 8.9.6; Juan Crisóstomo *Hom. Phil.* 12): la corona de olivo y la palma, que, aunque en la iconografía aparezca únicamente como la rama de este árbol, por lo visto se entregaba también en la forma de una estatuilla de yeso que portaba la palma (*SHA Sev.* 22.3) —he aquí el origen, por cierto, de la expresión castiza «llevarse la palma»—. El ganador también podía obtener una buena cantidad de sestercios. El hispano Diocles recibió una gratificación extra en 92 de sus 1.462 victorias, lo que además certificaba la importancia y el nivel de la prueba. En tiempos de este cochero, los mayores premios iban acompañados de 60.000 sestercios. Asimismo constata premios de 50.000, 40.000, 30.000 y 15.000, amén de 1.000 sestercios por un cuarto puesto, ya que en ocasiones todos los competidores obtenían dinero, si bien en el cuadro de honor de las carreras de cuatro contendientes sólo figuraban los tres primeros clasificados. Presumiblemente estos premios iban a parar a las facciones y luego eran repartidos entre todos sus miembros; una parte importante recaía en los aurigas —aunque fueran esclavos—, en el *factionum dominum,* en los entrenadores y en los veterinarios. Los regalos también podían consistir en sedas, joyas, caballos y otros presentes suntuarios, cuya adquisición podía suponer un auténtico quebradero de cabeza para los *editores,* como lo demuestra abundantemente Símaco en su correspondencia (por ejemplo, le costó mucho conseguir seda, un material que en aquel momento estaba prohibido en los espectáculos). Los testimonios sobre la

entrega de premios son innumerables. Según el autor de la «Vida de Aureliano» incluida en la *Historia Augusta,* el cónsul del año 343, Furio Plácido, promovió unos juegos «con tanto boato que daba la impresión de que se entregaban a los aurigas no regalos, sino bienes patrimoniales, pues se les galardonaba con túnicas al cien por cien de seda, paragaudas [túnicas con bordes de oro] de lino e incluso caballos, en medio de las consiguientes lamentaciones de los hombres morigerados» (*SHA Aur.* 15.4-5). Este dato lo ofrece después de revelar una información relacionada pero eminentemente errónea sobre el emperador Aureliano del siglo anterior. De acuerdo con este testimonio falsario, para compensar el pobre patrimonio de Aureliano y que éste pudiera celebrar con la dignidad requerida su consulado con unos juegos circenses, el emperador Valeriano decidió dotarle de los siguientes recursos: «Trescientos áureos antoninianos, tres mil minútulos filipeos de plata, cincuenta mil sestercios de cobre, diez túnicas de lino, dos pares de manteles de Chipre, diez tapetes africanos, diez tapices moros, cien puercos y cien ovejas» (*SHA Aur.* 12.1-2).

Lo cierto es que tales éxitos y recompensas individuales eran sentidos como propios por los orgullosos seguidores de la facción vencedora. A la hora de programar la competición, los organizadores de los juegos preveían la entrega de los premios, en metálico o en especie, pero también había lugar para la requisitoria espontánea, pues a veces lo concedido no bastaba para satisfacer al insaciable público. Además, al poder siempre le gustaba hacerse de rogar y mostrarse pródigo. Disponemos de diversos testimonios que señalan que tanto los aurigas como, sobre todo, los aficionados no mostraban reparo alguno en pedir premios a los organizadores de las pruebas, preferentemente

al emperador, que solían ser generosos para reforzar su fama o en pro de la paz social. Por citar un ejemplo notorio, los verdes solicitaron insistentemente al emperador Lucio Vero que a su caballo favorito, *Alado,* se le concediera como premio un modio de áureos, una cantidad equivalente ni más ni menos que a nueve kilos de oro (*SHA Verus* 6.6). Aunque no parece que accediera a esta demanda, lo cierto es que este emperador se mostró pródigo en numerosas ocasiones. De hecho, este mismo testimonio indica que fue precisamente con él con quien comenzaron las peticiones de oro para los caballos. Esta liberalidad disgustaba a los críticos con el espectáculo, que consideraban los regalos un dispendio inmoral. Alejandro Severo fue alabado por su reluctancia a entregar obsequios a los aurigas, a los pantomimos o a los *venatores;* a su juicio, y desde un plano legal no le faltaba razón, debían ser tratados como esclavos cuya única meta consistía en proporcionar placer (*SHA Sever.* 37.1). Sin embargo, las súplicas del pueblo no se circunscribían a los premios crematísticos. Parece que no era en absoluto infrecuente que se solicitara la manumisión de los aurigas que competían en el circo —con motivo de los juegos consulares, la costumbre dictaminaba la liberación *in situ* de esclavos, lo que quizás se extendía a los cocheros que participaban en las carreras (Amm. Marc. 22.7.2)—, pero a veces pinchaban en hueso. El hispano Adriano, el emperador «anticampechano» por excelencia, se negó a satisfacer esta petición argumentando que no encontraba justo que se lo demandaran a él ni que, si se decidía a actuar, se forzara a los dueños a liberarlos (Dion Casio 69.16.3). Una ley posterior llegó a prohibir toda manumisión por la presión del público en el ámbito de los espectáculos, lo que, curiosamente, contradecía una ley de apenas unas décadas antes que seguía vigente (*Dig.* 40.9.17 y 40.2.7). Aun así, los

aficionados al circo podían ser tan insistentes y desagradecidos que hartaban al más pintado. Amiano nos cuenta que Lampadio, prefecto de la ciudad de Roma del siglo IV, después de haber invertido una suma enorme en la celebración de unos juegos, se cansó del público hasta tal punto que decidió llevar al Circo Máximo a unos vagabundos que frecuentaban el Vaticano para, delante de todo el mundo, colmarlos de riquezas como muestra de desprecio hacia la plebe circense (Amm. Marc. 27.3.6).

Sin embargo, estas reacciones no eran lo habitual. El judío Flavio Josefo señala que la plebe «pide a los emperadores lo que necesiten, peticiones a las que éstos entienden que no pueden negarse y, en consecuencia, en modo alguno desdeñan» (*AJ* 19.24), pues en el fondo formaba parte del juego establecido entre pueblo y poder. De hecho, una parte importante de los cánticos del circo tenían por objeto halagar al soberano y a sus legados, que al fin y al cabo les proporcionaban estabilidad, seguridad y buenos entretenimientos. Las peticiones populares podían reducirse a tres tipos básicos: las relacionadas directamente con el espectáculo, de las que ya hemos ofrecido algunos ejemplos; las que pretendían la prodigalidad de las autoridades para el beneficio de la plebe, y las de carácter político, social o religioso, de las que dimos sobrada cuenta en la primera parte de la monografía. Aunque la propia dinámica del circo ya se prestaba a las luchas entre facciones, podían estallar conflictos a consecuencia de las peticiones de esta última clase, que desembocaban —dejando aparte los alzamientos populares— en injurias personales dirigidas a los magistrados o al mismo emperador. Si bien la costumbre demandaba que tales críticas debían ser soportadas, pues se consideraban consustanciales al ámbito del circo, podían finalizar con detenciones y hasta ejecuciones, conforme al

derecho romano, pues en el caso de las ofensas especialmente gravosas para la púrpura se podía apelar a la *lex de Maiestate* (*Dig*. 47.10.7 y 15). Sin embargo, esto ocurría raramente. Con respecto a la segunda categoría de peticiones, la reclamación de beneficios para el público, era frecuente que los asistentes recibieran de los organizadores comida y otros muchos bienes, denominados *apophoreta,* la misma palabra empleada para los regalos que se entregaban en la festividad de las Saturnalia.

Los testimonios más prolijos sobre la prodigalidad de los soberanos hacen referencia a los considerados malos emperadores, dada la especial vinculación que se establece en las fuentes entre éstos y los espectáculos. Resulta singularmente curioso el contraste que según Dion Casio existía entre las actitudes de los dos hijos de Vespasiano. En cuanto a Tito, este historiador no ve tacha moral alguna en su enorme generosidad para con el pueblo en los importantísimos juegos que organizó. A Tito le gustaba arrojar a la afición bolitas de madera en las que se anunciaban mediante imágenes los premios concedidos (comida, vestidos, vajillas de oro y plata, caballos, mulas, ganado y esclavos) y que luego debían intercambiarse ante el burócrata de turno. Para Dion Casio, esta costumbre representaba un «sano entretenimiento», mientras que incongruentemente acusaba a Domiciano, el hermano de Tito, de haber inventado este sistema y de arruinar al Estado con los espectáculos que concedió y con otras muestras de prodigalidad destinadas al populacho, como comidas y cenas públicas (Dion Casio 66.25 y 67.5.4). Otro caso paradigmático es el de Heliogábalo, cuyo retrato en la *Historia Augusta* contrasta con el de su sucesor, Alejandro Severo, de mucha mejor fama. De acuerdo con este testimonio, derrochó dinero en banquetes de todo tipo y en

exageradas dádivas; por ejemplo, en una cena pública, «como ofrendas a los comensales, distribuyó eunucos, cuadrigas, caballos enjaezados, mulos, literas cerradas, carruajes, mil áureos y cien libras de plata». Por lo que respecta a los juegos circenses, le atribuye la invención de los sorteos —cosa que es falsa, como hemos visto—, por medio de los cuales los asistentes podían ser agraciados con extrema generosidad o con simpática estupidez, pues el azar determinaba premios como lotes «de diez osos, de diez loros, de diez lechugas o de diez libras de oro» (*SHA Heliog*. 21.7 y 22.2). Herodiano ofrece otra anécdota relacionada con este emperador que incide en su hiperbólico gusto por los dispendios y los regalos, con ocasión de las procesiones diarias que realizaba en honor de su dios y que finalizaban en el templo que ordenó construir en el Palatino. En cierta ocasión, después de los pertinentes sacrificios, subió a unas torres desde donde lanzó a la plebe que se apiñaba en el Foro Romano objetos de oro y plata, vestidos, ricos tejidos e incluso animales. Como resultado, estalló el caos y en las aglomeraciones algunos murieron aplastados mientras otros eran lanceados por los soldados encargados de la seguridad (Herodiano 5.6.7-10). Pese al tenor de estas denuncias, tales prácticas debían ser habituales desde tiempos republicanos. Por ejemplo, los repartos de comida eran frecuentes en ese período, en el contexto de las pugnas electorales y del ejercicio de los cargos, pues, como se ha visto, la fama era un elemento fundamental para medrar en la política. Las críticas descarnadas hacia esta costumbre, basadas en que su principal fin era obtener el halago de la plebe y su complicidad, no deben hacernos creer que únicamente recibían dádivas las clases más populares. También había sorteos y regalos exclusivos para senadores y caballeros. De hecho, sabemos que los miembros de las clases privilegiadas

eran los destinatarios de los obsequios más ostentosos otorgados en el ámbito de los espectáculos. En efecto, hay constancia de tratos comerciales con los afortunados de clase baja (*Dig.* 18.1.8), lo que resulta congruente, ya que productos como la seda o unas copas de plata labrada, que otorgaban prestigio social, difícilmente podían resultarles útiles a las gentes modestas salvo para garantizar su subsistencia.

Una vez entregados los premios, el auriga volvía a la arena y, entre los vítores y cánticos de sus aficionados, daba una vuelta de honor acompañado por el *hortator* de su facción. Recibían el reconocimiento de la mayor parte de la multitud congregada, pero los fanáticos de las facciones contrarias no siempre se comportaban deportivamente, sobre todo si el ganador era un verde o un azul. Y cuando un rival de las facciones menores vencía con solvencia, tales radicales reclamaban su fichaje. Esto podía constituir un motivo para la riña faccionaria, aunque lo cierto es que a la mínima estallaba la violencia una vez que comenzaban los insultos y las humillaciones públicas. Se desencadenaban entonces las peleas en las gradas, que podían extenderse más allá del recinto, algo que afortunadamente ocurría en pocas ocasiones, pese a la enconada rivalidad entre las aficiones. Destacaba por su insolencia, sentido del humor y maledicencia el público de los circos de Roma y Antioquía, aunque era más violento el de la capital siria, junto con el de Alejandría. En esta particular clasificación, desde el siglo V el Hipódromo de Constantinopla fue el recinto más proclive a la insubordinación y la violencia. Sin embargo, incluso en épocas de especial virulencia, como el siglo VI, estos sucesos no representaban en absoluto el pan nuestro de cada día. Se producían de vez en cuando, tanto de forma insospechada como planificada. Los grupos violentos no siempre

originaban tumultos, sino que a veces actuaban en la sombra o como grupos de presión.

Tras la vuelta de honor, continuaba el programa de espectáculos. Sabemos que había una pausa para la comida. Como hemos dicho, en ocasiones los espectadores se beneficiaban de la liberalidad del *editor,* aunque no parece que fuera una práctica habitual, pues acarreaba un gasto desproporcionado. Por el contrario, resulta lógico suponer que los asistentes se llevaran la comida y la bebida de casa, o bien que fueran a las tabernas y comercios situados en las inmediaciones del recinto o, en el caso de aquellos que vivían cerca, se marcharan a sus hogares y después volvieran al circo. Aunque desconocemos por cuánto tiempo se prolongaba esta pausa, parece que era lo bastante generosa como para disfrutar de una buena comida y una siesta. Contamos con el fantástico testimonio de un epigrama de la *Antología Palatina* que no es sino el anuncio publicitario de una taberna constantinopolitana, localizada estratégicamente en los aledaños del hipódromo y de las magníficas termas de Zeuxipo. El anuncio aconseja a los espectadores que, tras las carreras, vayan a tomarse unos baños y que después acudan a la taberna a comer y a descansar en una habitación antes de regresar al espectáculo (*AP* 9.650).

Durante esta pausa la jornada circense no descansaba, sino que otros entretenimientos tomaban el relevo, como sucedía en el anfiteatro, donde ese tiempo se empleaba para las ejecuciones públicas programadas. En tales descansos se ofrecían en el circo todo tipo de diversiones, que podían estar vinculadas o no con el espectáculo principal. Aquí podemos recurrir de nuevo al modesto programa de Oxirrinco que mencionamos más arriba (en la p. 443), según el cual después de la primera carrera se celebraban una

procesión —de cuya naturaleza nada sabemos— y un espectáculo de bailarines equilibristas sobre sogas, que se repetía tras la segunda; a la tercera carrera le seguía una *venatio* de gacelas y sabuesos; tras la cuarta se llevaba a cabo el importante espectáculo de los pantomimos, y tras la quinta, pruebas de atletismo. Con la sexta carrera de este breve programa finalizaban los juegos en el hipódromo de Oxirrinco (*P. Ox.* 34.2707). En el caso de esta ciudad egipcia de tamaño medio, las diversiones que se desarrollaban en los entreactos de la verdadera competición, al igual que sucedía con las carreras de carros, imitaban modestamente lo que ocurría en los recintos más importantes, en especial los de las capitales imperiales. Allí ofrecían su arte los mejores pantomimos, que animaban a los aficionados de sus respectivas colores a través de recreaciones artísticas corporales de los mitos, leyendas e historias del mundo antiguo, acompañados por orquestas y coros que ambientaban sonoramente el relato. También se ofrecían durante la pausa magníficas *venationes* de todo tipo e, incluso, curiosas competiciones de habilidad con animales, como los rodeos tesalios, en los que gentes de esta región de Grecia montaban toros hasta que conseguían cansarlos y derribarlos (Suetonio *Claud.* 21.3), así como luchas de gladiadores —entre ellas, quizá, las peleas públicas en la arena que el Código Justiniano preveía para los sediciosos del circo (*CJ* 11.40.2)—. Además, en el programa podían entrar competiciones atléticas (atletismo, lucha, boxeo), maniobras militares y toda clase de actividades realizadas por funambulistas, malabaristas, gimnastas y equilibristas. Estos artistas eran capaces de las mayores acrobacias, tanto en grupo como individualmente. Por ejemplo, componían figuras en la tierra y en el aire por medio de cuerdas, saltaban a través de aros en llamas o se movían en zancos

haciendo cabriolas. Todas estas diversiones eran organizadas por las mismas facciones, como lo confirma, por ejemplo, la figura del padre de la emperatriz Teodora, domador de osos y funambulista de los verdes, así como la consabida adscripción de los pantomimos a las mismas. Un caso curioso es el de un *cursor prasini,* es decir, un atleta de los verdes, en cuya inscripción funeraria se dice que ganó dos veces en Roma y una en el circo de *Bovillae,* una población situada en la vía Apia (*CIL* VI, 33950). Obviamente, las críticas que suscitaban las carreras del circo se extendían a este conjunto de diversiones populares. De este modo describe san Agustín sus celos por la admiración que despertaban los actores de estos espectáculos, en comparación con la piedad de los hombres de Dios:

> ¿Por qué los hombres prudentes no van a despreciar todo eso, cuando frecuentemente hombres inicuos y corrompidos ejercitan de tal modo sus cuerpos, y con artificios diversos pueden hacer cosas tan maravillosas que quienes no conocen los secretos ni los han visto jamás apenas dan crédito ni a las cosas que han oído? ¿Cuántas acrobacias han llegado a realizar los funámbulos y los demás artistas del teatro o circo?, y ¿cuántas maravillas no han hecho los artesanos y sobre todo los mecánicos? ¿Son por eso mejores que los hombres de bien y están adornados de una piedad santa? (*De div. daem.* 8).

Asimismo había espacio para los *desultores,* que eran capaces de realizar acrobacias imposibles mientras cabalgaban (fig. 27). Éstos recuerdan a los hijos de la nobleza en los Juegos de Troya *(Lusus Troiae),* unos entretenimientos singulares originados en la República, que dejaron de celebrarse hasta que Julio César los resucitó. Se practicaron durante el siglo I y, de manera excepcional en actos de este tipo, permitían la participación sin el menor reproche social de los miembros de las clases más altas. También se celebraban auténticas carreras hípicas como complemento y eran muy apreciados los espectáculos de cómicos y músicos, en especial de trompetistas, liristas y flautistas, que gozaban de gran predicamento, como los tañedores del órgano hidráulico, o *hydraulos,* que describe magníficamente

Claudiano (*cons. Man.* 311-315) y de los que disponemos de estupendas representaciones (fig. 28). Igualmente tenía cabida la exhibición de todo tipo de prodigios, naturales o de creación humana, como los realizados por los mecánicos que menciona san Agustín en la cita anterior, amén de la demostración de habilidades extraordinarias: por ejemplo, un grupo de elefantes capturados en una campaña contra Persia, que participaron en numerosos espectáculos circenses durante el reinado del loco Justino II y que eran capaces de persignarse delante de los templos cristianos y en el circo, donde además se postraban ante el emperador (Juan de Éfeso *HE* 3.48; Gregorio de Tours *HF* 5.30). En lo que concierne a los portentos humanos, podemos citar al forzudo Atánato, que realizaba hazañas como caminar con una coraza y zapatos cuyo peso alcanzaba las quinientas libras (más de 160 kilos), lo que despertaba la admiración del público. Aunque esta anécdota, relatada por Plinio el Viejo, proceda del ámbito escénico y no del circense, no cabe duda de que este singular personaje y otros con habilidades asimismo fantásticas participaban en los entreactos de las carreras (*NH* 7.20.83).



Fig. 27. Representación de un *desultor* en un mosaico procedente de *Volubilis* (Marruecos). Imagen de Jerzy Strzelecki, procedente de Wikipedia Commons.

Fig. 28. Escena de acompañamiento musical en un espectáculo, incluido un tañedor de *hydraulos*. Mosaico procedente de Zliten (Libia). Imagen de Nacéra Benseddik, procedente de Wikipedia Commons.

Así pues, en los días de circo se alternaban hasta el anochecer, si es que no se empleaba la iluminación artificial,

las veinticuatro carreras de rigor con los más variados entretenimientos. Al finalizar la larga jornada, las masas congregadas comenzaban a desalojar las gradas y, estuvieran contentas, tristes o decepcionadas con los resultados de las competiciones, marchaban enardecidas y satisfechas con el despliegue de los aurigas, la fuerza de los caballos y la sinuosa expresividad de los pantomimos. Algunos se encaminaban a sus hogares y otros a las tascas y tabernas para proseguir el debate perpetuo sobre su entretenimiento favorito, mientras consultaban de vez en cuando el calendario y se mostraban ansiosos por retornar al circo de sus sueños y volver a disfrutar del mayor espectáculo del mundo antiguo.

---

1 Pese a la distancia temporal, se trata de testimonios calcados a los de ciertas élites intelectuales españolas respecto al fútbol durante la Transición y la década de 1980. A mediados de los años noventa se cambiaron las tornas y, aunque sigue habiendo quien desdeña el deporte rey, muchos de los que expresaron las más duras diatribas no sólo han reculado, sino que no dudan en mostrar su afición por el fútbol.

2 Resulta inevitable recurrir de nuevo a la comparación con el fútbol contemporáneo, entre cuyos seguidores abundan quienes se identifican de tal manera con unos colores que no se puede afirmar que les guste realmente el deporte en sí —de hecho, se muestran incapaces de analizar sus claves o de apreciar al contrario—, sino que se limitan a apoyar ciegamente a su equipo y, de manera proporcional, a menospreciar a su rival más odiado.

ANEXO 1

LISTADO DE EMPERADORES ROMANOS

Augusto (27 a.C.-14 d.C.)
Tiberio (14-37)
Calígula (37-41)
Claudio (41-54)
Nerón (54-68)
Galba (68-69)
Otón (69)
Vitelio (69)
Vespasiano (69-79)
Tito (79-81)
Domiciano (81-96)
Nerva (96-98)
Trajano (98-117)
Adriano (117-138)
Antonino Pío (138-161)
Marco Aurelio (161-180)
Lucio Vero (161-169)
Avidio Casio (175)
Cómodo (180-193)
Pértinax (193)
Didio Juliano (193)
Pescenio Níger (193-194)

Clodio Albino (193-197)
Septimio Severo (193-211)
Caracalla (211-217)
Geta (211-212)
Macrino (217-218)
Diadumeniano (217-218)
Heliogábalo (218-222)
Alejandro Severo (222-235)
Maximino el Tracio (235-238)
Gordiano I (238)
Gordiano II (238)
Pupieno Máximo (238)
Balbino (238)
Gordiano III (238-244)
Filipo el Árabe (244-249)
Decio o Trajano Decio (249-251)
Herenio Etrusco (251)
Hostiliano (251)
Treboniano Galo (251-253)
Volusiano (251-253)
Emiliano (253)
Valeriano (253-260)
Galieno (260-268)
Salonino (260)
Claudio II (268-270)
Quintilo (270)
Aureliano (270-275)
Claudio Tácito (275-276)
Floriano (276)

Probo (276-282)
Caro (282-284)
Carino (283-285)
Numeriano (283-284)
Diocleciano (284-305)
Maximiano (286-305)
Constancio I (305-306)
Galerio (305-311)
Galerio y Severo II (306-307)
Constantino I el Grande (306-307)
Licinio (308-324)
Maximino Daya (310-313)
Constantino II (337-340)
Constancio II (337-361)
Constante (337-350)
Juliano el Apóstata (361-363)
Joviano (363-364)
Valentiniano I (364-375)
Valente (364-378)
Flavio Graciano (375-383)
Valentiniano II (375-392)
Teodosio I (379-395)

Emperadores de Occidente:

Honorio (395-423)
Constantino III (407-411)
Constancio III (421)
Valentiniano III (425-455)
Avito (455-456)

Mayoriano (456-461)
Libio Severo (461-465)
Antemio (467-472)
Olibrio (472)
Glicerio (473-474)
Julio Nepote (475-475)
Rómulo Augústulo (475-476)

Emperadores de Oriente:

Arcadio (395-408)
Teodosio II (408-450)
Marciano (450-457)
León I (457-474)
León II (474)
Zenón (474-491)
Anastasio (491-518)
Justino I (518-527)
Justiniano (527-565)
Justino II (565-578)
Tiberio II (578-582)
Mauricio (582-602)

ANEXO 2

LA CARRERA DEL AURIGA DIOCLES CONTADA POR ÉL MISMO[1]

Cayo Apuleyo Diocles, auriga de la facción roja, de nación hispana, de la Lusitania, con cuarenta y dos años, siete meses y veintitrés días. Comenzó corriendo en la facción blanca siendo cónsules Acilio Aviola y Cornelio Pansa. Su primera victoria la obtuvo corriendo para la facción blanca, siendo cónsules M. Acilio Glabrio y C. Belicio Torcuato. Comenzó a correr en la facción verde siendo cónsules por segunda vez Torcuato Asprenas y Anio Libo. Venció por vez primera, corriendo para la facción roja, en el consulado de Laenas Pontiano y Antonio Rufino. Resumiendo: condujo cuadrigas durante veinticuatro años, corriendo 4.257 veces, venciendo 1.462, de las cuales 110 en carreras de honor celebradas al comienzo de la fiesta. En carreras de un solo carro por cada una de las cuatro facciones, venció 1.064 veces, de las cuales 92 en certámenes en los que se disputaban premios en dinero. Estas últimas se distribuyen así: 32 victorias en las que el premio era de 30.000 sestercios, de las cuales tres con carros tirados por seis caballos; 29 victorias en las que el premio consistió en 50.000 sestercios, de las cuales una con carros tirados por siete caballos; tres victorias con un premio de 60.000 sestercios. En carreras en las que por cada facción corrían dos carros, venció 387 veces; cuatro de ellas ganando un premio de 15.000 sestercios y corriendo con carros de tres caballos. En carreras en las que cada bando corría con tres carros, triunfó

51 veces. Obtuvo premios de varias clases en 1.462 carreras; segundos premios, 861 veces; terceros, 576 veces; cuarto, una sola vez, con un premio de 1.000 sestercios, y no se clasificó 1.351 veces. Con la facción azul venció 10 veces; con la blanca, 91, de las cuales dos con sendos premios de 30.000 sestercios. Ganó en total 35.863.120 sestercios, venciendo con carros de dos caballos que ya habían triunfado en mil o más carreras, tres veces, una en la facción de los blancos y dos en la de los verdes. Se mantuvo a la cabeza desde el comienzo hasta el fin de la carrera, venciendo al final 815 veces; pasó del segundo lugar al primero ganando la carrera 67 veces; fue dejado atrás, recuperando luego el primer puesto y ganando al final de la carrera, 36 veces. En otros géneros de certámenes triunfó 42 veces. En carrera difícil ganó al final, con un último esfuerzo, 502 veces; de ellas, 216 corriendo para los verdes, 205 para los azules y 81 para los blancos. Hizo que nueve caballos llegasen a alcanzar cada uno más de cien triunfos, y que dos caballos alcanzasen cada uno 200 victorias. Según consta en las actas de su facción, Avilio Teres fue el primero que consiguió llegar a las 1.011 victorias, de las que [...] fueron ganadas en un solo año. Pues bien, Diocles fue el primero que en un solo año alcanzó 1.000 victorias, venciendo en solitario en 103 ocasiones; de ellas, 83 en carreras de un solo carro por color, y además, acreciendo la gloria de sus méritos, superó a Thalo, que había corrido para la misma facción, como el más grande campeón de los rojos [...]. Pues bien, Diocles, el más destacado de todos los aurigas, en un año venció 134 veces llevando en el lado izquierdo un caballo ajeno, 118 de las cuales en certámenes en los que corría un carro por cada color. Con ello Diocles superó a todos los aurigas de todos los colores que nunca hayan tomado parte en juegos circenses. De todos fue percibido y admirado el hecho de que en un solo año, corriendo con un caballo ajeno en el

lado izquierdo y dos en el centro, donde iban los caballos *Cotino* y *Pompeyano,* venciese 99 veces, una de ellas jugándose un premio de 60.000 sestercios, cuatro de 50.000, uno de 40.000 y dos de 30.000 sestercios [...] de la facción verde, venció 1.025 veces, siendo el primero desde los más remotos tiempos de Roma en vencer en siete carreras con premios de 50.000 sestercios. Pero Diocles, superándolo y llevando en su cuadriga a tres caballos ajenos, *Abigeyo, Lúcido* y *Parato,* venció ocho veces en carreras en las que el premio era de 50.000 sestercios. Asimismo, superando a Comunis, Venusto y Epafrodito, tres aurigas miliarios de la facción azul, que lograron vencer 11 veces en carreras cuyo premio era de 50.000 sestercios. Diocles, llevando en el centro de la cuadriga a los caballos *Pompeyano* y *Lúcido,* logró vencer en carreras cuyos premios eran de 50.000 sestercios más de 12 veces [...] de la facción verde, vencedor 1.025 veces, y Flavio Escorpo, vencedor en 2.048 carreras, y Pompeyo Muscloso, vencedor en 3.559 certámenes, tres aurigas que en conjunto vencieron en 6.632 carreras, obteniendo 28 premios de 50.000 sestercios, a todos aventajó Diocles, el más sobresaliente de todos los aurigas, ya que logró triunfar en 1.462 carreras, 29 de las cuales fueron premiadas con 50.000 sestercios. Con nobilísimo esplendor brilla el nombre de Diocles al ver que si Fortunato, de la facción de los verdes, corriendo con el caballo vencedor de nombre *Tusco,* logró 386 victorias y de ellas nueve de 50.000 sestercios de premio, Diocles, corriendo con el caballo vencedor *Pompeyano,* en sólo 152 victorias obtuvo 10 premios de 50.000 sestercios y uno de 60.000. Diocles descolló alcanzando nuevas marcas registradas antes de él, ganando en un solo día dos carreras cuyo premio era de 40.000 sestercios con carros tirados por seis caballos y, aún más [...], con un tiro de siete caballos uncidos entre sí, espectáculo nunca visto hasta entonces con tal número de

caballos, ganó un certamen de 50.000 sestercios y resultó victorioso con *Abigeyo* y sin látigo; salió victorioso de otros concursos con premios de 30.000 sestercios. Y como estas novedades se vieron entonces por vez primera, Diocles se adornó de doble gloria. Según se dice, el que va a la cabeza de todos los aurigas miliarios es Epafrodito, auriga de la facción azul, el cual, en tiempos de nuestro emperador Antonino Pío Augusto, venció 1.462 veces, de ellas 940 en carreras de un solo carro por facción. Pues bien, Diocles, sobrepasándole, resultó vencedor en 1.962 [*sic*] carreras, de ellas 1.064 de un solo carro por color. En estos mismos tiempos, Poncio Epafrodito venció 467 veces en carreras malas, ganadas en un arranque final. Pues bien, Diocles, con este mismo modo de victoria, obtuvo el triunfo 502 veces. El auriga Diocles en este año venció 127 veces, de las cuales 103 con los caballos *Abigeyo, Lúcido* y *Pompeyano,* uncidos en el centro [...], entre destacados aurigas vencieron muchas veces llevando en el yugo a *Africano;* Poncio Epafrodito, de la facción azul, venció con *Búbalo* 134 veces; Pompeyo Muscloso, del color verde, con el caballo [...] salió victorioso en 115 carreras. Diocles, empero, sobrepasó a todos, resultando vencedor con *Pompeyano* 152 veces, 144 en carreras de un solo carro por facción. Y, aumentando su gloria, obtuvo 445 victorias llevando en el yugo a cinco caballos: *Cotino, Gálata, Abigeyo, Lúcido* y *Pompeyano,* de las cuales 397 en carreras de un solo carro por color.

---

1 *CIL* VI, 10048. Traducción de García y Bellido (1967, pp. 143-147), con leves modificaciones.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

Fuentes literarias

Agatías, *Hist.* = *Historias.* [Trad. esp. de B. Ortega Villaro (2008): *Historias,* Gredos, Madrid.]

Agustín de Hipona, *Catech. rud.* = *La catequesis a los principiantes.* [Trad. esp. de J. Oroz Reta (1988): *Obras completas de san Agustín XXIX,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

—, *Conf.* = *Confesiones.* [Trad. esp. de Á. Custodio Vega (1998): *Obras completas de san Agustín II. Las confesiones,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

—, *Divin. Daem.* = *La adivinación diabólica.* [Trad. esp. de T. C. Madrid (1995): *Obras completas de san Agustín XL. Escritos varios (2.º),* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

—, *Iul.o.imp.* = *Réplica contra Juliano* (obra inacabada). [Trad. esp. de P. Luis Arias (1988): *Obras completas de san Agustín XXXVII. Escritos antipelagianos,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

—, *Lib. Arb.* = *Del libre albedrío.* [Trad. esp. de VV.AA. (1963): *Obras de san Agustín III. Escritos filosóficos,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

Ambrosio de Milán, *De Sac.* = *Los sacramentos.* [Trad. esp. de P. Cervera Barranco (2007): *Explicación del Símbolo – Los*

sacramentos – Los misterios, Ciudad Nueva, Madrid.]

—, *ep.* = *Cartas.* [Trad. inglesa de M. M. Beyenka (1954): *Letters,* Catholic University of America, Washington.]

Amiano Marcelino = Amm. Marc., *Historias.* [Trad. esp. de M. L. Harto Trujillo (2002): *Historia,* Akal, Torrejón de Ardoz.]

AL = *Antología Latina.* [Trad. esp. de F. Socas (2011): *Antología Latina. Repertorio de poemas extraído de códices y libros impresos,* Gredos, Madrid.]

AP = *Antología Palatina.* [Trad. inglesa de W. R. Paton (1920-1928): *The Greek Anthology,* 5 vols., Heinemann-Harvard University Press, Londres-Cambridge.]

Apsirto. [Ed. de E. Oder & C. Hoppe (1927): *Corpus hippiatricorum Graecorum,* 2 vols., Teubner, Berlín.]

Ateneo, *Banquete de los eruditos.* [Trad. esp. de L. Rodríguez-Noriega Guillén (1998-2006): *Banquete de los eruditos,* 4 vols. Gredos, Madrid.]

Augusto, *RG* = *Res Gestae.* [Trad. esp. de A. Alvar Ezquerra (1980-1981): «La *Res Gestae Divi Augusti»,* en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología* 7-8, pp. 109-140.]

Aurelio Víctor = Aur. Víctor, *Libro de los césares.* [Trad. esp. de E. Falqué (2008): *Eutropio. Breviario. Aurelio Víctor. Libro de los césares,* Gredos, Madrid.]

Ausonio, *Ordo* = *Clasificación de las ciudades ilustres*; *epit.* = *Epitafios de los héroes que estuvieron en la Guerra de Troya.* [Trad. esp. de A. Alvar Ezquerra (1990): *Obras,* 2 vols., Gredos, Madrid.]

Basilio de Cesarea, *ep.* = *Cartas.* [Trad. inglesa de R. J. Deferrari (1961-1934): *The Letters*, Heinemann-Harvard University Press, Londres-Cambridge.]

—, *Hex.* = *Homilías sobre el Hexámeron.* [Trad. francesa de S. Giet (1968): *Homélies sur l'Hexaéméron,* Sources

chrétiennes, París.]

—, *HGord. = Homilía a Gordio.* [Trad. esp. de M. A. Valdés García (2007): *Panegíricos a los mártires. Homilías contra las pasiones,* Ciudad Nueva, Madrid.]

—, *Hom. Div. = Homilía VII contra los ricos.* [Trad. esp. de F. Rivas Rebaque (2005): *Defensor pauperum. Los pobres en Basilio de Cesarea (homilías VI, VII, VIII y XIVB),* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

Casiodoro, *Var. = Variae.* [Trad. inglesa de S. J. B. Barnish (1992): *Selected Variae of Magnus Aurelius Cassiodorus Senator,* Liverpool University Press, Liverpool.]

Chron. Caes. = Chronica Caesaraugustana. [Ed. de C. Cardelle de Hartmann (2001): *Victoris Tunnunensis Chronicon cum reliquiis ex Consularibus Caesaraugustanis et Iohannis Biclarensis Chronicon,* Brepols, Turnhout, 2001.]

Chron. Gallica ad DXI = Crónica Gálica del año 511. [Trad. inglesa de A. C. Murray (2003): *From Roman to Merovingian Gaul: A Reader,* Broadview Press, Peterborough.]

Chron. Pasch. = Chronicon Paschale. [Trad. inglesa de Michael Whitby y Mary Whitby (1989): *Chronicon Paschale 284-628 AD,* Liverpool University Press, Liverpool.]

Cicerón, *Att. = Cartas a Ático.* [Trad. esp. de M. Rodríguez-Pantoja Márquez (1996): *Cartas a Ático,* 2 vols., Gredos, Madrid.]

—, *Cat. = Catilinarias.* [Trad. esp. de C. López de Juan (2015): *Catilinarias,* Alianza, Madrid.]

—, *De Off. = Sobre los deberes.* [Trad. esp. de J. Guillén Cabañero (2015): *Sobre los deberes,* Alianza, Madrid.]

—, *De Rep. = La República.* [Trad. esp. de M. del Rincón Sánchez (2014): *La República*, Alianza, Madrid, 2014.]

—, *Div.* = *Sobre la adivinación.* [Trad. esp. de Á. Escobar (1999): *Sobre la adivinación. Sobre el destino. Timeo,* Gredos, Madrid.]

—, *Fam.* = *Cartas a los familiares.* [Trad. esp. de J. A. Beltrán y A. I. Magallón García (2008): *Cartas a los familiares,* 2 vols., Gredos, Madrid, 2008.]

—, *Fin.* = *Del supremo bien y el supremo mal.* [Trad. esp. de V. J. Herrero Llorente (1987): *Del supremo bien y el supremo mal,* Gredos, Madrid, 1987.]

—, *Mur.= Murena.* [Trad. esp. de J. Aspa Cereza (1995): *Discursos V. En defensa de Sexto Roscio Amerino; En defensa de la Ley Manilia; En defensa de Aulo Cluencio; Catilinarias; En defensa de Lucio Murena,* Gredos, Madrid.]

—, *Phil.* = *Filípicas.* [Trad. esp. de M. J. Muñoz Jiménez (2006): *Discursos VI. Filípicas,* Gredos, Madrid.]

—, *Verr.* = *Verrinas.* [Trad. esp. de J. M. Requejo Prieto (1990): *Discursos II. Verrinas. Segunda sesión (discursos III-V),* Gredos, Madrid.]

Cipriano de Cartago, *De spec.* = *Sobre los espectáculos.* [Trad. esp. de J. A. Gil Tamayo (2016): *Obras completas II,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

—, *ep.* = *Cartas.* [Trad. esp. de M. L. García Sanchidrián (1998): *Cartas,* Gredos, Madrid.]

CJ = *Código Justiniano.* [Trad. inglesa de S. P. Scott (1932): *The Justinian Code from the Corpus juris civilis,* Central Trust Company, Cincinnati.]

Claudiano, *De VI Cos. Hon.* = *Panegírico al sexto consulado del emperador Honorio*; *cons. Man.* = *Panegírico en honor del cónsul Manlio Teodoro.* [Trad. esp. de Miguel Castillo Bejarano (1993): *Poemas,* 2 vols., Gredos, Madrid.]

Col. Av. = *Collectio Avellana.* [Ed. de O. Guenther (1898): *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum, vol. XXXV.*

Epistulae Imperatorum Pontificum Aliorum inde ab A. CCCLXVII usque ad A. DLIII datae Avellana quae dicitur Collectio, 2 vols., F. Tempsky, Viena.]

Columela, *De re rust.* = *De los trabajos del campo.* [Trad. esp de A. Holgado Redondo (1988): *De los trabajos del campo,* Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1988.]

Conc. Elv. = *Concilio de Elvira.* [Trad. esp. de Gonzalo Martínez Díez en J. Vives (1963): *Concilios visigóticos e hispano-romanos,* CSIC-Instituto Enrique Flórez, Barcelona.]

Conde Marcelino = Marc. Comes, *Chron.* = *Crónica.* [Trad. inglesa de B. Croke (1995): *The Chronicle of Marcellinus,* Australian Association for Byzantine Studies, Sídney.]

Coripo, *Ioan.* = Juánide; *Pan.* = *Panegírico de Justino II.* [Trad. esp. de A. Ramírez Tirado (1997): *Juánide – Panegírico de Justino II,* Gredos, Madrid.]

CTh = *Código Teodosiano.* [Trad. inglesa de C. Pharr (1952): *The Theodosian Code and Novels and the Sirmondian Constitutions,* Princeton University Press, Princeton.]

Dado de Rouen, *Vit. Aud.* = *Vida de san Eligio.* [Trad. inglesa de J. A. McNamara (2001): «Dado of Rouen, Life of St. Eligius of Noyon», en T. Head (ed.) (2001), *Medieval Hagiography: an Anthology,* Routledge, Londres, pp. 137-168.]

Dig. = *Digesto.* [Trad. esp. de A. D'Ors *et al.* (1968): *El Digesto de Justiniano,* 3 vols., Aranzadi, Pamplona.]

Dion Casio, *Historia Romana.* [Trad. esp. (incompleta) de VV.AA. (2004-2011): *Historia Romana,* 4 vols., Gredos, Madrid. Ed. inglesa bilingüe completa de E. Cary (1914-1927): *Dio's Roman History,* 9 vols., William Heinemann Ltd., Londres.]

Dion de Prusa, *Or.* = Oraciones. [Trad. esp. de G. Morocho

Gayo y G. del Cerro Calderón (1988-1997): *Dion de Prusa. Discursos,* 4 vols., Gredos, Madrid.]

Dionisio de Halicarnaso, *Ant. Rom. = Antigüedades romanas.* [Trad. esp. de VV.AA. (1984-1988): *Historia Antigua de Roma,* 4 vols., Gredos, Madrid.]

Doct. Iac. = Didascalión de Jacob. [Trad. francesa de G. Dagron y V. Déroche (1991): «Juifs et chrétiens dans l'Orient du VII[e] siècle», en *Travaux et mémoires* 11, pp. 17-248.]

Elio Aristides, *Or. = Oraciones.* [Trad. esp. de VV.AA. (1985-1999): *Discursos,* Gredos, Madrid.]

Ennodio, *op. = Opúsculos.* [Trad. esp. de A. López Kindler (2012): *Obra miscelánea. Declamaciones,* Gredos, Madrid.]

Epicteto, *Disc. = Discursos.* [Trad. esp. de P. Ortiz García (1993): *Disertaciones por Arriano,* Gredos, Madrid.]

Estacio, *Sil. = Silvas.* [Trad. esp. de F. Torrent Rodríguez: *Silvas,* Gredos, Madrid, 2002.]

Eunapio, *fr. = Fragmentos.* [Trad. inglesa de R. C. Blockley (1981-1983): *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire: Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus,* 2 vols., Cairns, Liverpool.]

Eusebio de Cesarea, *de Laud. Const. = Oración en alabanza a Constantino.* [Trad. inglesa de H. A. Drake (1976): *In Praise of Constantine: A Historical Study and New Translation of Eusebius' Tricennial Orations,* University of California Press, Berkeley.]

—, *VC = Vida de Constantino.* [Trad. esp. de M. Gurruchaga: *Vida de Constantino,* Gredos, Madrid, 1994.]

Eutropio, *Breviario.* [Trad. esp. de E. Falqué (2008): *Eutropio. Breviario. Aurelio Víctor. Libro de los césares,* Gredos, Madrid.]

Evagrio Escolástico, *HE = Historia Eclesiástica.* [Trad.

francesa de L. Angliviel de la Beaumelle, B. Grillet y G. Sabbah (2011-2014): *Histoire ecclésiastique,* 2 vols., Sources chrétiennes, París.]

Exc. Val. = *Excerpta Valestiana.* [Trad. esp. de I. Lasala Navarro y P. López Hernando (2009): *«Chronica Theodericiana,* comentario, notas y traducción», en *Habis* 40, pp. 251-275.]

Exp. tot. mundi = *Descripción del mundo entero.* [Trad. esp. de A. García-Toraño Martínez (2002): *Rutilio Namaciano – El Retorno. Geógrafos Latinos Menores,* Gredos, Madrid.]

F. Ost. = *Fasti Ostienses.* [Trad. esp. de J. González Fernández y J. C. Saquete Chamizo (2003): «Inscripciones selectas del reinado de Trajano», en J. González Fernández y J. C. Saquete Chamizo (eds.) (2003), *Marco Ulpio Trajano, emperador de Roma: documentos y fuentes para el estudio de su reinado,* Universidad de Sevilla, Sevilla.]

Filón de Alejandría, *De Prov.* = *Sobre la providencia*; *Flacc.* = *Contra Flaco*; *Fr. Gen.* = *Comentarios al Génesis*; *Leg.* = *Embajada a Gayo*; *Mut.* = *El cambio de los nombres.* [Trad. esp. de J. M. Triviño (1975-1976): *Obras completas de Filón de Alejandría,* 5 vols., Acervo Cultural Ediciones, Buenos Aires.]

Filóstrato, *Gymn.* = *Gimnástico.* [Trad. esp. de F. Mestre (1996): *Heroico, Gimnástico y Descripciones de cuadros. Calístrato, Descripciones,* Gredos, Madrid.]

—, *Vit. Apol.* = *Vida de Apolonio de Tiana.* [Trad. esp. de A. Bernabé Pajares (1992): *Vida de Apolonio de Tiana,* Gredos, Madrid, 1992.]

Fírmico Materno, *Math.* = *Mathesis.* [Trad. francesa de P. Monat (1994-2002): *Mathesis,* 3 vols., Les Belles Lettres, París.]

Flavio Josefo, *AJ* = *Antigüedades judías.* [Trad. esp. de J. Vara Donado (1997): *Antigüedades judías,* 2 vols., Akal,

Torrejón de Ardoz, 1997.]

—, *Vit.* = *Autobiografía.* [Trad. esp. de M. V. Spottorno Díaz-Caro y J. R. Busto Saiz (2015): *Autobiografía. Sobre la antigüedad de los judíos,* Alianza, Madrid.]

Frontón, *ep.* = *Cartas.* [Trad. esp. de Á. Palacios Martín (1992): *Epistolario,* Gredos, Madrid.]

Furio Dionisio Filócalo, *Chron. s.a. 354* = *Cronografía del año 354*; *Kalendarium* = *Calendario.* [Ed. de T. Mommsen (1892): *MGH AA IX. Chronica minora saec. IV. V. VI. VII. (I),* Berolini apud Weidmannos, Berlín.]

Galeno, *Praen.* = *Sobre el pronóstico.* [Trad. esp. de T. Martínez Manzano (2002): *Tratados filosóficos y autobiográficos,* Gredos, Madrid.]

Gildas, *De exc.* = *Sobre la ruina y la conquista de Britania.* [Trad. inglesa de M. Winterbottom (2002): *The Ruin of Britain and Other Works,* Phillimore, Londres y Chichester.]

Gilgamesh. [Trad. esp. de Javier Alonso López (2016): *Gilgamesh,* ed. de Stephen Mitchell, Alianza, Madrid.]

Gregorio de Tours, *HF* = *Historia de los francos.* [Trad. inglesa de L. Thorpe (1974): *The History of the Franks,* Penguin, Londres.]

Herodiano, *Historia del Imperio Romano.* [Trad. esp. de J. J. Torres Esbarranch (1985): *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio,* Gredos, Madrid.]

Hidacio, *Crónica.* [Trad. gallega de X. Bernárdez Vilar (2004): *Chronica (379-469),* Cadernos Ramón Piñeiro, Santiago de Compostela.]

Homero, *Il.* = *Ilíada.* [Trad. esp. de O. Martínez García (2013): *Ilíada,* Alianza, Madrid.]

Horacio, *Sat.* = *Sátiras.* [Trad. esp. de J. Lozano Rodríguez (2001): *Sátiras,* Alianza, Madrid.]

Isidoro de Sevilla, *Etym.* = *Etimologías.* [Trad. esp. de J. Oroz Reta y M. A. Marcos Casquero (2004): *Etimologías,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

—, *Hist. Vand.* = *Historia de los Vándalos.* [Trad. esp. de C. Rodríguez Alonso (1975): *Las historias de los Godos, Vándalos y Suevos de Isidoro de Sevilla,* Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, León.]

Januario Nepociano, *epit.* = *Epítome.* [Trad. esp. de S. López Moreda, M. L. Harto Trujillo y J. Villalba Álvarez (2003): *Valerio Máximo. Hechos y dichos memorables,* 2 vols., Gredos, Madrid.]

Jenofonte, *Cyr.* = *Ciropedia.* [Trad. esp. de A. Vegas Sansalvador (1987): *Ciropedia,* Gredos, Madrid.]

Jerónimo, *Chron.* = *Crónica.* [Trad. francesa de B. Jeanjean y B. Lançon (2004): *Saint Jérôme, Chronique. Continuation de la Chronique d'Eusèbe, années 326-378,* Presses Universitaires de Rennes, Rennes.]

—, *ep.* = *Epístolas.* [Trad. esp. de J. Bautista Valero (1993-1995): *Epistolario de San Jerónimo,* 2 vols., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

—, *Vit. Hil.* = *Vida de Hilarión.* [Trad. esp. de V. Bejarano (2002): *Obras completas,* vol. II, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

Jorge Cedreno, *fr.* = *Fragmentos.* [Ed. de I. Bekker (1838): *George Cedrenus. Compendium historiarum,* Weber, Bonn.]

Juan de Antioquía, *fr.* = *Fragmentos.* [Trad. inglesa de S. Mariev (2008), *Ioannis Antiocheni fragmenta quae supersunt omnia,* Walter de Gruyter, Berlín.]

Juan Crisóstomo, *de Stat.* = *Homilías a las estatuas.* [Trad. esp. de J. Oteo Uruñuela (1990-1991): *Las XXI homilías de las estatuas,* 2 vols., Apostolado Mariano, Sevilla.]

—, *Hom. Act.* = *Homilías a los hechos de los apóstoles.* [Trad.

esp. de M. Merino Rodríguez (2010): *Homilías a los hechos de los apóstoles,* 2 vols., Ciudad Nueva, Madrid.]

—, *Hom. ad Phil. = Homilías a las cartas de san Pablo a los filipenses.* [Trad. inglesa de P. Allen (2013): *Homilies on Philippians,* Society of Biblical Literature, Nueva York.]

—, *Hom. c. ludos et theatra = Homilía contra los juegos circenses y el teatro.* [Trad. esp. de R. P. Florentino Ogara (1991): *Homilías selectas,* 2 vols., Apostolado Mariano, Sevilla.]

—, *Hom. in 1Cor. = Homilías sobre la Primera Carta a los Corintios.* [Trad. esp. de M. I. Delgado Jara (2012): *Obras de san Juan Crisóstomo. IV: Homilías sobre la Primera Carta a los Corintios,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

—, *Hom. in Eutropius = Homilía a favor de Eutropio.* [Trad. esp. de R. P. Florentino Ogara (1991): *Homilías selectas,* 2 vols., Apostolado Mariano, Sevilla.]

—, *Hom. in Heb. = Homilía sobre la Carta a los Hebreos.* [Trad. esp. de M. Merino Rodríguez (2009): *Homilía sobre la Carta a los Hebreos,* Ciudad Nueva, Madrid.]

—, *Hom. in Joh. = Homilías sobre el Evangelio de Juan.* [Trad. esp. de I. Garzón Bosque y S. García-Jaló (1991-2001): *Homilías sobre el Evangelio de Juan,* 3 vols., Ciudad Nueva, Madrid.]

—, *Hom. in Mat. = Homilías sobre el Evangelio de san Mateo.* [Trad. esp. de D. Ruiz Bueno (1955-1956): *Obras de san Juan Crisóstomo 1-2. Homilías sobre el Evangelio de san Mateo,* 2 vols., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.]

—, *Sac. = Sobre el sacerdocio.* [Trad. esp. de D. Ruiz Bueno (2010): *Sobre el sacerdocio,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2010.]

Juan de Éfeso, *HE = Historia Eclesiástica.* [Trad. inglesa de R. Payne Smith (1860): *The third part of the Ecclesiastical*

History of John bishop of Ephesus now first translated from the original Syriac, University Press, Oxford.]

Juan Lido, *De mens.* = *Sobre los meses.* [Trad. inglesa de M. Hooker (2017), *On the months (De mensibus),* Open Source, CC BY-NC-ND 3.0.]

Juan Malalas, *Chronog.* = *Cronografía.* [Trad. inglesa de E. Jeffreys, M. Jeffreys y R. Scott (1986): *The chronicle of John Malalas. A translation,* Australian Association for Byzantine Studies, Melbourne.]

Juan de Nikiu, *Chron.* = *Crónica.* [Trad. inglesa de R. H. Charles (1916): *The Chronicle of John, bishop of Nikiu,* Williams & Norgate, Londres.]

Juliano, *ep.* = Epístolas. [Trad. esp. de J. García Blanco y P. Jiménez Gazapo (1982): *Contra los Galileos. Cartas y fragmentos. Testimonios,* Gredos, Madrid.]

—, *Or.* = *Oraciones.* [Trad. esp. de J. García Blanca (1979-1982): *Discursos,* 2 vols., Gredos, Madrid.]

Julio Africano, *Kest.* = *Kestoi.* [Trad. inglesa de F. C. R. Thee (1984): *Julius Africanus and the Early Christian View of Magic,* J.C.B. Mohr, Tubinga.]

Justiniano, *Nov.* = *Novellae.* [Trad. inglesa de B. W. Frier (ed.) (2016): *The Codex of Justinian. A New Annotated Translation, with Parallel Latin and Greek Text,* Cambridge University Press, Cambridge.]

Juvenal, *Sat.* = *Sátiras.* [Trad. esp. de F. Socas Gavilán (2010): *Sátiras,* Alianza, Madrid.]

Lactancio, *De mort. pers.* = *Sobre la muerte de los perseguidores.* [Trad. esp. de R. Teja (1982): *Sobre la muerte de los perseguidores,* Gredos, Madrid.]

—, *Inst. Div.* = *Instituciones divinas.* [Trad. esp. de E. Sánchez Salor (1990): *Instituciones divinas,* 2 vols., Gredos, Madrid.]

León i Magno, *Serm.* = *Sermones.* [Trad. inglesa de J. P. Freeland y A. J. Conway (1996): *St. Leo the Great. Sermons,* Catholic University of America, Washington.]

Libanio, *ep.* = *Cartas.* [Trad. esp. de A. González Gálvez (2005): *Cartas. Libros I-V,* Gredos, Madrid.]

—, *Or.* = *Oraciones.* [Trad. esp. de A. Melero Bellido y A. González Gálvez (2001): *Discursos,* 3 vols., Gredos, Madrid.]

Lib. Pont. = *Libro de los Pontífices.* [Trad. inglesa de R. Davis (2000): *The Book of Pontiffs,* University of Liverpool Press, Liverpool.]

Luciano de Samósata, *Anac.* = *Anacarsis* o *Sobre la gimnasia*; *De salt.* = *Sobre la danza*; *Nigr.* = *Filosofía de Nigrino.* [Trad. esp. de VV.AA. (1986-1997): *Obras,* 4 vols., Gredos, Madrid.]

Marcial, *epig.* = *Epigramas*; *Sp.* = *Libro de los espectáculos.* [Trad. esp. de F. Socas Gavilán y J. Fernández Valverde (2004): *Epigramas,* Alianza, Madrid; también trad. de A. Ramírez de Verger y J. Fernández Valverde (2001), *Epigramas,* Gredos, Madrid.]

Marco Aurelio, *Med.* = *Meditaciones.* [Trad. esp. de A. Guzmán Guerra (2014): *Meditaciones,* Alianza, Madrid.]

Menandro Protector, *fr.* = *Fragmentos.* [Trad. inglesa de R. C. Blockley (1985): *The History of Menander the Guardsman,* Cairns, Liverpool.]

Minucio Félix, *Oct.* = *Octavio.* [Trad. esp. de V. Sanz Santacruz (2000): *Octavio,* Ciudad Nueva, Madrid.]

Miracula S. Demetrii. [Trad. francesa de P. Lemerle (1979): *Les plus anciens recueils des miracles de saint Démétrius et la pénétration des Slaves dans les Balkans. I. Le texte,* Éditions du CNRS, París.]

Nov. Maj. = *Novelas de Mayoriano.* [Trad. inglesa de C. Pharr (1952): *The Theodosian Code and Novels and the*

Sirmondian Constitutions, Princeton University Press, Princeton.]

Novaciano, *De spec. = Sobre los espectáculos.* [Trad. esp. de M. A. Betancor León, G. Santana Henríquez y C. Vilanou Torrano (2001): *De spectaculis. Ayer y hoy del espectáculo deportivo,* Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas.]

Olimpiodoro de Tebas, *fr. = Fragmentos.* [Trad. inglesa de R. C. Blockley (1981-1983): *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire: Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus,* 2 vols., Cairns, Liverpool.]

Ovidio, *a.a. = El arte de amar.* [Trad. esp. de J. L. Arcaz Pozo (2015): *Arte de amar. Remedios de amor,* Alianza, Madrid.]

—, *Am. = Amores.* [Trad. esp. de A. Ramírez de Verger (2001): *Amores,* Alianza, Madrid.]

Paladio, *H. Laus. = Historia Lausiaca.* [Trad. esp. de L. E. Sansegundo Valls (1970): *El mundo de los padres del desierto (la Historia Lausiaca),* Studium, Madrid.]

Pan. Lat. = Panegíricos Latinos. [Trad. inglesa de C. E. V. Nixon y B. Saylor Rodgers (1994): *In Praise of Later Roman Emperors: The Panegyrici Latini,* University of California Press, Berkeley.]

Paulino de Milán, *Vit. Ambr. = Vida de san Ambrosio.* [Trad. inglesa de J. A. Lacy (1952): *Life of St Ambrose by Paulinus,* Fathers of the Church, Nueva York.]

Paulo Diácono, *Hist. Long. = Historia de los lombardos.* [Trad. inglesa de W. D. Foulke (1974): *Paul the Deacon. History of the Lombards,* University of Pennsylvania Press, Filadelfia.]

Pausanias = Paus., *Descripción de Grecia.* [Trad. esp. de C. Azcona (2014): *Descripción de Grecia*, Alianza, Madrid; también trad. esp. de M. C. Herrero Ingelmo (1994-2008):

Descripción de Grecia, 3 vols., Gredos, Madrid.]

Pelagonio, *Ars veterinaria.* [Trad. inglesa de A. McCabe (2007): *A Byzantine Encyclopaedia of Horse Medicine. The Sources, COmpilation, and Transmission of the Hippiatrica,* Oxford University Press, Oxford.]

Petronio, *Sat.* = *Satiricón* [Trad. esp. de J. C. Miralles Maldonado (2014): *Satiricón,* Alianza, Madrid.]

Píndaro, *Ol.* = *Olímpicas*; *Pit.* = *Píticas.* [Trad. esp. de A. Ortega (1984): *Odas y fragmentos: Olímpicas, Píticas, Nemeas, Ístmicas, Fragmentos,* Gredos, Madrid.]

Plauto, *Men.* = *Los dos Menecmos.* [Trad. esp. de M. González-Haba (1996): *Comedias,* 2 vols., Gredos, Madrid.]

Plinio El Joven, *ep.* = *Epístolas*; *Pan.* = *Panegírico.* [Trad. esp. de J. C. Martín (2007): *Epistolario (Libros I-X). Panegírico del emperador Trajano,* Cátedra, Madrid.]

Plinio El Viejo, *HN* = *Historia Natural.* [Trad. esp. incompleta de VV.AA. (1995-2010): *Historia Natural,* 4 vols., Gredos, Madrid. Trad. completa en inglés de H. Rackman (1938-1952): *Natural History,* 9 vols., Harvard University Press – William Heinemann Ltd., Cambridge y Londres.]

Plutarco, *Galba.* [Trad. esp. de J. P. Sánchez Hernández (2009): *Vidas paralelas VII. Demetrio-Antonio, Dion-Bruto, Arato-Artajerjes, Galba-Otón,* Gredos, Madrid.]

—, *Pomp.* = *Pompeyo.* [Trad. esp. de S. Bueno Morillo (2007): *Vidas Paralelas VI. Alejandro-César, Agesilao-Pompeyo, Sertorio-Éumenes,* Gredos, Madrid.]

—, *Quaest. Rom.* = *Cuestiones romanas.* [Trad. de M. A. Marcos Casquero (1992): *Cuestiones romanas,* Akal, Torrejón de Ardoz.]

Polemio Silvio, *Lat.* = *Laterculus.* [Ed. de T. Mommsen (1892): *Monumenta Germaniae Historica. Chronica minora, saec. IV. V. VI. VII,* Georg Waitz, Berlín.]

Polibio, *Hist.* = *Historias.* [Trad. esp. de J. M. Candau Morón (2008): *Historia de Roma,* Alianza, Madrid.]

Priap. = *Corpus Priaperorum.* [Trad. esp. de E. Montero Cartelle (1990): *Priapeos. Grafitos amatorios pompeyanos. La velada de la fiesta de Venus. Reposiano – El concúbito de Marte y Venus. Ausonio – Centón nupcial,* Gredos, Madrid.]

Prisciano, *Pan.* = *Panegírico de Anastasio.* [Trad. francesa de E. F. Corpet (1845): *Poème sur les poids et mesures. La périégèse. Éloge de l'empereur Anastase,* C. L. F. Panckoucke, París.]

Prisco, *fr.* = *Fragmentos.* [Trad. inglesa de R. C. Blockley (1981-1983): *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire: Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus,* 2 vols., Cairns, Liverpool.]

Procopio, *De Aed.* = *Sobre los edificios.* [Trad. inglesa de H. B. Dewing (1961): *Procopius in seven volumes. Vol. 7, Buildings. General index to Procopius,* Heinemann-Harvard University Press, Londres-Cambridge.]

—, *HA* = *Historia Secreta.* [Trad. esp. de J. Signes Codoñer (2000): *Historia Secreta,* Gredos, Madrid.]

—, *Historia de las Guerras: BG* = *Guerra Gótica*; *BP* = *Guerra Persa*; *BV* = *Guerra Vándala.* [Trad. esp. de F. A. García Romero y J. A. Flores Rubio (2000-2007): *Historia de las Guerras,* 4 vols., Gredos, Madrid.]

Próspero de Aquitania, *Chron.* = *Crónica.* [Trad. inglesa de A. C. Murray (2003): *From Roman to Merovingian Gaul: A Reader,* Broadview Press, Peterborough.]

Prudencio, *C. Symm* = *Contra Símaco*; *Harm.* = *Origen del pecado.* [Trad. esp. de L. Rivero García (1997): *Obras,* Gredos, Madrid.]

Ps. = Salmos. [Trad. esp. de F. Torres Amat (1930): *La santa Biblia,* La Editorial Vizcaína, Bilbao.]

PS. Ovidio, *Hal.* = *Haliéutica.* [Trad. esp. de J. A. Correa Rodríguez (1984): *Poesía latina pastoril de caza y pesca,* Gredos, Madrid.]

PS. Zacarías de Mitilene, *Chron.* = *Crónica Siriaca.* [Trad. inglesa de F. J. Hamilton y E. W. Brooks (1899): *The Syriac Chronicle known as that of Zachariah of Mitylene,* Methuen & Co., Londres.]

Quintiliano, *Inst.* = *Instituciones oratorias.* [Trad. esp. de A. Ortega Carmona (1997-2001): *Sobre la formación del orador. Doce libros,* 5 vols., Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca.]

Quinto Cicerón, *Comment. pet.* = *Breve manual de campaña electoral.* [Trad. esp. de T. Hernández Cabrera (2003): *Correspondencia con su hermano Quinto,* Alianza, Madrid.]

Rufo Festo, *Brev.* = *Breviario.* [Trad. esp. de F. Navarro y Calvo (1889-1890): *Escritores de la Historia Augusta,* Librería de Viuda de Hernando y C.ª, Madrid.]

Rutilio Namaciano, *de Red. suo* = *El retorno.* [Trad. esp. de A. García-Toraño Martínez (2002): *El Retorno. Geógrafos Latinos Menores,* Gredos, Madrid.]

Salustio, *BC* = Conjura de Catilina. [Trad. esp. de B. Segura Ramos (1997): *Conjuración de Catilina. Guerra de Jugurta. Fragmentos de las Historias. Pseudo Salustio. Cartas a César. Invectiva contra Cicerón. Pseudo Cicerón. Invectiva contra Salustio,* Gredos, Madrid.]

Salviano de Marsella, *de Gub. Dei* = *Sobre el gobierno de Dios.* [Trad. francesa de G. Lagarrigue (1971-1975): *Salvien de Marseille. Oeuvres,* Sources chrétiennes, París.]

Séneca, Lucio Anneo, *de ot.* = *Sobre el ocio*; *tranq.* = *Sobre la tranquilidad del alma.* [Trad. esp. de F. Navarro Antolín (2014): *Sobre la firmeza del sabio. Sobre el ocio. Sobre la tranquilidad del alma. Sobre la brevedad de la vida,* Alianza, Madrid.]

—, *De vit. beat.* = *Sobre la felicidad.* [Trad. de J. Marías (2013): *Sobre la felicidad,* Alianza, Madrid.]

—, *ep. Luc.* = *Epístolas a Lucilio.* [Trad. esp. de I. Roca Meliá (2000 y 2005): *Epístolas morales a Lucilio,* 2 vols., Gredos, Madrid.]

—, *Ira* = *De la cólera.* [Trad. esp. de E. Otón Sobrino (2000): *De la cólera,* Alianza, Madrid.]

—, *Quaest. Nat.* = *Cuestiones naturales.* [Trad. esp. de J. R. Bravo Díaz (2013): *Cuestiones naturales,* Gredos, Madrid.]

SHA = *Historia Augusta: Ael.* = Elio Vero; *Alex.* = Alejandro Severo; *Ant. Pius* = Antonino Pío; *Aur.* = Aureliano; *Avid. Cass.* = Avidio Casio; *Car.* = Caro, Carino y Numeriano; *Claud.* = Claudio; *Comm.* = Cómodo; *Did. Iul.* = Didio Juliano; *Firm.* = Firmo, Saturnino, Próculo y Bonoso; *Gal.* = Los dos Galienos; *Gord.* = Los tres Gordianos; *Hadr.* = Adriano; *Heliog.* = Heliogábalo; *Macr.* = Opilio Macrino; *Marc.* = Marco Aurelio; *Max. Balb.* = Máximo y Balbino; *Pert.* = Helvio Pértinax; *Prob.* = Probo; *Sept. Sev.* = Septimio Severo; *Tyr. Trig.* = Los tres tiranos; *Verus* = Lucio Vero. [Trad. esp. de V. Picón y A. Gascón (1989): *Historia Augusta,* Akal, Torrejón de Ardoz.]

Sidonio Apolinar = Sid. Apol., *Carm.* = *Poemas.* [Trad. esp. de A. López Kindler (2005): *Poemas,* Gredos, Madrid.]

—, *ep.* = *Cartas.* [Trad. inglesa de W. B. Anderson (1963-1965): *Poems and Letters,* 2 vols., Heinemann-Harvard University Press, Londres-Cambridge.]

Silio Itálico, *Pun.* = *La guerra púnica.* [Trad. esp. de J. Villalba Álvarez (2005): *La Guerra Púnica,* Akal, Torrejón de Ardoz.]

Símaco, *ep.* = *Cartas.* [Trad. esp. de J. A. Valdés Gallego (2000-2003): *Cartas,* 2 vols., Gredos, Madrid.]

—, *Rel.* = *Informes.* [Trad. esp. de J. A. Valdés Gallego (2003): *Informes – Discursos,* Gredos, Madrid.]

Sisebuto, *ep.* = *Cartas.* [Ed. de W. Gundlach (1892): *MGH Epistolae vol. III. Epistolae Merowingici et Karolini aevi,* Societas Apariendis Fontibus, Berlín.]

Sócrates Escolástico, *HE = Historia Eclesiástica.* [Trad. francesa de G. C. Hansen (2004-2007): *Socrate de Constantinople. Histoire ecclésiastique,* 4 vols., Sources chrétiennes, París.]

Sófocles, *El. = Electra.* [Trad. esp. de A. Guzmán Guerra (2016): *Electra. Filoctetes. Edipo en Colono,* Alianza, Madrid.]

Solino, *Colección de hechos memorables, o el Erudito.* [Trad. esp. de F. J. Fernández Nieto (2001): *Colección de hechos memorables, o el Erudito,* Gredos, Madrid.]

Sozómeno, *HE = Historia Eclesiástica.* [Trad. francesa de A. J. Festugière (1983-2008): *Sozomène. Histoire ecclésiastique,* 4 vols., Sources chrétiennes, París.]

Suetonio, *Los doce césares: Cal.* = Calígula; *Claud.* = Claudio; *Div. Aug.* = Augusto; *Div. Iul.* = Julio César; *Dom.* = Domiciano; *Ner.* = Nerón; *Tib.* = Tiberio =; *Vesp.* = Vespasiano; *Vit.* = Vitelio. [Trad. esp. de D. Castro de Castro (2010): *Vida de los césares,* Alianza, Madrid.]

Tácito, *Ann. = Anales.* [Trad. esp. de C. López de Juan (1993): *Anales,* Alianza, Madrid.]

—, *Hist. = Historias.* [Trad. esp. de J. L. Conde (2006): *Historias,* Cátedra, Madrid.]

Temistio, *Disc. = Discursos.* [Trad. esp. de J. Riloré Ponce (2000): *Discursos políticos,* Gredos, Madrid.]

Teodoreto de Ciro, *HE = Historia Eclesiástica.* [Trad. francesa de VV.AA. (2006-2009): *Théodoret de Cyr. Histoire ecclésiastique,* 2 vols., Sources chrétiennes, París.]

Teófanes, *Chron. = Crónica.* [Trad. inglesa de C. Mango, R. Scott y G. Greatrex (1997): *The Chronicle of Theophanes Confessor. Byzantine and Near Eastern History. AD 284-*

813, Clarendon Press, Oxford.]

Teofilacto Simocates = Teofilacto Sim., *Hist.* = *Historias.* [Trad. inglesa de Michael Whitby y Mary Whitby (1986): *The History of Theophylact Simocatta. An Englih translation with introduction and notes,* Oxford University Press, Oxford.]

Tertuliano, *De spec.* = *Sobre los espectáculos.* [Trad. esp. de M. A. Betancor León, G. Santana Henríquez y C. Vilanou Torrano (2001): *De spectaculis. Ayer y hoy del espectáculo deportivo,* Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Las Palmas.]

Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación.* [Trad. esp. de J. A. Villar Vidal (1990-1993): *Historia de Roma desde su fundación,* 7 vols., Gredos, Madrid.]

Valerio Máximo = Val. Máx., *Hechos y dichos memorables.* [Trad. esp. de S. López Moreda, M. L. Harto Trujillo y J. Villalba Álvarez (2003): *Hechos y dichos memorables,* 2 vols., Gredos, Madrid.]

Vegecio, *Compendio de técnica militar.* [Trad. esp. de D. Paniagua Aguilar (2006): *Compendio de técnica militar,* Cátedra, Madrid.]

Veleyo Patérculo, *Historia Romana.* [Trad. esp. de M. A. Sánchez Manzano (2001): *Historia Romana,* Gredos, Madrid.]

Víctor de Tunnuna, *Chron.* = *Crónica.* [Trad. italiana de A. Placanica (1997): *Chronica. Chiesa e Impero nell'età di Giustiniano,* Edizioni di Galluzzo, Florencia.]

Virgilio, *Aen.* = *Eneida.* [Trad. esp. de R. Fontán Barreiro (1998): *Eneida,* Alianza, Madrid.]

—, *Georg.* = *Geórgicas.* [Trad. esp. de B. Segura Ramos (1983): *Bucólicas. Geórgicas,* Alianza, Madrid.]

Zósimo = Zós., *Nueva Historia.* [Trad. esp. de J. M. Candau Morón (1992): *Nueva Historia,* Gredos, Madrid.]

AE = *Année Épigraphique.* [Revista anual de epigrafía editada por Presses Universitaires de France (1888-…).]

Audollent = A. Audollent (1904): *Defixionum tabellae quotquot innotuerunt tam in Graecis Orientis quam in totius Occidentis partibus praeter Atticas in «Corpore Inscriptionum Atticarum» editas,* Albert Fontemoing, París.

CIDER = *Corpus de inscripciones deportivas de la España romana.* [P. Piernavieja (1977): *Corpus de inscripciones deportivas de la España romana,* Instituto Nacional de Educación Física, Madrid.]

CIL = *Corpus Inscriptionum Latinarum.* [T. Mommsen *et al.* (1863-1986): *Corpus Inscriptionum Latinarum,* 17 vols., Berlin-Brandenburgische Akademie der Wissenschaften, Berlín.]

CLE = *Carmina Latina Epigrafica.* [Ed. esp. de C. Fernández Martínez (1998): *Poesía epigráfica latina,* 2 vols., Gredos, Madrid.]

EHR = *Los espectáculos en la Hispania romana: la documentación epigráfica.* [A. Ceballos Hornero (2004): *Los espectáculos en la Hispania romana: la documentación epigráfica,* 2 vols., Cuadernos Emeritenses 26, Museo Nacional de Arte Romano, Mérida.]

HEp = *Hispania Epigraphica.* [Revista anual de epigrafía del Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid (1989-…).]

IG = *Inscriptiones Graecae.* [Ed. de A. Kirchoff *et al.* (1860-2003): 14 vols., Berlin-Brandenburgische Akademie der Wissenschaften, Berlín,.

ILS = *Inscriptiones Latinae Selectae.* [Ed. de H. Dessau (1892-1916): *Inscriptiones Latinae Selectae,* 3 vols., Berolini Apud

Weidmannos, Berlín.]
TGM = *Textos griegos de maleficio.* [Trad. esp. de A. López Jimeno (2001): *Textos griegos de maleficio,* Akal, Torrejón de Ardoz.]

Fuentes numismáticas

RIC = *Roman Imperial Coinage.* [Ed. de Mattingly *et al.* (1923-1994): *Roman Imperial Coinage,* 10 vols., Spink, Londres.]

Fuentes papirológicas

PGM = *Papyri graecae magicae* (Papiros Mágicos Griegos). [Trad. esp. de J. L. Calvo Martínez y M. D. Sánchez Romero (1987): *Textos de magia en papiros griegos,* Gredos, Madrid.]
P. Oxy. = Papiros de Oxirrinco. [Ed. de VV.AA. (1898-2014): *The Oxyrhynchus Papyri,* 79 vols., Graeco-Roman Memoirs, Oxford.]

Fuentes secundarias

Addock, F. M. (1966), *Marcus Crassus, millionaire,* W. Heffer & Sons Ltd., Cambridge.
Álvarez Jiménez, D. (2007), *«NEPTVNVS REDVX.* Póstumo y el combate contra la piratería franca en el amanecer del Imperio Gálico», en *Aquila Legionis* 9, 2007, pp. 7-35.
—, (2012), «Las últimas piraterías vándalas», en *Habis* 43, pp. 277-291.
—, (2014), «The fanatic is a fan in a madhouse: urban piracy & the Roman Circus», en A. de Francisco Heredero, D. Hernández de la Fuente y S. Torres Prieto (eds.) (2014),

New Perspectives on Late Antiquity in the Eastern Roman Empire, Cambridge Scholars Publishing, Newcastle, pp. 332-345.

—, (2016), *El reino pirata de los vándalos,* Colección Geografía e Historia, Universidad de Sevilla, Sevilla.

Álvarez Jiménez, D. y Remedios Sánchez, S. (2014), «Men of sea: the making of an identity», en *Revista Diálogos Mediterrânicos* 7, pp. 128-140.

Álvarez Martínez, J. M. y Nogales Basarrate, T. (2000), «Espectáculos y sociedad en Augusta Emerita», en J.-G. Gorges y T. Nogales Basarrate, (coord.) (2000), *Sociedad y cultura en la Lusitania romana: IV Mesa Redonda Internacional,* Junta de Extremadura, Mérida, pp. 185-202.

Anthony, D. W. (2007), *The Horse, the Wheel, and Language: How Bronze-Age Riders from the Eurasian Steppes Shaped the Modern World,* Princeton University Press, Princeton.

Arena, P. (2010), *Feste e rituali a Roma. Il principe incontra il popolo nel Circo Massimo,* Edipuglia, Bari.

Arredondo López, P. (2008), «Los deportes y espectáculos del Imperio Romano vistos por la literatura cristiana», en *Foro de Educación* 10, pp. 265-280.

Aubry, S. (2011), «Les courses de chars sur les intailles romaines: inscriptions, variantes et diffusion», en N. Badoud (ed.) (2011), *Philologos Dionysios. Mélanges offerts au professeur Denis Knoepfler,* Librairie Droz, Ginebra, pp. 639-676.

Audollent, A. (1904), *Defixionum tabellae quotquot innotuerunt tam in Graecis Orientis quam in totius Occidentis partibus praeter Atticas in «Corpore Inscriptionum Atticarum» editas,* Albert Fontemoing, París.

Baratta, G. (2016), «Non solo immagini: didascalie e testi epigrafici nelle serie ceramiche di *Gaius Valerius*

Verdullus con scene di gare circensi e combattimenti gladiatori», en *Antichità Altoadriatiche* 83, pp. 425-438.

Barceló, P. (2004), *Constantius II. und seine Zeit. Die Anfänge des Staatskirchentums,* Klett-Cotta, Stuttgart.

Barea, J. P. (2013), «Interpretación de los epígrafes y de la marca del caballo de una jarra de Tamuda», en D. Bernal, B. Raissouni, J. Verdugo y M. Zouak (eds.) (2013), *Tamuda: cronosecuencia de la ciudad mauritana y del «castellum» romano: resultados arqueológicos del Plan de Investigación del PET (2008-2010),* Universidad de Cádiz, Cádiz, pp. 393-401.

Barnes, T. D. (2001), *Athanasius and Constantius: Theology and Politics in the Constantinian Empire,* Harvard University Press, Cambridge.

Barrett, A. A. (1989), *Caligula: The Corruption of Power,* Batsford, Londres.

Barroso Cabrera, R.; Carrobles Santos, J.; Morín de Pablos, J., y Sánchez Ramos, I. M. (2016), *Toledo. La construcción de una* civitas regia. *Espejo de las arquitecturas provinciales,* col. Idanha-a-Velha, Audema.

Beacham, R. C. (1999), *Spectacle Entertainments of Early Imperial Rome,* Yale University Press, New Haven.

Binder, G. (1985), «Lusus Troiae. L'Énéide de Virgile comme source archéologique», en *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* 44, pp. 349-356.

Birley, A. (1971), *Septimius Severus. The African Emperor,* Eyre & Spottiswoode, Londres.

—, (1989), *Marcus Aurelius. A Biography,* B. T. Batsford, Londres.

Blázquez Martínez, J. M. (2001), «El Circo Máximo de Roma y los mosaicos circenses de Barcelona, Gerona e Itálica», en T. Nogales y F. J. Sánchez Palencia (eds.) (2001), *El Circo en Hispania Romana. Mérida, 22, 23 y 24 de marzo de*

2001, Museo Nacional de Arte Romano, Mérida, pp. 197-215.

—, (2008), *Adriano,* Ariel, Madrid.

—, (2010), «Criadores hispanos de caballos de carreras en el Bajo Imperio en las cartas de Símaco», en *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia Antigua* 23, pp. 411-447.

Blois, L. de (1976), *The Policy of the Emperor Gallienus,* E. J. Brill, Leiden.

Boak, A. E. (1919), «Imperial coronation ceremonies of the fifth and sixth centuries», en *Harvard Studies in Classical Philology* 30, pp. 37-47.

Booth, P. (2012), «Shades of Blues and Greens in the Chronicle of John of Nikiou», en *Byzantinische Zeitschrift* 104 (2), pp. 555-602.

Borsari, L. (1902), «L'epigrafe onoraria di "Avilius Teres" agitatore circense», en *Bullettino della Commissione Archeologica Comunale di Roma* 30, pp. 177-185.

Brightman, F. E. (1901), «Byzantine imperial coronations», en *The Journal of Theological Studies* 7, pp. 359-392.

Browning, R. (1952), «The riot of A.D. 387 in Antioch: the role of the theatrical claques in the Later Empire», en *Journal of Roman Studies* 42, pp. 13-20.

Bury, J. B. (1897), «The Nika Riot», en *The Journal of Hellenic Studies* 17, pp. 92-119.

—, (1967), *A History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene,* Argonaut, Chicago.

Butrica, J. L. (2002), «The medical use of cannabis among the Greeks and Romans», en *Journal of Cannabis Therapeutics* 2/2, pp. 51-70.

Cam, M. T. (2016), «Fortifier les chevaux: trois recettes de poudre du quadrige chez Végèce, *mulom.* 3, 13, 1-4», en *Pallas. Revue d'études antiques* 101, pp. 189-204.

Cameron, A. (1973), *Porphyrius the Charioteer,* Clarendon Press, Oxford.

—, (1976), *Circus Factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium,* Clarendon Press, Oxford.

Ceballos Hornero, A. (2004), *Los espectáculos en la Hispania romana: la documentación epigráfica,* Cuadernos Emeritenses 26, 2 vols., Mérida.

—, (2007), «Geografía y cronología de los *ludi* en la Hispania romana», en *Caesaraugusta* 78, pp. 437-454.

—, (2010), «Costes y salarios en los *ludi* baratos organizados en las provincias occidentales», en *Habis* 41, pp. 205-218.

Chrissanthos, S. G. (2008), *Warfare in the Ancient World. From the Bronze Age to the Fall of Rome,* Praeger Publishers, Westport.

Coarelli, F. (1977), «Il Campo Marzio occidentale. Storia e topografia», en *Mélanges de l'École française de Rome. Antiquité* 89/2, pp. 807-846.

Cotter, W. (1996), «The collegia and Roman law. State restrictions on voluntary associations, 64 BCE-200 CE», en J. S. Kloppenborg y S. G. Wilson (eds.) (1996), *Voluntary Associations in the Graeco-Roman World,* Routledge, Londres, pp. 74-89.

Cracco Ruggini, L. (2003), «Rome in Late Antiquity: clientship, urban topography, and prosopography», en *Classical Philology* 98/4, pp. 366-382.

Cutler, A. (1968), «The *De Signis* of Nicetas Choniates. A reappraisal», en *American Journal of Archaeology* 72/2, pp. 113-118.

De Souza, P. (ed.) (2008), *El mundo antiguo en guerra. Una historia global,* Akal, Torrejón de Ardoz.

Díaz Fernández, A. (2015), *«Dum populus senatusque Romanus uellet?* La capacidad de decisión de los mandos

provinciales en el marco de la política romana (227-49 a.C.)», en G. Bravo y R. González Salinero (eds.) (2015), *Poder central y poder local: dos realidades paralelas en la órbita política romana,* Sígnifer Libros, Madrid, pp. 135-151.

Di Nanni Durante, D. (2007-2008), «I Sebastà di Neapolis. Il regolamento e il Programma», en *Ludica* 13-14, pp. 7-22.

Doležal, S. (2014), «Rethinking a massacre: What really happened in Thessalonica and Milan in 390?», en *Eirene* 50, pp. 89-107.

Duncan, A. (2006), *Performance and Identity in the Classical World,* Cambridge University Press, Massachusetts.

Duncan Jones, R. (1974), *The Economy of the Roman Empire: Quantitative Studies,* Cambridge University Press, Cambridge.

Edmonson, J. C. (1996), «Dynamic Arenas: Gladiatorial Presentations in the City of Rome and the Construction of Roman Society during the Early Empire», en C. J. Slater (ed.) (1996), *Roman Theater and Society. E. Togo Salmon Papers I,* University of Michigan Press, Ann Arbor, pp. 69-112.

Ennaïfer, M. (1983), «Le thème des chevaux vainqueurs à travers la série des mosaïques africaines», en *Mélanges de l'École française de Rome. Antiquité* 95/2, pp. 817-858.

Espinosa Ruiz, U. (1987), «El problema de la historicidad en el debate Agrippa-Mecenas de Dion Cassio», en *Gerión* 5, pp. 289-316.

Eybem, E. (1993), *Restless Youth in Ancient Rome,* Routledge, Londres.

Feldman, L. H. (1993), *Jew and Gentile in the Ancient World. Attitudes and Interactions from Alexander to Justinian,* Princeton University Press, Princeton.

Frakes, R. M. (2010), «Butheric and the charioteer», en R. M.

Frakes, E. DePalma Digeser y J. Stephens (eds.) (2010), *The Rhetoric of Power in Late Antiquity. Religion and Politics in Byzantium, Europe and the Early Islamic World,* Tauris Academic Studies, Londres, pp. 47-62.

Gaddis, M. (2005), *There Is No Crime for Those Who Have Christ. Religious Violence in the Christian Roman Empire,* University of California Press, Berkeley.

Gager, J. G. (ed.), *Curse Tablets and Binding Spells from the Ancient World,* Oxford University Press, Oxford.

Gamo Pazos, E. (2018), *La romanización de celtíberos y carpetanos en la meseta oriental,* Colección Zona Arqueológica, Museo Arqueológico Regional de Madrid, Alcalá de Henares.

García-Dils de la Vega, S., y De la Hoz Montoya, J. (2013), «Dos nuevas inscripciones de *Colonia Augusta Firma Astigi* (Écija-Sevilla): una *tabella defixionis* y un pavimento musivo de temática circense», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigrahik* 184, pp. 243-256.

García Romero, F. (2006), «Violencia de los espectadores en el deporte griego antiguo», en *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Griegos e Indoeuropeos* 16, pp. 139-156.

García y Bellido. A. (1967), *Veinticinco estampas de la España Antigua,* Espasa, Madrid.

Golden, M. (2014), «Equestrian competition in Ancient Greece: difference, dissent, democracy», en T. F. Scanlon (2014), *Sport in the Greek and Roman Worlds. Volume 1: Early Greece, the Olympics, and Contests,* Oxford University Press, Oxford, pp. 249-270.

Gómez Pallarés, J. (1998), «Poesia sobre pedra: l'altar dedicat a Fusc de Tarragona *(CIL* II 4315, *RIT* 445), revisitat», en *Faventia* 20/2, pp. 143-151.

Gourdet, C. (2004), «Pantomimes et grandes familles sous le Haut-Empire», en C. Hugoniot, F. Hurlet y S. Milanesi

(eds.) (2004), *Le statut de l'acteur dans l'Antiquité grecque et romaine,* Presses universitaires François Rabelais, Tours, pp. 307-325.

Graves, R. (2004), *Los mitos griegos,* trad. de Esther Gómez Parro, Alianza, Madrid.

Greatrex, G. (1997). «The Nika revolt: a reappraisal», en *Journal of Hellenic Studies* 117, pp. 60-86.

Greatrex, G., y Watt, J. W. (1999), «One, two or three feasts? The Brytae, the Maiuma and the May festival at Edessa», en *Oriens Christianus* 83, pp. 1-21.

Harker, A. (2008), *Loyalty and Dissidence in Roman Egypt. The Case of the Acta Alexandrinorum,* Cambridge University Press, Cambridge.

Harries, J. (2005), *«Favor populi:* pagans, Christians and public entertainment in late Antique Italy», en K. Lomas y T. Cornell (eds.) (2005), *Bread and Circuses. Evergetism and Municipal Patronage in Roman Italy,* Routledge, Londres, pp. 125-141.

Harris, W. V. (1985), *War and Imperialism in Republican Rome, 327-70 B.C.,* Clarendon Press, Oxford.

Hekster, O. J. (2001), «Commodus-Hercules, the people's *princeps»,* en *Scripta Classica Israelica,* vol. 20, pp. 51-83.

Higgins, A. J. (2002), «From ancient Greece to modern Athens: 3000 years of doping in competition horses», en *Journal of Veterinary Pharmacology & Therapeutics* 29, supl. 1, pp. 4-8.

Hillner, J. (2007), «Families, patronage, and the titular churches of Rome, *c.* 300-*c.* 600», en Cooper, K., y Hillner, J. (2007), *Religion, Dynasty, and Patronage in Early Christian Rome, 300-900,* Cambridge University Press, Cambridge, pp. 225-261.

Holloway, R. R. (2004), *Constantine and Rome,* Yale University Press, Ann Harbor.

Holum, Kenneth G. (1982), *Theodosian Empresses: Women and Imperial Dominion in Late Antiquity,* University of California Press, Berkeley.

Hugoniot, C. (2004), «De l'infamie à la contrainte. Évolution du statut de l'acteur sous l'Empire romain», en C. Hugoniot, F. Hurlet y S. Milanesi (eds.) (2004), *Le statut de l'acteur dans l'Antiquité grecque et romaine,* Presses universitaires François Rabelais, Tours, pp. 213-240.

—, (2008), «Les spectacles dans le royaume vandale», en F. Thelamon y E. Soler (eds.) (2008), *Les jeux et les spectacles dans l'empire romain tardif et dans les royaumes barbares,* Université de Rouen, Rouen, pp. 161-204.

Humphrey, J. H. (1986), *Roman circuses: Arenas for Chariot Racing,* University of California Press, Berkeley.

Humphries, M. (2012), «Valentinian III and the City of Rome (425-455): patronage, politics, power», en L. Grig y G. Kelly (eds.) (2012), *Two Romes. Rome and Constantinople in Late Antiquity,* Oxford University Press, Oxford, pp. 161-182.

Hunt, E. D. (2005), «Imperial building at Rome: the role of Constantine», en K. Lomas y T. Cornell (eds.) (2005), *Bread and Circuses. Evergetism and Municipal Patronage in Roman Italy,* Routledge, Londres, pp. 105-124.

Hyland, A. (2002), *The Horse in the Ancient World,* Sutton Publishing, Londres.

Janin, R. (1964), *Constantinople Byzantine. Développement urbain et Répertoire topographique,* Institut Français d'Études Byzantines, París.

Jansen, T.; Forster, P.; Levine, M. A.; Oelke, H.; Hurles, M.; Renfrew, C.; Weber, J., y Olek, K. (2002), «Mitochondrial DNA and the origins of the domestic horse», en *Proceedings of the National Academy of Sciences* 99/16, pp. 10905-10910.

Jiménez Sánchez, J. A. (1998), «Ídolos de la Antigüedad Tardía: algunos aspectos sobre los aurigas en Occidente (siglos IV-VI)», en *Ludica* 4, pp. 20-33.

—, (2003), «Un testimonio tardío de *ludi theatrales* en Hispania», en *Gerión* 21/1, pp. 371-377.

—, (2006), «Los últimos *ludi circenses* realizados en Hispania en época visigoda», en *Faventia* 28/1-2, pp. 99-113.

—, (2010), *Los juegos paganos en la Roma cristiana,* Fondazione Benetton Studi Ricerche-Viella, Treviso-Roma.

Jones, A. H. M. (1964), *The Later Roman Empire 284-602: a Social, Economic and Administrative Survey,* 3 vols., Basil Blackwell, Oxford.

Jones, B. W. (1992), *The Emperor Domitian,* Routledge, Londres.

Karadimas, D. (2014), «Alexandria and the Second Sophistic», en *Electryone* 2/1, pp. 14-36.

Klingshirn, W. E. (1994), *Caesarius of Arles: The Making of a Christian Community in Late Antique Gaul,* Cambridge University Press, Cambridge.

Kohen, E. (2007), *History of the Byzantine Jews: A Microcosmos in the Thousand Year Empire,* University Press of America, Lanham.

Kyle, D. G. (2015), *Sport and Spectacle in the Ancient World,* Blackwell, Oxford.

Laniado, A. (2016), «Un anthroponyme germanique dans une épitaphe chrétienne de Laodicée, Brûlée», en *Tyche. Beiträge zur Alten Geschichte, Papyrologie und Epigraphik* 14, pp. 167-172.

Latham, J. A. (2012), «From literal to spiritual soldiers of Christ: disputed episcopal elections and the advent of Christian processions in Late Antique Rome», en *Church*

History 81/2, pp. 298-327.

Le coz, Audren (2013), «Pantomime et violence des factions aux v[e] et vi[e] siècles: l'exemple des danseurs *emmaloi»,* en Rémy Poignault (ed.) (2013), *Présence de la danse dans l'Antiquité, présence de l'Antiquité dans la danse: actes du colloque tenu à Clermont-Ferrand (11-13 décembre 2008),* Centre de Recherches A. Piganiol-Présence de l'Antiquité, Clermont-Ferrand, pp. 147-157.

Lee-Stecum, P. (2006), «Dangerous reputations: charioteers and magic in fourth-century Rome», en *Greece & Rome* 53/2, pp. 224-234.

Leppin, H. (2008), *Teodosio,* trad. de Marciano Villanueva, Herder, Barcelona.

Littauer, M. A., y Crouwel, J. H. (1996), «The origin of the true chariot», en *Antiquity* 70/270, pp. 934-939.

Lomas, K. (2005), «Public building, urban renewal and evergetism in early Imperial Italy», en K. Lomas y T. Cornell (eds.) (2005), *Bread and Circuses. Evergetism and Municipal Patronage in Roman Italy,* Routledge, Londres, pp. 28-45.

Luck, G. (1995), *Arcana mundi. Magia y ciencias ocultas en el mundo griego y romano,* trad. de Elena Gallego y Miguel E. Pérez, Gredos, Madrid.

Lukaszewicz, A. (2010), «Memnon, his ancient visitors and some related problems», en K. Lembke, M. Minas-Nerpel y S. Pfeiffer (eds.) (2010), *Tradition and Transformation. Egypt under Roman Rule. Proceedings of the International Conference, Hildesheim, Roemer- and Pelizaeus-Museum, 3-6 July 2008,* Brill, Leiden, pp. 255-264.

Macmullen, R. (1982) «The epigraphic habit in the Roman Empire», en *The American Journal of Philology* 103/3, pp. 233-246.

Mccabe, A. (2007), *A Byzantine Encyclopaedia of Horse*

Medicine. The Sources, Compilation, and Transmission of the Hippiatrica, Oxford University Press, Oxford.

Mahoney, A. (2001), *Roman Sports and Spectacles. A Sourcebook,* Focus Publishing & R. Pullins Company, Newburyport.

Marone, P. (2016), «Il tema del "Christus verus Sol" nella letteratura cristiana antica», en *Annales Theologici* 30, pp. 371-382.

Marshall, C. W. (2006), *The Stagecraft and Performance of Roman Comedy,* Cambridge University Press, Cambridge.

Martín González, S. (2011), «From villae to villulae: settlement and social organization in late antique hispanic countryside», en D. Hernández de la Fuente (ed.) (2011), *New Perspectives on Late Antiquity,* Cambridge Scholar Press, Newcastle, pp. 173-187.

Matz, D. (1991), *Greek and Roman Sport. A Dictionary of Athletes and Events from the Eighth Century B.C. to the Third Century A.D.,* McFarland & Company Inc., Jefferson.

Mauskopf Deliyannis, D. (2010), *Ravenna in Late Antiquity,* Cambridge University Press, Cambridge.

Meijer, F. (2010), *Chariot Racing in the Roman Empire,* The Johns Hopkins University Press, Baltimore.

Millar, F. (1964), *A Study of Cassius Dio,* Clarendon Press, Oxford.

Moorey, P. R. S. (1986), «The emergence of the light, horse-drawn chariot in the Near-East *c.* 2000-1500 B.C.», en *World Archaeology* 18/2, pp. 196-215.

Mordtmann, A. D. (1880), «Das Denkmal des Porphyrios», en *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts,* Athenische Abteilung 5, pp. 295-308.

Muñoz Coello, J. (1983), «Empleados y subalternos de la

administración romana II: los *praecones*», en *Habis* 14, pp. 117-145.

Nefiodkin, A. K. (2004), «On the origin of the Scythed chariots», en *Historia* 53/3, pp. 369-378.

Nelis-Clément, J. (2002), «Les métiers du cirque, de Rome à Byzance: entre texte et image», en *Cahiers du Centre Gustave Glotz* 13, pp. 265-309.

Németh, G. (2013), «Audollent's demons», en *Eirene* 49, pp. 123-134.

Nogales Basarrate, T. (2008), «Circos romanos de Hispania. Novedades y perspectivas arqueológicas», en J. Nelis-Clément y J.-M. Roddaz (eds.) (2008), *Le cirque romain et son image,* Ausonius, Burdeos, pp. 161-202.

Odahl, C. M. (2004), *Constantine and the Christian Empire,* Routledge, Londres.

Patrick, J. (2002), «Herod's hippodrome-stadium at Caesarea and the games conducted therein», en L. V. Rutgers (ed.) (2002), *What Athens Has to Do with Jerusalem. Essays on Classical, Jewish, and Early Christian Art and Archaeology in Honor of Gideon Foerster,* Peeters, Leuven, pp. 29-68.

Piernavieja, P. (1977), *Corpus de inscripciones deportivas de la España romana,* Instituto Nacional de Educación Física, Madrid.

Pietri, C. (1966), «Le Sénat, le peuple chrétien et les partis du cirque à Rome sous le Pape Symmaque (498-514)», en *Mélanges d'archéologie et d'histoire* 78/1, pp. 123-139.

Quiroga Puertas, A. (2005), «Juan Crisóstomo *De Statuis* XVIII, 2 y Libanio *Or.* XXII, 22: Variaciones sobre un mismo hecho», en *Florentia Iliberritana* 16, pp. 285-295.

Raulwing, P. (2006), «The Kikkuli Text (*CTH* 284). Some interdisciplinary remarks on Hittite training texts for chariot horses in the second half of the 2nd millennium B.C.», en A. Gardeisen (ed.) (2006), *Les Équidés dans le*

monde méditerranéen antique. Actes du colloque organisé par l'École française d'Athènes, le Centre Camille Jullian, et l'UMR 5140 du CNRS, Athènes, 26-28 Novembre 2003, Éd. de l'Association pour le Développement de l'Archéologie en Languedoc-Rousillon, Lattes, pp. 61-75.

Rawson, E. (1981), «Chariot-racing in the Roman Republic», en *Papers of the British School at Rome* 49, pp. 1-16.

Retzleff, A. G. (2003), «John Chrysostom's sex aquarium: aquatic metaphors for theater in homily 7 on Matthew», en *Journal of Early Christian Studies* 11/ 2, pp. 195-207.

Robert, L. (1970), «Deux concours grecs à Rome», en *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 114, pp. 6-27.

Rodríguez, C. (2012), «Caracalla et les Alexandrins: coup de folie ou sanction legale?», en *The Journal of Juristic Papyrology* 42, pp. 229-272.

Rodríguez Pantoja-Márquez, M. (1980), «La información periodística y la literatura latina», en *Anales de la Universidad de Murcia. Filosofía y Letras* 38/2, pp. 299-311.

Rop, J. (2013), «Reconsidering the origin of the Scythed chariot», en *Historia* 62/2, pp. 167-181.

Ross, A. (2016), «Libanius the Historian? Praise and the Presentation of the Past in Oration 59», en *Greek, Roman and Byzantine Studies* 56/2, pp. 293-320.

Sales Carbonell, J. (2014), «Roman spectacle buildings as a setting for martyrdom and its consequences in the Christian architecture», en *Journal of Ancient History and Archaeology* 1/3, pp. 8-21.

Sánchez Hidalgo, A. J. (2015), «El deporte atlético en Roma», en *Fair Play. Revista de Filosofia, Ética y Derecho del Deporte* 3/1, pp. 2-33.

Sanz Serrano, R. (2009), *Historia de los Godos. Una epopeya histórica de Escandinavia a Toledo,* La Esfera de los Libros,

Madrid.

Saronni, S. (2008), «L'*Editor ludi,* il fornitore di cavalli e l'auriga: variazioni d'immagine dei *ludi circenses*», en *ACME – Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università degli Studi di Milano* 61/2, pp. 291-302.

Simpson, C. J. (1977), «The date of dedication of the temple of *Mars Ultor*», en *The Journal of Roman Studies* 67, pp. 91-94.

Sinn, U. (2014), «Olympia: the place of the contests in the cult of Zeus Olympios», en T. F. Scanlon (2014), *Sport in the Greek and Roman Worlds. Volume 1: Early Greece, the Olympics, and Contests,* Oxford University Press, Oxford, pp. 120-142.

Soler, E. (2004), «Les Acteurs d'Antioche et les excès de la cité au IVe s. apr. J.-C.», en C. Hugoniot, F. Hurlet y S. Milanesi (eds.) (2004), *Le statut de l'acteur dans l'Antiquité grecque et romaine,* Presses universitaires François Rabelais, Tours, pp. 251-272.

Struck, P. S. (2010), «Greatest of all time. Lifestyles of the rich and famous Roman athletes», en *Lapham's Quarterly,* http://www.laphamsquarterly.org/roundtable/greatest-all-time.

Syme, R. (1989), *La revolución romana,* trad. de Antonio Blanco, Taurus, Madrid.

Teja, R., y Acerbi, S. (2010), «El palacio visigodo y el circo de Toledo: hipótesis de localización», en *Reti Medievali* 11, pp. 81-86.

Thee, F. C. R. (1984), *Julius Africanus and the Early Christian View of Magic,* J.C.B. Mohr, Tubinga.

Thuillier, J. P. (1999), *«Agitator ou Sparsor?* À propos d'une célèbre statue de Carthage», en *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*

143/4, pp. 1081-1106.

Toynbee, J. M. C. (1948), «Beasts and their names in the Roman Empire», en *Papers of the British School at Rome* 16, pp. 24-37.

Treadgold, W. (1997), *A History of the Byzantine State and Society,* Stanford University Press, Stanford.

Van Dam, R. (2008), *The Roman Revolution of Constantine,* Cambridge University Press, Cambridge.

Van der Horst, P. W. (2006), «Jews and blues in Late Antiquity», en P. W. Van der Horst, (2006), *Jews and Christians in their Graeco-Roman Context. Selected Essays on Early Judaism, Samaritanism, Hellenism, and Christianity,* Mohr Siebeck, Tubinga, pp. 53-58.

Velázquez Basanta, F. N. (2007), «Dos nuevos monumentos de la Antigüedad en Granada: Un circo romano y una basílica visigoda», en *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos. Sección Árabe-Islam* 56, pp. 273-278.

Veldmeijer, A. J. (ed.) (2013), *Chasing Chariots: Proceedings of the First International Chariot Conference (Cairo 2012),* Sidestone Press, Leiden, 2013.

Vickers, M. (1972), «The Hippodrome at Thessaloniki», en *The Journal of Roman Studies* 62, pp. 25-32.

Ward-Perkins, B. (2000), «Constantinople, Imperial Capital of the Fifth and Sixth Centuries», en G. Ripoll y J. M. Gurt (eds.) (2000), *Sedes regiae ann. 400-800,* Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, Barcelona, pp. 63-81.

—, (2005), *The Fall of Rome,* Oxford University Press, Oxford.

Warmuth, V.; Eriksson, A.; Bower, M. A.; Barker, G.; Barrett, E.; Hanks, B. K.; Li, S.; Lomitashvili, D.; Ochir-Goryaeva, M.; Sizonov, G. V., y Soyonov, V. (2012), «Reconstructing the origin and spread of horse domestication in the Eurasian steppe», en *Proceedings of the National Academy*

of Sciences 109/21, pp. 8202-8206.

Waszink, J. H. (1947), «Pompa diaboli», en *Vigiliae Christiniae* 1, pp. 13-41.

Webb, R. (2008), *Demons and dancers. Performance in Late Antiquity,* Harvard University Press, Cambridge.

Whittaker, C. R. (1964), «The revolt of Papirius Dionysius A.D. 190», en *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 13/3, pp. 348-369.

Wolińska, T. (2011), «Constantinopolitan charioteers and their supporters», en *Studia Ceranea* 1, pp. 127-142.

Woods, D. (1998), «On the death of the Empress Fausta», en *Greece and Rome* 45/1, pp. 70-86.

Zanker, P. (2008), *Augusto y el poder de las imágenes,* trad. de Pablo Diener, Alianza, Madrid.

Edición en formato digital: 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es
ISBN ebook: 978-84-9181-297-5

Conversión a formato digital: REGA
www.alianzaeditorial.es

Índice